

Lynn Flewelling

La
OSCURIDAD
que **ACECHA**

EL MENSAJERO DE LA OSCURIDAD 2



Lectulandia

Maestro del subterfugio, astuto bribón de porte nobiliario, Seregil de Rhíminee ha enseñado a su protegido, Alec de Kerry, los principales secretos de su oficio. Juntos han realizado todo tipo de robos, grandes y pequeños, haciendo amigos y enemigos en un ambiente de peligro constante, aunque lleno de magia, camaradería y confianza.

Pero ahora, mientras la patria que los ha adoptado se prepara para la guerra, el viejo mago Nysander envía a Seregil a enfrentarse a la prueba definitiva de lealtad, confiándole un conocimiento mortal que, de revelarse, le costaría la vida tanto a Seregil como a Alec. Y, a medida que éste descubre la asombrosa verdad sobre su misteriosa ascendencia, se verá catapultado junto a Seregil y un puñado de fieles compañeros a un caótico conflicto contra el mal... en el que la magia no bastará para protegerlos.

Lectulandia

Lynn Flewelling

La oscuridad que acecha

El Mensajero de la Oscuridad, Libro 2

ePub r1.1

Sharadore 04.08.13

Título original: *The Nightrunner, Book II: Stalking Darkness*

Lynn Flewelling, 1997

Traducción: Manuel Mata Álvarez-Santullano

Diseño de portada: rosmar71, mininogris

Editor digital: Sharadore

Corrección de erratas: Insaciable

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Desde Keston y en dirección suroeste, hacia Eskalia, el delgado navío atravesaba dando tumbos las crestas de espuma. Durante la noche avanzaba sin luces; sus tripulantes, contrabandistas veteranos todos ellos, navegaban con la mirada puesta en las estrellas. Durante el día mantenían una vigilancia constante, aunque había pocas posibilidades de toparse con otro barco. Sólo un capitán plenimarano se atrevería a internarse en alta mar a esas alturas del año, y este invierno no habría ninguno tan al norte. No ahora que una guerra se estaba preparando.

El hielo cubría los aparejos. Los marineros tiraban de las drizas con las manos ensangrentadas, tenían que romper la capa de hielo que cubría los barriles antes de beber y, amontonados cuando no estaban de guardia, cuchicheaban sobre los dos caballeros y la siniestra banda de malhechores que había subido con ellos a bordo.

El segundo día de travesía, el capitán, completamente borracho, salió al puente. «El oro no le sirve de nada a los muertos», aulló sobre el viento; una tormenta se les venía encima e iban a dar la vuelta. Sin dejar de sonreír, el siniestro noble lo acompañó abajo y eso fue lo último que se supo del asunto. Aquella misma noche el capitán cayó por la borda. O al menos así se explicaron las cosas; el hecho es que a la mañana siguiente no pudieron encontrarlo, y su curso no había variado.

El primero tomó el mando y se hizo atar al timón mientras el navío seguía su marcha. Arrancados de su curso por los vientos, no lograron recalar en la Isla de Gull y siguieron adelante, envueltos en la nevisca y sumidos en el agotamiento. Al cuarto día de marcha, dos hombres más cayeron al agua cuando las olas estuvieron a punto de hacer zozobrar el barco. Un mástil se partió y arrastró la vela detrás de sí como si fuera un ala rota. Milagrosamente, el barco se mantuvo a flote mientras el resto de la tripulación luchaba por cortar los cabos enredados.

Aquella noche, acurrucados entre los obenques, los hombres volvieron a murmurar, pero esta vez con más cautela. Aquellos pasajeros de elegantes atavíos habían traído la desgracia y la mala fortuna consigo; nadie quería arriesgarse a llamar su atención. El navío surcaba las aguas como si unos demonios estuviesen sosteniendo su quilla.

Dos días antes de llegar a Cirna, la tormenta amainó. Un pálido sol se abrió camino entre los jirones de nubes para guiar al desvencijado navío en dirección oeste, pero el mal fario seguía prendido a su cola. Una inesperada epidemia se extendió entre la tripulación. Uno detrás de otro, los marineros empezaron a enfermar.

Las gargantas se les hincharon mientras florecían unas tumoraciones negras en sus axilas e ingles. Aquellos a quienes la enfermedad no había atacado observaban horrorizados cómo los hombres de armas de los dos caballeros, entre bromas, arrojaban por la borda los cuerpos envueltos en sudarios de los que habían muerto.

Ninguno de los pasajeros enfermó pero, cuando divisaron los imponentes acantilados del Istmo de Eskalia, hasta el último hombre de la tripulación sentía cómo la enfermedad lo devoraba.

Llegaron a la boca del puerto de Cirna en la oscuridad, guiados por la vacilante luz de las hogueras que flanqueaban la salida del Canal. Todavía aferrado al timón, exhausto, el segundo observó mientras los hombres de sus dos pasajeros izaban las velas, echaban el ancla y ponían el alargado navío al paio.

Uno de los dos caballeros, el de pelo negro, que tenía una cicatriz alargada bajo el ojo, apareció repentinamente junto al segundo.

Estaba sonriendo, siempre sonreía, aunque la alegría no parecía alcanzar jamás sus ojos. Medio sumido en el delirio, el segundo se apartó penosamente, temiendo que aquellos ojos sin alma fueran a devorarlo.

—Lo habéis hecho muy bien —dijo el hombre de aspecto siniestro mientras extendía un brazo para depositar una pesada bolsa en el bolsillo del otro—. Nosotros nos ocuparemos del ataque.

—¡Algunos de nosotros seguimos vivos, señor! —gimió el segundo, mientras lanzaba una mirada ansiosa hacia las hogueras que los habían guiado y las cálidas luces de la ciudad, brillantes y próximas por encima de las aguas—. ¡Tenemos que desembarcar para buscar un curandero!

—¿Un curandero, dices? —el siniestro caballero alzó una ceja en gesto de preocupación—. Vaya, mi acompañante es una especie de curandero. Sólo tenías que haberlo dicho.

El segundo miró más allá de él y vio al otro hombre, el flaco y macilento con una cara como de rata, que estaba dibujando una señal con tiza sobre la cubierta. Mientras se incorporaba, el segundo reconoció que se trataba de una señal de advertencia, la señal de la plaga.

—Ven, Várgul Ashnazai. ¿No hay nada que puedas hacer por este pobre desgraciado? —dijo el hombre siniestro.

El segundo se estremeció mientras el otro se deslizaba hacia él. Durante todo el viaje, ni una sola vez lo había escuchado hablar.

Ahora, cuando al fin lo hizo, sus palabras eran ininteligibles y parecieron reunirse como piedras en su garganta. Jadeando, se desplomó sobre la cubierta. El hombre llamado Ashnazai posó una mano helada sobre su mejilla y el mundo se derrumbó en un estallido de luz negra.

Mardus dio un paso para apartarse de la bilis que escapaba de la boca del marinero muerto.

—¿Qué hay de los otros?

—Están muriendo como dispusimos, mi señor.

—Muy bien. ¿Los hombres están preparados?

—Sí, mi señor.

Mardus lanzó una última mirada de satisfacción a la cubierta del devastado navío y entonces subió a bordo del bote.

Ocultos por la magia de Ashnazai, atravesaron el muelle y la aduana sin ser molestados. Después de cruzar una calle gélida y empinada, se instalaron en las habitaciones que los esperaban en la taberna de la Media Luna.

Mardus y Ashnazai acababan de sentarse en la cámara del primero para tomar una cena caliente cuando alguien llamó tímidamente a la puerta.

El capitán Tildus entró, acompañado por un hombre de aspecto asustado llamado Urvay. Había sido el jefe de los espías de Mardus en Rhíminee durante los últimos tres años. Tanto por su habilidad como por su discreción, el hombre era para él de un valor incalculable.

Aquella noche vestía como un caballero mercader, y la seda y la plata le prestaban un aire distinguido.

Urvay lo saludó con gravedad.

—Me alegro de ver que habéis llegado sano y salvo, mi señor. Navegar es peligroso en esta época del año.

Mardus despidió a Tildus y luego, con un gesto, invitó al espía a tomar asiento en una silla cercana.

—¿Qué noticias tienes para mí, amigo mío?

—Buenas y malas, mi señor. Lady Kassarie está muerta.

—¿La lerana? —preguntó Ashnazai.

—Sí. Los espías de la Reina atacaron su castillo hace cosa de una semana. Ella murió durante la batalla. El Vicerregente Barien se suicidó a causa del asunto y algunos rumores aseguran que la Princesa Real estaba implicada de alguna manera, aunque la Reina no ha tomado acción alguna contra ella. El resto de la facción se ha ocultado o ha huido.

—Es una lástima. Podrían haberme sido útiles. Pero ¿qué hay de nuestros asuntos?

—Esas son las buenas noticias, mi señor. He conseguido infiltrar algunos hombres cerca de nobles muy influyentes.

—¿Quiénes?

—El Lord General Zymanis, por ejemplo... se rumorea que recibirá el encargo de supervisar las fortificaciones de la ciudad baja. Otro de mis hombres se ha prometido con la segunda hija de Lady Kora y gobierna su casa. Pero, y esto es lo más interesante de todo, mi señor... —Urvay hizo una pausa mientras se inclinaba ligeramente hacia delante— estoy en vías de conseguir un contacto en el interior de la Casa Oréska.

Mardus enarcó una ceja.

—¡Excelente! Pero ¿cómo? No hemos sido capaces de introducir un espía en la Oréska desde hace años.

—No es un espía, mi señor, sino un renegado. Se llama Pelion í Eirsin. Es un actor. Y muy reputado en estos momentos.

—¿Qué tiene que ver con la Oréska? —inquirió Vargul Ashnazai.

—Tiene una amante allí —le explicó Urvay sin demora—. Una joven hechicera de la que se dice también que es la amante de uno o dos de los magos de más edad. Se llama Ylinestra y su reputación es conocida en toda la ciudad; una casquivana de terrible temperamento que siente predilección por los jóvenes guapos y los ancianos poderosos. Evidentemente, el tal Pelion es parte de su colección de amantes. A través de él podríamos llegar hasta ella y quizá hasta otros. Ella misma no es miembro de la Oréska, pero vive allí y cuenta con aposentos privados.

—Me cuesta creer que necesitemos los servicios de una prostituta para introducirnos en ese lugar —bufó el nigromante.

—Es posible que tengáis razón —le interrumpió Urvay— pero el caso es que esta prostituta cuenta al mago Nysander entre sus amantes.

—¿Nysander í Azusthra? —Mardus asintió con gesto aprobatorio—. ¡Urvay, te has superado! Pero ¿qué es lo que le has contado a ese actor tuyo?

—Para él soy Maese Gorodin, un gran admirador de su trabajo. Alguien que comprende lo importante que es el mecenazgo para un joven actor en alza y para cierto dramaturgo que está dispuesto a escribir papeles especialmente pensados para él. A cambio, mi nuevo amigo Pelion me informa de todos los rumores que llegan hasta sus oídos. Le gusta el trato y es demasiado inteligente como para hacer preguntas. Mientras el oro siga fluyendo, será nuestro.

—Bien hecho, Urvay. No escatimes en gastos con él. Debemos infiltrarnos en la Oréska antes de la primavera, ¿comprendes? Es imperativo.

—Así lo haré, mi señor. ¿Debo hacer los preparativos para vos en Rhíminee?

—No. Nada debe estar preparado con antelación. Me pondré en contacto contigo cuando te necesite. Por ahora, vigila a ese Pelion y a la hechicera.

Urvay se puso en pie e hizo una reverencia.

—Así lo haré, mi señor. Buena suerte.

Una vez que se hubo marchado, Mardus regresó a su interrumpida cena, pero Várgul Ashnazai descubrió que el apetito lo había abandonado.

La Oréska, pensó con amargura, al tiempo que jugueteaba con el vial de marfil que pendía de una cadena alrededor de su flaco cuello.

Allí se habían refugiado *ellos*, los ladrones que habían robado el Ojo delante de sus mismas narices.

Mardus había estado a punto de matarlo aquella noche en Herbaleda. Y lo que era aún peor, lo había amenazado con apartarlo de la búsqueda. Naturalmente, si Mardus

le hubiera confiado los discos a *él* en primer lugar, nada habría ocurrido, pero no merecía la pena discutir sobre ello. No, si es que deseaba vivir para poder pronunciar la siguiente palabra.

Desde entonces, su posición cerca de Mardus se había ido erosionando lentamente. Incluso con el poder del Ojo para ayudarlo, no había sido capaz de detener a los fugitivos. El Aurénfaie había resultado ser demasiado resistente a su magia y, cuando finalmente había sucumbido al ataque del *dra'gorgos* en la posada, el chico, ese miserable *chico*, había frustrado sus esfuerzos poniendo a su compañero a salvo antes de que Mardus y sus hombres pudieran llegar al lugar.

Sosteniendo todavía el frasco entre los dedos, Vargul Ashnazai recordó las preciosas virutas de madera empapadas en sangre que había en su interior, virutas que había obtenido en el suelo de la posada micenia en la que su *dra'gorgos* los había atacado.

El talismán que había creado con su sangre había sido una poderosa guía, tan poderosa que habían estado a punto de alcanzarlos en Keston. Pero entonces se le habían escurrido entre los dedos y habían escapado por mar mientras otro poder empezaba a crecer a su alrededor. Un poder que se oponía al suyo. Había reconocido la resonancia de la magia al instante. Magia de la Oréska.

Entonces Mardus y sus hombres habían empezado a rastrearlos con métodos absolutamente mundanos, mientras él, un nigromante del Sanctum, los acompañaba, inútil como un fardo más del equipaje.

Mardus se había mostrado optimista. Ya sabían a dónde se dirigían los ladrones, una vez más gracias a los fríos métodos de su señor más que a los suyos. Uno de los marineros capturados después de la destrucción del *Orca* —esto, al menos, sí fue obra de Várgul —había gritado con su último aliento cuanto necesitaban saber.

Tener que estar sentado ahora, esperando, a sólo dos días de marcha del refugio de sus enemigos, era algo enloquecedor.

¡*Tan cerca!*, pensó, mientras cerraba los dedos alrededor del vial.

Mardus reparó en su gesto e imaginó sus pensamientos.

—¿Por qué no vuelves a intentarlo?

Várgul Ashnazai se agitó en su asiento, incómodo.

—La cosa no ha cambiado desde hace semanas.

Mardus lo miró entonces de la manera en que cualquier hombre miraría a otro que acabara de decir algo ligeramente sorprendente.

Pero Mardus no era un hombre cualquiera. Mientras sus ojos se encontraban con los de Ashnazai, el nigromante sintió una punzada de terror. No era locura lo que veía en la mirada de su compañero —jamás lo era— sino algo peor, una determinación inflexible envuelta en la sombra de su dios. Mardus no tenía magia, cierto, pero tenía poder. Había sido señalado, elegido.

Bajo aquella mirada inmisericorde, Ashnazai sintió que la sangre se detenía en sus venas. Sujetó el frasco con más fuerza, se cubrió los ojos con la otra mano e invocó la imagen de los ladrones.

Durante un instante sintió el tranquilizador latido de su propio y considerable poder. Utilizando la esencia de la sangre para buscar su fuente, la oscuridad interior fluyó a través de él, hasta el frasco y más allá. Sin embargo, desde el mismo instante en que los ladrones pusieron el pie en Rhíminee, había caído un velo sobre ellos. Alguien los había protegido con un encantamiento y la resistencia a su magia era resuelta e invencible.

Esta vez no fue diferente. En el mismo instante en que enfocó su concentración sobre la localización de los fugitivos, lo cegó la desgarradora visión de unas enormes alas curtidas. El mensaje resultaba absolutamente claro: *Estas personas están bajo la protección de la Oreska. No puedes tocarlas.*

Jadeando, Ashnazai soltó el vial y se cubrió el rostro con ambas manos.

—¿Algún cambio?

El nigromante sabía, sin necesidad de mirar, que el bastardo estaba sonriendo.

—Entonces ese actor de Urvay es ciertamente una bendición que el destino ha colocado en nuestro camino. Si esos dos siguen bajo la protección de los magos de la Oréska, ¿qué mejor lugar para buscarlos?

—Espero que tengáis razón, mi señor. ¡Cuándo los encuentre, destrozaré sus corazones palpitantes con mis manos!

—La venganza es una emoción peligrosa.

Várgul Ashnazai alzó la vista y reconoció una negrura familiar que recorría el rostro de su compañero. La mano de su dios.

—Deberías estarles agradecido por habernos conducido hasta la culminación de nuestra búsqueda —continuó Mardus con voz suave mientras contemplaba fijamente las profundidades de su copa—. Ese actor y su hechicera son la clave. Ahora, la paciencia es nuestra mejor aliada. Sé paciente. Nuestro momento llegará.

1

UNA NOCHE RUIDOSA

Un viento de tormenta soplaba desde el helado mar y se internaba ululando entre las oscuras calles de Rhíminee como un enorme niño furioso. Los guijarros de las calles y las tejas de los tejados se soltaban y caían con estrépito sobre las calles y jardines. Los desnudos árboles se combaban y entrechocaban sus ramas en mitad de la noche como si fuesen huesos muertos. Bajo la ciudadela, en el puerto, los navíos eran arrancados de los amarraderos e iban a encallar contra los espigones. Lo mismo en la ciudad alta que en la baja, hasta los dueños de los burdeles mantenían las puertas bien cerradas.

Dos figuras embozadas en capas se deslizaron desde un patio envuelto en sombras de la calle del Pez Azul y se dirigieron apresuradamente en dirección este, hacia la calle de la Hoja.

—No puedo creer que hayamos salido para entregar una maldita muestra de amor —refunfuñó Alec mientras se sacudía el húmedo cabello rubio de delante de los ojos.

—Tenemos que mantener la reputación del Gato de Rhíminee —dijo Seregil detrás de él, tiritando. El delgado Aurénfaie envidiaba a Alec su norteña tolerancia al frío—. Lord Phyrrien pagó para que la cosa estuviera en la cama de la chica esta misma noche. De todas maneras, llevo algún tiempo deseando echar un vistazo a la correspondencia de su padre. Se rumorea que aspira al puesto de Vicerregente.

Seregil sonrió para sus adentros. Durante años, el misterioso ladrón conocido sólo como el Gato de Rhíminee había servido a las clases altas de la ciudad en sus interminables intrigas; todo lo que necesitaban para contratarlo era oro y una nota entregada con discreción a las manos apropiadas. Ninguno de ellos había siquiera imaginado que aquel espía sin rostro era en realidad uno de ellos, y que las transacciones concluidas redundaban tanto o más en su beneficio que en el de ellos.

El viento los abofeteaba desde todas direcciones mientras seguían adelante en dirección al Barrio Noble. Al llegar a la columnata de la fuente que había frente a la entrada de la calle del Yelmo Dorado, Seregil se agachó y entró para cobijarse un momento.

—¿Estas seguro de que estás preparado para esto? ¿Cómo tienes la espalda? —preguntó a Alec mientras se detenía para beber de la fuente en el centro de la columnata.

No habían pasado ni siquiera dos semanas desde que Alec salvara a la princesa Klia en el subterráneo incendiado, bajo el castillo de Kassarie. La magia curativa de los malolientes bálsamos drisianos de Valerius había surtido su efecto, pero aquella noche, mientras se vestían, Seregil había advertido que la piel de los hombros del muchacho seguía siendo muy escasa en algunas zonas.

Naturalmente, Alec nunca lo admitiría si eso significaba que lo enviara de vuelta a casa.

—Estoy bien —respondió, como él esperaba—. Son tus dientes los que se oyen castañetear, no los míos —después de sacudirse la empapada capa, se cubrió el hombro con el extremo alargado—. Vamos, tendremos menos frío si seguimos caminando.

Seregil miró con repentino anhelo la entrada de la calle de las Luces, al otro lado.

—¡Estaríamos infinitamente más calientes allí!

Habían pasado meses desde la última vez que visitara una de las elegantes casas de placer. Al pensar en todas esas camas cálidas y perfumadas en las que dormían cuerpos no menos cálidos y perfumados se sintió mucho más aterido.

Invisible entre las sombras, Alec no contestó, pero Seregil notó que se agitaba, incómodo. El muchacho se había criado en soledad y eso lo había vuelto extremadamente tímido para algunas cosas, más aún de lo que era normal en un dálnico. Esa reticencia resultaba incomprensible para Seregil, pero por respeto a su amistad hacía lo posible para no tomarle el pelo al muchacho.

Las elegantes avenidas del Barrio Noble estaban desiertas, y tras las altas tapias de los jardines las grandes casas y villas estaban a oscuras. Las linternas ornamentales, apagadas por la tormenta, chirriaban agitándose en sus ganchos.

La casa de la calle de las Tres Doncellas era una villa grande y desperdigada rodeada por una tapia alta. Alec vigiló que no llegaran casacas azules mientras Seregil arrojaba el garfio y aseguraba la cuerda. El bramido de la tormenta ocultó todo sonido mientras se encaramaban a la tapia y la atravesaban. Después de dejar la cuerda escondida entre unos matorrales, Seregil abrió la marcha por los jardines.

Tras una búsqueda rápida, Alec encontró una pequeña ventana con postigos situada en lo alto de un muro, en la parte trasera de la casa. Se encaramó a un tonel de agua, apartó uno de los postigos con un cuchillo y se asomó.

—Huele como una despensa —susurró.

—Ve, entonces. Yo te sigo.

Alec subió el primero y desapareció en el interior sin un ruido.

Mientras trepaba tras él, Seregil reparó en los terrosos aromas de las manzanas y las patatas. Se deslizó al interior y se dejó caer sobre lo que parecía ser un saco de patatas. Alargó el brazo, encontró el hombro de Alec en la oscuridad y juntos se abrieron camino a tientas hacia la puerta. Seregil abrió el pestillo y se asomó a la oscura y gran cocina que había al otro lado.

Unas brasas que quedaban en el hogar despedían suficiente luz como para distinguir a dos sirvientes dormidos sobre jergones. Desde las sombras de una esquina cercana llegaban profundos ronquidos. A la derecha había un portal. Seregil tocó a Alec en el hombro y se dirigió hacia allí de puntillas.

El arco conducía a un pasillo para los sirvientes. Después de subir por una estrecha escalera, se deslizaron a través de una serie de pasillos en busca del estudio privado de Lord Decian. No lo encontraron y se dirigieron al siguiente piso, donde se arriesgaron a utilizar sus piedras de luz, escudándolas con las manos.

Con esta tenue luz pudieron ver que los nobles dejaban los zapatos junto a la puerta de los dormitorios para que un criado los recogiera y los limpiara. Seregil dio un codazo a Alec y le hizo una señal que significaba «suerte». El señor de la casa no tenía más que una hija; sería una cosa simple encontrar el calzado apropiado a una doncella de quince años. Un par de botas delicadas y elegantes descansaba junto a una puerta, al otro extremo del corredor. A su lado, unos voluminosos zapatos señalaban que la jovencita no dormía sola.

Seregil reprimió una sonrisa. Alec estaba a punto de meterse en más de lo que había sido estipulado en el trato. En más de un sentido.

Alec tocó suavemente el picaporte con un dedo y descubrió que la puerta no estaba cerrada con llave. Aquella noche la entrega le correspondía a él; una nueva lección sobre lo que era la vida del Gato.

Esta clase de trabajo, aunque no podía compararse en importancia al que recientemente habían realizado para Nysander, requería una gran delicadeza y precisión, y Alec estaba ansioso por probarse.

Volvió a guardar la piedra de luz en su rollo de herramientas, respiró profundamente y bajó el pestillo.

Había una lámpara de noche encendida detrás de la cama. Los cortinajes estaban abiertos y en su interior pudo ver a una joven de gruesas trenzas, dormida en el lado más próximo a la puerta con el rostro vuelto hacia la luz. Detrás de ella, una figura más grande, su madre o quizá su aya, se agitaba inquieta bajo la gruesa colcha.

Se arrastró hasta el borde de la cama, sacó el presente, un diminuto pergamino enrollado y metido dentro de un anillo de hombre, de color dorado. Si por él hubiera sido, lo habría dejado sobre la repisa en la que descansaba la lámpara y se hubiera marchado, pero Lord Phyrrien había sido muy preciso en sus instrucciones. El anillo debía dejarse sobre la almohada de su amorcito.

Alec se inclinó sobre la chica y dejó el anillo donde se le había indicado. Demasiado tarde escuchó que Seregil contenía bruscamente la respiración. El pesado anillo rodó almohada abajo y golpeó a la chica en la mejilla, junto a la boca.

Unos ojos sobresaltados se abrieron al instante. Afortunadamente para Alec, vio el anillo antes de que pudiera gritar. Su mirada de miedo se trocó en una de gozo al tiempo que confundía la forma envuelta en tinieblas de Alec con la de su amante.

—¡Oh, Phyrrien, eres *tan* valiente! —jadeó mientras lanzaba una mirada de soslayo a la mujer que dormía a su lado. Tomó la mano de Alec y la condujo, suave pero insistentemente, bajo la colcha.

Alec enrojeció furiosamente en las profundidades de su capucha.

Como la mayoría de las eskalianas, ella dormía desnuda. No obstante, cualquier resistencia, no sólo hubiera resultado sospechosa, sino que posiblemente hubiera agitado la cama lo suficiente para despertar a su otra ocupante.

—¡Estas helado! —dijo ella con una risilla apagada mientras descendía su mano todavía más—. Bésame, mi amante valeroso. Yo te calentaré.

Mientras mantenía la capucha en su lugar con su mano libre, Alec depositó un beso apresurado sobre sus labios y entonces hizo un gesto de advertencia en dirección a la otra mujer. Después de esbozar unos encantadores pucheros, la muchacha lo soltó y escondió el presente debajo de su almohada.

Sintiendo el martilleo del corazón en los oídos, Alec apagó la lámpara y volvió apresuradamente al corredor.

—Seregil, yo... —pero su compañero cortó en seco su disculpa, lo tomó por el brazo y lo empujó de vuelta hacia el camino por el que habían llegado.

¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea!, se reprochó Alec para sus adentros. *Un simple trabajo de entrega y lo estropeo.*

Temiendo a cada instante el estallido de un grito de alarma, regresaron a toda prisa a la cocina y salieron como alma que lleva el diablo por la ventana de la despensa. Una vez fuera, Seregil siguió sumido en un silencio implacable. Saltó la tapia del jardín y empezó a correr. Alec lo siguió, presa de la sombría convicción de que había caído en desgracia.

A tres calles de distancia de la villa, Seregil se detuvo repentinamente y lo empujó a un callejón. Entonces se inclinó, con las manos sobre las rodillas, como si le faltara el aliento.

Alec esperaba una crítica feroz, así que tardó unos instantes en darse cuenta de que Seregil se estaba riendo.

—¡Por los Testículos de Bilairy, Alec! —estalló—. Hubiera dado cien sestercios por haber podido ver tu cara cuando aquel anillo ha rodado por la almohada. Y cuando ella trató de meterte en su cama... —se apoyó contra el muro del callejón sacudido por las carcajadas.

—Pero ha sido algo estúpido —gruñó Alec—. Tendría que haberme dado cuenta de que iba a rodar.

Seregil se secó los párpados y sonrió.

—Es posible, pero estas cosas pasan. No sé ni cuántas veces en mi vida he metido la pata de forma parecida. Lo que cuenta es cómo reaccionas, y tú lo hiciste muy bien. Como siempre digo, «Aprende y vive».

Aliviado, Alec se colocó a su lado mientras caminaban de vuelta a casa. Sin embargo, antes de que hubiesen llegado a la siguiente manzana, Seregil volvió a prorrumpir en carcajadas. Dejándose caer sobre el hombro de Alec, gimió con un deje

de melodioso falsete:

—Bésame, mi valeroso amante. ¡Yo te calentaré!

Y entonces se alejó tambaleante, lanzando sus risotadas al viento.

Después de todo, pensó Alec con exasperación, quizá no fuera la última vez que oía hablar del tema.

De vuelta en la Posada del Gallito, birlaron un bocado de última hora de la despensa de Thrys y se dirigieron de puntillas a la escalera secreta del segundo piso. Los glifos de protección brillaron un instante mientras Seregil pronunciaba las apropiadas contraseñas. Una vez en lo alto de las escaleras, atravesaron el gélido almacén del ático hasta llegar a sus aposentos.

El fuego encendido durante la tarde había mantenido caliente la desordenada habitación. Alec arrojó su empapada capa sobre la estatua de la sirena que había junto a la puerta y se quitó las mojadas ropas mientras se dirigía a su cama, situada en una esquina, al lado de la chimenea.

Seregil lo observaba con una sonrisa tenue. El considerable y, desde su punto de vista, antinatural sentido del pudor del muchacho se había suavizado un tanto en los meses pasados desde que se conocieran, pero Alec seguía apartándose cuando, como ahora, se quitaba los pantalones de piel y se ponía una larga camisa. A los dieciséis años era muy semejante en constitución a Seregil: esbelto, delgado y de piel clara. Mientras el muchacho se volvía de nuevo, Seregil fingió estar entretenido con un montón de correspondencia que había sobre la mesa.

—No tenemos nada en particular planeado para mañana, ¿verdad? —preguntó Alec mientras daba un bocado a uno de los pasteles de carne que habían robado de la despensa.

—Nada que urja demasiado —dijo Seregil con un enorme bostezo mientras se dirigía a la puerta de su aposento—. Y no pienso levantarme antes de mediodía. Buenas noches.

Con la ayuda de una piedra de luz, se abrió paso entre pilas de libros, cajas y otras rarezas que había por todas partes, hasta llegar a la ancha cama con dosel de seda que dominaba el fondo de la diminuta habitación. Se arrancó la húmeda vestimenta y se deslizó entre las inmaculadas sábanas con un gruñido de placer. Ruetha apareció desde algún rincón desordenado, se subió de un salto y, con un ronroneo profundo, demandó que la dejara entrar bajo las sábanas.

En conjunto había sido un año muy atareado, pensó Seregil mientras acariciaba al gato de forma ausente. En especial los últimos meses. Entonces, al recordar lo mucho que había pasado desde la última vez que visitara la Calle de las Luces, cobró consciencia de lo trastornada que estaba su vida.

Oh, bueno. El invierno ya está aquí. Hay trabajo suficiente para mantenernos ocupados, pero también tiempo libre más que de sobra para entregarnos a los

placeres de la ciudad. Con todo, yo diría que me he ganado un poco de respiro.

Imaginándose los tranquilos y nevados meses del invierno extendiéndose con pereza delante de ellos, Seregil comenzó a deslizarse gozosamente en el sueño...

... sólo para despertar con una sacudida de una pesadilla en la que caía a plomo en la oscuridad, envuelto en el aullido aterrorizado de Alec mientras caían, caían, más allá de las murallas del castillo de Kassarie, hacia el barranco que se abría a sus pies.

Con un jadeo, Seregil abrió los ojos. Para su alivio, pero también su irritación, se encontraba hundido y desnudo sobre uno de los sillones del salón de Nysander.

No había necesidad de preguntar cómo había llegado hasta allí; las verdes náuseas que acompañaban siempre a los hechizos de translocación inundaban su estómago. Se apartó el largo y negro cabello del rostro y miró al mago con ceño fruncido y aire miserable.

—Perdóname por haberte traído de forma tan abrupta, hijo mío —dijo Nysander, mientras le tendía una túnica y una humeante taza de té.

—Supongo que hay una buena razón para esto —murmuró Seregil, aunque sabía muy bien que debía haberla para que Nysander se atreviera a exponerlo de nuevo a la magia cuando había pasado tan poco tiempo desde el accidente del cambio de forma.

—Por supuesto que la hay. Traté de hacerte venir antes, pero los dos habíais salido y estabais ocupados robando a alguien —se sirvió una taza de té y se acomodó en el sillón que solía ocupar, al otro lado de la chimenea—. Sólo miré un momento. ¿Ha ido todo bien?

—Más o menos. —Nysander no parecía ansioso por explicarse, pero era evidente que había estado atareado con algo. Su corta barba estaba manchada de tinta cerca de la boca y vestía una de las raídas y viejas túnicas que solía utilizar en las frecuentes ocasiones en que pasaba toda la noche trabajando. Rodeado por la magnífica colección de libros y rarezas que contenía la habitación, parecía alguna especie de erudito venido a menos que hubiese aparecido allí por accidente.

—Me he fijado en que Alec empieza a tener mejor aspecto —señaló.

—Se está curando. Es su pelo lo que me preocupa. Tengo que conseguir que esté presentable para la Fiesta de Sakor.

—Puedes dar gracias por que no saliera peor parado. A juzgar por lo que Klia y Micum me contaron, tuvo suerte de seguir con vida. Ah, y antes de que se me olvide, tengo algo para vosotros de parte de Klia y la Reina —tendió a Seregil dos bolsas de seda—. Un reconocimiento público sería imposible, claro, pero deseaban expresar su gratitud a pesar de todo. La verde es la tuya.

Seregil había recibido recompensas como aquella en anteriores ocasiones. Abrió pues la bolsa esperando encontrar alguna fruslería o una pequeña joya. Lo que encontró en su interior lo redujo a un silencio asombrado.

Era un anillo, un anillo muy familiar. El rubí, grande y suave, brilló como el vino

tinto en su grueso engarce de plata Aurénfaie cuando lo acercó al fuego.

—Por la Luz de Illior, Nysander, es uno de los anillos que encontré en el cadáver de Corruth í Glamien —jadeó cuando al fin pudo recuperar la voz.

Nysander se inclinó hacia delante y le apretó la mano.

—Era tu pariente y el de Idrilain, Seregil. Ella pensó que sería una recompensa apropiada para quien resolvió el misterio de su desaparición. Espera que algún día puedas llevarlo con honor entre los tuyos.

—Dale las gracias por mí —con reverencia, Seregil volvió a depositarlo en la bolsa—. Pero no me has arrancado de la cama con tu magia para esto, ¿verdad?

Nysander se recostó en su asiento mientras reía entre dientes.

—No. Tengo una tarea que podría interesarte. Sin embargo, hay algunas condiciones que debes aceptar antes de que te la explique. Accede a cumplirlas ahora o te enviaré de vuelta a tu casa sin el menor recuerdo de este encuentro.

Seregil pestañeó, sorprendido.

—Debe de ser un asunto importante. ¿Por qué no has traído también a Alec?

—Enseguida hablaremos de eso. No puedo decir nada hasta que hayas aceptado las condiciones.

—Muy bien, acepto. ¿Cuáles son?

—En primer lugar, no harás preguntas sin mi permiso.

—¿Por qué no?

—Empezando ahora mismo.

—Oh, muy bien. ¿Qué más?

—En segundo lugar, debes trabajar en total secreto. Nadie debe saber nada de esto, en especial Alec o Micum. ¿Me lo juras?

Seregil lo observó en silencio un momento; tener secretos con Alec ya no era cosa fácil. Sin embargo, ¿cómo podía no resultar interesante algo tan misterioso?

—Muy bien, tienes mi palabra.

—Júralo.

Seregil sacudió la cabeza y levantó la mano izquierda, con la palma abierta, delante de sí.

—*Asurit betuth dös Aura Elustri kamar Sösui Seregil í Korit Solun Meringil Bókthersa*^[1]. Y, por mi honor de Centinela, también te lo juro. ¿Es suficiente con eso?

—Sabes que no te impondría tales condiciones sin una buena razón —lo reprendió el mago.

—Y, sin embargo, parece que últimamente ocurre con demasiada frecuencia —replicó Seregil con amargura—. Y *ahora*, ¿puedo ya hacer preguntas?

—Te responderé a lo que pueda.

—¿Por qué es tan importante que Alec y Micum no lo sepan?

—Porque si revelas, aunque sea por accidente, el más insignificante detalle de

cuanto voy a contarte, tendré que mataros a todos.

Aunque pronunciadas con calma, las palabras de Nysander lo sacudieron como una patada en la garganta; conocía al mago desde hacía demasiado tiempo como para tomarse a la ligera su absoluta sinceridad. Por un instante, Seregil se sintió como si estuviese mirando el rostro de un completo extraño. Entonces, repentinamente, todo encajó con la suavidad de una cerradura de tres resortes. Se inclinó hacia delante y vertió parte del té sobre sus rodillas a causa de la excitación.

—Tiene que ver con esto, ¿no es así? —exclamó mientras se daba unos golpecitos sobre el pecho. Allí, bajo la magia de Nysander, se escondía la marca dejada por el disco de madera que había robado al Duque Mardus en Herbaleda... el mismo disco extraño, engañosamente tosco, que había estado a punto de arrebatarse la vida—. La noche que te conté que le había mostrado un dibujo del disco al Oráculo de Illior te pusiste blanco. Pensé que ibas a desmayarte.

—Quizá ahora entiendas mi malestar —replicó Nysander con aire sombrío.

Nunca habían vuelto a hablar sobre aquella conversación, pero el miedo que sintiera Seregil entonces regresaba ahora con renovadas fuerzas.

—¡Por los *Testículos* de Bilairy! Tú también lo hubieras hecho.

Nysander respiró profundamente.

—Nunca me lo hubiera perdonado, te lo aseguro, pero también hubiera estado furioso contigo por haberme obligado a realizar un acto como ese. ¿Recuerdas lo que te dije entonces?

—Que rezara para no descubrir jamás lo que el disco es en realidad.

—Exactamente. Y para llevar a cabo la tarea que voy a encomendarte, debes seguir aceptando que esas palabras serán mi única respuesta sobre el asunto.

Seregil se dejó caer con aire abatido sobre el respaldo de su asiento.

—La misma vieja respuesta, ¿eh? ¿Y si digo que no a todo? ¿Y si digo que si no me cuentas toda la historia no me interesa conocer parte de ella?

Nysander se encogió de hombros.

—Entonces, como ya te he dicho, borraré todo recuerdo de esta conversación de tu mente y te enviaré de vuelta a casa. Ciertamente, hay otros que podrían ayudarme.

—Como Thero, supongo —le espetó Seregil antes de poder contenerse.

—Oh, por...

—¿Conoce *él* el Gran Secreto? —los antiguos celos se aferraban al corazón de Seregil. La última cosa que deseaba oír era que el joven asistente del mago sabía más que él.

—Sabe todavía menos que tú —replicó Nysander, exasperado—. Y ahora, ¿quieres seguir adelante o no?

Seregil dejó escapar un gruñido de frustración.

—De acuerdo. ¿De qué se trata?

Nysander extrajo una hoja de vitela de la manga de su túnica y se la tendió.

—Para empezar, dime lo que puedas sobre esto.

—Parece la página de un libro —la edad o acaso las inclemencias del tiempo habían oscurecido la vitela. Seregil frotó una esquina entre sus dedos, los olió y entonces examinó la escritura—. Es antigua, cuatro o cinco siglos por lo menos. Poco cuidada al principio pero preservada más adelante con sumo celo. Y la vitela no está hecha con piel de cabritillo, sino con piel humana o Aurénfaie —se detuvo de nuevo y examinó los agujeros de puntada del borde izquierdo—. Están bastante intactos, lo que demuestra que fue sacada con cuidado del libro y no arrancada. No obstante, ya había sufrido bastante a causa de la humedad. A juzgar por el color, yo diría que esta página fue recubierta de veneno después de eso pero, evidentemente, ha perdido su potencia o no estaríamos tocándola.

—Evidentemente.

Ajeno ahora a todo cuanto no fuese la tarea que tenía entre manos, Seregil jugueteaba de forma ausente con un mechón de su cabello.

—Veamos. La escritura es asuit antigua y el texto está escrito en esa lengua, originaria de los pueblos de las colinas septentrionales de Plenimar. De ahí podemos inferir que, o bien al autor era de esa región, o bien era un erudito en muchas lenguas.

—Como tú, querido muchacho. ¿Puedes leerlo?

—Hmmm... sí. Parecen los desvaríos de un poeta loco. Y, sin embargo, son muy poéticos. «Observa conmigo, amado, cómo los demonios arrancan la fruta de la vida». Luego hay algo sobre caballos... y, «La llama dorada se ha desposado con la oscuridad. El Hermoso avanza un paso para acariciar los huesos de la casa...». No, eso está mal. Es, «los huesos del mundo».

Fue hasta la mesa y acercó una lámpara.

—Sí. Pensaba que sólo eran algunos errores en los acentos, pero no es así. Hay un código.

Nysander le tendió una tablilla de cera de escritura y un estilo.

—¿Quieres intentarlo?

Después de examinar cuidadosamente el documento, Seregil encontró dieciséis palabras con los acentos equivocados. A continuación hizo una lista con las letras mal acentuadas y dio con un total de veintinueve.

Frunciendo el ceño, se dio unos golpecitos con el estilo contra la barbilla.

—Esto es un maldito embrollo.

—Más difícil de lo que crees —dijo Nysander—. Mi maestro Arkoniel y yo tardamos casi un año en descubrir la clave. Claro que, por entonces, estábamos trabajando en otras cosas.

Seregil arrojó el estilo a un lado con un gruñido.

—¿Quieres decir que ya lo has descifrado?

—Oh, sí. Verás, esa no es la tarea que voy a encomendarte. Pero sabía que preferirías trabajar con el original y extraer tus propias conclusiones.

—¿Y cómo funciona?

Nysander se unió a él en la mesa, dio la vuelta a la tablilla y comenzó a escribir rápidamente.

—Para empezar, las letras acentuadas no tienen el menor sentido, un hecho que tardamos un tiempo descorazonadoramente largo en descubrir. La clave es una combinación del silabeo y el caso. Como sabes, el asuit antiguo es una lengua flexiva con cinco casos. Sin embargo, el código sólo utiliza tres de ellos, el nominativo, el genitivo y el dativo. Por ejemplo, mira a las palabras que forman la frase «del mundo».

Seregil asintió con aire reflexivo mientras murmuraba para sí.

—Sí, fue ese acento equivocado el que me llamó la atención. Debería estar sobre la segunda vocal de la última sílaba, no sobre la primera.

—Exacto. Como «mundo» está en caso genitivo y el acento equivocado aparecen en la penúltima sílaba, utilizas la última letra de la palabra. Si está en el mismo caso pero en la segunda o penúltima sílaba, utilizas la primera.

Seregil levantó la mirada y sonrió.

—Ignoraba que fueses un gramático tan experto.

Nysander se permitió un guiño complacido.

—Uno aprende alguna que otra cosilla con el paso de los siglos. Verdaderamente es un sistema exquisito e impide casi por completo un descubrimiento casual. En el caso nominativo, el acento equivocado sobre la antepenúltima sílaba indica que debes tomar la última letra de la palabra inmediatamente posterior a la mal acentuada y así sucesivamente. En el caso dativo, sólo tiene significado un acento sobre la penúltima sílaba. El resultado de todo ello es que se obtienen quince letras. Ordenadas de la manera apropiada... ahora no apartes la vista del texto... ordenadas de la manera apropiada forman la frase «*argucth chthlon hrig*».

—Suenan como si estuvieses a punto de escupir... —comenzó a decir Seregil. Pero las palabras murieron en su garganta mientras la escritura de la página comenzaba a moverse y arremolinarse.

Después de unos pocos segundos desapareció por completo, dejando en su lugar un diseño que semejaba una estrella de ocho puntas y que ocupaba la mayor parte de la página.

—¡Un palimpsesto mágico! —jadeó.

—Exactamente. Pero mira con más atención.

Seregil sostuvo la vitela más cerca de la lámpara y dejó escapar un suave silbido; todo el diseño estaba formado por una escritura caligráfica de la más delicada y elegante hechura.

—Nuestro profeta loco debe de haber escrito esto con una pluma de picaflor.

—¿Puedes leerlo?

—No lo sé. Está muy apretado. La letra es konica, usada por los escribas de corte en tiempos de los primeros Hierofantes, pero el lenguaje es diferente, como si el autor hubiese querido aproximarse a los sonidos de una lengua con el alfabeto de otra. Sí, eso es exactamente lo que estaba haciendo, el viejo e inteligente bastardo. De modo que, si nos aproximamos desde una perspectiva fonética...

Musitando en voz baja, Seregil se abrió camino lentamente a través de la enmarañada escritura. Media hora más tarde levantó la mirada con una sonrisa triunfante.

—¡Es dravniano! Nysander, tiene que ser dravniano.

—¿Dravniano?

—Los dravnianos son un pueblo tribal que mora en los valles glaciares de la Cordillera Ashek, al norte de Aureren. No he estado allí desde que era un niño, pero he estudiado su lengua. Los dravnianos son grandes narradores y creadores de sagas y leyendas. No tienen escritura propia, pero ésta reproduce bien su sonido. El autor era sin duda un estudioso de los lenguajes oscuros. Una vez que uno desenreda todo este embrollo, son las mismas palabras repetidas una vez tras otra para formar el dibujo. También escritas con sangre, por cierto. Probablemente la del propio autor, si estaba tan loco como para crear algo como esto.

—Quizá —le interrumpió Nysander—. Pero ¿sabes lo que dice?

Seregil lo miró un instante y entonces dejó escapar una risotada triunfante.

—¡Aja! Así que de eso se trata. ¡Tú no puedes leerlo!

Una mirada afligida se pintó en el rostro de Nysander.

—Debo recordarte los juramentos que has...

Seregil alzó una mano mientras sonreía con suficiencia.

—Lo sé, lo sé. Pero después de todas esas restricciones y todo ese secreto, creo que me he ganado el derecho a disfrutar un poco. Todo lo que dice es «Piedra dentro de hielo dentro de piedra dentro de hielo. Cuernos de cristal bajo cuernos de piedra». O viceversa. No hay manera de saber cuál de las dos frases es la primera. Sin embargo, el por qué se tomaría alguien tantas molestias para esconder algo tan hermético como esto carece de sentido para mí.

—¡De ningún modo, de ningún modo! —Nysander dio una palmada a Seregil en el hombro y entonces comenzó a caminar por la habitación con aire excitado—. El palimpsesto comienza con asuit antiguo, una lengua arcaica de Plenimar, anterior a los asentamientos de los Hierofantes. La frase «*argucth chthlon hrig*», en apariencia carente de todo significado, es la palabra mágica que da acceso a la escritura escondida. Ésta, a su vez, está escrita con un alfabeto de la corte de los Hierofantes, que por entonces se encontraba en la isla de Kouros, y sin embargo utiliza el idioma

de una tribu apenas conocida de las montañas del sur, al otro lado del mar de Osiat, cerca de Auréren. Tenía razones para sospechar todo esto pero tú, querido hijo, me has proporcionado la confirmación definitiva. ¡Qué documento más asombroso!

Mientras hablaba, Seregil había estado también cavilando por su cuenta.

—La tribu de los dravnianos mora en los valles más elevados de la cordillera Ashek y construye sus aldeas a lo largo de la línea de los hielos. «Piedra dentro de hielo dentro de piedra dentro de hielo». Y lo de los cuernos de piedra me recuerda en parte a una historia que los mercaderes de las montañas solían contar, algo sobre un lugar en lo alto de las montañas donde los demonios bailan sobre la nieve para beberse la sangre de los mortales. Lo llamaban el Valle de los Cuernos.

Nysander se detuvo frente a Seregil, con una amplia sonrisa en el rostro.

—¡Tu mente es como el nido de una urraca, querido muchacho! Uno nunca sabe qué tesoro saldrá de ella a continuación.

—Si el Valle de los Cuernos existe de verdad, entonces todo esto —los dedos de Seregil tamborilearon sobre la manchada vitela— no es sólo un enrevesado acertijo. Es un mapa.

—Y quizá no sea el único —dijo Nysander—. De acuerdo con los informes que nuestros espías acaban de enviarnos desde Plenimar, varias fuerzas expedicionarias han partido a través del Estrecho de Bal, en dirección oeste. Hasta ahora no podíamos imaginar lo que pretendían, pero la península de Ashek se encuentra en esa dirección.

—¿En esta época del año? —Seregil sacudió la cabeza. Cruzar el estrecho de Bal significaba adentrarse en el extremo meridional del mar de Osiat, un lugar de bancos peligrosos e inhóspitas riberas incluso durante las mejores estaciones. En pleno invierno no sería traicionero. Sería algo peor—. De modo que, signifique lo que signifique eso de «piedra dentro de hielo», los plenimaranos lo quieren a toda costa. Y supongo que tú no deseas que lo consigan.

—Confío en que me ayudes a impedir tal acontecimiento.

—Bueno, la verdad es que me sería de ayuda saber qué es lo que estoy buscando. Suponiendo, claro, que no significara revelar demasiados secretos sagrados.

—Se rumorea que es una corona o diadema de alguna clase —le contó Nysander—. Y lo que es más importante, posee poderes similares a los de la moneda, que tú ya has experimentado.

Seregil hizo una mueca al recordarlo.

—Entonces me aseguraré de no llevarla encima esta vez. Pero si tus informaciones son correctas, los plenimaranos se nos han adelantado, ¿no?

—Quizá no. El hecho de que hayan enviado varias expediciones sugiere que no conocen la localización exacta del objeto. Nosotros, por otro lado, quizá acabemos de descubrirla. Y yo puedo transportarte allí de una manera mucho más rápida.

Seregil palideció.

—¡Oh, no! No puedes... ¿Una translocación desde aquí hasta Ashek? Nysander, estaré vomitando durante horas.

—Lo siento mucho, pero este asunto es demasiado importante como para arriesgarse a cualquier otra cosa. Lo que nos lleva a la cuestión de Alec. ¿Pondrá alguna objeción a que no lo lleves contigo?

Seregil se pasó una mano por el pelo.

—Ya se me ocurrirá algo. ¿Cuándo me marchó?

—A mediodía si estás preparado para entonces.

—Creo que lo estaré. ¿Qué necesitaré, aparte de lo más obvio?

—¿Qué te parecería hacerte pasar por un mago Aurénfaie?

Seregil lo miró con aire irónico.

—Parece divertido, siempre que no tenga que confiar en mis habilidades mágicas.

—Oh, no, de ningún modo —dijo Nysander con una carcajada—. Te daré los objetos necesarios para que resultes verosímil en tu papel, así como otros que necesitarás para tu misión —se detuvo y tomó al joven por los hombros—. Sabía que no me fallarías, Seregil.

Seregil enarcó una ceja y obsequió al mago con una mirada sarcástica.

—Apuesto a que ahora te alegras de no haberme matado, ¿eh? ¿Qué hora es?

—Está a punto de amanecer, creo. Por desgracia, debo enviarte de regreso del mismo modo en que te traje.

—¿Dos veces en una noche? Pues asegúrate de dejarme cerca de una palangana.

2

EN EL GALLITO

El sonido de la tormenta sobre el tejado despertó a Alec. Ruetha se había enterrado bajo las sábanas en algún momento de la noche.

Acarició el tupido y blanco pelaje bajo la barbilla y el gato dejó escapar un ronroneo casi ruidoso.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó medio adormilado.

Se incorporó y vio la vieja y desgastada mochila de Seregil, preparada junto a la puerta del dormitorio. La vaina de la espada de su amigo estaba sobre ella y la guarda recién arreglada brillaba bajo la lechosa luz de la mañana.

Alec examinó el ordenado equipaje con suspicacia; era evidente que Seregil llevaba despierto algún tiempo, haciendo preparativos para un viaje. Y no se había molestado en despertarlo.

—¿Seregil? —asomó la cabeza por la puerta del dormitorio de su amigo y descubrió que la pequeña habitación, normalmente desordenada, resultaba hoy imposible de atravesar.

—¡Buenos días! —exclamó Seregil desde detrás de un cofre volcado.

—¿Qué ocurre? ¿Has estado despierto toda la noche?

—Toda la noche no. —Seregil salió a duras penas del desorden, cargado con un montón de prendas de piel de carnero que dejó caer sobre su equipaje—. He encontrado esto —dijo, mientras le tendía a Alec un polvoriento saco que contenía media docena de cerraduras complejas. Algunas de ellas seguían unidas a pedazos de madera astillada—. Pensé que tal vez quisieras practicar con éstas, dado que ya has dominado la mayor parte de las otras. Pero ten cuidado. Algunas de ellas muerden.

Alec dejó la bolsa a un lado sin decir nada y se apoyó contra el marco de la puerta. Seregil se estaba preparando para salir de viaje y ni siquiera le había dicho que empezara a hacer el equipaje.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras observaba cómo Seregil arrebatava por la fuerza a un armario un par de raquetas para la nieve—. ¿Dónde vas a encontrar nieve con este tiempo?

—Dame un minuto, ¿quieres? —dijo Seregil mientras comprobaba las cinchas de cuero crudo—. He de encontrar un par de cosas más y luego te explicaré todo lo que pueda.

Alec suspiró y caminó hasta la ventana que había sobre la mesa de trabajo. Los cristales trepidaron mientras una ráfaga de aire fresco azotaba la posada. En el exterior podía ver a Diomis, el hijo de Thrys, atravesando apresuradamente el patio trasero. Más allá, unas cortinas de lluvia helada lo ocultaban todo salvo los edificios más próximos. Detrás de él, podía oír cómo Seregil seguía revolviendo la habitación.

Luchando contra una impaciencia cada vez más insistente, se puso unos pantalones y empezó a encender el fuego. Las brasas se habían apagado durante la noche. Amontonó la yesca y la leña sobre las cenizas y arrojó sobre ellas una de las lascas de fuego del frasco que había junto a la chimenea. Saltaron las llamas y se quedó mirando mientras trataba de dominar sus inquietos pensamientos.

—¿Sabías que, vista desde atrás, tu cabeza parece un erizo despeinado? —señaló Seregil mientras emergía al fin de la habitación. Después de desarreglar los desiguales cabellos de Alec, se dejó caer sobre su sillón favorito, junto al fuego.

Alec no parecía divertido.

—Vas a marcharte solo, ¿verdad?

—Sólo durante unos días.

Había una reserva en sus palabras que a Alec no le gustó.

—¿Se trata de un trabajo, entonces?

—La verdad es que no puedo hablar sobre ello.

Alec estudió el rostro de su amigo. Ahora que se encontraba más cerca, se dio cuenta de que Seregil parecía bastante pálido.

—¿Es por lo de la pasada noche? Pero dijiste...

—No, por supuesto que no. Es algo de lo que no puedo hablar con nadie.

—¿Por qué no? —inquirió el muchacho, con una mezcla de curiosidad testaruda y decepción.

Seregil extendió las manos en un gesto de disculpa.

—No tiene nada que ver contigo, créeme. Y no te molestes en tratar de sacármelo.

—Es algo relacionado con Nysander, ¿verdad?

Seregil lo miró, impasible.

—Necesito que me prometas que no me seguirás una vez que me haya ido.

Alec consideró la posibilidad de realizar nuevas objeciones y entonces asintió con aire abatido.

—¿Cuándo estarás de vuelta?

—En unos pocos días, espero. Tendrás que ocuparte del trabajo de los documentos para el Barón Orante y de cualquier otra cosa que se presente y parezca un trabajo normal. También habrá que hacer algo con respecto a la Noche del Luto si no he regresado a tiempo.

—¿Si no has regresado a tiempo? —estalló Alec—. ¡Sólo falta una semana y vas a dar una fiesta en la calle de la Rueda esa noche!

—Los *dos* vamos a dar una fiesta —lo corrigió Seregil—. No te preocupes. Runcer se encargará de todos los preparativos y, para entonces, Micum y su familia estarán también aquí. Tú sólo tendrás que hacer de anfitrión. ¿Recuerdas a Lady Kylith, la mujer con la que bailaste la primera noche que pasaste allí?

—Nos sentaremos con ella en la ceremonia de la Noche del Luto.

—Exacto. Ella se encargará de que tus modales sean los apropiados.

—Pero sin duda la gente preguntará por ti.

—Por lo que todo el mundo sabe, Lord Seregil sigue recuperándose de la conmoción provocada por su arresto. Dile a cualquiera que pregunte que me he retrasado. Arriba ese ánimo, Alec. Lo más probable es que esté de vuelta mucho antes de eso.

—Ese trabajo secreto tuyo... ¿es peligroso?

Seregil se encogió de hombros.

—¿Y qué hacemos que no lo sea? La verdad es que no sabré demasiado hasta que no esté trabajando en ello.

—¿Cuándo te marchas?

—En cuanto haya comido algo. Vístete y bajemos a desayunar.

Alec olió el pan recién hecho mientras atravesaban el almacén en dirección a la cocina.

El habitual tumulto del desayuno había pasado. Un mozo de la trascocina estaba fregando las desgastadas mesas mientras Cilla bañaba a Luthas en una cacerola. La vieja Thrys, los hombros cubiertos por un chal para protegerse de la humedad, se sentaba junto al fuego y pelaba nabos.

—Vaya, al fin estáis aquí —los saludó la anciana, aunque rara vez veía a Seregil antes del mediodía—. Hay té sobre el fuego y unos bollos recién hechos debajo de ese trapo de ahí. Cilla los ha hecho esta misma mañana.

—¿Y cómo está hoy este zagal? —sonrió Seregil mientras extendía el pulgar junto al bebé. Luthas lo cogió inmediatamente y se lo llevó a la boca.

—Oh, con ganas de guerra —replicó Cilla. Tenía unas considerables ojeras—. Le está saliendo un diente y nos ha tenido despiertos toda la noche.

Alec sacudió la cabeza. Un instante Seregil estaba hablando de viajes misteriosos y al siguiente jugaba a hacer de tío con el bebé, como si no tuviera la menor preocupación en el mundo.

Y no es que su afecto por Luthas no fuera genuino. Le había contado a Alec que Cilla le había ofrecido el honor de ser el padre de su hijo cuando se había decidido a tenerlo para evitar ser reclutada.

Seregil había declinado de forma diplomática. Aunque el interés de Seregil por las mujeres era, en el mejor de los casos, limitado, Alec sospechaba que la verdadera razón de su reticencia era que ello le hubiese costado la amistad de su abuela. De joven, Thrys había sido sargento en los Arqueros de la Reina, y la desesperaba que ni su hijo ni su nieta hubieran seguido una carrera militar antes de establecerse.

Cilla nunca había revelado quién era el padre de la criatura, aunque sin duda tenía que ser un hombre moreno. Ella era rubia mientras que los ojos y el pelo de su hijo eran tan castaños como los de un visón.

Alec se dirigió hacia el hogar, se inclinó junto a Thrys y extendió el brazo hacia la tetera que se calentaba sobre el fuego.

—Hoy tienes cara de haberte levantado con el pie izquierdo —observó Thrys con perspicacia—. Se marcha sin ti, ¿no es así?

—¿Te lo ha dicho él?

La anciana dejó escapar un bufido burlón.

—No hacía falta —dijo, mientras cortaba en cuartos un nabo y arrojaba los pedazos en una olla que había a su lado—. Ahí lo tienes, con sus viejas botas de viaje, alegre como un gorrión. Y mientras tanto, tú aquí, con la cara larga y todavía en mangas de camisa. No hace falta ser un mago para darse cuenta de ello.

Alec se encogió de hombros. Thrys había sido la gobernanta de El Gallito desde que Seregil lo comprara secretamente, veinte años atrás.

Ella —junto con su familia y Rhiri, el mozo de cuadra mudo— pertenecía a la selecta minoría que lo sabía todo sobre la doble vida de Seregil.

—Pero no empieces a darle vueltas —murmuró—. Maese Seregil tiene una gran opinión de ti, puedes estar seguro. No habla tan bien de nadie, excepto de Micum Cavish, y esos dos llevan años y años siendo amigos. Además, así tendremos la oportunidad de hablar un poco más sobre tiro, ¿eh? Todavía hay un truco o dos que no le he contado a nadie, y ese estupendo arco negro tuyo no debería estar criando polvo.

—Supongo que no. —Alec le dio un rápido beso en la mejilla y fue a sentarse frente a Seregil al otro lado de la mesa de la cocina.

Estudiando el rostro de su amigo mientras Seregil bromeaba con Cilla a cuenta del desayuno, Alec estaba seguro de ver pequeñas arrugas de tensión alrededor de sus ojos. Fuera lo que fuera ese trabajo secreto, había en ello más de lo que le estaba contando.

Sin embargo, no tenía sentido seguir interrogándolo.

Cuando volvieron a estar en su habitación, Seregil terminó de empacar la escasa colección de pertenencias que se llevaría consigo y se cubrió la cabeza con un sombrero viejo.

—Bueno, pues ten cuidado —dijo—, especialmente en ese trabajo para el barón. No quiero encontrarte en la Torre Roja a mi regreso.

—No te preocupes. ¿Quieres que te ayude a bajar todo eso?

—No hace falta —se cargó la mochila sobre el hombro y le estrechó la mano—. La suerte de los ladrones, Alec.

Y, con un destello de su sonrisa ladeada, desapareció.

Alec escuchó el rumor de sus pasos mientras se desvanecían rápidamente escaleras abajo.

—También para ti.

Mientras salía, Seregil se detuvo en la cocina. De pie junto a Thrys, sin volverse, le tendió un paquete plano y lacrado.

—Te dejo al cuidado de esto. Tengo que marcharme por unos días. Si no regresara, servirá para que ni Alec ni vosotros tengáis que preocuparos de nada.

Thrys pasó un dedo sobre los sellos de cera. Tenía el ceño fruncido.

—Un testamento, ¿verdad? No me extraña que el joven Alec tuviera un aspecto tan sombrío.

—No lo sabe y me gustaría que siguiese siendo así.

—Nunca habías dejado un testamento hasta hoy.

—Es sólo por si tengo un accidente o algo parecido —se colgó el equipaje del hombro y se encaminó hacia la puerta.

—¡O algo parecido! —los labios de la anciana se fruncieron para formar una línea de escepticismo—. Ten cuidado de que ese «algo» no salte y te muerda en el trasero cuando no estés mirando.

—Haré cuanto esté en mi mano para impedir que eso ocurra.

Fuera, la nevisca se había convertido en lluvia. Después de cubrirse el sombrero con la capucha de su remendada capa, Seregil corrió sobre los resbaladizos adoquines hasta llegar al establo, donde Rhiri lo esperaba con su nueva yegua ensillada y dispuesta. Después de arrojarle al sirviente medio sestercio de oro, Seregil subió a la silla y salió a galope en dirección a la Casa Oréska.

3

CUERNOS DE PIEDRA

Había pasado ya la media tarde cuando Nysander completó los preparativos para la translocación.

—¿Estás preparado, Seregil? —preguntó al fin, mientras levantaba la vista del elaborado dibujo que había trazado con tiza sobre el suelo de su sala de encantamientos.

—Todo lo preparado que puedo estar —dijo Seregil, sudando bajo sus ropajes de invierno. Llevó su mochila, sus raquetas para la nieve y su bastón hasta el centro del dibujo y los dejó sobre el suelo.

—Éstas deberían bastar para cimentar tu reputación como mago. —Nysander le tendió media docena de varas de sauce cubiertas con símbolos pintados—. Cuando se rompan, cada una de ellas producirá un regalo diferente para tu anfitrión. Pero debes tener cuidado de mantener ésta de la banda roja separada del resto. Contiene el hechizo de translocación que te traerá de vuelta.

Seregil guardó cuidadosamente la varita roja en una bolsa de su cinturón y entonces deslizó el resto dentro de la blanca túnica Aurénfaie que llevaba bajo su pesada capa.

—No obstante, éstos son los objetos más importantes —continuó el mago, caminando hasta una mesa cercana. Sobre ella descansaba una caja de madera de sesenta centímetros cuadrados, envuelta en una correa de cuero para transportarla y con una pesada cerradura.

Estaba cubierta por láminas de plata decoradas con símbolos mágicos y contenía dos frascos envueltos en lana.

Seregil frunció el ceño.

—¿Y si esa corona o lo que sea que ando buscando resulta demasiado grande para meterla aquí?

—Haz lo que puedas y regresa de inmediato.

Seregil alzó los frascos. Eran muy pesados y los sellos de cera que cubrían los corchos estaban también grabados con símbolos.

—¿Y éstos?

—Vierte su contenido alrededor de la corona e inscribe los símbolos de la Tétrada en el círculo. Eso debería debilitar cualquier barrera mágica que la proteja.

Una desagradable punzada de incertidumbre recorrió las entrañas de Seregil.

—¿Debería?

Nysander volvió a envolver los frascos en la lana y los depositó en la caja.

—Lograste sobrevivir a la magia de los discos sin ayuda. Esto debería ser suficiente.

—Ah, ya veo. —Seregil lanzó una mirada dubitativa a su viejo amigo—. Crees que la misma incapacidad innata que me impide convertirme en un mago me protege de la magia.

—Así parece ser. Sólo desearía que no te causase tal malestar durante las translocaciones. Considerando la distancia en este caso...

—Acabemos cuanto antes. —Seregil se cargó el equipaje sobre los brazos lo mejor que pudo—. Las montañas Ashek están bastante al oeste y es posible que cuente todavía con unas pocas horas de sol, pero prefiero no tentar a la suerte.

—Muy bien. Antes he escudriñado el lugar y creo que podré enviarte a pocos kilómetros de distancia de una aldea. Será mejor dejarte en el propio glaciar en vez de arriesgarnos a caer en las estribaciones rocosas que hay a lo largo del borde.

—Eso sí que es un alivio. ¡Muchas gracias!

Ignorando el sarcasmo, Nysander juntó las yemas de sus dedos frente a su rostro y comenzó a pronunciar el encantamiento. Al cabo de un momento, una partícula de oscuridad cobró existencia en el interior de la cavidad formada por sus manos. Las separó lentamente y la hizo crecer hasta que fue como un espejo de negrura frente a ellos.

Seregil escudriñó su interior un momento. Ya comenzaba a sentir náuseas. Sujetó con más fuerza las raquetas, respiró profundamente para infundirse resolución, cerró los ojos y dio un paso al frente.

La arremolinada explosión de vértigo fue peor de lo que había esperado. Para la mayoría de la gente, la translocación era algo tan sencillo como dar un paso desde una habitación a otra. Sin embargo, para Seregil era como ser succionado hacia abajo por un remolino negro y furioso.

Esta vez pareció prolongarse durante toda una eternidad, azotándolo con un látigo de oscuridad. Entonces, tan bruscamente como había empezado, irrumpió en una luminosidad gélida y se vio hundido hasta las rodillas en nieve recién caída.

Incapaz de moverse, se inclinó hacia delante y vomitó su frugal desayuno. Cuando los espasmos hubieron pasado, salió de la nieve y se alejó arrastrándose del humeante revoltijo. Se dejó caer de espaldas, con un brazo sobre los ojos, y permaneció tirado y completamente inmóvil mientras el mundo giraba a su alrededor de manera enfermiza. El viento aullaba sobre él, depositando diminutos cristales de hielo sobre sus labios. Rodó sobre el vientre, volvió a vomitar y se limpió la boca con un puñado de nieve.

Al menos Nysander sabe apuntar, pensó mientras lanzaba una mirada en derredor.

El glaciar ocupaba un abrupto valle. En su cabecera, algunos kilómetros más allá, un par de picos se elevaban por encima del resto para darle al lugar el nombre por el que Seregil lo recordaba. La luz del sol incidía inclinada sobre la blanca inmensidad que se abría delante de él, y se reflejaba sobre ella con la suficiente luminosidad

como para hacer que los ojos le lloraran. Olas heladas, talladas por el azote de los vientos sobre la dura superficie del glaciar, lanzaban destellos acerados entre el polvillo de nieve y proyectaban sombras tan azuladas como el cielo que tenía sobre su cabeza.

Los pesados ropajes de Seregil mantenían a raya lo más crudo del penetrante frío, pero ya tenía la nariz y las mejillas entumecidas. Con cada exhalación su aliento se condensaba y se congelaba formando una franja de brillante escarcha sobre el forro de piel de su sombrero. Soltó sus raquetas, comprobó que no hubieran sufrido daño y las ató rápidamente a las botas. Los gruesos guantes estorbaban sus movimientos, pero hacía demasiado frío como para quitárselos siquiera un instante.

Ahora que podía caminar con más facilidad sobre la nieve, se dirigió hacia una loma cercana con el propósito de orientarse.

Cualquiera que siguiera su rastro hacia atrás descubriría que había caído del cielo, pero eso era algo que él no podía evitar; después de todo, se suponía que era un mago.

Desde lo alto de la loma podían distinguirse delgadas columnas de humo que marcaban la posición de una aldea sobre la ladera occidental del valle, a algunos kilómetros de distancia. Valle abajo, un poco más allá, pudo distinguir una segunda aldea. La primera estaba más cercana a los «cuernos de piedra», así que se dirigió hacia ella.

Todavía sentía náuseas y el aire, escaso y gélido, le quemaba los pulmones, haciendo que unas manchas oscuras bailaran delante de sus ojos mientras caminaba. Marchó con paso firme por la nieve hasta que dio con una vereda que se dirigía hacia el pueblo. Se encontraba a poco menos de un kilómetro de distancia de éste cuando una manada de perros y niños apareció corriendo para darle la bienvenida.

Seregil se detuvo y se apoyó sobre su bastón con una sonrisa de alivio. La hospitalidad de los dravnianos era legendaria entre los pocos que la conocían. Los miembros de una aldea cercana eran recibidos como si fuesen familiares —cosa que, por cierto, solían ser—. Cualquiera que proviniese de más allá de los picos que formaban la frontera de su país era considerado una auténtica maravilla.

Seguramente ya habían sacrificado algunos carneros en su honor.

—¿Puedo visitar vuestra ciudad? —preguntó en dravniano mientras la excitada chiquillería se agolpaba a su alrededor.

Riendo, recogieron su equipaje y lo condujeron hacia la aldea. Los perros ladraban y los carneros y ovejas balaban desde sus corrales de piedra. Los aldeanos lo saludaban como si fuese un héroe que regresaba a casa.

El pequeño asentamiento estaba formado por una colección de torres achaparradas, construcciones redondas, de piedra, de dos pisos de altura, con tejados cónicos de fieltro. Las puertas principales estaban en lo alto del nivel superior y,

cuando la nieve no estaba apilada hasta el alféizar, podía accederse a ellas a través de una rampa. En el centro de la aldea se alzaba una torre más ancha que las demás. Una multitud considerable se había reunido ya en el exterior, ansiosa por echar un vistazo al recién llegado.

Los dravnianos eran unas gentes bajas, de complexión ancha, con ojos negros en forma de almendra y un cabello negro y basto que peinaban hacia atrás con generosas aplicaciones de grasa. Sin embargo, unos pocos entre ellos tenían el pelo más claro o facciones más finas, lo que evidenciaba una mezcla de sangre, posiblemente Aurénfaie, dado que nadie más se aventuraba hasta estos valles tan remotos.

El jefe de la aldea era uno de estos mestizos. Mientras el hombre avanzaba hacia él con una amplia sonrisa en los labios, Seregil advirtió que sus ojos eran del mismo gris claro que los suyos.

—Bienvenido a este lugar, Hermano de la Buena Gente —lo saludó el hombre con un dialecto que mezclaba el idioma Aurénfaie y el dravniano—. Soy Retag, hijo de Wigris y Akra, jefe de este pueblo.

—Yo soy Meringil, hijo de Solun y Nycanthi —respondió Seregil en dravniano. Sonriendo, Retag volvió a su lengua materna.

—No hemos visto a ninguno de tu tribu desde los tiempos de mi abuelo. Honras a nuestra aldea con tu presencia. ¿Te unirás a nuestra fiesta en la casa del consejo?

—Sois vosotros los que me honráis —repitió Seregil al tiempo que realizaba la reverencia más elegante que sus voluminosas ropas le permitían.

El piso superior de la casa del consejo, utilizado como almacén comunitario, tenía un gran agujero para el humo en el centro mismo del suelo. Unos toscos escalones de madera conducían hasta la cámara inferior, donde una enorme fogata había sido encendida con estiércol en la chimenea, rodeada por gruesas alfombras y almohadones. Al otro lado de la sala, las mujeres se afanaban con excitación alrededor de una cocina, preparando la comida ritual.

Sentado frente al fuego central en compañía de Retag y los otros prohombres de la aldea, Seregil cerró los ojos un instante mientras su estómago trataba de acostumbrarse. El olor de los animales sacrificados, mezclado con los más inmediatos aromas de los cuerpos sin lavar y los cabellos grasientos, resultaba abrumador después de la pureza del aire de la montaña.

Cada centímetro cuadrado de espacio libre existente en la sala parecía haber sido ocupado por aldeanos curiosos. La gente hablaba excitadamente por todas partes, inclinándose sobre sus vecinos para gritarle algo a alguien o pidiendo a gritos detalles desde el piso superior. Allí, los niños rodeaban el agujero para el humo y parloteaban como golondrinas. Las mujeres trabajaban con ruidoso regocijo, manejando los grandes cuchillos y haciendo tintinear las broquetas y los tazones.

Mientras se despojaba de sus pesadas ropas de abrigo, Seregil sentía que todas las

miradas estaban clavadas en él. Puesto que pretendía pasar por un viajero de su nativo Auréren, se había ataviado con el atuendo tradicional. Su larga camisa blanca y los pantalones ajustados eran confortables y no tenían más adorno que las delgadas franjas con dibujos que recorrían el dobladillo y el cuello. Para completar el efecto, extrajo un tocado de tejido suelto y, con una habilidad que demostraba gran práctica, lo enrolló dando varias vueltas sobre su cabeza y dejó ambos bordes colgando sobre su espalda. Una daga pequeña y ornamentada pendía de su cinto, pero la dejó a un lado, junto con la espada, como gesto de buena voluntad.

Un murmullo de excitación recorrió la habitación cuando se reclinó al fin y aceptó el cuenco de *ilaki* de manos de Seune, la mujer del jefe.

Bebió a sorbitos la leche fermentada con toda la frugalidad que las buenas maneras permitían. Su deber como invitado era responder con noticias a la hospitalidad recibida y así, lentamente, les contó aquellos acontecimientos del sur que pensó que podrían interesarles. En general se trataba de asuntos ocurridos más de treinta años atrás, mezclados con algunos rumores que había escuchado desde su exilio, pero todos resultaron nuevos para los dravnianos y fueron muy bien recibidos.

Cuando hubo terminado, comenzaron los tradicionales cuentos.

Grandes amantes de las historias como eran, los dravnianos carecían de un sistema propio de escritura. Cada familia poseía un patrimonio de cuentos que sólo los miembros de la misma tenían derecho a relatar. Otros cuentos eran de propiedad general y en las reuniones les eran pedidos a aquellos que mejor los contaban. Con frecuencia, los niños participaban en las conversaciones con los cuentos familiares, y las canciones correspondían a las mujeres.

Seregil se unió a ellos con sus propios cuentos y no tardaron en saludarlo como un *biruk*, «uno que recuerda muchas historias»: el mayor de los elogios en tal compañía. Al cabo de largo rato colocaron una enorme bandeja de cabra asada delante de él, y para entonces empezaba a disfrutar de verdad de la fiesta.

La bandeja comunal contenía piernas asadas, paletillas y costillas, dispuestas en un gran anillo que contenía entrañas cocinadas, mollejas y cabezas de cabra hervidas. Cuando el invitado y el consejo se hubieran servido, la bandeja pasaría a los huéspedes secundarios y luego a los niños y los perros. A Seregil lo sirvieron Seune y sus hijas mayores.

Las dos chicas se arrodillaron a su derecha, sosteniendo tajadas de pan negro que su madre llenó con pedazos selectos de carne. Después de mostrar su aprobación con un educado asentimiento de cabeza, Seregil tomó un pedazo de carne y lo mordió, lo que significaba que sus anfitriones podían comenzar.

La sabrosa y fuerte comida terminó de asentarle el estómago y acabó con sus náuseas y, terminada la comida, realizó una gran exhibición para presentarle sus regalos a Retag y su pueblo.

Después de indicar con gestos a los demás que le hicieran sitio, extrajo secretamente una de las varitas pintadas de Nysander de su manga y la rompió entre sus dedos mientras con la otra mano realizaba complicados ademanes. Instantáneamente, varias canastas de fruta aparecieron de la nada frente a la deleitada audiencia.

Las canastas pasaron de mano en mano hasta llegar a la multitud que se asomaba desde el piso de arriba, mientras la gente ensalzaba a voz en grito su buena fortuna.

Sonriendo, Seregil extrajo una nueva varita, que produjo un cofre lleno de monedas de plata. Los dravnianos no utilizaban la moneda acuñada, pero el brillo del metal y la elegancia de los diseños los complacieron. Nuevos hechizos produjeron rollos de lino y seda, agujas de bronce, cuerdas y fardos de hierbas curativas.

—Eres un Hermano de la Buena Gente de gran magia y generosidad, Meringil, hijo de Solun y Nycanthi y también un verdadero *biruk* —proclamó Retag mientras le daba a Seregil una palmada en el hombro—. Serás conocido como miembro de mi clan desde este mismo día. ¿Qué podemos ofrecerte a cambio?

—Soy yo el que se siente honrado por vuestra excelente hospitalidad. Mis regalos son tan solo una muestra de agradecimiento —replicó Seregil con elegancia—. Aunque hay un asunto en el que quizá podáis ayudarme.

Retag indicó a los otros con un gesto que prestarán atención.

—¿Qué te ha traído tan lejos, hasta nuestro valle?

—He venido a buscar un lugar de magia que se menciona en ciertas leyendas. ¿Conocéis un lugar como ese?

La reacción fue instantánea. Los ancianos intercambiaron miradas dubitativas. Una mujer dejó caer un espetón con gran estrépito. Sobre sus cabezas, los niños dejaron de discutir excitadamente sobre sus nuevos tesoros y se inclinaron un poco más sobre el agujero para poder escuchar.

Retag hizo un ademán con su bastón y un pequeño anciano que vestía un abrigo decorado con dientes de oveja avanzó arrastrando los pies. Bajo la luz del fuego, su rostro, de mirada curtida y lentos párpados, parecía el de una antiquísima tortuga. Se arrodilló lentamente delante de Seregil, alzó una sonaja de huesos con una mano temblorosa y la agitó, describiendo un amplio círculo sobre su cabeza, antes de hablar.

—Soy Timan, hijo de Rogher y Borune —dijo al fin—. Y te digo que existe un lugar como ese en este valle. Ha sido el deber de mi clan vigilarlo desde los tiempos de la cólera del espíritu. Es la casa de un gran espíritu, escondida profundamente en la roca, bajo el hielo. Ningún hombre sabe cómo llegó hasta allí. Algunas veces la puerta está allí y otras veces no, según le plazca a la voluntad del espíritu.

—¿Y dices que ese espíritu se encolerizó? —preguntó Seregil.

Timan asintió mientras sacudía suavemente la sonaja al ritmo de sus palabras. Era

más una letanía que una historia, como si la hubiese contado ya muchas veces, recurriendo siempre a las mismas palabras.

—El espíritu hizo una cámara para que los hombres soñaran en ella. Algunos soñaron. Otros no. Algunos escucharon la voz del espíritu. Otros no. Todo fue por voluntad del espíritu. Cuando decidía hablar, aquellos que podían escucharlo eran llamados benditos, portadores de gran fortuna para su clan. Pero hace muchas generaciones el espíritu se encolerizó. Los hombres que salían de la cámara habían enloquecido. Hicieron cosas de una terrible maldad. Otros no regresaron y jamás se encontró rastro alguno de ellos. Un hombre de mi clan fue el primero en enloquecer y por ello ha sido deber de mi clan el guardar la morada del espíritu desde entonces.

Calló, pero su boca siguió moviéndose en silencio, como si le hubiesen hurtado la voz.

—¿Por qué buscas ese lugar? —preguntó Retag.

Seregil contempló el fuego un instante mientras cavilaba sobre la información que acababa de recibir y le daba una forma que pudiera utilizar.

—He escuchado leyendas de ese lugar y tenía curiosidad por saber si eran verdaderas. Ya sabéis que los Aurénfaie somos un pueblo de gran magia. Os he mostrado mis poderes. Si me lleváis hasta ese lugar sagrado, hablaré con el espíritu y descubriré por qué está tan enfadado. Quizá pueda incluso conseguir que reine de nuevo la paz entre vosotros.

Un murmullo de aprobación recorrió la atiborrada cámara. El viejo Timan dejó la sonaja a los pies de Seregil.

—Esa sería sin duda una gran hazaña. Muchas veces he tratado de apaciguar al espíritu, pero siempre ha guardado silencio o me ha expulsado provocando terribles ruidos en mi cabeza. ¿De verdad puedes hacer una cosa como esa?

—Lo intentaré —replicó Seregil—. Llévame a la cámara del espíritu a primera hora de la mañana y hablaré con él.

El murmullo se trocó por un clamor de aclamaciones.

—Nuestro huésped dormirá esta noche en mi casa —anunció Retag con orgullo, poniendo fin a la fiesta—. Las noches de la montaña son duras para tu gente, Meringil, pero tengo muchas hijas saludables para mantenerte caliente.

Sobre sus cabezas, los niños gritaron con deleite mientras las muchachas estiraban el cuello para poder ver mejor a Seregil. Éste pestañeó.

—¿Qué?

—Conseguir un vientre redondeado de un invitado le otorga a la mujer joven una posición más elevada —le explicó Retag con aire alegre—. La sangre nueva trae nueva fuerza a toda la aldea. Mi propio abuelo era un Aurénfaie de ojos claros, como puedes ver. ¡Pero no un gran mago como tú! Mañana, el clan de Ekrid te ofrecerá su hospitalidad y luego el de Ilgrid y...

—Ah, naturalmente. —Seregil miró en derredor y vio a las madres, calculando con los dedos su puesto en la jerarquía. Evidentemente, había una parte de la hospitalidad de los dravnianos que había olvidado.

Ah, Nysander, gruñó para sus adentros mientras examinaba a aquel grupo de doncellas de rostro ovalado, cuyas pudorosas sonrisas no alcanzaban a ocultar el brillo codicioso de los ojos. *¡Será mejor que éste sea el verdadero valle!*

Alec se agachó bajo la ventana de la villa e inmediatamente se volvió, presa del pánico, mientras un amenazante gruñido se elevaba a su derecha. No había visto ningún perro la primera vez que trepara al patio del barón, pero estaba seguro como el infierno de que en aquel preciso momento había uno a su lado.

Lo que podía ver de él en la oscuridad indicaba que era grande, y el creciente timbre del gruñido le bastó para imaginar a la bestia arrojándose sobre él con las orejas gachas y enseñando los dientes.

Estaba demasiado lejos de la tapia como para huir corriendo.

Devanándose los sesos en busca del encantamiento de ladrón que Seregil le había enseñado, alzó el puño izquierdo con el índice y el meñique extendidos. Con un movimiento brusco de la mano, apuntó con el meñique hacia el suelo mientras susurraba con voz ronca:

—Paz, amigo sabueso.

El gruñido cesó al punto. Un hocico frío se frotó un instante contra la palma de su mano y entonces escuchó cómo el perro se alejaba al trote. Nunca se le había ocurrido preguntar cuánto duraba el encantamiento. No quería riesgos, así que corrió hacia el muro. La parte alta estaba erizada de fragmentos de cristal y cerámica engastados en la argamasa; en su apresuramiento extendió los brazos descuidadamente, apoyó la mano izquierda sobre una de las puntas afiladas y se desgarró la palma por encima de la muñeca. El dolor se extendió por toda su mano mientras un goteo cálido y espeso se deslizaba hacia abajo por su manga. Siseando entre dientes, se descolgó al otro lado y se encaminó a casa.

Su camino pasaba junto a la calle de la Rueda y se detuvo un instante en la esquina, apretando la mano desgarrada contra el pecho. Sólo tardaría un momento en entrar, y sabía dónde guardaba Seregil los vendajes y el bálsamo...

El creciente latido de su mano terminó de decidirlo.

Se detuvo frente a la puerta principal, sacó una piedra de luz y silbó suavemente a los perros para darse a conocer. Una enorme forma blanca se hizo visible de inmediato. Marag salió trotando del comedor y meneó la cola a modo de saludo mientras olisqueaba la mano de Alec. El otro perro estaría vigilando el patio de atrás.

Acompañado por el sabueso, Alec atravesó el salón principal en dirección a la cocina.

Lo que buscaba se encontraba sobre una estantería, junto a la puerta. Llevó las vendas y el frasco de bálsamo a la mesa, dejó la piedra de luz junto a ellos y examinó el corte. Era profundo y le dolía, pero ninguna vena o tendón de importancia parecían haber sido dañados.

—Ésta no puede ser mi mano de la suerte —murmuró mientras se frotaba con el pulgar la brillante cicatriz circular que le dejara el disco maldito robado a Mardus. Los dos habían sido marcados por él, Seregil en el pecho, donde el disco había colgado, y Alec en la mano, cuando lo agarrara durante su extraña pelea en la posada.

Se vendó el corte lo mejor que pudo con una sola mano y luego se recostó en el asiento y acarició la sedosa cabeza de Marag. El recuerdo de su propio dormitorio, escaleras arriba, resultaba muy tentador. Tenía frío y estaba cansado y, repentinamente, la calle del Pez Azul parecía encontrarse muy lejos. Pero siempre estaban las complicaciones de las apariencias; no se esperaba que Lord Seregil y Sir Alec llegasen hasta dentro de varios días y la casa no debía mostrar señales de haber sido ocupada hasta entonces. Se encogió de hombros con aire resignado mientras limpiaba las evidencias de su visita y volvió a las frías y oscuras calles.

Cuando se encontraba a una manzana de distancia de la calle de la Rueda, sintió repentinamente que alguien lo seguía. Resultaba difícil ser sigiloso en las calles cubiertas de hielo, y quienquiera que lo estuviese siguiendo ocultaba sus movimientos con notable torpeza.

Cuando Alec se detenía, casi se le echaba encima. Cuando avivaba el paso, el otro hacía lo propio. La calle estaba demasiado oscura como para poder verlo, pero oía más de un par de pasos. Uno de ellos tenía clavos de metal en las suelas de sus botas. En el silencio de la calle, Alec podía oírlos chirriando contra los adoquines.

No podía regresar a la casa. Aunque corriera más que sus perseguidores, no quería arriesgarse a conducirlos hasta allí.

Delante de él, ardía una linterna en la intersección de la calle de la Rueda con la del Yelmo Dorado. Si giraba a la derecha se encontraría con el Círculo de Astellus y la calle de la Hoja. Cabía la posibilidad de encontrarse allí con una patrulla de la Guardia, pero no podía estar seguro. Si giraba a la izquierda se dirigiría a la calle de la Luna Plateada y hacia Palacio.

Al llegar a la esquina, caminó deliberadamente a través de la esfera de luz y torció de súbito hacia la derecha. Cuando volvió a encontrarse entre las sombras, dio media vuelta y se internó en la calle de la Luna Plateada. Por desgracia, sus perseguidores descubrieron el truco y corrieron detrás de él, levantando un gran estrépito con el golpeteo de sus botas contra las piedras del pavimento.

No le quedaba más que correr. Abandonando todo intento de sigilo, la capa ondeando detrás de sí, se lanzó a la carrera por el centro del ancho bulevar. Las altas tapias de los jardines, a ambos lados de la calle, impedían que se refugiara en alguna

casa lateral. El golpeteo de sus botas contra el pavimento y el de las de sus perseguidores resonaban por la calle como el ruido de unos dados en un cubilete.

Arrancó de un tirón el cordel de su capa y la dejó caer detrás de sí. Una imprecación ahogada se alzó a su espalda un instante más tarde, seguida por el sonido de un hombre que caía pesadamente al suelo.

Al pasar corriendo junto a otra linterna, Alec lanzó una mirada atrás: tenía dos espadachines detrás, a no más de veinte metros de distancia.

Viró en la esquina de la calle de la Luna Plateada y pudo ver a su derecha la ominosa mole de las murallas que rodeaban el Palacio. Como había esperado, había una fogata de vigilancia frente a una de las puertas. Se precipitó hacia ella. Le ardían los pulmones.

Un puñado de soldados de la guardia personal de la Reina se amontonaba alrededor del brasero. Al reparar en la llegada de Alec, cuatro de ellos se adelantaron con las espadas en ristre.

—¡Ayuda! —jadeó Alec, rezando para que no lo atacaran tan pronto como apareciera entre ellos—. Salteadores... me siguen... ¡Ahí atrás!

—Quieto, muchacho, quieto ahí —dijo uno de ellos.

—Yo no veo a nadie —gruñó otro mientras lanzaba una mirada con los ojos entornados en la dirección por la que Alec había llegado.

Alec miró atrás y no encontró rastro alguno de sus misteriosos perseguidores. El primero de los guardias recorrió con una mirada escéptica su elegante chaqueta y su espada.

—Salteadores, ¿eh? A estas horas, lo más probable es que se trate de un padre o un marido enfadados. Has estado de juerga, ¿verdad?

—No, lo juro —dijo Alec sin aliento—. Volvía a casa desde... la calle de las Luces —todos esbozaron sonrisas de complicidad al escuchar esto.

—El lugar apropiado para que le aligeren a uno la bolsa de una forma o de otra, ¿eh? —dijo el sargento con una risilla—. Bueno, es tarde para las alimañas nocturnas, pero podrían estar agazapados esperándote. ¿Vives cerca de aquí?

—No, al otro lado de la ciudad.

—Entonces puedes quedarte con nosotros, aquí junto al fuego, hasta que amanezca.

Alec aceptó gustoso una capa que les sobraba y un trago del pellejo de agua, y entonces se acomodó con la espalda contra el muro, mientras el calor del brasero le calentaba el rostro y el pecho.

Con todo, pensó mientras se deslizaba hacia el sueño, no era el peor final imaginable para una noche de trabajo.

4

CUERNOS DE CRISTAL

Las hijas de Retag se despidieron efusivamente de Seregil mientras, al día siguiente, éste y su padre marchaban para encontrarse con Timan en la casa del consejo. Para consternación de Seregil, una multitud se había reunido ya a la entrada y muchos de los presentes llevaban raquetas y bastones.

Timan le presentó a un joven.

—Yo soy demasiado viejo para hacer el viaje pero mi nieto, Turik, conoce el lugar. Podrá guiarte. Los demás llevarán tu equipaje y tus ofrendas para el espíritu.

Seregil gruñó para sus adentros. Lo último que quería era contar con una audiencia, pero estaba demasiado cerca de su objetivo como para arriesgarse a ofender a los habitantes de la aldea. Entre risas y cantos, partieron hacia la cabecera del valle.

Los jóvenes dravnianos marchaban con facilidad, charlando y bromeando mientras se alejaban y acercaban al camino. Seregil, que tenía que luchar con la escasez del aire y con las secuelas de una noche pasada sin apenas descanso, se esforzaba obstinadamente por seguir su paso. Uno de los hijos de Retag se retrasó para situarse a su lado, sonriendo.

—Gozaste de buena hospitalidad la pasada noche, ¿eh? Mis hermanas estaban contentas esta mañana.

—Oh, sí —resolló Seregil—. Me mantuvieron muy caliente, muchas gracias.

Llegaron a la entrada del paso justo después del mediodía. Turik ordenó que hicieran un alto mientras un hombre de más edad llamado Shradin se adelantaba para reconocer el terreno.

Turik señaló hacia al paso.

—La morada del espíritu se encuentra allí, pero es difícil llegar desde aquí. Hay fisuras y avalanchas. Shradin sabe leer la nieve mejor que ningún otro en la aldea.

Sentado de cuclillas sobre sus raquetas, los demás esperaron mientras el guía exploraba el paso.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Seregil cuando Shradin regresó.

El dravniano se encogió de hombros.

—Hoy no es demasiado peligroso. Sin embargo, sería mejor si sólo unos pocos siguiéramos a partir de aquí. Turik conoce el camino y yo conozco la nieve. El resto debería volver a la aldea.

Después de refunfuñar y quejarse un poco, el resto de la comitiva se encaminó de vuelta a su casa.

Shradin abrió la marcha mientras comenzaban un cauteloso ascenso. Seregil y Turik lo siguieron en fila de a uno. Seregil contemplaba con silenciosa admiración

cómo el hombre probaba el camino con su bastón y lograba guiarlos sin peligro, esquivando profundas fisuras que ocultaba una capa de nieve engañosamente pulcra y regular. No obstante, a pesar del optimismo que sentía, no podía evitar lanzar miradas nerviosas a las toneladas de nieve y hielo que pendían en precario equilibrio de las montañas que se erguían sobre sus cabezas.

Cuando se acercaban a la cumbre del paso, Turik se adelantó.

—Ya casi hemos llegado —dijo al fin, mientras se detenía para que Seregil pudiera recuperar el resuello.

Después de coronar una última y empinada ladera, Turik volvió a parar y comenzó a examinar los alrededores, donde la lengua del glaciar se encontraba con la pared de roca. Después de muchas miradas a los picachos circundantes y de mucho tantear con su bastón, el joven dravniano alzó la mano y llamó a los otros con un gesto.

Erizada de carámbanos y medio enterrada por la nieve, la entrada del pasadizo parecía una boca hostil y llena de colmillos. Utilizando las manos y las raquetas, no tardaron en limpiarla y se encontraron con un túnel empinado que se internaba en las profundidades del hielo.

Seregil sintió un extraño hormigueo en las manos y en la base de la espalda al asomarse; allí abajo descansaba una magia poderosa.

—La primera parte del camino es muy resbaladiza —le advirtió Turik mientras sacaba un saquito de cenizas de su bolsa—. Tendremos que ir echando esto delante de nosotros mientras avanzamos o será casi imposible regresar.

—Tengo que seguir solo —le dijo Seregil—. Mi magia es poderosa pero no puedo distraerme preocupándome de vosotros dos. Esperadme aquí. Si no he regresado para cuando el sol toque ese pico, bajad a buscarme. Pero no antes. Si vuestro espíritu me mata, dadle todas mis cosas a Retag y decidle que las reparta como le parezca apropiado.

Los ojos de Turik se abrieron un poco al escuchar sus palabras, pero ni Shradin ni él discutieron.

Seregil se quitó el voluminoso sombrero y se ató los largos cabellos con un cordel. Después de sacar la pequeña varita de su rollo de herramientas, se la puso entre los dientes y se cargó sobre los hombros una bolsa de cenizas y la voluminosa caja.

—Que la suerte de Aura esté contigo —dijo Shradin solemnemente, Utilizando el nombre Aurénfaie para Illior.

Esperemos que así sea, pensó Seregil nervioso mientras comenzaba a descender.

El empinado túnel era estrecho y, en algunos lugares, tan resbaladizo como el cristal. Avanzaba arrastrándose, esparciendo cenizas delante de sí y arrastrando la caja de Nysander. Cuando por fin el hielo dio paso a un pasadizo de piedra más

nivelado, estaba manchado de negro de la cabeza a los pies.

La magia que exudaba el lugar se había hecho más fuerte a medida que descendía. El extraño hormigueo que sintiera al principio se había hecho más y más intenso. Había un zumbido sordo en sus oídos y comenzaba a sentir una punzada de dolor creciendo detrás de sus ojos.

—*Aura Elustri málrei* —pronunció en voz alta la invocación a Illior para probar su efecto. El silencio absorbió sus palabras sin el menor eco y el hormigueo de sus miembros siguió sin disminuir.

El túnel terminaba en una diminuta cámara natural apenas más grande que el propio pasadizo. Los fragmentos de un cuenco roto yacían apoyados contra la pared opuesta.

El incesante sonido en sus oídos dificultaba su concentración mientras empezaba a realizar una búsqueda cuidadosa del lugar. No tenía un tono regular, sino que se alzaba y descendía de forma errática. A veces creía poder distinguir el tenue y lejano eco de unas voces por detrás del resto, pero lo atribuía a su imaginación.

Seguro por fin de que no había otros pasadizos ocultos con métodos que él pudiera detectar, enterró sus heladas manos en la pelliza y se puso de cuclillas para pasar revista a los pocos hechos que conocía.

—Cuernos de cristal bajo cuernos de piedra. Piedra dentro de hielo dentro de piedra dentro de hielo —rezaba el palimpsesto.

Miró a su alrededor con el ceño fruncido. *Bueno, sin duda estoy bajo los cuernos de piedra. Y para llegar hasta aquí he tenido que pasar primero a través del hielo y luego a través de la piedra.*

Sólo faltaba, pues, la piedra dentro del hielo para llegar. Pero ¿dónde? Aunque oscuro en el método, el palimpsesto había sido bastante específico a la hora de dar las necesarias indicaciones. Si había algún pasaje secreto más allá de este punto, la lógica indicaba que las pistas que condujeran hasta él debían también encontrarse en el mismo documento.

Cerró los ojos mientras se daba un masaje en las palpitantes sienes y trató de recordar los detalles de las diversas inscripciones que contenía el palimpsesto. ¿Era posible que algo en las inconexas profecías se les hubiese pasado por alto a Nysander y a él? O quizá Nysander se había equivocado al suponer que sólo una cara del documento contenía un palimpsesto.

Un pensamiento incómodo lo asaltó.

De pronto, el azote de una ráfaga de viento helado lo despertó de sus ensoñaciones. Abrió los ojos y se encontró tendido sobre la nieve, a la entrada del túnel. Turik y Shradin estaban arrodillados a su lado y lo miraban con evidente preocupación. Sobre el hombro de Shradin pudo ver que el sol había descendido muy por debajo de la altura que él les señalara.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo con voz entrecortada al tiempo que se incorporaba.

—Esperamos tanto como pudimos —se disculpó Turik—. Llegó el momento que habías señalado y fuimos a buscarte. Cuando bajamos, te encontramos sumido en un sueño espiritual.

—Se acerca una tormenta —añadió Shradin, mirando las nubes con el ceño fruncido—. A estas alturas del año llegan muy deprisa. Debemos regresar al pueblo mientras haya luz suficiente para recorrer el camino sin peligro. Aquí no encontraremos refugio ni nada con que encender un fuego.

Seregil miró a su alrededor, repentinamente alarmado.

—¡Mi espada! Y la caja... ¿Dónde están?

—Aquí, a tu lado. También las trajimos —lo tranquilizó Turik—. Pero, cuéntanos. ¿Hablaste con el espíritu? ¿Has descubierto la razón de su cólera?

Todavía disgustado por haberse rendido con tal facilidad al hechizo que protegía el lugar, Seregil asintió con lentitud para ganar tiempo mientras ordenaba sus pensamientos.

—No es vuestro espíritu el que está enfurecido sino otro, un espíritu malvado —les dijo—. El malvado tiene al otro prisionero. Es un espíritu muy poderoso. Debo descansar y prepararme para expulsarlo.

Shradin volvió a levantar la mirada hacia el cielo.

—Si no me equivoco, vas a tener tiempo.

Después de recoger sus bolsas y sus bastones, los guías dravnianos lo condujeron de vuelta al pueblo. Lo esperaba otra noche de agotadora hospitalidad.

Tal y como Shradin había predicho, una ventisca salvaje rugió entre los dientes de las montañas durante la noche. En medio de los ululantes vientos, los aldeanos condujeron a su ganado por las rampas hasta el interior de las torres, atrancaron las puertas y se prepararon para esperar a que pasara la tormenta.

Ésta se prolongó sin descanso durante dos días. El tejado de fieltro de una de las casas se desplomó, obligando a sus habitantes a buscar refugio en una de las de sus vecinos. En otra, una mujer dio a luz a unos gemelos. Por lo demás, los aldeanos dedicaron todo su tiempo a la comida, a los relatos y a cuidar de los animales. Los dravnianos se tomaban tales condiciones con filosofía; ¿qué sentido podía tener quejarse de algo que ocurría todos los inviernos? Las ventiscas resultaban incluso beneficiosas. Apilaban la nieve alrededor de las casas y así, las corrientes de aire no entraban en ellas.

Una familia en particular recibió la tormenta como un golpe de suerte porque obligó al huésped Aurénfaie a pasar dos noches completas bajo su techo.

Seregil no estaba tan complacido con la situación. Ekrid había tenido nueve hijos y seis de ellos eran chicas. Una muchacha era demasiado joven y otra estaba menstruando, pero seguían quedando cuatro con las que habérselas, y el brillo

competitivo que descubrió en sus ojos mientras le daban la bienvenida no le gustó demasiado.

Para complicar un poco más las cosas, el piso inferior estaba ahora ocupado por los rebaños de cabras y ovejas de Ekrid, y ni sus balidos ni su aroma contribuían demasiado a la atmósfera general.

Durante dos días enteros, Seregil tuvo que elegir entre eludir las insinuaciones amorosas de las muchachas o tratar de caminar un metro sin pisar excrementos. Su éxito en ambos empeños fue limitado y su concentración respecto al problema que tenía entre manos se resintió como consecuencia de ello.

La segunda noche, tendido con dos de las hijas de Ekrid enroscadas alrededor del talle, Seregil miró las vigas del techo y decidió que ya había tenido mujeres más que suficientes para mucho tiempo. Se agitó inquieto en su almizclado abrazo y descubrió con el rabillo del ojo un movimiento al otro lado de la casa, donde dormían los hijos de Ekrid. Uno de ellos *lo* había mirado la noche anterior.

Consideró la posibilidad durante un momento y entonces, con cierta amargura, decidió desecharla. El joven no olía menos a sebo de cabra y pieles viejas que sus hermanas, y además le faltaba uno de los dientes delanteros.

Volvió a tenderse y se permitió un momento de nostalgia por su cama limpia y un compañero recién bañado con el que compartirla.

Para su sorpresa, la anónima figura se transformó de inmediato en Alec.

Padre, hermano, amigo y amante, le había dicho el Oráculo de Illior, aquella noche en Rhíminee.

Suponía que, en cierto modo, había sido un padre y un hermano para Alec. Podía decirse que más o menos lo había adoptado después de su fuga de las mazmorras de Asengai. Seregil esbozó una sonrisa cínica en la oscuridad; era lo menos que podía hacer, considerando que Alec era uno de los numerosos inocentes que los hombres de Asengai habían capturado y torturado mientras lo buscaban a él.

En los meses transcurridos desde entonces se habían convertido en amigos y quizá en algo más que amigos.

Pero ¿amantes?

Desde el principio, Seregil había mantenido resueltamente a raya esta posibilidad, diciéndose a sí mismo que el muchacho era demasiado joven, demasiado dálnico y, por encima de todo, demasiado valioso como compañero para arriesgarse a perderlo por algo tan insustancial como el sexo.

Y a pesar de ello, tendido exhausto entre las hijas de Ekrid, sentía el doloroso avance de la excitación al pensar en el cuerpo delgado de Alec, en el profundo azul de sus ojos, en su sonrisa presta y en la sedosa textura de sus cabellos.

¿Es que no has tenido suficientes amores imposibles en tu vida?, se reprendió. Rodó sobre el vientre y, volviendo sus pensamientos al palimpsesto, repasó las

crípticas frases una vez más.

Cuernos de cristal bajo cuernos de piedra. Piedra dentro de hielo dentro de piedra dentro de hielo.

Por desgracia, en aquel momento no parecía esconder demasiado. Lentamente, repitió la frase en el original dravniano y luego la tradujo a konico, eskaliano y Aurénfaie para poder compararla.

Nada.

Comienza de nuevo, pensó. Algo se te está pasando por alto. ¡Piensa!

Después venían las instrucciones para llegar a la cámara. Antes no eran sino un galimatías profético; primero los animales danzantes, luego los huesos y las extrañas palabras del código descifrado que desvelaban el secreto...

¡Por los Ojos de Illior!

Una de las chicas se agitó en su sueño y pasó una mano por la espalda de Seregil. Éste se obligó a permanecer inmóvil mientras el corazón retumbaba excitadamente en su pecho.

¡La frase! ¡La propia frase!

Aquellas palabras extrañas que arañaban la garganta. Si eran la clave para encontrar el palimpsesto, ¿por qué no para la propia cámara?

No obstante, incluso asumiendo que estuviera en lo cierto, había otras cosas que debía considerar. Si las palabras eran sencillamente una especie de hechizo de contraseña, entonces era probable que pudiera utilizarlas sin peligro para sí o para otros. Pero si operaban sobre una magia más profunda, ¿qué ocurriría?

Podría regresar ahora mismo con Nysander con lo que ya sabía.

Sin embargo, los plenimaranos podían estar llegando al valle en aquel preciso momento y Nysander estaría demasiado exhausto a causa del primer conjuro de translocación como para enviarlo de vuelta, a él o a cualquier otro, durante algún tiempo. A menos, naturalmente, que pudiese recabar la ayuda de alguien con la suficiente habilidad mágica y no tuviese que arriesgarse a que su hechizo fracasara... Magyana, o quizá Thero.

¡Al infierno con eso! No he llegado tan lejos para que sea otro el que llegue al fondo de este misterio. A primera hora de la mañana volveré al paso, por mucho que pese a todas las avalanchas del mundo.

Mientras se deslizaba satisfecho hacia el sueño, advirtió que el viento había cesado al fin.

Alguien llamó a la puerta de Ekrid justo antes del alba y despertó a todos los habitantes de la casa.

—¡Venid a la casa del consejo! —gritó una voz desde el exterior—. Ha ocurrido algo terrible. Venid ahora mismo.

Después de liberarse de una suave maraña de brazos y muslos, Seregil se vistió y

corrió hacia la casa del consejo con los demás.

Una luz apenas tenue, anuncio del próximo amanecer, pintaba de azul la nieve y de negro las torres recortadas contra ella. Mientras avanzaba envuelto en un polvo helado todo lo deprisa que sus raquetas le permitían, Seregil apenas lograba reconocer la aldea. La tormenta había enterrado las casas hasta los mismos umbrales de las puertas, haciendo que los pisos superiores no parecieran más que casitas ordinarias cubiertas de nieve.

Se abrió paso a codazos entre la muchedumbre que se agolpaba en la casa del consejo y se dirigió lo más rápidamente que pudo escaleras abajo, hasta la cámara donde se realizaban los consejos.

El fuego central estaba encendido y junto a él se acurrucaba una mujer a la que hasta entonces no había visto. Rodeada por una multitud que, con los ojos muy abiertos, la observaba en silencio, aferraba contra su pecho un pequeño fardo y gemía con voz ronca. La mujer de Retag se arrodilló a su lado y desenvolvió cuidadosamente el fardo. En su interior había un niño muerto. La extraña se aferraba al cuerpo del niño con fiereza, aunque sus manos mostraban los colores de la congelación.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Seregil mientras se colocaba detrás de Retag. Éste sacudió la cabeza con tristeza.

—No lo sé. Llegó a la aldea tambaleándose hace un rato y nadie ha sido capaz de conseguir que diga nada que tenga sentido.

—Es Vara, la mujer de mi primo, de la aldea de Torgud —exclamó una mujer al tiempo que se abría camino entre la multitud—. ¡Vara, Vara! ¿Qué te ha pasado?

La mujer levantó la mirada y entonces se arrojó en los brazos de su pariente.

—¡Extranjeros! —gritó—. Aparecieron en medio de la tormenta. No quisieron unirse a nuestra fiesta, mataron al jefe de la aldea y a su familia. Y a otros, a muchos otros. Mi esposo, mis hijos... ¡Mis hijos!

Echó la cabeza atrás y lanzó un aullido de angustia. La gente jadeó y murmuró con la mirada puesta en Retag.

—Pero ¿por qué? —preguntó éste con suavidad mientras se inclinaba sobre ella—. ¿Quiénes eran? ¿Qué querían?

Vera se tapó los ojos y se encogió de miedo. Seregil se arrodilló a su lado y posó una mano sobre su hombro tembloroso.

—¿Estaban buscando la morada del espíritu?

La mujer asintió en silencio.

—Pero se negaron a unirse a vuestra fiesta —continuó él con voz amable, mientras sentía un frío formándose en lo más profundo de su estómago—. Insultaron al pueblo y no quisisteis tratar con ellos.

—Sí —murmuró Vara.

—Y cuando empezó la matanza, ¿se lo contasteis?

Las lágrimas afloraron a los ojos de Vara y empezaron a caer con rapidez por sus mejillas.

—Partis se lo contó, después de que mataran a su mujer —sollozó débilmente—. Les habló de Timan y su clan. Pensó que así acabarían las muertes. Pero no acabaron. Se reían... algunos de ellos se reían mientras nos asesinaban. Podía ver sus dientes tras las barbas. Se reían, se reían...

Sin soltar a su hijo muerto, perdió el conocimiento y varias mujeres la llevaron hasta un jergón junto a la pared.

—¿Quién podría hacer algo como eso? —preguntó Retag, perplejo.

—Soldados de Plenimar —gruñó Seregil. Todos los ojos se volvieron hacia él—. Esos hombres son enemigos, tanto para vosotros como para mí. Han venido a buscar el mal que acecha en la morada de vuestro espíritu. Cuando lo encuentren, lo adorarán y le sacrificarán seres humanos.

—¿Qué podemos hacer? —gritó una mujer.

—Vendrán aquí —exclamó un hombre, furioso—. ¡Seguro que Partis los envió contra nosotros!

—¿Tenéis armas? —preguntó Seregil, haciéndose oír por encima del tumulto reinante.

—Sólo lanzas para matar lobos y cuchillos para desollar. ¿Cómo podemos luchar contra hombres como esos con tan poco?

—¡Tú eres un mago! —exclamó Ekrid—. ¿No puedes matarlos con tu magia?

Rodeado por un círculo de rostros expectantes, Seregil respiró profundamente.

—Todos habéis visto la naturaleza de mi magia. No poseo hechizos para matar hombres.

Dejó que el desencanto se extendiera entre la multitud por un instante y entonces añadió:

—Pero tengo algo que podría resultar igual de efectivo.

—¿Qué es? —preguntó el hombre con aire escéptico.

Seregil esbozó una leve sonrisa.

—Un plan.

Retag ordenó un alto a la entrada del paso mientras los primeros rayos del sol se insinuaban sobre los picos orientales. Shradin se adelantó para evaluar el peligro. Los otros —cada hombre, cada mujer y cada niño de la aldea de Retag— esperaron en silencio a que se diera la orden de continuar. Las madres volvieron a susurrar a sus hijos que debían guardar silencio mientras se encontraran en el paso. Les habían dado *Ilaki* a los bebés para que durmieran.

Seregil trepó a unas rocas y se escudó los ojos con la mano para escudriñar en la distancia, más allá de los campos nevados. Las azuladas sombras todavía eran dueñas

del valle, pero podía distinguir una oscura columna de hombres aproximándose a la aldea. No tardarían mucho en descubrir que su presa había huido, o la dirección que había tomado.

—Allí están —murmuró a Retag—. ¡Tenemos que marchar deprisa!
Sin apenas atreverse a respirar, se adentraron en el paso.

Fue una marcha espantosa. Los aldeanos avanzaban tan deprisa como podían, algunos de ellos inclinados bajo el peso de la comida y el combustible que cargaban mientras otros transportaban los niños sobre sus espaldas o a sus parientes más ancianos en literas. Sólo el crujido apagado de las raquetas sobre la nieve rompía el silencio. El viejo Timan se arrastraba penosamente al final de la comitiva, ayudado por Turik y sus hermanos.

Vara había muerto y tanto ella como su hijo estaban enterrados en las ventisqueras que había al otro lado de los corrales de las cabras. Pero su muerte no había sido en vano; le había dado tiempo a la aldea de Retag para prepararse.

Trémulos velos de nieve recorrían aullando el paso y provocaban pequeños desprendimientos en ambas laderas. Pequeños pedazos de la corteza nivosa se desprendían y rodaban hacia abajo, dejando tras de sí pequeños rastros. Por encima de sus cabezas, resonaban ominosos crujidos y gemidos entre los acantilados, pero Shradin no hizo ninguna señal de advertencia y Retag ordenó en silencio a su pueblo que continuara.

Caminando penoso entre ellos, Seregil se sentía profundamente conmovido por la mezcla de miedo, confianza y determinación que impulsaba a aquellas gentes a seguir adelante. Le habían dado la bienvenida a pesar de ser un extraño y le habían entregado lo mejor que tenían. Cuando Retag lo había nombrado miembro de su clan, lo había hecho con todas las consecuencias. A los ojos de los dravnianos era ahora un miembro de sangre de la comunidad siempre que quisiese reclamar su parentesco con ellos.

La misma bienvenida les había sido ofrecida a los soldados plenimaranos que los perseguían.

Mientras se aproximaban a la caverna, volvió la vista y pudo ver que el enemigo había alcanzado ya la aldea y comenzaba en aquel momento a volverse hacia el paso.

¡Bastardos!, pensó con amargura. *Sacrificaríais a esta gente como si fuera ganado sólo para conseguir lo que quiera que se esconda en el fondo de ese túnel. ¡Pero fuisteis descuidados, y eso supondrá una gran diferencia!*

Más adelante, Retag conferenció brevemente con Shradin y ordenó con un ademán que se detuvieran. Seregil subió para unirse a ellos.

—¿Esos hombres saben leer la nieve? —preguntó Shradin con un susurró.

—Esperemos que no. Retag, dile a los demás que avancen un poco más y que esperen a tu señal. ¿Están los jóvenes en sus posiciones?

—Están preparados. Pero ¿y si ese plan tuyo no funciona?

—Entonces necesitaremos un nuevo plan —dicho esto, se marchó para ocupar su posición, mucho menos seguro de lo que su voz aparentaba.

Los aldeanos observaron con nerviosismo la llegada de los plenimaranos. El sol estaba alto ya y se reflejaba sobre las puntas de las lanzas y los yelmos que había debajo de ellas. Lo que al principio se percibía tan sólo como un alargado e indistinto movimiento sobre la nieve no tardó en convertirse en una comitiva de hombres que se dirigía trabajosamente hacia ellos.

Sea lo que sea lo que los plenimaranos han venido a buscar a este lugar, no quieren correr riesgos, pensó Seregil mientras contaba no menos de un centenar de hombres. Lanzó una rápida mirada ladera arriba, tratando de encontrar la entrada del túnel que conducía a la cámara del espíritu, y volvió a preguntarse qué podía merecer todo aquello.

Los plenimaranos estuvieron lo suficientemente cerca como para que Seregil pudiera distinguir las insignias de sus corazas antes de que Shradin hiciera finalmente el gesto a Retag. El jefe de la aldea alzó la vara por encima de su cabeza con ambas manos y lanzó un grito capaz de helar la sangre. Entonces, cada uno de los aldeanos se le unió, vociferando y aullando con toda la fuerza de sus pulmones. Al mismo tiempo, Seregil, Shradin y los aldeanos más jóvenes empujaron los montones de piedras sueltas y pedazos de hielo que habían preparado, haciéndolas caer ladera abajo.

Durante un instante, no ocurrió nada.

Entonces, un primer retumbar se alzó desde la ladera occidental mientras toneladas de nieve y hielo se desprendían y se precipitaban sobre la columna de plenimaranos.

Seregil pudo ver los pálidos óvalos de los rostros vueltos hacia arriba al advertir los soldados, demasiado tarde, que los habían arrastrado hasta una trampa. La disciplinada columna vaciló y se desbarató. Los hombres se hundieron en la nieve y arrojaron sus armas a un lado mientras trataban de encontrar alguna ruta de escape de la implacable ola que se desplomaba sobre ellos.

La avalancha se los tragó en cuestión de segundos, arrastrándolos consigo como si fuesen hojas muertas en una inundación. Un grito de júbilo se alzó entre las filas de los dravnianos, y el sonido arrancó una segunda y ensordecedora avalancha en la pared oriental. Cayó sobre el valle y se precipitó sobre la primera con un estrépito terminante que resonó durante minutos entre los severos picos dorados por la luz del sol.

Enardecido, Shradin dio una palmada a Seregil en la espalda.

—¿Dije o no dije que caería justo ahí? —exclamó—. ¡Nadie podría haber sobrevivido a eso!

Seregil dedicó una última mirada inquieta al inmenso desprendimiento y entonces hizo un gesto a Turik.

—Es hora de que termine mi trabajo. Este mal debe ser arrancado de vuestro valle para que nadie más venga a buscarlo.

Por asombroso que pudiera parecer, la entrada al túnel seguía abierta, aunque la nieve se había acumulado en gruesos montones alrededor de ella. Mientras las mujeres entonaban canciones de victoria a su espalda, Seregil volvió a adentrarse en el resbaladizo y estrecho túnel. Los sonidos de su cabeza y el hormigueo sobre la piel eran tan intensos como la primera vez, pero en esta ocasión los ignoró, sabiendo lo que tenía que hacer.

—Aquí estamos de nuevo —susurró al llegar a la cámara. Sin atreverse a considerar las diversas consecuencias que podía tener el haber errado la naturaleza de la magia que reinaba en aquel lugar, apretó la caja contra su costado y dijo en voz alta:

—*Argucth chthon hrig.*

Un silencio espeluznante se adueñó de la cámara. Entonces escuchó un suave tintineo que le recordó al crepitar de unos rescoldos en el hogar. Diminutos destellos semejantes a rayos en miniatura recorrieron la pared de roca que había al otro lado de la cámara.

Seregil retrocedió un paso y entonces se abalanzó hacia la entrada del túnel mientras la roca explotaba.

Fragmentos dentados volaron por el túnel, siseando como flechas mientras golpeaban la parte trasera de su gruesa pelliza y sus pantalones. Otros rebotaron y salpicaron la diminuta cámara formando una tormenta breve y mortal.

Apenas duró un instante. Seregil permaneció tendido con los brazos sobre la cabeza un momento más y entonces, cautelosamente, alzó la piedra de luz y miró atrás.

La explosión había abierto una apertura en la pared opuesta. Más allá, se abría un espacio a oscuras.

Desenvainó su espada, se aproximó y se asomó al interior de la segunda cámara. Era aproximadamente del mismo tamaño que el salón de El Gallito y, al fondo, un reluciente bloque de hielo atrapaba el brillo de su piedra de luz y lo reflejaba sobre una masa confusa de cadáveres que cubría el suelo.

El frío, constante bajo el hielo del glaciar, había absorbido toda la humedad a los cuerpos a lo largo de incontables años, dejándolos secos y encogidos, los labios marchitos en esbozos de muecas, los ojos secos como pasas, las manos nudosas convertidas en garras.

Seregil cayó de rodillas, mientras un sudor frío empapaba su pecho bajo el chaquetón. Incluso en aquel estado momificado, podía verse que los pechos les

habían sido abiertos en canal y las costillas separadas a la fuerza.

Apenas unos meses antes, su amigo y compañero, Micum Cavish, se había encontrado con una escena similar a casi mil quinientos kilómetros de distancia, en las Marismas del Lago Negragua. Pero allí, algunos de los cuerpos acababan de ser asesinados. Éstos se encontraban aquí desde hacía décadas, siglos quizá. Al unir todo aquello con las veladas amenazas y los secretos de Nysander, Seregil comenzó a sentir una punzada de miedo genuino.

El zumbido era mucho peor en aquel lugar. Arrodillado allí, a la entrada de la caverna, imaginó de pronto los últimos momentos de las víctimas.

Esperando a ser arrastrados hasta la cámara del sacrificio.

Escuchando los aullidos de los demás.

Viendo el vapor que se elevaba desde los cuerpos abiertos...

Casi alcanzaba a escuchar el sonido de aquellas voces torturadas, resonando como un eco apagado a través de los años.

Haciendo un esfuerzo, se arrancó tales pensamientos de la cabeza y penetró en la sala para examinar el misterioso bloque.

Toscamente tallado en hielo, era casi la mitad de largo que de alto y tenía poco más de un metro de grosor. El aura que despedía el lugar era peor cerca de él; una desagradable sensación de picazón recorrió la piel de Seregil, como si un enjambre de hormigas caminase por debajo de sus ropas. Su cabeza palpitaba furiosamente. El repicar de sus oídos había aumentado hasta semejar un coro de voces aullando una octava más allá del tono del mero dolor.

Y más perturbador aún resultaba el súbito dolor que acababa de brotar alrededor de la cicatriz de su pecho. Le ardía como una herida abierta, hundiendo una aguda estaca de color en su corazón.

Sin perder un instante, sacó los dos frascos de la caja, los desenvolvió y vertió el oscuro contenido del primero en un círculo alrededor del bloque de hielo. Utilizando la daga, grabó los símbolos de la Tétrada en el interior del círculo: un símbolo de infinito por Dalna; la luna creciente de Illior; la estilizada onda de una ola por Astellus; el triángulo de llamas de Sakor. Cuando hubo terminado, formaban las cuatro aristas de un cuadrado.

Unas llamas que no eran naturales se alzaron mientras el líquido que acababa de verter devoraba el hielo y, como en respuesta, brotó un resplandor del centro del bloque, revelando el contorno de un objeto circular que había en su interior.

Un soplo de dolor le arrancó el aliento de la garganta. Introdujo la mano bajo el chaquetón y sintió humedad. De un tirón abrió el cuello de su camisa y su chaquetón y descubrió que la herida había vuelto a abrirse en los bordes de la cicatriz.

Ahora sí había voces a su alrededor, por todas partes, susurrando, suspirando, lamentándose. Sus manos temblaban mientras, tan deprisa como le era posible,

vaciaba el segundo frasco sobre el hielo. Más llamas crepitaron, consumiendo la tenue y antinatural brisa que se había levantado a su alrededor. Dedos invisibles acariciaron su rostro, se aferraron a su ropa, le tiraron del pelo.

Un primer punto translúcido de cristal emergió del menguante hielo, seguido en rápida sucesión por otros siete más, hasta formar un anillo inclinado.

El canto, al mismo tiempo torturado y exultante, se alzó y llenó por completo la estrecha cámara. Seregil se tapó los oídos con las manos mientras se acurrucaba, esperando.

El líquido mágico siguió quemando y fundiendo hasta que aparecieron ocho escarpias de cristal semejantes a cuchillas, engarzadas en una especie de diadema.

Seregil se inclinó para sacarla y una gota de sangre de su pecho cayó sobre el hielo, en el interior de la diadema. Se detuvo, extrañamente fascinado, mientras una segunda la seguía y luego una tercera. Un fragmento de piedra había raspado el revés de su mano y de éste también rezumaba sangre. Un riachuelo de sangre corría entre sus dedos, se derramaba sobre la punta que estaba agarrando, veteándola como si fuera un rubí, y goteaba sobre el pequeño charco que empezaba a formarse en el centro de la corona.

El canto resultaba más claro ahora. De pronto era suave y al mismo tiempo lleno de congoja y, de algún modo, le resultaba familiar.

La garganta de Seregil se tensó en un intento por alcanzar las imposibles notas que escuchaba mientras la sangre manaba copiosa de su pecho.

Aún no, canturreaban las voces. Manos invisibles lo acariciaron y lo alzaron en vilo mientras se inclinaba sobre la corona. *¡Observa! Contempla la belleza que se está forjando.*

La sangre se hundió en el hielo mientras, en respuesta, un rubor rojizo comenzaba lentamente a reptar hacia lo alto de cada una de las puntas de cristal.

¡Oh, sí!, pensó. *¡Qué hermoso!*

Sus bordes estaban afilados. Cortaron las palmas de sus manos mientras las apretaba. Manó más sangre y el cristal se tiñó de un rojo más oscuro.

Pero una nueva voz comenzaba a inmiscuirse desde la distancia, una voz áspera y discordante.

Nada, dijeron las voces. *No es nada. No hay más que nuestra canción en este lugar. Únete a nosotros, amado, únete a nuestra canción, la única canción. Por el Hermoso, el Devorador de la Muerte...*

Aquel tono, nuevo y feo, lo distraía. Pero mientras inclinaba la cabeza, tratando de ignorar la voz que acababa de aparecer, descubrió que también ésta le resultaba familiar.

Casi había logrado apartarla de sí cuando, de súbito, la reconoció: era el sonido de sus propios y roncós gritos.

Las hermosas ilusiones se desvanecieron en desgarradores relámpagos de dolor que ascendieron violentamente por sus brazos en busca de su corazón.

—¡*Aura!* —exclamó mientras, con sus últimas fuerzas, arrancaba la corona del hielo —. ¡*Aura Elustri málrei!*^[2]

Tambaleándose a través de una neblina de agonía, arrojó la corona en la caja de las franjas de plata y echó el cierre.

El silencio cayó como una losa. Seregil se desplomó sobre los cadáveres con las sangrientas manos apretadas contra el pecho de la pelliza.

—*Marös Aura Elustri Chyptir*^[3] —murmuró agradecido y medio desmayado —. ¡*Chyptir marös!*

El Hermoso, habían dicho las voces. *El Devorador de la Muerte*.

Gradualmente, fue advirtiendo que había otra presencia en la cámara, una presencia a la que acompañaba una penetrante sensación de paz mezclada con tristeza.

Aquel, se dio cuenta, debía de ser el verdadero espíritu, el que había creado el lugar y lo había habitado hasta que la corona fue escondida en él. Con una sonrisa irónica, recordó el cuento de espíritus opuestos que había inventado para Shradin y Turik la primera vez que lo sacaron de la caverna. Parecía que, a pesar de sí mismo, había dicho la verdad.

—Paz te deseo, espíritu de este lugar —dijo en dravniano con voz áspera—. Tu santuario será purificado apropiadamente.

La presencia se reunió alrededor de él durante un instante y alivió su dolor y su fatiga. Y luego desapareció.

Después de cargarse sobre el hombro la caja, Seregil se arrastró penosamente de vuelta a la entrada del túnel. Turik y Timan montaban guardia junto a ella cuando emergió tambaleándose a la luz del día.

El anciano agarró el brazo de Seregil, mudo de asombro. Lágrimas de gratitud empañaban sus ojos legañosos.

—¡Está vivo! ¡El Aurénfaie está vivo! Traed vendajes —ordenó a voz en grito Turik mientras examinaba con preocupación las manos de Seregil.

El grito corrió de boca en boca y muy pronto toda la aldea se había reunido con solemnidad a su alrededor.

—Unos sonidos terribles salieron de la tierra y entonces se hizo el silencio —le contó Retag—. Timan dijo que habías logrado expulsar al espíritu malvado, pero no sabía si habías sobrevivido a la prueba. ¡Cuéntanos tu batalla con el espíritu malvado!

Seregil gruñó para sí. ¡*Por los Testículos de Bilairy, quieren otra historia!*

Poniéndose penosamente en pie, sostuvo en alto la caja.

—He capturado al espíritu malvado que os afligía. Está atrapado aquí.

Con los ojos muy abiertos, los dravnianos contemplaron la estropeada caja de

madera. Ni siquiera los niños se atrevían a acercarse. Sucio y exhausto, Seregil hizo lo que pudo para parecer un mago victorioso mientras mezclaba los hechos y la ficción tratando de conseguir el máximo efecto en su relato.

—En tiempos de los ancestros de Timan, esta cosa malvada vino a vuestro valle e invadió la morada del espíritu, lo esclavizó y se dedicó a atormentar a todos aquellos que se atrevían a penetrar en la cámara. Yo encontré su secreta guarida y luché contra él. Era un espíritu muy fuerte y peleó con todas sus fuerzas, como podéis ver.

Los aldeanos abrieron los ojos aún más mientras pasaban a su alrededor para ver qué clase de marcas dejaba un espíritu en la carne de un hombre.

—Con mi magia y gracias a los poderes del sagrado Aura y del verdadero espíritu de este lugar, lo derroté y lo capturé. Vuestro espíritu vino a mí, alivió mis heridas y me pidió que purificara el santuario, de manera que vuestra gente pueda volver a visitarlo en paz. Hay cuerpos en él, víctimas del malvado. No debéis temerlos. Lleváoslos y quemadlos como manda la tradición, para que sus espíritus puedan descansar. Este lugar ya no pertenece al mal.

Los dravnianos prorrumpieron en salvajes vítores mientras él se detenía para darle tiempo a su propia inventiva. Para cuando se hubieron calmado, ya estaba preparado.

—Si algún hombre viene en busca del espíritu malvado, traedlo a este lugar y contadle cómo Meringil, hijo de Solun y Nycanthi, mago de Auréren, lo capturó y lo desterró para siempre. Recordad este día y contad esta historia a vuestros hijos para que también ellos puedan recordarlo. No dejéis que ningún hijo de vuestros clanes olvide que el mal fue expulsado de aquí. Y ahora debo irme.

Los aldeanos se abalanzaron hacia delante, implorándole que se quedara. Las doncellas a las que todavía no había visitado lloraban desconsoladamente y una de las hijas de Ekrid se arrojó en sus brazos, sollozando. Después de apartarla con gentileza, reunió su equipaje y sacó subrepticamente la última de las varitas de Nysander de la bolsita de su cinturón. La partió detrás de su espalda y los dravnianos se encogieron de miedo mientras el vórtice de translocación se abría detrás de él. Después de hacer un último ademán de despedida, se forzó a esbozar una sonrisa mientras daba un paso atrás y se sumergía en la nada.

Thero estaba de camino hacia arriba cuando un estrépito ahogado le hizo pararse en seco. No había duda sobre la procedencia del sonido; todas las puertas a lo largo del corredor curvo —los aposentos, la habitación de invitados— se habían abierto excepto una.

La puerta del salón, con sus guardas y sus protecciones mágicas, estaba siempre cerrada a cal y canto a menos que Nysander se encontrara en su interior. Sin embargo, al apoyar la oreja contra la puerta, Thero escuchó un gruñido apagado en su interior.

—¡Nysander! —gritó. Pero su maestro ya se apresuraba bajando las escaleras de la torre y haciendo ondear los faldones de la túnica bajo su delantal de cuero.

—Hay alguien ahí dentro —exclamó Thero, el severo rostro ruborizado por la excitación.

Nysander abrió la puerta y chasqueó los dedos en dirección a la más cercana de las lámparas. La vela se encendió al instante y su luz les permitió ver a Seregil, caído sobre el suelo en mitad de la habitación, con la espalda arqueada en un ángulo incómodo sobre la mochila y la correa de la estropeada caja de madera enredada alrededor de una pierna. Tenía los ojos cerrados y el rostro descolorido bajo las manchas de sangre y mugre.

—Trae agua, una jofaina y lino. ¡Deprisa! —dijo Nysander al tiempo que iba junto a Seregil y comenzaba a abrirle la pelliza.

Thero corrió a traer lo que se le había ordenado. Cuando volvió, unos momentos más tarde, Nysander estaba examinando una herida abierta en el pecho de Seregil.

—¿Es mala? —preguntó.

—No tanto como parece —dijo Nysander mientras cubría la herida con un paño—. Ayúdame con estas ropas asquerosas.

—¿Qué le ha ocurrido esta vez? —preguntó Thero mientras le quitaba cautelosamente las botas—. Despide el mismo hedor sobrenatural que cuando regresó...

—Muy similar. Prepara las cosas para una purificación menor. Y, Thero...

A medio camino de la puerta, Thero se detuvo. Esperaba alguna explicación.

—No volveremos a hablar de esto nunca.

—Como desees —contestó con voz tranquila. Concentrado como estaba en Seregil, Nysander no reparó en el intenso color que afloraba a las hundidas mejillas de su ayudante por debajo de su barba o el aire enfurecido que adoptaba repentinamente su mandíbula.

Más tarde, mientras Seregil dormía bajo la atenta vigilancia de Thero, Nysander realizó su tradicional visita nocturna a la más profunda de las cámaras que escondía el subsuelo de la Casa Oréska.

No era el único que vagaba por allí a tan altas horas de la noche. Muchos de los magos más viejos preferían continuar con sus estudios cuando los eruditos y los estudiantes se habían marchado. Atravesó los largos pasillos y las escaleras que conducían hacia abajo, saludó con asentimientos de cabeza a todos aquellos con los que se encontró y se detuvo de tanto en cuanto para conversar. Sus paseos nocturnos nunca habían sido un secreto. ¿Había alguien, a lo largo de los años, advertido que rara vez seguía la misma ruta dos veces? ¿O que siempre había un punto, un trecho de muro negro e inocente por el que nunca dejaba de pasar? ¿Y cuántos de los demás, se preguntó Nysander mientras seguía su camino, estaban como él entregados a una custodia secreta?

Al llegar al nivel más bajo, recorrió con más cautela de la que en él era habitual el laberinto de corredores hasta llegar al lugar, a pesar de que los encantamientos que había urdido con todo cuidado impedían que nadie percibiera la caja que llevaba consigo.

Una vez que estuvo seguro de que nadie lo observaba, invocó una oleada de poder y conjuró silenciosamente el Hechizo de Paso.

Una sensación que era como un viento de las montañas lo recorrió, helándolo hasta los huesos. Con la mugrienta caja apretada contra el pecho, atravesó de un paso la gruesa mampostería del muro y penetró en la diminuta cámara que había más allá.

Alec pestañeó mientras la luz del sol se reflejaba sobre el bruñido gong de fiesta que llevaba bajo el brazo. Después de cambiarlo de brazo, recorrió el camino que le faltaba hasta la escalera apoyado contra la fachada de la villa.

—De veras, Sir Alec. Esto no es necesario. ¡Los criados se encargan siempre de estos detalles! —Runcer lo miraba desde el bordillo sin saber qué hacer. Era evidente que aquel despliegue de actividad lo ponía violento, pero carecía de la autoridad necesaria para ordenar que parara.

—Me gusta mantenerme ocupado —replicó Alec, sin dejarse disuadir.

El día antes, a regañadientes, había vuelto a asumir su identidad pública en la calle de la Rueda. La Fiesta de Sakor comenzaba aquella noche y, con Seregil o sin Seregil, Alec tenía que hacer su aparición.

En ausencia de Seregil, Runcer estaba empeñado en delegar en él como dueño y señor de la casa, un papel con el que, evidentemente, no se sentía a gusto en absoluto. Detestaba que lo sirvieran, pero cada vez que tenía la osadía de ir a buscar por sí mismo el agua para lavarse o ensillar su caballo, cada uno de los criados de aquella casa parecía tomárselo como una afrenta personal.

Alec sujetó la abrazadera de madera clavada en la pared y deslizó las correas del gong sobre ella. Al comprobar que lo sostenía, lo soltó y el instrumento, un escudo de batalla rectangular que mostraba el elaborado símbolo del sol triunfante que correspondía a Sakor, se balanceó suavemente bajo la brisa de la mañana. Runcer le tendió un lienzo negro y Alec lo utilizó para cubrir cuidadosamente la cara del escudo.

Se estaban colgando gongs similares por toda la ciudad. La Noche del Luto, la más larga del año, comenzaba con una ceremonia solemne en el Templo de Sakor. Se representaría la muerte simbólica del viejo dios y todos los fuegos de la ciudad se apagarían, a excepción de una sola fogata que guardarían la Reina y su familia en el templo. A la mañana siguiente, tan pronto como asomase el primer rayo de sol, los gongs se descubrirían y se harían sonar para dar la bienvenida al dios resucitado, mientras el fuego del año nuevo sería llevado por mensajeros a todos los hogares. Versiones similares de la ceremonia se celebrarían por toda Eskalia.

Se encontraba en mitad de la escalera cuando un jinete dobló galopando una esquina al otro lado de la calle. Al reconocer la lustrosa yegua Aurénfaie de Seregil, Alec saltó y corrió a su encuentro.

Seregil tiró de las riendas de Cynril y, frunciendo el ceño, lanzó a Alec una mirada de reprobación mientras continuaba al paso calle abajo.

—¿En mangas de camisas en mitad de la calle como un vulgar trabajador? ¿Qué

dirán los vecinos?

—He tratado de explicárselo, señor —comentó Runcer con voz suave mientras se encontraban.

—Supongo que dirán que estoy más dispuesto a hacer mi parte del trabajo que el petimetre de mi tutor —dijo Alec con una carcajada.

Se sentía demasiado aliviado de ver a Seregil sano y salvo en casa como para preocuparse por lo que cualquier otro pudiera pensar.

Hubiera estado Seregil donde hubiera estado, no podía negarse que se había ataviado con todo cuidado para interpretar el papel del señor que regresaba a su casa después de una larga ausencia. Sus botas manchadas de barro y sus guantes eran del más fino cuero color castaño, y su capa de viaje estaba forrada de piel oscura. Debajo de ella llevaba una casaca de seda, y la escarapela enjoyada de su sombrero estaba decorada con largas plumas de faisán dispuestas en vistosos ángulos.

—Ah, en fin. Debemos perdonarle sus rudos modales —dijo, pasando un brazo alrededor de los hombros de Alec mientras entraban en la casa—. Estos hijos de caballeros nortños reciben una pésima educación... demasiado trabajo honesto en su juventud. ¿Cómo va todo por aquí?

—Entra y compruébalo por ti mismo.

En el interior, el salón seguía ocupado por un enjambre de sirvientes. Estaban recogiendo las alfombras para el baile de la noche y engalanando las paredes con fragantes guirnaldas de trigo trenzado.

Desde primeras horas de la mañana flotaban por toda la casa deliciosos aromas provenientes de la cocina. La cena que se celebraría después de la ceremonia sería fría, pero estaría bien preparada.

—¿Y qué hay de las varitas de luz? —preguntó Seregil mientras se quitaba las botas.

—Han llegado hoy mismo de la Casa Oréska, señor —le informó Runcer, que, como de costumbre, permanecía cerca y dispuesto para lo que se pudiera requerir de él—. Nysander í Azusthra y Lady Magyana á Rhioni han confirmado que este año volverán a contribuir a la celebración de la noche.

—Bien. ¿Se sabe algo de la familia Cavish?

—Se les espera para esta tarde, señor. Yo mismo he preparado los aposentos de invitados del piso de arriba.

—Entonces te dejaremos que sigas con ello. Vamos, Alec, puedes darme las noticias mientras me refresco.

—Nysander ha invitado a Micum y su familia a sentarse con él —le dijo Alec mientras subían las escaleras. Y añadió, con aire nostálgico—. Ojalá nosotros también pudiéramos hacerlo.

—Lo sé, pero lo más probable es que haya más que averiguar en el grupo de

Kylith. Además, necesitas practicar tus modales nobiliarios.

El dormitorio de Seregil se asomaba al jardín de la parte trasera de la villa. A diferencia de las otras habitaciones, estaba decorado en estilo Aurénfaie, con paredes encaladas en vez de cubiertas de frescos y un mobiliario de madera cruda y de líneas sencillas. En contraste, los cojines, las alfombras y las cortinas que rodeaban la cama resultaban vibrantes por sus dibujos y su colorido.

Las contraventanas estaban abiertas y un buen fuego ardía en la chimenea de mármol.

—Runcer tiene razón, ¿sabes? —continuó mientras arrojaba la capa sobre el arcón de la ropa y se acercaba al fuego—. No es bueno que te vean fuera en mangas de camisa. Cuando finges ser un noble...

Alec suspiró.

—Has de hacerlo con todas las de la ley, lo sé, pero...

—Sin excusas. Es parte del juego. —Seregil levantó un dedo enguantado hacia él—. Sabes tan bien como yo que no importa mientras estamos en El Gallito o en la mitad del tiempo que pasamos aquí, pero en un trabajo de verdad, algo como eso podría ser la causa de que te mataran. Cuando te haces pasar por Sir Alec, *debes* ser Sir Alec. O lo vives de corazón o sales de ti mismo y diriges cada uno de tus movimientos como un titiritero. Me has visto hacerlo muchas veces.

Alec lanzó una mirada abatida hacia el exterior, sobre el jardín cubierto de nieve.

—Sí, pero dudo que llegue alguna vez a ser tan bueno como tú.

Seregil dejó escapar un bufido de impaciencia.

—Y una mierda de caballo. Eso es lo que dijiste sobre la esgrima y mira lo que has conseguido. Además, cuando el papel no va contra tu orgullo de inflexible terrateniente dálnico, tienes dotes naturales como actor. ¡Relájate! Vive el momento.

Inesperadamente, Seregil lo tomó del brazo y lo condujo en una excéntrica danza por toda la habitación. Alec ni siquiera lo había escuchado acercarse, pero se recuperó rápidamente y comenzó a llevar las riendas del baile.

—Pero Sir Alec es un inflexible terrateniente dálnico —dijo riendo mientras se aventuraba con torpeza por los pasos de un baile campesino que Beka y Elsbet le habían enseñado.

—¡Error! —con una sonrisa perversa en los labios, Seregil lo arrastró a una pavana más formal—. Sir Alec es un inflexible *caballero* dálnico. Además, a estas alturas ya debería estar adquiriendo parte del donaire de Lord Seregil.

Alec se echó atrás con una mueca de fingido horror.

—¡Por el Amor del Hacedor, cualquier cosa menos eso! —todavía sujetaba la mano enguantada de Seregil, y su pulgar sintió una protuberancia bajo el delgado cuero—. ¿Qué es esto? ¿Un vendaje?

—No es nada, sólo unos rasguños. —Seregil se quitó los guantes y le mostró las

delgadas vendas de lino que le cubrían cada palma—. ¿Y qué hay de ti? —volvió hacia arriba la mano izquierda de Alec y examinó la costra de su herida.

—Me corté al saltar una tapia la otra noche —le contó Alec, dejando que se saliera con la suya con aquella evidente maniobra de distracción. Sabía que sería fútil tratar de sonsacarlo—. Encima, después de hacerme eso me persiguieron mientras me dirigía a casa, pero conseguí salir bien parado.

—¿Tienes idea de quién era?

—Ladrones, supongo. No puede verlos demasiado bien.

—¿Cuántos eran?

—Tres, creo. Estaba demasiado ocupado escapando con el rabo entre las piernas como para pararme a contar.

—Cuéntamelo todo.

Alec tomó asiento en una silla junto a la chimenea y se embarcó en un bien ensayado y algo embellecido relato de su fuga por la calle de la Luna Plateada.

—Eso de utilizar a los guardias de Palacio para protegerte fue una buena idea —dijo Seregil cuando hubo terminado—. Y hablando de Palacio, tengo algo para ti... un pequeño agradecimiento de parte de Klia y de la Reina, creo.

Tomó una pequeña bolsa del interior de su abrigo y se la arrojó a Alec. El muchacho la abrió y encontró un pesado broche de plata para la capa con la forma de una guirnalda de ramas frondosas alrededor de una piedra de un azul intenso.

—Hojas plateadas. —Alec sonrió con suavidad mientras lo admiraba—. La primera vez que hablé con Klia, en Cirna, me hacía llamar Aren Silverleaf^[4].

—Es una buena piedra —señaló Seregil mientras la admiraba asomado sobre de su hombro—. Podrías conseguir un buen caballo por ella si alguna vez lo necesitas. Sólo debes asegurarte de que el vendedor no sepa dónde la conseguiste o por qué. Tenemos una reputación que mantener.

Illia Cavish irrumpió en el salón como un pequeño y feliz huracán poco después de mediodía.

—¡Tío Seregil! ¡Alec! ¡Ya estamos aquí!

Desde la galería de los músicos, Seregil observó cómo se abalanzaba sobre Alec, que acababa de salir del salón.

—Este año puedo estar levantada para la fiesta porque ya tengo seis años —anunció mientras abrazaba a Alec con excitación—. Y tengo zapatos nuevos y un traje de verdad con una falda muy larga con enaguas y... ¿dónde está el tío Seregil?

—Ya voy —dijo Seregil en voz alta. Bajó las estrechas y empinadas escaleras de la galería, cruzó a largas zancadas el salón y obsequió a la pequeña con un gran abrazo—. ¿Has venido cabalgando tú sola desde Watermead, señorita?

Illia puso una cara larga.

—Mamá todavía está mala por el bebé, así que ha tenido que venir en la carreta, con Ama y Eulis. Padre, Elsbet y yo hemos venido cabalgando muy despacio. Pero dejaron que me adelantara cuando llegamos a tu calle. ¡Soy el vansoldado!

—Creo que quieres decir vanguardia —le corrigió Alec con una sonrisa.

—Eso es lo que he dicho, bobo. ¿Podemos Elsbet y yo dormir en la habitación al lado de la tuya, tío? ¿La de la cama con forma de dragón y las damas pintadas en las paredes?

—Por supuesto que podéis, siempre que *no* molestéis a los invitados después de que os hayan mandado a la cama, como hicisteis el año pasado.

—Oh, ya soy muy mayor para esas cosas —le aseguró ella mientras los tomaba a los dos de la mano y tiraba de ellos hacia la puerta—. Vamos. Madre y Padre deben de estar a punto de llegar.

El tráfico era denso en la calle de la Rueda, pero Seregil no tardó en distinguir la cobriza cabeza de Micum balanceándose hacia su casa en medio de la multitud, seguida por la de su segunda hija y una carreta cubierta conducida por dos sirvientas. La vieja Ama lo distinguió y saludó con el brazo.

—Ya veo que Illia os ha encontrado —dijo Micum con una sonrisa al tiempo que desmontaba frente a la casa.

Seregil abrazó a su viejo amigo y luego a Elsbet, tímida y discreta en su traje azul de montar.

—Llegáis justo a tiempo. Alec ha hecho todo el trabajo.

—Habríamos llegado antes si yo hubiese podido montar —se quejó Kari mientras emergía con dificultades de un nido de cojines y mantas en el fondo de la carreta. Las semanas pasadas con las náuseas del embarazo habían adelgazado su cara, pero el viaje le había devuelto el brillo desafiante a sus ojos negros. Micum la ayudó a descender de la carreta y abrazó a Alec y Seregil con alegría.

Seregil observó su redondo vientre.

—El embarazo te sienta bien, como de costumbre.

—No le digas eso antes de que haya desayunado —le advirtió Micum.

La vieja Ama hizo un gesto de bendición en dirección a su señora.

—«Cuanto más enferma la madre, más raro será el hijo».

Kari puso los ojos en blanco a espaldas de la anciana.

—Llevamos un mes escuchando eso mismo tres veces al día. Incluso si se trata de otra niña, no me extrañaría que naciera con una espada en la mano.

—Otra Beka —dijo Alec con una sonrisa en los labios.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Seregil a Elsbet—. La última cosa que oí es que ibas a quedarte en la escuela del templo.

—Es verdad. Gracias por recomendarme. Es lo que siempre he querido hacer.

—Primero el nombramiento de Beka en la Guardia Montada de la Reina y ahora Elsbet la erudita. —Kari pasó un brazo alrededor del talle de su hija y lanzó una mirada sombría a Seregil—. Gracias a ti, tendré suerte si veo a cualquiera de mis hijas casada antes de que sean viejas y canosas.

—Los eruditos también se casan, mamá —se quejó Elsbet.

—¡Yo sí me casaré! —exclamó Illia con un repique de voz. Seguía cogida a la mano de Alec—. Me casaré contigo, Alec, ¿verdad que sí?

El muchacho hizo una reverencia galante frente a ella.

—Si me sigues queriendo cuando hayas crecido y seas una belleza como tu madre y tu hermana.

Sus palabras hicieron ruborizarse visiblemente a Elsbet.

—¿Cómo estás, Alec? Padre nos contó que fuiste herido mientras salvabas a Klia.

—Estoy bastante recuperado, a excepción de esto —contestó él mientras se pasaba con timidez una mano por los desiguales cabellos—. Aunque Klia salió peor parada que yo.

—Eso fue muy... valiente. Arrojar te sobre el fuego de aquella manera, quiero decir —balbució. Más ruborizada que nunca, siguió a toda prisa a Ama hacia el interior de la casa.

Alec se volvió a Kari con una mirada de perplejidad en el rostro.

—¿Está bien?

Kari le tomó del brazo con una sonrisa enigmática.

—Oh, acaba de cumplir los quince y tú eres un héroe, eso es todo. Venid ahora, valiente Sir Alec y veremos lo que puede hacerse con vuestro cabello. No queremos que esta noche parezcáis el hijo del calderero delante de las elegantes damiselas que frecuenta Lord Seregil.

6

NOCHE DE LUTO

El palco de cortinas de Lady Kylith ofrecía una vista excelente del pórtico del Templo de Sakor. Seregil y Alec llegaron al Barrio del Templo una hora antes de la puesta de sol y se encontraron con su anfitriona y otros seis invitados, que charlaban frente a una mesa llena de vino y exquisiteces.

Era una tarde muy fría y el aliento de todos los presentes emanaba formando pequeñas nubes mientras hablaban. Por respeto a la ocasión, todos se habían vestido con cálidas capas o túnicas de color negro, pero la luz se reflejaba en el oro y las joyas de anillos, pulseras y diademas.

—¡Ah, por fin nuestra pequeña fiesta está completa! —Kylith se levantó sonriente para besar a Seregil.

Él devolvió el beso con afecto genuino. Varios años atrás habían sido amantes durante algún tiempo, y desde entonces eran buenos amigos. Al verla, Seregil recordó que Kylith debía de encontrarse cerca de la cincuentena, pero también que el tiempo había refinado su famosa belleza y su no menos famosa astucia. Ambas estaban en plenitud de vigor cuando se volvió hacia Alec, que permanecía apartado con timidez.

—Y vos y yo volvemos a encontrarnos en circunstancias mucho más agradables, Sir Alec. Confío en que nadie arrestará a Lord Seregil esta noche.

Alec ejecutó una reverencia perfecta.

—Creo que han aplazado todas las detenciones hasta mañana, mi señora.

Bien hecho, Sir Alec, pensó Seregil para sus adentros.

Por el rabillo del ojo pudo ver que algunos de los presentes intercambiaban miradas discretas. Casi todo Rhíminee sabía que, apenas unas semanas antes, lo habían sacado de su casa cargado de cadenas. Con la destreza que en ella era habitual, Kylith había eliminado cualquier tensión que pudiese rodear al incidente al bromear sobre ello.

—Seregil, tú te sentarás aquí, junto al Lord Almirante Nyreidian —dijo ella mientras lo invitaba con un gesto a tomar asiento junto a un corpulento aristócrata de barba negra—. Esta supervisando la organización de la flota de corsarios de la Reina y seguro que estás deseando escucharlo todo. Sir Alec, vos os sentaréis aquí, entre nosotros, para que podamos renovar nuestra amistad. Pero primero debo presentaros de forma apropiada: el Lord Almirante Nyreidian í Gorthos, Lady Tytiana á Reva y Lady Breena á Ursil de la corte de la Reina, Sir Arius í Rafael y mi muy querida amiga Lady Yriel á Nikiria.

Hizo una pausa y posó una mano sobre la mujer uniformada que había a su derecha.

—Y ésta es la capitana Julena é Isai de la Infantería del Halcón Blanco, la última

incorporación a nuestro pequeño salón.

Seregil observó a la capitana con discreto interés; se rumoreaba que era la última amante de Kylith.

—Amigos míos, todos conocéis a Lord Seregil í Korit —continuó—. Y este encantador joven es el protegido de Lord Seregil, Sir Alec í Gareth de Ivywell. Su fallecido padre era un caballero de Micenia, creo.

El espurio pedigrí de Alec suscitó la esperada falta de interés.

Dejándolo para que lidiara lo mejor que su encanto le permitiera con los cortesanos flirteos de Kylith, Seregil volvió su atención al resto de los huéspedes, entre los cuales se desarrollaban juegos más interesantes.

—Confío en que la guerra sea un alivio para Phoria —estaba diciendo Lady Tytiana. Como Dama del Guardarropa de la Reina que era, solía ser una fuente de rumores valiosa y fiable—. Todavía está un poco en la picota, ya sabéis, después de ese horrible asunto del suicidio del Vicerregente... Oh, Lord Seregil, perdonadme. No pretendía ser inoportuna.

—En absoluto, mi querida señora. —Seregil alisó una arruga de su manto negro—. Mi nombre *quedó* limpio, así que mi honor no está más mancillado de lo habitual.

Unas cuantas risas se alzaron en el pequeño círculo. A lo largo de los años, había cultivado cuidadosamente una reputación de exiliado encantador y de vida disipada. Mientras que su lejano parentesco con la familia real le proporcionaba acceso a la mayoría de los salones más elegantes, se suponía generalmente que su sangre extranjera y su despreocupada forma de vida lo mantenían alejado de las complejas intrigas de la ciudad. Como consecuencia, nadie lo tomaba muy en serio pero todos le contaban muchas cosas.

—Como estaba diciendo —continuó Tytiana—, no me sorprendería que fuera un alivio para ella partir a la guerra. No hay nada como unas cuantas victorias para mejorar la popularidad de uno. Y, que quede entre nosotros, incluso sin todos esos contratiempos, a Phoria no le haría ningún mal un poco de popularidad entre el pueblo. Una heredera sin descendencia es siempre algo... delicado.

—Sin embargo, es una excelente comandante de caballería —dijo la capitana Julena.

El Almirante Nyreidian se reclinó en su asiento y juntó las manos sobre su considerable panza.

—Cierto, pero estará en desventaja a menos que los plenimaranos sean tan necios como para intentar invadir Micenia. Plenimar es un poder naval, siempre lo ha sido. Así se lo he comunicado a la Reina y ella está de acuerdo. Las defensas de la ciudad baja están siendo reforzadas, tal como decidimos.

—Ayer mismo escuché a la Reina Idrilain ordenando la compra de doscientos carromatos de arcilla roja de primera calidad de Piorus para cubrir las pendientes que

hay bajo la ciudadela —añadió Lady Breen—. Algo como eso no se había hecho desde tiempos de su tatarabuela.

—No es posible que sean tan temerarios como para atacar Rhíminee directamente —se aventuró a decir Seregil sobre su copa de vino.

Nyreidian lanzó una mirada bastante condescendiente en su dirección.

—No sería la primera vez.

—De modo que os estáis preparando para enfrentaros con ellos en sus propios términos. Debe de ser una tarea de enormes proporciones.

—¡Creo que he visto a cada marinero, pescador y pirata que alguna vez haya navegado entre aquí y el Estrecho de Bal! —replicó el almirante—. El puerto bulle de ellos. Y tampoco faltan los inversionistas. La guerra de corso es un negocio lucrativo. ¿No habéis pensado en fletar un barco, Lord Seregil?

—Suenan como una interesante mezcla de patriotismo y ganancia. Quizá debería pensarlo.

—Dedo advertiros de que los navíos empiezan a escasear. Cada astillero de Eskalia está trabajando al máximo de su capacidad, reparando barcos viejos y construyendo otros nuevos. Pero lo verdaderamente difícil es encontrar a un capitán decente.

—Y eso que la guerra todavía no se ha declarado. ¿Cómo puede la Reina enviar corsarios sin mediar una provocación? No es posible que pretenda precipitar el estallido del conflicto.

Nyreidian se puso visiblemente tenso.

—Estoy seguro de que nuestra Reina no tiene más que el interés de Eskalia en mente.

—Sin la menor duda —murmuró Seregil—. El hecho de que la Reina os haya encomendado esa tarea es prueba más que suficiente de la importancia de tales medidas.

Alec suspiró aliviado cuando Kylith volvió su atención hacia sus otros huéspedes. Su repertorio de historias inventadas era limitado y no estaba acostumbrado a participar en las habladurías.

Afortunadamente, nadie más pareció interesarse especialmente en él.

Seregil seguía ocupado con el gordo almirante, de modo que se apoyó sobre la barandilla para contemplar el espectáculo que se desarrollaba delante de él.

La grada de palcos en la que se encontraba estaba dispuesta en ángulo sobre el extremo sur de la plaza, justo enfrente del cementerio dálnico del templo. Al otro lado de la plaza, otra serie de gradas ocultaba en parte los patios de las fuentes y las delicadas y ricamente coloreadas arquerías del Templo de Astellus. El Templo de Illior se ocultaba tras la pared trasera del palco, en dirección este.

La amplia plaza estaba dividida en cuatro partes por sendas avenidas delimitadas

con cordones que unían entre sí los cuatro templos. Los asistentes a la celebración, vestidos de negro, comenzaban a llenar las áreas abiertas y a ocupar los patios y pórticos de los otros templos. Las gaviotas sobrevolaban la plaza, mezcladas con las palomas pardas que volaban desde el cementerio dálnico.

Delante de él, el negro Templo de Sakor se erguía sólido, imponente y severo contra una puesta de sol casi violenta. Anchos haces de luz se derramaban entre los pilares cuadrados del pórtico, delineando las siluetas de los gongs que pendían entre ellos.

En su interior había un altar de piedra negra y reluciente. Se había encendido un gran fuego sobre él, que iluminaba el enorme escudo dorado suspendido justo detrás. Éste, le había explicado Seregil antes, era conocido como la Égida de Sakor. Tenía siete metros de altura y sobre el dorado emblema se habían engarzado cientos de lustrosos rubíes que parecían trepidar con vida propia a la titilante luz de fuego.

Había una guardia de honor formada sobre las escalinatas delanteras del templo; en algún lugar de aquellas filas sin rostro se encontraba Beka Cavish con su regimiento. La envidió un poco. La vida del soldado le parecía muy sencilla; sin engaños, sin disfraces... sólo el honor, el deber y el valor para permanecer junto a tus camaradas durante la batalla.

—Supongo que no celebran la Festividad de Sakor con tanta pompa en Micenia —señaló Lady Kylith, interrumpiendo sus pensamientos.

—No, mi señora —respondió Alec alzando la voz para que Seregil pudiera oírlo—. Ni siquiera la Fiesta de la Cosecha a finales de Rhythin se asemeja a esto.

—Me imagino que Lord Seregil os habrá hablado de la extinción de las llamas.

—Sí. Imagino que será una noche incómoda.

—La vigilia de los soldados es muy cansada. —Kylith lanzó una mirada pesarosa en dirección a Julena y Alec supuso que la capitana tendría que marcharse pronto a su guardia—. Pero para el resto de nosotros, es un momento de alegría. Fiestas a la luz de la luna, juegos ciegos y persecuciones. También es una buena noche para los amantes. Dicen que la mitad de los habitantes de Rhíminee fue concebida en una noche como ésta —Su perfume lo envolvió mientras se inclinaba un poco más hacia él—. ¿Y quién mantendrá vuestro lecho caliente esta noche, hmm?

Una súbita fanfarria proveniente del templo le ahorró la necesidad de una respuesta. Se hizo el silencio entre la multitud mientras una larga procesión de sacerdotes comenzaba a salir del interior del templo. Cantando y tocando flautas de juncos, tamboriles, cuernos alargados y panderetas, formaron dos filas a ambos lados de la Égida. La música tenía un aire arcaico a la vez que lúgubre.

—La Canción de la Muerte, en su lengua kónica original —susurró Seregil—. La mayor parte de esta ceremonia tiene más de un millar de años de antigüedad —al final de la canción, una figura envuelta en una túnica ornamental fue llevada delante

en una litera. Tenía el rostro cubierto con una máscara dorada del sol y una espada desenvainada reposaba sobre sus rodillas.

—Aquel es el más antiguo de los sacerdotes de Sakor, ataviado para representar al dios moribundo —continuó Seregil—. Trae consigo la gran Espada de Gérilain.

—¿Es realmente la suya? —preguntó Alec en un susurro. Gérilain había sido la primera de las reinas hereditarias de Eskalia entronizada por la profecía de Illior seiscientos años atrás.

—Sí. La Reina vuelve a ser investida con ella cada año.

Cuando Sakor el Viejo hubo sido colocado frente al altar, un sacerdote se adelantó un paso y se dirigió a él en la misma lengua arcaica.

—Está implorando a Sakor que no abandone a su pueblo —tradujo Seregil—. La siguiente parte dura un buen rato, pero lo fundamental es que Sakor nombra a la Reina su guardiana y le entrega la espada y el brasero sagrados.

Como había anunciado, la respuesta de Sakor llevó algún tiempo.

La parte inferior de la máscara solar estaba construida para amplificar su voz, que era en realidad bastante débil y rechinante. Cuando el diálogo hubo terminado, sonaron los cuernos y dio comienzo la gran procesión.

Emergieron grupos de sacerdotes del interior de los otros templos, cada uno de los cuales transportaba una figura representativa de su deidad patrona sobre una litera.

Los dálnicos fueron los primeros, con Valerius haciendo el papel de Dalna. Sentado bajo un arco de laurel y hiedra, el irascible drisiano estaba desconocido, casi resplandeciente en su pesada túnica verde bordada de oro y con un bastón ceremonial tallado en marfil y oro en la mano. Alguien había logrado domar su salvaje pelo para darle algo parecido a una semblanza de orden detrás de la diadema, pero su barba se erizaba con la misma agresividad de costumbre mientras lanzaba miradas feroces por encima de la multitud.

—No soy dálnico, por supuesto, pero creo que Valerius presenta una figura especialmente reconfortante como el Hacedor —murmuró Seregil.

Sus palabras suscitaban risillas de aprobación en algunos de los otros invitados, incluyendo a Alec.

Astellus haría de guía para Sakor durante su viaje a la Isla del Alba. Una sacerdotisa rechoncha y rubia vestida con una sencilla túnica azul y blanca y un sombrero de ala ancha interpretaba este papel, completándolo con la vara y la bolsa del viajero. Unas gaviotas de lomo gris, emblemas vivientes del Viajero, se alzaron desde el patio de la fuente del templo y volaron describiendo círculos sobre sus cabezas mientras ella era transportada de un lado a otro.

Illior era también interpretado por una mujer. Se sentaba muy tiesa, ataviada con la suelta túnica blanca y la serena máscara dorada, con la mano derecha alzada y

abierta para mostrar el elaborado emblema circular que cubría su palma.

Los tres grupos se encontraron en el centro de la plaza para esperar la llegada del contingente final. Volvieron a sonar los cuernos.

Un escuadrón de caballería, con el uniforme de gala escarlata y negro, avanzó desde la entrada del Barrio del Templo, seguido por la familia real.

—¿Es ella? ¿Es la Reina? —susurró Alec mientras estiraba el cuello tratando de ver mejor.

—Es ella.

Canosa y solemne, Idrilain montaba su caballo de batalla como la guerrera que era. El dorado peto de la coraza lucía el blasón de la espada alzada y la luna creciente de Illior. Ceñía al costado una vaina vacía.

A su lado cabalgaba el Consorte Evenir, su segundo marido, mucho más joven que ella. Detrás de la pareja real venían sus hijos e hijas. Entre éstas se encontraba Klia, resplandeciente con el verde uniforme de la Caballería de la Reina.

La mano de Alec se alzó hasta el broche de plata que sostenía la capa ornamental sobre su hombro mientras la observaba en la distancia. Hasta ahora sólo la había visto como un soldado más, alegre y manchada de barro, alguien que lo había tratado como un camarada, sin la menor ceremonia. Pero ahora, entre aquellos a quienes de verdad pertenecía y en medio de la pompa de la ceremonia, era como una desconocida para él.

La procesión continuó con paso majestuoso hasta llegar frente a las escalinatas del templo, donde Idrilain desmontó y avanzó hasta encontrarse delante de Sakor el Viejo y los demás sacerdotes, seguida por sus hijos. A partir de este punto, el ritual continuaría en lengua moderna.

La voz de Idrilain era clara y firme mientras abría los brazos y entonaba un canto en el que saludaba a Sakor como Protector del Hogar y Espada de la Paz.

—¡No dejes que la oscuridad caiga sobre nosotros! —exclamó a su conclusión.

La multitud recogió este grito y lo repitió en voz alta hasta que Valerius dio un paso al frente y alzó su bastón con ambas manos.

Cuando volvió a hacerse el silencio, entonó la Canción de Dalna con una voz profunda y resonante que se oía bien a cielo abierto.

Alec conocía bien aquella canción. Cuando la multitud repitió el último verso, «El Hacedor lo ha hecho todo y nada puede perderse en manos del Hacedor», se unió gustoso a ella, ignorando las miradas que provocaba en los demás invitados de Kylith.

Astellus e Illior ayudaron a Sakor el Viejo a ponerse en pie, y sus sacerdotes reunidos empezaron a cantar con graves voces un lamento fúnebre.

—¿Quién montará guardia? —cantaban los sacerdotes de Sakor—. ¿Quién guardará la llama?

Oculto tras su máscara, Illior contestaba, recitando la revelación del Oráculo Afrano:

—Mientras una hija de la estirpe de Thelátimos defienda y gobierne, Eskalia nunca será sojuzgada.

La Reina avanzó un paso y Sakor el Viejo la conminó a custodiar y defender a su pueblo durante la larga noche y el nuevo año que se avecinaba. Hizo una reverencia solemne y pronunció el voto: tanto ella como sus descendientes serían los guardianes de Eskalia. Entonces se le entregó la Espada de Gérilain y un gran brasero. Cuando se volvió y alzó ambos objetos, la multitud prorrumpió en vítores de aprobación.

La última luz del día se perdía más allá del cielo del oeste cuando dos sacerdotes arrastraron a un toro negro hasta la plaza. Después de tenderle el brasero a Phoria, Idrilain levantó la espada con la mano derecha, posó la izquierda sobre la frente del animal y apretó con suavidad mientras pronunciaba el saludo ritual.

El toro bufó y giró el cuello, rasgando al hacerlo el borde de su manto con la punta de un cuerno.

Un murmullo inquieto se alzó entre la multitud como un viento sobre un campo de cebada; una víctima poco dispuesta era un mal presagio.

El animal no se resistió, sin embargo, cuando los sacerdotes tiraron de su cabeza hacia atrás e Idrilain le cortó la garganta. Manó la sangre negra, humeante en el frío aire y el animal se derrumbó sin lucha. Idrilain extendió la hoja hacia Sakor el Viejo, quien empapó un dedo en sangre y marcó con ella su frente y la de la Reina.

—¡Habla a tu pueblo, Oh Sakor! —entonó ella—. Tú, que abandonas todas las cosas vivientes y regresas renovado. ¿Cuál es tu profecía?

—Veamos qué se les ocurre este año —murmuró alguien.

—¿Quiere decir que no es real? —susurró Alec a Seregil, bastante escandalizado.

Seregil le ofreció un esbozo de su sonrisa ladeada.

—Sí y no. Durante meses, se realizan ceremonias de adivinación en todos los templos importantes de Eskalia. Varían de forma entre año y año pero, en general apoyan bastante la política del momento.

En pie delante de la Égida, Sakor se volvió hacia el pueblo y alzó los brazos.

Pero antes de que pudiera hablar, una súbita ráfaga de viento sopló sobre la plaza, haciendo ondear túnicas y capas y levantando polvo y hojas muerta en pequeños remolinos. Las banderolas de los palcos azotaron salvajemente el aire. Los escudos gong se sacudieron en sus largas cadenas y chocaron con un estrépito ominoso contra los pilares del templo.

Sobrecogidas en sus perchas, las gaviotas y las palomas alzaron precipitadamente el vuelo en un frenesí de alas. Pero decenas de cuervos las esperaban. Emergiendo de la oscuridad circundante tan misteriosamente como el viento que los había traído, los negros pájaros se lanzaron sobre ellas en un ataque frenético, las empalaron con los

gruesos picos y las desgarraron con las ganchudas patas.

Debajo de ellos, los espectadores asistían impotentes a un duelo de alas negras contra otras tantas blancas o marrones; llovió sangre y pedazos sanguinolentos de plumas sobre los rostros vueltos hacia arriba. Entonces empezaron a alzarse gritos asustados mientras los cuerpos destrozados comenzaban a caer a plomo sobre ellos.

En el templo, Idrilain permanecía en pie, con la espada desenvainada, tratando de mantener alejadas a las docenas de cuervos que se arrojaban sobre el toro del sacrificio. Phoria y sus hermanos y hermanas acudieron en su ayuda y expulsaron a los carroñeros. Junto a ellos, Valerius repartía golpes a diestro y siniestro con su bastón. Incluso a tanta distancia, Alec y Seregil podían distinguir el crepitar del nimbo blanco que resplandecía letal alrededor de su cabeza de marfil. La sacerdotisa de Illior, todavía inescrutable tras su máscara, alzó la mano de nuevo y un destello brillante de múltiples tonalidades brotó de ella y atravesó el aire, dejando montones de inertes plumas negras a su paso. Los soldados que se encontraban más cerca del templo subieron corriendo la escalinata para ayudar a la Reina mientras el resto trataba de mantener el orden entre los millares que gemían y gritaban y trataban de escapar.

La plaza estaba cubierta por una densa nube de cuervos, que atacaban lanzándose en picado y desgarrando como halcones. Otros se reunían con atrevimiento sobre los enrejados y los frontones del templo. Un gran pájaro descendió planeando hasta posarse sobre la barandilla del palco de Kylith y pareció observar a Alec con un ojo negro que no parpadeaba.

Seregil alzó la mano en un signo de advertencia y Alec vio que sus labios se movían, aunque le fue imposible distinguir las palabras en medio del caos que los rodeaba. El pájaro profirió un cacareo burlón y se alejó volando.

Entonces, tan rápidamente como había aparecido, la impía horda negra se retiró, perseguida por las gaviotas supervivientes. Las palomas no habían sido rival para los atacantes; sus cuerpos marrones y suaves yacían diseminados por docenas en los alrededores del templo.

Mientras el sonido de los pájaros se apagaba, uno nuevo, más ominoso, retumbó desde el templo.

Sin que mano alguna la tocara, la Égida de Sakor resonó con un bramido sordo y estremecedor. Delante de él, las llamas del fuego del altar parecieron enfurecerse y trocaron su color amarillo por un rojo intenso y sangriento.

Cuatro veces sonó la Égida, y luego otras cuatro.

—¡Escuchadme, pueblo mío! —gritó Idrilain—. Sakor nos habla, haciendo sonar la Égida con su propia mano. ¡Escuchad la profecía!

—Escucha, oh pueblo de Eskalia, la palabra de Sakor —dijo entonces la aflautada voz del anciano—. Refuerza tus murallas y que se afilen todas las espadas. Guarda

bien las cosechas y construye sólidos navíos. Mira hacia el este, oh pueblo de Eskalia. Porque desde allí vendrá el enemigo... —se detuvo y su temblorosa voz pareció debilitarse— desde allí...

Se apoyó con fuerza sobre Valerius por un momento y entonces se irguió de nuevo y dio un paso adelante sin ayuda. Y con una voz de una asombrosa claridad, exclamó:

—¡Preparaos en la luz y en la oscuridad, porque desde allí viene el Devorador de la Muerte!

—¿El qué...? —Alec volvió a mirar a Seregil pero lo encontró pálido y sombrío. Una de sus manos enguantadas se aferraba al borde de la barandilla donde el cuervo se había posado.

—Seregil, ¿qué ocurre?

Su amigo se sentó bruscamente, como si acabara de despertar de un mal sueño y le impuso silencio con un gesto discreto pero enfático de la mano.

—¡Hemos escuchado tu palabra, oh Sakor! —la Reina rompió el silencio que se había apoderado de la multitud—. ¡Estaremos preparados!

Un nuevo bramido de aclamación se alzó mientras Sakor el Viejo era llevado escaleras abajo para comenzar la larga marcha que lo llevaría desde el templo hasta la ribera, en la ciudad baja. Allí, acompañado por Astellus, embarcaría, supuestamente hacia la Isla del Alba para renacer y regresar acompañando a la mañana bajo la forma de un sacerdote mucho más joven.

El fuego del altar menguó y se extinguió, y un centenar de grandes cuernos sonaron desde el tejado del templo para señalar que cada fuego de la ciudad debía ser apagado.

Los sacerdotes restantes se unieron a la procesión mientras la Reina tomaba su lugar frente al altar para dar comienzo a la sagrada vigilia.

—¡Qué representación más notable! —dijo Lady Yriel con una risa incómoda—. Aunque creo que este año han exagerado un poco, ¿no os parece?

—De lo más impresionante —asintió Kylith con ligereza mientras varios sirvientes con piedras de luz montadas sobre largas varas aparecían en la puerta del palco para ayudarlos a salir—. Pero sospecho que Lord Seregil tiene algo impresionante preparado para nosotros en su fiesta. ¿Queréis venir los dos en mi coche?

Seregil se levantó e inclinó la cabeza.

—Gracias, pero creo que esperaremos hasta que la multitud se haya dispersado un poco y volveremos a caballo.

—Juegos en la oscuridad, ¿eh? —acarició sus mejillas con los labios y luego las de Alec—. Nos veremos en la calle de la Rueda.

Después de que todos se hubieran marchado, Seregil se sentó inmóvil unos

instantes, con el codo apoyado sobre la barandilla.

—¿Qué es eso de «El Devorador de la Muerte»? —preguntó Alec, incómodo—. Parecía una amenaza o una advertencia.

—Estoy seguro de que lo era —musitó Seregil con la mirada fija en la plaza. Ya era noche cerrada y la luna y las estrellas derramaban sobre la ciudad un brillo pálido que poblaba el mundo de agudos contrastes entre luces plateadas y profundas sombras. Aquí y allí podía verse el balanceo de las varitas de luz en manos de quienes eran lo suficientemente ricos como para permitírselas, y llegaba hasta ellos el eco de las risas tenues y los gritos de «Alabad a la Llama» mientras la gente se daba empujones en la oscuridad. Algo en el rostro de su amigo hizo que Alec se sintiera todavía más incómodo.

—¿Tienes alguna idea sobre lo que significan las palabras del sacerdote? —preguntó.

Seregil se puso la capucha para protegerse del frío de la noche mientras se levantaba para marcharse. Alec no pudo ver su cara mientras contestaba:

—No puedo decir que sea así.

UNA VELADA INSTRUCTIVA

Cuando regresaron a la calle de la Rueda se escuchaba música por todas partes. En la entrada, Alec le tendió la capa a un criado y siguió a Seregil hasta el salón.

Algunos invitados estaban disfrutando ya del vino y la comida. Al llegar se le había entregado a cada uno de ellos una varita de luz decorada con cintas brillantes. El conjunto de las mismas proporcionaba una luz fría y cambiante mientras la gente bailaba o paseaba por la habitación.

Una salva de aplausos los recibió cuando Runcer, situado en su puesto junto a la puerta, anunció con grave solemnidad su llegada.

—¡Bienvenidos a mi casa en esta noche oscura y fría! —exclamó Seregil—. Para aquellos de vosotros que todavía no conozcáis a mi acompañante, permitidme que os presente a Sir Alec í Gareth de Ivywell.

Alec hizo una elegante reverencia y registró rápidamente la habitación en busca de caras familiares. El grupo de Kylith estaba allí, pero todavía no había rastro de Nysander o los Cavish. Sin embargo, en un rincón alejado distinguió un puñado de oficiales con la librea verde y blanca de la Guardia Montada de la Reina. La amiga y compañera de Klia, la capitana Myrhini, lo saludó con su varita de luz, y mientras Alec le devolvía el gesto se preguntó si Beka estaría entre ellos.

Estaba dirigiéndose allí para averiguarlo cuando Seregil deslizó una mano alrededor de su brazo y lo condujo hacia un grupo de nobles.

—Es hora de interpretar al simpático anfitrión.

Recorrieron juntos la sala, moviéndose con suavidad entre una conversación y la siguiente. La mayoría de ellas tenía por objeto los presagios de la ceremonia.

—Yo creo que este año han ido un poco más allá de lo debido —dijo con un mohín un joven aristócrata que había sido presentado como Lord Melwhit—. ¿Acaso alguien duda de que la guerra se aproxima? Llevan haciéndose preparativos desde el verano.

Una mujer rubia y seria abandonó la conversación que estaba manteniendo con el Almirante Nyreidian y saludó a Seregil en Aurénfaie.

—*Ysanti maril Elustri*^[5], Melessandra a Maraña —contestó él con voz cálida—. Permitidme que os presente a Sir Alec. Lady Melessandra y su tío, Lord Torsin, son los embajadores de Eskalia en Auréren.

—*Ysanti bĕk kir*^[6], mi señora —dijo Alec con una reverencia.

—*Ysanti maril Elustri*, Sir Alec —contestó ella—. Por lo que veo, Lord Seregil os está enseñando su lengua nativa. En estos tiempos hay muy poca gente que la hable correctamente.

—Y menos todavía que la hable tan bien como vos, querida señora —añadió

Seregil.

—Es una hermosa lengua, si uno logra dominarla —intervino Nyreidian con su voz sorda—. No me atrevería a intentarlo delante de vos, Lord Seregil. Me han dicho que mi pronunciación es grotesca.

—¡Lo es! —asintió Melessandra con una carcajada—. Perdonad nuestra interrupción, Lord Seregil, pero estábamos discutiendo si los presagios de esta noche en el templo eran genuinos. ¿No os importaría aportar el punto de vista Aurénfaie?

Alec observó con interés mientras Seregil adoptaba una pose reflexiva.

—Bien, cuestionar la veracidad de los presagios sería como poner en duda al propio Oráculo, ¿no os parece?

Ella lanzó una mirada intencionada al Almirante.

—Muchos no vacilarían en hacerlo.

Educadamente, Seregil cambió de tema.

—Supongo que vuestro tío ha acompañado a los restos de Corruth í Glamien a Virésse.

—Sí. Permitid que os ofrezca mis simpatías por la pérdida de vuestro pariente —dijo Melessandra—. Debe de haber sido una terrible conmoción en medio de vuestras penurias.

—Gracias. Los informes de los agentes de la Reina que lo encontraron eran aterradores, por no decir otra cosa. Sin embargo, es posible que algo bueno resulte de todo ello. ¿Sabéis cuál fue la reacción del concilio en Aurén?

Melessandra puso los ojos en blanco.

—Un completo escándalo. Ya sabéis que la vieja guardia sigue afirmando que Eskalia es responsable de las acciones de los leranos. Y, sin embargo, entre los jóvenes se escuchan cada vez con más fuerza voces que piden el fin del aislacionismo. Adzriel á Illia es una de las principales defensoras de la reconciliación.

—¿Illia? —preguntó Alec, aguzando el oído ante un nombre que le era familiar.

—Así es —dijo Seregil al tiempo que le lanzaba una mirada que prevenía contra nuevas preguntas—. ¿Quién si no ella? A menos que la estés confundiendo de nuevo con Adzriel á Olien...

—Oh... sí. Supongo que es posible —farfulló Alec mientras se preguntaba qué error habría cometido esta vez.

—Los nombres de las familias son mucho más sencillos en Micenia —continuó Seregil con condescendencia—. El pobre Alec todavía se está peleando con nuestros patronímicos, matronímicos y linajes.

Melessandra lo miró con una sonrisa comprensiva.

—Debe de resultar abrumador si uno no los conoce desde niño... Pero allí está Lord Geron y debo hablar con él cuanto antes. *Erísmái*^[7].

Lanzó a Alec una última mirada bastante perpleja y entonces se alejó,

acompañada por Nyreidian y los demás.

—He dicho algo malo, ¿verdad? —susurró Alec apresuradamente antes de que ningún otro invitado pudiera unírseles.

—Es culpa mía —replicó Seregil con una leve sonrisa—. Si hubiera estado aquí la semana pasada habría podido prepararte mejor. Illia era el nombre de mi madre. La mayor de mis hermanas, Adzriel á Illia, fue nombrada recientemente miembro de la Iia'sidra.

—¿Hermana?

Nunca, en todo el tiempo pasado desde que Alec lo conociera, había mencionado Seregil a su familia. Ni casi, en realidad, cualquier otra cosa de su pasado en Auréren. Alec había terminado por asumir que su amigo era un huérfano como él.

—¿Y la mayor? ¿Pero cuántas tienes?

—Cuatro, de hecho. Yo fui el único chico y el menor —replicó Seregil con cierta brusquedad.

—¿Seregil el hermano pequeño? —Alec reprimió una sonrisa mientras la imagen que tenía de su amigo cambiaba ligeramente. Sin embargo, podía sentir que las viejas barreras volvían a levantarse y cambió prudentemente de tema—. Parece que los eskalianos quieren obtener de nuevo la alianza de Auréren, como ocurrió en la Gran Guerra.

—Así es, pero el resentimiento a causa del asunto de Corruth se interpondrá. Nuestro reciente descubrimiento empeora las cosas más de lo que las mejora, al menos por el momento.

—Pero ya han pasado casi trescientos años desde la desaparición de Corruth.

—Recuerda de quiénes estamos hablando, Alec. Muchos de los más poderosos miembros de la Iia'sidra fueron amigos y contemporáneos suyos. No han olvidado el recibimiento que le depararon los eskalianos cuando desposó a su reina, ni su sospechosa desaparición después de que ella muriera. Si Lera no hubiera sido tan necia como para dejar a su medio hermana Corruthesthera con vida en aquel momento, podría haber estallado una guerra entre ambas naciones. Por lo que se refiere a una nueva alianza, temo que al final dependa más bien de los propios plenimaranos. Si se alían con Zengat...

—¡Oh, Lord Seregil! ¡Estáis aquí!

Un pequeño grupo de jóvenes aristócratas, envueltos en sonrisas expectantes, se congregó ruidosamente a su alrededor.

—Pensábamos que nunca ibais a llegar —reprendió a Seregil una joven mientras pasaba un brazo alrededor del suyo—. Este año habéis faltado a mi fiesta de otoño, ¿lo sabíais?

Seregil se llevó una mano al corazón con aire dramático.

—Aquella noche, bajo una luna llena y rojiza, mientras la cubierta en la que me

encontraba se balanceaba peligrosamente, todos y cada uno de mis pensamientos fueron para vos ¿Podréis perdonarme?

—Tuvimos luna creciente, lo recuerdo perfectamente. Pero os concederé un perdón condicional si me presentáis a vuestro nuevo amigo —dijo mientras, pestañeando, miraba directamente a Alec, que había quedado relegado en un lado del círculo.

Éste soportó con una sonrisa un verdadero martirio de complejas presentaciones, y advirtió que sus educados saludos no recibían siempre una respuesta igualmente elegante. De hecho, algunas de ellas fueron bastante frías.

Seregil titubeó un instante mientras se acercaba a un hermoso caballero de cabello castaño rojizo a quien rodeaba toda una corte de atentos admiradores.

—Perdóneme, señor, pero no creo haber tenido el placer.

El hombre ejecutó una compleja reverencia ante él.

—Pelion í Eirsin Heileus Quirion de Rhíminee, señor.

—¿No seréis el mismo y aclamado actor que acaba de interpretar «Ertis en el Tirarie»? —preguntó Seregil, asombrado.

El hombre se envaneció visiblemente.

—El mismo, señor mío. Os suplico que perdonéis la intrusión, pero mis compañeros insistieron.

—¡Todo lo contrario, estoy encantado! Espero que cuando volváis a actuar me lo hagáis saber. Todo apunta a que seréis el próximo Kroseus.

—He tenido suerte —objetó el otro con modestia.

—Y un gran mecenas —anunció un hombre a su lado—. ¿Sabíais que su actual papel fue escrito específicamente para él?

—Estábamos seguros de que no os importaría —le confió con suficiencia a Seregil un joven cetrino—. El Pobre Pelion está enamorado, ¿sabéis? Y su dama podría aparecer aquí esta noche. Todo muy trágico y muy imposible. Pero tenemos otro regalo para vos. Donaesus ha compuesto la más ingeniosamente sutil oda que se haya conocido, en veintitrés partes. ¡Es una obra de arte maravillosa!

Seregil se volvió hacia el autor en cuestión, un gigante de aspecto petulante que vestía con un traje de seda gastada.

—¿Veintitrés partes? Una empresa monumental.

—Es gloriosa —dijo efusivamente una muchacha—. Trata sobre la muerte de Arshelol y Boresthia, pero de la manera más original imaginable. Y por supuesto, necesita un mecenas. Deberíais escucharla.

—¡Donaesus, leedla para él sin tardanza! —exclamó el cetrino—. Nadie aprecia los nuevos estilos de poesía más que Lord Seregil. Estoy seguro de que Sir Alec podrá pasarse sin él un rato.

La ofensa no le pasó por alto a Alec. Hubo algunas risillas contenidas pero él

mantuvo la compostura.

—Id, os lo ruego —dijo mientras intercambiaba una mirada con su ostensible rival—. El significado de la poesía siempre se me ha escapado. Las baladas honestas y los duelos a espada son más de mi gusto.

—Muy bien, subamos entonces a la biblioteca —dijo Seregil. Y mientras los conducía escaleras arriba, guiñó un ojo a Alec con aire divertido.

Éste se volvió y estuvo a punto de darse de bruces contra Myrhini y Beka Cavish, que se habían apartado de sus compañeros uniformados.

—Unos pomposos arrogantes, ¿verdad? —musitó Beka mientras seguía con la mirada feroz la comitiva del poeta—. Yo misma me topo con algo de eso de vez en cuando.

—¿Qué es lo que tienen contra mí? —estalló Alec, que no sabía si sentirse insultado o divertido.

—Nada, excepto que has tenido el mal gusto de nacer al norte del Canal de Cirna.

—Siempre hay gente como esa. —Myrhini se encogió de hombros y entonces, en un alarde de destreza, arrebató una bandeja con copas de vino de manos de un criado que pasaba por allí—. Romper algunos dientes suele bastar para calmarlos. Sin embargo, en tu caso yo diría que se trata de envidia, lisa y llanamente. En ese grupito hay más de uno y más de dos a los que les gustaría estar en tu pellejo.

Se detuvo para examinarlo de arriba abajo.

—Tienes mejor aspecto que la última vez que te vi. Klia está en la Vigilia y te envía saludos. Yo entro de guardia en unas pocas horas, pero pensé que era mi deber comprobar cómo se desenvolvía la nueva recluta por aquí, teniendo en cuenta qué está bajo mi mando. La Jinete Beka dice que os habéis batido una o dos veces... ¡He aquí alguien a quien conocemos!

—Valerius de Colath, Drisiano de la Primera Orden y Sumo Sacerdote del Templo de Dalna en Rhíminee —anunció Runcer.

Valerius entró a grandes zancadas en la sala. Todavía vestía la túnica y la diadema ceremoniales, pero había cambiado el bastón de marfil por su vieja vara de madera.

—Que la bendición de Dalna caiga sobre esta casa y quienes se encuentran bajo su techo —dijo en voz alta al tiempo que daba un golpe contra el suelo.

Alec se apresuró a salir a recibirlo.

—Bienvenido. Seregil acaba de subir para escuchar a un poeta, pero no debería tardar en regresar.

El drisiano dejó escapar un bufido en absoluto elegante.

—El imbécil de Donaeus, sin duda, escupiendo sus coplillas de ciego en veintitrés pedos^[8]. Supongo que sigue arrastrándose en busca de un mecenas. Leyó una parte de ese galimatías en el banquete de lady Arbella, la semana pasada. Casi acaba con mi apetito. Si logra arrinconar a Seregil con la obra entera, es poco probable que lo

veamos antes de mañana.

—Quizá Alec debería ir a rescatarlo —sugirió Beka.

—No, déjalo. Se lo tiene merecido por alentar a esa jauría de bufones pedantes. ¿Y a qué bellaquería habéis estado dedicados estos días, Alec? Aprendiendo esgrima, si no he oído mal —el drisiano bajó la voz hasta convertirla en un rumor casi confidencial—. La necesitarás, teniendo en cuenta la compañía en la que has caído.

—¿Y qué me dices de ti! —exclamó a continuación, lanzando una mirada feroz a Beka—. Corriendo para unirte a un regimiento en vez de casarte como una buena chica dálnica. Este joven de aquí es más o menos de tu edad, ¿lo sabías?

—Déjalo ya —exclamó Myrhini con una carcajada mientras Beka se agitaba, incómoda—. Es la mejor jinete que he tenido este año y no quisiera perderla por unos fogones.

—¿Valerius! —exclamó Seregil mientras bajaba las escaleras. Aparentemente había escapado de las garras del poeta por sí solo—. ¿Conseguiste que el Viejo Sakor embarcara sano y salvo?

Valerius rió entre dientes.

—Esta noche había una considerable agitación en el puerto. El pobre y viejo Morantiel estaba tan verde como una calabaza cuando dejaron el embarcadero, pero creo que sobrevivirá.

—Debo decir que parecía un poco inestable durante la profecía —señaló Seregil con aire despreocupado al tiempo que hacía un gesto a uno de los criados que servían el vino.

—Supongo que, después de tantos años de fingir, ha debido de asustarlo un poco que algo verdaderamente místico ocurriera al fin.

—¿Entonces crees que fue algo genuino?

Valerius alzó una de sus erizadas cejas.

—Sabes tan bien como yo que lo ha sido. No sé qué era todo eso de «El Devorador de la Muerte», pero la aparición de los cuervos no me gustó nada.

En la entrada, Runcer volvió a dar un paso al frente y anunció:

—Nysander í Azusthra Hypirius Meksandor Illandi, Alto Taumaturgo de la Tercera Oréska, con Lady Magyana a Rhioni Methistabel Tinuva Ylani, Alta Taumaturga de la tercera Oréska. Y Sir Micum Cavish de Watermead, con la Dama Kari y sus hijas Elsbet e Illia.

Nysander y Magyana, de ordinario los magos menos ostentosos de toda la Oréska, lucían para la ocasión las ricas túnicas ceremoniales que correspondían a su elevada posición. Detrás de ellos, los Cavish estaban tan espléndidamente ataviados como cualquiera de los señores que había en aquella sala. Illia, aferrada a la mano de su madre, se revolvía excitada en su traje nuevo mientras Elsbet aparecía serena y solemne con su vestido de seda borgoña.

—¿No has invitado a Thero? —susurró Alec a Seregil con aire bromista.

—*¡Siempre* invito a Thero! Pero calla y observa. Esperamos un regalo.

A su señal, los músicos dejaron de tocar. Los demás invitados retrocedieron mientras Nysander escoltaba a Magyana hasta el centro de la sala. Después de saludar a su anfitrión con un leve asentimiento de la cabeza, alzó la mano en un gesto rápido y descuidado y los murales de las paredes cobraron vida.

La alta sala estaba decorada desde el suelo hasta el techo con la intención de imitar el claro de un bosque. Las ramas de robles de tamaño natural pendían envueltas por vides en flor a lo largo del techo abovedado. Entre sus grises troncos podían distinguirse lejanas vistas de océanos y montañas e incluso la galería de piedra del fondo de la sala, donde los músicos tocaban con suavidad, estaba tallada y enrejada para semejar un emparrado frondoso.

A una orden de Nysander, la escena se inundó con la luz dorada de un sol invisible. Una suave brisa recorrió la sala, llevando consigo el aroma de las flores y la tierra cálida mezclado con la insinuación tenue del mar pintado en la pared. Los árboles pintados se agitaron con la brisa y proyectaron sus sombras sobre el suelo. Los pájaros pintados abandonaron su lugar y revolotearon entre las ramas mientras llenaban el lugar con su canto.

Un murmullo de deleite recibió a aquella exhibición, pero los magos no habían acabado. Magyana extrajo una varita de cristal de la manga de su túnica y, agitando su punta en el aire, dibujó una esfera perfecta de luz iridiscente y del tamaño de una granada.

—Venid, mi señor —sonrió señalando a Seregil—. Como anfitrión, el honor os corresponde a vos.

—Un honor que me complace en ceder a Sir Alec en esta la primera Noche de Luto que pasa con nosotros.

Envuelto en una salva de aplausos, Alec siguió las instrucciones que Magyana le susurraba y extendió un dedo como si fuera a explotar la burbuja de jabón de un niño.

Pero al tocarla su dedo, la esfera estalló, sí, pero convertida en una brillante lluvia de luz. Segundos más tarde, llegó desde las proximidades de la galería el sonido sordo de los cascos contra la hierba mientras una manada de ciervos se materializaba en el bosque pintado y galopaba una vez alrededor de la habitación antes de detenerse a pastar cerca del umbral del comedor. Unas serpientes de alas multicolores abandonaron planeando una caverna pintada, al tiempo que cantaban con hermosas voces. Duendecillos voladores y hadas de los sauces miraban de soslayo y con timidez a todos los presentes desde las ramas de los árboles.

Riendo y aplaudiendo con deleite, los invitados giraron en derredor para poder contemplar el espectáculo en su totalidad. Illia saltó de los brazos de su madre, corrió hacia Beka y se arrojó sobre su hermana.

—¡Es magia, Beka! ¡Magia de magos, de verdad! Y tienes un uniforme. ¡Eres de la guardia montada!

Beka enderezó la espalda mientras esbozaba una sonrisa.

—Exactamente.

—Necesitamos una música apropiada —exclamó Seregil—. Violinistas, «El idilio de los pastores».

Los músicos se pusieron manos a la obra y al instante se formaron parejas para la festiva danza.

—¡Estás aquí! —exclamó Kari mientras abrazaba alborozada a su hija mayor.

—Tenía miedo de que no te viéramos hasta mañana —le explicó Micum—. Ha estado inquieta toda la tarde.

—Oh, no es cierto —le espetó su mujer—. Date la vuelta, chica. Deja que te vea.

—Thero tenía otros planes, por lo que veo —señaló Seregil mientras lanzaba a Nysander una mirada maliciosa.

—Ah. Hola Valerius —dijo Nysander al tiempo que volvía a escoltar a Magyana hasta ellos—. Esta tarde te condujiste con mucho valor en el santuario. ¿Decían los cuervos algo inteligible?

—Estábamos hablando de ello —contestó el drisiano—. Con todo lo torpes que pueden llegar a ser los seguidores de Sakor con sus «oráculos», si conservo algo de sentido común, juraría que ellos no fueron los responsables de los pájaros o de todo el asunto de la Égida.

—Indudablemente era magia de alguna clase —musitó Magyana—. Es posible que se trate de un presagio de Sakor, pero en cualquier caso es algo que vaticina males.

—La verdad es que eso parece —asintió Nysander—, pero en este momento particular no puedo resistirme a la música. ¿Crees que todavía podremos soportar un baile o dos, querida?

—Creo que después de que te hayan enterrado tendrán que encadenar tus pies si pretenden que se estén quietos —replicó ella con un guiño.

Valerius observó con afecto cómo la pareja se alejaba bailando.

—Es algo ridículo, ese celibato que le impone la Oréska. Deberían haberse casado hace siglos —entonces apareció alguien más que atrajo su atención y una sonrisa irónica resplandeció en las profundidades de su barba negra—. Pero he aquí a alguien a quien *no* esperaba ver esta noche. ¡Y mirad con quién viene!

—Ylinestra a Maranial Wisthra Ylinena Erind, Hechicera de Erind —anunció Runcer—. Y Thero í Proceprios Bynardin Chylnir Rhíminee, Mago del Segundo Orden, de la Tercera Oréska.

—¡Vaya, vaya! —murmuró Seregil.

De pie junto la entrada de la cámara, con Ylinestra de su mano, Thero parecía

desacostumbradamente optimista. El traje de seda de la hechicera resplandecía con su cuello enjoyado y el corpiño, a la última moda, dejaba entrever los rosados pezones bajo el pesado collar de perlas y azabache que cubría sus desnudos pechos. Se recogía el cabello color ébano con una redecilla igualmente enjoyada, lo que dejaba ver su elegante y blanco cuello.

Seregil empujó a Alec hacia delante con un suave codazo.

—Vamos, Sir Alec. Saludemos a nuestros ilustres invitados.

—Bienvenida a mi casa, mi dama —dijo al tiempo que se adelantaba un paso para besarle la mano.

—Gracias, Lord Seregil —replicó ella con un frío ademán—. Y éste debe de ser ese nuevo compañero vuestro del que tanto he oído hablar.

—Alec de Ivywell —le dijo Alec mientras se preguntaba con incomodidad repentina si ella recordaría el primer, breve y tempestuoso encuentro que habían mantenido poco después de su llegada a la Casa Oréska. No obstante, si era así, no dio la menor muestra de ello. Extendió la mano y lo obsequió con una sonrisa capaz de hacer detenerse a los corazones—. Ah, un micenio. Qué encantador.

Era evidente que esperaba que él le besara la mano, así que Alec lo hizo sin demora. Un tenue perfume, sutil al mismo tiempo que extrañamente atractivo, invadió su nariz. Su mano, tan suave y cálida, se demoró sobre la suya un instante y, mientras alzaba la cabeza, sus ojos recorrieron su pecho hasta llegar a sus preciosos ojos violeta, con un deleite estudioso del que nunca se hubiera creído capaz. Ella no lo había soltado todavía y su voz suave y baja provocó al hablar un desconocido hormigueo por todo su cuerpo.

—Nysander habla maravillas de vos. Espero que tengamos la oportunidad de conocernos mejor.

—Me siento muy honrado, mi dama —replicó Alec. Su propia voz sonaba distante en sus oídos. Ella retiró su mano al fin y el mundo regresó a la normalidad.

—Buenas noches —dijo Thero, rígido. No parecía demasiado contento de encontrarse allí.

—Olvidad la falta de cortesía de Thero —murmuró Ylinestra mientras sus ojos volvían a rodear a Alec con su cálido abrazo—. Está aquí sólo como un favor hacia mí y no se encuentra de muy buen humor. Vamos, Thero, quizá un poco de vino mejore tu disposición.

Mientras la escoltaba entre la multitud, el actor Pelion se interpuso en su camino con una reverencia elaborada, que Thero evadió con un gesto de la cabeza seco y celoso. Pelion retrocedió un paso y luego siguió a Ylinestra con ojos amartelados.

—Ah, de modo que ella es el amor desesperado del actor —observó Seregil con una sonrisa afectada—. Esta noche va a tener competencia. Y si Thero se pone un poco más rígido, es probable que se caiga de bruces y se rompa.

—Me ha parecido que era un poco brusca contigo —señaló Alec.

—Bueno, no soy exactamente su tipo. Evidentemente, tú sí.

Alec enrojeció visiblemente. El perfume de la mujer todavía estaba prendido a sus dedos.

—Sólo le he dado la bienvenida.

Los músicos comenzaron a interpretar una nueva pieza y los bailarines volvieron a aparecer. Micum daba vueltas y vueltas con Kari en sus brazos y una sonrisa en los labios; Nysander y Magyana los seguían de cerca. Uno de los poetas había logrado de alguna manera capturar a Elsbet y ella, ruborizada pero feliz, se dejaba llevar por toda la sala. Al otro lado de la habitación, Ylinestra conversaba con el actor mientras Thero revoloteaba muy cerca, presa de una impaciencia apenas disimulada.

—¿Qué está haciendo con Thero? —se preguntó Alec en voz alta.

—A juzgar por su cara, nada que le gustaría que Nysander supiera —observó Valerius.

—Nysander lo sabe —dijo Seregil—. Además, creo que empieza a aburrirse de ella, pero sigo diciendo que no es de buena educación haber escogido a Thero para reemplazarlo.

—Me pregunto si ha sido ella la única en elegir —se burló Valerius—. Si él quiere meter la cabeza en la boca del dragón, dejemos que lo haga. Ocúpate tan sólo de mantener al joven Alec a una distancia segura.

—Sólo le he dado la bienvenida, por el amor de... —balbució Alec, pero fue interrumpido por Beka y Myrhini.

—Me marchó a la Vigilia —dijo esta última—. Espero veros a todos mañana, en la investidura.

Tan pronto como la capitana se hubo marchado, Beka se volvió a Alec con una sonrisa cómplice en los labios.

—Ylinestra es muy hermosa, ¿no te parece?

Alec gimió.

—¿Qué se supone que tenía que hacer? ¿Tírala al suelo?

—Por un momento, pensé que ibas a hacerlo.

—Bueno, estoy seguro de que no represento peligro alguno para ella, teniendo en cuenta que puede elegir a cualquier hombre de Rhíminee —replicó él—. ¿Pero qué me dices de ti? ¿Puedes bailar de uniforme?

Beka bajó la mirada para examinar su guerrera y sus ropas.

—Supongo que podemos intentarlo.

Consiguieron terminar la danza con la dignidad intacta y, por tanto, decidieron seguir haciéndolo cuando empezó la siguiente pieza.

A decir verdad, Beka estaba de tan buen humor a causa de su nombramiento que Alec creía que podría volar con que sólo se le ocurriera la idea. No tardaron en

adaptarse al ritmo del otro y siguieron bailando sin apenas pausa hasta que Micum los interrumpió para decirles que Kari y las dos pequeñas se retiraban.

—No me he dado cuenta de lo tarde que era —dijo Beka mientras soltaba la mano de Alec con muestras evidentes de remordimiento—. Subiré para hablar un poco con Madre antes de volver a los barracones. Tengo que levantarme pronto para la ceremonia de mañana.

Después de darle a Alec un beso en la mejilla, añadió:

—Seregil y tú vendréis, ¿verdad? Seremos cientos, claro, así que lo más probable es que ni siquiera me veas.

—¿Con ese pelo? —se burló Alec mientras daba un tirón al extremo de su trenza cobriza—. ¡Se te verá más que a la nariz de un borracho!

—Recordaré ese comentario la próxima vez que trabajemos en tu esgrima —le advirtió ella con una sonrisa funesta—. Hasta mañana, entonces.

Solo de nuevo, Alec se volvió para buscar a Seregil y lo distinguió al otro extremo de la abarrotada sala. Sin embargo, al llegar a su lado se encontró con que estaba siendo atacado por un aristócrata que se quejaba de un negocio naviero en el que Seregil y él se habían embarcado. Alec escuchó educadamente durante un rato, pero su atención no tardó en alejarse de ellos.

Mirando a su alrededor, se dio cuenta de que el número de invitados estaba disminuyendo. Se marchaban para seguir con los «juegos de oscuridad», tal como Kylith los había llamado. Nysander y Magyana se encontraban todavía allí, moviéndose con elegancia majestuosa a través del círculo de una gallarda. Thero también estaba bailando, pero no con Ylinestra.

—¿Dónde se habrá metido? —se preguntó Alec mientras volvía a mirar a su alrededor.

En el jardín.

El suave susurro, casi una caricia, se arrastró hasta su oído. Nadie más podía haberlo escuchado.

Ven al jardín.

Esta vez no podía haber duda; era la voz de Ylinestra.

La misteriosa llamada vino de nuevo, acompañada de una languidez deliciosa. Una pareja pasó a su lado, varitas de luz en mano, y se maravilló al reparar en el arco iris que coronaba cada una de las brillantes piedras. De hecho, toda la habitación había cobrado un tono más cálido. ¿Acaso Nysander y Magyana estaban jugueteando con su creación? Rodeando al grupo de bailarines, se deslizó sin que nadie lo advirtiera hasta el salón y salió al jardín, en el que reinaban las sombras.

Aquí. Ven a mí.

La voz lo guió hasta un rincón lejano del jardín, oculto por una pequeña arboleda.

Escuchó el suave crujido de la seda y el pálido rostro de Ylinestra se materializó

entre las sombras. Las manos de la mujer encontraron las suyas y las depositaron justo por encima de sus caderas. Era delgada y flexible al contacto y Alec extendió los dedos para apreciar mejor la sensación del calor de su cuerpo bajo el frío tejido.

—No comprendo, mi dama —susurró. Una parte pequeña y distante de sí estaba completamente alarmada ante sus propias acciones. Nunca en toda su vida se había sentido de aquella manera.

—¿Qué hay que comprender, muchacho encantador?

Qué pequeña parecía, allí en la oscuridad. Mientras hablaba, rozó con los labios la barbilla de Alec, y sus ojos violeta fueron bajo los suyos sendos estanques de noche.

—Pero Nysander... y Thero... Yo pensaba.

Ella rió con suavidad y el sonido de su risa ahogó las trepidaciones de Alec en otra oleada de sensaciones voluptuosas.

—Hago lo que me place, Alec. Y tomo lo que quiero. Y ahora mismo, eres tú lo que quiero.

Sus manos volvieron a tomar las de él y apretaron sus palmas contra su cuerpo mientras las conducían hacia arriba. Los dedos de Alec sintieron la aspereza del bordado y luego la urdimbre del collar que cubría los pechos.

—Estás temblando. ¿Es que te asusta mi pequeña magia? ¿Es que yo te asusto?

Alec respiró entrecortadamente.

—No... No lo sé.

Parte de él sentía un ardid, una trampa, pero todo su cuerpo estaba preso de un ansia como nunca antes hubiera conocido. El aroma de la mujer volvió a inundar sus sentidos mientras deslizaba las yemas de los dedos bajo el borde del collar y apretaba la desnuda y tersa voluptuosidad de un pecho.

—Sólo tienes que pedirlo, Alec. Te dejaré ir si me lo pides. ¿Quieres que te deje marchar?

Deslizó una mano hasta su nuca, como tantas veces había hecho la de Seregil. Entonces volvió a besarlo, con los labios separados esta vez y su lengua buscó la entrada con delicadeza y se apoderó de ella mientras acariciaba su costado con la otra mano. Lo acercó aún más a ella y le cubrió el rostro de besos hasta llegar al cuello.

—Tan joven, tan suave —murmuró. El tacto de sus pechos era profundamente cálido contra su vientre—. Tan hermoso. ¿Has estado con alguna mujer? ¿No? Tanto mejor —se movió ligeramente hasta llevar un pezón expuesto a medias contra los dedos de él—. Dime, ¿quieres que te libere ahora?

—¡Sí! No... No lo sé. —Alec gimió suavemente y entonces la abrazó. Con magia o sin ella, era presa de pasiones que acababan de despertar. Buscó la boca de ella y le devolvió beso por beso.

—Cierra los ojos, querido —susurró ella—. Ciérralos bien y te enseñaré otro truco.

Alec obedeció y de pronto, para su sorpresa, sintió que caía y caía hasta tropezar con algo suave. Cuando volvió a abrirlos, ambos estaban tendidos sobre una enorme cama envuelta en pesados cortinajes. El resplandor prohibido de una vela se filtraba entre las sedas de colores, tenue pero lo suficientemente intenso para revelar que, en algún momento durante la transición, sus ropas habían quedado atrás.

—¿Pasa algo, querida? —preguntó Nysander al ver que Magyana fruncía el ceño sobre su hombro mientras bailaban.

—Sólo estaba observando a Thero. Se diría que está enfadado otra vez, y hace un rato parecía estar pasándolo bien. ¿Ha estado Seregil burlándose de él otra vez?

—No que yo haya observado.

Thero se encontraba en un rincón, con aire sombrío, ajeno al grupo de ninfas que bailaba en el muro, detrás de él, mientras recorría con la mirada la habitación.

—Sospecho que Ylinestra ha encontrado una compañía más alegre para esta noche —dijo él.

—Mmmm. Lo cual me sorprende bastante menos que el haberlos visto juntos en primer lugar. ¿Qué demonios puede ella querer de él?

—No es un muchacho tan poco agraciado —dijo Nysander—. Y es joven.

—Sí, pero también es tu ayudante —ella arrugó la nariz—. Supongo que no te das cuenta, pero, la verdad, resulta bastante indiscreto de su parte.

Nysander dejó escapar una risilla cómplice.

—Rara vez se gobiernan las pasiones por tales sutilezas.

No obstante, en aquel preciso momento reparó en la presencia de Seregil, de pie junto al barril de sidra. Jugeteaba con una jarra de forma ausente y parecía bastante perplejo.

—Vamos, querida, debes de estar sedienta —dijo mientras la conducía en dirección a él.

—¿Habéis visto a Alec en los últimos minutos? —preguntó Seregil mientras se le unían.

Nysander advirtió que ya no llevaba los guantes, pero una tira de impoluto lino todavía envolvía las manos. Se preguntó qué clase de explicación habría preparado para sus huéspedes.

—Pues no. ¿Es que ha desaparecido? —replicó el mago.

—No lo sé. Ha pasado casi una hora desde la última vez que lo vi. Acabo de estar por toda la casa y no está en ninguna parte. No es propio de él el marcharse sin más. ¿Podrías buscarlo?

Nysander cerró los ojos, envió un jirón de su consciencia por toda la casa y el vecindario próximo y entonces sacudió la cabeza.

—¿No crees que es posible...? —Magyana hizo un discreto gesto en dirección a Thero.

De mala gana, Nysander envió otro de sus hechizos a la cámara de Ylinestra. No pretendía más que observar un breve instante para descubrir si el muchacho se encontraba allí.

Como había temido, pudo sentir la presencia de Alec, pero las energías que lo envolvían no eran de carácter sexual.

—¿Qué ocurre? ¿Algo va mal? —preguntó Seregil a su lado.

Sin abrir los ojos, Nysander alzó una mano a modo de advertencia.

—Se encuentra bien. Pero necesitaré unos momentos...

Intensificó el hechizo y encontró a Ylinestra acurrucada sobre Alec. El muchacho parecía estar durmiendo, tendido boca arriba entre las sábanas desordenadas con una sonrisa dichosa en el rostro. Por contraste, el rostro de Ylinestra era una dura máscara de concentración mientras trazaba con la mano un extraño signo en el aire, sobre el cuerpo desnudo de Alec. Mientras terminaba de formarse, la expresión apacible se borró del rostro del joven. Al principio simplemente quedó vacío, pero entonces frunció el entrecejo mientras, inconsciente, se apartaba, y un gruñido sordo de protesta empezaba a formarse en su garganta. La hechicera se inclinó un poco más sobre él, alargó el brillante símbolo y entonces, aparentemente frustrada, lo abofeteó con fuerza en la mejilla.

—¡Ya es suficiente, Ylinestra!

Sorprendida, ella se volvió como una exhalación. El símbolo desapareció de inmediato.

—¿Nysander? ¿Cómo te atreves a espiar en mi cámara? —siseó con los ojos muy abiertos a causa de la furia por aquella intrusión incorpórea—. ¡No tienes derecho!

—Más del que tú tienes a utilizar tu magia sobre un sujeto inconsciente —replicó Nysander con voz severa—. Envíalo de vuelta inmediatamente o yo mismo iré a buscarlo.

—No hay por qué ponerse así —dijo con un ronroneo mientras, sabiendo que él lo vería, acariciaba el vientre de Alec—. Te aseguro que no le he hecho el menor daño.

—Eso ya lo veremos.

Un momento más tarde, Nysander sintió el murmullo de la magia en el piso de arriba. ¿Cuándo había logrado ella dominar el hechizo de translocación?

Seguido de cerca por Seregil y Magyana, subió las escaleras y encontró a Alec en sus aposentos, profundamente dormido. Satisfecho por haber encontrado al muchacho ileso, erigió una barrera de protección mágica sobre la cama para impedir cualquier otro intento malicioso y cerró en silencio la puerta.

—Bueno, supongo que ya no podré seguir burlándome de él a causa de su virginidad —dijo Seregil con un cierto aire nostálgico—. La verdad es que no ha tardado nada en rendirse al espíritu de esta noche.

—Dudo que fuera cosa suya por completo —dijo Magyana mientras arrugaba la nariz en un gesto de repugnancia—. Si resulta que fue obligado, quiero saberlo. No hay lugar en la Oréska para esa clase de comportamiento.

—Ciertamente no —dijo Nysander. Pero pensaba más bien en el misterioso símbolo que ella había estado usando—. Sin embargo, si fue decisión suya ir con ella, no debemos organizar un escándalo. Ya es lo bastante mayor para decidir esta clase de cosas por sí solo.

Seregil dejó escapar una risotada abrupta.

—Supongo que sí, claro. Pero podría causar algún problema entre Thero y él.

8

EL DÍA DE SAKOR

El estrépito de los gongs de la fiesta despertó a Alec al amanecer. Pestañeando y todavía confundido, miró fijamente los cortinajes de la cama, adornados con un dibujo de granadas tejido en escarlata y oro.

Se había dormido entre sedas multicolores, iluminadas por el resplandor de una vela. Ylinestra lo estaba observando con ojos perezosos por el placer. El recuerdo le provocó un dolor delicioso, pero con él vino también una sensación de ansiedad que no pudo explicar.

Se estiró hasta despertarse por completo y, al incorporarse, se encontró con que Seregil dormitaba en un sillón junto a la cama.

Todavía llevaba la misma camisa y los mismos pantalones de la pasada noche. Recostado de lado, con los brazos cruzados sobre el pecho, parecía profundamente incómodo.

Alec lo sacudió por el codo con suavidad hasta que despertó, dando un respingo. Se llevó una mano a la nuca y se la frotó con aire dolorido.

—¿Cómo he llegado aquí? —preguntó Alec.

—Ella te envió de vuelta, supongo —los albores de una sonrisa peligrosa empezaron a insinuarse en las comisuras de sus labios—. Ylinestra, ¿eh? Y después de las advertencias de Valerius. ¿Lo pasaste bien?

—Oh... sí. Quiero decir... sí, supongo...

—¿Supones?

Alec se recostó contra las almohadas con un gemido.

—Es sólo que, vaya... creo que ella utilizó algo de magia. Al principio, al menos.

—Así que eso es lo que hace falta —con una risilla, Seregil se inclinó hacia delante y tocó la mejilla de Alec con un dedo—. Y de la clase que deja marcas, además. ¿Estás bien?

Alec lo apartó de un manotazo. Se sentía más incómodo que en toda su vida.

—Sí, por supuesto que estoy bien. Fue estupendo. Sólo un poco... extraño —vaciló—. ¿Tú sueñas? Al acabar, quiero decir.

—Normalmente yo charlo. ¿Por qué? ¿Es que soñaste?

—Sí. Recuerdo que pensé que me estaba quedando dormido a pesar de que no quería. Y entonces vi la daga que giraba.

Seregil alzó una ceja inquisitiva.

—¿La qué?

—La daga que giraba, la que utilizó Nysander cuando me hizo pronunciar el juramento de los Centinelas. Estaba enfrente mismo de mi rostro, igual que entonces, y yo temía que si decía algo equivocado me cortaría. También podía escuchar la voz

de Nysander, pero parecía venir de muy lejos. No podía entender lo que estaba diciendo. Y además había otra cosa —entornó los ojos hasta casi cerrarlos mientras trataba de asir el huidizo recuerdo—. Algo relacionado con una flecha.

Seregil sacudió la cabeza.

—¿La mujer más exótica de Rhíminee te arrastra consigo para hacerte el amor y tú tienes pesadillas? Eres un ser extraño, Alec, un ser muy extraño —sonrió—. Sólo espero que no estés demasiado exhausto. Esta es la fiesta más importante del año. Y será mejor que nos vayamos preparando. Es posible que los Cavish ya estén desayunando abajo.

Alec permaneció tendido en la cama un momento después de que se hubiera marchado, tratando de ordenar los sentimientos que le provocaba el inesperado climax de la pasada noche. No era tan necio como para pensar que Ylinestra lo consideraría otra cosa que una virginal conquista; dudaba incluso que le dirigiera una segunda mirada la próxima vez que se encontraran.

Al menos él esperaba que no lo hiciera. A pesar de que, físicamente había sido un acto —o, más bien, actos— placentero, todo el asunto le había provocado una sensación de bajeza y suciedad. Las bien intencionadas bromas de Seregil sólo habían contribuido a aumentar su propia confusión.

El aroma de la hechicera emanó de su piel mientras apartaba las sábanas y se levantaba. Después de envolverse en una túnica, llamó a la doncella y le pidió que le preparara un baño y se ocupara de que cambiaran la ropa de cama.

El baño fue de gran ayuda y bajó las escaleras de un humor considerablemente mejor. Lo único que temía era que su hazaña hubiera llegado a oídos de Micum o Kari. Pero nadie dio muestras de estar enterado mientras se unía al animado grupo en torno a la mesa del comedor. Aunque, eso sí, Seregil alzó una ceja inquisitiva al reparar en su cabello mojado.

Illia estaba demasiado excitada ante la perspectiva de un día en la ciudad como para dejar que nadie se demorase demasiado con el té.

Tan pronto como terminaron la comida, todo el grupo se dirigió hacia el Barrio del Templo. Kari y las chicas viajaban en un confortable carromato abierto mientras los hombres las acompañaban a caballo.

En contraste con la austeridad de la Noche de Luto, el Día de Sakor se celebraba con salvaje abandono. Los cuernos sonaban, corría la cerveza y las fogatas ardían a todas horas.

Mirando a su alrededor mientras cabalgaban, le pareció a Alec que en casi todas las esquinas de las calles se ofrecía alguna representación: domadores de animales, malabaristas, grupos de actores que actuaban sobre barracas, tragafuegos y cosas así. Los vendedores de comida, los jugadores, las meretrices y los ladronzuelos se mezclaban con quienes disfrutaban de la fiesta y hacían su agosto con ellos.

—¡Es todo tan ruidoso y excitante! —exclamó Elsbet a su lado.

—Ya te acostumbrarás —contestó Alec.

La chica sonrió.

—Oh, estoy impaciente.

El principal evento del día era la investidura de las nuevas tropas que, como cada año, se celebraría a mediodía. Sakor era el patrón de los soldados y el reconocimiento de las nuevas tropas era una ceremonia al mismo tiempo marcial y religiosa.

En la Plaza del Templo se habían retirado las gradas de asientos para hacer sitio a las filas de nuevos soldados que formarían frente al santuario de Sakor.

El día estaba despejado, pero hacía un frío glacial y hasta el propio Alec agradeció la pesada capa forrada de piel que se había puesto sobre la chaqueta de terciopelo. Seregil charlaba frívolamente con otros nobles y presentó a Alec a éste y aquél mientras la celebración se iba preparando.

—Nunca había visto tantos reclutas, ¿y tú? —preguntó Kari a Seregil mientras, de pie sobre la escalinata del Templo de Illior, se escudaba los ojos con una mano.

Él sacudió la cabeza.

—No, nunca.

—¿Dónde está Beka? —demandó Illia mientras daba saltos de excitación sobre el hombro de su padre.

—Junto con esos de verde, allí. —Micum señaló a la Guardia Montada de la Reina alzando la voz para hacerse oír.

Alec miró de soslayo a Kari y pensó que parecía bastante triste y pensativa. Como si hubiera sentido su mirada, ella se volvió y tomó una de sus manos entre las suyas.

Cuando por fin hasta el último de los últimos soldados hubo entrado en la plaza, los grupos que correspondían a los regimientos semejabán teselas de colores en un inmenso mosaico. La Guardia Montada de la Reina era un bloque de verde y blanco situado directamente frente al Templo de Sakor.

—Mirad, allí está la Reina —dijo Micum—. Van a empezar.

Con aire solemne y orgulloso a pesar de la larga noche de vigilia, Idrilain ocupó su lugar entre los pilares del Templo de Sakor. Vestía la túnica suelta ceremonial y una diadema de esmeraldas, y portaba la espada de Gérilain como si fuera un cetro. La dorada Égida resplandecía tras ella mientras se erguía inmóvil, el tenue vapor de su respiración visible en el frío aire de la mañana, frente a las tropas. El cuadro se había dispuesto de aquella manera con toda intención; no cabía duda sobre a quién se prestaría el juramento. Se podía permitir a los sacerdotes que conservaran sus misterios en la oscuridad pero aquí, a la luz del día, se erguía en pie la personificación viva del poder de Eskalia.

Después de colocar la espada frente a sí, con la punta hacia abajo, Idrilain tomó la empuñadura con ambas manos y dio comienzo al ritual.

—¿Habéis venido a prestar el Juramento? —gritó. Y su voz se extendió clara y áspera como si se encontrase en un campo de batalla.

—¡Sí! —se alzó la respuesta desde un millar de gargantas, resonando atronadora contra los confines de piedra del recinto. Con el rabillo del ojo, Alec pudo ver que Seregil y Micum se llevaban la mano a las empuñaduras de sus respectivas espadas, igual que otros muchos en torno a ellos. Sin una palabra, hizo lo mismo.

—¿A quién prestáis el Juramento?

—¡Al Trono de Eskalia y a la Reina que lo ocupa! —respondieron los nuevos soldados.

—¿Por qué juráis?

—¡Por la Tétrada, por la Llama, por nuestro honor y por nuestros brazos!

—¿Juráis entonces que defenderéis el honor de vuestra tierra y vuestra Reina?

—¡Sí!

—¿Juráis entonces que no daréis cuartel a vuestros enemigos?

—¡Sí!

—¿Juráis entonces que perdonaréis a quienes supliquen perdón?

—¡Sí!

—¡Si traicionáis estos juramentos deshonraréis a vuestros camaradas!

—¡Sí!

Idrilain se detuvo y dejó que el silencio se prolongara un momento. Entonces, con una voz que a nadie hubiera sorprendido escuchar en boca de un sargento, gritó:

—¡Presenten armas!

Con un repique de acero, los diversos regimientos blandieron sus armas: las espadas y los sables centellearon bajo la luz del sol; pequeños bosques de lanzas se alzaron firmes; los arqueros batieron con los astiles de sus flechas los arcos largos provocando un extraño sonido cloqueante; los soldados de artillería sostuvieron en alto los proyectiles de sus catapultas. A la cabeza de todos ellos, los estandartes fueron desplegados para que ondearan sobre la muchedumbre.

—¡Entonces estáis unidos por vuestro juramento! —gritó Idrilain al tiempo que alzaba la espada por encima de su cabeza—. Por la Tétrada y por la Llama, por la tierra y por la Reina, por el honor y por los brazos. ¡Guerreros de Eskalia, haced sonar vuestros gritos!

Un rugido ensordecedor llenó la plaza mientras cada uno de los regimientos aullaba su propio grito de guerra compitiendo con los demás para tratar de hacer oír su voz.

—¡Por el honor de la Reina!

—¡Por el fuego de Sakor!

—¡Honor y acero!

—¡Por la llama sobre el Mar!

—¡Destreza y rapidez!

—¡El Halcón Blanco!

Tamborileros y flautistas avanzaron desde detrás de los pilares del templo y comenzaron a interpretar una marcha marcial. Grandes cuernos tan largos como los hombres que los tañían resonaron y bramaron sobre los tejados mientras las filas de hombres de armas daban media vuelta y abandonaban marchando la plaza.

—Hace que uno desee unirse a ellos, ¿verdad? —sonrió Alec. Su pulso se aceleraba al ritmo marcado por los tambores.

Seregil se echó a reír, pasó un brazo alrededor de los hombros de Alec y tiró de él, mientras gritaba por encima del estrépito reinante:

—Esa es precisamente la idea.

El clamor de la mañana pasó inadvertido para Nysander. Sentado con las piernas cruzadas sobre el suelo de la sala de encantamientos, frente al grumo de cera que quedaba de una vela que se había consumido hacía ya largo rato, flotaba en el olvido indistinto de la meditación. Las imágenes iban y venían pero nada sustancial acudía a su consciencia.

La pasada noche, después de acompañar a Magyana hasta la puerta de su torre, había realizado su tradicional visita a las cámaras subterráneas de la Oréska y entonces, casi sin pretenderlo, había dejado la Casa y los resguardados jardines para vagar a solas entre las calles azotadas por el viento.

Con las manos cruzadas a la espalda, había caminado sin destino ni propósito, como si tratase de escapar a la cólera que se había estado formando lentamente dentro de sí desde el momento en que viera a Ylinestra inclinada sobre Alec en su dormitorio.

Gran parte de esta cólera se dirigía a sí mismo. Ylinestra no había significado mucho más para él que una diversión voluptuosa dotada de una mente con una habilidad poco común. Y, sin embargo, había permitido que sus deseos carnales lo cegasen y le impidiesen reconocer su codicia. Sus repentinos coqueteos con Thero habían vuelto a despertar su adormilado sentido de la prudencia. Lo que había presenciado esa noche reforzaba sus sospechas.

Dejó escapar un gruñido de exasperación. Se aproximaba la Hora Negra, lo sabía, se aproximaba para toparse con su propio Deber como Guardián. ¿Estaba preparado?

No lo creía.

Tenía un ayudante en el que no podía confiar por completo y al que tampoco se atrevía a emancipar. Una hechicera a la que superaba en veinte décadas de edad había logrado cegarlo de pasión. ¡Y luego estaba Seregil!

Nysander apretó las manos hasta clavarse las uñas en las palmas. Seregil, a quien quería como si fuese su hijo, había estado a punto de condenarse a muerte por causa de su propia y obstinada curiosidad. Con el tiempo, Alec no sería muy diferente...

eso estaba cada vez más claro.

Por primera vez desde hacía años, se encontró preguntándose lo que su propio maestro hubiera tenido que decir al respecto de todo ello. El rostro de Arkoniel se presentó ante él con la misma facilidad que si lo hubiera visto el día anterior.

Ya era viejo cuando Nysander lo conoció y nunca pareció cambiar. Y con qué fervor había tratado el joven Nysander —ese desesperado pilluelo de las calles al que había arrebatado a la miseria de la ciudad baja— de emular la paciencia y la visión del anciano...

Pero de Arkoniel había heredado también la carga de su Deber como Guardián, el siniestro conocimiento transmitido a lo largo del tiempo que tenía el deber de conservar intacto y oculto a un tiempo.

Un conocimiento que, a juzgar por los hechos de los pasados meses, comenzados cuando Seregil encontró el disco maldito y culminados aquella misma noche con los presagios que la ceremonia les había mostrado a todos ellos, parecía estar llegando al fin previsto.

No había encontrado respuestas en la noche, de modo que había regresado a la torre y se había preparado para una meditación formal.

El amanecer lo encontró inmóvil y aparentemente sereno. Apenas había advertido la llegada de Thero y su respetuosa retirada.

Mientras las últimas luces del Día de Sakor se desvanecían sobre la cúpula de la torre, Nysander abrió los ojos, tan sumido en las dudas como cuando empezara sus meditaciones. Si le era negada la inspiración, tendría que bastarle con los hechos. Seregil se había topado con el disco, aparentemente por accidente, y luego había seguido un camino que lo había llevado hasta el Oráculo de Illior, quien había recitado para él el fragmento de una profecía que nadie sino el propio Nysander podía conocer. La última noche, aquellas mismas palabras. —«Devorador de la Muerte»— habían sido pronunciadas por el sacerdote de Sakor después del extraño presagio de los pájaros carroñeros.

Se levantó, se sacudió la rigidez de las articulaciones y se encaminó hacia el Barrio del Templo.

El helado gajo de una luna decreciente trepaba sobre la cúpula blanca del Templo de Illior. Lo consideró una señal propicia. Entró en el templo y se puso la máscara ritual.

Hasta entonces, sólo había buscado el consejo del Oráculo en contadas ocasiones y casi siempre lo había hecho movido por la curiosidad. Su devoción hacia Illior adoptaba una forma diferente a la de los sacerdotes.

Pero en esta ocasión se dirigió hacia el interior con una sensación creciente de impaciencia. Después de hacer aparecer con un chasquido de los dedos una luz, recorrió la serpenteante y traicionera escalera que conducía a la cámara subterránea del Oráculo. Al llegar al fondo apagó la luz y se sumergió en la completa negrura del

corredor, más convencido a cada paso que daba de que la pobre criatura demente que esperaba al final del mismo tenía respuestas que ofrecerle.

Un joven torpe y desaliñado, sentado en cuclillas sobre un jergón de madera, levantó la mirada mientras Nysander entraba. Por supuesto, no era el mismo Oráculo que el mago recordaba, pero todo lo demás estaba como antaño: el profundo silencio, la tenue y fría luz, los asistentes que se sentaban inmóviles a ambos lados del vehículo idiota del Inmortal, de cuyas máscaras sin rasgo alguno resplandecían destellos plateados desde las profundidades de sus capuchas.

—¡Te saludo, oh Guardián! —dijo en voz alta mientras sus ojos borrosos se cruzaban con los de Nysander.

—¿Me conoces?

—Quién eres no es nada —replicó el Oráculo mientras se balanceaba lentamente de un lado a otro—. *Qué eres lo es todo. Todo. Prepárate, oh Guardián. La prueba es inminente. ¿Has preservado aquello que te fue confiado?*

—Lo he hecho —repentinamente, Nysander sentía un abatimiento imposible de describir con palabras. ¿Cuántas veces había recorrido el polvoriento laberinto que ocultaban las profundidades de la Casa Oréska fingiendo una curiosidad ausente? ¿Cuántos años había necesitado para ganarse una reputación de excéntrico aunque poderoso charlatán? ¿Cuánto había sacrificado para ganarse la confianza de las generaciones?

—Prepárate, oh Guardián y sé vigilante —continuó el oráculo—. Tu hora se aproxima desde la oscuridad y los lugares ocultos. Los sicarios del Adversario avanzan hacia ti envueltos en secreta gloria. Lo que resta para ti será amargo como la hiel.

El silencio volvió a cerrarse entre ellos como la superficie de un estanque. Envuelto en aquel silencio, Nysander recitó lentamente las palabras que, por lo que él sabía, no se habían pronunciado en voz alta desde hacía casi cinco centurias. Era un fragmento del «Sueño de Hyradin», el único y tenue rayo de esperanza al que tanto él como todos sus predecesores se habían aferrado a lo largo de los numerosos años de su vigilia.

—«Y así vino el Hermoso, el Devorador de la Muerte, para desnudar la osamenta del mundo. Ataviado con la carne del Hombre, vino coronado con un yelmo de oscura noche y nadie podía resistir a este Uno, salvo Cuatro. El primero será el Guardián, un vehículo de la luz en medio de la oscuridad. Entonces vendrán el Astil y la Vanguardia, que fracasarán y, sin embargo, no fracasarán, si el Guía, Aquel que Está Oculto, sigue adelante. Y el último será de nuevo el Guardián, cuya parte es la más amarga, tan amarga como la hiel».

El Oráculo no respondió nada a esto, pero miró a Nysander con ojos que no contenían alternativa alguna.

Después de un momento, el mago hizo una ligera reverencia y se marchó por donde había venido, en la oscuridad, solo.

9

UN ALIADO INESPERADO

Alec había esperado que su estancia en la calle de la Rueda fuera breve; una semana a lo sumo, para guardar las apariencias. Pero la semana se alargó hasta convertirse en dos y luego pasó a ser un mes.

Seregil tenía que atender a sus «negocios diurnos». Así es como llamaba a los numerosos intereses legítimos que tenía por toda la ciudad. Pasaban mucho tiempo en la ciudad baja, donde se reunía con capitanes de barco en almacenes que apestaban a brea y a marea baja, o regateaba con los mercaderes en las aduanas. Todo ello significaba que, de momento, sus confortables habitaciones de El Gallito les estaban vedadas; no podían arriesgarse a que alguien descubriese la conexión entre Lord Seregil y la posada.

Las transacciones comerciales aburrían a Alec, pero se contentaba observando cómo interpretaba Seregil su papel. A pesar de su afectación, poseía esa clase de tacto natural que invitaba a la confianza y el respeto; además, se había ganado una reputación de largueza en ciertos asuntos. Los comerciantes se apresuraban a transmitirle los últimos rumores y había pocos asuntos, legales o no, de los que tardara en oír hablar.

Igualmente importantes eran las reuniones nocturnas en los salones. Tan pronto como se supo que el esquivo Lord Seregil había vuelto por fin a su casa, comenzó a llegarles un verdadero diluvio de invitaciones perfumadas y lacradas. Arrastrado noche tras noche a la compañía de aristócratas de toda laya, Alec aprendió gradualmente el elegante arte de la esgrima locuaz, tan necesario para navegar por las procelosas aguas de la política de Eskalia.

—¡Intriga! —rió Seregil una vez que Alec se quejaba en demasía por el asunto de los modales—. Es nuestro pan y nuestra sal y las únicas intrigas que merecen la pena son las de los ricos. Luce una bonita sonrisa, asiente a menudo y mantén los oídos abiertos.

Al principio, la presencia de Alec provocó numerosos comentarios y los rumores referentes a su relación con Seregil circulaban furiosamente. Los de mente más elevada aceptaban que de veras era el protegido de Seregil o, como mucho, su hijo ilegítimo, aunque la mayoría se inclinaba por posibilidades menos altruistas. Todo aquello mortificaba a Alec, pero Seregil lo desechaba con un encogimiento de hombros.

—No dejes que te preocupe —lo consoló—. En estos círculos, lo único peor que ser difamado es que no se hable de uno en absoluto. Dentro de uno o dos meses se olvidarán de todo y pensarán que has estado entre ellos desde hace años.

Con este fin, empezaron a frecuentar los mejores teatros y casas de juego. El

Teatro Tirarie, en la calle de la Luz, era uno de los preferidos de Seregil, en especial cuando Pelion í Eirsin actuaba.

Alec se aficionó inmediatamente al drama. Acostumbrado a las baladas y a los cuentos de taberna, quedó asombrado al ver historias narradas con reparto y vestuario completos. Independientemente de que comprendiera o no el argumento —y a menudo no lo comprendía—, la pompa de todo ello bastaba para mantenerlo en trance durante la representación.

Y a lo largo de todo este tiempo, su instrucción siguió adelante: el trabajo con las cerraduras y la esgrima, la etiqueta y la heráldica, la historia y el disfraz, el robo de bolsillos y casacas, junto a un centenar de otras habilidades que Seregil creía indispensables para un espía en ciernes.

Una mañana gris, varias semanas después de la Fiesta, mientras tomaban un desayuno tardío Seregil tendió a Alec una nota lacrada del montón de correspondencia recién llegada que tenía junto a su codo.

Después de abrir el lacre, el muchacho leyó una nota garabateada a toda prisa por Beka Cavish.

Puedo salir un par de horas esta tarde. ¿Te apetece dar una vuelta a caballo? Si es así, nos vemos en la Puerta de la Vía de Cirna a mediodía.

—B. C.

—No me necesitas esta tarde, ¿verdad? —preguntó esperanzado, mientras le pasaba la nota a Seregil—. No la he visto desde la ceremonia de investidura.

Seregil asintió.

—Ve. Creo que podré arreglármelas sin ti.

Alec llegó al Mercado de la Cosecha un buen rato antes de la hora señalada y se encontró con que Beka lo esperaba ya junto a la puerta. El modo en que se sentaba sobre el caballo, sosteniendo las riendas con una mano con aire despreocupado mientras el codo del otro brazo sobresalía en ángulo bajo la capa verde, lo decía todo; parecía haber nacido para ser soldado.

—¿Todavía sigues siendo el joven señorito elegante? —le gritó ella mientras él guiaba a su caballo entre la multitud.

—Seregil está haciendo de mí un gentilhomme, después de todo —adoptó una pose altanera—. Dentro de poco seré demasiado bueno como para perder el tiempo con gente de tu calaña.

—Entonces será mejor que aprovechemos el tiempo que nos quede. Me hace falta una buena carrera —dijo ella, mirándolo con una sonrisa en los labios. Espoleó a Draco hasta ponerlo al trote y cruzó el portón delante de él.

Tan pronto como dejaron atrás la contramuralla, espolearon a sus monturas y se lanzaron a galope tendido en dirección al norte, siguiendo la línea de los acantilados. El camino helado resonaba bajo los cascos de sus caballos como si estuviera recubierto de metal; bajo el pálido cielo invernal, el mar despedía un brillo metálico. Hacia el este, los picos de las montañas lanzaban blancos destellos contra el amenazante cielo.

Juntos, las capas ondeando al viento, Alec y Beka cabalgaron durante casi un kilómetro y medio antes de abandonar el camino y adentrarse en un prado que se asomaba sobre el mar.

—Los arreos de Draco son impresionantes —señaló Alec, que no había dejado de advertir el peto de cuero que llevaba el caballo.

—Es para que se vaya acostumbrando a llevarlo —le explicó ella—. En batalla, el cuero se reemplaza con placas de bronce acolchadas con fieltro.

—¿Qué te parece la vida militar? ¿Y cómo debo llamarte de ahora en adelante?

—Todos empezamos como jinetes, aunque los que tenemos un nombramiento somos de hecho oficiales desde el principio. Yo seré teniente cuando partamos a la guerra. Por ahora los jinetes novatos se dividen en decurias de entrenamiento. Yo estoy en la primera turma, mandada por la capitana Myrhini. Los tenientes mandan tres decurias, pero normalmente es el capitán el que dirige la instrucción...

—¡Espera! —la interrumpió Alec mientras tiraba de las riendas—. Vosotros los soldados habláis un idioma diferente. ¿Qué es una turma?

—Yo misma todavía no he terminado de acostumbrarme —admitió ella—. Veamos... Diez jinetes forman una decuria, que es mandada por un sargento. Tres decurias forman una turma, que manda un teniente; tres turmae forman una tropa y cuatro tropas, un escuadrón; dos escuadrones forman un regimiento. Lo que, con sus oficiales, los mozos y todo lo demás, supone un total de ochocientos soldados. La capitana Myrhini manda la Primera Tropa del Escuadrón del León, a las órdenes de la Comandante Kliia. El comandante Perris manda el Escuadrón del Lobo. Y el hijo mayor de la Reina, el Príncipe Korathan, es el comandante del regimiento.

—Por lo que dices, parece algo bastante exclusivo.

—La Guardia Montada es un regimiento de élite; todos los oficiales pertenecen a la nobleza. Los jinetes han de costearse sus propias monturas además de demostrar su pericia como jinetes y arqueros, así que la mayoría de ellos pertenece también a familias acomodadas. Y sin embargo, de élite o no, deberías ver cómo se caen de sus monturas algunos jóvenes de sangre azul cuando tratan de desenvainar. Te lo aseguro, jamás había apreciado tanto la instrucción que me dio Padre como ahora. El sargento Braknil cree que la capitana Myrhini querrá que me quede en su tropa cuando haya terminado la instrucción. Tendré a treinta jinetes bajo mi mando. Pero ¿qué hay de ti? Me imagino que Seregil te tiene bastante ocupado.

—Oh, sí. —Alec puso los ojos en blanco—. Creo que esta semana no he debido dormir más de diez horas. Cuando no estamos discutiendo con mercaderes o en alguna reunión elegante, me tiene la mitad de la noche memorizando genealogías reales. Creo que en el fondo pretende hacer un escriba de mí.

Se hizo una pausa y Alec pudo sentir la diferencia que se abría entre ambos mientras cada uno seguía un camino divergente al del otro. Lo que de verdad quería era contarle sus aventuras nocturnas, pero Seregil se mostraba inflexible en lo referente al secreto más allá de los círculos de Centinelas. En algún momento, pensó, Nysander debería reclutar a Beka.

Levantó la mirada y descubrió que ella examinaba su rostro con una suave sonrisa. Imaginó que, habiendo vivido cerca de Micum y Seregil, era muy posible que supiera algo sobre su otra vida.

—¿Te he contado que Seregil me está enseñando Aurénfaie? —dijo, ansioso por volver cuanto antes a terreno neutral.

—¿Nos *eyír*?

Él rió.

—¿Tú también?

—Oh, sí. Elsbet y yo siempre estábamos acosándolo para que nos enseñara un poco cuando venía de visita. Naturalmente, ella estaba más dotada para ello, pero yo sé un poco. Supongo que tú también lo necesitarás. Es la última moda entre los nobles.

—Seregil dice que la mayoría de ellos parece estar hablando con la boca llena de cuero seco cuando lo intenta. Está haciendo lo que puede para que yo lo aprenda bien. *Makir y'toreus eyair*. ¿Qué te parece?

—*Korveu tak melilira*. ¿*Afarya tos hara'beniel*? —contestó ella al tiempo que hacía volverse al caballo y lo lanzaba al galope.

Asumiendo que, o bien había sido un insulto o bien una invitación a otra carrera, Alec galopó tras ella.

Caía la noche en el exterior de la ventana del dormitorio de Seregil cuando Alec entró, con las mejillas encendidas de rubor y el pelo lleno de nieve recién caída que empezaba a fundirse. El aroma dulce y fuerte de un frío viento del océano todavía lo envolvía.

—Dime que no tendremos que cambiarnos esta noche —suplicó mientras se dejaba caer sobre la alfombra de la chimenea, a los pies de Seregil.

Seregil dejó el libro a un lado y se estiró con aire de pereza.

—Parece como si acabases de pasar una tarde estupenda.

—¡Cabalgamos durante kilómetros! Debería haberme llevado el arco... Terminamos en las colinas y había conejos por todas partes.

—Es posible que tenga otro tipo de caza para ti. —Seregil sacó un pergamino de

su cinturón y se lo tendió entre dos de sus largos dedos—. Alguien lo dejó para el Gato de Rhíminee en La Pluma Negra. Parece que Lady Isara ha perdido algunas cartas comprometedoras y quiere recuperarlas. Piensa que el estudio del barón Makrin es un buen lugar para empezar a buscar.

—¿Esta noche? —preguntó Alec, que había olvidado al instante toda fatiga.

—Creo que sería lo mejor. Es un robo sencillo y directo, nada extravagante. A medianoche saldremos. Tendremos que esperar a que los habitantes de la casa se hayan marchado a dormir, pero no quiero pasar bajo el frío más tiempo del necesario.

El viento tironeaba de sus capas mientras Alec y Seregil se dirigían hacia la casa del barón, situada en el lado oeste del barrio Noble. Llevaban toscas ropas de trabajadores y viejas capas de viaje para cubrir la espada que cada uno de ellos ceñía a la espalda.

Apenas habían dejado atrás algunas manzanas cuando Seregil sintió que había alguien en la calle, detrás de ellos. Tocó a Alec suavemente en el brazo, dobló una esquina al azar y vislumbró por el rabillo del ojo un movimiento furtivo a su espalda.

—Exactamente igual que cuando me persiguieron en la calle de la Luna Plateada —susurró Alec mientras miraba hacia atrás con nerviosismo.

—Estaba pensando lo mismo, aunque probablemente se trata tan sólo de alguien que ha salido a dar un paseo nocturno. Vamos a descubrirlo.

Dejando al barón para más tarde, giró a la derecha en la siguiente esquina y se encaminó al este, hacia el corazón de la ciudad.

Un jirón de luna abandonó las nubes un instante y su luz bastó para que Seregil distinguiera una forma grande y oscura que los seguía a una distancia discreta.

No es tan inocente, después de todo, pensó para sí, preocupado.

Mantuvo un paso regular mientras se adentraba en las cada vez más pobres calles del barrio del sureste. Su hombre mantenía las distancias, pero no los perdía de vista ni un instante.

—¿Oyes eso? —preguntó Alec en voz baja.

—¿Oír el qué?

—Ese pequeño sonido de rozadura, cuando camina sobre los adoquines. La otra vez también lo escuché.

—Muy bien, entonces será mejor que le dejemos que se presente.

Seregil se encaminó hacia un siniestro laberinto de casuchas y almacenes, donde divisó un callejón que le era familiar. Fingiendo que tropezaba, alargó el brazo, tomó a Alec por el codo y le indicó que lo siguiera.

Se introdujo apresuradamente en el callejón, se quitó la capa, la arrojó detrás de un montón de desperdicios y entonces se encaramó al alféizar medio desmoronado de una ventana que había sobre su cabeza. Alec sólo tardó un instante en seguirlo. Desde aquel punto ventajoso, observaron mientras su hombre vacilaba, desenvainaba un

sable y se internaba lentamente en las sombras del callejón. Seregil no podía distinguir su rostro.

Un aficionado, pero persistente, pensó, al observar cómo recorría casi la mitad del callejón antes de darse cuenta de que no tenía salida y de que sus presas no estaban a la vista.

Mientras se volvía, Alec y Seregil se dejaron caer con suavidad sobre el pavimento y desenvainaron sus espadas.

—¿Qué queréis de nosotros?

Con toda calma, su perseguidor dio un paso al frente con el arma presta.

—Si alguna vez os habéis hecho llamar Lady Gwethelyn, dama de Vado Cador, y Ciris, escudero de la misma, entonces tenemos que discutir sobre una indemnización.

—¡Capitán Rhal! —exclamó Alec.

—El mismo, muchacho.

—Estáis muy lejos del *Orca* —dijo Seregil, confiando en que su voz no revelara la conmoción que sentía.

—Cosa de la que me alegro, por cierto —replicó él con brusquedad—, teniendo en cuenta que yace pudriéndose en el fondo del río Folcwine.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

Rhal avanzó un nuevo paso y arrojó su sombrero a un lado.

—He recorrido un largo camino para preguntaros eso a vos. Dos días después de dejar Torburn, recalamos en un pequeño lugar llamado Gresher's Ferry para cargar agua. Un grupo de soldados nos esperaba allí. ¿Y qué suponéis que estaban buscando?

Alec se agitó incómodo detrás de Seregil.

—No tengo la menor idea —replicó éste—. ¿Qué estaban buscando?

—Dos hombres y un muchacho, eso dijeron, pero se referían a vos, de eso no me cabe la menor duda. Si no os hubiera descubierto sin vuestros aparejos de damisela, es posible que no hubiera caído, pero se referían a vos.

—Estáis equivocado, aunque supongo que los enviasteis tras nuestro rastro a pesar de todo.

—¡Por el Viejo Marinero, no lo hice! —replicó Rhal con voz enfurecida—. Y podría haberme ahorrado la pérdida de un buen barco si lo hubiera hecho.

Ciertas preguntas perturbadoras se le habían ocurrido a Seregil mientras mantenían esta conversación, pero, antes de que pudiera formularlas, se vieron sobresaltados por una conmoción repentina que tenía lugar detrás de ellos, en la boca del callejón.

Un grupo de matones, armados con espadas, machetes y dagas, apareció entre las sombras. Seregil sólo tardó un instante en darse cuenta de que eran los suficientes como para meterlos en un problema.

Para su sorpresa, Rhal se puso a su lado y aprestó el sable contra los recién llegados. Alec le lanzó una mirada interrogativa y entonces retrocedió junto al capitán mientras sus asaltantes se abalanzaban sobre ellos. Rhal tomó el centro y comenzó a lanzar tajos a diestro y siniestro con la eficacia de un obrero. Seregil apenas tuvo tiempo de sacar el puñal de la bota antes de encontrarse luchando con las dos manos contra un rufián que blandía un largo bastón.

El callejón era idóneo para la lucha cuerpo a cuerpo y, muy pronto, los tres se vieron obligados a retroceder centímetro a centímetro hacia el final.

—¡Problemas encima! —vociferó Rhal mientras, con estrépito, caía sobre ellos una llovizna de piedras y tejas—. ¡No dejéis respirar a esos bastardos!

Una pesada teja golpeó su brazo y le arrancó el sable de la mano.

Un alto matón se acercó a él, pero Seregil se revolvió como una exhalación e hincó su puñal entre las costillas del hombre. A su lado, Alec golpeó a otro en pleno rostro. Rápidamente, Rhal se apartó gateando y se arrastró entre la polvorienta nieve en busca de su arma.

Más piedras llovieron desde lo alto, pero gracias a la oscuridad o a la mala puntería de alguien, la mayoría de ellas cayó entre los atacantes. En la confusión resultante, Seregil y los otros lograron abrirse paso hasta la calle, seguidos de cerca por los matones.

Liberado del confinamiento del callejón, se volvió contra el hombre que tenía más cerca, lo atravesó y luego detuvo la acometida de un bastón. Había perdido a Alec de vista, pero un fiero grito a su espalda bastó para confirmarle que el muchacho se defendía por sí solo.

Seregil se enfrentaba a dos de los matones cuando sonó muy cerca la estridente alarma de una trompeta de la Guardia. Un momento después una patrulla apareció galopando al otro lado de la calle con las armas en ristre. Los matones huyeron como un solo hombre y se dispersaron entre las sombras como el humo delante de una brisa fuerte.

—¡Vamos! —siseó Seregil a Alec y Rhal antes de salir corriendo en dirección contraria.

—¿Por qué corremos? —gritó Rhal con voz entrecortada.

—Para no tener que pasar toda la noche inventando mentiras frente a algún casaca azul especialmente obtuso —le espetó Seregil.

Después de escabullirse por la siguiente calle lateral, distinguió un mamparo medio caído en la base de una casa que había justo delante de ellos. Confiando en su suerte, abrió de un tirón una de las puertas del suelo y arrojó una piedra de luz al interior. Unas escaleras desgastadas conducían a una bodega abandonada.

—¡Por aquí!

Alec y Rhal se escondieron en su interior y él los siguió después de cerrar la

puerta detrás de sí.

Acurrucados y tensos en medio de una oscuridad que olía a mohó, escucharon mientras la Guardia registraba rápidamente el callejón y luego se marchaba.

Seregil se volvió hacia Rhal.

—Y ahora, ¿estabais diciendo...?

Por espacio de algunos segundos Rhal lo miró con expresión neutra y entonces prorrumpió en carcajadas.

—Por el Marinero, vine aquí con el propósito de clavaros un cuchillo en las tripas y ahora resulta que os debo la vida. No teníais por qué haberme cubierto como acabáis de hacerlo.

—Vos tampoco teníais por qué habernos dejado ir aquella noche en el *Orca* — contestó Seregil mientras recogía la luz y comenzaba a subir las escaleras —. Pero lo hicisteis y aquí estamos. El muchacho y yo tenemos asuntos de los que ocuparnos en este momento, pero me gustaría que continuáramos nuestra anterior discusión. ¿Os parece que nos encontremos en el salón privado de El Emparrado, en la calle de la Seda, dentro de... digamos una hora?

Rhal consideró la invitación un instante y entonces asintió.

—Muy bien, pues. Una hora.

Seregil levantó la voluminosa puerta con cautela y salió, seguido de cerca por Alec.

—¿De verdad vamos a encontrarnos con él? —preguntó el muchacho mientras se escabullían a toda prisa.

—Fue capaz de seguirnos hasta la calle de la Rueda. Creo que será mejor que descubramos cómo lo ha conseguido, ¿no te parece? —Seregil lo miró con el ceño fruncido, sin molestarse en ocultar su preocupación—. Y quién fue el que lo abordó preguntando por nosotros, aunque creo que puedo imaginármelo.

La mirada de miedo que Alec le dirigió en respuesta demostró a Seregil que él también podía.

El inesperado encuentro con Rhal había privado a la noche de cuanta diversión pudiese tener para Alec. Realizó el trabajo con torpeza, envuelto en una neblina de aprensión. Hasta el momento Seregil no había dicho nada más sobre el asunto, pero no podía sacudirse de encima la convicción de que había sido su propia inexperiencia a bordo del *Orca* la que, de alguna manera, había llevado a Rhal hasta ellos al cabo de todos esos meses. Y si el capitán había sido capaz de seguirles la pista, ¿por qué no Mardus?

Por suerte para él, el robo de aquella noche no suponía un desafío especialmente complicado. Makrin, a todas luces un caballero presumido y carente de imaginación, había escondido las cartas en una caja cerrada, detrás de una pieza de madera suelta de un mueble de su estudio. Seregil la descubrió mientras Alec seguía revolviendo los

contenidos del escritorio. Una vez las cartas de Lady Isaria estuvieron en su poder junto a algunos objetos de interés, se detuvieron brevemente en la calle de la Rueda para depositarlo todo y salieron a caballo en dirección a El Emparrado.

Éste era un establecimiento discretamente respetable que Seregil solía utilizar para celebrar encuentros secretos. Una doncella de la cocina medio dormida los condujo hasta la habitación de la parte trasera. Rhal ya estaba allí, pero no solo; Alec reconoció de inmediato a los dos hombres que lo acompañaban: eran el timonel y el primero de a bordo del desventurado *Orca*. Ellos también lo reconocieron y respondieron a su saludo con asentimientos contenidos, sin apartar las manos de las armas.

Rhal empujó una jarra de vino hacia ellos mientras se le unían en la mesa. Seregil se sirvió una copa y dijo, sin más preámbulos:

—Habládme de Gresher's Ferry.

Rhal lo examinó con una mirada astuta.

—Como ya dije, un grupo de hombres armado nos esperaba allí.

—Un grupo con muy mal aspecto —añadió el timonel, Skywake, con aire sombrío—. No llevaban uniformes, pero montaban como montan los soldados.

El corazón de Alec se encogió un poco más, pero el rostro de Seregil siguió siendo una máscara de cuidadosa neutralidad.

—Venían buscando a dos hombres y un muchacho, y dijeron que habían robado el oro del alcalde de Herbaleda —continuó Rhal—. Cuando les dije que no había llevado en mi barco a nadie que respondiera esa descripción, sacaron las espadas y se desperdigaron por todo el navío, como si estuvieran en su casa. Entonces, su líder, un hijo de perra grande y con barba negra con un acento tan espeso como un puré de lentejas, se me acercó y empezó a llamarme mentiroso y cosas peores delante de mi tripulación. Cuanto más decía, menos me gustaba el sujeto. Tardó un buen rato en detenerse para recuperar el aliento y para entonces yo hubiera preferido ahogarme antes que complacerlo. Así que no dije una palabra y ellos se marcharon. Seguimos río abajo y yo pensé que todo había terminado, pero aquella noche estalló un incendio en la bodega y ardió con tal fuerza que ni siquiera pudimos bajar para tratar de apagarlo. Todo el mundo logró salir con vida, pero mi barco yace, destrozado y quemado, sobre el banco de arena que hay a la entrada del Meandro Hullout. Demasiada coincidencia para mi gusto, especialmente porque en aquel viaje llevábamos plata y fardos de papel vitela.

—No es la carga más inflamable que existe. —Seregil observaba a Rhal con aire impassible por encima del borde de su copa—. Así que decidisteis venir a buscarnos.

—¿No vais a decirme que estabais viajando disfrazados sólo para burlaros de mí? —bufó Rhal.

—No.

Nettles dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Entonces era a vos a quien buscaban!

—No sé nada sobre eso —afirmó Seregil—. Lo que me interesa es cómo pudisteis encontrarme.

—Eso no fue demasiado difícil —le dijo Skywake mientras agitaba el pulgar en dirección a Alec—. El muchacho estuvo preguntando a toda la tripulación cómo llegar a Rhíminee antes de que desembarcarais.

¡Idiota!, se reprendió Alec en silencio ahora que sus peores temores se confirmaban.

—¿Con quién habló? —preguntó Seregil sin volverse a mirarlo.

—Éramos unos cuantos en el puente aquel día, por lo que recuerdo —contestó Nettles—. Skywake, tú estabas allí y también el chico del cocinero.

—Así es. Y Applescaith. Estuvo todo el día empeñado en desembarcar, ¿te acuerdas?

—Sí, él también. Y Bosfast.

Alec miró fijamente su copa de vino, los labios fruncidos en una línea sombría. ¿Cómo podía haber sido tan inocente? Lo mismo podía haber dibujado un mapa para sus perseguidores.

Seregil tomó otro sorbo de vino mientras consideraba todo aquello.

—De modo que, sin más que algunas sospechas tenues, ¿lo abandonáis todo y os dirigís a Eskalia para clavarme un cuchillo? —sacudió la cabeza. Era evidente que lo estaba divirtiendo—. Rhíminee es una ciudad muy grande. ¿Cómo demonios esperabais encontrarnos?

Rhal se pasó una mano por los escasos cabellos y dejó escapar una corta risilla.

—Que me aspen si no sois el sujeto más endiablado sobre la faz de la tierra... Muy bien, os lo contaré todo. Estáis frente a un hombre arruinado. Todo lo que tengo son mis instrumentos y esto.

Alzó la manó para mostrar el gran anillo con un granate que lucía en su pequeño dedo. Alec lo reconoció: era el que Seregil había llevado mientras se hacía pasar por Lady Gwethelyn a bordo del *Orca*.

Pero ¿qué estaba haciendo Rhal con él? Se volvió hacia Seregil en busca de una reacción y vio que la sombra de una sonrisa se asomaba a las comisuras de los labios de su amigo.

—Era imposible reparar el *Orca* y el invierno se nos echaba encima, así que pensé que las perspectivas en el norte no eran demasiado buenas para mí —continuó Rhal—. Fui marinero de alta mar durante mi juventud. Me dediqué a la travesía del Folcwine cuando mi tío me legó su barco y, con él, la posibilidad de ser mi propio patrón. Ahora que la guerra se prepara para la primavera, supuse que podría enrolarme en la marina. Para ser totalmente honesto con vos, os diré que no esperaba

encontraros. Pero entonces, un buen día me topé con vuestro muchacho, más o menos cuando tuvisteis todos esos problemas con la ley. Desde entonces hemos montado guardia junto a esa elegante casa vuestra, esperando la oportunidad de tener una charla tranquila, por llamarlo de alguna manera. Sin embargo, sois personas difíciles de seguir.

—¡Fuisteis vos el que me siguió aquella noche! —dijo Alec.

—Así es. —Rhal se frotó la rodilla mientras esbozaba una sonrisa de arrepentimiento—. Eres un maldito cabrón ingenioso. Y rápido, además. La verdad es que os tomé por un par de delicados caballeros y no creí que fuerais a darnos demasiados problemas. Sin embargo, después de ver la manera en la que os condujisteis en aquel callejón, creo que me alegro de que esos matones aparecieran cuando lo hicieron.

Seregil le ofreció una de sus sonrisas ladeadas.

—Quizá haya sido una suerte para todos que hayamos vuelto a encontrarnos.

—¿Qué queréis decir?

—Vosotros dos. —Seregil se volvió hacia Nettles y Skywake—, ¿de verdad queréis enrolaros como vulgares marineros ahora que se aproxima una guerra?

—Nosotros vamos donde va nuestro capitán —replicó Skywake bruscamente, aunque era evidente que ni él ni el antiguo timonel estaban entusiasmados por la perspectiva.

Seregil volvió a mirar a Rhal.

—Y vos, capitán... Me imagino que no será fácil volver a servir después de haber tenido un navío propio.

Alec comenzó a sospechar hacia dónde se encaminaba la conversación.

—Por supuesto, yo sería la última persona en desalentar a quien pretenda combatir a Plenimar, pero existen maneras más lucrativas de hacerlo. ¿Habéis considerado la posibilidad de dedicaros al corso?

—La he considerado. —Rhal se encogió de hombros mientras estudiaba el rostro del otro con el astuto interés propio de un mercader avezado—. Pero eso requiere un navío fuerte y rápido y más oro del que probablemente veré en toda mi vida.

—Lo que requiere —dijo Seregil mientras se llevaba una mano a la bolsa de su cinturón— es contar con el inversor apropiado. ¿Bastaría esto para empezar?

Abrió la mano y mostró una esmeralda del tamaño de una nuez. Era una de tantas piedras preciosas que Seregil solía llevar consigo como una forma fácilmente transportable de riqueza.

—Por el Marinero, capitán, ¿alguna vez habíais visto una como esa? —jadeó Nettles.

Rhal miró la piedra un instante y luego a Seregil.

—¿Por qué?

Seregil depositó la piedra en el centro de la mesa.

—Quizá porque aprecio a un hombre con sentido del humor.

—Skywake, Nettles, esperad fuera —dijo Rhal con voz calmada.

Mientras se marchaban, hizo un gesto de interrogación dirigido a Alec.

Seregil sacudió la cabeza.

—Él se queda. De modo que, ¿qué opináis de mi propuesta, capitán? No se repetirá una vez que hayamos abandonado esta habitación.

—Decidme por qué —repitió Rhal mientras levantaba la gema y la examinaba—. Habéis escuchado mi historia y no habéis dicho nada, y sin embargo me ofrecéis esto. ¿Qué es realmente por lo que estáis pagando?

Seregil soltó una risilla suave.

—Sois un hombre sagaz cuando no se trata de mujeres. Tratemos de entendernos. Tengo algunos secretos que prefiero guardarme, aunque hay medios más seguros que éste para lograrlo, si entendéis lo que quiero decir. Lo que os estoy ofreciendo, *todo* lo que os estoy ofreciendo, es una propuesta de *negocios* mutuamente beneficiosa. Encontráis un barco, os encargáis de la tripulación, del aprovisionamiento, de todo. Yo pongo el capital a cambio de lo cual recibo el veinte por ciento de todo cuanto capturéis, así como pasaje cuando y a donde yo quiera, aunque es probable que eso no ocurra nunca. El resto de los beneficios es vuestro para que lo repartáis de la manera que os parezca conveniente.

—¿Y? —todavía escéptico, Rhal volvió a dejar la piedra preciosa sobre la mesa.

—Información. Cualquier documento confiscado, cualquier rumor obtenido de los prisioneros, cualquier encuentro que parezca fuera de lo ordinario... todo ello viene a mí directamente. Y ni una palabra a nadie más.

Rhal asintió, satisfecho.

—Así que vos y vuestro amigo sois espías, después de todo. ¿A cuenta de quién?

—Digamos que considero como míos los intereses de Eskalia.

—Supongo que no tenéis pruebas de eso.

—Ni una en absoluto.

Rhal tamborileó con los dedos sobre la mesa durante un minuto, mientras cavilaba.

—El barco estará a mi nombre y lo gobernaré como me plazca.

—Muy bien.

El capitán dio un golpecito a la esmeralda.

—Esto es un buen comienzo, *pero* no bastará para pagar un barco ni para que se construya uno antes de mediados de verano.

—Da la casualidad que sé de un navío que está siendo reparado en un astillero de Macar. El socio principal está pensando en dejarlo. —Seregil sacó una segunda gema idéntica a la primera—. Esto debería bastar como muestra de buena fe. Me encargaré

de que el resto de los gastos os sean pagados en oro.

—¿Y si desaparezco esta misma noche con éstas?

Seregil se encogió de hombros.

—Entonces seréis un hombre relativamente rico. ¿Estamos pues de acuerdo, o no?

Rhal sacudió la cabeza. Parecía cualquier cosa menos satisfecho.

—Sois un sujeto extraño, de eso no hay duda. Tengo una última condición que poner y, os lo advierto, sin ella no hay trato.

—¿Y es?

—Que si voy a confiar en vos, debo conocer vuestros nombres, vuestros nombres verdaderos.

—Si me habéis seguido hasta la calle de la Rueda, habéis tenido que oírlo; Seregil í Korit Solun Meringil Bókthersa.

—Un bocado bien largo, como mínimo. Y tú, muchacho, ¿también tienes un nombre de ese calibre?

Alec vaciló y sintió que el pie de Seregil golpeaba el suyo por debajo de la mesa.

—También habréis oído el mío. Alec, Alec de Ivywell.

—Muy bien. Estoy satisfecho —después de guardar las gemas en su bolsillo, Rhal se escupió en la palma de la mano y se la tendió a Seregil—. Por mi parte está hecho, Seregil lo-que-sea.

Seregil le estrechó la mano.

—Hecho está, capitán.

Alec permaneció en silencio mientras regresaban a la calle de la Rueda. Al pasar bajo la luz de una solitaria linterna de la calle, Seregil advirtió que tenía un aspecto miserable.

—No es tan malo como crees —le aseguró—. Cualquiera que busque a Lord Seregil sabe dónde encontrarlo.

—Sí, pero ¿y si no fuera hasta la calle de la Rueda hasta donde nos hubiera seguido? —replicó el muchacho con voz amarga.

—Somos mucho más cuidadosos con eso. Nadie ha logrado nunca seguirme hasta allí.

—¡Probablemente porque no fuiste tan estúpido como para darles la maldita dirección!

—Y, sin embargo, considerando las condiciones, considerando que yo estaba demasiado enfermo como para pensar con claridad y que tú no conocías el país, no sé que otra cosa podías haber hecho, excepto tal vez esperar a que estuviéramos lejos del barco para preguntar el camino. Pero en aquel momento no sabías que debías hacerlo. Ahora sí lo sabes.

—Será un gran consuelo cuando algún otro error mío del pasado se cruce en

nuestro camino —insistió Alec, que sólo parecía un poco menos cabizbajo—. ¿Y si el próximo que aparece es Mardus?

—Incluso si eran sus hombres los que abordaron el barco de Rhal... y, lo admito, a juzgar por su relato parece que fue así, no les dijo nada.

—¿Entonces crees que estamos a salvo?

Seregil esbozó una sonrisa siniestra.

—Nosotros nunca estamos a salvo. Pero creo que si Mardus nos hubiera seguido el rastro hasta aquí, a estas alturas ya tendríamos que haber sabido algo de él. Quiero decir que, tal como están las cosas en este momento, tendría que estar realmente loco para estar en Rhíminee durante mucho tiempo.

10

EL PESO DE LA VERDAD

Sarisin dio paso a Dostin y el abrazo del invierno sobre la ciudad se hizo aún más severo. Soplaban desde las montañas vientos cargados de nieve, a los que seguía una lluvia gélida proveniente del mar que lo reducía todo a nieve a medio derretir, sucia y espesa, y hielo en placas, traicionero para los transeúntes. El humo de millares de chimeneas se mezclaba con la niebla y pendía sobre la ciudad, convertido en una neblina grisácea, durante largos días.

Los preparativos de la guerra continuaban en medio de un constante fluir de rumores y alarmas menores. Los mercaderes eskalianos eran hostigados en ciudades de Micenia y sus almacenes eran saqueados o quemados. Se hablaba de grupos de alborotadores de Plenimar en puertos situados tan al oeste como Isil. Se decía que los astilleros plenimaranos habían botado más de un centenar de navíos.

No podía reclutarse una hueste verdaderamente importante antes de la primavera, pero las fuerzas que ya estaban alojadas en Rhíminee resultaban más visibles de lo habitual mientras trabajaban en las defensas de la ciudad y realizaban su instrucción extramuros.

Seregil y Alec cabalgaban a menudo hasta allí para observar las maniobras de la Guardia de la Reina, pero sus amigas rara vez tenían tiempo para algo más que un rápido saludo.

En Macar, el barco de Rhal progresaba rápidamente bajo la avezada supervisión del capitán. Como Seregil había supuesto, una vez que estuvo seguro de su buena fe, Rhal empezó a ocuparse de los intereses de su discreto promotor como si fueran los suyos.

Todavía pasarían otros dos meses antes de que la nave pudiese ser botada, pero ya había enviado a Nettles y Skywake a recorrer toda la costa en busca de marineros. El único asunto sobre el que guardaba completo silencio era el nombre del navío. Cada vez que Alec le preguntaba sobre ello, se limitaba a guiñarle un ojo y a decir que traía mala suerte revelar el secreto antes de que el barco fuera fletado.

Aunque no era en absoluto ajeno a la importancia de los acontecimientos que se desarrollaban a su alrededor, Alec pasó los grises días de mediados del invierno sumido en un estado de optimismo creciente. Se había ido acostumbrando gradualmente al papel de Sir Alec y cada vez se sentía más cómodo entre los aristócratas. Sin embargo, lo que más le complacía era perfeccionar sus habilidades ilícitas trabajando codo con codo con Seregil en los trabajos que se encargaban al Gato de Rhíminee o en los asuntos de los Centinelas para Nysander.

También comenzó a apreciar las comodidades que ofrecía la vida en la calle de la Rueda. En su antigua vida, mientras vagaba con su padre por las tierras del norte, el

invierno había significado siempre penurias: arrastrarse trabajosamente para colocar las trampas, cobijarse en cabañas hechas con ramas y dejar pasar el tiempo en la nivosa soledad de los bosques.

Aquí el fuego estaba encendido a todas horas para mantener alejados al frío y la humedad. Gruesas alfombras cubrían los suelos, uno tenía comida y bebida con sólo pedirlos y los baños calientes —por los que finalmente había desarrollado una predilección especial— podían tomarse a cualquier hora en una habitación habilitada al efecto justo al otro lado del salón. Algunos de sus más gratos recuerdos de aquellos días eran los de días de tormenta pasados junto a un acogedor fuego mientras disfrutaba del sonido de la lluvia azotando las contraventanas.

Como de costumbre, la vida con Seregil estaba envuelta en una atmósfera de ensueño; su entusiasmo y su irreverente buen humor animaban a Alec mientras le era presentada una aparentemente interminable sucesión de lecciones. Cuanto más aprendía Alec, más se sentía como un hombre que ha languidecido por años de ignorancia, sólo para descubrir que su sed de conocimientos comienza finalmente a ser saciada. A cambio, él intentaba enseñar a Seregil a manejar el arco y, a pesar de lo que dictaba la evidencia, se negaba con testarudez a dejarlo como una causa perdida.

Una tarde lluviosa Seregil descubrió a Alec en la biblioteca, frunciendo el ceño con aire pensativo mientras examinaba las estanterías.

—¿Buscas algo en particular?

—Historia —respondió Alec mientras pasaba el dedo por el lomo de un grueso volumen—. La pasada noche, en casa de Lord Kallien, alguien estaba diciendo que esta guerra podía ser tan mala como la Gran Guerra. Comencé a preguntarme lo que eso podía significar. Me has contado algo, pero pensé que sería interesante leer un poco sobre ello. ¿Tienes algo?

—No demasiado, pero hay mucho en la biblioteca de la Oréska —contestó Seregil, secretamente encantado ante esta exhibición espontánea de curiosidad erudita. Generalmente, Alec prefería los empeños más directos—. Podemos ir, si te apetece, y así veríamos a Nysander. Hace muchos días que no sé nada de él.

La nevisca caía copiosa sobre ellos mientras galopaban por las calles del Barrio Noble en dirección a la Casa Oréska. Pero en cuanto entraron en los jardines encantados que la rodeaban, se convirtió en una cálida y suave lluvia.

Seregil levantó el rostro hacia ella y se preguntó si alguno de los magos se aburriría alguna vez del perpetuo verano que envolvía al lugar.

Al cruzar el entresuelo del segundo piso, de camino a la torre de Nysander, Alec dio un codazo a Seregil y señaló en dirección a la galería que había al otro lado del atrio.

—Mira allí —murmuró con una leve sonrisa.

Seregil siguió su gesto y vio a Thero e Ylinestra, que paseaban cogidos del brazo.

Mientras los observaban, Thero echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una genuina carcajada.

—¿Thero riéndose? —murmuró Seregil, sombrado.

Alec los observó hasta que desaparecieron por un corredor.

—¿Crees que está enamorado de ella?

—Probablemente sí, el pobre idiota. O puede que ella lo haya encantado con su magia.

Lo había dicho como un chiste a costa de Thero, pero el súbito rubor que asomó a las mejillas de Alec le hizo desear habérselo guardado. El muchacho nunca hablaba de su propio y aparentemente terrible escarceo con la hechicera ni dejaba entrever signo alguno de celos cuando especulaba sobre sus otros amantes, pero se mostraba bastante frágil sobre el asunto.

Magyana abrió la puerta en respuesta a su llamada. Tenía unas pocas hojas de sauce enredadas en su trenza plateada y un grumo de tierra húmeda en la barbilla.

—¡Hola a los dos! —exclamó mientras los dejaba pasar—. Acababa de desenterrar un poco de raíz de cardamomo del jardín para traérsela a Nysander, pero no se encuentra aquí. Wethis dice que ha vuelto a salir a visitar a Leiteus í Marineus.

Seregil enarcó una ceja interrogativa.

—¿El astrólogo?

—Sí. Ha pasado mucho tiempo con él durante las últimas semanas. Evidentemente, se aproxima alguna clase de conjunción en la que los dos están interesados. He dejado una poción en el fuego en mi laboratorio, así que no tengo más remedio que regresar, pero podéis pasar y esperar a que regrese.

—No, tenemos otros asuntos que atender mientras estemos aquí. Puede que más tarde demos con él.

—Ya veo —se detuvo y estudió su rostro durante un momento de la manera más directa y perturbadora posible—. No lo habéis visto últimamente, ¿verdad?

—No desde hace una semana o más —le dijo Alec—. Hemos estado bastante ocupados.

Algo extraño se escondía detrás de los ojos de la maga, algo muy semejante a la preocupación y que ella parecía estar tratando de ocultar.

—¿Algo va mal? —preguntó Seregil.

Magyana suspiró.

—No lo sé. Es sólo que de pronto parece consumido. No lo había visto tan cansado desde hace décadas. Pero no habla de ello, claro. Me estaba preguntando si os había dicho algo a vosotros.

—No. Como Alec ha dicho, no lo hemos visto desde la Fiesta salvo para un par de misiones rápidas. Puede que sea cosa de ese asunto con Leiteus. Ya sabes cómo se comporta cuando algo lo preocupa.

—Sin duda —dijo ella, aunque sin demasiada convicción—. Sin embargo, vigíladlo un poco cuando tengáis oportunidad —vaciló de nuevo—. No estaréis enfadados, ¿verdad?

Una imagen repentina apareció en la mente de Seregil; la noche en que habían trabajado juntos con el palimpsesto y la manera en que, de pronto, Nysander lo había mirado con los ojos de un extraño mientras le decía: «*Si le revelas a alguien el menor detalle de lo que te voy a contar, tendré que mataros a todos*».

Alejó de sí el recuerdo antes de que pudiese manifestarse en sus facciones.

—No, claro que no. ¿Por qué íbamos a estar enfadados?

Después de dejar los aposentos de Nysander, Alec siguió a Seregil a través del laberinto de corredores y escaleras hasta el primer piso.

—La biblioteca de la Oréska está de hecho desperdigada por todo el edificio —le explicó Seregil mientras caminaban—. Cámaras, salas, armarios e incluso es posible que alacenas olvidadas. Thalonia ha sido la bibliotecaria durante un siglo y dudo que incluso ella sepa dónde se encuentra todo. Algunos libros están disponibles para todo el mundo, mientras que otros se guardan bajo llave.

—¿Por qué? ¿Tan valiosos son? —preguntó Alec al tiempo que recordaba los pergaminos bellamente decorados que Nysander le había prestado.

—Todos los libros son valiosos. Pero algunos son peligrosos.

—¿Te refieres a libros de hechizos?

Seregil sonrió.

—También a esos, pero estaba pensando más bien en las ideas. Pueden ser mucho más peligrosas que cualquier magia.

Después de cruzar el atrio, Seregil abrió de par en par la pesada puerta que conducía al museo. No habían estado aquí desde la primera visita de Alec, durante la convalecencia de Seregil. Mientras pasaban junto al arcón que contenía las manos del dyrmagnos, Tikárie Megareash, Alec se detuvo, incapaz a pesar de la repulsión que le provocaba de resistirse a la tentación de asomarse. Recordando la mala pasada que su amigo le había jugado la última vez, se preocupó de mantenerlo en todo momento a la vista.

Los marchitos dedos estaban inmóviles, pero podía ver las marcas escurbadas recientemente en los tablonos de roble que formaban el fondo del cajón, bajo las crueles uñas.

—Parecen bastante tranquilas... —pero en ese mismo instante, una de ellas se apretó espasmódicamente—. ¡Por los *Testículos* de Bilairy, odio esas cosas! —se estremeció mientras se apartaba apresuradamente—. ¿Por qué se mueven de esa manera? ¿Es que no se supone que tanto ellas como las demás partes del cuerpo están muriéndose?

—Sí —dijo Seregil mientras contemplaba las manos con el ceño fruncido y aire

inquieto—. Así es.

Alec lo siguió a través de una sólida puerta situada en la parte trasera del museo y dos tramos de escaleras que bajaban hasta llegar a una serie de corredores que se extendían por debajo del edificio.

—Es esa de ahí —dijo Seregil mientras se detenía frente a una puerta completamente vulgar que había en mitad del pasillo—. Quédate aquí. Yo voy a buscar a un conservador para que nos deje pasar. —Alec se apoyó contra la puerta y miró en derredor. Las paredes y los suelos estaban hechos de sillares de piedra, pulidos y ajustados entre sí. Había abrazaderas dispuestas a intervalos regulares de las que pendían vistosas lámparas. En conjunto daban la suficiente luz como para ver con claridad desde un extremo a otro del corredor.

Estaba empezando a preguntarse a quién correspondería mantener todas aquellas lámparas encendidas, cuando Seregil regresó seguido por un hombre encorvado.

El conservador abrió la puerta con una enorme llave de hierro y, acto seguido, le tendió a Alec un saco de piel. En su interior había media docena de grandes piedras de luz.

—Nada de llamas —les advirtió el anciano antes de volver a sus asuntos arrastrando los pies—. Dejadlas junto a la puerta cuando hayáis terminado.

Era una cámara grande y estaba ocupada por estanterías entre las que apenas había espacio, llenas de libros y pergaminos.

Alec alzó en alto una de las piedras y exclamó:

—¡Tardaremos horas en encontrar algo aquí!

—Todo está ordenado y etiquetado de una manera perfectamente lógica —le aseguró Seregil mientras señalaba unas pequeñas tarjetas clavadas en las estanterías. En cada una de ellas, unas pocas palabras en una escritura apagada indicaban áreas temáticas generales. «Historia de la Gran Guerra» ocupaba varias estanterías en el fondo de la sala. A juzgar por la gruesa capa de polvo que cubría a la mayoría de los escritos, la materia no había despertado demasiado interés en los últimos tiempos.

Seregil chasqueó la lengua con aire desaprobador.

—La gente debería utilizarlos más. El pasado siempre prepara el escenario para el futuro; cualquier Aurénfaie lo sabe.

Alec contempló los abarrotados estantes, consternado.

—Por el Amor del Hacedor, Seregil, ¿no puedo leer todo esto!

—Naturalmente que no —dijo su amigo mientras trepaba a una escalerilla para examinar los contenidos del estante superior—. La mayoría de ellos ni siquiera están en tu idioma y muchos de los que sí lo están son terriblemente aburridos. Pero, si no he olvidado dónde se encuentran, hay uno o dos que resultan bastante legibles. Rebusca por aquí; para empezar, cíñete a libros que tengan menos de cinco centímetros de grosor y mira si puedes leerlos.

Si los libros estaban organizados de acuerdo a algún sistema, éste se le escapaba a Alec. Había volúmenes en eskaliano junto a otros en Aurénfaie y en media docena de lenguas más cuya identidad Alec no alcanzaba siquiera a sospechar.

No obstante, Seregil parecía encontrarse como en casa. Alec lo observó mientras iba y venía con su escalera, musitando entre dientes o exclamando de alegría al reencontrarse con alguno de sus títulos favoritos de antaño.

Alec ya había seleccionado media docena de volúmenes lo suficientemente delgados cuando la ornamentada encuademación de uno de los más gruesos llamó su atención. Preguntándose si tendría ilustraciones, lo sacó. Desgraciadamente, debía de hacer las veces de una especie de piedra angular, porque los que había a ambos lados cedieron y la mayoría de los contenidos de la estantería se desplomó a los pies de Alec.

—¡Oh, bien hecho! —rió Seregil disimuladamente desde algún punto situado detrás de las estanterías contiguas.

Alec dejó sus libros a un lado con un suspiro exasperado y comenzó a devolver a su sitio los volúmenes que habían caído; tampoco estaba *tan* interesado en la guerra; su sencilla curiosidad empezaba a causarle bastantes más problemas de los que merecía.

Sin embargo, mientras volvía a meter un puñado de libros en su lugar, reparó en algo que sobresalía desde detrás de otros tantos. Intrigado, lo sacó cuidadosamente: se trataba de un libro delgado y encuadernado con sencillez, envuelto en una correa y cerrado con un candado. Animado por su tamaño más que por cualquier otra cosa, trató de abrirlo, pero la cerradura no cedió.

—¿Qué haces? —preguntó Seregil, mientras reaparecía con un libro debajo del brazo.

—He encontrado éste detrás de otros. Debe de haberse caído —al inspeccionarlo más de cerca, descubrió que en realidad se trataba de una especie de estuche. No había escritura alguna en su superficie que permitiese imaginar cuáles podían ser sus contenidos—. No puedo abrirlo.

Trató de forzar la cerradura una última vez y entonces se lo tendió Seregil.

Éste lo examinó un instante y se lo devolvió.

—No hay cerradura; sencillamente, el cierre está corroído por completo. No debe de haberse abierto desde hace muchos años. Oh, bueno, de todas maneras es poco probable que contuviera algo demasiado interesante.

Ofreció entonces a Alec una sonrisa desafiante, una que éste ya había visto en numerosas ocasiones.

—¿Qué? ¿Aquí? —susurró, sorprendido.

Seregil se apoyó sobre una de las estanterías y se encogió de hombros con aire despreocupado.

—Tal como está no le es demasiado útil a nadie, ¿no crees?

Después de lanzar una mirada rápida y bastante culpable a su alrededor para asegurarse de que el conservador no había regresado, Alec sacó el puñal de filo negro que escondía en la bota y lo introdujo bajo la cinta. La hoja, afilada en extremo, cortó con facilidad el cuero.

Después de volver a guardarlo, abrió la tapa con cuidado y descubrió en su interior un montón de hojas de pergamino sueltas. Estaban muy manchadas y tenían el borde inferior chamuscado. De hecho, algunas de ellas estaban medio quemadas. Cada una estaba cubierta en ambas caras por una letra pequeña y apretada.

—¡*Aura Elustri!* —sonriendo de excitación, Seregil levantó la primera de las hojas—. Está en Aurénfaie. Y parece ser una especie de diario... —leyó algunas líneas—. Y sin duda trata sobre la guerra.

—Está en tan mal estado que apenas puedo leerla —dijo Alec mientras levantaba una segunda página—. Aunque mi Aurénfaie fuera lo bastante bueno como para hacerlo, para empezar.

—Cualquiera tendría dificultades para descifrar esto. —Seregil examinó el texto con la mirada entornada un instante más y entonces volvió a cerrar el estuche y lo guardó bajo su brazo junto al otro libro que había elegido. Examinó los que Alec había seleccionado, descartó todos salvo dos y, seguido por el muchacho, abandonó el lugar a toda prisa, evidentemente ansioso por hojear el diario.

De vuelta en la calle de la Rueda, se retiraron a los aposentos de Seregil con vino y algo de fruta. Una vez que el fuego volvió a avivarse y se encendieron las lámparas para disipar la oscuridad del crepúsculo, comenzaron a examinar las hojas tendidos sobre la alfombra de la chimenea.

Seregil alzó una de las páginas y la examinó cuidadosamente.

—¿Sabes lo que es esto? —exclamó con una sonrisa de puro deleite—. Se trata de fragmentos del diario escrito por un soldado Aurénfaie durante la guerra. ¡Alec, es el relato de un testigo presencial de acontecimientos con más de seiscientos años de antigüedad! Ya verás cuando se lo enseñemos a Nysander. Apuesto a que ni siquiera él sabía que esto estaba allí. De otro modo lo hubieran guardado en una cámara diferente.

Algunas de las páginas no estaban en el lugar que les correspondía y les costó algún esfuerzo ordenarlas. La traducción del Aurénfaie al eskaliano era una cosa sencilla; descifrar aquella escritura apretada y a menudo manchada mientras buscaban las páginas que correspondían en cada momento era un asunto bien diferente.

Finalmente, Seregil encontró lo que parecía ser la anotación más antigua y la depositó en el suelo, sobre un nido de cojines, para leerla en voz alta.

No tardaron en determinar que el autor había sido un joven arquero, miembro de

un regimiento de voluntarios acomodados reclutado por un aristócrata local. Había escrito su diario con regularidad, pero la mayoría de las anotaciones hacía referencia a escaramuzas y camaradas muertos. Era evidente que el Aurénfaie había odiado a sus enemigos plenimaranos, que constantemente eran descritos como seres crueles y brutales. De hecho, había varias descripciones, afortunadamente concisas, del bárbaro tratamiento que deparaban a los soldados y a quienes acompañaban a los ejércitos cuando los capturaban.

La primera serie de anotaciones terminaba con una detallada descripción de la primera vez que había visto a la Reina GÉrilain de Eskalia. A pesar de que se refería a ella como «una muchacha vulgar con armadura», elogiaba su capacidad de liderazgo. Aparentemente sólo hablaba el Aurénfaie, pero citaba varias líneas de un vigoroso discurso dado por ella en la víspera de la Tercera Batalla de la Ubre del Draco, que alguien había traducido para él. Describía a los soldados de Eskalia con admiración, como «fieros y llenos de fuego».

Estirado sobre la alfombra, observando las sombras que jugueteaban por todo el techo, Alec dejó que las palabras dibujaran escenas en su imaginación. Mientras Seregil leía sobre GÉrilain, la primera Reina guerrera, empezó casi sin darse cuenta a imaginar a Klia en su lugar. Claro que aquella muchacha era cualquier cosa menos vulgar.

El segundo fragmento se había escrito en Micenia, en el transcurso de la campaña de finales del verano, cuando al regimiento se había unido un contingente de magos Aurénfaie. Seguía a esta anotación una línea intrigante en la que se hablaba de los «nigromantes del enemigo», pero el resto de la página había sido destruido.

Murmurando de nuevo entre dientes, Seregil examinó las pocas hojas restantes.

—Ah, aquí está. Falta parte de ello, pero dice así: «y nuestros magos han avanzado al frente, por delante de la caballería. El capitán eskaliano se encontró con esas fuerzas hace tan solo dos días y no puede hablar de ellos sin empezar a palidecer y a temblar. Briel í Kor nos lo ha traducido y dice que según él los muertos se levantaron del campo para enfrentarse a los vivos».

—Igual que en las leyendas —murmuró Alec. Por un instante había olvidado que se encontraba frente a un relato de hechos y no frente a una leyenda narrada por un bardo.

—«Hemos escuchado historias semejantes demasiado a menudo como para llamarle loco» —continuó Seregil—. «El capitán eskaliano asegura que los plenimaranos tienen un terrible dios guerrero. Hemos oído a los enemigos que caen heridos invocando a *Vatharna*. Ahora sabemos que esa es la palabra que en su lengua significa dios, pues ni siquiera ellos se atreven a nombrarlo. Tampoco los eskalianos pronuncian el nombre y prefieren llamarlo, con gran odio, Devorador...».

Vaciló y se detuvo.

—¡Devorador de la Muerte! —terminó Alec por él al tiempo que se incorporaba para ponerse de rodillas—. Es eso, ¿verdad? Igual que en la profecía del Templo de Sakor. Tenemos que encontrar a Nysander. El Devorador de la Muerte debe de ser ese dios muerto del que me hablaste, el que trae mala suerte, Seri...

Seregil se abalanzó hacia delante y las páginas volaron por todas partes mientras tapaba con una mano la boca de Alec.

—¡No lo digas! —siseó con el rostro tan blanco como la tiza.

Alec se quedó paralizado y lo observó fijamente, alarmado.

Seregil dejó escapar un suspiro agitado, puso la mano sobre el hombro de Alec y lo apretó suavemente.

—Lo siento. No pretendía asustarte.

—¿Qué ocurre?

—Dame un minuto; tengo que pensar.

Se sentía como si un negro abismo acabara de abrirse delante de ellos.

Seriamaius.

... Si revelas el menor detalle de cuanto voy a contarte, tendré que mataros a todos... únete a nuestra canción, la única canción. Porque el Hermoso, el Devorador de la Muerte...

Durante un instante, la única cosa que tuvo algún sentido fue el sólido contacto del hombro de Alec, la cálida caricia del cabello del muchacho al caer sobre el revés de su mano.

Los recuerdos se agolpaban unos encima de otros, se pisaban peligrosamente los talones mientras amenazaban con fundirse en un patrón que no deseaba ver.

El palimpsesto, que hablaba de «el Hermoso» y le había conducido hasta una corona rodeada de muerte. El siniestro hallazgo de Micum en las Marismas. La andrajosa bolsa de cuero que Nysander había quemado. Y la moneda, aquel disco de madera engañosamente prosaico que había estado a punto de matarlo con locuras y sueños... sueños de una llanura desolada y una criatura de piel dorada que lo abrazaba y le pedía el ojo que pestañeaba desde la herida que cubría su corazón. Voces que cantaban. Sobre la llanura desolada y en las profundidades de la caverna de una montaña mientras la sangre manaba y se estancaba sobre el hielo. La amenaza de Nysander... ¿una advertencia?

—Seregil, eso duele.

La voz tensa y suave de Alec lo arrastró de vuelta a la realidad y descubrió que estaba apretando el hombro del muchacho con todas sus fuerzas. Lo soltó de inmediato y se sentó.

Alec cerró unos dedos helados sobre los suyos.

—¿Qué ocurre? Parece como si acabaras de ver a tu propio fantasma.

Un dolor desesperado desgarró a Seregil mientras bajaba la mirada y la posaba en

los ojos azul marino de Alec.

Si revelas el menor detalle

¡Maldito seas, Nysander!

—No puedo contártelo, *talí*, porque tendría que mentirte —dijo, repentinamente desanimado—. Ahora voy a hacer algo y tú lo observarás y no dirás nada.

Tomó la última página del manuscrito, la arrugó hasta convertirla en una bola y la arrojó al fuego.

Alec se balanceaba sobre ambos talones mientras observaba sumido en consternación silenciosa cómo iba siendo consumido el pergamino por las llamas. Cuando hubo terminado, Seregil desperdigó las cenizas con el atizador.

—Pero ¿y Nysander? —preguntó Alec—. ¿Qué vas a decirle?

—Nada. Y tú tampoco lo harás.

—Pero...

—No estamos traicionándolo —volvió a tomarlo por los hombros, con más suavidad esta vez, y acercó su cara a la suya—. Tienes mi palabra. Creo que ya conoce lo que acabamos de descubrir. Pero no debe saber que tú lo sabes. No hasta que te diga que ha pasado el peligro. ¿Lo comprendes?

—Más secretos —dijo Alec, con aire al mismo tiempo solmene y descontento.

—Sí, más secretos. Necesito que confíes en mí en este asunto, Alec. ¿Podrás hacerlo?

Alec contempló de reajo el fuego durante un instante y entonces, mirando a Seregil directamente a los ojos, contestó en un vacilante Aurénfaie:

—Rei phóril tos tókun meh brithir, vrísh'ruitya.

Aunque me arrojes una daga a los ojos, no pestañearé. Un juramento solemne y uno que Seregil le había prestado a él no hacía tanto tiempo.

Seregil soltó entonces una pequeña carcajada de alivio.

—Gracias. Si no te importa, creo que ahora voy a descansar un poco. ¿Por qué no vas a echar un vistazo a esos libros que hemos traído?

Alec se levantó para marcharse sin decir palabra. Pero se detuvo en el umbral y se volvió para mirar a Seregil, que seguía sentado junto al fuego.

—¿Qué significa *talí*? ¿Es Aurénfaie?

—¿*Talí*? —un jirón de su vieja sonrisa se insinuó en el borde de la boca de Seregil—. Sí, es un nombre cariñoso en Aurénfaie, bastante anticuado, algo así como amado. ¿Dónde lo has oído?

—Pensé... —Alec lo observó con cierto aire burlón y luego sacudió la cabeza—. No lo sé. En alguna fiesta, supongo. Que duermas bien, Seregil.

—Y tú.

Cuando el muchacho se hubo marchado, Seregil caminó hasta la ventana, apoyó la cabeza sobre el frío cristal y dejó que su mirada vagara sobre el jardín envuelto en

sombras.

Piedra dentro de hielo. Secretos dentro de secretos. Silencios dentro de silencios todavía mayores.

En todo el tiempo que había pasado desde que conociera a Nysander, jamás se había sentido tan distante de él. Y jamás se había sentido tan solo.

Pasaron varios días antes de que Alec se diera cuenta de que no iban a volver a hablar del asunto. A pesar de su juramento, le preocupaba mucho. Aquel silencio hacia el mago parecía crear un pequeño y frío hueco en una relación que hasta entonces había sido por completo cálida y fiable. Por primera vez desde hacía meses, descubrió que se hacía preguntas sobre la lealtad de Seregil.

Por mucho que intentase alejar de sí tales pensamientos, no dejaron de acosarlo hasta que al fin, una noche, mientras paseaban por el Barrio Noble, estalló.

Había temido que Seregil eludiera la cuestión o se enfadase. Por el contrario, reaccionó como si hubiera estado esperando aquella discusión.

—Lealtad, ¿eh? Una pregunta importante para cualquier persona sensata. Si lo que me preguntas es si sigo siendo leal a Nysander, la respuesta es que sí, siempre que conserve la fe en su honor. Y lo mismo puede decirse sobre cualquiera de mis amigos.

—¿Pero todavía tienes fe en él? —insistió Alec.

—Así es, aunque en los últimos tiempos no me ha sido fácil. Eres demasiado inteligente como para no haberte dado cuenta de que hay cosas entre él y yo que todavía hemos de resolver. Me estoy esforzando por ser paciente y tú debes hacer lo mismo. Aunque puede que nos estemos apartando de lo verdaderamente importante. ¿Es que tú estás perdiendo la fe en mí?

—No —se apresuró a exclamar Alec, sabiendo que las palabras eran ciertas en el mismo momento en que las pronunciaba—. Sólo trato de comprender.

—Bueno, como ya te he dicho, la lealtad no es una cosa sencilla. Por ejemplo, ¿tú dirías que Nysander, tú y yo mismo somos leales a la Reina Idrilain y actuamos de acuerdo a los intereses de Eskalia?

—Siempre lo he creído así.

—Pero ¿y si la Reina nos ordenase, por el bien de Eskalia, que le hiciéramos daño a Micum? ¿Debería yo permanecer leal a ella o a él?

—A Micum —contestó Alec sin vacilación.

—Pero ¿y si Micum, sin saberlo nosotros, hubiera cometido traición contra Eskalia? ¿Y entonces?

—Eso es ridículo —bufó Alec—. Él nunca haría algo como eso.

—La gente puede sorprenderte, Alec. Quizá lo hizo por lealtad a otra cosa, como por ejemplo su familia. Ha respetado la fe que su familia había depositado en él pero ha traicionado la de la Reina. ¿Cuál de las dos es más importante?

—La de su familia —mantuvo Alec, a pesar de que comenzaba a sentirse un poco confuso.

—Sin duda. Todo hombre se debe a su familia por encima de cualquier otra cosa. Pero ¿y si ese acto justificado de traición le hubiera costado la vida a centenares de otras familias? ¿Y si algunos de los muertos se contasen también entre nuestros amigos? Myrhini, Cilla, Thero... Bueno, tal vez Thero no...

—¡No lo sé! —Alec se encogió de hombros, incómodo—. No puedo decidirme sin conocer los detalles. Supongo que sencillamente tendría que tener fe en él hasta que supiera más. Es posible que no hubiera tenido elección.

Seregil lo apuntó con un dedo severo.

—Siempre tienes elección. Nunca creas que no es así. Hagas lo que hagas, es decisión tuya y debes aceptar tu responsabilidad por ello. Es entonces cuando el honor se convierte en algo más que una palabra vacía.

—Bueno, pero sigo diciendo que debería saber por qué lo hizo —replicó Alec obstinadamente.

—Eso está bien. Pero supón que, a pesar de todo el afecto que sientes por él, descubrieras que en verdad había traicionado tu confianza. ¿Lo perseguirías y lo cazarías como exige la ley?

—¿Cómo podría hacerlo?

—Sería difícil. El afecto, aunque sólo sea un recuerdo, tiene valor. Pero supongamos que tuvieras por seguro que alguien acabaría por cogerlo, por ejemplo los oficiales de la Reina, y que lo mataría de forma lenta y horrible. ¿No sería en ese caso tu deber, como amigo y hombre de honor, asegurarte de que recibía una muerte rápida y piadosa? Desde este punto de vista, matar a Micum Cavish podría considerarse la mayor expresión de amistad imaginable.

Alec miraba fijamente a Seregil, con la boca ligeramente entreabierta.

—¿Cómo demonios hemos acabado matando a Micum?

Seregil se encogió de hombros.

—Preguntaste sobre la lealtad. Ya te dije que no era una cosa sencilla.

11

NYSANDER A SOLAS

Las manos se movían más a menudo en los últimos tiempos.

Mientras Nysander las contemplaba a través del grueso cristal que cubría el cajón, un efecto de la luz solapó su reflejo con las manos extendidas que había debajo, creando la ilusión de que su cabeza se encontraba dentro del cajón, apresada entre las marchitas garras del nigromante muerto. El rostro que vio allí era muy anciano y, sobre él, la fatiga y el hastío estaban grabados a fuego. Mientras observaba, las manos se cerraron lentamente y apretaron con tal fuerza que la piel que cubría uno de los nudillos se rompió, mostrando el hueso marrón que había debajo.

Nysander continuó su sombrío caminar por el museo desierto. Esperaba de alguna manera escuchar la voz de sus pesadillas, bramando su desafío burlón a través del suelo, desde las profundidades del subterráneo. Aquellos sueños eran más frecuentes últimamente, desde la llegada de Seregil de los montes Ashek.

Después de convocar un orbe de luz, el mago abrió la puerta situada en la parte trasera de la cámara del museo y empezó el largo descenso a través de las cámaras subterráneas. Había cortejado a Magyana en aquel lugar durante su juventud. Después, cuando ella había decidido permanecer firme en su celibato, habían continuado manteniendo largas conversaciones mientras vagaban entre los estrechos corredores de piedra. Durante su malhadado aprendizaje, Seregil los acompañaba a menudo, haciendo un millar de preguntas y hurgando en todas partes. Thero venía con él ocasionalmente, aunque no tan a menudo como antaño. ¿Lo traería Ylinestra a hacer el amor, como había hecho con él? ¿Por la Tétrada, había calentado las mismas piedras con su implacable pasión!

Sacudió la cabeza, divertido, mientras la imaginaba con Thero; un ave del paraíso abrazando a un cuervo.

Nunca había confiado por completo en la hechicera. Dotada como estaba tanto para la magia como para el amor, la codicia acechaba al otro lado de su sonrisa. En ese aspecto no era diferente a Thero; sólo que Thero era siervo de la ley de la Oréska y ella no. El hecho de que hubiera abandonado su cama para refugiarse en la de Thero lo preocupaba en un sentido que no tenía nada que ver con sus anteriores pasiones, aunque no había sido capaz de convencer a su pupilo de ello. Después de dos tensos y desagradables intentos, Nysander había abandonado el propósito.

Otros magos hubieran expulsado a su ayudante por un asunto como aquel, lo sabía y, sin embargo, y a pesar de sus crecientes diferencias, Nysander seguía sintiendo un fuerte afecto por Thero y se negaba a abandonarlo. Y mezclado con ese afecto, admitió una vez estuvo en el silencio de las cámaras, estaba el miedo, la certeza de que muchos de sus colegas de la Oréska estarían más que dispuestos a

tomar a Thero bajo su tutela si él lo dejaba ir. De hecho, no eran pocos los que criticaban la manera en que se comportaba con el dotado y joven mago y pensaban que allí, en la torre este, en manos del viejo excéntrico, Thero estaba siendo desperdiciado. Después de todo, ya había arruinado a un aprendiz, ¿no es cierto? No era de extrañar que Thero pareciera descontento.

Pero Nysander conocía al muchacho mejor que cualquiera de ellos y creía con cada fibra de su ser que si le entregaban al joven mago las riendas de su propio entrenamiento a estas alturas, acabaría por arruinarse a sí mismo. Oh, sin duda conseguiría su túnica, posiblemente en la mitad del tiempo que requeriría la mayoría. Aquello era parte del problema. Thero era un pupilo tan apto que la mayoría de los maestros llenarían gustosos su cabeza con todos sus conocimientos, guiándolo con demasiada rapidez a través de las sendas del verdadero poder.

Pero se necesitaba algo más que una mente aguda y una habilidad sin mácula para convertirse en un mago tan poderoso como el que, sin duda, Thero acabaría por llegar a ser. Si no era gobernada por la sabiduría, la paciencia y un corazón compasivo, esa misma mente aguda sería capaz de sembrar un caos inefable. Así que mantenía a Thero a su lado, alentado por la esperanza de cambiarlo y retenido por el miedo a dejarlo ir.

Había momentos, como la noche en la que lo encontró ocupándose de las heridas de Seregil después de su accidente en las alcantarillas, en los que Nysander creía entrever en él un destello de esperanza, signos de que quizá empezaba a comprender lo que, más allá del simple aprendizaje de la magia, Nysander esperaba de él.

Al llegar a la puerta de la última de las cámaras, se sacudió de encima estos pensamientos y apretó el paso.

Pocos tenían razones para venir a esta última cámara, que desde tiempos inmemoriales había sido el depósito de la Oréska para todo lo olvidado, lo inútil y lo peligroso. Muchas de las estancias estaban ahora vacías o atestadas de cajones mohosos. Algunas de las puertas habían sido tapiadas y sus marcos delineados con hechizos rúnicos o advertencias. Pero mientras caminaba entre ellas, el sonido de sus pasos amortiguado por los húmedos ladrillos que tenía bajo los pies, podía escuchar el cuenco y la aguda y tenue resonancia que lo acompañaba, audible tan sólo para aquellos entrenados para escucharla. El sonido era mucho más fuerte de lo que fuera antaño.

El disco de madera no había tenido demasiado efecto sobre ello; separado de los otros siete que, como bien sabía Nysander, existían en algún lugar del mundo, su poder era incompleto. Pero la corona de cristal era otra cosa. Tan pronto como la había depositado allí, la resonancia del cuenco había ido ganado en intensidad, y con ella sus pesadillas.

Y los movimientos de la mano del nigromante en el museo.

Todavía era un misterio cómo había logrado Seregil sobrevivir en contacto con el disco sin más protección que su propia incapacidad mágica. E igualmente intrigante era la poca protección que todos los hechizos y encantamientos que con tanto cuidado había urdido Nysander habían ofrecido a Seregil frente a los efectos de la corona. En el primer caso debería haber muerto. En el segundo debiera haber contado con una protección total. Y, sin embargo, en ambas ocasiones había sufrido heridas pero había sobrevivido.

Todo ello, junto a las palabras que el Oráculo de Illior había pronunciado para Seregil, había provocado en Nysander la incómoda convicción de que cuanto estaba ocurriendo no era mero producto de la casualidad.

Se detuvo y se volvió una vez más hacia la familiar extensión de pared. Después de asegurarse por última vez de que no había ojos, naturales o no, vigilándolo, pronunció un poderoso hechizo y envió su visión más allá de la piedra y de la magia que la protegía hasta la habitación que había al otro lado.

Enterrado en la oscuridad de los siglos, el cuenco descansaba sobre el único estante de la diminuta sala. Para el no iniciado, no era más que un basto recipiente de arcilla quemada completamente vulgar. Y, sin embargo, aquel objeto de aspecto doméstico había presidido toda su vida adulta y la de tres magos antes que él.

Los Guardianes.

A un lado del cuenco se encontraba el frasco de cristal que contenía el disco; al otro, todavía manchada con las cenizas de los fuegos en los que habían cocinado los dravnianos, estaba la sencilla caja de madera que contenía la corona.

Sin mejor razón que la curiosidad, pronunció el Hechizo de Paso y penetró en la cámara.

A pesar de todas las barreras y los hechizos de contención, la magia crepitó de manera ominosa a su alrededor mientras entraba. Extrajo del bolsillo una piedra de luz, la sostuvo en alto y contempló solemne el cuenco durante unos instantes, mientras volvía a recordar a sus predecesores. Ninguno de ellos, ni tan siquiera Arkoniel, había anticipado la posibilidad de añadir algo al contenido de aquella cámara secreta y protegida. Ahora él lo había hecho, no una vez, sino dos, y el canto conjunto de aquellos objetos era un pulso de energía viviente y difícil de ignorar.

Alargó furtivamente las dos manos hacia los contenedores que había a ambos lados del cuenco. ¿Cómo sería la canción si los abriese, si juntase estos tres fragmentos prescindiendo del resto? ¿Qué podría averiguarse de un experimento como éste?

Su pulgar derecho tocó el cierre de la caja de madera, lo frotó con indecisión... Nysander se apartó bruscamente, hizo un signo de protección y regresó por donde había venido. Solo en el corredor, deshizo el Hechizo de Paso y se dejó caer sobre la pared opuesta. Su corazón latía de forma en su pecho.

Si sólo tres fragmentos podían introducir tales pensamientos en su mente, debía estar mucho más vigilante.

¿Han introducido esos pensamientos en tu mente, anciano?, le reprendió una molesta vocecilla interior, ¿o los han encontrado allí? ¿Cuántas veces te advirtió Arkoniel que la tentación no es sino el reflejo oscuro del alma?

Inevitablemente, el remordimiento acudió presto tras los pasos del recuerdo. Arkoniel le había enseñado pronto y bien las responsabilidades de los Guardianes, permitiéndole compartir el peso del secreto que preservaban. ¿Con quién lo había compartido él?

Con nadie.

Hubiera podido haber confiado en Seregil, pero la magia le había fallado. Thero poseía la magia pero le faltaba... ¿el qué?

La humildad, decidió Nysander con tristeza. La humildad necesaria para temer como había de ser temido el poder que contenía aquella diminuta cámara recubierta de plata. Cuanto más evidentes se hacían las habilidades de Thero en el transcurso de los años de su aprendizaje, más seguro estaba Nysander de que la tentación sería su ruina. La tentación y el orgullo.

De pronto se sintió mucho más viejo que sus doscientos noventa y ocho años, y tuvo que apoyar una mano en la pared. Volvió a tejer los hechizos de protección, cambiándolos y reforzándolos para ocultar aquello que debía permanecer oculto. Una tarea que, siempre había creído, transmitiría un día como a él le había sido transmitida. Ahora no estaba tan seguro.

12

LA DESPEDIDA DE BEKA

Una tarde luminosa de mediados de Dostin, Alec y Seregil estaban terminando de tomar un almuerzo tardío cuando Runcer entró en el comedor, seguido de cerca por una jovencita desarrapada.

Seregil alzó la mirada expectante, pues la había reconocido como la clase de persona que se ganaba la vida como mensajera.

—Beka Cavish os envía la noticia de que la Caballería de la Reina se marcha mañana a primera hora —recitó la chica con rigidez.

—Gracias. —Seregil le entregó un sestercio y empujó un plato de dulces hacia ella. Sonriendo, la chica tomó un buen puñado de ellos y los escondió entre los pliegues de su andrajoso vestido.

—Llévale este mensaje a la capitana Myrhini, de la Caballería de la Reina —le dijo después—. Como protector de Beka Cavish, me corresponde a mí ofrecerle a ella y a su turma una despedida apropiada. Se le pide a la capitana que asista para mantener el orden. Puede traer consigo a quien le plazca, siempre que conceda a Beka y a sus jinetes una noche libre. ¿Lo has comprendido?

La muchacha repitió orgullosamente el mensaje palabra por palabra.

—Buena chica. Ahora vete —se volvió hacia Alec y descubrió que su joven amigo fruncía el ceño con aire preocupado.

—¿No habías dicho que no ocurriría nada antes de la primavera? —preguntó Alec.

—¿Hablas de la guerra? No lo hará —contestó Seregil, ligeramente sorprendido por las noticias—. Sin embargo, la Reina debe de tener alguna razón para pensar que los plenimaranos actuarán a principios de la primavera y quiere tener tropas cerca de la frontera por si surgen problemas.

—No vamos a tener tiempo suficiente para mandar a buscar a Kari y a Micum.

—¡Maldita sea! Ni siquiera se me ocurrió pensar en eso —los dedos de Seregil tamborilearon durante un instante sobre la mesa barnizada—. Oh, bueno. Ya nos ocuparemos mañana de los detalles. Mientras tanto, tenemos una fiesta que organizar.

La misma mensajera no tardó en traerles la respuesta: la capitana Myrhini daría licencia a la teniente Cavish y sus jinetes al llegar la noche, dando por hecho que la oferta incluía comida y bebida suficientes. De hecho, Seregil ya había dedicado su atención a los preparativos con una eficiencia que asombró a Alec.

Al cabo de pocas horas se habían contratado servidores adicionales, un ruidoso grupo de músicos se había instalado en la galería con sus violines, flautas y trompetas y un suministro regular de provisiones del mercado había sido convertido en una fiesta propiamente dicha por el cocinero y sus ayudantes.

Entretanto, se sacó del salón todo aquello que fuera susceptible de ser roto y se dispusieron en él tres alargadas mesas de caballetes, así como sendos barriles de cerveza y vino sobre abrazaderas fijas a la entrada de la sala.

Beka y su turma aparecieron cabalgando en la entrada de la calle de la Rueda a la puesta de sol. Resultaban una visión imponente, vestidos con sus impecables pantalones blancos y sus guerreras verdes en las que se había cosido el emblema del regimiento.

Incluso un poco desalentador, pensó Alec, de pie junto a Seregil en la puerta principal para darles la bienvenida. Siempre le había envidiado un poco a Beka su pertenencia a un grupo de élite como aquel. La idea de cabalgar a la batalla rodeado de camaradas tenía un cierto encanto romántico.

—¡Bienvenidos! —exclamó Seregil.

Beka desmontó y recorrió a largas zancadas los primeros escalones de la entrada. Sus ojos resplandecían casi con la misma intensidad que el reluciente collar de teniente que pendía de su cuello.

—Nos hacéis un gran honor, señores míos —dijo en voz alta mientras los saludaba con un guiño.

Seregil se inclinó ligeramente y entonces recorrió con la mirada la multitud de jinetes que empezaban a agolparse tras ella.

—Menuda pandilla de aspecto tosco has traído contigo. ¿Crees que sabrán comportarse?

—No hay la menor posibilidad, señor —contestó ella de inmediato.

Seregil sonrió.

—Muy bien. ¡Entrad todos, entonces!

El respeto temeroso que Alec sentía disminuyó un tanto mientras los hombres y mujeres a los que Beka mandaba entraban en fila en el decorado salón. Hasta el momento sólo los había visto a distancia, en el campo de prácticas, figuras gallardas enfrentadas en una batalla fingida. Ahora se daba cuenta de que la mayoría de ellos apenas eran mayores que él. Algunos mostraban el comportamiento propio de segundones sin tierra o de herederos de mercaderes; otros —aquellos se quedaban boquiabiertos al entrar en la opulenta sala— habían nacido en hogares más humildes y se habían ganado la posición que ocupaban a base de habilidad y perseverancia, y al precio de un caballo y unas armas.

—Me gustaría presentaros a mis sargentos —dijo Beka—. Mercalle, Braknil y Portus.

Mientras le estrechaba la mano al trío, Alec supuso que la mayoría de ellos se habría abierto paso desde las filas de la soldadesca. La sargento Mercalle era alta y de piel morena. Además, le faltaban los dos últimos dedos de la mano derecha, una lesión común entre los soldados. Junto a ella se encontraba Braknil, un hombre

grande y de aire solemne con una poblada barba rubia y una piel ajada por el viento y la lluvia. El tercero, Portus, era el más joven y se conducía como un noble. Alec se preguntó cuál sería su historia; a juzgar por lo que Beka le había dicho, era raro que no fuese oficial.

Seregil les dio la mano a los tres.

—No avergonzaré a tus tenientes contándoles lo mucho que hace que te conozco, pero sí os diré que se ha entrenado con algunos de los mejores espadachines que conozco.

—Os creo, su señoría —replicó Braknil—. Por eso precisamente pedí servir bajo su mando.

Beka sonrió.

—El sargento Braknil demuestra mucho tacto al decir eso, pero lo cierto es que era uno de los encargados de instruir a los nuevos reclutas cuando yo llegué. Empecé recibiendo órdenes tuyas.

—Un título puede garantizar un nombramiento como oficial, pero no garantiza la calidad del oficial —intervino Mercalle con tono agrio—. Especialmente si no ha habido una guerra de verdad desde hace algún tiempo para separar la cizaña del grano. Sé de unos cuantos que parecen llevar el collar de plata por deporte y que no verán el fin del verano.

—Mercalle es nuestra optimista —rió Portus entre dientes, y Alec distinguió lejanamente el acento de la ciudad baja entre las suaves palabras del hombre.

—¿No es pronto para que os envíen al norte? —preguntó con ingenuidad.

—En Plenimar empieza a escucharse el redoblar de los tambores —le dijo Beka—. La Reina Idrilain y los Arcontes de Micenia quieren tener tropas cerca de la frontera occidental de Plenimar antes de que el deshielo convierta los caminos en barrizales el próximo mes. Pero no lo están haciendo en secreto. El Regimiento de Caballería de Sakor y un escuadrón de la Casa Yrkani han salido ya para Nanta. Nosotros nos dirigiremos más hacia el este.

—«Los primeros en entrar, los últimos en salir» —dijo Portus orgullosamente—. Ese ha sido nuestro lema desde tiempos de GÉrilain.

—La Guardia Montada de la Reina empezó siendo el grupo de soldados que, de forma simbólica, entregó el rey Thelátimos a su hija después de que el Oráculo dijera que una mujer debía gobernar el país —le explicó Seregil—. Ella sorprendió a todos cuando los guió con éxito a la batalla.

Braknil asintió.

—Uno de mis antepasados estuvo con GÉrilain y desde entonces ha habido por lo menos un miembro de mi familia en la Guardia de la Reina.

Erguido junto a la puerta principal, Runcer anunció con gravedad:

—La capitana Myrhini y el comandante Perris, de la Guardia de la Reina,

señores.

Myrhini entró en la sala, acompañada por un guapo hombre de uniforme al que Alec había visto en el campo de instrucción. Beka y sus jinetes se pusieron firmes de inmediato.

Myrhini presentó a su compañero como el comandante Perris, que mandaba uno de los otros escuadrones del regimiento, y luego miró a su alrededor con el ceño fruncido.

—¿Qué es esto? ¿Nadie borracho todavía? Teniente Beka, explíquese.

—¡Me encargaré de ello de inmediato, mi capitana! —contestó Beka mientras se ruborizaba ligeramente.

Seregil posó una mano sobre su brazo.

—Pensé que era posible que algunos de tus soldados fueran demasiado tímidos como para bailar los unos con los otros, de modo que me tomé la libertad de invitar a algunas personas para animar las cosas un poco.

En respuesta a un gesto suyo, los músicos empezaron a tocar una tonada festiva y una docena de hombres y mujeres ricamente vestidos entraron en el salón y se desperdigaron entre los soldados.

—¿Quiénes son? —preguntó Beka mientras los ojos se le abrían por la sorpresa.

Seregil intercambió una mirada divertida con Alec.

—Oh, sólo unos pocos amigos míos de la calle de las Luces que creen que el mejor regimiento de la Reina no se merece menos que lo mejor.

Myrhini reprimió una sonrisa mientras los ojos de Beka se abrían todavía más al descubrir el significado de los signos de colores que cada uno de los «invitados» lucía discretamente en sus ropas o en sus cabellos: blanco, verde, rosa o amarillo.

Alec se inclinó para acercarse a Beka.

—Si no me equivoco, querrás quedarte con el amarillo.

—Si yo no me equivoco, Sir Alec, creo que me quedaré contigo —replicó ella mientras pasaba una mano alrededor de su brazo—. Vamos a enseñarles cómo se divierte un soldado, ¿eh?

—Sois un protector generoso —señaló el comandante Perris con aire divertido—. ¿Os importa si me uno? Veo una o dos caras familiares.

—De ningún modo —contestó Seregil, sonriendo.

Myrhini siguió a Seregil hasta la mesa y aceptó una copa de vino.

—Es posible que te destrocen un poco la casa —dijo, mientras observaba a la arremolinada turba con evidente afecto—. Desde mañana hasta la primavera todo lo que conocerán serán campamentos helados y largas marchas a caballo.

—¿Y entonces? —preguntó Seregil.

Myrhini lo miró por encima del borde de la copa y suspiró.

—Y entonces empeorará. Y lo más probable es que empeore mucho.

—¿Estarán preparados para ello?

—Todo lo preparados que pueden estar unos soldados inexpertos. Tienes aquí a algunos de los mejores y Beka está entre ellos. Sólo espero que puedan sobrevivir lo suficiente como para convertirse en veteranos. Nada puede conseguir eso salvo la experiencia del campo de batalla.

A medianoche Alec estaba más borracho de lo que había estado en toda su vida y, no sólo conocía a todas las cortesanas y jinetes por su nombre, sino que había bailado con la mayoría de ellas.

Acababa de terminar con ciertas dificultades una danza en compañía de una alegre, mareada y amorosa jinete de ojos azules llamada Ariani, cuando el cabo Kallas y su hermano gemelo, Aulos, lo agarraron del brazo y lo arrastraron hasta una de las mesas.

—La teniente dice que la suerte te sonrío —gritó Kallas al tiempo que se quitaba la guerrera y se la tendía a Alec—, así que hemos decidido nombrarte nuestra mascota, joven Alec.

Alec se puso el uniforme e hizo una reverencia exagerada.

—¡Me siento honrado!

—¡Estás borracho! —le contestó alguien a voz en grito.

Alec consideró estas palabras un instante y luego asintió con solemnidad.

—Lo estoy, es cierto, pero como el Hacedor nos enseña, en el fondo de una copa se encuentra la puerta trasera a la iluminación... o algo semejante, en cualquier caso —agarró una botella de vino medio vacía y la agitó en dirección a todos ellos—. ¡Y, además, cuanto más borracho estoy, más valientes y dignos me parecéis todos vosotros!

—Un visionario de la vida —exclamó Kallas. Y extendió ambos brazos en gesto de fingida reverencia—. ¡Dame tu bendición, oh sabio barbilampiño!

Alec no pudo más que verter algo de vino sobre aquel rostro vuelto hacia arriba.

—Larga vida y un estómago incansable, hijo mío.

Riendo y lanzando vítores, el resto de los jinetes se apiñaron alrededor en busca de su bendición. Pero Alec advirtió que algunos de ellos habían desaparecido, así como casi todos los cortesanos y cortesanas.

Uno detrás de otro, roció las caras de todos los suplicantes con liberalidad, hasta llegar a la última, Beka. El vino y el baile habían ruborizado su cara pecosa; su salvaje melena rojiza había escapado a la trenza y flotaba alrededor de su rostro en mechones desordenados.

Estaba tan bebida como cualquiera de ellos, y no era menos feliz.

Sin embargo, mientras ella levantaba hacia él una mirada al mismo tiempo sonriente y expectante, Alec sintió un escalofrío súbito que estuvo a punto de disipar el efecto del alcohol. Su amiga, casi su hermana, estaba a punto de marchar a la

guerra.

—Vamos, mascota, ¿es que no te queda algo de suerte para mí?

Alec tomó una botella llena y la vació por completo sobre ella mientras decía:

—Larga vida, suerte en las sombras y suerte en la luz.

Beka balbució algo y luego se rió y todos los que la rodeaban estallaron en vítores.

—Bien hecho, mascota —dijo Kallas—. ¡Una bendición tan remojada no puede sino hacerla inmortal!

—Eso espero —susurró Alec mientras bajaba la mirada hacia ella—. Eso espero.

13

WATERMEAD

—Señor Micum, vienen jinetes por la ladera de la colina —le gritó un sirviente desde el otro lado del nevado campo.

De pie en lo alto de una bala de heno, Micum se cubrió los ojos para protegerlos del sol del final de la tarde y reconoció rápidamente el lindero que formaba el río helado. Dos jinetes subían por la colina desde el puente situado a un kilómetro y medio de distancia.

Desde que regresara de las tierras del norte el pasado otoño, se había mostrado muy receloso frente a todos los visitantes inesperados. A pesar de las afirmaciones de Nysander en sentido contrario, se sentía intranquilo cuando pensaba en Mardus y sus secuaces.

Así que estudió a los jinetes con cautela. Viendo que permanecían en el camino principal, que cabalgaban a un ritmo tranquilo y que llevaban las armas envainadas, decidió que no se trataba de enemigos ni de mensajeros. Todavía estaban demasiado lejos como para distinguir las caras, pero no tardó en reconocer a los caballos.

Con el ceño fruncido, se abrió camino entre los potros que se agolpaban alrededor del henil y se dirigió a la casa. Normalmente, una visita inesperada de Seregil era el preludio a una misión de los Centinelas. Kari ya estaba de tres meses y el mal había pasado, dejando tras de sí el brillo floreciente de un incipiente embarazo. Pero, sin embargo, esta vez no era tan joven y él odiaba la idea de tener que abandonarla.

Un obrero de la granja se presentó frente a él en el patio con aire compungido.

—Illia salió a su encuentro con los perros en cuanto distinguió de quién se trataba, señor Micum. No creí que hubiera nada malo en ello.

—Esta vez no, Ranil, pero no quiero que se convierta en un hábito —contestó Micum con brusquedad.

Seregil y Alec entraron en el patio unos momentos más tarde. Illia se erguía con aire orgulloso sobre la silla de Alec. Micum se percató de que ambos estaban un poco pálidos pero por lo demás parecían de buen humor.

—Así que tendré que casarme con Alec cuando sea mayor —parloteaba Illia con Seregil en aquel preciso momento—. Espero que eso no hiera demasiado tus sentimientos.

Seregil se llevó una mano al pecho como el trovador de un mural.

—Ah, bella dama, mataré un millar de dragones malvados para vos y depositaré sus humeantes hígados a vuestros delicados pies con tal de recuperar vuestro favor.

—¡Hígados! —Illia enterró el rostro en el pecho de Alec con una risilla escandalizada—. Tú no me traerás hígados, ¿verdad que no Alec?

—Por supuesto que no —se burló Alec—. Qué regalo más repulsivo. Yo te traeré

los ojos para que puedas hacerte un collar y las puntiagudas lenguas cubiertas de escamas para que puedas atarte la trenzas con ellas.

Chillando de deleite, Illia se dejó caer sobre los brazos de su padre.

—Oye, pajarillo, ¿qué crees que estás haciendo corriendo tú sola por ahí? —preguntó él con aire severo.

—Sólo son tío Seregil y Alec. Y no estaba sola —añadió con timidez, el chal ladeado mientras extendía los brazos con aire solemne sobre la manada de sabuesos grandes y peludos que correteaba entre ellos, como un general entre sus tropas—. Dardo y los demás venían conmigo.

—Ya conoces las reglas, jovencita —insistió Micum—. Entra ahora mismo y dile a tu madre quién ha venido. ¿Y qué os trae por aquí? —preguntó mientras se volvía hacia ellos, aliviado: estaban vestidos para una visita, no para un viaje largo.

Seregil avanzó entre los perros y le tendió un paquete de cartas atado con un cordel.

—Beka nos pidió que te trajéramos esto. Su regimiento partió al amanecer.

—¿Qué? ¿Hoy? ¡Deberíamos haber estado allí para despedirla!

—No hubo tiempo de avisaros —le explicó Alec rápidamente mientras se unía a Seregil—. Las órdenes llegaron ayer mismo. Pero le dimos a ella y a sus jinetes una despedida apropiada anoche —se rascó la cabeza con una sonrisa de arrepentimiento—. Creo que todavía estoy un poco borracho.

Seregil despeinó el pelo del muchacho con amistosa impunidad.

—Runcer estará un par de días limpiando los desperfectos. Entre eso y las quejas de los vecinos, supusimos que sería un buen momento para que Lord Seregil y Sir Alec se ausentaran unos pocos días. Pensamos que podíamos parar aquí, si no es inconveniente.

—Sí, por supuesto —replicó Micum con voz distraída mientras pasaba un dedo sobre el paquete de cartas—. ¿Adónde se dirigen?

—A la frontera occidental de Micenia —le dijo Seregil—. Se dice que Idrilain los quiere allí antes de que el deshielo de Klesin eche a perder los caminos. La Caballería de la Reina fue la primera en partir pero la ciudad rebosaba de soldados cuando salimos. Idrilain no está dispuesta a correr el menor riesgo.

Micum sacudió la cabeza. Se preguntaba cómo iba Kari a tomarse las noticias.

—Ranil, ocúpate de sus caballos. Si me perdonáis un minuto, me gustaría echar un vistazo a esto.

Seregil posó una mano sobre su brazo mientras se volvía para irse. Después de lanzar una rápida mirada a la puerta, dijo en voz baja:

—Hay algo más. Rhal nos encontró en Rhíminee hace cosa de un mes.

Micum se puso tenso.

—¿El mercader del río?

Seregil asintió.

—Al parecer, algunos rufianes de aspecto extranjero se presentaron buscándonos a los tres después de que Alec y yo desembarcáramos. Rhal no les dijo nada y poco después el *Orca* se fue a pique en circunstancias poco claras. Desde entonces hemos sido muy cuidadosos y hasta el momento no ha habido la menor señal de problemas, pero con la primavera acercándose... nunca se sabe. Esa es otra razón por la que queremos regresar a la posada.

—¿Qué dice Nysander de todo esto?

Seregil se encogió de hombros.

—Mantiene los ojos abiertos. Hasta el momento no ha encontrado nada.

—Debieron de perdernos en Micenia —intervino Alec. Su voz sonaba como si Seregil y él hubieran discutido el asunto con anterioridad—. Si no fuera así, ya nos habrían abordado o atacado.

—Es de suponer que sí —le concedió Micum—. Sin embargo, hacéis bien en ser cuidadosos. Id a por vuestro equipaje. Yo le llevaré las noticias a Kari.

—Entonces no nos apresuraremos, ¿eh? —dijo Seregil mientras le ofrecía una mirada comprensiva.

Kari se tomó las noticias de la marcha de Beka con más calma de la que Micum había temido. Después de leer su carta y la de Elsbet, se limitó a asentir y a volver a guardarlas, cuidadosamente dobladas, en el envoltorio.

La vieja Ama y los otros criados de la casa se les unieron alrededor de la chimenea central del salón mientras Seregil describía la partida de Beka con todo lujo de detalles.

—Tenían un aspecto imponente, saliendo de la ciudad a caballo bajo la luz de las antorchas —decía—. Klia y los demás altos oficiales marchaban a la cabeza, con el uniforme completo, los yelmos y todo. Y allí estaba nuestra Beka, a la cabeza de su turma, con el collar de acero de teniente en el cuello. Los caballos llevaban petos de bronce y armaduras sobre los hocicos que tintineaban como campanas mientras avanzaban.

—Nos escribió que estaba en la tropa de la capitana Myrhini —comentó Kari acariciando la morena cabeza de Illia mientras la pequeña niña se apoyaba sobre su rodilla.

—Myrhini es la mejor capitana que uno pueda encontrar —dijo Micum al tiempo que atraía a su mujer hacia sí—. Además, la frontera todavía estará en calma durante mucho tiempo. En el peor de los casos, los plenimaranos no podrán llegar tan al oeste mucho antes de mediados de Lithion, y posiblemente no antes de principios de verano. Ella tendrá tiempo de acostumbrarse a todo antes de que empiecen los problemas.

—Eso espero —murmuró Kari—. ¿Nos enviará más cartas?

—Los correos van y vienen tan a menudo como es posible —le aseguró Seregil.

—Eso está bien.

Micum intercambió miradas incómodas con los demás, pero, después de un momento, ella simplemente dejó las cartas a un lado y se levantó, enérgica como siempre.

—Bueno, Ama. Será mejor que tú y yo nos ocupemos de la sopa. Micum, dile a los hombres que pongan la mesa. Habéis elegido una buena noche para venir, Seregil; tenemos pastel de venado y manzanas cocinadas en crema.

La comida fue la reunión tumultuosa de costumbre y los invitados fueron obligados a dar noticias sobre las hijas ausentes entre bocado y bocado. Los habitantes de Watermead formaban una típica comunidad rural, muy unida y leal. Los sirvientes no estarían satisfechos hasta que hubieran escuchado dos veces más la descripción del regimiento de Beka y un informe detallado sobre los estudios que Elsbet seguía en la escuela del templo.

Más tarde, cuando, a despecho de sus airadas protestas, hubieron acostado a Illia y los sirvientes hubieron extendido sus jergones en el calor del salón, Micum y Kari se reunieron con Alec y Seregil en el dormitorio de invitados.

—Habládme de vuestra reunión con este tal Rhal —dijo Micum después de servir a todos la sidra caliente y especiada.

Tumbado sobre la cama con las piernas cruzadas, Seregil se embarcó en lo que sonaba como una versión sumamente colorista de la emboscada de Rhal y la batalla con los matones en el callejón que la siguió. Las habilidades de Alec fueron descritas en tan halagüeño detalle que el muchacho, sentado cerca, al lado de Kari, se ruborizó por la sorpresa.

—Bien hecho, Alec —rió Kari al tiempo que le daba un abrazo.

—Ese tal capitán Rhal parece un hombre digno de conocerse —dijo Micum—. Lo pensé desde que me contaste cómo te dejó marchar aquella noche.

—Micum me contó algo sobre vuestro viaje, pero me gustaría escucharlo de vuestros labios —dijo Kari—. ¿Es cierto que trató de cortejar a Seregil, Alec?

En medio de las frecuentes interrupciones de Seregil, Alec describió los intentos de seducción del capitán Rhal. Micum advirtió que ambos omitían hábilmente toda referencia al disco de madera o a la influencia que había ejercido sobre Seregil. En este relato, Rhal simplemente había irrumpido en el camarote cuando Seregil no se encontraba apropiadamente vestido. Al final, todo ello resultó bastante más gracioso que el relato original que Micum había escuchado en la torre de Nysander.

—Ah, Seregil —dijo Kari mientras se limpiaba los ojos con el borde del delantal—. Nunca he conocido a nadie capaz de meterse en tales líos... ¡y de salir indemne!

—Hubiera sido considerablemente más difícil si Alec no hubiera sido un defensor tan fiel de mi virtud —saludó al muchacho con un asentimiento cortés.

—Mi dama —murmuró Alec mientras se levantaba y ejecutaba una reverencia de tan elaborada solemnidad que todos ellos volvieron a estallar en carcajadas.

—He estado observando el rostro de Seregil esta noche —dijo Kari mientras yacían tendidos en la oscuridad, más tarde—. Está enamorado de Alec, ¿sabes? No lo estaba la última vez que estuvieron aquí y tampoco en la Fiesta, pero ahora sí.

—¿Te sorprende? —Micum bostezó y posó con aire perezoso una mano sobre el redondo vientre de Kari, con la esperanza de sentir la nueva vida que se removía en su interior.

—Sólo que haya tardado tanto. Dudo que él mismo lo sepa todavía. Pero ¿qué hay de Alec?

—No creo que pueda ocurrirle una cosa así, teniendo en cuenta cómo fue criado y todo lo demás.

Kari dejó escapar un largo suspiro.

—Pobre Seregil. Tiene una suerte infame en asuntos de amor. Aunque sólo fuera por una vez, me gustaría verlo feliz.

—Me parece que tuviste tu oportunidad, hace cosa de unos veinte años —se burló Micum mientras le arrimaba su hombro desnudo.

—¿Quieres decir cuando eras *tú* al que deseaba? —rodó rápidamente hasta colocarse encima de él y, montada a horcajadas sobre sus muslos, lo inmovilizó con aire juguetón—. ¿Y si hubiera renunciado a mis pretensiones sobre vos, señor? —le desafió—. ¿Qué habrías hecho entonces, eh?

—No lo sé —contestó él, y atrajo la boca de la mujer a la suya con una mano al tiempo que con la otra recorría la generosa curva de la cadera—. Quizá hubiera sido práctico tener un compañero de cama tan diestro con la espada.

—Es verdad. Yo no traigo nada afilado a la cama.

—Mmmm... ya me he dado cuenta. —Micum dejó escapar un gruñido de satisfacción—. Supongo que lo mejor fue que las cosas sucedieran como lo hicieron.

Kari se movió sobre él como una bendición, sus labios cálidos sobre la frente de él.

—Me gusta pensar que es así.

Seregil no había compartido cama con Alec desde su última visita a Watermead. Entonces no había pensado sobre ello; tales arreglos eran comunes, especialmente en las casas de campo viejas.

Pero esta vez era diferente.

Ignoraba cuándo se le habían escapado sus sentimientos de las manos o por qué. Los meses pasados en común, los peligros que habían compartido, quizá, junto con el genuino afecto que Seregil sabía que había existido entre ellos casi desde el principio.

Es *lógico*, pensó con amargura mientras se desvestían para acostarse. Parecía que nunca se enamoraba de alguien que pudiera devolverle el favor.

Y no es que Alec no se preocupase por él a su propia, honesta y dálnica manera. Seregil no tenía la menor duda al respecto. Pero en cambio dudaba que el corazón de Alec se acelerase siquiera un latido ante la perspectiva de deslizarse bajo las mismas sábanas que él.

Por respeto al pudor del muchacho —o eso se dijo a sí mismo— no se quitó la larga camisa y puso la colcha.

El viejo armazón de la cama, construido para más de una persona, era muy amplio y Alec se acomodó en su lado mientras entraba.

—De pronto te has quedado muy callado —señaló, ajeno al alboroto que reinaba en el interior de Seregil.

—Todo ese vino de anoche me dejó muy cansado. —Seregil fingió un bostezo. Supuso que podía marcharse a dormir al salón, pero ello le obligaría a dar explicaciones más tarde. Era mejor quedarse donde se encontraba y confiar en no hablar en sueños.

Alec se acomodó contra el cabecero con un suspiro de felicidad.

—A mí también. Al menos podremos descansar un poco mientras estemos aquí. Es tan tranquilo... sin trabajos ni salidas a medianoche. Sin preocupaciones... —sus ojos se cerraron lentamente y su voz se fue desvaneciendo hasta convertirse en una respiración profunda y regular.

Sin preocupaciones.

Seregil se incorporó para apagar la vela pero se detuvo, sorprendido por la visión del tupido cabello color miel de Alec que reposaba desparramado sobre la alfombra. Su expresión era apacible, cándida. Sus labios esbozaban una leve sonrisa, como si hubiesen venido a visitarlo unos sueños agradables.

Por un instante, Seregil se preguntó cómo sería sentir aquella cabeza dorada apoyada contra su hombro, la calidez del cuerpo de Alec contra el suyo.

Si hubiera sido mera lujuria lo que sentía, no le hubiera costado sacudírsela de encima. Pero lo que sentía por Alec en aquel momento iba mucho más allá.

Seregil lo amaba.

Apenas un metro los separaba, pero igual podía haber sido toda la extensión del mar de Osiat. Sin permitirse más que un profundo y silencioso suspiro, apagó la vela de un soplido y se tendió, rezando para que el sueño viniera pronto a visitarlo.

A la mañana siguiente Micum despertó temprano y, al entrar en la cocina, se encontró a Alec allí, apilando madera. El muchacho había cambiado sus ropas de ciudad por una túnica sencilla y en aquel momento estaba contándole algún chiste a Ama y al joven Jalis.

Observándolo durante un instante desde el umbral de la puerta, Micum volvió a

sorprenderse al comprobar la facilidad con la que el muchacho se acompañaba al ritmo de la casa.

O al de cualquier otro lugar, ya que vamos a eso, se enmendó mientras consideraba los numerosos papeles e identidades que Alec había interpretado en el tiempo que había pasado con Seregil. Eran como el agua, ellos dos, siempre cambiando de forma.

—Hace un día espléndido para cazar —declaró—. Este año se han visto muchos ciervos en la cresta de la colina. ¿Su señoría se ha despertado ya?

Alec se limpió el polvo y los fragmentos de corteza de la túnica.

—La última vez que he mirado seguía enterrado en algún lugar bajo las sábanas. Me parece que no ha dormido bien esta noche.

—¿De veras? —Micum caminó hasta la puerta de la cocina y sacó el brazo para tomar un buen puñado de nieve—. Bueno, entonces supongo que querrá que lo despierten, ¿no te parece? Estoy seguro de que odiaría perderse una mañana tan hermosa.

Alec esbozó una sonrisa idéntica a la de Micum; recogió otro puñado de nieve y lo siguió al dormitorio.

Los postigos seguían cerrados pero había la suficiente luz como para distinguir la forma tendida bajo los edredones en el lado de la cama que solía ocupar Seregil.

A la vez, indicó Micum a Alec con una señal.

Penetraron silenciosamente, arrancaron los edredones y lanzaron su ataque. Pero descubrieron de inmediato que le habían tendido una emboscada a un travesero.

A su espalda, los postigos se abrieron de golpe y dos voces familiares gritaron:

—¡Buenos días!

Sobresaltados, Alec y Micum levantaron la mirada justo a tiempo para recibir sendas bolas de nieve arrojadas por Seregil e Illia, que lanzaban carcajadas victoriosas en el exterior.

—Seguidnos si os atrevéis —se mofó Seregil mientras la niña y él huían a la carrera.

—¡A por ellos! —gritó Micum antes de abalanzarse hacia de la ventana.

Se produjo entonces una persecución poco elegante. En un alarde de sabiduría, Illia se refugió en la cocina, donde Ama, armada con un cucharón de cobre frente a todo secuestrador potencial, le concedió asilo.

Seregil no tuvo tanta suerte. Las peleas a plena luz del día no eran lo suyo. Tropezó con uno de los excitados perros que se había unido a la caza y fue derribado por Alec. Micum arremetió contra él y, juntos, arrastraron a Seregil hasta un montón de nieve y se sentaron sobre él.

—¡Traidor! —balbució mientras Alec metía una bola de nieve por el interior de la espalda de su camisa.

Micum lo cortó en seco con una segunda bola dirigida a su cara.

—Creo que te debía esto —rió entre dientes—. Y este otro, por los intereses — cuando por fin le permitieron que se levantase, Seregil parecía una escultura toscamente tallada en azúcar blanco.

—¿Qué te parecería ir de caza? —le preguntó Micum mientras intentaba sacudirle un poco la nieve.

—De hecho, estaba pensando más bien en pasar un día tranquilo junto a la chimenea —jadeó Seregil al tiempo que se sacudía la nieve del pelo.

Micum lo agarró por el brazo y lo cargó con facilidad sobre los hombros.

—Búscame un buen montón de nieve, Alec.

—Hay uno estupendo aquí mismo.

—¡Iré, iré, maldita sea! —aulló Seregil mientras se retorció como un gato.

—¿Qué te dije? —rió Micum antes de dejarlo—. Sabía que querría venir.

Después de ponerse ropa seca y tomar un rápido desayuno, los tres partieron hacia las colinas que había sobre Watermead con sus arcos y una jauría de sabuesos.

Los perros empezaron siguiendo el rastro de un jabalí, pero Micum los obligó a abandonarlo porque no habían traído lanzas.

Durante el resto de la mañana no encontraron más que pájaros y conejos. A petición de Alec, Seregil también había traído un arco y nadie se mostró más sorprendido que él cuando logró acertar a un urogallo.

Empezaban a pensar en detenerse para tomar el almuerzo cuando los sabuesos se lanzaron detrás de un gran alce que se escondía entre unos cuantos abetos. Lo persiguieron durante casi media hora antes de que la bestia se desplomara a mitad de un salto, con una de las flechas de Alec clavada en pleno corazón.

—¡Menudo tiro, por el Hacedor! —exclamó Micum mientras abandonaba de un salto la silla para examinar la pieza.

—Rápido y limpio —dijo Alec que se había arrodillado junto a la gran bestia—. De esa manera no sufren.

Había derribado a hombres armados con la misma economía piadosa, pensó Micum al tiempo que inspeccionaba la flecha de penachos rojos que sobresalía del costado del animal.

Encendieron una fogata y empezaron a limpiar el cadáver. Fue un trabajo sucio; la nieve que los rodeaba no tardó en quedar teñida de un escarlata humeante. Después de abrir el vientre, Micum arrojó las entrañas a los perros y le ofreció el corazón y el hígado a Alec, como correspondía a quien lo había derribado.

—Necesitaremos más agua antes de terminar —señaló Micum mientras empezaban a desollarlo.

Alec se limpió la sangre de las manos sobre la nieve.

—Antes dejamos un arroyo atrás. Voy a rellenar los pellejos de agua.

Seregil dejó de trabajar y siguió con la mirada al muchacho hasta que desapareció de la vista entre los árboles. Detrás de él, Micum sonrió para sus adentros mientras recordaba lo que Kari había dicho.

—Ha crecido mucho, ¿no crees? —aventuró entonces.

Seregil se encogió de hombros mientras volvía a desollar al animal.

—No le quedaba más remedio, relacionándose con gente de nuestra calaña.

—Yo diría que has acabado pensando bastante en él.

Seregil entendió al instante lo que insinuaban sus palabras y la sonrisa se le borró de los labios, sustituida por una negativa dura y seca.

—Si estás pensando que yo...

—Nunca pensaría mal de ti, por nada del mundo. Sólo creo que ese corazón tuyo te arrastra a veces por caminos muy duros, eso es todo. No le has dicho nada, ¿verdad?

El rostro de Seregil era una máscara de indiferencia, pero sus hombros se habían encorvado visiblemente.

—No. Y no pienso hacerlo. No sería... honorable. Tengo demasiada influencia sobre él.

—Bueno, él te quiere a su manera —dijo Micum, incapaz de pensar en algo que pareciera más optimista.

El silencio volvió a reinar entre ellos, menos cómodo esta vez.

Después de limpiar el último pedazo de carne, Micum dejó el cuchillo a un lado.

—¿Tienes alguna idea de lo que está haciendo Nysander? No he sabido nada de él desde la Fiesta.

Esta vez no malinterpretó la mirada preocupada de su amigo.

—Secretos, Micum. Más secretos. Me ha vuelto medio loco con ellos —admitió Seregil mientras se calentaba junto al fuego.

—¿Has descubierto algo por tu cuenta?

Seregil removió los carbones con una rama, levantando una llovizna de chispas.

—No mucho. Y estoy obligado por juramento a no revelarlo. Lo siento.

—No hace falta que te disculpes. Ambos sabemos cómo son las cosas. Pero ¿cómo lo lleva Alec? Es lo suficientemente listo como para atar algunos cabos, y yo diría que es casi tan sencillo conseguir que abandone un rastro como que tú lo hagas.

—Cierto. —Seregil soltó una carcajada desprovista de alegría—. Estoy preocupado, Micum. Algo realmente malo se está acercando y no sé quién está en su camino.

Micum se agachó a su lado.

—Si alguien puede protegerlo, ese eres tú. Pero hay otras cosas que sí deberías decirle. Tiene derecho a saberlas.

Seregil se puso de pie de un salto y señaló a Alec, que salía de los árboles y se

dirigía hacia ellos.

—Aún no —dijo. Pero su voz era demasiado baja como para que Micum supiera si sus palabras habían sido imperativas o suplicantes.

14

LA CALLE DE LAS LUCES

Después de pasar tres días en Watermead, Alec y Seregil regresaron a la ciudad de noche y se dirigieron rápida y silenciosamente a El Gallito. Runcer se encargaría de guardar las apariencias en la calle de la Rueda; Lord Seregil seguía en la ciudad, pero no estaba disponible.

Thrys y los demás se habían ido a la cama cuando llegaron, pero los aromas que todavía persistían en la cocina oscura —el pan recién hecho, los frutos secos, el ajo, el vino y las brasas cubiertas de cenizas de la chimenea— fueron bienvenida más que suficiente para Alec.

Ruetha apareció desde alguna parte y los siguió escaleras arriba hasta el segundo piso. Alec la levantó y la sostuvo en alto hasta que Seregil hubo desarmado la sucesión de glifos trampa que protegían la escalera secreta que conducía hasta sus aposentos. Mientras Seregil susurraba una tras otra aquellas contraseñas que tan mágicas le habían parecido no demasiado tiempo atrás, Alec no pudo evitar sonreír.

La contraseña del glifo situado en la base de las escaleras era *Etyuis miara Koriatüan cyris*. «Tu abuela insulta a las gallinas».

A medio camino: *Clarín magril*. «Frambuesas, silla de montar».

Para la puerta secreta situada en lo alto de la escalera, la palabra mágica era *Nodense*, «Casi».

Aquel galimatías tenía un propósito. Volvía virtualmente imposible que alguien adivinara las palabras secretas. Sólo la última palabra, la que abría la puerta que daba paso a sus habitaciones, tenía algún significado. *Bokthersa* era el nombre del lugar de nacimiento de Seregil.

Cruzó la habitación con la ayuda de una piedra de luz y encendió la chimenea. Mientras las llamas empezaban a extenderse, contempló la habitación con sorpresa.

—¡Por las Manos de Illíor! No me digas que limpiaste la habitación antes de que nos marcháramos a la calle de la Rueda.

—Sólo lo justo para poder caminar por ella sin peligro —replicó Alec mientras se dirigía a la pulcra y estrecha cama que ocupaba, en el rincón próximo a la chimenea. No es que le importaran especialmente los caóticos hábitos de vida de Seregil, pero no le gustaba pisar objetos punzantes estando descalzo, ni tampoco que los trastos se le cayeran encima desde las estanterías. Después de colgar la espada y el arco de sus respectivos ganchos sobre la cama, se estiró y exhaló un suspiro de felicidad.

Seregil se desplomó sobre el sofá que había frente a la chimenea.

—Sabes, tengo la impresión de que esto quizá te resulte un poco pobre. Después de haber tenido tu propio dormitorio, quiero decir. Quizá deberíamos empezar a pensar en ampliar nuestro alojamiento. Hay habitaciones vacías a ambos lados.

—No te preocupes por mí. —Alec bostezó y cruzó los brazos detrás de la cabeza —. Me gustan las cosas tal como están.

Seregil sonrió mientras observaba la sombra de una telaraña polvorienta que pendía del techo, sobre su cabeza.

—También a mí, ahora que lo mencionas.

El placer que les proporcionaba el regreso a la posada se vio mermado en parte por una inesperada escasez de trabajos. Los pocos que habían llegado durante su ausencia eran asuntos insignificantes y durante las siguientes semanas los nuevos se hicieron esperar. Por primera vez desde que se conocían, Alec vio que Seregil empezaba a aburrirse.

Y para empeorar aún más las cosas, el final del invierno era la estación más monótona en Rhíminee, a pesar de que los días se alargaban cada vez más. Las lluvias heladas atraían las densas nieblas provenientes del mar y una humedad grisácea parecía posarse sobre todas las cosas. Casi sin darse cuenta, Alec empezó a dormir hasta bien entrada la mañana mientras, por las tardes, se quedaba medio dormido en medio de cualquier tarea, arrullado por el sonido de la lluvia, que era como un latido acompasado. Seregil, por su parte, parecía cada vez más inquieto.

Una oscura tarde, hacia el final de Dostin, después de volver de una visita a Nysander, Alec encontró a Seregil trabajando en el escritorio. El pergamino que tenía enfrente de sí estaba cubierto a medias con notaciones musicales, pero su amigo parecía haber perdido interés en la partitura. Con una mano apoyada en la barbilla, miraba fijamente y con aire melancólico la niebla que se escabullía por todas partes como si fuera un amante frustrado.

—¿Le has preguntado a Rhiri antes de subir? —preguntó sin volver la cabeza.

—Nada nuevo —replicó Alec mientras desenvolvía los libros que el mago le había prestado.

—Maldita sea. Y ya le he preguntado a todo el mundo. Si la gente sigue comportándose de esta manera, nos quedaremos sin trabajo.

—¿Qué te parece una partida de bakshi? —le ofreció Alec—. Podría poner en práctica algunas de las trampas que me enseñaste ayer.

—Quizá más tarde. Ahora no estoy de humor —se encogió de hombros en un gesto de disculpa y volvió a su composición.

Como quieras, pensó Alec. Limpió un espacio en la mesa que ocupaba el centro de la habitación y se sentó para estudiar el compendio de animales raros que Nysander le había prestado. El texto estaba un poco más allá de su habilidad pero se empeñó en desentrañarlo, utilizando las ilustraciones como pistas cuando el significado de algún párrafo se le escapaba. Mientras una niebla helada se arremolinaba contra los cristales de la ventana, si uno contaba como él con un fuego encendido en la chimenea, no era un modo desagradable de ocupar una tarde.

No obstante, requería considerable concentración, lo que pronto resultó difícil de conseguir cuando Seregil abandonó el escritorio y empezó a vagar por la habitación. Primero se entretuvo con una cerradura poco común que había conseguido en alguna parte. Le arrancó ruidosos crujidos mientras trataba de forzarla con diferentes ganzúas. Unos momentos más tarde la arrojó a una estantería con las demás y desapareció en el interior de su cámara, donde Alec pudo oír cómo revolvía entre los cajones y cofres que se apilaban allí mientras musitaba en voz alta, para sí mismo o para la siempre fiel Ruetha.

Al cabo de un rato reapareció cargado de pergaminos. Después de colocar a patadas los desperdigados cojines delante del fuego, se aposentó sobre ellos y empezó a leer. Pero su interés resultó igualmente efímero. Después de un breve examen que incluyó un considerable crujir de pergaminos y numerosos murmullos, cada documento fue relegado en rápida sucesión, bien a un lugar en la chimenea, bien a un polvoriento montón bajo el sofá. Una vez terminada esta tarea, se tendió entre los cojines y empezó a silbar entre dientes con suavidad mientras seguía el ritmo de su tonada dando golpes con un pie contra la pala de las cenizas.

Ni siquiera el excelente bestiario de Nysander podía hacer nada frente a una distracción como aquella. Al darse cuenta de que acababa de leer la misma frase por tercera vez, Alec cerró el libro cuidadosamente.

—Podríamos ir a tirar al patio trasero —sugirió, tratando de no dejar que se mostrara su exasperación.

Seregil levantó la mirada. Parecía sorprendido.

—Oh, lo siento. ¿Te he molestado?

—Bueno...

Se puso en pie con un suspiro.

—Hoy no estoy de humor para quedarme en casa, me temo. Te dejaré solo —regresó a su cuarto, de donde emergió unos momentos más tarde vestido con su mejor capa. Asimismo, por lo que Alec pudo ver, había cambiado su arrugada túnica por una elegante chaqueta y unos pantalones.

—¿Dónde vas?

—Creo que pasearé un rato, para tomar un poco el aire —dijo Seregil. Pero evitó su mirada mientras se dirigía apresuradamente a la puerta.

—Espera un minuto y te acompaño.

—No, no, tú sigue con tu libro —insistió Seregil apresuradamente—. Y dile a Thrys que no cuente conmigo para la cena. Es posible que llegue tarde.

La puerta se cerró detrás de él y Alec se encontró de pronto como dueño y señor de la habitación.

—Bueno, al menos esta vez no se ha llevado el equipaje —dijo con un gruñido a Ruetha, que se había acomodado sobre la pila de libros que tenía a su lado. Hecho un

pulcro oவில், el gato se limitó a mirarlo pestañeando.

Alec volvió a abrir el libro pero descubrió que ya no podía concentrarse.

Después de dejarlo, preparó una nueva tetera y se asomó a la habitación de Seregil mientras la infusión se hacía; en aquel revoltijo caótico no había ninguna pista que resultara evidente a primera vista.

¿Qué le habrá ocurrido para salir corriendo de esa manera?

A excepción de aquel viaje misterioso, Seregil lo había incluido en todos los trabajos que había realizado desde la Fiesta. Pero ahora no había actuado como si saliera a hacer algún trabajo.

El pergamino seguía sobre el escritorio. Alec se inclinó sobre él y vio que se trataba del comienzo de una canción. En algunos lugares las palabras estaban muy manchadas y líneas enteras habían sido borradas o tachadas. Lo que quedaba rezaba así:

Dale cobijo a este pobre corazón desgarrado.

Enfría mi frente con tu beso.

Dime, mi amor, que sólo yacerás conmigo.

Miénteme así toda la noche.

La noche es dulce, pero amargo el despertar

Cuando el sol me arrastra a mi hogar.

Habrán otros, para beber de tu fuente

Mientras yo languidezco, frío y solo.

Dorados como el sol, tus cabellos sobre la almohada,

Verdes como esmeraldas frías, tus ojos.

Tan alto como la luna, el precio de tus favores, Debajo de ésta, media docena de líneas habían sido tachadas con lo que parecía ser una frustración creciente.

Los márgenes de la hoja estaban llenos con esbozos y dibujos a medio completar: la luna creciente de Illior, un ojo perfectamente delineado, círculos, espirales, flechas, el perfil de un hermoso joven.

En el borde inferior izquierdo había un boceto rápido pero inconfundible del propio Alec, inclinado y con el ceño fruncido en una pose cómica sobre sus libros. Seregil debía de haberlo copiado de su reflejo en el cristal de la ventana.

Mientras dejaba la hoja a un lado, una cinta que conocía atrajo su atención entre los libros apilados sobre la mesa de trabajo que había junto al escritorio. Era el estuche del diario en Aurénfaie que habían descubierto en la biblioteca de la Oréska. Había supuesto que Seregil lo habría devuelto con los demás libros; ciertamente no había vuelto a decir nada sobre ello o sobre su descubrimiento de la referencia al misterioso «Devorador de la Muerte».

Lo abrió y comenzó a pasar delicadamente las páginas. Aunque no era capaz de leerlas, eran tal cual las recordaba.

Volvió a dejar el estuche donde lo había encontrado y, por vez primera, se preguntó si la inquietud que Seregil había demostrado en los últimos tiempos no se debería tal vez a algo que no fuera el mal tiempo y el aburrimiento. Ahora que lo pensaba, también se había mostrado intranquilo mientras se encontraban en Watermead. Las noches que habían compartido la cama del dormitorio de los invitados, su amigo se había agitado y había murmurado en sueños. Y eso era algo que nunca había hecho hasta entonces. ¿Con qué secreto estaba pugnando?

—¿O quizá sólo está sobre ascuas a causa de los ojos verdes de alguna damisela? —especuló Alec en voz alta mientras examinaba de nuevo el pergamino con una risilla divertida. Sin embargo, Ruetha no parecía tener opinión sobre el particular, y al cabo de un rato se encontró paseando de un lado a otro de la habitación mientras ensayaba varios comentarios indiferentes con los que podía sacar el tema a colación cuando Seregil regresase.

—Cuando quiera que regresase.

Sumergido en la tranquilidad y el silencio de la oscura tarde, volvió a su libro y leyó hasta que le faltó la luz. Cuando se levantó a buscar una vela, reparó en que había dejado de llover. Más allá del muro del patio, las linternas de la calle brillaban tentadoras entre la niebla.

De pronto, la habitación se le antojó pequeña y solitaria. La verdad es que no había razón alguna para no salir. ¿Por qué no se le habría ocurrido antes? Se cubrió con una casaca y una capa y se dirigió escaleras abajo.

La puerta que unía la cocina y el almacén estaba abierta. A través de ella pudo ver a Cilla que, con aire sereno, amamantaba a Luthas en medio del ajetreo de la hora de la cena, al mismo tiempo que revolvía con la mano que le quedaba libre un cesto lleno de manzanas. El niño mamaba con avidez, agarrado a los cordeles de su corpiño abierto. El pecho visible vibraba suavemente siguiendo el ritmo de las demandas del pequeño.

La experiencia de Alec con Ylinestra había cambiado considerablemente su reacción a tales imágenes. Cuando ella levantó la mirada y lo sorprendió parado bajo el umbral no pudo evitar sonrojarse por la culpabilidad.

—Pensé que ya habías salido —le dijo ella.

—Eh... no. Yo iba sólo, o sea... ha dejado de llover, ¿sabes?, y me iba sólo a dar un paseo —hizo un vago ademán en dirección a la puerta que tenía detrás.

—¿Podrías sostenerme un minuto al niño antes de marcharte? —preguntó ella al tiempo que apartaba a Luthas del pezón y lo levantaba—. Se me va a romper el brazo como no lo cambie de sitio.

Alec tomó al niño y lo sostuvo mientras Cilla movía las canastas y descubría su

otro pecho. Estaba hinchado a causa de la leche; un chorrito brotó del pezón mientras se movía. Alec estaba lo suficientemente cerca como para ver las gotitas cayendo como perlas entre las pieles rojo carmesí de las manzanas. Apartó la mirada. Se sentía un poco mareado. Luthas dejó escapar un eructo soñoliento y se arrimó al broche de la capa de Alec.

—Por la manera en que come, uno pensaría que no me debe de quedar ni una gota, pero mira cómo estoy —exclamó Cilla alegremente mientras volvía a tomar al pequeño y lo colocaba sobre el otro pecho—. ¡Por el Amor del Hacedor, tengo más leche que la cabra de la abuela!

Incapaz de pensar en una respuesta apropiada para esto, Alec se despidió con un gesto apresurado de la cabeza y se volvió para marcharse.

—Eh, Alec. Toma esto por las molestias —dijo ella al tiempo que le arrojaba una manzana.

Alec sintió humedad bajo los dedos, guardó la manzana en un bolsillo y huyó en dirección al patio trasero.

Allí, el rostro envuelto en la fría niebla, se permitió un momento de culpable placer recreando la escena en su mente. Cilla siempre lo había tratado como a un amigo y hasta aquel preciso momento jamás se le había ocurrido pensar en ella como en otra cosa. Por supuesto, el hecho de que fuera seis años mayor que él hacía poco probable que ella fuera a cambiar de opinión al respecto.

Después de asegurarse la espada contra el muslo, se subió la capucha del todo y salió por la puerta trasera sin tener un destino concreto en mente. La niebla olía a humo y a mar. Se cubrió los hombros con un extremo de la capa y disfrutó sintiendo el contacto del frío aire de la noche.

Rodeó el Mercado de la Cosecha, siguió por la avenida de los Cuchilleros hasta llegar a la calle del Yelmo Dorado y tomó por ésta última, con la vista perdida entre el ajetreo del tráfico nocturno.

Cuando estaba llegando al Círculo de Astellus se vio asaltado por una nueva e inesperada inspiración.

Al otro lado de la concurrida plaza, más allá de la pálida columnata que cobijaba aquella fuente parecida a un templo, se alzaba el elegante arco que señalaba la entrada a la calle de las Luces. Había recorrido aquella calle muchas veces, de camino al teatro o a las casas de juego que había en ella, y Seregil había bromeado a menudo sobre la posibilidad de detenerse en alguno de los burdeles al volver, pero por alguna razón, nunca había ocurrido.

Nunca había imaginado que podría llegar a ocurrir.

Hasta ahora.

Las linternas de colores —rosa, amarillo, verde y blanco— despedían un brillo suave entre la niebla. Cada uno de los colores significaba la clase de compañía que

uno podía encontrar en el interior de las casas. Rosa significaba mujeres para hombres, lo sabía, y blanco era mujeres para mujeres; las amarillas significaban también casas para mujeres, sólo que en ellas quienes ofrecían sus servicios eran hombres. Sin embargo, las más enigmáticas de todas eran aquellas que lucían las lámparas verdes, que suponían compañía masculina para clientes masculinos. Y lo más extraño de todo era que algunas casas mostraban varios colores al mismo tiempo.

No hay razón para ponerse nervioso, pensó mientras cruzaba el arco. Después de todo, sus ropas eran presentables, su bolsa estaba llena y, gracias a Ylinestra, no carecía del todo de experiencia. Y, tal y como sus amigos no parecían cansarse nunca de repetir, *tenía* la edad para esa clase de diversiones. En cualquier caso, no había nada malo en dar una vuelta por el lugar. No había nada malo en tener un poco de curiosidad.

Como de costumbre, la calle estaba muy animada. Mientras la recorría, mirando con nuevos ojos a los establecimientos en los que brillaban las luces rosas, pasaron a su lado jinetes montados en lustrosos caballos y carruajes que mostraban los blasones de casas nobiliarias y mercaderes adinerados. Por todas partes parecía haber grupos de jóvenes aristócratas juerguistas, cuyas risas exultantes resonaban como ecos en la oscuridad.

Una mujer vestida con el uniforme de la Guardia de la Casa Real tardaba en despedirse de un hombre medio desnudo, bajo el umbral de una casa con la lámpara amarilla mientras él pasaba a su lado. En la siguiente puerta, un opulento capitán mercante y parte de su tripulación emergieron de una casa con luz rosa y, después de parlamentar un momento, cruzaron la calle en tropel para dirigirse a otra con la linterna verde. Había luces en casi todas las ventanas; risas ahogadas y sonos musicales se oían por todas partes, contribuyendo a la atmósfera festiva que reinaba en el lugar.

Se le ocurrió mientras caminaba entre ellas que el color de una simple linterna no era gran cosa para tomar una decisión como aquélla. Sin duda Seregil hubiera podido recomendarle algunos establecimientos apropiados, pero aquello no le servía de mucho en aquel momento. Al fin, se detuvo frente a una casa situada cerca de la mitad de la calle por la sencilla razón de que le gustaban los relieves de su puerta. No obstante, mientras estaba a punto de entrar, una puerta se abrió al otro lado de la calle y un grupo de jóvenes salió envuelto en una riada de luz y música. Un hombre cantaba en su interior y su voz detuvo a Alec en seco. Aquella clara y melodiosa voz de tenor era sin duda la de Seregil.

“Dorados como el sol, tus cabellos sobre la almohada, Verdes como esmeraldas frías, tus ojos.

Tan alto como la luna, el precio de tus favores, Pero de incalculable valor, tus suspiros”.

¡Vaya, vaya! De modo que aquí estás, pensó Alec. Y por lo que parece, terminaste ese último párrafo.

Mientras se preguntaba qué papel estaría interpretando su amigo esa noche, cruzó la calle y subió a toda prisa las escaleras hasta el espacioso vestíbulo que había más allá. En su precipitación, tropezó con un hombre alto y hermosamente vestido que había al otro lado de la puerta.

—Buenas noches —exclamó mientras sujetaba con ligereza a Alec por los hombros para recuperar el equilibrio. Su pelo estaba vetado de plata pero su alargado y hermoso rostro despedía juventud mientras sonreía a Alec.

—Disculpadme, no sabía a dónde me dirigía —se excusó Alec.

—No os preocupéis. Siempre estoy encantado de conocer a alguien que muestra tal ansiedad por entrar en mi casa. No habéis sido nuestro huésped antes, creo. Soy Azarin.

Los ojos azules del hombre lo recorrieron de arriba abajo en lo que Alec sintió que era una evaluación dotada de mucha práctica. No había mencionado sus patronímicos y no le preguntó a Alec su nombre.

Evidentemente había superado el examen, porque Azarin deslizó su brazo alrededor del suyo y lo condujo con delicada insistencia hacia un arco cubierto por cortinajes que se erguía cerca de ellos.

—Venid, mi joven amigo —dijo con voz cálida mientras descorría la cortina—. Creo que encontraréis la compañía de lo más agradable.

—En realidad, yo sólo...

Posó la mirada sobre la habitación y se quedó helado, al mismo tiempo que, por un instante, todo lo relacionado con Seregil abandonaba sus pensamientos.

Más allá de la cortina, una amplia escalinata conducía a un salón situado algo más abajo. El aire de la suavemente iluminada habitación era denso a causa del incienso. A la manera eskaliana, las paredes estaban decoradas con espléndidos murales y, aunque los temas eróticos no eran infrecuentes, no se parecían a los que Alec había conocido hasta el momento.

Verde, pensó medio entumecido. Y, mientras miraba a su alrededor, el corazón le dio un vuelco.

Los murales estaban divididos en paneles, cada uno de los cuales mostraba hermosos hombres desnudos entregados a actos apasionadamente carnales. La mera variedad era asombrosa. Muchas de las hazañas que se representaban parecían requerir una considerable habilidad atlética y algunas de ellas, pensó Alec, debían de ser el resultado de la fantasía del artista.

Apartó la mirada de las pinturas y examinó rápidamente a los ocupantes de la pasmosa sala. Hombres de todas las edades reclinados sobre sillones dispuestos por toda la habitación, algunos de ellos abrazados con aire natural mientras prestaban

atención al joven flautista que se encontraba junto al fuego, otros riendo y charlando sobre las mesas de juego que había aquí y allá. Parejas y pequeños grupos iban y venían por una serpenteante escalera que había al fondo de la sala. Nadie se comportaba de forma indecorosa aunque muchos de ellos vestían poco más que largas togas.

Los clientes parecían ser en su mayor parte aristócratas de diferentes categorías, aunque Alec reconoció también uniformes de los Arqueros de la Reina, la Guardia de la Ciudad, diversas unidades navales y las casacas rojas de la Guardia de la Oréska. Incluso reconoció algunos rostros, como el del poeta Rhytien, quien en aquel preciso momento declamaba para una audiencia ensimismada desde el alféizar de una ventana.

Los cortesanos, si es que era así como había que llamarlos, no eran en absoluto lo que hubiera esperado; algunos, sí, eran delicados y hermosos, pero la mayoría de ellos eran más parecidos a atletas o soldados y no todos eran jóvenes.

No había vuelto a oír la voz de Seregil desde que entrara, pero ahora lo vio reclinado sobre un sillón junto al fuego. Tenía un brazo alrededor de los hombros de un joven hermoso y rubio y ambos se estaban riendo de algo. Mientras el cortesano volvía la cabeza, Alec lo reconoció: era el mismo rostro que Seregil había dibujado en los márgenes de la partitura. Incluso a aquella distancia, Alec pudo ver que tenía los ojos verdes.

Su corazón dio un nuevo vuelco, lento, doloroso, mientras finalmente permitía a sus ojos posarse sobre Seregil.

Su amigo sólo llevaba unos pantalones bajo la túnica abierta y sus cabellos negros caían en desorden sobre sus hombros. Delgado, de cuerpo ágil y completamente relajado, podía fácilmente haber sido confundido con uno de los hombres de la casa. De hecho, admitió Alec en silencio, los eclipsaba a todos ellos.

Era hermoso.

Todavía paralizado, Alec sintió de pronto que una pugna extraña se producía en su interior. El viejo Alec, inexperto y criado en el norte, quería huir de aquel lugar insólito y exótico y dejar de observar a su amigo mientras acariciaba aquella cabeza rubia con la misma languidez ausente que unas pocas horas antes reservase para su gato.

Pero el nuevo Alec, Alec de Rhíminee, permaneció inmóvil, atrapado por la elegancia decadente del lugar mientras su omnipresente curiosidad comenzaba a despertar. Seregil todavía no había reparado en su presencia; verlo de aquella manera en un lugar como ese le hacía sentirse como si fuera un espía.

La extraña y viril belleza de Seregil, al principio inadvertida, luego asumida sin más mientras los meses vividos juntos hacían crecer su mutua familiaridad, pareció de pronto arremeter contra él en medio de la multitud enmudecida: los grandes ojos

grises bajo las expresivas cejas, los finos huesos del rostro, la boca, tan a menudo inclinada en una sonrisa cáustica, pero ahora relajada en sinuoso descanso.

Mientras Alec lo observaba, Seregil inclinó la cabeza hacia atrás y la túnica se abrió para exponer la suave columna de la garganta y la delgadez de su pecho. Fascinado y al mismo tiempo confuso, Alec sintió el primer y vacilante despertar de unos sentimientos que no estaba preparado para asociar con su amigo y maestro.

Todavía colgado de su brazo, Azarin malinterpretó en parte su expresión confusa.

—Si me permitís la osadía, ¿quizá carecéis de experiencia en tales asuntos? —preguntó—. No os preocupéis por eso. La noche tiene muchas horas. Tomaos vuestro tiempo —recorrió con un ademán elegante los murales de la pared—. Quizá encontréis inspiración allí. ¿O acaso tenéis un tipo particular de compañero en mente?

—¡No! —dando un respingo, Alec salió de su aturdimiento y retrocedió un paso—. No. La verdad es que yo no... quiero decir, creí que había visto entrar a un amigo. Sólo lo estaba buscando.

Azarin asintió y, con una elegancia que en él parecía una segunda naturaleza, dijo:

—Comprendo. Pero ya que estáis aquí, ¿por qué no os unís un rato a nosotros? Los músicos son nuevos, recién llegados de Cirna. Iré a buscar vino.

En respuesta a la discreta orden de Azarin, un jovencito se apartó de un grupo de conversadores y se reunió con ellos.

—Tirien os atenderá en mi ausencia —dijo Azarin. Después de examinarlo por última vez con una mirada de aprobación, desapareció en dirección al vestíbulo.

—Bienvenido, joven señor —lo saludó Tirien. Un pelo negro y espeso, lustroso como las alas de un cuervo, enmarcaba su rostro, y la sombra pálida de una barba de pocos días afilaba las cavidades de sus mejillas. Su sonrisa parecía genuinamente amistosa. Vestía pantalones, botas y una camisa suelta de delicado lino; por un momento, Alec lo tomó por un noble. Sin embargo, la ilusión se hizo añicos al instante cuando Tirien se le aproximó unos pasos y dijo:

—Hay un diván cerca del fuego, si os place. ¿O preferiríais subir ahora mismo?

Durante un terrible momento, Alec estuvo sin habla; ¿Qué, en el nombre de Illior, iba a hacer? Vagando sobre el hombro de Tirien, su mirada fue a posarse sobre uno de los paneles. El joven prostituto se volvió para seguirla y entonces sonrió.

—Oh, sí, eso se me da bastante bien. No obstante, como podéis ver, necesitaremos un tercer hombre.

Seregil abrió mucho los ojos, genuinamente sorprendido al reparar en la presencia de Alec junto a la entrada del salón. La sorpresa fue seguida de inmediato por un arrebató agridulce de algo más profundo que el mero asombro.

Era evidente que el muchacho había entrado en la casa de Azarin por accidente: las tensas líneas que rodeaban las comisuras de sus labios y el tenue y elocuente rubor que había asomado a sus mejillas no dejaban lugar a dudas.

Será mejor que vaya a rescatarlo, pensó. Pero permaneció donde se encontraba y dejó que la escena se prolongara un poco más.

Una rápida mirada por toda la habitación confirmó que Alec estaba atrayendo también la atención de otros clientes. Y no era de extrañar, pensó Seregil con una punzada de algo demasiado parecida a unos celos posesivos. Durante un momento, se permitió contemplar a Alec con los ojos de los demás: un joven delgado, sobriamente vestido, cuyo espeso cabello del color de la miel enmarcaba un rostro de finos rasgos y unos ojos del azul de un cielo estival. Se erguía como una bestia medio salvaje, presto para el vuelo, y sin embargo sus modales para con el joven prostituto eran casi corteses.

Tirien se inclinó sobre Alec y la máscara de compostura del muchacho vaciló un instante para revelar... ¿el qué? Alarma, sin duda pero ¿no había visto también un soplo de indecisión?

Esta vez Seregil no puedo contener el ardiente ataque de celos que se apoderaba de él. Aunque molesto consigo mismo, comenzó a separarse de Wythrin.

—¿Quieres que subamos ya? —preguntó el joven, esperanzado, mientras deslizaba una cálida mano por todo su muslo.

Esto le dio un momento de pausa. Seregil llevó el revés de una mano hasta la mejilla de Wythrin y saboreó su tenue aspereza. Este, uno de sus favoritos desde hacía algún tiempo, poseía encantos propios, así como ciertos talentos que aliviaban el corazón de Seregil al mismo tiempo que satisfacían sus necesidades. Wythrin y otros como él le ofrecían una pasión segura, libre de culpa y de obligaciones.

—Dentro de un momento. Antes debo hablar con alguien.

Sacaría a Alec del apuro en el que se había metido aunque eso significase enviarlo escaleras arriba con Tirien, se dijo Seregil con severidad, y entonces volvería a perderse en el profundo lecho de Wythrin. Era tan simple como eso.

Alec se dio cuenta enseguida de que Tirien no tenía la menor intención de marcharse. Sus propias y cada vez más avergonzadas afirmaciones de que carecía de experiencia en tales asuntos sólo parecían espolear el interés del cortesano. No era la primera vez que Alec se topaba con esta clase de actitud; los muchachos vírgenes provenientes del campo parecían ser una especie rara y muy apreciada en Rhíminee.

Durante un instante fugaz se le ocurrió que Tirien era atractivo, pero desechó tan traicionera idea al punto; esa clase de pensamientos no era la más apropiada para salir de aquel apuro.

Aliviado, vio que Seregil se dirigía hacia ellos. Era evidente que se estaba divirtiendo. Discretamente, le preguntó con gestos, «¿*Necesitas ayuda?*». Alec respondió con un rápido asentimiento.

Como respuesta, Seregil se plantó ante ellos y deslizó un brazo alrededor de la cintura de Alec.

—¡Al fin has llegado! Perdona la intrusión, Tirien, pero mi amigo y yo tenemos asuntos que atender. ¿Nos disculpas un instante?

—Por supuesto —el joven cortesano se retiró con una elegante reverencia, a la que sólo traicionó un gesto apenas visible de decepción.

Alec se preparó para el inevitable rapapolvo mientras se retiraban al vestíbulo pero Seregil se limitó a decir:

—No esperaba verte aquí.

—Te oí cantar. Quiero decir... la voz sonaba como la tuya y... vaya, decidí entrar —aparte de que estaba balbuciendo como un idiota, Alec era de pronto sumamente consciente del hecho de que el brazo de Seregil seguía alrededor de su cintura. El cabello y la piel de su amigo despedían aromas extraños, tentadores, diferentes al olor limpio que era habitual en él. Las nuevas y conflictivas sensaciones volvieron a agitarlo, más próximas a la superficie esta vez, pero igualmente desconcertantes—. No se me ocurrió mirar la linterna. Simplemente entré.

Seregil soltó una risilla suave.

—Tan curioso como siempre, ¿eh? Bueno, y ahora que has entrado, ¿vas a quedarte? Tirien es una elección excelente. Azarin sabe lo que se hace.

—No. —Alec echó una ojeada al joven prostituto, que permanecía cerca, todavía esperanzado, y enseguida volvió a mirar a Seregil. No había ni el menor asomo de desafío en el rostro de su amigo, sólo confusión. ¿Por qué entonces, atrapado bajo la mirada tranquila de aquellos ojos grises, no hacía su propia agitación sino aumentar? Carecía de habilidad para explicar la situación—. No. Sólo te estaba buscando. Será mejor que me marche. Este lugar hace que me sienta extraño.

—No es sólo incienso lo que arde en esos cuencos. Pero supongo que si pasabas por aquí es porque habías venido para algo. Veamos, ¿cuánto tiempo ha pasado?

—Estaba pensando en ello —admitió Alec. Ahora, podía sentir la tibieza de la piel de Seregil a través de la gruesa seda de la casaca—. No lo sé... podría irme a casa.

—No seas tonto —le dijo Seregil antes de soltarlo—. Estaba pensando en subir, pero eso puede esperar —su sonrisa volvió a resplandecer y Alec abandonó toda esperanza de escapar—. Hay un lugar junto al final de la calle que seguramente será más de tu gusto. Y muy tradicional, además. Ahora mismo vuelvo.

Volvió al salón principal y le dijo algo a Tirien. Éste examinó a Alec por última vez con una mirada nostálgica y entonces se marchó.

Apoiado entre las sombras del arco, Alec observó cómo se despedía Seregil de su compañero, a quien, evidentemente, las noticias de su marcha no agradaron demasiado. Después de un breve y animado intercambio de palabras, Seregil lo empujó contra el sofá con un profundo y duradero beso y luego desapareció escaleras arriba.

Regresó unos momentos más tarde, completamente vestido y con el cinto de la espada colgado del hombro.

—Vamos —dijo con aire desenvuelto mientras abría la marcha hacia una villa situada al final de la manzana.

Bueno, al menos aquí hay una linterna rosa, pensó Alec. Volvía a sentirse nervioso mientras Seregil lo empujaba escaleras arriba.

El propio Seregil parecía ser muy conocido allí. Varias mujeres lo saludaron sin ocultar su entusiasmo mientras conducía a Alec hasta el salón. Este establecimiento era bastante parecido al de Azarin.

Estatuas y tapices eróticos decoraban la sala y hermosas mujeres en diversos grados de desnudez, brillantes y encantadoras como aves exóticas, entretenían a los clientes.

Mientras le tendían sus capas y espadas a un paje, una mujer ricamente vestida abandonó un grupo y se les acercó corriendo para abrazar a Seregil. Su piel, que el vestido azul que llevaba exponía con generosidad, poseía un tono entre dorado y aceitunado que Alec nunca había visto. Sus rizos, negros y espesos, caían hasta su cintura formando una resplandeciente cascada.

—¿Dónde has estado, tunante? —exclamó con evidente deleite.

—En un millón de lugares, Eirual, amor, pero ninguno tan placentero como éste —replicó Seregil antes de besar su garganta de manera lasciva.

Ella rió y luego lo apartó de su lado con un fingido reproche en los grandes ojos.

—Conozco ese olor. Has estado en la casa de Azarin. Eres muy cruel, viniendo aquí después de haber consumido tus llamas.

—¿Consumido? ¿Mis llamas? —Seregil volvió a atraerla hacia sí—. ¿Y cuando, querida mía, has visto que ocurriera eso?

—Me gustaría poner esas palabras a prueba... arriba.

—Acepto gustoso el desafío, mi dama, pero primero tenemos que encontrar compañía para mi joven amigo.

Durante su breve conversación, Alec había estado recorriendo la habitación con la mirada, mientras su corazón latía de una manera a la que ni siquiera su viejo yo de educación dálnica podía reprochar nada.

—Creo que ya ha encontrado a alguien —dijo Eirual con una sonrisa divertida.

Alec asintió con timidez mientras observaba a una delgada morena de ojos azules vestida con un traje de seda borgoña.

—Es muy guapa.

—¿Myrhichia? —Eirual intercambió con Seregil una mirada maliciosa mientras llamaba a la mujer—. Este amigo tuyo tiene un gusto exquisito.

—Todavía no me ha decepcionado —contestó Seregil mientras guiñaba un ojo a Alec.

Myrhichia se acercó deslizándose, envuelta en perfume y misterio. Era mayor de lo que Alec había supuesto, mayor que él, pero eso no le importó. Había algo familiar en ella, algo que le hizo desechar la oferta de vino y dejar que ella lo condujera escaleras arriba hasta su habitación.

Pero no fue hasta que ella se volvió para hablar por encima del hombro cuando reparó en lo mucho que se parecía a Seregil, o más bien a Seregil cuando había interpretado el papel de Lady Gwethelyn a bordo del *Orca*. Era una revelación inquietante e hizo lo que pudo por apartarla de sus pensamientos mientras entraban en la cámara.

Mientras miraba a su alrededor, sintió que sus últimos temores cedían paso a una sensación de anticipación sensual.

Un fuego crepitaba tentador en la chimenea, y sus llamas iluminaban con suavidad la pequeña y elegante estancia. La cama era alta y estaba cubierta por cortinajes estampados. Enormes cojines se amontonaban cerca de la chimenea, junto con algunos taburetes de formas extrañas. En una esquina envuelta en sombras, un vistoso aguamanil asomaba a medias detrás de un biombo pintado.

Myrhichia esperaba con aire recatado en mitad de la habitación, ofreciéndole a él la elección de los primeros pasos.

—¿Te gusta? —le preguntó mientras ladeaba la cabeza en un gesto encantador.

—Sí —susurró él. Cerró la puerta, se acercó a ella y soltó el alfiler enjoyado que sostenía sus cabellos. Se derramaban sobre los hombros formando un oleaje oscuro que olía a madera de sándalo.

Mientras que la experiencia con Ylinestra había estado fuera de su control desde el principio, esta mujer parecía contenta dejando que él dirigiera las cosas. Acarició su rostro y su pelo y luego, con vacilaciones, llevó los labios hasta los de ella. Las manos de la mujer recorrieron su cara, sus hombros y luego, lentamente, se fueron deslizando más abajo.

Los cierres de su vestido no fueron rivales para los hábiles dedos de Alec. Las ropas de ambos no tardaron en yacer amontonadas a sus pies.

—¿Quieres que encienda una vela? —preguntó ella mientras Alec la tomaba con avidez entre sus brazos.

Él sacudió la cabeza, apretó su cuerpo contra la exuberante redondez de los pechos, del vientre, de los muslos, dejando que la sensación de su tacto lo envolviera.

—El fuego es suficiente.

Sin dejar de abrazarla, se hundió entre los cojines, junto al fuego.

Las sensaciones de aquella larga y confusa tarde parecieron fundirse y cobrar sentido mientras por fin se abandonaba a la poderosa simplicidad del deseo.

Eirual era medio Zengati, el pueblo enemigo de Auréren por tradición. Precisamente eso, junto a la oscura belleza de su cara, era lo primero que había atraído a Seregil.

Aunque era poco más que una niña cuando se encontraron por primera vez, había sido una amante ardiente y él había acariciado la posibilidad de llevársela consigo. De hecho, había sido ella misma la que había desechado el plan; le gustaba su trabajo, le había dicho con firmeza. Y lo que es más, algún día pretendía abrir un prostíbulo propio, al igual que su madre, y su abuela antes de ella, habían hecho. Aunque con el orgullo un poco lastimado, él había respetado sus deseos, y con el paso de los años habían terminado por convertirse en amigos.

Ella había cumplido su sueño. Ahora era la propietaria de una de las más elegantes casas de placer de Rhíminee, cuya clientela se contaba entre la crema y nata de la ciudad. Eso le proporcionaba a menudo rumores e informaciones interesantes y, aunque no era una chismosa, conocía las conexiones de Seregil con el misterioso «Gato» de Rhíminee y había descubierto más de una vez lo lucrativo que podía resultar informarle de ciertos hechos y rumores.

Su reunión de aquella noche había sido muy animada a pesar de las actividades previas de Seregil. Cuando hubieron acabado, enredados entre las sábanas húmedas y desordenadas, rieron por tonterías.

Entonces ella suspiró y dijo:

—¿Sabes?, vi algo extraño hace unas pocas semanas.

—¿Y qué era? —murmuró él mientras examinaba con gozosa admiración el contraste de su piel contra la de ella al pasar la mano por su muslo.

—Estuve con un nuevo cliente la pasada semana, un desconocido. Era bien parecido y sabía comportarse, pero por la forma en que hablaba y el estado de sus manos, supe que no era un aristócrata, sólo un tipo normal que había conseguido algo de oro y quería hacerse un regalo. Ya sabes de lo que hablo.

—Era hermoso, de hombros anchos y olía a trabajo honesto —se burló Seregil—. Suenan deliciosos. Vamos a llamarlo.

—¡Como si fuera a compartirte! Admito que al principio me intrigó, aunque finalmente resultó ser bastante ordinario. No, creo que te interesaría más lo que encontré dentro de su abrigo que lo que había dentro de sus pantalones.

—¿Y? —Seregil alzó una ceja inquisitiva. Sabía que no debía apremiarla. A ella le gustaba adornar sus relatos.

—Había arrojado sus ropas por todas partes, así que después, que fue muy pronto, debo añadir, mientras él roncaba, decidí ordenarlo todo un poco. Cuando recogí su abrigo cayó una carta. El lacre se había soltado y pude echar un vistazo rápido. Un momento después se agitó y tuve que dejarlo, pero antes de hacerlo tuve tiempo de reconocer la letra y el sello que había al final.

—¿De veras, pequeño genio? ¿Y de quién eran?

—Del Lord General Zymanis.

—¿Estás segura? —a Zymanis le acababa de ser encomendada la supervisión de

las defensas de la ciudad baja—. ¿Cómo sabes que no era una falsificación?

Uno de los dedos de Eirual jugueteó alrededor de su ombligo.

—Zymanis es un amigo muy querido, como bien sabes. Hace dos meses dio un golpe con su anillo contra ese travesero de la cama, detrás de ti, y le hizo una pequeña mella al sello de piedra. Una mella muy pequeña, la verdad, pero no sabes el escándalo que organizó por ello. Se puso de muy mal humor. La mella produce una pequeña imperfección en la impresión, tan pequeña que la mayoría de la gente ni siquiera la aprecia. Pero yo sabía lo que tenía que buscar y allí estaba. ¿Qué te parece?

Seregil tomó uno de sus pechos en la mano, como si fuera una copa y lo besó reverente.

—Creo que, de haber estado en tu lugar, yo habría encontrado alguna manera de averiguar dónde podría encontrar de nuevo a ese amante tuyo.

Eirual se apretó contra él con un suspiro lujurioso.

—La calle de los Barqueros, en la ciudad baja. Una casa con un dintel rojo y blanco. Su nombre es Rythel. Es un sujeto grande, rubio, con una encantadora barba suave. Muy guapo.

—Y no crees que ese hombre debiera tener una carta como esa...

Eirual sacudió la cabeza.

—Para empezar, estaba dirigida al Lord Almirante Nyreidian. Nunca he visto al almirante, pero te apuesto el oro que gano en un mes a que no tiene las manos llenas de callos ni las yemas de los dedos manchadas.

—O una barba rubia —musitó Seregil mientras pensaba en el hombre al que había conocido durante la ceremonia de la Noche del Luto. Nyreidian le había hablado del nombramiento que le había otorgado la Reina para supervisar los barcos de los corsarios.

—Zymanis nunca dejaría que un individuo como ese se le acercara y mucho menos le escribiría cartas —ella lo miró de soslayo un instante—. Pensé que era posible que tu amigo el Gato estuviera interesado.

—Es posible.

—Podría decírselo yo misma —le sugirió ella. No era la primera vez que lo hacía. A lo largo de los años, el invisible Gato de Rhíminee había adquirido un cierto lustre romántico para muchos, que envidiaban a Seregil la posición aparentemente privilegiada de que disfrutaba a su lado.

Lentamente, Seregil recorrió a besos todo su pecho.

—Ya te lo he dicho antes, cariño, él no es lo que piensas. Es un hombre feo, pequeño y debilucho que pasa la mitad de su tiempo arrastrándose por las alcantarillas.

—La última vez me dijiste que era jorobado —le corrigió ella mientras le

acariciaba la cabeza.

—Eso también. Precisamente esa es la razón por la que no se deja ver. Es muy feo. Mira, sólo sus forúnculos bastarían para...

—¡Está bien! —rió Eirual admitiendo su derrota—. Alguna veces pienso que *tú* eres el Gato y que sólo haces todo lo demás para ocultarlo.

—¿Yo? ¿Arrastrándome por alcantarillas y haciendo recados para nobles aburridos? —se colocó sobre ella y la inmovilizó con fingido enfado—. ¿Es que me imaginas andando a hurtadillas por los tejados de las casas?

—Oh, sí —jadeó ella, sin poder reprimir una risilla al pensar en ello—. Eres el terror de la ciudad.

—Me has confundido con otro, muchacha. Sólo hay una cosa para la que yo me esfuerce tanto.

—¿Y qué es, si puede saberse?

Seregil se le acercó con un brillo lujurioso en la mirada.

—Te lo mostraré.

La vela se había consumido hasta convertirse en un grumo de cera cuando Seregil abandonó sigilosamente su cama.

Eirual se agitó, soñolienta.

—Quédate, amor. Voy a tener frío sin ti.

Él la tapó con la colcha hasta la barbilla y le dio un beso.

—Esta noche no puedo. Mañana te mandaré un bonito regalo.

—Muy bien —sonrió ella, casi medio dormida de nuevo—. Si tiene rubíes quizá te perdone.

—Rubíes, entonces.

Se vistió rápidamente y apagó la vela. Cerró la puerta en silencio y se dirigió hacia la habitación de Myrhichia, situada al final del corredor.

Tuvo que llamar varias veces antes de obtener una respuesta. Por fin, ella abrió la puerta unos centímetros y se asomó con mirada resentida.

—Está durmiendo —le informó mientras se cerraba el camisón.

—Qué falta de consideración —la empujó para poder pasar y entró en el dormitorio. Alec yacía de espaldas sobre la cama y su rostro dormido era la viva imagen de la felicidad exhausta.

Parece que por fin ha conseguido divertirse, después de todo, pensó con una mezcla de orgullo y nostalgia, mientras recorría con la mirada la desordenada habitación.

Ignorando el disgusto callado de la cortesana, Seregil se inclinó sobre el muchacho y lo sacudió por el hombro. Alec se agitó y murmuró algo cariñoso mientras trataba de arrastrar a Seregil a la cama. Sin embargo, cuando sus dedos encontraron lana y no lo que había en sus sueños, despertó dando un respingo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —jadeó mientras se incorporaba.

—Lo siento. —Seregil cruzó los brazos y sonrió—. Es mal momento, lo sé, pero ha surgido algo y necesito tu ayuda.

La mirada de Alec pasó rápida y alternativamente de él a la chica.

—¿Un trabajo? ¿Ahora?

—Te espero abajo. No tardes.

Alec dejó escapar un suspiro de exasperación. Sin embargo, antes de que pudiera levantarse, Myrhichia se quitó el camisón y volvió a deslizarse dentro de la cama, a su lado.

—¿Siempre se entromete de esa manera?

—Espero que no —murmuró Alec.

—¿Vas a dejarme ahora mismo? —comenzó a darle pequeños mordiscos por todo el cuello mientras su mano trepaba por el muslo hacia regiones más sensibles.

Podía imaginar a Seregil abajo, esperándolo, paseando con impaciencia, pero Myrhichia estaba utilizando argumentos muy persuasivos bajo las sábanas.

—Bueno —suspiró mientras dejaba que ella lo apoyase contra el cabecero de la cama—, puede que no en este preciso momento.

Seregil ya había bosquejado un plan que podía funcionar cuando llegó al piso de abajo. Se dirigió hacia el guardarropa y lo encontró convenientemente desatendido.

No tardó en encontrar lo que necesitaba; volvió al salón con una capa de oficial y un pellejo de vino escondidos bajo su propia capa, y la capa y el cinto de la espada de Alec bajo el brazo.

Para su sorpresa, el muchacho no había bajado todavía. Bastante molesto, se sentó a esperar en una silla situada cerca de la puerta.

Era tarde. Quedaban unas pocas chicas en el salón, jugando al bakshi para matar el tiempo mientras esperaban a los clientes trasnochadores que decidieran presentarse a última hora. Habían visto bajar a Seregil, así que no le prestaron demasiada atención.

Pasaron varios minutos y Alec seguía sin aparecer.

Seregil estaba a punto de marcharse sin él cuando el muchacho apareció en las escaleras. Su camisa suelta ondeaba entre sus piernas mientras peleaba con su abrigo, una de cuyas mangas parecía estar dada la vuelta. Cuando por fin, con mayor o menor fortuna, consiguió arreglarse se aprestó a reunirse con Seregil.

—Te has retrasado un poco, ¿no? —dijo Seregil con una sonrisa falsa al tiempo que le arrojaba la capa y la espada.

—Myrhichia no está demasiado contenta contigo —gruñó Alec, ruborizado y sin aliento. Se ciñó el cinto de la espada y abrochó la hebilla—. Y yo no estoy demasiado seguro de si debo imitarla. Si se trata de otro estúpido presente de amor...

Seregil le enderezó el cuello de la camisa de un tirón, sin dejar de sonreír.

—¿Crees que te estropearía la diversión por algo como eso? Vamos, te lo contaré todo mientras nos dirigimos hacia allí.

Ya en la calle, registró los alrededores con un vistazo rápido y entonces susurró:

—Creo que Eirual puede habernos puesto tras la pista de un espía.

Al instante, Alec pareció iluminarse.

—Por eso sí que merece la pena salir de la cama.

—¿Viniste a caballo?

—No.

—Bien. Alquilarémos caballos y los dejaremos atrás si es necesario. Te lo explicaré mientras vamos.

Dejando el cálido y acogedor brillo de las linternas detrás de sí, se sumergieron en los brazos de la oscuridad.

15

COMIENZA LA CAZA

—¿Dónde vamos? —preguntó Alec mientras Seregil se dirigía al oeste a través de las oscuras calles. El camino más rápido hasta la ciudad baja atravesaba la Vía del Puerto.

—Necesito un caballo muy especial para este trabajo —le explicó Seregil—. Hay una cuadra cerca de la Puerta del Mercado en la que es posible que tengan lo que busco.

Se detuvo, abrió el pellejo de vino, tomó un trago y luego derramó una cantidad generosa sobre la parte delantera de su casaca.

Evidentemente satisfecho con el efecto, se la tendió a Alec. Sonriendo, éste hizo lo mismo.

—Estamos borrachos, ¿verdad?

—Oh, sí. Y yo lo estaré más que tú. Tú vas a ser el amigo responsable.

—¿Acaso no lo soy siempre? —Alec tomó otro sorbo para reconfortarse y cerró el pellejo.

Una linterna ardía todavía frente al establo. Mientras entraban en el círculo de luz que proyectaba, Seregil adoptó unos andares torpes e inestables.

—¡Mozo! —gritó con los brazos en jarras y una pose arrogante—. Dos caballeros necesitan monturas. Déjate ver, hombre.

—Aquí, señores —replicó un hombre mientras abría una rendija en una puerta lateral para echar un vistazo a tan tardíos clientes.

Seregil sacudió su bolsa frente a él. Las monedas tuvieron el efecto deseado; el mozo abrió las puertas del establo de par en par y sostuvo la linterna en alto mientras ellos inspeccionaban la media docena de caballos que había en su interior.

Alec no tardó en encontrar una yegua decente y el hombre la ensilló para él.

Seregil se demoró más. Después de pasearse farfullando por el establo durante un buen rato, se decidió finalmente por un huesudo animal de color gris.

—No soy quién para enmendarle la plana a un caballero, pero la verdad es que ha hecho una pésima elección con ese —le susurró a Alec el preocupado mozo—. El viejo Nubes lleva varios días sin comer y está enfermo. Si habláis con vuestro amigo por mí, me ocuparé de que tenga el mejor animal de mi establo.

Alec lo acalló con una sonrisa tranquilizadora y una generosa cantidad de plata.

—No os preocupéis. Vamos a gastarle una broma a un amigo y ese gris es exactamente lo que necesitamos. Lo cuidaremos bien y os devolveremos los dos antes de que amanezca.

Salieron al trote del establo. No obstante, antes de que hubieran recorrido medio kilómetro, el penco de Seregil se detuvo en seco y a punto estuvo de arrojar a su

jinete por encima de la cabeza. Después de sacudir la cabeza hacia abajo, dejó escapar una tos grave, semejante a un rebuzno.

—Pobre viejo. —Seregil dio unas palmaditas sobre la testuz del animal—. Eres mejor de lo que hubiera podido esperar. Tendremos que enviarte un drisiano para que te examine.

—¿Qué crees que pretende ese espía tuyo? —preguntó Alec mientras continuaban su marcha a pie.

Seregil se encogió de hombros.

—Es difícil de decir por ahora. Eirual cree que tiene documentos que no debería tener. Quiero ver si está en lo cierto.

—¿Crees que es un plenimarano?

—Es demasiado pronto para decirlo. A veces es mejor mantener la mente abierta hasta que uno cuenta con los hechos. De otra manera, puedes simplemente dar vueltas tratando de preservar tu propia teoría y pasando por alto detalles importantes que pudieran aparecer en el proceso. Podría ocurrir que al final no fuera nada importante, pero al menos es lo más interesante que hemos tenido en las últimas semanas.

Unos caballeros bien vestidos y ligeramente ebrios que se dirigían a la ciudad baja en busca de un poco de diversión no eran ninguna novedad para los centinelas de la Puerta del Puerto. El sargento de guardia les indicó que pasaran con un ademán y una mirada de aburrimiento, y volvió junto la hoguera de los centinelas.

Al llegar al final de la Vía del Puerto viraron hacia el este y siguieron a lo largo de la ribera, más allá de los almacenes de la aduana y los muelles, hasta llegar a una calle moderadamente respetable formada por viviendas de varios pisos.

Podían verse luces tras algunas de las ventanas cerradas, pero la mayoría del vecindario dormía. En algún lugar cercano, un perro lanzó un aullido lúgubre y el sonido se arrastró espeluznante por las calles.

El caballo de Seregil arrugó las orejas con nerviosismo y entonces, sacudiendo los arreos, dejó escapar una nueva salva de toses.

—Esta es la calle de los Barqueros —dijo Seregil al tiempo que ataba su montura a la entrada de un callejón sin nombre. Se quitó la capa, se la arrojó a Alec y sacó la que había conseguido en la casa de Eirual. Perteneecía a un capitán de la Infantería del Halcón Blanco y lucía un emblema grande y característico.

—¿A quién le has robado eso? —preguntó Alec mientras veía cómo se la ponía.

—La tomé prestada, querido muchacho, prestada —lo corrigió Seregil con aire remilgado.

Alec recorrió con la mirada la oscura calle.

—Esa de allí debe de ser la casa —dijo, señalando una vivienda situada al extremo del callejón—. Es la única con un dintel a rayas.

—Sí. Quédate aquí y estate preparado por si hay problemas. Si nos persiguen,

será mejor que vayamos los dos en tu caballo. No creo que al viejo Nubes le queden fuerzas para muchas carreras.

Seregil vació lo que quedaba del vino sobre la cruz de su montura, se cubrió el hombro con el manto de forma desmañada y sacó uno de los pies del estribo. Se dejó caer sobre la testuz del animal con aires de borracho y lo hizo ponerse en marcha. Trotó hasta la puerta y empezó a golpearla con fuerza, mientras gritaba:

—¡Ha de la casa! —se balanceó precariamente sobre la silla—. Quiero a esa sanguijuela, maldita sea. ¡Por Sakor, que salga ese bastardo hijo de un cerdo!

El postigo de una ventana se abrió violentamente por encima de su cabeza, y asomó por ella la cabeza de una anciana que lo miró con indignación.

—¡Márchate o te echaré a la Guardia encima!

—Me marcharé cuando tenga su garganta entre mis manos —gritó Seregil mientras volvía a aporrear la puerta.

—Estás bebido. ¡Desde aquí puedo olerlo! —dijo la mujer desdeñosamente—. ¿A quién andas buscando?

En aquel preciso momento, el caballo gris sacudió la cabeza en un nuevo ataque de tos.

—Ahí, ¿lo oyes? —bramó Seregil—. ¿Cómo, en el nombre de Bilairy, se supone que voy a explicarle eso a mi comandante, eh? Esa comadreja ha estropeado al animal. Le dio una dosis de sales y casi lo ha matado. ¡Voy a meterle la espada por el culo a ese saco de excrementos con cara de pus! Dile al maldito Rythel que salga ahora mismo o entro a buscarlo.

—¡Si serás desgraciado, borracho hijo de una puta! —la mujer volvió a blandir el bastón hacia él—. Es Rythel el *herrero* el que para aquí, no Rythel el curandero.

—¿Herrero? —Seregil la miró con los ojos desorbitados—. En el nombre del Fuego de Sakor, ¿y qué está haciendo administrándole hierbas a mi caballo si es un herrero?

Agazapado entre las sombras a la entrada del callejón, Alec se estremeció con una risa silenciosa. Era una interpretación tan buena como cualquiera que hubiera visto en el teatro.

—La mitad de los hombres de la costa se llaman Rythel, so necio. Te has equivocado de hombre —estalló la mujer—. Rythel el herrero es un hombre honesto. Que es mucho más de lo que puede decirse de ti, estoy segura.

—¿Un hombre honesto? ¡Y una mierda!

—Sí que lo es. Trabaja para Maese Quarin en la ciudad alta.

Desapareció tras su ventana y Seregil, sin duda dotado de una dilatada experiencia en tales asuntos, apartó el caballo un segundo antes de que ella vaciara un orinal sobre el lugar en el que se encontraba.

Seregil le respondió con una desgarbada reverencia desde la silla.

—Mis mas humildes disculpas por perturbar tu sueño, anciana madre.

—¡Vete a dormir la mona! —cacareó la anciana mientras él se alejaba trotando con aire inseguro.

—No ha sido lo que yo llamaría sutil —observó Alec, todavía riendo, mientras se encaminaban de vuelta a la Vía del Puerto.

—¿Un soldado borracho organizando un alboroto, en la casa equivocada, en mitad de la noche y en la calle de los Barqueros? —preguntó Seregil. Parecía complacido consigo mismo—. ¿Y qué podría ser más sutil que eso? Y, además, ha surtido efecto. Ahora sabemos que este Rythel es una especie de herrero. Y así, seguimos preguntándonos cómo es que tiene oro suficiente para visitar la calle de las Luces y cómo han ido a parar los documentos de un aristócrata a su bolsillo.

—Y por qué tenía todo ese oro mientras los documentos seguían en su bolsillo.

—Exacto. ¿Qué es lo que sugiere eso?

—Que lleva haciendo lo que quiera que esté haciendo desde hace algún tiempo —replicó Alec mientras lanzaba una mirada a la ribera—. Tendremos que entrar en sus aposentos. Y será mejor que averigüemos quién es ese tal Maese Quarin.

—Empezaremos mañana. Espera un minuto.

El penco de Seregil había empezado a resollar como si estuviera exhausto. Seregil tiró de las riendas junto a una linterna en la entrada de la Vía del Puerto, desmontó y tomó la cabeza del animal entre las manos.

—Será mejor que los dos montemos en tu caballo, Alec. Esta pobre bestia está casi sin fuerzas. Y creo que también conviene que me cambie de capa.

Alec sacó un pie del estribo y alargó una mano. Seregil la tomó, subió a su espalda y pasó un brazo alrededor de su cintura.

Ante este contacto, y sin esperarlo, Alec volvió a experimentar algo sensual, tenue como el susurro de las alas de un murciélago, pero inconfundible. Ciertamente no había nada seductor en el modo en que Seregil lo sujetaba para no caerse y, a pesar de ello, repentinamente se vio asaltado por la imagen de aquella misma mano acariciando la cabeza del joven en el burdel de Azarin y, más tarde, la piel de la morena Eirual.

Seregil lo había tocado antes, pero nunca con nada que no fuera afecto fraternal. Aquella noche, Alec había visto la clase de compañeros que elegía su amigo para su lecho, Wythrin y Eirual, ambos exóticos, hermosos e, indudablemente, habilidosos más allá de cuanto Alec pudiese siquiera llegar a concebir.

¿Qué me está ocurriendo?, se preguntó, abatido. ¡Por el Amor del Hacedor, todavía podía sentir el exuberante aroma de Myrhichia pegado a su piel! Y desde algún rincón desatendido de su mente, una pequeña voz pareció responder en silencio, *estás despertando al fin*.

—¿Algo va mal? —preguntó Seregil.

—Creí que había oído algo. —Alec espoleó al caballo y salió al trote.

Seregil escondió la capa robada detrás de la suya.

—Supongo que tendremos que devolver esto. No me gustaría que ninguna de las mujeres de Eirual tuviera algún problema por mi causa. Supongo que no te importará pasar dos veces por allí en la misma noche.

Alec no podía ver el rostro de su amigo pero, a juzgar por su voz, estaba seguro de que estaba sonriendo.

—¿Yo? ¿Y dónde estarás tú? —preguntó.

—Oh, no demasiado lejos.

Alec se agitó en la silla, incómodo.

—Vas a volver a la casa de Azarin.

Escuchó una risilla ahogada detrás de sí.

—Las aves nunca resultan sabrosas cuando uno está hambriento de carne de venado.

Al menos tú sabes lo que quieres, pensó el muchacho de mala gana.

16

HERREROS Y MENDIGOS

A la mañana siguiente, cuando Seregil regresó a El Gallito, Cilla estaba atizando el fuego.

—¿Ha regresado Alec? —preguntó.

—No lo he visto desde ayer por la noche. ¿No lo habréis perdido por ahí, verdad?

—Espero que no —tomó unas cuantas manzanas de una cesta y se encaminó a la escalera trasera.

—Esperad. Tengo algo para vos —lo llamó Cilla. Sacó un pequeño paquete lacrado que escondía detrás del frasco de la sal, en la repisa, y se lo entregó—. Runcer lo ha enviado desde la calle de la Rueda. Un correo de la Caballería de la Reina lo llevó allí.

Seregil guardó las manzanas en el bolsillo y examinó el paquete mientras continuaba escaleras arriba. El pergamino doblado estaba lacrado con grumos de cera y cubierto por manchas de dedos. La dirección de la casa de Lord Seregil estaba escrita en la parte delantera con la letra apresurada y vertical de Beka.

Lo abrió y leyó la breve carta que había en su interior.

27 de Dostin.

Queridos S. y A.

Hemos llegado a Isil. Mañana entramos en territorio micenio. Una de las otras turmae perdió a un jinete en el Canal de Cirna cuando su caballo se encabritó y lo arrojó al vacío. Horrible.

El tiempo es un asco. Aquí todavía estamos en pleno invierno. El peor enemigo al que nos hemos enfrentado es el aburrimiento. La capitana Myrhini y otros oficiales rompen la monotonía con historias sobre guerra. Sin embargo, algunas de las mejores son las de los sargentos.

Esta noche dormimos en los establos de la finca del barón de Isil. La gloria de la vida del soldado, ¿eh, Seregil?

—B. Cavish

Al llegar a sus aposentos, encontró a Alec dormido en su estrecha cama. Su ropa yacía abandonada en un mantón descuidado sobre el suelo. Se sentó en el cofre de la ropa, al pie de la cama, y le dio unas palmaditas en el pie.

—Buenos días. Tenemos noticias de Beka.

Alec gruñó algo desde la almohada antes de darse la vuelta. Todavía soñoliento, miró pestañando la luz de la mañana que entraba por las ventanas y luego a Seregil.

—¿Acabas de llegar?

Seregil le arrojó una manzana.

—Sí. Por cierto, Tirien me preguntó por ti y te envía sus saludos.

Alec se encogió de hombros como si la cosa no fuera con él y mordió su manzana.

—¿Qué cuenta Beka?

Seregil le leyó la carta.

—¡Por el Amor del Hacedor! —musitó Alec al escuchar lo del hombre perdido en el puente del Canal. No le gustaban las alturas y, la primera vez que lo visitaron, Seregil había tenido que arrastrarlo para conseguir que lo cruzara.

—Veamos —dijo Seregil después de terminar—, si estaban en la Ubre del Draco hace dos semanas y se han dirigido hacia el sudeste desde allí, a estas alturas deberían estar cruzando el río Folcwine.

—Parece que se está adaptando bien a todo.

—No esperaba menos de ella. Beka es tan buena con la gente como con los caballos y la esgrima. Te apuesto un sestercio a que lleva el collar de capitana la próxima vez que la veamos.

Si es que volvemos a verla, el pensamiento sobrevoló su mente mientras lo decía pero apartó la duda a un lado. Al mismo tiempo, le pareció ver que una sombra semejante, seguida por la misma negación, cruzaba por el rostro de Alec.

—¿Dónde empezamos hoy? —preguntó Alec mientras se apartaba los despeinados cabellos del rostro.

Seregil caminó hasta la chimenea y revolvió los restos del fuego de la pasada noche.

—Me gustaría empezar buscando al maestro herrero Quarin. Desgraciadamente, no sabemos qué clase de herrero es, ¿verdad? Orfebre, platero, armero...

Alec masticaba con aire reflexivo y lo observaba. Después de un momento dijo:

—¿Y si trabaja el hierro?

Seregil observó el atizador que tenía en la mano y luego se dio cuenta de que también Alec lo estaba mirando.

—Dijiste que a Lord Zymanis le había sido encomendada la supervisión de las defensas de la ciudad baja, de modo que es más probable que necesite un artesano del hierro que uno del oro, ¿no te parece? Y Eirual dijo que tenía manos toscas.

—Estás más despejado que yo esta mañana —dijo Seregil, disgustado por no haberlo pensado él mismo.

—Supongo que he dormido más.

Seregil lo miró con sorpresa. Creía haber escuchado un deje de desaprobación en el tono del muchacho. Después de lo ocurrido con Myrhichia la pasada noche, suponía que ya estaría curado de su exceso de escrúpulos. Era evidente que todavía

conservaba su dálnica actitud hacia los establecimientos como el de Azarin. *Bueno, pues lo siento por él.*

—Hay herreros por toda la ciudad, pero todos ellos pertenecen al mismo gremio —dijo, después de dejar que el momento pasara—. Haré que Thrys envíe a uno de los mozos a preguntar por Quarin. Entretanto, creo que será mejor que descanse un poco.

A mediodía ya sabían que la tienda de Maese Quarin se encontraba en el paseo de los Herreros, cerca de la Puerta del Mercado del Mar. Salieron hacia allí poco después, disfrazados de andrajosos tullidos.

La mitad de la cara de Alec estaba cubierta por un sucio vendaje.

Seregil llevaba una vieja ruina de sombrero anudado con un pañuelo, de manera que el ala se doblaba hasta su barbilla a ambos lados de la cara. Sus disfraces tuvieron el efecto deseado. Mientras cruzaban el patio trasero, Rhiri los vio y agitó un rastrillo de manera amenazante en dirección a ellos.

—Ah, el ubicuo mendigo —rió Seregil en voz baja una vez que se hubieron escabullido por la puerta trasera—. A nadie sorprende y a nadie agrada verlo por toda la ciudad.

Con los cuencos para mendigar en las manos, se dirigieron hacia la calle de la Hoja, la amplia avenida que recorría la ciudad entre la Puerta del Mercado de la Cosecha y la del Mercado del Mar.

Como era de esperar, atrajeron poca atención mientras circulaban por las atestadas calles. Carretas y carromatos las recorrían arriba y abajo en interminable sucesión. Los buhoneros y los afiladores ofrecían a voz en grito sus servicios. Niños sucios corrían entre las multitudes, persiguiendo a perros, cerdos, o a otros niños tan sucios como ellos. Los soldados estaban por todas partes, junto con los verdaderos y malolientes mendigos, y unas pocas prostitutas madrugadoras que importunaban a los transeúntes.

Esperaron hasta que pudieron encaramarse a un carromato cargado de heno y se colgaron de su parte trasera mientras marchaba trotando sobre los adoquines.

—Mira allí —dijo Seregil. Señaló detrás de ellos.

Alec miró hacia allí y se encogió para sus adentros. A media manzana de distancia se veían cinco cabezas clavadas sobre estacas en la parte trasera de una tosca carreta de madera, rodeada por una sombría formación de la Guardia de la Ciudad. No era la primera vez que veía demostraciones como aquella; tal era el destino que esperaba a los traidores y a los espías en Rhíminee. Sin duda, sus cuerpos decapitados se encontrarían bajo la carreta, esperando a que los llevaran a las fosas de la ciudad.

—Por el Amor del Hacedor. Esto empieza a resultar demasiado frecuente —musitó—. Si estamos en lo cierto sobre nuestro hombre...

—... entonces acabará igual que ellos. —Seregil contemplaba las cabezas con

una mirada impasible—. Yo no le daría muchas vueltas si fuera tú. No lo haría.

Especialmente puesto que estuviste a punto de acabar de esa manera, pensó Alec, sombrío. Todavía tenía pesadillas sobre eso y sobre lo que hubiera ocurrido si Micum y él no hubieran conseguido limpiar el nombre de Seregil de la cuidadosa conspiración urdida por los leranos para implicarlo falsamente en una traición. Se preguntaba si a Seregil le ocurriría lo mismo.

En cuanto los toldos de brillantes colores del Mercado del Mar aparecieron a la vista, Seregil abandonó de un salto la parte trasera del carromato y se dirigió hacia el paseo de los Herreros, una enrevesada calle lateral flanqueada por tiendas y edificios manchados de humo. Interpretando a la perfección su papel, se encorvó al mismo tiempo que comenzaba a cojear de lado, como un cangrejo, y se sujetaba al brazo de Alec.

A pesar del nombre de la calle, trabajaban en ella artesanos del metal de todas clases; su proximidad al puerto y al mercado la convertía en un lugar idóneo para ellos.

Humos acres le arrancaron lágrimas a los ojos de Alec mientras recorrían la calle envueltos en un estrépito metálico. En el interior de las tiendas podía ver a hombres medio desnudos delineados contra el resplandor rojizo de las forjas, viva imagen de demonios vengativos mientras arrancaban chispas con los golpes de sus martillos al brillante metal. Los aprendices corrían aquí y allá con herramientas y cargas de carbón mientras otros sudaban sobre los fuelles, bombeando hasta que las forjas despedían un brillo que casi parecía blanco de tan amarillo como era. Sobre los portales de entrada colgaban ollas, espadas, herramientas y piezas de armadura, anunciando la clase de mercancías que se fabricaba en el interior de las tiendas.

Seregil se detuvo en la primera junto a la que pasaron, se acercó cojeando a un aprendiz y preguntó por Quarin.

—¿El maestro Quarin? —el muchacho señaló al interior de la estrecha calleja—. Su tienda está cerca de la muralla. Es la más grande de la manzana. No tiene pérdida.

—Muchas gracias, amigo —graznó Seregil mientras volvía a cogerse del brazo de Alec—. Vamos, hijo, ya casi hemos llegado.

Durante un desconcertante y breve momento, Alec lo miró, inmóvil. No habían discutido en detalle los papeles que interpretarían... escuchar de improviso que lo llamaban «hijo», tantos meses después de la muerte de su padre, le había provocado un escalofrío. Y la culpa venía pisándole los talones; no había pensado en su padre desde hacía semanas, o quizá más.

Seregil lo miró desde debajo del ala del sombrero. Sólo uno de sus ojos resultaba visible.

—¿Estás bien?

Alec se enderezó y miró al frente, sorprendido por el escozor que sentía detrás de

los párpados.

—Claro. Es sólo el humo.

Esquivando pesados carromatos y gritos encolerizados, lograron por fin localizar la tienda de Quarin. Era un establecimiento inmenso, mucho más grande que el resto, situado en un almacén acondicionado al efecto.

Seregil vaciló un segundo, al tiempo que examinaba el lugar a través de la puerta abierta.

—Hay dos forjas que yo pueda ver desde aquí —susurró—. ¿Ves a esos sujetos con corchetes metálicos en sus delantales? Todos ellos son maestros. Maese Quarin debe de tener un negocio muy próspero si puede permitirse unos empleados como esos. Veamos lo que sabe de nuestro amigo Rythel.

Nada más atravesar la puerta, se encontraron con una mujer con un delantal tachonado que daba los últimos toques a una puerta vistosamente decorada. Al verlos se detuvo y apoyó el martillo sobre una rodilla.

—¿Queréis algo? —dijo en voz alta.

Seregil trocó su voz por un gruñido siseante.

—¿Es esta la tienda del maestro Quarin?

—Ese es el maestro, el que está al fondo —alzó de nuevo el mazo para señalar a un hombre de pelo blanco que se encontraba detrás de una mesa de trabajo, con una aguja metálica en la mano y acompañado por otros herreros.

—Es al maestro Rythel al que nos han enviado a buscar —le dijo Alec—. Tenemos un mensaje para él y se nos dijo que lo encontraríamos aquí.

La mujer arrugó la nariz en un gesto de desprecio.

—¡Oh, él! Se encuentra en los túneles de las alcantarillas occidentales, en la ciudad baja.

—¿Es que es amigo tuyo, cariño? —dijo Seregil con voz melosa mientras le guiñaba un ojo por debajo del ala agrietada de su sombrero.

—No es amigo de nadie por aquí. Ese advenedizo es el sobrino del maestro, eso es todo. Los que son como él siempre se hacen con todas las bicocas y al resto de nosotros que nos parta un rayo. Espero que le cobréis el doble por el mensaje. Puede permitírselo más que de sobra.

Alec inclinó la cabeza respetuosamente.

—Gracias y que la Misericordia del Hacedor sea contigo. Vamos, abuelo, nos espera una larga caminata.

—Abuelo, ¿eh? —Seregil le lanzó una mirada irónica mientras se encaminaban hacia el Mercado del Mar.

—En este sitio podrías ser cualquiera. Esa artesana no parecía apreciar demasiado a Rythel, ¿no crees?

—Ya me he dado cuenta —dijo Seregil mientras se enderezaba y estiraba la

espalda—. La gente de los gremios es orgullosa y un poco rígida. La antigüedad lo es todo para ellos. Parece que Quarin ha molestado a más de uno al darle trabajo a un pariente.

—¿Cómo es posible que alguien le tenga envidia por trabajar en las alcantarillas?

—Si están allí, deben de estar reemplazando las rejillas de hierro que guardan los canales que descienden desde la ciudadela. ¿Quién crees que ha encargado un trabajo como ese?

—El Lord General Zymanis.

—A través de cualquier subordinado que se encargue de los detalles, pero sí. Lo que supone que debe de tratarse de un contrato especialmente lucrativo, con una paga extra para el herrero que se encargue de las reparaciones y para su cuadrilla. Ella ha dicho que se había «Quedado con la bicoca», ¿recuerdas?

—Pero eso sigue sin explicar por qué razón iba Rythel a tener documentos con el sello de Lord Zymanis.

—Cierto, pero al menos establece el principio de una conexión plausible. La carta que tenía estaba dirigida al almirante Nyreidian. Lo conocimos en el grupo de Kylith, durante la ceremonia de la Noche del Luto, si lo recuerdas.

—¡El noble a quien se le acababa de encomendar la supervisión de la guerra de corso! —exclamó Alec—. Eso también está relacionado con la guerra.

—Lo que significa que posiblemente estamos en lo cierto al suponer que Rythel es un espía.

Continuaron caminando en silencio hacia la Vía del Puerto. De repente, Seregil levantó la mirada y dijo:

—Si no estamos equivocados, es posible que tenga que jugar un poco con Rythel, a ver lo que se puede sacar de él. Cuando lleguemos, será mejor que no me deje ver y que seas tú el que haga de mensajero. Si de verdad es de la profesión, podría reconocer mi voz más tarde.

Al llegar al puerto, se dirigieron hacia el oeste y, dejando atrás los últimos muelles y almacenes, caminaron hasta llegar a una franja de tierra rocosa que abrazaba la base de los acantilados. Un rastro dejado por una o más carretas poco tiempo atrás desaparecía de la vista internándose entre retorcidos pinos enanos y morones. Después de seguirlo durante casi medio kilómetro, Alec y Seregil encontraron a los hombres de Rythel a la entrada de una escarpada y maloliente hondonada.

Desde donde Alec y Seregil se encontraban, la entrada a la alcantarilla parecía estar a unos ciento cincuenta metros sobre el nivel del mar. Tenía forma de arco y era lo suficientemente alta como para que un hombre pudiera caminar por ella sin tener que agachar la cabeza. Un fétido torrente gris fluía desde el umbral y corría por un aliviadero de piedra hasta llegar al mar. Por toda la hendidura rocosa reinaba un olor

pestilente y Alec reparó en que los trabajadores se cubrían narices y bocas con paños húmedos. Empapados en vinagre, supuso, para protegerse de los nocivos humores que flotaban en el lugar.

Se había dispuesto una forja cerca de la entrada y el humo negro se condensaba en el húmedo aire, sobre ella. No muy lejos de allí había una pequeña carreta, encima de la cual holgazaneaba media docena de casacas azules.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó Alec mientras observaban la escena escondidos tras un bloque de piedra.

—Vigilando, por si los espías y los merodeadores de las puertas. Las alcantarillas llegan hasta el último rincón de la ciudad.

—¿Qué son los merodeadores de las puertas?

—Ladrones, sobre todo, que saben cómo atravesar todas las puertas y rejillas y que conocen al dedillo los túneles. Mejor todavía que los del Gremio de Basureros. Será mejor que vayas a echar un vistazo.

Dejando a Seregil detrás de la roca, Alec se envolvió en sus harapos y se dirigió hacia la forja por el camino de piedra.

—¿Qué estás buscando aquí? —preguntó un soldado. Pero parecía más aburrido que suspicaz.

—Traigo un mensaje para uno de los herreros —contestó Alec—. Un hombre llamado Rythel.

—Ve a buscarlo entonces, pero date prisa —dijo el centinela mientras le indicaba con un ademán que podía pasar.

En la forja, dos aprendices operaban tenazmente el fuelle mientras un tercero sostenía con unas pesadas pinzas una barra de hierro sobre las brasas. Detrás de ellos, un herrero daba forma en el yunque a una brillante escarpia de hierro. Bajo y moreno, no correspondía a la descripción que Eirual le había dado a Seregil.

Alec esperó hasta que el hombre hubiera terminado de dar martillazos y entonces se adelantó y se tocó la frente respetuosamente.

El herrero examinó sus harapos con aire suspicaz.

—¿Qué quieres?

—Os suplico mil perdones, maestro, pero traigo un mensaje para el maestro Rythel —contestó Alec con la empalagosa amabilidad propia de un mendigo.

—Dilo rápido y lárgate. A los soldados no les gusta que haya gente por aquí.

—No puedo hacerlo, señor —dijo Alec con tono quejumbroso mientras retorció el dobladillo de su túnica con las manos—. Os suplico mil perdones, señor, pero se me ha pagado con buena plata para que no se lo entregara a otro que al propio Rythel. Si llegara a saberse que había entregado un mensaje personal al primero que ha querido saberlo, me costaría mi medio de ganarme la vida.

El herrero no dio su brazo a torcer.

—Me importa bien poco tu medio de vida. Rythel me quitaría el martillo si te dejara vagar por aquí.

La conversación pareció ser una diversión bienvenida por los centinelas.

—Pero si parece inofensivo —intervino uno de ellos a favor de Alec—. Deja que espere aquí. ¿Por qué no? El mensaje es para Rythel, después de todo.

—Así es. Y, además, a él no le gustaría que este mensaje se perdiera, no sé si me explico —sonriendo, Alec hizo un gesto lascivo con los dedos.

—Sea, pues, pero que conste que contra mi opinión —gruñó el herrero al encontrar oposición—. Tú, siéntate en el borde de ese carro y no estorbes.

Los defensores de Alec perdieron interés en él en cuanto hubieron obtenido su victoria. Sentado sobre la parte trasera del carro, empezó a balancear los pies con aire despreocupado mientras cazaba piojos imaginarios entre sus harapos.

El carro estaba lleno de rejas de hierro. Eran obras sencillas y sólidas hechas con barras y crucetas metálicas. Aparentemente habían sido forjadas en la tienda de la ciudad alta y luego transportadas hasta aquí para ser encajadas. En la forja, el herrero y sus ayudantes estaban dando los últimos toques a una de ellas, recortando las crucetas para ajustarlas a las medidas de un calibrador y vertiendo sobre las barras hierro fundido de la forja. Cuando terminaron con esto, sujetaron gruesas pestañas de metal a las barras verticales inferior y superior. De las pestañas inferiores sobresalían pesados clavos; de las superiores no.

En aquel momento, varios hombres salieron del túnel. Todos se cubrían el rostro con los trapos empapados de vinagre, pero uno era considerablemente más alto que el resto y bajo el ala de su gorra de cuero asomaba un pelo rubio y ensortijado.

—Ordo, necesitaremos esos remaches cuando volvamos a entrar —llamó al herrero que trabajaba en la forja—. ¿Están ya calientes?

—Para cuando los queráis, maestro Rythel. Y este joven os espera —el herrero señaló con el pulgar a Alec, mientras añadía intencionadamente—. El sargento Durnin ha dicho que estaba bien.

Rythel se quitó el paño de la cara y se pasó la mano por la espesa y bien cuidada barba que había debajo.

—¿Qué quieres?

Alec bajó del carro de un salto y realizó una reverencia ansiosa.

—Traigo un mensaje para vos, maestro. De una mujer.

El ceño del hombre se relajó a ojos vista. Se apartó de los demás mientras hacía un gesto a Alec para que lo siguiera.

—¿Qué mujer y cuál es el mensaje? —preguntó.

—Una alcahueta morena de la calle de las Luces, maestro. Dice que confía en que la recordéis con cariño y que podéis volver a ella tan pronto como os plazca.

—¿Te dijo su nombre? —preguntó Rythel. Parecía complacido.

—No —contestó Alec con mirada de preocupación. Y entonces, como si recordara de pronto, añadió—. Pero vive en la Casa de los Cisnes.

—La conozco —dijo Rythel, que evidentemente había reconocido el nombre del establecimiento de Eirual—. ¿Algo más?

—Eso es todo, tal como se me dijo. Y, si no os importa que os lo diga, maestro, he tenido suerte al encontraros...

—Sí, si —el hombre se llevó la mano a una bolsa que pendía de su cinturón y dejó caer unas cuantas monedas sobre la mano extendida de Alec—. Dile a tu señora que irá a verla tan pronto como pueda. Y ahora márchate.

—Que la Misericordia del Hacedor sea con vos —dijo Alec, y se alejó a toda prisa. Mientras pasaba junto a los soldados, examinó las monedas que Rythel le había dado. Todas eran de cobre. Se las mostró a los sonrientes soldados, escupió a un lado y musitó—. Hijo de puta tacaño... Que se lleve él sus propios mensajes.

Las carcajadas de los centinelas lo siguieron hasta más allá de la hondonada.

Al llegar al bloque de piedra, Seregil apareció a su lado. Alec le contó cuanto había visto mientras regresaban.

Su amigo se frotó las manos con satisfacción.

—Bien, ahora sabemos el aspecto que tiene nuestro espía.

—Pero seguimos sin saber mucho sobre él.

—Pero si la mujer de la tienda es un ejemplo de lo que se cuece por allí, creo que no será difícil encontrar a alguien dispuesto a chismorrear un poco. Lo has hecho muy bien, como de costumbre. Es posible que podamos volver a utilizar tu habilidad esta misma noche.

Alec sonrió, complacido por la alabanza.

—¿Y qué voy a ser esta vez?

—Un muchacho de campo, inocente y con dinero, que pretende aprender un oficio y hacer algunos amigos.

La sonrisa de Alec se ensanchó.

—Eso me suena.

Situada al final del paseo de los Herreros, la taberna El Martillo y las Tenazas era un lugar de encuentro habitual para los artesanos de aquella parte de la ciudad. La presencia de los extraños en ella era activamente desalentada por aquella fraternidad tan celosa, que consideraba a la taberna como su santuario privado y una especie de salón del gremio no oficial, pero a nadie molestó al pequeño juglar ambulante que apareció aquella noche en medio de la tormenta. Tales músicos, poco más que mendigos, eran bastante comunes en la ciudad y solían tocar por unas pocas monedas en tabernas y plazas del mercado. Su capa, remendada por todas partes con pedazos de tela de colores y abalorios baratos, y los instrumentos que sobresalían de sus bolsillos, le franquearon entrada y le consiguieron un lugar junto al fuego.

Después de elegir una alargada flauta de madera, Seregil tocó una sencilla melodía y cantó la letra con una voz que le hubiera puesto los pelos de punta a Aren Silverleaf. Afortunadamente, esta audiencia era menos exquisita y no pasó mucho tiempo antes de que hubiera una pequeña multitud reunida en su lado de la sala. Rythel no estaba entre la compañía, pero pronto distinguió a Alec que, con su túnica tejida en casa y su rostro aseado y lampiño, era la viva imagen de un pueblerino. El muchacho asintió de forma casi imperceptible, para indicarle que todo andaba bien.

Desde su asiento, situado junto a la chimenea, Seregil podía ver que Alec había sido adoptado por un grupo de bebedores y que la mujer con la que hablaran en la tienda de Quarin se encontraba entre ellos. A juzgar por la manera en la que lo incluían en sus bromas, parecía que les había causado una impresión favorable.

Siguió tocando, al tiempo que mantenía muy abiertos los oídos para captar cualquier jirón de conversación interesante, hasta que Alec se marchó. Interpretó unas pocas cancioncillas más, recogió sus magras ganancias y salió tras él.

Alec lo esperaba en el establo público en el que habían dejado los caballos. Después de quitarse los disfraces en las sombras de un callejón, se vistieron con ropas sencillas y se dirigieron a una taberna situada cerca de la parte norte del Anillo.

—No he tenido demasiada suerte, a menos que quieras saber el precio de un cerdo de hierro —dijo Seregil mientras tomaban asiento en una mesa de esquina—. ¿Cómo te ha ido a ti?

—Tenías razón. La gente de Quarin está fuera de sus casillas —le contó Alec—. Maruli y los demás no han dejado de hablar de ello. No es sólo que Rythel sea el sobrino de Quarin, sino que no está con él desde hace mucho tiempo. Tenía una tienda propia en Kedra, pero se incendió hace cuatro meses. Fue entonces cuando apareció aquí.

—¿Y Quarin siente cariño por su sobrino?

—Ya no. El viejo Alman Blackhand me contó que las cosas fueron bien al principio, pero que han ido empeorando con el tiempo y se han dicho algunas palabras feas. Quarin apenas le ha dirigido la palabra desde que le encargó el trabajo de las alcantarillas. Y algunos piensan que es extraño que Rythel no se aloje con su tío.

—Interesante. ¿Había entre ellos alguno que hubiera formado parte de la cuadrilla de Rythel?

—Unos pocos. Y tampoco a ellos les gusta demasiado. Tiene una lengua muy acerada, los trata a todos como si fueran aprendices y siempre mira por encima del hombro. Al comenzar el trabajo descubrió fallos en la manera en que se aseguraban las rejillas. Ahora se encarga él mismo de la mayor parte de los ajustes finales.

Seregil enarcó una ceja.

—Apuesto a que lo hace.

—Llevan con ello poco más de tres semanas. Hubo que sacar todas las rejillas viejas y reparar la mampostería. Esa es la razón de que los guardias estén allí. Ahora están colocando las nuevas rejillas y Alman está encargado de determinar la parte del túnel donde debe ir la rejilla, de modo que las clavijas de las pestañas y los agujeros encajen; pero es Rythel el que se encarga de colocar y sellar las rejillas. Y éstas son fijas, no tienen compuertas. Eso es todo lo que he descubierto, excepto que me han dicho que si quiero empezar como aprendiz tengo que hablar con Quarin.

—Esperemos no tener que llegar a eso.

Alec se inclinó y bajó la voz.

—¿Crees que Rythel podría estar saboteando las rejillas?

—A juzgar por su comportamiento, no podemos permitirnos el lujo de pasar por alto esa posibilidad. La cuestión es el cómo y si algún otro trabajador está o no implicado en el asunto. Y, naturalmente, quién es el que le paga.

—Tiene que ser cosa de los plenimaranos.

—Me refiero a quién específicamente, y si Rythel sabe quién está detrás. Tenemos que ser muy cuidadosos, Alec. No quiero otra chapuza como la incursión en el castillo de Kassarie. Allí cogimos a la serpiente grande, pero todas las pequeñas se nos escurrieron entre los dedos y escaparon sanas y salvas. Será mejor que hablemos con Nysander. Este asunto parece requerir la atención de los Centinelas.

Todavía debe de seguir con Ylinestra, pensó Alec, irónico, mientras Thero los hacía pasar a la torre de Nysander. Podían verse varios arañazos en el cuello del joven mago, justo por encima del cuello de su túnica. Ella había dejado marcas similares en el cuerpo de Alec durante su único encuentro. *Se la puede quedar*, decidió el muchacho.

Después de que hubieran pasado, Thero regresó a una mesa atestada de libros abiertos.

—Nysander está arriba.

—Será mejor que vengas con nosotros —dijo Seregil mientras empezaba a subir las escaleras.

Thero lanzó a Alec una mirada de sorpresa.

—Es posible que sea un asunto para los Centinelas.

Alec se sintió complacido al ver que la sombra de una sonrisa expectante cruzaba el rostro de Thero mientras se apresuraba a unirse a él. Era muy frío, sin la menor duda, pero en los meses pasados desde que lo ayudara a sacar a Seregil de la prisión, aunque a regañadientes, había terminado por sentir cierta simpatía y cierto respeto por el rígido y joven mago. No carecía de talento y su arrogancia parecía un escudo con el que esconder su propia soledad interior. Y por lo que se refería a la rivalidad que lo enfrentaba a Seregil, Alec no había tardado en descubrir que la culpa era tanto de su amigo como de él.

Encontraron a Nysander en el salón, sentado en su sillón favorito y rodeado por una especie de cartas de navegación desparramadas por todo el suelo.

—Vaya, aquí estáis —exclamó mientras levantaba la mirada con una sonrisa complacida—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Dos semanas?

—Más bien cuatro —dijo Seregil—. El trabajo ha escaseado un poco últimamente, pero nos hemos topado con algo interesante.

Con la ayuda de Alec, contó en pocas palabras lo que habían descubierto durante los últimos dos días. Thero se había sentado un poco aparte, con los brazos cruzados y asentía en silencio mientras escuchaba.

—Vaya, vaya. Eso suena sospechoso —dijo Nysander después de haber escuchado su relato—. Creo recordar haber oído que uno de los ayudantes de cámara de Lord Zymanis desapareció no hace mucho. Sin embargo, no se dijo nada sobre documentos robados. De lo más curioso. Supongo que pretendéis llevar a cabo una investigación más exhaustiva.

Seregil asintió.

—Esta noche. Pero tendremos que ser muy cuidadosos. Por el momento, Rythel es el único pez en nuestra red. No quiero caer sobre él hasta que hayamos descubierto quién está detrás de todo esto.

—¿Habéis registrado su alojamiento?

—Aún no. Las casas de viviendas son muy difíciles de allanar. Todas las habitaciones están ocupadas y en la mitad de las ocasiones no hay corredores, sólo una serie de habitaciones unidas entre sí. He pensado que primero deberíamos registrar los túneles de las alcantarillas y proceder a partir de allí.

—Sí, ese parece ser el curso de acción más lógico —dijo Nysander—. ¿Cómo pensáis introducirlos estando los túneles tan cuidadosamente guardados?

—El extremo inferior, donde todavía están trabajando, lo está —dijo Alec—. Pero no debería ser así en la entrada superior, donde empezaron. No hay necesidad, pues las rejillas están fijas y empezaron en lo alto de la ciudad para ir progresando hacia la ciudad baja desde allí. Seregil supone que debe haber por lo menos cinco o seis rejillas entre las murallas de la ciudadela y el mar.

—Sabotear una sola de las rejillas no sirve de nada. Quienquiera que pretenda entrar por ese túnel tiene que hacerlo con todas ellas —añadió Seregil—. Conozco un pasadizo de acceso cerca de la muralla sur que debería conducir a la entrada del canal. Si logramos llegar hasta él desde este extremo, podremos averiguar lo que han estado haciendo.

—¿Cuándo iréis?

—Esta noche es tan buen momento como cualquier otro —replicó Seregil mientras se levantaba para ponerse en marcha—. Si necesitamos ayuda, te lo haré saber.

—La suerte de los ladrones —dijo Thero mientras pasaba a su lado.

Seregil enarcó una ceja, ligeramente sorprendido. Entonces, con suavidad, tocó con un dedo uno de los rasguños del cuello de Thero.

—También para ti.

MERODEADORES DE LAS PUERTAS

Los constructores de Tamír la Grande habían excavado las alcantarillas de Rhíminee antes de que un solo edificio fuera erigido, y gracias a esa obra monumental habían ahorrado a la nueva capital la incómoda y a menudo nociva suciedad que tan común era en otras ciudades. Tan extensas eran y tan a menudo habían sido ampliadas para acomodarlas al crecimiento de la ciudad en sus cinco siglos de vida que en la actualidad sólo el Gremio de los Basureros las conocía en su totalidad. E incluso entre los Basureros, la mayoría conocía tan solo la sección que mantenía, y guardaba celosamente este conocimiento.

Alec y Seregil esperaron hasta la segunda guardia de la noche antes de dirigirse al distrito sur de la ciudad. Aunque iban armados, caminaban con cautela, deslizándose silenciosamente al interior de callejones o umbrales cada vez que detectaban una patrulla de la Guardia.

La entrada a la que se dirigían estaba situada en una pequeña plaza, tras un edificio de viviendas junto a la muralla sur de la ciudad.

Medio escondida tras un macizo de moreras salvajes, la baja trampilla con barras de hierro se encontraba en la propia muralla. La pequeña rejilla situada cerca de su parte alta recordaba a Alec la puerta de una prisión pero, al igual que su compañero, guardó silencio mientras dejaban en el suelo las antorchas y las palancas que habían traído consigo.

Aguardó detrás de Seregil hasta que éste sacó una varita de luz y entonces extendió con ambas manos la capa para ocultar el resplandor que despedía. Arrodillado frente a la portezuela, Seregil sondeó la cerradura con una ganzúa curva y no tardó en arrancarle una serie de ásperos crujidos. La puerta se abrió a la oscuridad.

Después de recoger cuanto habían traído, se deslizaron a su interior.

Alec clavó un paño cuadrado de grueso fieltro sobre la rejilla y luego examinó la pequeña cámara en la que se encontraban. Delante de ellos, unos escalones de piedra descendían a lo largo de un pasadizo abovedado y se perdían en la oscuridad. El tenue hedor que llegaba hasta allí no dejaba lugar a dudas: se encontraban en el sitio correcto.

—Ahora será mejor que nos pongamos esto. —Seregil sacó de una bolsa de cuero unos paños para la cara, empapados en vinagre, y le tendió uno a Alec. Después de dejar a un lado sus voluminosas capas, encendieron sendas antorchas con una lasca de fuego y se pusieron en marcha. Seregil iba el primero y Alec lo seguía.

—¿Por qué lo construyeron tan grande? —susurró Alec; el pasadizo abovedado tenía más de tres metros de altura.

—Por seguridad. Los vapores venenosos que se condensan aquí tienden a ascender. La teoría es que esta construcción permite que se acumulen sobre la cabeza mientras el aire puro queda debajo. Pero, por si acaso, no pierdas de vista las antorchas; si la llama es azul o comienza a vacilar, es que el aire es peligroso.

La escalera conducía hasta un túnel. Unos pasajes estrechos bordeaban un canal central, lleno en aquel momento por aguas fecales que discurrían a gran velocidad y que despedían un olor apestoso.

Tomaron el pasaje de la derecha y recorrieron el túnel durante varios cientos de metros. Las recientes lluvias habían aumentado la corriente, que había inundado secciones enteras de los pasajes elevados, por lo que en más de una ocasión se vieron obligados a caminar hundidos hasta los tobillos en aguas gélidas y repugnantes.

Repentinamente, se escuchó una aguda salva de gruñidos y chillidos proveniente de la oscuridad que se abría frente a ellos.

Seregil avanzó poco a poco, con la antorcha en alto, hasta que llegaron a una rejilla de hierro que cubría todo el túnel.

Los bordes inferiores de las barras verticales estaban sumergidos en las aguas del canal y el cuerpo de un pequeño perro se debatía entre ellas, atrapado por la presión de la corriente. Docenas de enormes ratas se apelotonaban gruñendo sobre la carcasa, desgarrándola a dentelladas y luchando entre sí. Otras se acercaban al festín chapoteando por el canal o se columpiaban sobre las crucetas de la rejilla. Se alimentaban sin apenas prestar atención a los intrusos humanos a la luz de cuyas antorchas sus pequeños y brillantes ojos despedían destellos rojizos.

—Ésta tiene puerta —susurro Seregil al tiempo que espantaba con la antorcha las ratas más cercanas—. Esta cerrada, pero no creo que tengamos dificultades para abrirla. ¿Quieres hacer los honores?

—Hazlo tú —dijo Alec con voz áspera. No quería tener que abrirse paso por un lugar tan estrecho.

Después de forzar la cerradura, Seregil abrió una estrecha sección de la puerta y, mientras las bisagras crujían, pasó al otro lado, seguido muy de cerca por Alec.

Había más ratas al otro lado, ratas por todas partes. El rumor del agua corriente y los sonidos de los roedores resonaban en el silencio mientras se detenían en una especie de cruce de caminos, en el que un segundo canal se unía al que ellos estaban recorriendo. Después de cruzar de un salto hasta el otro lado, siguieron avanzando hasta llegar a una segunda compuerta. Más allá de ésta el camino empezaba a descender abruptamente.

Ningún túnel más se cruzó con el suyo y finalmente llegaron a una rejilla sin puerta. El trabajo del hierro era reciente y del mismo diseño que Alec había visto a la salida de las alcantarillas. Las anchas pestañas colocadas en las cuatro esquinas de la rejilla se apoyaban sobre bloques de piedra que sobresalían de las paredes del túnel y

se sostenían gracias a gruesos clavos de hierro hundidos en la piedra.

—Aquí estamos —susurró Seregil mientras dejaba su fardo en el suelo—. Enciende tu antorcha con la mía y comprueba ese lado.

—¿Qué estamos buscando exactamente?

—No lo sé, así que sé muy exhaustivo. Podría ser un defecto en la piedra o el hierro.

Alec atravesó el canal de un salto y comenzó a examinar el hierro.

Empezó buscando algo tan evidente como una barra serrada. Sin embargo, todas ellas parecían perfectamente sólidas. Las cavidades de los clavos habían sido aseguradas con remaches colocados en caliente y las pestañas inferiores, que soportaban todo el peso de la rejilla, descansaban sólidamente sobre los soportes de piedra.

—Vamos a tratar de moverla.

Agarrados a sendas crucetas, apoyaron los hombros contra las barras y levantaron. La rejilla cedió dos o tres centímetros.

—¡Empuja! —gruñó Seregil mientras la sacudía por su lado.

Pero la rejilla estaba firmemente sujeta por los clavos de hierro.

Cuando cejaron en su esfuerzo, regresó a su lugar con un estruendoso sonido metálico.

—Pensé que era posible que hubiesen serrado los clavos inferiores —jadeó Seregil mientras flexionaba los brazos—. Pero creo que no.

—Y sin embargo se ha movido. —Alec examinó con la mirada entornada las pestañas que tenía sobre la cabeza. Era imposible ver nada desde ese ángulo, así que se encaramó a las crucetas para, antorcha en mano, llevar a cabo una inspección más cuidadosa.

Al otro lado del canal, Seregil estaba a punto de hacer lo mismo pero su antorcha empezaba a consumirse. Después de sacar una nueva de su cinturón, se detuvo para encenderla con la antigua.

—¿Ves algo?

—Hay casi siete centímetros de clavo a la vista —contestó Alec, sujeto con una mano a lo alto de las barras.

—No soy un experto, pero eso parece mucho. ¿Qué aspecto tiene?

—Como un perno metálico. —Alec aproximó su antorcha—. Sin marcas o cortes. Oye, se está fundiendo como si fuera de cera y hay un...

—¡Ten cuidado!

Unas abrasadoras llamas blancas estallaron a escasos centímetros del rostro de Alec con un furioso sonido siseante. Con un grito asustado, el muchacho dejó caer la antorcha y se cubrió el rostro con un brazo.

—¡Alec! ¡Abajo, Alec! —chilló Seregil.

El muchacho se agachó con dificultades, con una pierna atrapada entre las barras. Sobre él, seguían lloviendo chispas desde una crepitante corona de luz.

Negras manchas bailaron frente a sus ojos mientras Seregil se arrojaba al otro lado del canal. Lo sujetó, lo arrastró al suelo y trató de hacer que rodara sobre el vientre para sofocar las manchas que ardían sin llama en su túnica.

—¡Mis ojos! —jadeó Alec al tiempo que, presa del dolor y la confusión, se apartaba de él.

—Quieto... —empezó a decir Seregil, pero los pies de Alec encontraron un apoyo inesperado en la pared y, con una sacudida brusca, arrojó a su amigo a las gélidas aguas del canal.

Afortunadamente, Seregil tenía la presencia de ánimo necesaria para cerrar la boca por completo mientras se sumergía. Durante un segundo horripilante se debatió impotente contra un lado del canal, incapaz de encontrar el fondo con los pies. Apoyándose en la rejilla, logró enderezarse y utilizó las barras de hierro para volver a subir al pasaje.

Balbuciendo y a punto de vomitar, agarró a Alec por la parte trasera de la túnica, lo arrastró hasta que estuvo lejos del alcance de las chispas y entonces lo obligó a permanecer inmóvil. Mientras tanto, lentamente, la luz blanca iba perdiendo intensidad hasta convertirse en un pequeño resplandor anaranjado. Una de las antorchas seguía encendida y gracias a ella pudieron ver la delgada capa de humo que se deslizaba lentamente desde el clavo formando volutas cerca del techo.

Alec volvió a gemir con las manos sobre el rostro. Temiendo lo peor, Seregil extrajo la varita de luz de su rollo de herramientas y apartó las manos del muchacho para inspeccionar los daños.

El cabello de Alec y la máscara empapada en vinagre habían protegido la mayor parte de su rostro de las chispas, pero media docena de diminutas ampollas empezaban a brotar en el revés de sus manos. Sus mejillas estaban cubiertas de lágrimas mientras apartaba el rostro de la luz.

—¿Puedes ver algo? —preguntó Seregil ansiosamente.

—Estoy empezando a hacerlo. —Alec se frotó los ojos con una manga y entonces pestañeó—. ¿Por qué estás mojado? —una mirada de sorprendida comprensión se instaló lentamente en su rostro—. Oh, no. ¡Oh, Seregil, lo siento!

Seregil logró esbozar una sonrisa tirante mientras trataba de no pensar en el agua inmunda que chorreaba por su rostro en dirección a su boca.

—¿Qué era esa luz? —preguntó Alec.

—No lo sé —volvió junto a la rejilla y trepó para inspeccionar los daños—. El clavo ha ardidado por completo, la piedra esta agrietada a causa del calor y la parte superior de la pestaña está doblada. Y, fuera lo que fuese, debe de funcionar en ambos lados porque si no fuera así, no se podría mover la rejilla.

Cruzó el canal de un salto, se colocó el astil de la varita de luz entre los dientes y trepó para inspeccionar la esquina superior.

—Cuéntame lo que viste.

Sin dejar de pestañear, Alec cruzó y levantó la antorcha.

—Acerqué la llama al clavo para comprobar si había sido cortado. Ha debido de ser el calor porque la superficie del clavo ha empezado a fundirse y a gotear como si fuera cera. Creo que vi algo blanco debajo, justo antes de que se incendiara.

Seregil estiró el cuello cuidadosamente y descubrió que podían quedar varios centímetros de clavo entre la pestaña y la piedra que había sobre ella. Utilizando la punta de su daga, raspó cuidadosamente su superficie. Arrancó con facilidad unas virutas de una sustancia negra y cerúlea y descubrió que debajo de ella había una capa de algún material blanco.

—Tenías razón. Hay una banda de metal blanco plateado dentro del clavo.

La sustancia blanca resultaba tan fácil de cortar como el plomo. Extrajo una lonja diminuta y se la tendió a Alec con la punta de la hoja.

—Pon esto en el suelo y quémalo.

Con pies de plomo, Alec dejó la lonja sobre el suelo y, tan alejado de ella como le era posible, le acercó la antorcha. Ardió al instante en una fugaz llamarada que dejó quemaduras negras sobre la piedra.

Alec dejó escapar un silbido bajo.

—Por los Testículos de Bilairy. Creo que hemos encontrado lo que andábamos buscando.

—Debe de haber suficiente hierro en el centro del clavo como para que se sostenga, pero esa sustancia lo funde por completo.

—¿Es magia?

Seregil arrancó un poco más de la sustancia blanca.

—Es posible. Nunca había visto nada igual, pero es posible que Nysander lo sepa.

Introdujo las muestras cuidadosamente en la pequeña jarra de cerámica en la que había traído la lasca de fuego y se la tendió a Alec.

—Menudo lío he organizado en esa esquina —dijo Alec mientras lanzaba una mirada preocupada a la piedra ennegrecida.

—Cierto. —Seregil descendió para reunirse con él—. Nuestros saboteadores vendrán más pronto o más tarde para asegurarse de que todo va bien. Y, aunque no fuera así, siempre están los Basureros. Será mejor que traigamos a Nysander o a Thero aquí.

Alec recuperó poco a poco la visión mientras limpiaban el lugar lo mejor que podían y regresaban.

—¿Qué hay de las cerraduras? —preguntó mientras llegaban a la primera de las rejillas con puerta.

—Será mejor que las dejemos como las encontramos —contestó Seregil—. Me adelantaré hasta la siguiente. Ciérrala.

La cerradura estaba oxidada; farfullando improprios, Alec la hizo rechinar con una ganzúa hasta que se cerró.

Para entonces Seregil había doblado un recodo y no estaba a la vista. Ansioso por dejar las ratas y aquella humedad poblada de ecos detrás de sí, Alec se apresuró a ir detrás de él.

Acababa de verlo al fondo, junto a la intersección de los canales, cuando repentinamente, con un gruñido de sorpresa, se tambaleó de lado y cayó a la corriente. La antorcha que había estado llevando quedó suspendida en precario equilibrio sobre el borde y su luz permitió a Alec ver que dos figuras encapuchadas y andrajosas saltaban desde las sombras del túnel lateral y se acercaban a la forma flotante de Seregil con sendos cuchillos en alto.

Sin detenerse a pensar, Alec lanzó un grito, desenvainó su espada y arremetió contra ellos.

Los merodeadores de las puertas se vieron sorprendidos, pero el que se encontraba más próximo a Alec sacó un garrote justo a tiempo de parar su primera estocada. Alec retrocedió de un salto y se preparó para luchar.

La estrechez del pasaje impedía que los dos enemigos lo atacasen al mismo tiempo pero también restringía las posibilidades de Alec. Sus oponentes parecían más acostumbrados a esas condiciones. Casi de inmediato, el segundo cruzó de un salto el canal para tratar de atacarlo por el flanco. Alec hizo lo mismo y se mantuvo encarado con él. Ya no podía ver a Seregil.

La corriente debe de haberlo arrastrado hacia el sitio del que venimos, pensó. Y por un instante aterrador recordó la carcasa del perro atrapada contra las barras inferiores de una de las rejillas y las ratas que lo acompañaban. Sin embargo, los merodeadores no le permitieron recrearse demasiado tiempo en la imagen. El que se encontraba en su mismo lado del túnel estaba avanzando con el cuchillo preparado. Alec pudo ver por el rabillo del ojo que el otro introducía el brazo dentro de su andrajosa túnica en busca de algo, posiblemente un cuchillo o dardo. Sin embargo, de improviso se desplomó sobre la pared mientras lanzaba un agudo chillido y se aferraba al cuchillo arrojadizo que sobresalía de su hombro.

—¡Hammil! —gritó el que se encontraba frente a Alec. Y éste advirtió al instante que se trataba de una mujer.

—No seáis estúpidos —dijo una voz familiar desde las sombras, aguas abajo.

Alec y la mujer se volvieron al unísono mientras Seregil aparecía a la vista al otro lado. Estaba más mojado que nunca pero tenía una segunda daga preparada mientras caminaba lentamente hacia el asaltante herido. El muchacho retrocedió tambaleándose sin soltarse el brazo.

—No queremos hacer daño a nadie —dijo Seregil con voz tranquila mientras, con un gesto, indicaba a Alec que se apartara muy despacio.

La mujer se bajó la capucha y mostró un rostro severo y enjuto.

—Apártate de mi niño —gruñó mientras agitaba su garrote de forma amenazadora en dirección a Alec.

—Vosotros empezasteis esto. ¿Qué queréis? —preguntó Seregil antes de detenerse con la daga en la mano a unos pasos del muchacho.

—Nada —replicó la mujer—. Sois extraños. Es todo. Los extraños empiezan a ser un peligro por aquí. Hemos perdido a algunos amigos últimamente.

Seregil envainó el cuchillo. Se inclinó sobre el muchacho caído, examinó su herida y entonces extrajo de un tirón el pequeño cuchillo arrojadizo.

—No es un corte malo —dijo a la mujer por encima de su hombro—. Habéis tenido suerte de que mi puntería sea tan mala.

—Estoy bien, Ma —dijo con voz ronca el joven merodeador mientras se encogía para apartarse de Seregil. A la mortecina luz de la antorcha, Alec pudo ver que era más joven que él mismo. También reparó en la fina cinta de sangre que recorría la mejilla derecha de Seregil.

—¿Estás bien? —le gritó éste.

—Sí. ¿Y tú?

Seregil asintió, se acercó de nuevo al muchacho y volvió a dirigirse a su madre.

—Te dejaré al tuyo si tú dejas al mío —le dijo, mientras levantaba las manos con las palmas hacia arriba.

Sin decir una palabra, la mujer saltó sobre el canal, ayudó al muchacho a incorporarse y se perdió con él a toda prisa entre las sombras.

Alec cruzó a su vez y alargó un brazo para inspeccionar el corte que Seregil tenía en la cabeza.

—Menudo golpe te ha dado.

—Me lo tengo merecido —murmuró él entre dientes—. ¡Por los Dedos de Illior! Asaltados por un par de merodeadores de las puertas. Si el agua helada no me hubiera despertado, me habría ahogado.

—Me alegro de que no lo mataras. No creo que tuviera más de doce años.

Seregil apoyó un brazo contra el muro y dejó escapar un largo suspiro.

—También yo. Pero es raro que nos atacaran. Los merodeadores suelen ser bastante esquivos. Roban y espían, sí, pero generalmente evitan las peleas.

Frunciendo el ceño, Alec se quitó el trapo del rostro y lo apretó contra el corte de la cabeza de Seregil.

—¿Estás seguro de que estás bien? Estás temblando bastante.

Seregil cerró los ojos un instante con una mano apoyada sobre el hombro de Alec. Entonces, después de quitarle el trapo de las manos, lo sostuvo por sí mismo y

continuó caminado por el túnel.

—Vamos, salgamos de aquí. Ya he tenido remojones más que suficientes para una sola noche.

Llegaron a la entrada oculta tras las moreras sin incidentes, pero los efectos combinados del frío y el golpe empezaban a pasarle factura a Seregil.

—Ve a ver a Nysander —dijo. Seguía tiritando incluso después de haberse envuelto con la capa seca—. Yo me quedaré aquí y me aseguraré de que nadie se topa con nuestra pequeña aventura mientras regresáis.

Para su sorpresa, Alec se negó.

—No, vas a ir tú —afirmó sencillamente—. Tu cabeza sigue sangrando y puedo escuchar desde aquí cómo te castañetean los dientes.

—Sobreviviré —replicó—. No quiero que te quedes aquí solo. ¿Y si aparece alguien?

—Razón de más para que te apresures —dijo Alec con tono obstinado—. Me esconderé. Nunca sabrán que estoy aquí. Tú eres el que necesita atención. ¡Vamos!

Seregil podía asegurar por la forma que había adoptado la mandíbula de Alec que había tomado una decisión. Cortó una pequeña tira del dobladillo de su túnica y se la tendió al muchacho.

—Coge esto. Nysander lo utilizará para encontrarte. Y, pase lo que pase, no te dejes ver, ¿comprendido? Nada de heroicidades.

—Nada de heroicidades.

Seregil dejó escapar un suspiro derrotado.

—Si no he vuelto pronto, regresa a la Oréska, ¿de acuerdo?

—¡Muy bien, sí! ¿Quieres irte ya? No quiero pasar aquí toda la noche —después de subirse la capucha, Alec se fundió entre las sombras.

El latido en la cabeza de Seregil empeoró a medida que se arrastraba por las calles oscuras en dirección a la Oréska, pero logró ignorar el dolor trocándolo por preocupación por Alec. A pesar de la fe que tenía en la inteligencia del muchacho, no podía sacudirse de encima las visiones en las que Alec era sorprendido por la Guardia o por los espías que regresaban sigilosos para comprobar si alguien había descubierto su sabotaje.

Llegó a la Oréska sucio, empapado y ensangrentado y, después de discutir con los centinelas para conseguir que lo dejaran pasar, recorrió lo más rápidamente que pudo las serpenteantes escaleras que conducían a la torre de Nysander.

Thero abrió la puerta y retrocedió mientras se cubría la nariz con una manga.

—¡Por la Tétrada! —exclamó, a punto de vomitar, al tiempo que se interponía en la entrada—. Hueles como si acabases de salir arrastrándote de las alcantarillas.

—Muy observador de tu parte. Apártate de mi camino.

—No vas a entrar aquí en ese estado. Ve primero a los baños.

—No tengo tiempo para eso, Thero. Y ahora, muévete o te moveré yo.

Se miraron un instante. Los años de mutua antipatía se desplegaban delante de sus ojos, desprovistos de la pátina de las bromas o las conveniencias sociales. Cada uno de ellos podía infligirle al otro considerable daño si se llegaba a un enfrentamiento abierto, y ambos lo sabían.

—Alec está solo ahí fuera y necesitamos la ayuda de Nysander —siseó Seregil.

Con una última mirada de disgusto, Thero se hizo a un lado y lo dejó entrar en el laboratorio.

—No está aquí.

—¿Y dónde está?

—Ha salido a dar su paseo nocturno, supongo —replicó Thero con rigidez—. ¿O es que te has olvidado de eso?

—¡Entonces convócalo! —Seregil se detuvo, respiró profundamente y añadió entre dientes—. Si eres tan *amable*.

Thero conjuró una esfera de mensajes con un ademán despreocupado. Sostuvo la diminuta luz en equilibrio sobre la palma de la mano y le dijo:

—Nysander, Seregil te necesita ahora mismo. Está en el laboratorio.

La luz salió disparada atravesando el suelo. Luego, el joven mago invitó con un gesto a Seregil a tomar asiento en un banco de madera que había cerca de una de las mesas, pero él mismo permaneció en pie.

Estaba impecable como de costumbre, advirtió Seregil, no sin cierta amargura. Su túnica estaba perfectamente limpia bajo el delantal de cuero, el cabello y la barba, de un negro rizado, recortados con pulcritud y las manos de dedos rectos, inmaculadas. Cuando recordaba que él había habitado aquella osamenta angular, si bien por espacio de poco tiempo, todavía seguía encogiéndose por dentro. Y ni siquiera soportaba el pensar que Thero había tenido igualmente el uso de su cuerpo.

—Estás sangrando —dijo éste al cabo de un rato mientras se le acercaba de mala gana—. Será mejor que eche un vistazo.

Seregil se apartó de él.

—Es sólo un rasguño.

—Tienes un chichón del tamaño de un huevo sobre la oreja y sangre fresca en la mejilla —le espetó Thero—. ¿Qué crees que diría Nysander si te dejara aquí sentado como si tal cosa?

Wethis, el joven criado, trajo agua limpia y vendas y Thero empezó a limpiar la herida. Nysander regresó mientras terminaba.

—Una imagen realmente insólita —exclamó el mago mientras caminaba deprisa entre los montones de manuscritos. Vestía una chaqueta y pantalones raídos. Seregil reparó, no sin cierto orgullo, en lo amable y poco apropiada para un mago que

resultaba la apariencia de su viejo amigo en comparación con la de su rígido asistente.

—¡Por la Luz, Seregil, qué hedor más espantoso! Por favor, Thero, cuando haya terminado aquí, ve a buscar una túnica limpia.

Después de doblar la toalla ensangrentada cerca de la jofaina, Thero desapareció por las escaleras negras que había junto a sus aposentos.

Nysander sonrió al examinar la obra de su asistente.

—A veces logra sorprenderme. Pero ¿dónde está Alec?

—Toma esto. —Seregil sacó otro pedazo de tela que había cortado de su capa y lo puso en las manos de Nysander—. Encontramos lo que buscábamos, la prueba de un sabotaje en los túneles, pero organizamos un buen lío al hacerlo. Necesito que lo soluciones por nosotros. Alec está esperado en la entrada, así que será mejor apresurarse.

Nysander sacudió la cabeza.

—Sí, por supuesto, pero no veo razón para arrastrarte de nuevo a las calles. Todavía estás aterido hasta los huesos y una translocación no sería lo mejor para ti después de un golpe en la cabeza como ese.

Seregil se incorporó para protestar, pero entonces se sorprendió al descubrir que el suelo trepidaba bajo sus pies de un modo decididamente desagradable.

—Ahí lo tienes, ¿ves? —le reprendió Nysander mientras lo ayudaba a volver al banco—. Ve abajo y siéntate junto al fuego. Alec podrá mostrarme todo cuanto necesite ver.

—No puedo quedarme aquí sentado sin más —volvió a insistir Seregil, pero la cabeza seguía dándole vueltas—. Esta noche ya nos hemos encontrado con dos merodeadores de las puertas. Podría haber otros, o algo peor.

Nysander alzó una de sus pobladas cejas.

—¿Acaso estás sugiriendo que Alec no estará seguro en mi compañía?

Seregil enterró la cabeza entre las manos mientras Thero reaparecía trayendo ropa limpia bajo el brazo.

—Dejo a Seregil encomendado a tus diestros cuidados —le dijo Nysander—. Sugiero una copa de vino y, por encima de todo, un baño.

Apretó entre sus manos el jirón de lana que Seregil le había dado, trazó una serie de símbolos en el aire y entonces desapareció en la amplia apertura negra que se había abierto por un breve instante detrás de él.

Cuando Nysander volvió a abrir los ojos, se encontraba en una pequeña plaza desierta.

—Ya era hora —susurró Alec mientras salía arrastrándose de detrás de unos arbustos sin hojas—. ¿Seregil está bien?

—Sí. Sólo un poco desconcertado. Dice que hay algo que tienes que mostrarme.

—Algo que necesitamos que soluciones —replicó el muchacho con una sonrisa familiar—. Sígueme.

De hecho, era la primera vez que veía a Alec en acción, y su rapidez y eficiencia lo impresionaron.

—Vaya, Seregil ha estado muy ocupado contigo —señaló el mago mientras Alec lo dejaba pasar por la segunda puerta.

—M'a arruinao pa'l trabajo decente, eso es lo q'ha hecho —replicó Alec en una imitación pasable del acento de un estibador del puerto—. No estamos lejos.

Cuando llegaron a la rejilla dañada, Nysander trepó para comprobar los daños sufridos por el hierro y la piedra y luego pasó al otro lado para ver la esquina intacta.

—Ya veo —murmuró para sí mientras examinaba con mucho detenimiento el clavo que quedaba—. De lo más ingenioso. Y no menos ingenio demuestra el que lo hayáis descubierto. Sí, estoy bastante satisfecho. Bien hecho.

—¿Puedes arreglarlo?

—¿Que si puedo arreglarlo? —bufó Nysander mientras volvía a bajar. Agarró las barras con ambas manos, cerró los ojos y escuchó la voz del frío hierro. Dejando que su propia energía pasase a él a través de sus dedos, imaginó el metal y lo sintió agitarse bajo sus manos.

De pie junto a él, Alec sintió que una onda poderosa atravesaba el fétido aire. No hubo destellos de luz ni exhibiciones mágicas, sólo un breve zumbido procedente del metal. Durante un momento, le pareció a Alec que éste cobraba vida y, como si fuese una planta, crecía y se movía al mismo tiempo que se curaba.

Levantó la mirada y vio que la esquina dañada tenía el mismo aspecto que antes.

—¡Por la Luz de Illior! —jadeó, casi incapaz de dar crédito a sus ojos.

Nysander rió.

—Confío en que no esperaras verme bajar aquí con un martillo y un yunque —abrió la mano y le mostró a Alec un clavo de hierro alargado. Toda la zona que había atravesado la pestaña estaba rayada, y el resto ennegrecido a causa de la forja, salvo allí donde aparecía la sustancia blanca, cerca de uno de sus extremos.

Sin decir una palabra, Alec trepó por la rejilla. En su lugar encontró un clavo perfectamente sólido.

—Asombroso —exclamó mientras daba unos golpecitos sobre el hierro con la hoja de su cuchillo.

Nysander se encogió de hombros.

—No es más que magia.

Seregil aceptó de mala gana la infusión de corteza de sauce que Thero había preparado y luego bajó a los baños. Sin embargo, en cuanto estuvo limpio y vestido, volvió al laboratorio y se negó a moverse de allí, pese a los evidentes deseos de Thero de que esperase en cualquier otro lugar.

Ansioso e impaciente, merodeaba por la abarrotada habitación, toqueteando piezas de aparatos delicados.

—¡Dame eso! —le espetó Thero mientras le arrancaba de las manos un racimo de esferas de cristal llenas de fluido—. Si se te cae estaremos hasta la nariz de duendecillos de las ciénagas. Si no quieres irte abajo entonces, por el amor de Illior, siéntate.

—Ya sabía lo que era —con el ceño fruncido, Seregil subió la escalera que conducía a la pasarela elevada y observó, a través de los gruesos paneles de cristal de la cúpula, el movimiento de las luces que brillaban allá abajo.

Cuando por fin Alec y Nysander se materializaron en el centro de la sala, hubiera sido difícil decir cuál de los dos se sintió más aliviado.

—¡Por fin! —exclamó Seregil mientras bajaba dando saltos—. ¿Habéis tenido algún problema?

—No, todo está como nuevo —le dijo Alec, sonriendo.

—¿Traigo ropa limpia? —inquirió Thero, que volvía a arrugar la nariz.

—Sí, dentro de un momento —dijo Nysander—. Pero antes de nada debo felicitar a nuestros dos hábiles espías por un hallazgo de lo más valioso —sacó el clavo de la manga—. Por ahora me guardaré esto. Seregil, Alec me ha dicho que guardaste una muestra de ese curioso material blanco.

Seregil levantó el pequeño frasco.

—Aquí mismo. ¿Quieres ver cómo funciona?

—Sí, pero no aquí, creo. Hay demasiadas cosas inflamables —tomó un crisol de una estantería cercana y se dirigió, seguido por todos ellos, a la sala de encantamientos.

Después de colocar algunas de las virutas blancas en el crisol, Nysander lo depositó sobre el suelo y acercó la llama de una vela a sus contenidos. Una pequeña fuente de chispas blancas estalló y se esparció por el suelo.

—¡Increíble! —murmuró Thero, mientras removía las virutas que quedaban con una pequeña varita de cristal.

Seregil lo observaba subrepticamente. Había reconocido el repentino brillo del entusiasmo en sus pálidos ojos. En momentos como aquel casi podía ver lo que mantenía las esperanzas que Nysander albergaba por el joven: la aguda y curiosa mente que se escondía bajo la fría fachada de Thero.

—¿Habías visto alguna vez algo como esto? —preguntó Thero, volviéndose hacia Nysander.

El anciano mago encendió otro fragmento y olió el humo que despedía sin consumirse.

—Es una clase de metal incendiario, creo. Se le conoce como Mordisco de Sakor o Fuego de Sakor, por razones obvias. Muy, muy raro, pero... —se detuvo y alzó una

de sus poblada cejas mientras se volvía hacia Seregil— bastante abundante en ciertas regiones de Plenimar.

Seregil intercambió con Alec una sonrisa de complicidad.

—Parece que por fin hemos dado con un poco de trabajo decente.

18

TRAS LA PISTA

Durante los siguientes días, Seregil y Alec siguieron muy de cerca los movimientos de su hombre, pero sólo descubrieron que Rythel era fastidiosamente regular en sus hábitos. Se levantaba temprano, reunía a su cuadrilla y trabajaba todo el día sin abandonar las alcantarillas. Al llegar la noche cenaba en sus aposentos y se acostaba temprano.

La cuarta noche, mientras esperaban en la calle de los Barqueros, frente a la casa en la que vivía, vieron salir a un joven corpulento y rubicundo.

—Ese es el nieto de la propietaria —susurró Seregil a Alec—. Desde que estamos aquí ha visitado la taberna de la esquina todas las noches.

Y, en efecto, el joven se encaminó hacia la taberna de la esquina deteniéndose para conversar con los vecinos por el camino.

Seregil se levantó y se estiró, sin apartar los ojos de él.

—Parece un poco charlatán. Creo que voy tomarme una pinta y a tratar de entablar algo de conversación.

Era una noche clara y apacible, pero fría. Alec se movía inquieto desde un helado portal al siguiente mientras vigilaba la casa y observaba la media luna que discurría lentamente sobre ella. Había coronado la chimenea cuando por fin Seregil regresó, riendo para sí y envuelto en un fuerte olor a cerveza.

—Pareces contento contigo mismo —musitó Alec al tiempo que movía los helados pies.

—Y lo estoy. —Seregil echó atrás la capa y le presentó una copa de madera llena con la mejor cerveza de El Perro y la Campana—. Vámonos a casa. Es poco probable que Rythel se mueva hasta dentro de dos noches.

Alec tomó un gratificante sorbo de cerveza aguada mientras se dirigían hacia la plaza en la que habían dejado los caballos.

—Entonces, ¿el nieto te ha contado algo?

—Nuestro herrero parece ser igualmente impopular entre todos aquellos que lo conocen. A excepción, claro está, de su casera, que evalúa a sus inquilinos exclusivamente por la puntualidad que exhiben a la hora de pagarle el alquiler. Su nieto, el joven Parin, ha tenido algunos encontronazos con él desde que vive en la casa. Por lo que parece, se intercambiaron algunas palabras duras cuando, en una ocasión, Parin entró sin anunciarse en las habitaciones del herrero. «Y te advierto que —sonriendo, Seregil imitó la voz un poco vacilante del hombre mientras le contaba sus quejas— sólo estaba haciendo algunos dibujos. Ni que hubiese estado matando a alguien o algo así. ¡Sólo unos dibujos, por el amor del infierno! Es un maricón y un avaro, a pesar de sus modales elegantes y pretenciosos». Un astuto juez del carácter,

el amigo Parin —dijo Seregil con una risilla—. No fue capaz de decirme nada sobre la naturaleza de los «dibujos» pero me contó que, si bien Rythel nunca sale de noche en los días laborables, al llegar el fin de semana se va de juerga de manera regular.

El instinto de cazador de Alec se agitó.

—Mañana por la noche.

—Exacto. Por lo que cuenta Parin, aparece en el piso de abajo vestido como un caballero, lo envía a la puerta de al lado para alquilar un caballo, le da una propina propia del avaro que es, se marcha montado en su caballo y no vuelve a aparecer hasta el alba o la noche siguiente.

—Lo que explica cómo terminó en la calle de las Luces.

—Y estoy dispuesto a apostar que hace algunas otras paradas por el camino. Creo que ya es hora de que Lord Seregil vuelva a salir.

Alec lo miró con los ojos entornados.

—¿Sólo él? ¿Y qué hay de mí?

Seregil rodeó sus hombros con un brazo y, mientras lo despeinaba con aire de broma, dijo:

—Bueno, si Maese Rythel pasa toda la noche visitando las casas de juego y los prostíbulos, ¿qué mejor momento para hacer una visita a su casa?

La noche siguiente, tal como esperaban, Rythel abandonó la calle de los Barqueros al llegar la noche. Las calles estaban abarrotadas, lo que facilitó a Seregil seguirlo hasta el centro de la ciudad. Una pesada capa escondía la fina casaca y los pantalones que se había puesto para la ocasión.

El herrero cabalgaba con soltura. Parecía estar disfrutando del aire de la noche. Al cabo de un rato, se detuvo en La Garza, una elegante casa de juego situada en el margen oriental del Barrio de los Mercaderes.

Un golpe de suerte. Seregil sonrió para sí mientras observaba desde una prudente distancia cómo desaparecía Rythel en el interior de la casa. Lord Seregil era bien conocido en La Garza desde los tiempos en los que se ganaba la vida en tales establecimientos. Y las amistades de las casas de juego resultaban fáciles de mantener.

Después de dejar a Cynril con un mozo de cuadra, entró en la casa. El anciano portero se hizo cargo de su capa con una reverencia.

—Buenas noches, señor —dijo—. Ha pasado algún tiempo desde la última vez que lo vimos por aquí. ¿Espera a alguien?

—No. Una cita cancelada a última hora me ha dejado sin saber qué hacer —se detuvo y deslizó discretamente una moneda en la mano del hombre, al tiempo que murmuraba—. ¿Hay sangre nueva esta noche, Starky?

Stark cerró la mano alrededor del soborno y se inclinó hacia él.

—Algo señor, algo. La joven Lady Lachia se ha vuelto bastante adicta al bakshi desde que se casó, pero su marido está con ella esta noche y él debe de conocerlos bien de tiempos pasados. Hay un rico caballero del campo, Sir Nynius, que es un apasionado de las piedras eranas y que juega realmente mal. Y hay un tercero, un recién llegado. No es noble pero tiene buena planta. Se hace llamar Rythel de Porunta.

—¿Cómo puedo reconocerlo?

—Es alto y rubio y luce una barba bastante impresionante. Supongo que podréis encontrarlo en el salón de cartas. Un jugador arrojado, por lo que he oído, aunque no siempre inteligente. Se ha convertido en un asiduo durante el último mes, más o menos y, por lo que dicen, se toma con idéntica filosofía tanto las pérdidas como las ganancias.

Seregil le obsequió con una segunda moneda y un guiño.

—Que la suerte de Illior sea con vos, mi señor.

La Garza era un establecimiento moderadamente opulento que se dividía en una serie de grandes salas. Las que se encontraban más cerca de la entrada ofrecían juegos diversos, de los que podían participar todos los clientes; las habitaciones más pequeñas, situadas en la parte trasera, estaban reservadas para asuntos privados.

Seregil encontró a Rythel en una de estas últimas. Estaba embarcado en una partida de Gambito de Torre con varios mercaderes ricos y algunos oficiales de los Arqueros de la Reina.

Unos pocos conocían a Seregil y lo invitaron a unirse a ellos. Tomó asiento en la silla vacía que había junto a Rythel y dejó su bolsa sobre la mesa.

—Buenas noches, Lord Seregil —lo saludó Viniua, el mercader de lana, mientras reunía las cartas, pintadas de brillantes colores, para una nueva mano—. La apuesta es de tres sestercios de oro y el límite está en ocho. Como nuevo jugador, os corresponde empezar a apostar.

Seregil jugó de forma conservadora las primeras manos al tiempo que aprovechaba para evaluar el estilo de Rythel y reunir unas ganancias modestas. Conversó con los demás mientras jugaban, aderezando la charla con consejos sobre inversiones y alusiones a empresas recientes que le habían reportado beneficios, entre las que se incluía un interés en la flota de corsarios que estaba siendo supervisada por Nyreidian.

Rythel lo escuchó con diplomático interés y dijo poco hasta que la mano volvió a recaer sobre él.

—Sugiero un cambio de juego —dijo, mientras reunía las cartas—. ¿Qué tal Espada y Moneda? Somos los suficientes para organizar dos partidas diferentes.

Los demás jugadores se mostraron de acuerdo y así, cuando las sillas y mesas hubieron sido reorganizadas, Seregil se encontró, en absoluto para su sorpresa,

sentado frente a Rythel. Con un mudo agradecimiento a Illior, se dispuso a convertir a su compañero en un hombre rico.

Los jugadores menos circunspectos no tardaron en quedarse sin blanca pues Seregil, a quien el arte de barajar las cartas de la manera apropiada no le era desconocido, se encargaba con discreción de inclinar la balanza en su favor y en el de Rythel. Y éste, asimismo, poseía ciertos talentos; al cabo de una hora de juego los dos habían agotado los recursos de los demás jugadores.

Seregil lo saludó con una ligera reverencia mientras se levantaban para dividirse las ganancias y extendió la mano.

—Bien jugado. Soy Lord Seregil, como tal vez hayáis escuchado. ¿Y vos?

—Rythel de Porunta, señor mío —su apretón era fuerte pero la mano no era tan áspera y callosa como Seregil había esperado. Era evidente que se había esforzado en ocultar su actual ocupación.

—¿Porunta? Eso está cerca de Stneport, ¿no es así? ¿Y qué os trae tan al norte a estas alturas del año?

—Me dedico al comercio, mi señor, a mi modesta escala. —Rythel hizo una pausa mientras miraba a Seregil con una sonrisa abierta y encantadora—. Debo confesar que algunas de las empresas que habéis mencionado esta noche me interesan.

—Un hombre de visión, ¿eh? —dijo Seregil con un guiño de complicidad—. Soy un gran admirador de la ambición y la verdad es que nuestra breve asociación de esta noche no le ha hecho mal alguno a mi bolsa. Quizá queráis discutir el asunto frente a una buena cena.

—Me sentiría muy honrado, mi señor —contestó Rythel, un poco más que ansioso.

—¿Se os ocurre algún lugar en particular?

Rythel se encogió de hombros.

—No, mi señor. No había hecho planes para la noche.

Maldita sea, pensó Seregil. Parece que vamos a pasar toda la noche pagándonos las bebidas y tratando de sonsacarnos el uno al otro.

Se levantaba una mañana fría y clara cuando Seregil regresó a El Gallito. Alec dormía en el sofá, con las piernas extendidas hacia lo que quedaba del fuego. Despertó sobresaltado cuando Seregil se dejó caer con aire fatigado a su lado.

—Bueno, ¿cómo fue la cosa?

Seregil se encogió de hombros y se peinó los cabellos con ambas manos.

—No es el mejor espía del mundo, pero sabe mantener la boca cerrada. Pasamos la mayor parte de la noche bebiendo en La Rosa y entonces decidió que quería una mujer. Supuse que querría encontrarse con alguien en un burdel, pero la verdad es

que estaba dispuesto a marcharse con el primer par de prostitutas que encontrásemos en plena calle. Finalmente logré arrastrarlo hasta La Pluma Negra.

—¿La Pluma? Eso está bastante por debajo de la casa de Eirual.

—Eso es lo mismo que pensé yo. O bien estaba actuando para mí o su fortuna fluctúa considerablemente entre una semana y otra. Es algo que debemos vigilar. En cualquier caso, nos separamos allí hace unas pocas horas y lo seguí hasta la calle de los Barqueros. No volvió a salir.

—Parece que has desperdiciado la noche.

—Por lo que se refiere al asunto de las alcantarillas, sí. Sin embargo, es imposible pasar una noche bebiendo y visitando un burdel con una persona y no descubrir algo sobre ella. Se está haciendo pasar por un mercante adinerado y, para serte sincero, lo hace tan bien que me pregunto si parte de ello no será cierto. Yo diría que es nativo de Eskalia y que se ha dedicado a esta clase de asuntos antes... Un espía de poca monta. Los plenimaranos saben cómo encontrar a ese tipo de personajes y utilizarlos.

Alec esbozó una sonrisa irónica.

—Igual que tú.

—Sin embargo, es demasiado pronto para saberlo, en este caso. —Seregil se estiró. Estaba exhausto. La noche pasada en La Pluma lo había dejado con una sensación incómoda y necesitaba darse un baño—. Aunque es evidente que Lord Seregil le ha causado una gran impresión. Apenas dejé escapar algunos comentarios sobre los corsarios lo tenía rendido a mis pies. También deslicé algunos rumores; será interesante ver dónde aparecen más adelante. ¿Cómo te fue a ti?

Alec sacó un aplanado rollo de pergamino del interior de su túnica y lo blandió con aire triunfante. Lo llevó hasta la mesa, lo extendió sobre ella y lo aseguró colocando libros en las esquinas. Mientras extendía el brazo para hacerlo en una de las superiores, Seregil reparó en un desgarrón de su manga izquierda, que parecía manchado de sangre.

—¿Qué te ha pasado?

El muchacho se encogió de hombros y evitó su mirada.

—No es nada.

—¿Nada? —agarró la mano de su amigo y retiró la manga. El antebrazo estaba envuelto en un tosco vendaje, manchado con un círculo de sangre seca el tamaño de una moneda de dos sestercios—. La nada no suele sangrar de esta manera.

—Es sólo un rasguño —insistió Alec.

Ignorando las objeciones del muchacho, Seregil sacó la daga y cortó los vendajes. Ocultaban un corte profundo y desgarrado que comenzaba siendo apenas un arañazo por debajo del codo y terminaba peligrosamente cerca de los delicados tendones de la muñeca de Alec.

—¡Por los Dedos de Illior! Se te podría envenenar la sangre con un corte como

éste —dijo con voz entrecortada, mientras traía brandy para limpiar la herida—. ¿Qué ha pasado?

—Simplemente resbalé mientras me acercaba a la ventana por el tejado —admitió Alec con un suspiro reticente—. Supuse que sería la ruta más segura, pero era un poco más empinado de lo que había pensado y las tejas eran realmente resbaladizas.

—¿Has oído hablar de las cuerdas?

—Cuando me di cuenta de que necesitaba una, ya estaba allí arriba. Sea como sea, la manga se me enganchó en un clavo que sobresalía del canalón...

—¿El canalón? —balbució Seregil mientras el estómago se le revolvía—. ¿Es que fuiste por el *borde*? ¡Es una caída de casi quince metros hasta un suelo de piedra! ¡En el nombre de Bilairy...!

—De hecho, hay un cobertizo justo debajo de su ventana —le corrigió Alec—. Hubiera detenido la caída...

—Oh, así que lo tenías todo cuidadosamente planeado, ¿no es así? —dijo Seregil con evidente sarcasmo.

Alec volvió a encogerse de hombros.

—Aprende y vive, ¿recuerdas?

Por la Luz de Illior, esa debe de ser la misma expresión que se pinta en mi rostro cuando Micum o Nysander me reprenden después de haber sobrevivido a alguna estupidez. Sacudió la cabeza y se volvió para inspeccionar la obra de Alec, un tosco dibujo a carboncillo manchado de sangre aquí y allá.

—Es la copia de un mapa que encontré dentro de uno de los postes de la cama de Rythel, que estaba hueco —le explicó Alec mientras lo miraba con el ceño fruncido—. No está demasiado bien, ya lo sé, pero sabía que no podría recordar nada de él a menos que lo copiase.

—¿No has robado este pergamino de su habitación?

—¡Por supuesto que no! Recordé lo que Parin había dicho, que había dibujos en su habitación, y pensé que podía tener que copiar algo. Así que me llevé todo el material que podía necesitar.

—Excepto una cuerda.

A primera vista, el mapa de Alec, trazado con urgencia febril por una mano inexperta, no era más que una serie de líneas garabateadas sin sentido.

—Creo que es un mapa de las alcantarillas —dijo Alec—. No había ninguna inscripción en él, sólo marcas aquí y allá, pero se parecía mucho a los planos que encontramos en el castillo de Kassarie, ¿te acuerdas? —señaló a un círculo situado cerca del extremo inferior del pergamino—. Yo diría que esto representa el desagüe en el que están trabajando y esto otro es posiblemente la parte alta del canal, donde encontramos la rejilla sabotada.

Seregil asintió lentamente y entonces señaló un punto situado un poco más allá

del lugar desde el que irradiaba una serie de líneas.

—Varios canales importantes parten de aquí. Uno va al oeste, hacia el Barrio Noble; este otro discurre probablemente por el centro de la ciudad... ¿es esto exactamente lo que viste, línea por línea?

—Creo que sí, pero no pude copiarlo todo. Era realmente complicado y yo estaba tan nervioso que a cada ruido que oía el corazón me daba un vuelco. Finalmente escuché que alguien se acercaba, así que recogí lo que tenía y escapé. Lo siento.

—No, no. Hiciste bien —musitó Seregil sin dejar de observar con mirada intrigada el plano—. Esto es más que suficiente para arrestarlo pero ¿cómo demonios ha conseguido tanta información?

—¿Podrían los plenimaranos utilizarlo para atacarnos a través de las alcantarillas?

—No en un ataque a gran escala, pero sí que podrían causar muchos problemas... los zapadores enemigos podrían abrir las puertas desde dentro, podrían aparecer asesinos en los aposentos reales... o en cualquier otro lugar de la ciudad, ya que estamos —se incorporó y dio a Alec una palmada en el hombro—. Buen trabajo. Es más de lo que yo he conseguido.

Alec sonrió y se ruborizó.

—Los herreros de su cuadrilla con los que hablé esperan haber terminado en un par de semanas. Eso significa que Rythel tiene que haber terminado para entonces —se detuvo—. Lo que me gustaría saber es cómo ha averiguado todo lo que sabe si nunca sale de noche y nunca abandona su lugar de trabajo.

—Esa es la verdadera cuestión, ¿no? Explorar y cartografiar todos esos túneles te llevaría semanas, incluso meses. Pero ¿y si te ayudara alguien que ya los conoce?

—¿Cómo un Basurero?

—O un merodeador de las puertas. ¿Qué es lo que dijo la que me asaltó?

—Algo sobre extraños que habían aparecido en las alcantarillas, alguien a quien temían.

—Exacto. —Seregil contempló el manchado pergamino mientras se acariciaba la barbilla pensativamente—. Me pregunto que estará haciendo Tym estos días.

—¿Tym?

—Tienes que acordarte de él. El ladrón que te robó la bolsa para mí aquella vez.

Alec esbozó una mueca.

—Lo recuerdo, sí. Pero él no es un merodeador de las puertas, ¿o sí?

—No, pero tiene contactos entre ellos y entre los pobres y los criminales. Esa es la razón de que sea tan valioso para nosotros.

—Nunca había pensado que eso fuera una virtud —señaló Alec con amargura.

—¿Cómo sabes que va a venir? —preguntó Alec la noche siguiente mientras subían a una habitación vacía situada en lo alto de una casucha cualquiera de la ciudad baja.

—Vendrá. —Seregil examinó con evidente desagrado la grasienta mesa y, acto seguido, tomó asiento en uno de los bancos que había junto a ella—. Probablemente está al llegar.

No les había sido difícil contactar con él. Una red de contactos penetraba entre las clases inferiores de la ciudad como las ramas de un árbol; una moneda y una palabra discreta pronunciada en el oído adecuado eran normalmente más que suficiente para dar con cualquiera.

Casi antes de que Seregil hubiera terminado de hablar, se escucharon unos pasos livianos en las escaleras que había debajo de ellos. Tym se detuvo en el umbral y examinó la habitación con suspicacia. Después de saludar a Seregil con un asentimiento respetuoso de cabeza, entró como si tal cosa.

Alec contempló al ladrón con desagrado, que se guardó mucho de demostrar. La última vez que se habían visto había sido fuera de la ciudad, mientras paseaba con Micum y Beka. Envanecido con sus nuevas habilidades, Alec lo había sorprendido en medio de la multitud creyendo que le haría pagar el haberle cortado la bolsa. Sin embargo, Tym había estado a punto de acuchillarlo.

Seguía tan delgado y sucio como siempre y todavía estaba envuelto en una aire de arrogancia famélica. Apoyó una pierna sobre el banco que había frente al de Seregil y dedicó a Alec una sonrisa despectiva, calculadora y prolongada.

—Sigues con él, ¿eh? Debe de darte algo que te gusta.

Alec le devolvió una mirada impasible. Tym dejó escapar una risotada brusca y carente de alegría y volvió su atención a Seregil.

—¿Me andabas buscando?

Seregil puso un puño sobre la mesa y lo abrió lentamente: en su interior había medio sestercio de plata.

—¿Sabes algo de algún cliente maricón? —dijo, utilizando el término con el que en la jerga de la calle se conocía a los espías.

Tym volvió a reír; un sonido áspero y feo.

—¿Por qué lo preguntas?

Seregil cerró la mano bruscamente sobre la moneda y volvió a abrirla. Una segunda moneda brilló sobre su palma.

—¿Estás trabajando para alguno?

Tym observó las monedas. Por un instante, pareció que una mirada reflexiva suavizaba su rostro anguloso.

—¿Crees que te lo diría si fuera así?

La mano de Seregil se cerró, volvió a abrirse. Cuatro monedas.

Alec estudió la cara de Tym. La máscara de reserva permaneció en su lugar.

—Podría ser —replicó entonces cautelosamente.

Cerrada. Abierta. Vacía.

Eso provocó una reacción. Tym se inclinó hacia delante, con la apariencia de un hombre que acabara de prolongar demasiado un farol.

—¡Maldita sea! No, no trabajo para nadie pero sé que hay gente que sí lo está haciendo.

Seregil volvió a abrir las manos. Cinco monedas.

—Tom el Rata consiguió un alijo de pronto y nunca adivinaríais de dónde lo sacó —le confió Tym, ahora todo colaboración.

—¿Y dónde está Tom el Rata ahora mismo?

Tym se encogió de hombros.

—Apareció muerto en un callejón no hace ni dos semanas. Le habían cortado la garganta.

—¿Quién más?

—Mickle el Rápido asegura que hizo un trabajito de papeles en la calle del Yelmo.

—¿Qué casa?

—No sé.

—¿Dónde puedo encontrar a Mickle el Rápido?

Tym volvió a encogerse de hombros.

—Hace algún tiempo que no lo veo.

Seregil se guardó las monedas con un suspiro de disgusto, se levantó e hizo un gesto a Alec para que lo siguiera.

—Vámonos. Aquí no hay nada para nosotros.

—También corren rumores —se apresuró a añadir Tym.

Seregil se encontraba ya a medio camino de la salida. Se volvió con una mirada de exasperación y el ceño fruncido.

—¿Qué rumores?

—Tiene que ver con los merodeadores de las puertas, sobre todo. Algunos de ellos tienen los bolsillos llenos de pronto y luego aparecen muertos o no vuelven a aparecer.

Alec intercambió una mirada rápida con Seregil mientras recordaba lo que la mujer les había contado en las alcantarillas.

—Madrin, Dinstil, Lily la Flaca, Ki el Distraído, todos ellos han aparecido muertos de una forma o de otra durante el último mes —continuó Tym—. Y Tari lleva buscando a Farin el Escurridizo desde hace una semana.

—Pensaba que Farin era un ladrón de casas. —Seregil regresó a la mesa. Alec permaneció de pie detrás de él.

—Lo es, pero sigue siendo raro que haya desaparecido. Tari y él llevan años juntos.

—¿Hay más?

—Virella, quizá. Es otra merodeadora, pero con ella nunca se sabe. Y esa joven ladrona, Shady... la encontraron flotando en el puerto al otro lado de los muelles. Algunos incluso empiezan a preguntarse por la suerte del Gato de Rhíminee, pero con ese sí que nunca se sabe.

Seregil hizo tintinear las monedas en su puño.

—¿Y quién se supone que los está matando a todos?

Por primera vez Tym pareció incómodo.

—No lo sé. *Nadie* lo sabe. Y eso sí que es raro. Los matarifes aseguran que ninguno de ellos es el responsable. La gente empieza a ponerse nerviosa. Uno ya no sabe si debe aceptar un trabajo o no.

—Yo tengo un trabajo para ti, si estás interesado —le dijo Seregil mientras colocaba la pata tentadoramente próxima.

Tym observó el montón de monedas con avidez.

—No habrá que asaltar a nadie, ¿verdad?

—No, se trata de una simple vigilancia. Hay una casa cerca de aquí que quiero que esté vigilada. Si ves a alguien que conoces entrando en ella, un ladrón, un merodeador, un fisgón, lo que sea, quiero saberlo. O a cualquiera que te resulte sospechoso. ¿Está claro?

—¿Ladrones y merodeadores? —Tym volvió a entornar la mirada—. ¿Es que tiene que ver con los asesinatos?

—Es posible que esté asustado —sugirió Alec con voz tranquila. Era la primera vez que intervenía.

Tym se levantó de un salto y se llevó la mano a la empuñadura del cuchillo.

—¿Es posible que deba rajarte tu bonita cara!

—¡*Siéntate!* —vociferó Seregil.

Alec se puso tenso pero permaneció donde estaba. Tym se sentó, malhumorado.

—Y ahora —continuó Seregil con voz calmada—, ¿quieres el trabajo o no?

—Sí, lo quiero —gruñó Tym—. Pero te costará caro.

—Di tu precio.

—Dos sestercios por semana.

—Hecho. —Seregil escupió en la mano y se la estrechó al ladrón. Pero cuando Tym trató de apartarla, Seregil apretó con más fuerza—. Nunca me has defraudado hasta hoy. Éste sería un pésimo momento para empezar —sonrió entonces, pero esto sólo hizo que la amenaza implícita en su tono resultara todavía más ominosa. Su

intensidad bastó para borrar la sonrisa de suficiencia que había aparecido en la cara de Tym—. Si aparece alguien y te ofrece más dinero a cambio de trabajar para él, tú sonríes y coges su dinero, pero luego vienes directamente a mí.

—¡Lo haré, lo haré! —balbució Tym al tiempo que parecía encogerse—. Nunca te he traicionado. No pienso hacerlo ahora.

—Por supuesto que no. —Seregil lo soltó al fin pero la marca de sus largos dedos brilló un instante en franjas blancas a lo largo de la mano del ladrón—. La casa es un edificio de la calle de los Barqueros con el dintel de rayas blancas y rojas. ¿La conoces?

Tym asintió rápidamente, mientras flexionaba los dedos de la mano.

—Sí, sé cuál es.

—Puedes empezar ahora mismo. Me informarás del modo habitual.

Alec sacudió la cabeza con incredulidad mientras Tym desaparecía escaleras abajo.

—¿De veras confías en él?

—En cierto modo. Sólo necesita que se le recuerden las cosas de tanto en cuanto. —Seregil tamborileó ligeramente con los dedos sobre la mesa—. Y, a su manera, él confía en mí. Confía en que le pagaré. Confía en que no lo engañaré y confía en que lo perseguiré hasta el último rincón de la tierra para cortarle la garganta si me traiciona. Sin embargo, harías bien en medir tus palabras con él. Lo de antes no fue una amenaza en vano.

—Sólo estaba tratando de herir su amor propio para... —empezó a decir Alec, pero Seregil levantó una mano.

—Sé lo que estabas haciendo. Y funcionó. Pero no comprendes a las personas como él. Me respeta porque me teme. Me faltó poco para matarlo en una ocasión y es de los que te siguen por eso. Pero a ti te abriría en canal en un segundo y después se preocuparía por mi reacción. El haberlo insultado de esa manera es más que suficiente para convertirlo en tu enemigo de por vida.

—Lo recordaré —dijo Alec. Nunca había terminado de decidirse a relatarle su último enfrentamiento con Tym. Este tampoco parecía ser el momento más apropiado, pero no olvidaría el consejo.

PERDIENDO EL TIEMPO

A lo largo de la siguiente semana, la monótona lluvia de Klesin llegó copiosa desde el mar, se llevó lo poco que todavía quedaba de nieve sucia en los callejones y las esquinas y se aseguró de que Alec y Seregil estuvieran permanentemente empapados.

Tym mantuvo vigilada la casa de la calle de los Barqueros pero no informó de nada, aparte de los esperados desplazamientos de Rythel entre su casa y las alcantarillas.

A mediados de semana se presentó un trabajo sencillo para el Gato de Rhíminee. Alec pasó los siguientes días vigilando la mansión de un noble cuya esposa, de la que estaba separado, quería que ciertos documentos fueran sustraídos. Sin embargo, durante las noches se convirtió en un cliente asiduo y bienvenido de El Martillo y las Tenazas. Si Rythel permanecería o no en la tienda de su tío una vez que el trabajo hubiera concluido comenzaba a convertirse en materia de especulación. Aunque no estaba claro si ello se fundaba en algún indicio ofrecido por el propio Rythel o era un simple deseo abrigado por los demás herreros.

Mientras tanto, Seregil empezó a trabajar en la conexión entre el herrero y el Lord General Zymanis, pero sus discretas pesquisas les proporcionaron poco más de lo que Nysander ya les había contado. Un joven ayuda de cámara había desaparecido cuatro meses antes y no había pruebas de que hubiera robado nada.

Al llegar el fin de semana los vientos cambiaron de curso y deshicieron las nubes en jirones que brillaban de color dorado y bermellón contra el cielo del crepúsculo.

—Hoy Rythel saldrá pronto. ¿Cuál es nuestro plan para esta noche? —dijo Alec mientras miraba por la ventana que había sobre la mesa de trabajo.

Seregil levantó la vista de un pico que había estado reparando con sumo esmero y sonrió. Los sesgados rayos del sol bañaban el perfil de Alec mientras se apoyaba sobre el marco de la ventana. La luz le arrancaba destellos ardientes a sus cabellos y moldeaba sus pómulos y los pliegues de su ropa en un fino relieve. *Un pintor debería retratarlo así, todo luz e ilusión.*

—¿Qué vamos a hacer? —volvió a preguntar Alec mientras se volvía para mirarlo.

—Dado que no tenemos nueva información, creo que será mejor que sea yo el que lo siga esta vez —contestó Seregil al tiempo que metía el pico en el rollo de herramientas de Alec y se lo tendía—. ¿Por qué no terminas el trabajo para Lady Hylia?

—¿Yo solo?

—Tú has hecho todo el trabajo duro. ¿Estás seguro de que Lord Estmar no volverá hasta mañana?

—Eso es lo que dice su cocinera. Parece un trabajo sencillo, la verdad. Las instrucciones de Lady Hylia para el Gato decían que los documentos que quiere están escondidos en la bodega. La puerta que conduce a ésta se encuentra en la segunda despensa, que cuenta con una ventana de buen tamaño.

—De todas maneras, tómate tu tiempo y sé bastante cuidadoso —le advirtió Seregil—. La cocinera conoce tu cara. No te puedes permitir que te cojan.

—Lo sé, lo sé —murmuró Alec. Pero apenas lo escuchaba mientras, encantado, comprobaba sus herramientas y escondía el rollo entre los pliegues de su capa—. Espero haber terminado a medianoche, por si me necesitas más tarde.

—Te buscaré aquí si es así.

O está siguiendo algún plan o es el espía más predecible de todo Rhíminee, pensó Seregil mientras observaba desde cierta distancia cómo entraba Rythel en La Garza.

Unas pocas monedas depositadas en la mano del portero, Stark, le consiguieron a Seregil pormenorizados informes sobre lo que estaba ocurriendo en el interior. Rythel había preguntado por Lord Seregil y había expresado su disgusto al no encontrarlo entre los clientes de aquella noche. Pero no tardó demasiado en consolarse asociándose con otro joven aristócrata, el hijo de Lady Tatyana, Doncella del Vestidor de la Reina. Salieron juntos al cabo de poco rato y Seregil los siguió hasta La Risa de la Dama, una taberna y burdel moderadamente respetable situado cerca del centro de la ciudad.

Seregil se mezcló con la multitud que abarrotaba la taberna del piso de abajo y muy pronto consiguió que una cansada camarera le contara con qué chica había subido Rythel, cuál era su habitación y que había pagado para toda la noche.

Después de dar a la pareja tiempo suficiente para acomodarse, Seregil se deslizó entre la bulliciosa parroquia y se escabulló por las escaleras hasta llegar al oscuro corredor del tercer piso. Esperó hasta estar a solas, se dirigió hasta la más lejana de las puertas y espió por el ojo de la cerradura.

En el interior, Rythel y la mujer se dedicaban con toda formalidad al asunto que les atañía. La diminuta habitación no tenía otra ventana o salida que Seregil pudiera ver.

Así que has pagado para toda la noche, ¿eh?, pensó Seregil mientras regresaba sigilosamente por donde había venido.

Salió a la calle, desató a su yegua y levantó la vista hacia la luna. Acababa de pasar la medianoche. Probablemente Alec ya había regresado y esperaba noticias de él. Tomó las riendas y se dirigió a El Gallito.

Alec estaba en casa. Seregil lo encontró paseando con aire intranquilo frente a la chimenea. Todavía llevaba la capa y había ramitas y hojas secas enredadas en su pelo.

—¿Problemas con el trabajo?

Alec se detuvo, con el ceño fruncido.

—Lord Estmar pasará la noche fuera pero su nueva amante no. Y parece que ha decidido llamar a unos cuantos cientos de amigos mientras él está fuera. Todo el maldito lugar estaba iluminado como si fuera mediodía. He pasado horas escondido en el jardín, confiando en que las cosas pudieran calmarse. Me he decidido a marcharme cuando, poco antes de medianoche, ha llegado otro grupo de músicos. ¿Algo nuevo con Rythel?

—Sólo su elección de prostitutas —contestó Seregil—. Vamos. Ya estoy harto de seguir el rastro de ese bastardo. Enséñame dónde guarda ese mapa.

—Está bien. —Alec enarcó una ceja con un gesto de complicidad, fue hasta la cama y sacó una cuerda que escondía debajo de ella—. Y, esta vez, estoy preparado.

Galopando por la ciudad a oscuras, bajo una luna pálida y ladeada, Alec sentía la emoción impaciente de un cazador. Los días invertidos en seguir a Rythel, aparentemente infructuosos, no habrían pasado en vano si lograban utilizarlo, a él y a su mapa, para atraer presas más grandes. Y, por una vez, era él el que abría la marcha. Se sentía bastante orgulloso de haber encontrado por sí mismo el poste hueco de la cama, y estaba impaciente por mostrárselo a Seregil.

Sin embargo, justo en el momento en que el Mercado del Mar aparecía ante su vista, una de las diminutas esferas de mensajes de Nysander se materializó repentinamente frente a su amigo. Aunque Alec no podía oírlo, supo por el modo en que tiró bruscamente de las riendas que estaba a punto de producirse un cambio de planes.

—¿Qué ha dicho? —preguntó cuando la pequeña luz desapareció con un parpadeo.

Seregil se quitó la capucha y Alec vio que tenía el ceño fruncido.

—Quiere que vayamos a Palacio inmediatamente. No me ha dicho el porqué, sólo que debía ir ahora mismo y llevarte si estabas conmigo.

—¡Maldita sea! Mira, podrías ir y nos encontraríamos...

—Ha preguntado por los dos.

—Pero ¿qué hay del mapa? ¿Y si Rythel regresa y entonces se marcha para ver a alguien?

—Lo sé, lo sé... —Seregil se encogió de hombros—. Pero un Centinela no puede ignorar una llamada de Palacio. Además, Rythel pasará fuera toda la noche y Tym es lo suficientemente inteligente como para vigilar por sí solo hasta que regresemos. Vayamos cuanto antes.

Pero Rythel sí regresó aquella noche a la calle de los Barqueros y no mucho después de que Seregil y Alec se hubieran encaminado a Palacio.

¿Qué demonios estás haciendo en casa en una noche tan estupenda como ésta?,

pensó Tym. Y lo más sorprendente de todo era el hecho de que el herrero no estaba solo. Una linterna seguía encendida sobre la puerta y la luz que despedía permitió a Tym vislumbrar a los dos hombres que lo acompañaban. Llevaban las capuchas subidas pero el brillo que despedían sus elegantes botas revelaba que no pertenecían a aquella parte de la ciudad. Alargó el brazo hacia atrás y sacudió sin contemplaciones al niño andrajoso que dormitaba en el callejón, justo a sus espaldas.

—Skut. ¡Levántate, maldito seas!

El muchacho dio un respingo, tenso y alerta al instante.

—¿Sí, Tym?

—¿Alguna vez has visto a un caballero entrando ahí?

—No. Nunca he visto nada semejante.

Vigilar una casa era un trabajo de niños y Tym no había tardado demasiado en encontrar a uno que lo ayudara a hacerlo. Después de haber sobrevivido a la peligrosa edad de nueve años, el flacucho, desdentado y pequeñajo Skut conocía las calles tan bien como él mismo, y lo temía lo suficiente como para que pudiera confiarse en él.

De hecho, era Skut el que había visto a un merodeador llamado Pry el Escarabajo aquella misma noche, mientras Tym estaba cenando. El Escarabajo había aparecido poco después de que el herrero volviera del trabajo y, si lo que decía Skut era cierto, se había quedado el tiempo suficiente para mantener una buena conversación.

Al oírlo, Tym había vuelto a salir para buscar al Escarabajo y no había tardado en encontrarlo medio borracho en una de las apestosas tabernas de los muelles que solía frecuentar. Un poco de plata le aflojó la lengua y Tym consideró que la información obtenida valía lo que había pagado por ella. Parecía que cierto inquilino del piso superior de una casa de la calle del Barquero estaba comprobando información sobre las alcantarillas, información de la que, por decirlo así, sólo un Basurero o un merodeador podría estar enterado. Tym se permitió una sonrisa lobuna; aquella era precisamente la clase de noticia que podría aflojar las cuerdas de la bolsa de Lord Seregil.

Después de regresar a la calle del Barquero, se había acomodado para pasar lo que suponía iba a ser otra noche tranquila. Pero de nuevo se había encontrado con algo inesperado. Y, sin duda, lucrativo.

Esperó hasta que pudo verse luz suficiente por una rendija de los postigos de la habitación del herrero y entonces se volvió de nuevo hacia Skut.

—Voy a fisgonear un poco. Tú mantén los ojos abiertos desde aquí y dame la señal si aparece alguien que pueda verme —susurró, al tiempo que acompañaba cada una de sus instrucciones con una ligera bofetada en la oreja del muchacho—. Si te duermes mientras estoy fuera, te juro que te estrangulo con tus propias tripas, ¿me oyes?

—Yo nunca me quedo dormido en mitad de un trabajo —respondió el niño con un

siseo resentido.

Siguiendo sin saberlo la misma ruta que Alec había tomado varios días atrás, Tym trepó por las desvencijadas escaleras de madera de la parte trasera de la casa y se arrastró sobre las tejas hasta llegar al borde del tejado, justo sobre la ventana de Rythel. Apoyado sobre el vientre, se asomó cuidadosamente y con la cabeza hacia abajo. Una grieta en lo alto del postigo de la izquierda permitía vislumbrar tan solo una pequeña franja de la habitación, pero podía entender fragmentos de la conversación que se estaba desarrollando en su interior.

—Tres días más —ese era el herrero; Tym lo había escuchado hablar en la calle.

—Bien hecho —dijo otro hombre—. Serás recompensado.

—También tengo otra carta.

—¿Estás seguro de que nadie...? —intervino un tercer hombre; y su voz delataba un fuerte acento plenimarano.

Tym escuchó movimiento en el interior y el tono de las voces descendió tanto que ya no pudo distinguirlos. Maldiciendo en silencio, se mantuvo inmóvil y esperó a que se acercaran a la ventana.

Empezaba a preguntarse si debía arriesgarse a abrir un poco más la ventana para echar un vistazo al interior cuando algo en su interior provocó que un escalofrío desagradable recorriera su columna. Se sujetó al canalón de plomo con una mano, sacó el cuchillo con la otra y se retorció casi por completo para poder escudriñar el empinado tejado.

Allí, justo a la derecha de una chimenea, podía verse el negro contorno de una cabeza por encima de la arista del tejado. La figura se alzó y empezó a avanzar con un silencio extraño.

Hay algo raro en ella, fue lo primero que pensó Tym.

Ahora estaba por completo a la vista, de pie, una mancha negra y alargada contra el cielo estrellado. Parecía extrañamente alta y no se movía con normalidad. No tenía los andares desgarrados de un lisiado. —¿Y qué, en el nombre del infierno, podía estar haciendo un lisiado allí?— sino que sus hombros tenían una forma extraña y el torso parecía retorcido por encima de las piernas...

Repentinamente, la figura sacudió la cabeza en dirección a Tym.

El ladrón seguía sin poder distinguir más que su silueta, pero su instinto le decía que había sido detectado.

La figura se detuvo y se dobló hacia delante como si estuviese haciendo a Tym una reverencia ridículamente sumisa. Pero ese no fue el fin del movimiento y, entonces, Tym sintió que la boca se le secaba.

El otro se hizo un ovillo manteniendo los brazos en los costados, hasta que la cabeza envuelta en sombras tocó las tejas que había bajo sus pies. Se deslizó hacia abajo, y luego más abajo, sinuoso como una anguila, el pecho, el vientre, las piernas,

todo él torcido en ángulos espeluznantes por imposibles. Y como una enorme y repugnante anguila, la alargada forma negra comenzó a reptar tejado abajo hacia él.

Un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura de la noche se apoderó de Tym y su cuerpo se vio recorrido por un dolor que se introdujo dentro de sus huesos y dejó sus manos tan rígidas e inútiles como las de un anciano. Y, sin embargo, hasta que el hedor lo alcanzó no empezó a sospechar que aquello que se precipitaba sobre él era una especie de ser de pesadilla.

Por primera vez en su dura y cruel vida, Tym gritó. Pero el sonido ignominioso que abandonó su garganta fue un chillido tenue y fútil.

La cosa se detuvo a escasos centímetros del lugar en el que él esperaba acurrucado y volvió a erguirse, sinuosa como una espiral de humo.

El instinto superó al terror. Sin soltar el cuchillo, pese a que apenas podía sentirlo en la mano, Tym arremetió contra la aparición y trató de cortarla, pero su mano pasó a través de un vacío helado donde debiera haber estado el pecho de la cosa. El ataque lo desequilibró, se tambaleó sobre las resbaladizas tejas y volvió a encogerse mientras agitaba los brazos tratando de enderezarse.

La cosa negra flotó inmóvil un instante, irradiando una fetidez helada. Y entonces se rió, una risa espesa y burbujeante que hizo que Tym pensara en cadáveres putrefactos e hinchados flotando en aguas estancadas.

La horripilante cosa alzó aquellos brazos largos, doblados en ángulos erróneos y el ladrón se preparó para recibir un golpe.

Pero no lo golpeó.

Lo empujó.

Mientras montaba guardia en las sombras del callejón, Skut vio que una forma oscura se precipitaba sobre el suelo desde el tejado.

Agitando los brazos, primero la cabeza, el hombre golpeó el pavimento empedrado de la plaza con un sonido sordo.

Skut se quedó paralizado y esperó que estallaran gritos por todas partes. Al ver que no ocurría nada se arrastró hasta el cuerpo y lo examinó con la mirada entornada bajo la luz menguante de la luna.

Tym estaba muerto, de eso no había duda. Su cabeza se había destrozado y había cobrado una forma terriblemente ladeada. Su pecho se había hundido como si fuera una cesta rota.

Lo miró asombrado, incrédulo por un instante, y entonces prorrumpió en lágrimas de frustración. ¡El muy bastardo no le había pagado todavía!

No llevaba bolsa encima ni cosa alguna de valor. Incluso su largo cuchillo había desaparecido de la vaina.

Skut se limpió la nariz en el brazo, propinó al cuerpo una última y furiosa patada y se perdió en la noche.

21

LA SANGRE HABLA

Várgul Ashnazai paseaba inquieto por la pequeña habitación de Rythel mientras el herrero presentaba su informe a Mardus. Hasta el momento las tentativas de espionaje del hombre no habían dado demasiado fruto, a pesar de los aires de importancia que se daba.

Pero había llevado a cabo el sabotaje de las alcantarillas con brillantez, así como el mapa de los túneles que discurría bajo el distrito oeste de la ciudad, que era mucho más importante. Mardus lo tenía ahora delante de sí, para someterlo a un último y concienzudo examen antes de pagarle por sus servicios.

El cometido de Ashnazai consistía en ocultar su apariencia con un encantamiento; a los ojos de Rythel, eran hombres rubios y corpulentos que hablaban con acento micenio. También había invocado a un *dra'gorgos* para que vigilara el patio exterior... una tarea no especialmente costosa para un nigromante de su grado, pero sí en cambio necesaria, como acabó por demostrarse. Poco después de su llegada, sintió repentinamente una llamada silenciosa del *dra'gorgos*.

Cerró los ojos y envió su visión a su oscura creación. Así pudo descubrir al intruso del tejado, un joven de aspecto tosco armado con un cuchillo.

Sabandija, pensó. *Un vulgar ladrón*. Con una sonrisa apenas perceptible, pronunció una orden silenciosa. Un momento después sintió que la criatura avanzaba y escuchó el satisfactorio y sordo sonido proveniente de la plaza. Mardus levantó la mirada del documento que el herrero le estaba mostrando.

—No es nada —lo tranquilizó Ashnazai mientras se acercaba a la ventana y abría uno de los agrietados postigos. Mientras contemplaba el cuerpo que yacía desparramado sobre el suelo, una pequeña figura salió disparada desde las sombras de un callejón y se inclinó sobre él.

Sin perder un instante, Várgul examinó la mente de este otro: un niño ladrón, demasiado compungido por la muerte de su camarada como para reparar en la onda de oscuridad que fluía desde el lado del edificio hacia él.

El *dra'gorgos* lanzó una hambrienta e inquisitiva pregunta.

Ashnazai estaba a punto de liberarlo sobre esta nueva presa cuando su mano rozó algo en el alféizar de la ventana, algo que provocó un hormigueo desagradablemente familiar por toda su piel. Incapaz de dar crédito a sus sentidos, olvidó por completo al muchacho mientras se inclinaba para examinar el alféizar.

Allí, tan tenue que nadie sino un verdadero nigromante hubiese podido percibirla, había una mancha de sangre. ¡Y no una sangre cualquiera! Extrajo el vial de marfil y comparó las emanaciones de la que contenía con las de ésta.

Uno de ellos. ¡Sí, el niño! Conocido aquí como Alec de Ivywell, secuaz del espía

Aurenfaie, Lord Seregil.

Habían descubierto todo aquello desde su llegada a Rhíminee.

Urvay había logrado seguir el rastro de los escurridizos ladrones hasta una villa de la calle de la Rueda, donde se hacían pasar por elegantes caballeros mientras confraternizaban con los nobles y la realeza.

Ashnazai los había visto varias veces desde entonces. Hubiera podido tenerlos en cualquier momento, pero los dos seguían bajo la protección de la Casa Oréska y cualquier movimiento contra ellos hubiera alertado a los verdaderos enemigos, los moradores de aquélla. De modo que había contenido su mano. Poco después, para su frustración, el Aurenfaie y su cómplice habían vuelto a esfumarse de la faz de la tierra.

Várgul Ashnazai cerró la mano sobre el vial y apretó un momento, al tiempo que utilizaba sus poderes para detectar otras trazas de la sangre de Alec por la habitación: había salpicaduras en el postigo, un manchón en la mesa, junto al codo de Mardus y un diminuto círculo seco y marrón en el suelo, cerca del poste hueco que Rythel consideraba un escondrijo tan astuto. Ninguna de ellas tenía más de un día o dos de antigüedad.

Erguido allí, rodeado por la esencia del odiado muchacho, Ashnazai experimentó por un instante breve el miedo que siente el cazador al darse cuenta de que la presa a la que ha estado acechando ha estado corriendo en círculo para acecharlo a él. En medio de su silenciosa furia, se sobresaltó al escuchar el nombre del Aurenfaie en boca de Rythel.

Sentado con desenvoltura al otro lado de la mesa, Mardus observaba a su espía con interés diplomático.

—¿Lord Seregil, dices? —inclinó la cabeza ligeramente como si estuviera muy interesado, pero Ashnazai vio más allá de su actitud; en momentos como aquél Mardus le recordaba a una enorme serpiente, gélido y carente por completo de remordimientos mientras avanzaba sin pestañear sobre su presa.

—Un encuentro afortunado, mi señor —le dijo el herrero, orgulloso—. Me fui a topar con él en una casa de juego, una noche de la pasada semana. Posee ciertos intereses en la flota de corsarios y le gusta jactarse de ello. Un dandi engolado, muy pagado de sí mismo. Ya sabéis a qué me refiero.

Mardus esbozó una sonrisa fría.

—De hecho, sí. Debes contarme todos los detalles.

Ashnazai esperó al momento apropiado con impaciencia mientras el herrero describía cómo había engatusado al supuesto necio y les refería la información que había obtenido de él. No hizo mención alguna del muchacho.

De pie detrás de él, Ashnazai atrajo la atención de Mardus, señaló a la ventana y sostuvo el vial en alto mientras se dibujaba en su rostro una mirada plena de

significado. El otro asintió ligeramente, sin que reacción alguna traicionara sus pensamientos.

—Has superado todas mis expectativas —dijo Mardus a Rythel mientras le entregaba una pesada bolsa a cambio del mapa de las alcantarillas y un paquete lleno con los clavos utilizados para el sabotaje de las rejillas—. Has hecho un trabajo excelente con el mapa y creo que podré conseguirte una recompensa adicional cuando hayas terminado en los túneles.

—Una semana más y estará preparado —le aseguró el herrero mientras sus ojos resplandecían de codiciosa impaciencia—. Si hay algo más que pueda hacer por vos, sólo tenéis que decirlo.

—Oh, así lo haré, te lo aseguro —replicó Mardus con una sonrisa.

Invisibles y silenciosos bajo el velo de la magia de Ashnazai, el nigromante y él atravesaron las atestadas habitaciones y pasillos de la casa hasta llegar al patio.

El cuerpo del ladrón permanecía donde había caído, doblado como la muñeca rota de un niño.

Mardus volvió hacia arriba el rostro del cadáver con la punta de una bota.

—La cara ha sufrido daños, pero es evidente que no se trata de uno de ellos.

—No, mi señor, sólo un ladronzuelo de la calle que se topó con el *dra'gorgos* por accidente. Pero sin duda el muchacho ha estado aquí hace uno o dos días. Su sangre está por toda la habitación. Debió de herirse.

—Pero no por causa de Rythel, creo. Nada en su comportamiento indicaba que pudiera estar ocultando algo.

El nigromante cerró los ojos un momento. Su rostro macilento se angostó un poco más mientras se concentraba.

—Hay sangre en los aleros de la ventana. Debe de haberse cortado mientras entraba por ahí.

Mardus volvió a mirar al muerto.

—¿Dos ladrones en tan pocos días? Son demasiados hasta para esta parte de la ciudad, ¿no te parece? —observó con satisfacción cómo la ansiedad pinzaba un músculo de la mejilla del nigromante—. Es una lástima que no estuviésemos aquí la noche que nuestro joven amigo realizó su visita —continuó—. Entonces podría ser él, y no este inútil trozo de carne, el que estuviese aquí tendido, muerto e incapaz de responder a ninguna pregunta. Líbrate de él antes de que llame la atención.

Várgul Ashnazai murmuró con los dientes apretados la invocación y la oscuridad que había delante de ellos se convulsionó. Un segundo *dra'gorgos* se materializó ante sus ojos, una presencia oscilante, sin rostro, que pendió del aire por un instante como si fuera humo antes de introducirse por la nariz y la boca del hombre muerto. El cadáver sufrió una sacudida convulsa y entonces, torpe y pesadamente, se puso en pie. No había semblanza alguna de vida en su cara; los ojos, vidriosos de muerte,

permanecían inmóviles y el que correspondía al lado aplastado de la cara colgaba de la destrozada órbita de forma grotesca.

Mardus observó la cosa con interés objetivo.

—¿Cuánto tiempo puedes mantenerlo en este estado?

—Hasta que se descomponga, mi señor, pero me temo que no nos será muy útil. Gran parte de la magia se consume simplemente para dotarlo de vida, de modo que carece de la fuerza del *dra'gorgos*. Por supuesto, ese no será el caso una vez que hayamos conseguido nuestro propósito.

—No, ciertamente. —Mardus llevó uno de sus dedos enguantados al pecho del cadáver y sintió la negra vaciedad de la muerte en su interior. Había tal poder en ese vacío y lo tenía tan cerca...

El nigromante pronunció una nueva orden y el cadáver se alejó tambaleándose en dirección al cercano puerto. Todavía protegidos por el hechizo, ellos se dirigieron a la ciudad alta.

La poca gente que paseaba a horas tan tardías apenas fue consciente de su paso. Sólo unos pocos sintieron un escalofrío pasajero o vislumbraron un movimiento furtivo y momentáneo por el rabillo del ojo.

—La verdad es que la cosa no tiene demasiada importancia, aunque lleguen a descubrir el trabajo de Rythel en las alcantarillas —se aventuró a decir Ashnazai con tono nervioso mientras recorrían a caballo la calle de la Hoja hacia sus aposentos, situados cerca del Mercado de la Cosecha—. El mapa es lo más importante y ya lo tenemos. Sin embargo, el saber que esos dos están husmeando cerca de Rythel resulta inquietante.

—Por el contrario, yo veo la mano de Seriamaius en todo ello —dijo Mardus—. Se me antoja que nuestro viaje ha seguido una larga senda en espiral. Una que ahora se estrecha rápidamente para enredarse alrededor de nuestras presas y atraparlas. Es posible que, después de todo, hayas tenido razón sobre la importancia de esos ladrones, Várgul Ashnazai. No se estarían interponiendo en nuestro camino con tanta frecuencia a menos que ello escondiese algún propósito mayor. Sólo tenemos que esperar a que llegue el momento adecuado y ellos vendrán a nosotros. Mientras tanto, creo que es hora de ocuparse de Maese Rythel. Encárgate de que no sea nada llamativo, ¿quieres?

Al llegar al mercado, Mardus tiró de las riendas.

—Voy a encontrarme con nuestra nueva amiga, Ylinestra. No creo que tarde mucho.

—Muy bien, mi señor. Comprobaré cómo se encuentran Tildus y los demás en la posada.

Después de separarse del nigromante, Mardus condujo a su montura por una calle lateral. Mientras la recorría, se fijó en la elegante pareja de gallitos de latón que

decoraban la entrada de una posada del mismo nombre. Había pasado varias veces por la calle del Pez Azul desde que llegara a Rhíminee y las figuras, cada una de las cuales sostenía una lámpara con una pata extendida, atraían a menudo su atención.

22

PENAS DE ANTAÑO

Una contraseña que sólo los Centinelas conocían les franqueó el paso por la misma puerta que Alec había utilizado como refugio algunos meses atrás. Atravesaron a caballo los jardines y desmontaron junto a una puerta de servicio situada cerca de la muralla que separaba el Palacio del Anillo.

—Temía que ya no vinierais —dijo Nysander mientras los apremiaba a entrar. Alargó el brazo para cerrar la puerta y Alec pudo ver el dobladillo de una túnica finamente tejida que asomaba por debajo de la sencilla capa del mago.

—Nos has llamado en medio de un trabajo —le dijo Seregil.

—Ya lo suponía, pero no tenía elección. Venid, tenemos poco tiempo.

Nysander trazó un símbolo apenas perceptible en el aire, sobre sus cabezas, y entonces se internó por un pasillo de la servidumbre.

No habían avanzado mucho cuando una criada apareció detrás de la siguiente esquina cargada con un montón de sábanas de lino. Miró directamente hacia donde Alec se encontraba pero no dio señal alguna de haberlos visto.

¿Magia?, preguntó Alec con señales.

Seregil le indicó que siguiera adelante con un gesto de impaciencia.

Espero no tener que orientarme por aquí, pensó Alec mientras Nysander los llevaba escaleras arriba y los conducía a través de innumerables corredores y salas públicas cada vez más lujosas.

Después de subir una última escalera curva, llegaron frente a una puerta cerrada. Nysander extrajo una llave de la manga y los hizo pasar a una galería larga y débilmente iluminada.

Una vistosa balaustrada escondida tras paneles de madera de sándalo corría a lo largo del lado derecho. La luz que se derramaba por sus aberturas proyectaba patronesafiligranados sobre el techo.

Después de llevarse un dedo a los labios, Nysander los hizo acercarse a uno de los paneles. Al pegar la cara al sándalo, Alec se encontró mirando desde arriba una cámara de audiencias generosamente iluminada.

Sólo había visto una vez a la reina Idrilain antes de aquel momento, pero la reconoció al instante entre el puñado de personas que se reunían alrededor de una mesa en el centro de la sala. Phoria estaba sentada a su izquierda junto con otros personajes ataviados a la manera de la corte eskaliana. A su derecha, en cambio, se sentaban un hombre y dos mujeres cuyos ropajes le resultaban por completo extraños.

Los tres vestían túnicas de lana suave y blanca, cuya pulcra uniformidad era rota tan solo por los bruñidos cinturones, torques y brazaletes de plata que lucían. Dos de ellos, el hombre y la mujer más joven, llevaban el largo y negro cabello suelto sobre

los hombros, por debajo de turbantes elaboradamente anudados. El de la mujer de más edad era de un blanco plateado. Su único tocado era una diadema en la que brillaba un gran rubí en medio de un abanico de hojas doradas con forma de cuchillas.

Intrigado, Alec se volvió a Seregil. Su amigo apretaba el rostro contra el panel y parecía muy rígido. Su rostro era una máscara de angustia recorrida por innumerable puntitos de luz.

¿Qué es lo que está viendo?, se preguntó, alarmado, mientras volvía a mirar a los extraños. Sin embargo, en aquel preciso momento la mujer más joven volvió el rostro en su dirección y Alec sintió que el aliento se le helaba en la garganta mientras reconocía los elegantes rasgos, el pelo negro y lustroso, los grandes y luminosos ojos...

Aurenfaie.

Sin apartar la mirada, extendió un brazo hasta el hombro de su amigo y sintió que temblaba ligeramente antes de rehuir su contacto.

La conferencia que tenía lugar debajo de ellos continuó durante algún tiempo. Finalmente, la Reina se puso en pie y precedió a los demás fuera de la cámara. Seregil permaneció donde se encontraba un momento, con la frente apoyada contra el panel, mientras una lágrima recorría lentamente su mejilla. La secó rápidamente y se volvió hacia Nysander, que había permanecido todo el rato detrás de ellos, en silencio.

—¿Por qué están aquí? —preguntó con voz ronca por la emoción.

—El Señor Supremo de Plenimar ha muerto hoy —contestó el mago—. Los Aurenfaie supieron la noticia antes que nosotros y han translocado una delegación esta misma noche. Todavía no existe una alianza formal entre Plenimar y Zengat, pero los informes de los espías Aurenfaie y de los nuestros sugieren que en secreto se han concluido acuerdos.

—¿Y eso que tiene que ver con nosotros? —el rostro de Seregil era ahora una máscara pétrea. Todo rastro de su congoja había sido borrado de ella concienzudamente.

—Nada, por el momento —dijo Nysander—. Te he hecho venir porque la Iia'sidra le ha concedido permiso para hablar contigo unos momentos. Hay una pequeña antecámara al otro lado de esa puerta que hay detrás de ti.

Sin que su expresión variara un ápice, Seregil se marchó a la habitación contigua.

Tan pronto como hubo desaparecido, Alec dejó escapar el jadeo que había estado conteniendo.

—Por las Manos de Illior, Nysander... ¡Son Aurenfaie!

—Pensé que también tú debías verlo —dijo Nysander con una sonrisa bastante triste.

—¿Con quién está hablando?

—Eso debe contártelo el propio Seregil. Y confío en que lo haga antes de que caves una trinchera paseando sobre esta excelente alfombra.

Seregil recorría de un lado a otro la pequeña y bien decorada salita mientras miraba de soslayo la puerta lateral. Y, al mismo tiempo que caminaba, trataba de mantener una semblanza de calma y aplomo. Había un espejo en el muro. Se detuvo frente a él y examinó su reflejo con aire compungido. Su pelo estaba ensortijado y despeinado y una semana de intrigas alrededor de Rythel había dejado en su cara un rastro de ojeras. La vieja casaca que se había puesto aquella noche estaba deshilachada en los puños y uno de los hombros tenía un desgarró.

¿Acaso no parezco un verdadero exiliado harapiento?, pensó mientras dedicaba una sonrisa apagada a su reflejo y se pasaba las manos por el cabello.

A su espalda, la puerta lateral se abrió y, por un instante, el reflejo de otro rostro apareció junto al suyo. Un reflejo tan semejante y al mismo tiempo tan lejano... ¿Cuándo se habían vuelto sus ojos tan cautelosos, tan severas las líneas que rodeaban las comisuras de los labios?

—Seregil, hermano mío —su Aurénfaie puro, sin acento alguno, fue para él como el contacto de una lluvia fresca por todo el cuerpo.

—Adzriel —susurró mientras la abrazaba. Su cabello y su piel despedían el aroma de las flores de su tierra natal y los recuerdos que despertó lo cegaron. Ella había sido al mismo tiempo hermana y madre, y ahora, de pronto, al encontrarse de nuevo en su presencia, él recordó lo que había sido ser niño, oler su perfume mientras lo confortaba o lo llevaba a casa después de alguna fiesta celebrada a la luz de la luna. Le parecía pequeña entre sus brazos y, durante un momento, no pudo hacer otra cosa que aferrarse a ella mientras un dolor abrasador le desgarraba la garganta y trataba de contener cuatro décadas de lágrimas no derramadas.

Adzriel retrocedió un paso, aunque siguió sujetándolo por los hombros, como si temiese que de no hacerlo así él fuera a desaparecer en cualquier momento.

—Durante todos estos años me ha acompañado la imagen de un niño desdichado mirándome desde la cubierta del barco, en aquel día fatídico —dijo con voz ronca. Sus propias lágrimas fluían libremente por sus mejillas—. ¡Oh Aura, cómo he añorado el verte crecer, el ver cómo te convertías en un hombre! Y ahora mírate; salvaje como un Tírfaie y llevando un arma en presencia de alguien de tu propia sangre.

Seregil se desabrochó rápidamente el cinto y lo colgó de una silla cercana.

—No pretendía ofenderte. En este lugar es como otro miembro para mí. Ven, siéntate y trataré de recordar cómo se comportan los seres civilizados.

Adzriel pasó una mano por sus despeinados cabellos.

—¿Y cuándo has sido tú civilizado?

Se sentó junto a él en un diván y sacó de su túnica un pequeño legajo de pergaminos.

—Tengo cartas para ti de nuestras hermanas y de tus viejos amigos. No te han olvidado.

Más recuerdos que había reprimido amenazaron con sublevarse y con ellos, una esperanza que había olvidado hacía mucho tiempo.

Tragó saliva y examinó el pesado brazalete de plata que ella lucía en la muñeca.

—De modo que ahora eres miembro de la Iia'sidra. Y un legado, nada menos. No está mal para alguien que todavía no ha celebrado su ciento cincuenta cumpleaños.

Adzriel se encogió de hombros, aunque parecía complacida.

—Los lazos de nuestra familia con Eskalia pueden resultar útiles en los años venideros. Idrilain me recibió como a un pariente cuando llegamos y me habló maravillas de ti. A juzgar por lo poco que tu amigo Nysander í Azusthra ha tenido tiempo de contarme, parece que le has sido de gran ayuda.

Seregil estudió su rostro mientras se preguntaba cuánto le habría revelado Nysander sobre su trabajo. Poco, evidentemente.

—Alguna que otra vez —le dijo al fin—. Me pregunto qué pensaron de ello tus compañeros. Seregil el Traidor alabado por la Reina de Eskalia. Recuerdo a la anciana Máhalie a Solunesthra pero ¿quién es el otro?

—Rúen í Uri, del clan Datsia. Y no debes preocuparte por ninguno de ellos; ambos son moderados y buenos amigos míos.

—¿Y estáis aquí a causa de Plenimar?

—Sí. Todos los informes recientes indican que ha intentado conseguir la alianza de Zengat y sólo puede existir una razón para eso.

—Mantener a Auréren demasiado ocupado defendiendo su frontera occidental como para poder aliarse con Eskalia. Pero si los plenimaranos se hubiesen limitado a dejar las cosas como estaban, ¿no habría hecho su trabajo el Edicto de Separación?

—Desde que te marchaste se han hecho grandes progresos contra el Edicto. El reciente descubrimiento de nuestro pariente Corruth... bueno, ya puedes imaginarte el efecto que ha tenido en la Iia'sidra.

Seregil volvió a escrutarla; no, no conocía la parte que él había tenido en todo ello y su propio juramento como Centinela le impedía ponerla al corriente.

—Un completo escándalo, espero —dijo él con una sonrisa afectada—. Han pasado todos estos años acusando de intrigante a cada eskaliano al que veían. La facción del viejo Rhazien debe de estarse ahogando en su propia retórica aislacionista.

Adzriel dejó escapar una risilla.

—Nada tan dramático como eso, pero la verdad es que ha ayudado un poco a aquellos de nosotros que queremos renovar las viejas alianzas. Ahora que el viejo

Petasárian ha muerto y se rumorea que su sucesor, el joven Estmar, es una marioneta en manos de los generales y los nigromantes, no creo que nos podamos permitir el lujo de permanecer aislados mucho más tiempo.

—Adzriel —titubeó. Sabía lo que debía preguntar a continuación, pero temía la respuesta—. ¿Todo eso tiene algo que ver con el hecho de que te hayan permitido verme?

—¿Te refieres al levantamiento de tu destierro? —Adzriel pasó uno de sus pulgares sobre una de las gemas de su brazalete—. Oficialmente no. Todavía no ha llegado la hora. Todavía no.

Seregil se puso en pie de un salto y apretó la mano contra el costado, donde solía ceñir la espada.

—¡Por las Tripas de Bilairy, yo era un *niño*! Testarudo, equivocado, culpable como el infierno, pero sólo un niño, a pesar de todo. Si tú supieras todo lo que he hecho desde entonces...

¡Nosotros fuimos los que encontramos a tu precioso Lord Corruth, Alec y yo! Las palabras le quemaban la garganta.

—Yo conozco a los eskalianos, su cultura, su lengua y su política, mucho mejor que cualquier legado.

—Es cierto pero ¿qué intereses estarías representando?

La firme mirada de Adzriel lo obligó a detenerse en seco.

—De modo que debo quedarme aquí, sentado y ocioso, mientras un enjambre de zengati abandona las colinas y desciende sobre Bókthersa una vez más.

Adzriel suspiró.

—Me cuesta creer que vayas a estar ocioso, especialmente cuando el poder de Plenimar se cierne sobre vuestras costas y sus ejércitos arrollan Micenia para amenazar vuestra frontera septentrional. Y, escucha bien mis palabras, ocurrirá tal como te digo antes de que todo esto acabe. Comprendo tu dolor, querido mío, pero has pasado más de la mitad de tu vida aquí —se detuvo—. Algunas veces me pregunto si, de alguna manera, las cosas no han sido para bien después de todo.

—¿Estás hablando de mi exilio? —Seregil la miró fijamente, incrédulo—. ¿Cómo puedes decir eso?

—No estoy diciendo que me alegre de que te arrancaran de nuestro lado pero, a pesar de toda la soledad y todo el dolor que debes de haber conocido, me pregunto si la vida entre los Tírfaie no se corresponde mejor con tu naturaleza. Contéstame a esto, ¿habrías sido feliz en casa, sentado a la sombra de los árboles de lima, contándole cuentos a los niños o debatiendo con los ancianos del Concilio de Bókthersa si el dintel del templo debía pintarse de blanco o de plateado? Recuerda, Seregil. Siempre estuviste inquieto, siempre quisiste saber lo que se escondía detrás de la siguiente colina. Quizá todo esto haya tenido algún propósito.

Se puso en pie y tomó las manos de su hermano entre las suyas.

—Ya sé que has pagado por tus errores. Créeme, quiero que tu exilio sea levantado, pero debes ser paciente. Se aproximan cambios en Auréren, grandes cambios. Aguarda aquí por ahora, en esta tierra tuya, peligrosa y llena de maravillas. ¿Qué me dices, hermano mío?

Todavía con el ceño fruncido, Seregil musitó:

—Plateado.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Plateado —repitió Seregil mientras levantaba la mirada con la misma sonrisa ladeada que siempre le había bastado para desarmarla—. Dile a los ancianos del Concilio que te dije que el dintel debería ser plateado.

Adzriel rió, un sonido maravilloso y radiante.

—¡Por Aura, Padre tenía razón! Debería haberte azotado más a menudo. Y ahora dime, ¿dónde está ese Alec í Amasa del que me ha hablado Nysander? Me interesa mucho.

—¿Sabes algo de Alec? —preguntó Seregil, sorprendido.

—Más que él mismo, se diría —lo regañó ella.

Seregil la miró con aire arrepentido. Parecía que Nysander se las había arreglado para revelar mucho en una conversación pequeña.

De no haber estado Nysander con él en la galería, a Alec le hubiera costado resistir la tentación de espiar a través de la puerta. Tal como estaban las cosas, sólo podía oír un rumor constante de voces proveniente del otro lado de la puerta por la que había desaparecido Seregil.

Después de lo que pareció un interminable periodo de tiempo, la puerta se abrió y Seregil reapareció en la galería acompañado por la joven Aurénfaie. Su aire de angustia había desaparecido, reemplazado por una sonrisa casi tímida.

Alec supo antes de que su amigo dijera nada quién era ella. Sus labios eran más gruesos y amables que los de él, pero los hermosos ojos grises eran los mismos y estaban dotados de la misma expresión de inteligencia y ponderación.

—Ésta es mi hermana mayor, Adzriel a Myril Ser Bókthersa —dijo Seregil—. Adzriel, éste es Alec.

El poco Aurénfaie que Alec conocía le traicionó.

—Mi dama —balbució mientras ejecutaba una reverencia pasable.

La mujer sonrió mientras extendía las manos para tomar las de él.

—Mi pueblo no suele utilizar esos títulos —dijo en un eskaliano de marcado acento—. Tú debes llamarme Adzriel, al igual que hace mi hermano.

—Adzriel —obedeció Alec mientras saboreaba el sonido de aquella palabra y el tacto de sus frías manos en las suyas. Rubíes y estrellas lunares brillaban en los anillos que llevaba en casi todos los dedos.

—Nysander me ha contado que eres el compañero más apreciado por mi hermano, un hombre de gran honor —dijo al tiempo que miraba su rostro con aire formal.

Alec sintió que las mejillas le ardían.

—Eso espero. Él ha sido un gran amigo para mí.

—Me complace mucho oír tales cosas sobre él —realizó una elegante reverencia dedicada al mago y a él y retrocedió hacia la puerta—. Confío en que un día pueda daros la bienvenida en mi tierra. Hasta entonces, *Aura Elustri Málron*.

—¿Tan pronto? —preguntó Seregil con voz ronca a causa de la emoción.

Alec apartó la mirada, azorado, mientras los dos se abrazaban y se hablaban en su propia lengua.

—*Aura Elustri Málron, Adzriel talí* —dijo Seregil antes de soltarla de mala gana—. *Phroni sotúa neh noliea*.

Adzriel asintió y se secó los ojos. Nysander se colocó a su lado y le ofreció el brazo.

—*Aura Elustri málron*, mi querida dama. Os acompañaré con los demás.

—Gracias de nuevo Nysander í Azusthra, por tu asistencia en este asunto.

Mientras se volvía para marcharse, no obstante, habló una vez más a su hermano en su propia lengua. Y miraba a Alec al hacerlo.

—Muy cierto —dijo Nysander—. El chico tiene derecho a saberlo; y debería oírlo de tus labios.

Dicho lo cual, escoltó a Adzriel por donde había llegado.

Alec se volvió hacia Seregil. Su amigo volvía a parecer pálido e incómodo.

—¿Qué querían decir?

Seregil se pasó una mano por los cabellos y suspiró.

—Te lo explicaré todo, pero no aquí.

23

REVELACIONES

El inesperado reencuentro con su hermana había sacudido a Seregil hasta las mismas raíces de su alma. Una congoja furiosa parecía emanar de él mientras abandonaban Palacio, y su intensidad dejó a Alec mudo e indefenso. ¿Qué podía decir él, qué podía ofrecer frente a algo como aquello? Y, por otro lado, ¿qué había querido decir Nysander, qué era lo que Seregil tenía que contarle a *él*?

Siguió a su amigo con una cierta ansiedad. El eco del sonido de los cascos de sus caballos resonaba entre los vistosos muros de los jardines mientras la deforme luna se ocultaba lentamente tras los tejados del oeste. Alec no podía olvidar la visión de aquella simple lágrima corriendo despacio por el rostro de Seregil. Nunca había imaginado que fuera capaz de llorar.

Seregil hizo una parada para afanar dos botellas de vino tinto dulce de la tienda de un vinatero y luego cabalgaron hasta llegar al boscoso parque que había tras la calle de las Luces. Desmontaron y llevaron de las riendas a los caballos por una senda hasta un claro que había al otro lado.

En su centro se erguía una pequeña fuente, cuya taza estaba ahora llena de lluvia y hojas muertas. Después de sentarse en el borde, Seregil le tendió a Alec una de las botellas, descorchó la suya y tomó un trago.

—Vamos —le dijo a Alec con un suspiro—. Vas a necesitarlo.

Alec descubrió que le temblaban las manos. Tomó un largo trago del dulce y untuoso vino y sintió que el calor empezaba a extenderse desde su vientre.

—Dímelo sin más, ¿quieres? Sea lo que sea.

Seregil permaneció mudo un instante, el rostro envuelto en sombras, y entonces hizo un ademán en dirección a la luna.

—Cuando era niño solía escaparme de noche sólo para contemplar la luna. Mi época favorita era el verano, cuando venía gente de todo Auréren hasta el pie del Monte Barok. Se reunían durante días, esperando la llegada de la luna llena. Y cuando se alzaba por encima de la cima, cantábamos, millares voces alzándose al unísono, cantando a los dragones. Y entonces ellos volaban para nosotros frente al rostro de la luna, alrededor del pico, cantando sus propias canciones en respuesta y respirando su rojo fuego. He tratado de cantar esa canción una o dos veces desde que estoy aquí, pero no he sido capaz, ¿sabes? Sin las demás voces no puedo cantar la Canción de los Dragones. Y tal como están las cosas, es muy posible que no vuelva a hacerlo nunca.

Alec casi podía ver la escena que Seregil acababa de describirle, un millar de hermosas personas de ojos grises, ataviadas con túnicas blancas y resplandecientes joyas, reunidas bajo la luna llena, cantando con una sola voz. De pie allí, en mitad de

aquel jardín desnudo por el invierno, sentía el peso abrumador de la distancia que separaba a Seregil de aquella comunión.

—Esperabas que tu hermana viniera a decirte que podías regresar a casa, ¿verdad?

Seregil sacudió la cabeza.

—La verdad es que no. Y no lo ha hecho.

Alec se sentó a su lado.

—¿Por qué te enviaron lejos de allí?

—¿Enviado? Fui exiliado, Alec. Exiliado por traición y por un asesinato que ayudé a cometer cuando era más joven que tú.

—¿Tú? —dijo Alec con voz entrecortada—. No... no puedo creerlo. ¿Qué ocurrió?

Seregil se encogió de hombros.

—Fui un estúpido. Cegado por mi primera pasión, permití que lo que creía que era amor me apartara de Adzriel y todos cuantos intentaban salvarme. Ignoraba la manera en que mi amante me estaba utilizando o lo que pretendía en realidad, pero lo cierto es que alguien murió y la culpa fue mía por completo. Los detalles no importan en realidad... nunca le he contado tanto a nadie, Alec y ahora mismo no quiero seguir hablando de ello. Quizá algún día... Sea como sea, fuimos dos los exiliados. Todos los demás fueron ejecutados, excepto mi amante. Él escapó.

—¿Otro Aurénfaie vino contigo?

—Zhahir í Aringil, pero no llegó aquí. En cuanto perdimos de vista la costa, se arrojó por la borda con un peso atado alrededor del cuello. Yo estuve a punto de hacer lo mismo, entonces y muchas veces más adelante. La mayoría de los exiliados termina suicidándose más tarde o más temprano. Pero yo no. Aún no, en todo caso.

Los pocos centímetros que los separaban parecían kilómetros helados. Alec tomó su botella y preguntó:

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora? ¿Tiene algo que ver con lo que ha dicho Nysander?

—De alguna manera. Es algo que no debe seguir siendo un secreto entre nosotros, no después de esta noche —tomó otro trago y se frotó los párpados—. Nysander ha estado insistiendo en que te lo contara desde que te conoció... —Seregil se volvió hacia él y le puso una mano sobre el hombro—. Alec, eres un *faie*.

Hubo una pausa grave.

Alec escuchó las palabras pero, por un instante, no fue capaz de tomarlas y dotarlas de significado. Había imaginado una docena de posibilidades siniestras desde que abandonaran Palacio, pero ésta no era una de ellas. Sintió que la botella se le escapaba entre los dedos, sintió que rebotaba contra la húmeda hierba muerta que había bajo sus pies.

—¡Eso no puede ser! —dijo con voz entrecortada—. Mi padre no era...

Pero repentinamente todo cobró sentido: las preguntas de Seregil sobre sus padres, los velados comentarios realizados por Nysander, todos los rumores que aseguraban que Seregil y él estaban emparentados de alguna manera. El impacto de aquella revelación súbita hizo que se tambaleara. La mano de Seregil se cerró con más fuerza en su hombro, pero apenas fue consciente de ello.

—Mi madre lo era...

—Los Házadriélfaie —dijo Seregil con voz suave—, de más allá del Paso de los Cuervos, cerca de donde naciste.

—Pero ¿cómo lo sabes? —susurró Alec. Le parecía que la tierra entera daba vueltas debajo de sus pies, dejándolo desamparado en un lugar que no podía comprender. Pero al mismo tiempo, de una manera terrible, todo tenía sentido: el silencio de su padre con respecto a su madre, la desconfianza que mostraba hacia los extraños, su frialdad—. ¿Podría ella estar todavía allí?

—¿Recuerdas que te conté que los Házadriélfaie abandonaron Auréren hace mucho tiempo? ¿Qué sus costumbres son diferentes a las nuestras? No toleran a los extranjeros, especialmente a los humanos, y matan a los vástagos de las dos razas que nacen entre ellos junto a sus padres. De algún modo, tu madre debió de escapar el tiempo suficiente para encontrarse con tu padre y tenerte a ti, pero al final su propio pueblo debió de encontrarla. Incluso si hubiera regresado por propia voluntad, la pena habría sido la muerte. Es un milagro que tu padre y tú lograrais escapar. Debió de ser un hombre muy notable.

—Nunca lo pensé —el pulso de Alec resonaba en sus oídos. Aquello era demasiado, demasiado—. No lo comprendo. ¿Cómo puedes saber todo esto?

—No lo sé con seguridad, pero se corresponde con los hechos que conocemos. Pero Alec, nada cambia el hecho de que *eres un faie*. Vi los signos la primera mañana que pasamos en las montañas, solo que entonces no quise creerlos.

—¿Por qué no?

Seregil titubeó y entonces sacudió la cabeza.

—Tenía miedo de estar equivocado, de estar viendo sólo lo que quería ver. Pero no estaba equivocado... tus rasgos, tu constitución, la manera en que te movías. También Micum lo supo desde el principio, y los centauros y Nysander y todos los demás en la Oréska. La primera noche que pasamos en El Gallito yo volví a salir, ¿lo recuerdas? Fui al Oráculo de Illior para consultarle otro asunto y entonces, durante la ceremonia, habló de ti, te llamó «hijo de la tierra y la luz»... Dalna e Illior, humano y faie... No hay duda de lo que quiso decir. Nysander quería que te lo dijera desde el principio pero...

Al escuchar aquellas palabras, una oleada de furia se abrió camino entre la parálisis conmocionada de Alec. Se puso en pie de un salto, se encaró a Seregil y

exclamó:

—¿Y por qué no lo hiciste? Todos estos meses y nunca me dijiste *nada*. ¡Es otra vez como aquella broma de la calle de la Rueda!

Bajo la luz de la luna, la cara de Seregil estaba medio negra y medio pálida, pero sus ojos brillaban.

—¡No tiene nada que ver con eso!

—¿Ah no? —gritó Alec—. ¡Entonces con qué, maldita sea! ¿Por qué? ¿*Por qué no me lo dijiste?*

Seregil pareció caer presa del abatimiento. Bajó la cabeza y apoyó ambas manos sobre las rodillas. Después de un momento dejó escapar un suspiro entrecortado.

—No hay una respuesta sencilla para eso. Al principio porque no estaba seguro —sacudió la cabeza—. No, eso no es cierto. En mi corazón *estaba* seguro, solo que no me atrevía a creerlo.

—¿Por qué no?

—Porque si me equivocaba... —alzó ambas manos con aire impotente—. No importa. Había pasado solo demasiado tiempo y creía que me gustaba. Sabía que si estaba en lo cierto y te lo decía, si tú llegabas a creerme, eso podría crear un lazo. No quería arriesgarme a eso, no hasta que descubriese quién eras. Por las Manos de Illior, Alec, no sabes, *no puedes* saber cómo era...

—¡Pues ilumíname! —gruñó el muchacho.

—Muy bien —dejó escapar un nuevo suspiro agitado—. He pasado en el exilio, alejado de mi pueblo, más tiempo del que tú has vivido. Cualquiera Aurénfaie que venía a Eskalia sabía quién y qué era yo y debía rehuirme por fuerza de la ley. Y mientras tanto, todos mis compañeros humanos envejecían y morían delante de mis ojos.

—Salvo Nysander y Magyana.

—Oh sí —ahora fue la voz de Seregil la que pareció amarga—. Ya conoces lo de mi aprendizaje con él, ¿verdad? Otro fracaso, otro lugar al que no pertenecía. Entonces, como surgido de ninguna parte, apareciste tú y eras... eres...

Alec contempló la figura inclinada que tenía delante de sí y sintió que su furia desaparecía tan deprisa como había llegado.

—Sigo sin comprender por qué no querías decir nada.

Seregil volvió a mirarlo.

—Por cobardía, supongo. No quería ver la expresión que veo ahora mismo en tu rostro.

Alec se sentó a su lado y enterró la cabeza entre las manos.

—No sé lo que soy —gimió—. Es como si todo lo que siempre hubiera sabido sobre mí me hubiera sido arrancado de pronto.

Sintió que Seregil le rodeaba los hombros con un brazo, pero no hizo nada por

apartarse.

—Ah, *talí*, eres lo que siempre has sido —suspiró Seregil al mismo tiempo que le daba unas palmaditas en el brazo—. Sólo que ahora lo sabes, eso es todo.

—De modo que veré envejecer a Beka, y a Luthas y a Illia y...

—Exacto —el brazo de Seregil lo apretó con más fuerza—. Y también te ocurriría a ti si fueses un Tírfaie. Pero no es una maldición.

—Tú siempre hablas como si lo fuera.

—La soledad es una enfermedad, Alec, y también el sentirse como un extraño. No sé por qué razón terminamos los dos en la misma celda de aquella mazmorra esa noche, pero cada día que ha pasado desde entonces le he dado las gracias a Illior por ello. Temía perderte como nunca he temido ninguna cosa. Y también temía que, cuando te contara la verdad, creyeras que esa fue la única razón por la que te saqué de allí. Y no fue así, ¿sabes? Ni siquiera al principio.

El asombro y la cólera abandonaron a Alec por completo, dejándolo exhausto más allá de toda medida. Alargó el brazo, recuperó la botella de vino y la vació de un trago.

—No es ninguna tontería, ¿sabes? Cambia mucho las cosas.

Por primera vez desde hacía horas, Seregil rió, un sonido cálido y reconfortante en la oscuridad.

—Deberías hablar con Nysander o Thero. Los magos experimentan los mismos sentimientos cuando descubren que la magia se esconde en su interior.

—¿Qué significa para mí? —preguntó Alec mientras un centenar de preguntas y comparaciones se agolpaban en sus pensamientos—. Sólo la mitad de mi sangre es como la tuya. ¿Cuánto voy a vivir? ¿Qué edad tengo en realidad?

Con un brazo todavía alrededor de los hombros de Alec, Seregil recuperó su propia botella y tomó un sorbo.

—Bueno, cuando la sangre faie proviene de la madre suele ser más fuerte. No sé por qué es así pero ocurre siempre, y los casos de los que he tenido noticias viven tanto como el resto de nosotros, cuatro siglos más o menos. Maduran un poco más rápido, así que eres casi tan joven como crees. También es posible que heredes cualquier magia que ella pudiera poseer, aunque si ese fuera el caso ya debería haberse manifestado... —repentinamente se detuvo y Alec sintió que se estremecía—. Demonios, siento no haberte dicho nada antes. Cuanto más esperaba, más difícil me resultaba.

Sin darse tiempo a evaluar el impulso, Alec se volvió, pasó ambos brazos alrededor de su amigo y lo abrazó con fuerza.

—Está bien, *talí* —susurró con voz ronca—. Ahora todo está bien.

Sorprendido, Seregil vaciló un segundo y entonces le devolvió el abrazo. Su corazón latió fuerte y rápido contra el de Alec. Una apacibilidad cansada se apoderó

del muchacho al sentirlo y con ella vino un susurro de placer provocado por su proximidad. Desde el lugar en el que estaban sentados, Alec podía ver cómo se colaba entre las desnudas ramas de los árboles el resplandor de unas pocas linternas de la calle de las Luces. Los dedos de Seregil se enroscaban en torno al cabello de su nuca. Con un estremecimiento de culpabilidad, se dio cuenta de que de aquella misma manera había tocado al joven en la casa de Azarin apenas unas semanas atrás.

Primero aquella noche extraña que había alterado sus percepciones, pensó abatido, y ahora esto. ¡Por los Dedos de Illior, si las cosas seguían cambiando de esa manera, acabaría sin saber quién era!

Seregil lo soltó al fin y levantó la mirada hacia la luna, medio escondida tras las copas de los árboles.

—No sé tú, pero yo he tenido más emociones de las que puedo manejar en una sola noche —dijo mientras su vieja sonrisa ladeada se insinuaba en sus labios.

—¿Y qué hay de Rythel?

—Supongo que Tym podrá ocuparse de vigilarlo una noche más. Mañana por la mañana seguiremos la caza.

Mientras montaban para dirigirse a casa, fue Alec el que soltó una risilla.

—¿Qué te parece tan divertido?

—Podría haber sido peor, supongo —le dijo Alec—. En las antiguas baladas, los huérfanos resultan ser los herederos desaparecidos de algún reino, lo que significa que, o bien acababan encerrados en el castillo familiar aprendiendo modales regios o eran enviados a matar algún monstruo por un puñado de auténticos extraños. Al menos yo conservo mi trabajo.

—No creo que nadie esté dispuesto a escribir una balada sobre eso.

Alec montó de un salto y le sonrió.

—¡Por mí no hay problema!

—¿Dónde estamos? —se alzó la voz de Zir sobre el tintineo de las sillas.

—¡En Micenia! —replicó alguien en voz alta.

Beka sonrió a pesar de sí misma. La broma ya era vieja hacía semanas, pero de tanto en cuanto alguien volvía a sacarla a relucir, siquiera para romper la monotonía.

Los jinetes de la sargento Mercalle estaban de buen humor aquella mañana. Beka había recibido órdenes de tomar una decuria y cabalgar hasta una ciudad mercantil cercana para comprar provisiones. Se lo habían jugado a cara o cruz y Mercalle había ganado.

Durante semanas habían recorrido colinas bajas y cubiertas de nieve, bosques de roble y campos desiertos, casas con techos de paja y pequeñas aldeas en las que los soldados de cualquier clase eran recibidos con un resentimiento cauteloso. Micenia era una tierra de granjeros y mercaderes. Las guerras interrumpían el comercio.

El regimiento había tardado casi un mes en llegar a la ciudad portuaria de Keston; un mes pasado en campamentos fríos y alojamientos abarrotados, en guarniciones y patios y un mes de marchas lentas por caminos cubiertos de hielo. De noche, los inexpertos nuevos oficiales se sentaban alrededor del fuego y prestaban atención a las historias de guerra de los veteranos, con la esperanza de comprender algunas de las cosas que no habían tenido tiempo de aprender durante las seis breves semanas que había durado su instrucción.

Cuanto más escuchaba Beka, más consciente era de que, a pesar del entrenamiento y de la habilidad de sus jinetes con los caballos, la espada y el arco, harían falta una batalla o dos para descubrir lo bien o mal que combatiría la turma y lo mucho o poco que confiaban los unos en los otros.

Y lo mucho o poco que confiaban en ella.

No se le había pasado por alto que muchos de sus jinetes solían volverse hacia sus sargentos más que hacia ella cuando necesitaban consejo. Eso hería un poco su orgullo, pero la verdad es que eran los únicos veteranos de la turma. Había que decir en su favor que todos ellos mostraban el máximo respeto por su rango, incluso Braknil, que tenía edad suficiente para ser su padre.

A su vez, Beka era consciente del hecho de que sin la protección de Seregil y sin el nombramiento que le había conseguido, difícilmente hubiera conseguido un puesto superior al de sargento en un regimiento como aquél. Algunos de los nuevos tenientes de otros escuadrones —los hijos e hijas de los señores de Rhíminee— eran también conscientes de ello y no perdían la ocasión de hacérselo saber con despectivas sonrisas ocasionales o comentarios condescendientes. Afortunadamente, sus hermanos oficiales en la tropa de Myrhini no estaban entre ellos.

Al llegar a Keston, el comandante del regimiento, el Príncipe Korathan, había dividido el escuadrón del Lobo del comandante Perris para que viajara a lo largo de la costa. Mientras tanto, el escuadrón de la comandante Klia se dirigía tierra adentro hacia el río Folcwine. Este río era el extremo meridional de la gran ruta comercial que se unía con la cordillera del Corazón de Hierro, en las lejanas tierras del norte. Era de esperar que el río fuera la primera presa que los plenimaranos pretendieran cobrarse.

Aquello había ocurrido hacía dos semanas; todavía tardarían otras dos en alcanzar el río.

Beka se volvió sobre su silla y contempló la columna que, como una enorme serpiente negra, recorría las colinas detrás de ella: casi cuatrocientos jinetes y oficiales del Escuadrón del León, los trineos de los cirujanos y los armeros, los carromatos con las provisiones, el ganado y los carreteros. Era como viajar seguida por una pequeña ciudad a cuestas. Las descubiertas, las marchas de vanguardia e incluso las vulgares cabalgadas en busca de provisiones, como aquella, resultaban siempre novedades bienvenidas.

Llamó la atención de Mercalle y le dijo:

—Sargento, creo que a los caballos les haría bien una pequeña carrera.

—Estoy de acuerdo, teniente —respondió Mercalle con una insinuación de sonrisa; ambas sabían que eran los inquietos jinetes los que más la necesitaban.

Beka recorrió con la mirada el ondulado terreno que se abría delante de ellos y reparó en una oscura línea de árboles que había poco más de dos kilómetros más adelante.

—Pase la voz, sargento. A mi señal, carrera hacia esos árboles. El primero en llegar allí pide primero en las tabernas.

Los jinetes de Mercalle se dispusieron suavemente en abanico mientras se intercambiaban chanzas y fanfarronadas. Obedeciendo a la señal de Beka, espolearon a los caballos y galoparon hacia los árboles.

El caballo de Beka, Draco, podría haber dejado atrás con facilidad a la mayoría de los demás, pero ella lo contuvo y dejó que la carrera terminase en un empate entre Kaylah y Zir.

—He oído que siempre terminan juntos —gruñó Marten mientras el resto de los jinetes se agolpaba alrededor de los ganadores. Sus palabras levantaron algunas sonrisas tensas entre sus filas. Las relaciones sexuales en el seno de la tropa se desaprobaban, y un embarazo suponía la expulsión inmediata de los dos responsables pero, a pesar de todo, ocurrían. La propia Beka, que seguía siendo célibe, había decidido hacer la vista gorda frente a las actividades nocturnas de sus jinetes. Algunos de sus jinetes habían llegado al regimiento emparejados, como por ejemplo Kaylah y Zir. Otros, como Mirn y Steb, se habían unido durante las marchas.

—No os preocupéis por eso —le había dicho Braknil después de que ella reparara en lo mucho que se movían ciertas mantas a altas horas de la noche—. Mientras sea algo honorable, sólo hará que combatan al enemigo con más entusiasmo. Nadie quiere parecer un cobarde delante de su amante.

Kaylah y Zir representaban una buena prueba de esto; durante la instrucción, habían competido fieramente entre sí y con todos los demás. Kaylah era una muchacha bonita, de cabello rubio que, aunque parecía demasiado frágil para una vida de soldado, era como un centauro a lomos de un caballo y podía batir a cualquier miembro de la turma con el arco. Zir, un joven de barba negra, mezcla de hombre y oso, tenía el brazo del propio Sakor, ya fuera a pie o a caballo.

Los árboles resultaron ser un denso pinar. Lo rodearon hasta llegar a un camino de tierra bien aplanado que se internaba en él en dirección a la ciudad. Justo antes de mediodía, emergieron al otro lado, sobre el valle en el que se encontraba la ciudad. Era un lugar de apariencia próspera, con una empalizada y un concurrido mercado central.

Sus guerreras de servicio, de color verde oscuro, atrajeron menos atención de lo que hubieran hecho los tabardos de gala, pero, con todo, la gente de la ciudad no dejó de mirar con recelo sus espadas, arcos y cotas de malla.

Mejor nosotros que los soldados de Plenimar, pensó Beka mientras se colocaba el collar por encima del cuello de la guerrera para mostrar su rango.

Sin embargo, su oro eskaliano fue muy bien recibido. En menos de una hora tenían todos los suministros que habían venido a buscar: pergamino, yescas, cera, miel, harina, frutos secos y legumbres, sal, carne ahumada, cervezas, cuatro ovejas gordas y un cerdo, avena y pienso para los caballos, además de tres carromatos alquilados para trasladar con escolta los bienes hasta la columna.

Sus jinetes también encontraron tiempo para realizar algunas compras personales, tanto para sí mismos como para los amigos que habían quedado atrás con el resto de la turma: el tabaco, los naipes, los dulces, la fruta y los útiles de escritura eran siempre muy demandados. Algunos de ellos llevaban incluso gallinas y gansos atados al arzón delantero de las sillas. Mercalle compró algunas cosas para los otros sargentos; Portus era aficionado a las nueces y las pasas, y Braknil al brandy de sidra micenio.

Mercalle levantó la mirada hacia el sol mientras los carreteros terminaban de asegurar la carga en los trineos y los uncían a los tiros de bueyes.

—La columna debería de estar a punto de alcanzarnos a estas alturas. El viaje de regreso será corto.

—¿Está todo el mundo? —preguntó Beka al tiempo que contaba las caras.

—Todos contados, teniente.

—Bien. Tobin, Ama y tú marchad en vanguardia. El resto escoltaremos a los

trineos. Enviaremos jinetes en descubierta de tanto en cuanto, sólo para evitar que se aburran.

Mercalle saludó y se marchó al galope con dos jinetes. Beka y los demás se reunieron alrededor de los trineos.

A nadie parecía importar la lentitud de la marcha; era agradable pasear con el sol a la espalda y una brisa fresca en el rostro. Después de dejar la ciudad por el mismo camino por el que habían entrado, se encaminaron hacia el pinar.

—¿Recorréis este camino a menudo? —preguntó Beka tratando de entablar una conversación con el primero de los aldeanos.

El hombre sacudió las riendas sobre las anchas espaldas de los bueyes de su tiro y asintió.

—Bastante entre primavera y otoño —replicó, con un acento espeso—. Transportamos mercancías hasta Torburn. Desde allí las llevan hasta la costa.

—Debe de ser un largo viaje a este paso.

Él se encogió de hombros.

—Tres semanas de ida, otras tres de vuelta.

—¿Habéis oído noticias por aquí sobre una guerra próxima?

El carretero le dedicó una mirada agria.

—¿Y cómo no hacerlo? Parece que volveremos a ser pisoteados mientras vosotros y los plenimaranos volvéis a atacaros los unos a los otros. Algunos dicen que deberíamos entregarle nuestras tierras a unos u otros de modo que podáis luchar sin molestarnos.

Beka se puso un poco rígida al escuchar sus palabras.

—Nos dirigimos al este para impedir que eso ocurra. Si no estuviéramos aquí, vuestros ejércitos estarían solos cuando los plenimaranos decidieran apoderarse de vuestras tierras y el río.

—Nunca lo han conseguido. Y vosotros nunca habéis conseguido que dejen de intentarlo.

Beka se tragó una réplica airada y apartó a su montura del trineo. No tenía sentido seguir discutiendo sobre ello.

—Marten y Barius, adelantaos. Decidle a la sargento Mercalle que la relevaré tan pronto como los otros regresen.

—¡Sí, teniente! —dijo Barius mientras asomaba una sonrisa por detrás de su nueva barba. Marten y él salieron a galope, con las capas ondeando al viento y desaparecieron tras un recodo del camino.

El sonido de sus cascos acababa de desvanecerse cuando el chillido de un caballo hizo que a Beka se le erizara el vello de la nuca.

Hizo girar a Draco y vio que la montura de Syrtas corcoveaba y lo arrojaba al suelo tras el tercer trineo. El caballo volvió a pifiar y luego se precipitó hacia los

árboles.

Rethus tiró de las riendas junto al caído y saltó de la silla.

—¡Emboscada! —gritó, mientras trataban de protegerse detrás del trineo.

Una flecha pasó silbando junto al caballo de Beka y se clavó en el primero de los trineos. Una simple mirada le bastó para darse cuenta de que sus atacantes no eran soldados. La flecha tenía dos penachos en vez de los tres que eran habituales en el ejército; los propios penachos, con una pluma blanca y otra marrón y desigual, eran bastante toscos.

—¡Malditos bandidos! —gruñó el carretero mientras sacaba una espada corta de debajo de su asiento y se arrojaba a un lado.

—¡Cubríos! —gritó Beka, aunque los demás ya estaban haciéndolo.

Desmontó de Draco con el arco en la mano y le dio un buen manotazo en las ancas, confiando en que se apartara de la línea de tiro. Con el corazón restallándole en los oídos, Beka se cobijó tras la escasa protección que le ofrecía la parte delantera del trineo. Acurrucada allí junto al carretero, trató de evaluar la situación.

Los jinetes que marchaban en vanguardia no habían regresado todavía; eso le dejaba a Zir, Kaylah, Corbin, Rethus, Mikal y Syrtas —suponiendo que ninguno de ellos hubiera muerto ya— y los tres conductores de los trineos.

Sin embargo, a juzgar por la lluvia de flechas que caía sobre ellos desde la cobertura de los árboles, sus atacantes eran mucho más numerosos. Y lo que era peor aún, les estaban disparando desde ambos lados del camino.

—No dijiste nada sobre bandidos cuando salimos —siseó al carretero.

—No hemos visto a ninguno durante la mayor parte del invierno —replicó el otro de mala gana—. Este grupo ha llegado pronto al norte. Han debido de esperar hasta ver que enviabas a esos dos por delante.

Beka se movió al lado opuesto del trineo justo a tiempo para ver que tres espadachines corrían hacia ellos desde los bosques. Casi sin pensar, colocó una flecha en el arco y derribó a uno de ellos; los otros dos cayeron acribillados por sus jinetes.

Varias flechas zumbaron y sisearon sobre su cabeza mientras retrocedía hasta el siguiente trineo, donde se encontraban Mikal, Zir y Kaylah, lanzando flechazos a ambos lados de la carretera.

—¡Dejad de tirar! —les ordenó—. No podemos permitirnos el lujo de desperdiciar flechas.

—¿Y qué hacemos entonces? —demandó Mikal.

—Esperad a tener tiros claros. Y recoged cualquier flecha que podáis alcanzar sin ponerlos en peligro.

Se agachó y se dirigió hacia el último de los trineos. Rethus y Corbin seguían ilesos, pero el carretero yacía jadeando bajo el trineo y el astil de una flecha sobresalía de su cadera.

Aquella primera flecha había hecho un corte a Syrtas por encima de la rodilla antes de clavarse en su caballo. La herida sangraba copiosamente pero no parecía molestarlo demasiado a la hora de disparar.

Beka repitió la orden y colocó otra flecha en la cuerda de su arco, esperando a que cualquiera de los atacantes se dejara ver.

Los bandidos malinterpretaron sus acciones como una señal de rendición; al instante, cesó la tormenta de flechas. Un segundo después, un grupo de espadachines irrumpió desde los árboles profiriendo salvajes gritos y se lanzó a la carga contra los trineos.

—¡Tirad ahora, a ambos lados! —gritó Beka mientras se ponía en pie con dificultades. Ignorando a los arqueros que pudiesen seguir emboscados entre los árboles, disparó flecha tras flecha a los bandidos que se abalanzaban sobre ella y derribó a tres. Por primera vez desde que empezara la refriega, se le ocurrió que eran vidas humanas lo que estaba tomando, pero este pensamiento no venía acompañado de emoción alguna. El rasgueo de las cuerdas de los arcos y los gritos y aullidos de la batalla llenaban su mente por completo y no dejaban espacio para nada más. A su lado, Rethus tiraba con la misma determinación silenciosa.

Una flecha atravesó el hombro de su guerrera y clavó su capa al trineo que había detrás. Soltó el broche, se hincó sobre una rodilla y continuó tirando.

Sus flechas abatieron a una docena o más de bandidos, pero otros tantos caían ya sobre ellos.

—¡Espadas! —gritó ella. Desenvainó su hoja y avanzó un paso para encontrarse con un hombre barbudo que llevaba una desgastada armadura de cuero tachonado y unos pantalones andrajosos. Se agachó para esquivar la salvaje acometida de su espada, se revolvió y lo golpeó en la nuca. Había practicado el movimiento un millar de veces, con su padre y con otros; esta vez derramó sangre.

Sin embargo, había muchos más atacantes. Desenvainó una larga daga y la utilizó para parar las estocadas dirigida a su lado expuesto.

Syrtas estaba a su derecha, Kaylah a su izquierda. Cubriéndose mutuamente lo mejor que podían, avanzaron lentamente entre los bandidos.

Los atacantes superaban en número a los suyos en más de tres a uno, pero Beka no tardó en advertir que poseían más fuerza bruta que habilidad. Con una facilidad casi decepcionante, esquivó un nuevo golpe, atravesó a un hombre de parte a parte y sacó la hoja justo a tiempo para golpear en el brazo al que atacaba a Kaylah. La muchacha se lo agradeció con una sonrisa fugaz antes de arremeter contra un joven alto y flaco, que dio media vuelta y huyó.

Beka miró en derredor y descubrió que algunos soldados a caballo se habían unido a la refriega. Mercalle y los otros habían regresado en algún momento y estaban cargando. Sus yelmos parecieron resplandecer un instante mientras se

abalanzaban sobre los atacantes y los abatían con las espadas.

Los bandidos empezaban a retroceder cuando más jinetes de la Guardia Montada aparecieron cabalgando por el camino desde la dirección de la que venía columna. Tobin estaba a su cabeza, seguido por Braknil y Portus.

El enemigo huyó en desbandada y los jinetes los siguieron, los empujaron hasta los árboles y desmontaron para darles caza.

—¡Vamos! —gritó Beka, arengando a sus camaradas ávidos de sangre—. ¡No dejemos que nos roben toda la diversión!

Cuando la persecución hubo terminado, más de veinte jinetes yacían muertos sobre la nieve. Los de Beka no habían sufrido más que algunos tajos y heridas de flecha.

—Por la Llama que este era un grupo bien nutrido —exclamó Mercalle.

El jefe de los carreteros apareció arrastrándose desde debajo de su trineo.

—Parece la banda del viejo Garon. Han estado hostigando a los mercaderes por todo el valle desde hace tres años. Los alguaciles nunca podían cogerlos.

—Esta vez se equivocaron de presa —señaló el sargento Braknil, sonriendo, mientras se reunía con ellos—. Tengo la impresión de que las cosas ya estaban bastante bien encaminadas antes de que llegáramos, teniente.

—No estoy tan segura —dijo Beka. Por primera vez desde que empezara la refriega, se daba cuenta de lo mucho que le temblaban las piernas—. Y, por cierto, ¿qué estáis haciendo vosotros aquí? Y no es que no me alegre de veros.

—Cuando aparecieron Barius y Marten, envié a Tobin y Ama de vuelta —le explicó Mercalle—. Pero al cabo de muy poco tiempo regresaron diciendo que os estaban atacando. No sabían quién era el enemigo o lo numerosa que era su fuerza, de modo que envié a Ama a la columna para buscar ayuda y regresó con los demás. Por lo que parece, Braknil había pedido al capitán que dejara al resto de la turma venir a reunirse con nosotros. Portus y él se encontraban a menos de un kilómetro y medio cuando Arma se encontró con ellos.

El resto de la turma se había reunido a su alrededor para escuchar.

—¿Alguna baja? —preguntó.

—¡Ni una, teniente! —le informó orgullosamente el cabo Nikides—. No está mal para una primera batalla, ¿eh?

—No estoy segura de que a poner en fuga a un grupo de bandidos se le deba llamar una batalla, pero creo que nos hemos comportado bastante bien —dijo Beka mientras sonreía a todos cuantos la rodeaban—. Lo habéis hecho muy bien, todos vosotros.

Braknil intercambió una mirada con Mercalle y se aclaró la garganta.

—Con el debido respeto, teniente, hay una costumbre que algunos de los jinetes deberían observar. Por su primer muerto.

—Beber la sangre del primer hombre al que se mata para mantener alejados a los

fantasmas. ¿Te refieres a eso?

—Eso mismo, teniente. En estos días algunos lo llaman superstición, pero yo digo que las viejas costumbres son de fiar.

—Estoy de acuerdo —dijo Beka. Conocía la costumbre por su padre y por Alec, que había hecho lo mismo después de su primer combate—. ¿Cuántos de vosotros habéis matado a vuestro primer hombre hoy?

Todos los que pertenecían a la decuria de Mercalle y algunos de las otras dieron un paso al frente.

—Muy bien. Vosotros, arqueros, buscad la primera flecha con la que habéis matado. Regresad cuando la hayáis encontrado. El resto, traed vuestras espadas.

Ella caminó hasta el primero de los espadachines a los que había matado, un bandido de mediana edad con una barba trenzada. Había caído de espaldas con una mirada de leve sorpresa pintada en su cara vulgar. Lo miró fijamente un instante y recordó haber visto la muerte en sus ojos mientras arremetía contra ella. Estaba contenta de seguir viva pero no de haber tenido que matarlo. Era una extraña mezcla de sensaciones. Sacudió la cabeza, arrancó la flecha de su pecho y se unió a los demás en el tosco semicírculo que habían formado a un lado del camino. Cuando todo el mundo hubo regresado, miró a su alrededor y sintió que el peso del momento caía sobre ella.

—Sargentos. Esto es tan nuevo para mí como para el resto. ¿Han de pronunciarse algunas palabras para la ocasión?

—Cualesquiera que os plazca decir —replicó Braknil mientras se encogía de hombros.

Beka levantó la flecha frente a sí.

—Que podamos luchar juntos con honor, misericordia y fuerza.

Dicho lo cual, llevó la punta de la flecha a su lengua y el sabor cobrizo de la sangre inundó su boca. Quería arrugar la nariz y escupir pero mantuvo el rostro en calma mientras limpiaba la flecha en la nieve y la devolvía al carcaj.

—¡Honor, misericordia y fuerza! —repitieron los demás mientras hacían lo mismo con espadas y flechas.

—Supongo que ya está. Ahora hemos de transportar los suministros —les dijo—. ¿Alguien ha visto mi caballo?

Aquella noche, la tropa de la capitana Myrhini se dio un banquete con la primera carne fresca que tomaba en semanas y se brindó varias veces a la salud de Beka y su turma.

Cuando hubieron terminado y se retiraban a sus tiendas para pasar otra fría noche, la capitana llevó a Beka a un lado.

—He estado hablando con algunos de los jinetes de Mercalle —le dijo mientras caminaban junto a las fogatas de las diferentes turmae—. Creo que mantuviste la

cabeza fría y te cuidaste de tus soldados.

Beka se encogió de hombros. Le había estado dando unas cuantas vueltas al asunto.

—Me alegro de oír eso. Cometí un error enviando dos jinetes delante del grupo mientras otros tres estaban en vanguardia. No creo que fuera un accidente que esos bandidos nos atacaran cuando lo hicieron.

—¿De veras? —Myrhini enarcó una ceja—. ¿Y qué es lo que podrías haber hecho de forma diferente?

—De todas maneras iba a relevar a Mercalle. Debería haber ido yo sola y haber enviado a los otros dos de vuelta a buscar a sus reemplazos.

—Pero en ese caso tus jinetes se hubieran quedado sin sargento ni oficial.

—Bueno, sí...

—Y, según me han contado, fuiste tú la que impidió que esos inexpertos jinetes malgastasen todas sus flechas disparando contra los matorrales, que probablemente es lo que pretendían los atacantes. El hecho es que he sido yo la que ha cometido un error hoy.

Beka la miró con sorpresa pero Myrhini le indicó con un ademán que no la interrumpiera.

—Supuse que, dado que estamos en territorio neutral, era seguro enviar a una decuria sin apoyo. Si hubieras tenido toda la turma contigo, esos bandidos nunca os hubieran atacado. Naturalmente, eres demasiado discreta e inexperta como para haberme llamado la atención sobre ello cuando te di la orden, ¿verdad?

Beka no terminaba de comprender la críptica sonrisa de la capitana.

—No, capitana, es sólo que nunca pensé que podríamos necesitar más gente para una simple marcha de avituallamiento.

—Entonces me temo que las dos cometimos un error —dijo Myrhini—. Pero aprende y vive, como suele decir cierto amigo nuestro. Lo hiciste bien, teniente. Por cierto, la sargento Mercalle piensa que tienes madera de soldado.

—¿Ah sí? —preguntó Beka, a un tiempo complacida por el elogio de la veterana y un poco resentida porque, evidentemente, no había tenido la misma confianza en sus habilidades hasta entonces—. ¿Y qué la ha hecho decir eso?

—Creo que era la manera en que sonreías durante la escaramuza —contestó Myrhini—. Al menos eso es lo que le contaron los que pelearon a tu lado. Dime, ¿estabas asustada?

Beka pensó un momento sobre ello.

—La verdad es que no. No durante la lucha, en todo caso.

—¡Elegida de Sakor! —exclamó la capitana al tiempo que sacudía la cabeza. Pero Beka hubiera jurado que parecía complacida.

25

CABOS SUELTOS

Después de esconder la hogaza robada debajo de su camisa, Skut salió corriendo entre la multitud que, como de costumbre a aquellas horas de la tarde, llenaba la plaza del mercado. Pudo escuchar los furiosos gritos del panadero a su espalda, «¡Detenedlo! ¡Al ladrón!». Algunas personas hicieron intentos poco entusiastas por atraparlo, pero era evidente que las simpatías de la muchedumbre estaban con él. Reacio a dejar su mercancía a merced de nuevas depredaciones, el panadero tardó poco en abandonar y volver a su puestecillo.

El hambre había formado un nudo en el vacío estómago de Skut; la muerte de Tym lo había dejado fuera de juego desde hacía tres días y no había podido comer casi nada en ese tiempo. Había robado la hogaza en un momento de desesperación, cuando no pudo soportar por más tiempo el ansia que le roía las tripas.

Cauteloso y asustado, se sumergió en el laberinto de sucios callejones hasta llegar a un almacén en ruinas de la margen occidental de la ciudad baja, su actual refugio. Una de las paredes había ardido y se había derrumbado y todo el lugar apestaba a humo y antigüedad, pero un desván del ático era todavía habitable. Abriéndose camino entre los escombros, subió las improvisadas escaleras que conducían hasta allí.

La luz de la puesta de sol se derramaba sobre el suelo del piso de abajo, pero el fondo del desván estaba ya envuelto en sombras. Las palomas grises que descansaban posadas sobre las vigas del tejado lo miraron con suspicacia mientras se asomaba sobre el borde de la plataforma.

—¿Kaber, estás ahí?

No hubo respuesta.

Eso fue un alivio. No había visto a Kaber desde que, hacía una semana, hubiera desaparecido sin despedirse. El muchacho era mayor que él y le había proporcionado cierta protección, pero también era un haragán y últimamente se había aficionado a golpearlo cuando no traía suficiente comida para los dos.

Se acercó al oxidado brasero que había en el centro del desván y empezó a preparar el fuego. Su mano acababa de cerrarse sobre el cuenco del pedernal cuando, repentinamente, sintió un movimiento detrás de sí.

Skut era un chico veloz, pero esta vez no lo fue suficiente. Antes de que pudiera levantarse alguien había arrojado una pesada capa sobre su cabeza y le había sujetado los dos brazos.

¡Matarifes!, pensó con desesperación.

Se debatió salvajemente, luchando por su vida y sintió que su pie golpeaba algo con fuerza. Hubo un gruñido sordo, pero unos brazos fuertes le sujetaron las piernas,

que no dejaba de agitar. Sus secuestradores lo levantaron en vilo y lo sujetaron con tanta fuerza que apenas podía moverse.

—No hemos venido para hacerte daño —dijo el que le sujetaba los brazos. Era una voz de hombre, una voz suave—. Quiero saber algo sobre Tym.

—¡No sé nada! —lloriqueó Skut mientras seguía tratando de liberarse.

—Oh, no sigamos por ese camino, ¿quieres? Se dice que tú eres el que lo vio todo. Yo sólo quiero hablar de ello. Tranquilízate y te aseguro que valdrá la pena.

Skut resistió todavía un momento más con el cuerpo tenso como la cuerda de un arco y entonces cejó. Quienquiera que lo estuviera sujetando no pensaba dejarlo marchar.

—Muy bien. Te lo contaré. Pero déjame en el suelo.

—Déjalo en el suelo.

Skut sintió que soltaban sus piernas, pero el hombre que estaba detrás de él siguió sujetándolo con fuerza por el pecho y los brazos.

—¿Vas a comportarte, entonces?

—He dicho que lo haría, ¿no? —dijo entre dientes mientras el corazón martilleaba en su garganta.

—Siéntate.

Skut obedeció y lanzó un grito de miedo al sentir que algo pesado se apoyaba sobre su muslo. Miró por debajo del borde de la capa y vio que era un saco de tela áspera.

—Vamos, ábrelo —le urgió el hombre, que seguía detrás de él. Podía ver las botas de un segundo, delante de él, que todavía no había pronunciado palabra.

Con mano temblorosa, Skut abrió la bolsa y descubrió, para su asombro, una pequeña salchicha, una rodaja de queso y media docena de huevos cocidos. El sabroso aroma resultaba casi insoportable de tan bueno que era, pero él seguía intranquilo. El hombre que hablaba parecía de noble cuna. ¿Qué podía querer de él?

—Muy bien —dijo el segundo. Era la primera vez que hablaba. Otro hombre—. Vamos, come. Parece que lo necesitas.

El olor ahumado a ajo de la salchicha era demasiado. Rezando por que no estuviese envenenada, Skut tomó un bocado y luego un segundo.

—¿Qué le pasó a Tym? —preguntó el primero.

—Se cayó de un tejado, eso es todo —contestó Skut con la boca llena.

—¿Tym se *cayó*?

Skut se encogió de hombros mientras pelaba uno de los huevos con los dedos mugrientos.

—Yo lo vi. No gritó ni nada, sólo se cayó.

—Nadie ha encontrado su cuerpo. ¿Estás seguro de que está muerto?

—¡Claro! —bufó el niño—. ¿Cómo no voy a estarlo? El bastardo no me había

pagado todavía. Tenía la cabeza toda rota. Pero no llevaba ni una mala moneda encima. Ni siquiera su cuchillo.

Su invisible inquisidor pareció reflexionar unos instantes sobre esto último.

—¿Qué estabais haciendo allí? ¿Por qué iba a pagarte?

—Bueno... —Skut titubeó—. Supongo que puedo contarle, ya que él está muerto y eso. Estaba vigilando una casa para él, la casa de la que cayó.

—¿Qué casa?

—Una casa de viviendas en la calle de los Barqueros. Tym me dijo que estuviera muy atento a la gente sospechosa, especialmente ladrones y merodeadores de las puertas. Y también Basureros.

—¿Cuánto tiempo estuviste vigilando?

—Casi una semana —la salchicha estaba rica. De hecho, era la mejor que había probado en toda su vida. Con aire servicial, añadió—. Y vi a uno. Pry el Escarabajo vino el día antes de que Tym cayera.

—¿Te dijo Tym por qué quería que vigilaras el lugar?

—No, y no se lo pregunté. Cuando Tym quería que hicieras algo, lo hacías y ya está —le dijo Skut. Y entonces añadió, con toda intención—. Y me hubiera pagado si no lo hubiesen matado antes.

El hombre soltó una risilla amistosa.

—Un auténtico hombre de honor, nuestro Tym. ¿Viste a alguien más en el tejado u oíste algo extraño antes de que Tym cayera?

Skut aplastó una liendre de su manga antes de contestar, con aire ausente:

—No, nada.

—¿Y qué estaba haciendo en el tejado, para empezar?

—Dijo que iba a espiar al tipo al que estaba vigilando, que vive en el piso de arriba. Fue allí a donde subió, a lo alto de su ventana. No vais a matarme, ¿verdad?

—No, pero sí te daré una advertencia. No te dejes ver y mantén la boca cerrada. No sabes quién más podría interesarse por ti. Ahora quiero que te quedes sentado e inmóvil mientras nos marchamos. No me gustaría tener que hacerte daño después de lo bien que te has portado.

—¡No me moveré!

Una mano fuerte se cerró amenazadora sobre su hombro.

—Y ni una palabra a nadie sobre esta visita, ¿de acuerdo?

—¡Sí! Nunca habéis estado aquí —susurró, atemorizado de nuevo.

La mano lo soltó. Escuchó el sonido apagado de las botas sobre el suelo, el crujido de las escaleras y luego el silencio. Contó hasta cien un par de veces antes de atreverse a quitarse la capa de la cabeza. Cuando estuvo seguro de que nada se movía, se arrastró para encender una luz y, mientras lo hacía, encontró una daga de buena hechura y una pequeña bolsa de lona sobre la rejilla del brasero. La bolsa contenía

por lo menos un sestercio en peniques.

Fueran o no de noble cuna, los que acababan de visitarlo sabían una o dos cosas, pensó Skut, asombrado. El oro o la plata podían provocar la muerte de uno con bastante rapidez, especialmente si quien las mostraba era un desarrapado como él, pero unas pocas monedas de cobre aquí y allá no supondrían ningún peligro y con una bolsa como aquélla podría vivir un mes o incluso más. Levantó el cuchillo con algo que parecía reverencia y probó el filo contra su pulgar. ¡A ver si Kaber se atrevía a golpearlo ahora! Recogió sus pocas pertenencias y todas las cosas de Kaber que le parecieron útiles y se marchó en busca de un nuevo alojamiento.

—Parece que fue un accidente —dijo Alec en cuanto estuvieron lejos del almacén en ruinas—. Debió de resbalar mientras caminaba sobre esas tejas, como me pasó a mí.

Seregil no parecía convencido.

—Me cuesta creer que Tym se haya caído. Pasó toda su vida subido en esos tejados. Y lo del cuchillo desaparecido me escama. Tym sólo lo sacaba cuando pretendía utilizarlo. Si hubiera estado en su vaina cuando cayó, Skut se lo habría llevado. Él mismo nos ha dicho que no estaba allí. Además, si Tym hubiera rodado sobre las tejas, el niño lo habría escuchado.

—¿Y qué le pasó al cuerpo? —musitó Alec. Ya habían recorrido todos los depósitos de cadáveres de la ciudad—. No creo que se levantara y se marchara andando sin más.

Seregil se encogió de hombros.

—Hay muchos personajes extraños en Rhíminee que pagarían por un cadáver.

Alec hizo una mueca.

—¿Cómo quiénes?

—Oh, locos y curiosos, sobre todo. Había un hombre, un aristócrata nada menos, que pretendía determinar qué órgano contiene el alma. Se sabe de artistas que también los han utilizado, en especial escultores. Recuerdo el caso de una mujer que fue ejecutada después de que se descubriera que estaba utilizando esqueletos como armazones para las estatuas que estaba fundiendo para la casa de retratos dálnica. Según cuenta la historia, un sacerdote se detuvo en su taller para ver cómo andaba el trabajo y tropezó sin darse cuenta con un modelo de arcilla de tamaño natural. La cabeza cayó al suelo y, al romperse, apareció en su interior una dentadura humana.

—¡Te burlas de mí!

—Que el Hacedor me castigue si miento. Valerius me ha contado la historia por lo menos un centenar de veces. «¡Quémalos o déjalos solos!» es la moraleja de esta historia. No obstante, en el caso de Tym, podría tratarse de necrófilos o sencillamente algún pobre hambriento...

—Está bien, ya lo he comprendido —gruñó Alec. No tenía la menor idea de lo que podía ser un necrófilo y tampoco deseaba saberlo; el pensar en el canibalismo era

suficientemente nauseabundo.

—¿Qué? Oh, lo siento. Dejando todo esto a un lado, creo que lo más probable sea que Rythel o cualquiera de sus asociados descubriera a Tym y se encargara del cuerpo. Será mejor que echemos un vistazo a su casa.

Esperaron hasta que fue noche cerrada y entonces se dirigieron a la calle de los Barqueros. Los habitantes de la casa seguían despiertos y estaban cenando; el tumulto que organizaban ahogaría cualquier ruido que Seregil pudiera hacer sobre las tejas.

Mientras Alec se quedaba abajo vigilando, subió por las desvencijadas escaleras de la parte trasera de la casa y se encaramó al tejado. Ató una cuerda alrededor de una chimenea y se arrastró cautelosamente hasta el alero que había justo sobre la ventana de Rythel.

Descubrió el cuchillo casi al instante. La hoja desnuda resplandecía limpiamente en el interior del canalón.

Tendido sobre el vientre, apenas a unos centímetros de distancia del cuchillo, Seregil examinó la situación unos segundos, mientras se preguntaba cómo era posible que Tym —el rápido, listo, peligroso Tym— pudiera haber sido cogido de aquella manera sobre el borde de un tejado sin que hubiera derramado una sola gota de sangre antes de morir.

Eras bueno Tym, pero parece que, tarde o temprano, todos nos topamos con la horma de nuestro zapato, meditó mientras alargaba el brazo hacia el cuchillo del ladrón muerto. Mientras agarraba la mellada empuñadura, este pensamiento provocó un desagradable hormigueo en su columna. Y en pos de éste, vino otra sensación mucho más desagradable cuando recordó que había enviado a Alec a robar en aquella habitación completamente solo. ¿No era por ventura la suerte de Illior lo que había querido que lo que quiera que hubiese acabado con Tym no estuviera allí cuando Alec visitó el lugar?

Introdujo el cuchillo bajo su cinto mientras elevaba una silenciosa oración de agradecimiento y regresó por donde había venido. Alec lo esperaba al otro lado de la calle.

—He registrado el patio —le dijo el muchacho—. Todo lo que he encontrado es esto —levantó un pequeño e imaginativo botón de hueso tallado—. Siempre que lo vi, sus ropas me parecieron bastante llamativas bajo la suciedad.

Seregil asintió.

—Muy cierto. ¿Alguna mancha de sangre?

—Ha llovido mucho y ha pasado demasiada gente desde entonces. ¿Tú has tenido suerte?

Alec abrió mucho los ojos al ver el cuchillo.

—Ya veo... ¿Pero dónde nos deja esto?

—Supongo que con la nariz enterrada en excrementos. —Seregil suspiró—.

Sospecho que, a estas alturas el mapa habrá desaparecido, y pasarán otros dos días antes de que podamos comprobarlo. Para entonces Rythel habrá terminado con su trabajo en las alcantarillas y todavía no tenemos una sola pista sobre la identidad de su patrón. Y, por añadidura, el muy bastardo me ha costado un buen ladrón.

Alec levantó la mirada hacia el lugar desde el que Tym había caído.

—Si Nysander no nos hubiera llamado aquella noche...

Seregil sacudió la cabeza.

—Entonces sabríamos más o también estaríamos muertos. No tiene sentido especular sobre ello. Es hora de coger a nuestro hombre, pero tenemos que hacerlo rápidamente y con cuidado. Y para eso necesitamos la ayuda de un mago —volvió a tocar la daga de Tym—. Quizá Nysander pueda sacar algo de esto. Veamos si está en casa.

Galoparon hasta la Vía del Puerto y luego a toda velocidad hasta llegar a la Casa Oréska. Cuando por fin sus elevados chapiteles aparecieron ante su vista, vieron con alivio que había luz en el interior de la torre del este.

Encontraron a Nysander y Thero trabajando con una maloliente colección de burbujeantes redomas y crisoles. Al otro lado de la mesa de trabajo yacía un puñado de flechas gruesas y toscas sobre un cojín de cuero.

Seregil reparó en que atraían la atención de Alec, pero tenían asuntos más urgentes de que ocuparse.

—¿Puedes ver algo en esto? —preguntó a Nysander al tiempo que le mostraba la daga de Tym.

Después de limpiarse las manos con un trapo manchado, el mago la tomó, le dio varias vueltas, la alzó y cerró los ojos.

Sin embargo, al cabo de un momento sacudió la cabeza y se la tendió a Thero.

—Hay un tenue rastro de magia en ella pero no puedo decir de qué clase o el tiempo que lleva ahí.

—Los objetos no suelen retenerla demasiado —observó Thero—. Un cuerpo nos hubiera revelado mucho más.

—Es evidente que alguien más sabía eso —murmuró Seregil mientras se dejaba caer sobre un banco cercano con un gruñido de disgusto—. ¡No estamos llegando a ninguna parte! Habrá que atrapar a Rythel. Sólo queda un día y medio para el fin de semana. Yo digo que lo vigilemos hasta entonces y luego caigamos sobre él.

—Ese parece ser el paso más lógico —asintió Nysander—. ¿Qué necesitarás?

—Una llave de translocación. Que sea algo pequeño, algo que pueda entregarle sin despertar sospechas. Un rollo de pergamino sería perfecto. Como Lord Seregil, puedo convencerlo de que se trata de un objeto valioso. Creo que podemos contar con la codicia de nuestro hombre.

—Excelente. Yo me ocuparé de hacer los preparativos con los carceleros de la

Prisión de la Torre Roja. Estará en una celda antes de darse cuenta.

Seregil se volvió a Alec, que esperaba a su lado con aire expectante.

—Tú entrarás en su habitación y la registrarás tan pronto como haya salido para su visita semanal a los prostíbulos. Aunque el mapa haya desaparecido, podría haber alguna otra cosa de interés. No hemos de dar tiempo a que limpien su habitación después de que lo hayamos cogido. En cuanto hayas terminado allí, nos encontraremos en la prisión.

Alec sonrió, preparado para la caza.

—No creo que me lleve mucho.

Seregil le devolvió la sonrisa. Estaba contento de ponerle fin a este trabajo en particular.

—¡Demonios, quizá lleguemos a tiempo de ver la segunda función en el Teatro Tirarie!

LOS OJOS DEL NIGROMANTE

Várgul Ashnazai observó con resignación su nuevo alojamiento.

La desierta casa olía a humedad y a ratones, pero al menos el techo estaba en buen estado y la chimenea podía encenderse.

Había perdido la cuenta de las posadas y tabernas en las que se habían alojado desde que, tres meses antes, llegaron a Eskalia. Los inviernos eran más duros aquí que en su Bensál natal, pero no tan duros como los que había soportado los tres años que había pasado ayudando a Mardus a recorrer las tierras del norte en busca del Ojo y el Velo.

No, la mayor penalidad que el nigromante había soportado en Eskalia había sido el aburrimiento. El brazo de la Oréska era muy largo; no importaba que se encontrara en Rhíminee siguiendo la pista a los diferentes espías y víctimas de Urvay o languideciendo en una casa desierta como la que ahora ocupaban. No podía permitirse el lujo de practicar su arte sin tejer primero una densa barrera de hechizos de protección y ocultación. Esta magia había funcionado admirablemente con la avariciosa hechicera. Urvay la había atrapado en sus redes para ellos. Ylinestra estaba demasiado segura de sus poderes; ni una sola vez había vislumbrado quién o qué era realmente Mardus.

Abrió de un golpe los combados postigos y contempló con la mirada entornada la ensenada que se extendía bajo la casa. Grandes bloques de hielo marino yacían apilados en la ribera, pero más allá de los guijarros el mar abierto y ondulante resplandecía con destellos verde-grisáceos bajo la luz de la mañana.

Otro impedimento superado con limpieza, pensó mientras sonreía para sí. El actor al que Urvay había engañado, Pelion, había respondido con previsible regocijo a la oferta de una serie de representaciones en la ciudad meridional de Iolus. Allí conseguiría el triunfo que esperaba, sin duda, sin sospechar que otros le habían puesto fecha a su muerte y que sólo dos semanas faltaban para que un asesino al que se había pagado por anticipado cumpliera la sentencia. También la hermosa Ylinestra vivía con tiempo prestado, al igual que todos los demás.

Los meses de espera ya no eran nada, comparados con el triunfo que se avecinaba. La venganza de Ashnazai pendía frente a sí como una gruesa fruta llena de promesas, casi madura y al alcance de su mano, una fruta de la que manaría el suave néctar de la sangre cuando la exprimiese. Dos cortas noches y todo estaría en su lugar.

Ella estaría allí.

Las estrellas destacaban como ojos resplandecientes contra la bóveda del cielo de medianoche.

De pie junto a Mardus en la playa, Ashnazai podía oír cómo se movían los hombres de Tildus entre los árboles que bordeaban la pequeña ensenada y el pifiar de los caballos, dispuestos para el viaje de la noche. Otros hombres patrullaban por los bosques que había más allá del barranco, donde un desgraciado buhonero yacía tendido de bruces en un charco de agua salobre. No habría testigos.

No tuvieron que esperar demasiado tiempo antes de que una presencia negra se materializara súbitamente delante de ellos.

Ashnazai saludó al *dra'gorgos* con una reverencia grave.

—Estaremos con vosotros dentro de poco —anunció el ser con su voz hueca y siseante.

—Todo está preparado —respondió Mardus—. Os esperamos aquí.

Pronto, el chapoteo de unos remos se arrastró hasta ellos desde mar adentro. Tildus y sus hombres se pusieron tensos, las armas dispuestas, mientras el negro contorno de una lancha se hacía visible.

Dos marineros remaban mientras los dos pasajeros permanecían inmóviles en la proa.

Al llegar a la costa, uno de los remeros saltó a tierra y arrastró el bote hasta la playa, de manera que sus pasajeros pudiesen desembarcar sin mojarse. El primero en hacerlo fue el descarnado nigromante de barba gris, Harid Yordun.

—Bienvenido, hermano mío —dijo Ashnazai mientras le estrechaba la mano—. Y tú, Irtuk Beshar, nuestra más estimada dama.

Yordun los saludó con un movimiento brusco de la cabeza y entonces levantó a su compañera y la depositó sobre la playa.

Silenciosa e invisible bajo sus espesos velos, Irtuk Beshar extendió una mano ennegrecida y ajada como el cuero a modo de bendición.

_____ 27 _____
EL FIN DE RYTHEL

Había llegado el fin de semana y Alec y Seregil acechaban, por última vez, escondidos en las sombras nocturnas frente a la vivienda del herrero.

—No cambiará su modo de proceder ahora que ha terminado el trabajo, ¿verdad? —le preguntó Alec por tercera vez aquel día. Sus nuevos camaradas de El Martillo y las Tenazas le habían informado de que el contrato en las alcantarillas había terminado. Hasta el momento, no se había oído que Maese Quarin hubiese encargado más trabajo a su sobrino ni que éste lo hubiese pedido.

Seregil reprimió una réplica impaciente.

—Espera unos pocos minutos y lo averiguaremos. Quieto... ahí está... ¡y vestido para un baile, se diría!

Mientras Rythel pasaba junto a la linterna de la puerta, entrevieron los destellos de un bordado de oro en la guerrera que llevaba bajo la capa forrada de piel.

—Parece que tenemos razón —susurró Seregil. Bajo la capa negra lucía una de sus mejores chaquetas color burdeos, pantalones de piel de ciervo blanco y una bolsa bien llena.

Un mozo trajo a Rythel su caballo y el hombre se encaminó en la dirección usual.

—La suerte de los ladrones —susurró Alec mientras le estrechaba rápidamente la mano a Seregil—. Te veré en la prisión —esbozó una sonrisa fugaz y desapareció sigilosamente en dirección a las escaleras traseras del edificio.

Seregil dejó que Rythel doblara la esquina al final de la calle y entonces montó a Cynril de un salto y se dispuso a preparar un encuentro casual con su presa.

Aquella noche Rythel prescindió de sus paradas habituales y se dirigió directamente hacia la calle de las Luces.

Deben de haberte dado una espléndida prima hoy, pensó Seregil mientras lo seguía sin dejarse ver hasta una casa de juego llamada El Cuenco Dorado. Quizá habías pensado en establecerte en un negocio nuevo con las ganancias. Si fuera tú, yo no haría demasiados planes por el momento, querido amigo.

No le resultó difícil volver a trabar contacto con él. Apenas acababa de entrar en el salón en el que Rythel estaba jugando y el hombre ya estaba a su lado saludándolo como si fueran viejos camaradas de armas.

—¡Sir Rythel, cuánto me alegro de volver a veros! —lo saludó Seregil mientras se estrechaban la mano a un lado de la mesa.

Indudablemente, aquello era un triunfo para Rythel; Seregil pudo ver que observaba al resto de los aristócratas presentes en la mesa, para evaluar su reacción al verlo saludado por uno de los suyos.

—Bienvenido, Lord Seregil —exclamó Rythel al tiempo que volvía a tomar sus

cartas—. Estábamos pensando en jugar después una partida de Moneda y Espada. ¿Queríais ser mi pareja?

Con un guiño sutil, Seregil asintió y se dispuso a esperar su momento.

Como de costumbre, habló mucho durante la partida, intercalando los chismorreos con referencias casuales a negocios diversos. Rythel mordió el anzuelo: unas cuantas manos más y podría convencerlo para retirarse a un lugar más tranquilo a tomar un trago. Una habitación privada de la casa de juego le serviría perfectamente.

Acababa de dejar caer la sugerencia cuando apareció un muchacho harapiento con un mensaje para Rythel.

Éste dejó las cartas a un lado, leyó el pergamino y lo guardó cuidadosamente en el interior de su guerrera.

—Tendréis que perdonarme —dijo, mientras guardaba sus ganancias en la bolsa—. Hay un asuntillo del que debo ocuparme ahora mismo, aunque no creo que tarde. ¿Podríamos vernos aquí mismo dentro de, digamos... una hora o dos?

—Supongo que pasaré aquí la mayor parte de la noche —respondió Seregil mientras asentía cordialmente. Entonces, para tender la trampa, le guiñó un ojo de forma disimulada y prosiguió—. Hay una pequeña cuestión en la que agradecería vuestra asistencia. Pequeña, pero posiblemente muy lucrativa. Podemos discutirla a vuestro regreso.

—Estoy a vuestro servicio, señor mío —hizo una reverencia y se marchó con cierto apresuramiento.

—Y dado que mi pareja me ha abandonado, creo que aprovecharé para refrescarme. —Seregil dejó la mesa, recogió su capa y salió rápidamente.

Para su sorpresa, Rythel se marchaba a pie. Lo siguió desde una distancia considerable.

Era una noche cálida. Los últimos y mugrientos restos de la nieve se fundían en el aire húmedo y se mezclaban con la niebla ligera que llegaba desde el puerto. Aquel año la primavera estaba llegando deprisa a Eskalia; su olor húmedo, malsano y putrefacto flotaba en el aire. Rythel silbaba entre dientes mientras dejaba la calle de las Luces y rodeaba el Círculo de Astellus en dirección a la calle de la Antorcha.

Ese camino conducía a las calles más estrechas del cercano barrio de los mercaderes.

¿Adónde se dirige, en el nombre de Bilairy?, se preguntaba Seregil.

Delante de él, Rythel dobló una esquina y desapareció de la vista.

Seregil se apresuraba a alcanzarlo cuando los gritos de unos caballos enloquecidos hicieron añicos la tranquilidad de la noche. Corrió hasta la esquina y vio a Rythel, unos diez metros más allá, de pie y paralizado en medio de la calle, mientras un tiro de caballos de carga surgía de la niebla y arremetía contra él

arrastrando un pesado carromato. El callejón era desesperadamente estrecho; aunque Rythel lograra esquivar los caballos, con toda probabilidad sería aplastado por el carromato.

Embargado por una abrumadora sensación de impotencia, Seregil no pudo siquiera gritar mientras Rythel permanecía inmóvil, con las manos en alto como si pretendiera detener a las bestias.

El primero de los caballos lo golpeó de lleno, cortó en seco su chillido de desesperación y lo pisoteó con sus enormes cascos.

Entonces el carromato pasó de lado sobre él y una rueda forrada de metal le arrancó una pierna.

Seregil se apartó de un salto y contempló el paso tumultuoso del carromato; las bocas de los caballos estaban cubiertas de espuma; en sus ojos brillaba el pánico. No había conductor en el asiento. Las riendas se agitaban libremente sobre los lomos de los animales.

Mientras se perdía más allá de la calle, vio varios barriles apilados en la parte trasera. ¿El carromato de un cervecero, que había salido para dar la ronda nocturna?

Como una visión de pesadilla, se desvaneció de nuevo entre la niebla, en medio de un estrépito de cascos y tintineo de arneses.

Acurrucado entre las sombras, con la espada en la mano, Seregil esperó hasta que el clamor se hubo apagado por completo. Quería ver si alguien seguía al carro. Nadie lo hizo. Se acercó al lugar en el que Rythel yacía hecho pedazos sobre los húmedos adoquines.

La bilis se acumuló amarga en el fondo de su garganta. Jamás había visto aun hombre tan destrozado. El torso estaba aplastado por completo. Se cubrió la boca con el revés de una mano. Y entonces, inesperadamente, descubrió un olor agrio que le era familiar en medio del hedor horroroso que se elevaba de la carne mutilada.

Yo te pagué ese vino, pensó, mientras apartaba los ojos del contenido de los restos de su estómago.

Con los labios fruncidos en una delgada línea de rabia y repugnancia, agarró la pierna destrozada y la dejó sobre el cadáver.

Entonces sacó el pergamino mágico de Nysander, el mismo que apenas unos momentos antes había estado a punto de entregar a Rythel. Lo abrió con una mano, sujetó la pierna intacta del cadáver con la otra y rasgó el sello de cera con el pulgar. Un instante después, la calle estaba vacía.

—¡NYSANDER!

El furioso grito de Seregil resonó por los corredores de la prisión y sobresaltó a Alec, Nysander y Thero en medio de su silenciosa vigilia.

Nysander fue el primero en recuperarse. Corrió hasta la puerta de la celda, conjuró un hechizo de luz y se asomó por la rejilla. Seregil estaba dentro, acurrucado

sobre lo que parecía ser una masa de tela enredada. Pero el hedor que se arrastró hasta la nariz del mago resultaba inconfundible. Abrió la puerta con un mero ademán y se precipitó al interior de la habitación.

—¡Por la Tétrada! ¿Qué ha ocurrido?

—Fue atropellado en una calle —siseó Seregil entre dientes—. Lo tenía casi al alcance de la mano... se quedó allí, inmóvil como un conejo, mientras el carromato desbocado de un cervecero le pasaba por encima; no pude hacer nada para salvarlo.

Nysander escuchó un sonido estrangulado a su espalda y se volvió. Mudo y pasmado, Thero observaba la escena mientras se cubría la boca con una mano. Al mismo tiempo, Alec permanecía en el umbral, pálido y con el rostro sombrío, observando cómo arrancaba Seregil al muerto con salvaje determinación sus atavíos empapados de sangre. Sus elegantes ropas estaban ya manchadas de un líquido rojizo y apestoso.

El propio Seregil estaba blanco como la leche, pero sus ojos resplandecían de furia. Arrodillado al otro lado del cuerpo, Nysander colocó una mano pocos centímetros por encima de la destrozada cabeza de Rythel.

—Tampoco esta vez siento nada —suspiró—. Tienes que contármelo todo. ¿Ha sido un accidente?

—Comienzo a hartarme de los «accidentes» —gruñó Seregil.

Volvió el cuerpo de espaldas y una bolsa manchada de sangre cayó sobre la paja con un tintineo de monedas. Levantó la bolsa, inspeccionó el contenido del abrigo y entonces lo arrojó todo por la habitación.

—¡Que se pudra en el infierno! —bramó—. ¡Que se pudra en el infierno! *Había* una nota. Alguien le dijo que fuera a ese lugar, alguien a quien conocía. ¡Iba paseando a encontrarse con su muerte y silbaba como un novio el día de su boda! Alec, quítale esa bota y compruébala.

Obediente, Alec recogió la bota de la pierna cortada. Le ajustaba perfectamente y tuvo que apoyar sus pies en lo que quedaba de los muslos para sacarla. Comprobó el interior y sacudió la cabeza.

—Aquí tampoco hay nada.

—Ni aquí. —Seregil arrojó la otra bota a un lado y de un tirón le arrancó al cadáver los restos de los pantalones. Después de otra búsqueda cuidadosa, se apartó dando un salto y, con un grito gutural, golpeó con una de sus manos ensangrentadas la pared de la celda.

En aquel preciso momento reapareció Thero en el umbral.

—Perdona mi debilidad, Nysander —musitó. Todavía estaba verde—. ¿Puedo hacer algo?

—Presta atención —replicó Nysander, sombrío—. Algún día tu vocación te llevará lejos de la protección de la Casa Oréska; debes ser lo suficientemente fuerte

para enfrentarte a tales horrores. Puede que esto haya sido un accidente pero...

—¡Un accidente! —estalló Seregil sin apartar la vista del cadáver—. Por los Testículos de Bilairy, Nysander, este hombre fue asesinado al igual que Tym.

—Probablemente. Y seguimos sin saber quién estaba detrás de sus acciones.

—Pero el mapa... —Seregil se volvió hacia Alec.

—No estaba allí —replicó éste débilmente con la mirada fija en Rythel—. No había *nada*. Ropas, documentos, cofres, todo... todo había desaparecido. La habitación estaba vacía por completo. No creo que tuviese intención de regresar allí. La vieja dueña de la casa dice que un carromato vino esta tarde a llevárselo todo.

Nysander cerró los ojos un instante y entonces suspiró.

—Thero y yo reharemos el camino que habéis seguido esta noche utilizando nuestros propios métodos. Si descubrimos algo, os informaré de inmediato.

El mago deslizó entonces una mano bajo el brazo de Alec y sacó al muchacho de la habitación. Pero Seregil se quedó un momento, acurrucado sobre el cadáver con aire pesimista.

—Hijo de puta astuto —susurró, en voz tan baja que Nysander estuvo a punto de no oírlo—. Eras mejor de lo que yo pensaba.

UN DESTELLO DE PROFECÍA

—¡Padre! Padre, ¿dónde estás?

Alec tomó un puñado de las hierbas mágicas de Valerius y empezó a correr por el vacío pasillo. No había puertas ni ventanas, sólo interminables muros de piedra detrás de cada recodo que doblaba en pos del chapoteo de la negra sangre que cubría el suelo y el sonido apagado de la laboriosa respiración de su padre. Pero no importaba lo rápido que corriera. Alec no podía alcanzarlo.

—Padre, espera —suplicó, cegado por lágrimas de frustración—. He encontrado a un drisiano. Déjame ayudarte. ¿Por qué corres?

En la pasmosa quietud, Alec escuchó un nuevo y ominoso sonido, el suave rumor de unas pisadas que lo seguían, a su mismo paso.

Cuando se detenía, el sonido desaparecía; cuando continuaba, lo perseguía.

—¿Padre? —susurró. Y se detuvo de nuevo.

Pero el sonido de los pasos no se desvaneció esta vez y de pronto Alec fue presa de un miedo atroz. Vio por encima del hombro un pasillo vacío, que se extendía hasta un nuevo giro. Y mientras tanto los pasos se aproximaban, más y más, más y más.

Los músculos de su espalda se tensaron mientras huía, esperando que algo lo apresara en cualquier momento desde atrás. El sonido de la persecución se le aproximaba, estaba cada vez más cerca.

Sacó la espada de la vaina con un ademán furioso y se revolvió para luchar. Pero en vez de su espada, su mano sólo empuñaba el astil romo de una flecha.

Y frente a él se erguía una muralla de oscuridad.

Alec despertó de una sacudida y se hizo un ovillo. Estaba temblando. Su camisa estaba empapada de sudor frío y las lágrimas humedecían sus mejillas.

En el exterior había estallado una tormenta. El viento aullaba en la chimenea y la lluvia azotaba las ventanas.

Le dolía el pecho como si de verdad hubiera estado corriendo. Respiró profundamente varias veces para calmarse, se concentró en el brillo rojo de la chimenea y trató de exorcizar las amargas imágenes de su pesadilla. Su corazón casi había vuelto a latir con normalidad cuando escuchó que los tablones del suelo crujían.

—Es la tercera vez esta semana, ¿verdad? —preguntó Seregil mientras emergía a la luz del hogar. Su capa estaba empapada y caía agua de sus enmarañados cabellos.

—¡Maldita sea, me has asustado! —dijo Alec con voz ronca mientras se secaba apresuradamente los ojos con el borde de la sábana—. No esperaba que volvieras esta noche.

Había pasado casi una semana desde la muerte de Rythel y ninguno de ellos, ni siquiera Nysander, había sido capaz de encontrar prueba alguna que uniese al herrero

con otra cosa que el sabotaje de las alcantarillas y unas pocas indiscreciones en diversas casas de juego. A estas alturas, todos habían abandonado excepto Seregil, cuyo humor había ido empeorando a medida que seguía una pista falsa detrás de otra. En los últimos días, Alec había descubierto que era más sensato permanecer lejos de él mientras no estaban trabajando. Cuando aquella noche Seregil se había dirigido a la calle de las Luces en busca de consuelo, lo había tomado como una señal esperanzadora; en cambio, su prematura reaparición no presagiaba nada bueno.

Pero Alec no vio más que genuina preocupación en el rostro de su amigo mientras recogía un par de copas y la garrafa de brandy de Zengat de la repisa. Tomó asiento a los pies de la cama del muchacho y llenó las copas con generosidad.

—Pesadillas otra vez, ¿eh? —preguntó.

—¿Lo sabías?

—Has estado toda la semana revolviéndote de noche. Bebe, estás tan pálido como unas viejas cenizas.

El brandy calentó el estómago de Alec pero el camisón estaba húmedo y pegajoso contra su espalda. Se cubrió los hombros con una manta y bebió lentamente y en silencio mientras prestaba atención al rumor del viento bajo los aleros.

—¿Quieres hablar de ello?

La mirada de Alec estaba fija en las sombras del interior de su copa.

—Es sólo un sueño que tengo desde hace algún tiempo.

—¿El mismo?

Asintió.

—Cuatro o cinco veces esta semana.

—Deberías haberme dicho algo.

—Últimamente no ha sido lo que se dice fácil hablar contigo —replicó Alec con tranquilidad.

—Ah, bueno... —Seregil se pasó los dedos por el cabello—. Nunca me tomo las derrotas con elegancia.

—Siento lo del mapa —había pasado toda la larga y triste semana atormentado por ello—. Debería habérmelo llevado cuando tuve la oportunidad.

—No, hiciste lo más apropiado en aquel momento —le tranquilizó Seregil—. Desde que empezó este asunto, nada ha ocurrido cuando a nosotros nos convenía. Si yo hubiera seguido a Rythel un poco antes o si él se hubiera mantenido vivo sólo media hora más tarde, ahora estaría en nuestro poder. Sin embargo, las cosas ya no pueden cambiarse. Y ahora, háblame de ese sueño.

Alec tomó otro sorbo de brandy, dejó la copa a medio terminar a un lado y le refirió todos los detalles que podía recordar.

—Al contarlo no suena tan mal —dijo una vez que hubo terminado—. Especialmente la última parte. Pero en el sueño siempre parece la peor parte. Todavía

peor que cuando mi padre... —titubeó, sorprendido por la tirantez que sentía en la garganta. Se miró las manos durante unos momentos, confiando en que su pelo ocultase su rostro.

Después de un rato, Seregil dijo con voz amable:

—Últimamente has tenido muchas cosas de que preocuparte, con lo de tu sangre faie y todo este asunto. El ver a Rythel destrozado en aquella celda debe de haber desenterrado algunos recuerdos desagradables. Es posible que ésta sea la manera en la que te permites al fin lamentar la muerte de tu padre.

Alec lo miró con frialdad.

—Claro que lamenté su muerte.

—Quizá, *talí*, pero en todo el tiempo que hemos pasado juntos apenas lo has mencionado o te he visto llorar por él.

Alec enrolló el borde de la manta entre los dedos, sorprendido por la repentina amargura que sentía.

—¿Y para qué serviría? Las lágrimas no arreglan las cosas.

—Puede que no, pero...

—No cambiarían el hecho de que no pude hacer nada por mi propio padre salvo sentarme y ver cómo se consumía como una polilla y escuchar cómo se ahogaba en su propia sangre... —tragó saliva—. Además, no es de eso de lo que trata el sueño.

—¿No? ¿Y de qué, entonces?

Alec sacudió la cabeza con aire miserable.

—No lo sé, pero no es de eso.

Seregil le dio una palmada franca en la espinilla y se puso en pie.

—¿Qué te parece si mañana desayunamos a costa de Nysander? Sabe bastante de sueños y, mientras estamos allí, podrías hablar con Thero y con él sobre la duración de tu vida. Con todo este alboroto sobre Tym y Rythel, no has tenido demasiado tiempo para absorberlo.

—Ha sido más sencillo no pensar en ello —dijo Alec con un suspiro—. Pero creo que me hará bien hablar un poco.

Seregil yacía en la oscuridad de su propia cama, escuchando cómo la respiración de Alec se iba haciendo más suave y regular en la habitación contigua.

—No más sueños, amigo mío —susurró en Aurénfaie. Y no era sólo un deseo bienintencionado. Casi podía escuchar las dementes divagaciones del Oráculo, resonando sobre las semanas y los meses con claridad e intensidad crecientes. *El Devorador de la Muerte da luz a monstruos. ¡Guarda bien al Guardián! ¡Guarda bien a la Vanguardia y al Astil!*

El astil. El astil de una flecha, como el que Alec aferraba en su sueño, noche tras noche... inútil e impotente sin la afilada punta.

Esa imagen podría significar un millar de cosas diferentes, se dijo mientras

trataba en vano de sacudirse de encima la certidumbre de que el destino había lanzado irrevocablemente un nuevo dado en un juego que todavía no alcanzaba a comprender.

La tormenta regresó al mar antes del alba. Las blancas murallas, cúpulas y torres de la Casa Oréska relucían contra el impoluto cielo matutino mientras Seregil y Alec cabalgaban hacia ella. En el interior de sus protectores muros, el aroma de las hierbas que acababan de brotar y de las cosas que crecían vigorosamente los envolvía con una promesa de una primavera que, en el mundo exterior, no estaba ya tan lejana.

Nysander y Thero tenían otros invitados para el desayuno. Los centauros, Hwerlu y su hembra Feeya, habían logrado atravesar de alguna manera el laberinto de escaleras y corredores que conducían hasta la torre, por no mencionar un sinnúmero de puertas que no habían sido construidas para permitir la entrada de criaturas del tamaño de grandes caballos de carga. Magyana se encontraba también allí, con los pies apoyados sobre una silla cercana a Feeya.

—Qué agradable sorpresa —exclamó Nysander mientras aproximaba otro banco al improvisado desayuno que descansaba sobre la mesa de trabajo. La mayoría de las vituallas habituales (mantequilla y queso, miel, pastelillos de avena, té) podían verse sobre la mesa, junto con una enorme bandeja de fruta. Por deferencia a los centauros, los fiambres se habían evitado en esta ocasión. El mago lanzó a Seregil una mirada significativa desde debajo de sus pobladas cejas y añadió—: confío en que sea una visita social.

—Más o menos —dijo Seregil mientras llenaba un plato con pastelillos y fruta—. A Alec le preocupa un poco el hecho de tener que vivir unos cuantos siglos más. Pensé que vosotros los magos podríais aconsejarlo un poco, dado que el hecho también os toma por sorpresa a vosotros.

—Así que por fin te lo ha contado —dijo Magyana a Alec mientras le daba un abrazo—. Ya iba siendo hora.

Hwerlu bufó con sorpresa.

—¿No lo ha sabido hasta ahora? —dijo algo a Feeya en su silbante lengua y ella sacudió la cabeza.

El centauro se volvió hacia Alec y sonrió:

—Lo vimos el primer día que viniste, pero Seregil nos pidió que no te lo dijéramos. ¿Por qué?

—Supongo que quería que me acostumbrara primero a él —dijo Alec mientras dedicaba a su amigo una mirada irónica.

—Me temo que eso requeriría mucho tiempo —intervino Thero.

—Y, sin embargo, tal como han ocurrido las cosas, es posible que Seregil haya demostrado sabiduría al esperar —dijo Nysander—. Ahora es algo más que un sentimiento de miedo u obligación lo que te mantiene a su lado, ¿no es así, Alec?

—Por supuesto. Pero la idea de que podría pasar aquí sentado otros trescientos o cuatrocientos años más... —su mirada estaba fija en el plato. Sacudió la cabeza—. No puedo imaginármelo.

—Algunas veces yo también me siento así —dijo Thero.

Seregil miró al joven mago con sorpresa. Desde que lo conocía, jamás había escuchado que compartiera un sentimiento personal.

—De niño lo había imaginado —prosiguió Thero—. Pero a pesar de ello resultó abrumador cuando los magos lo confirmaron después de examinarme. Sin embargo, piensa en lo que podremos experimentar durante nuestras vidas... los años de aprendizaje, los descubrimientos.

Hoy parece casi humano, pensó Seregil al tiempo que examinaba el semblante de su rival con interés renovado.

—La verdad es que he demostrado una gran torpeza a la hora de contártelo —admitió—. Aquella noche estaba un poco agitado después de haber visto a Azdriel, pero lo que dice Thero es cierto. Fue lo que me mantuvo cuerdo después de abandonar Auréren. Una vida larga puede ser un don para aquellos que están dotados de capacidad de asombro y curiosidad. Y no creo que a ti te falten nunca estas dos cualidades.

Nysander rió.

—En realidad no. Sabes, Alec, durante doscientos años he estudiado, aprendido y recorrido el mundo y, sin embargo, sigo teniendo la satisfacción de saber que si viviera otros doscientos años todavía habría cosas nuevas para deleitarme. Magyana y yo hemos vivido en el mundo más que la mayoría de los magos y por ello, al igual que Seregil, hemos visto envejecer y morir a muchos amigos. Te mentiría si te dijera que no resulta doloroso y, sin embargo, cada una de esas amistades, no importa cuan breves hayan sido, ha sido un regalo al que ninguno de nosotros renunciaría por nada del mundo.

—Es posible que suene frío, pero al cabo de una generación o dos resulta más fácil alejarte de tales sentimientos —añadió Magyana—. No es que ames menos, es que aprendes a respetar los ciclos de la vida. Aun así, agradezco a Illior el que vosotros dos os encontrarais como lo hicisteis.

—También yo —respondió Alec con inesperada vehemencia. Se ruborizó ligeramente, acaso azorado por ello—. Sólo me gustaría haber podido hablar con mi padre de todo ello y de mi madre. Seregil me contó una historia que bien podría ser la de ellos, pero ahora nunca conoceré la verdadera.

—Eso nunca se sabe —dijo Nysander—. Pero puedes honrarlos respetando la vida que te dieron.

—Hablando de tus padres, Alec, cuéntale a Nysander la pesadilla que has estado teniendo desde que mataron a Rythel —le interrumpió Seregil al ver que se le

presentaba la oportunidad que había estado esperando.

—¿Y bien? —el mago enarcó una ceja inquisitiva y miró al muchacho.

—¿Puedes describirla? —preguntó Magyana—. Los sueños y pesadillas son en ocasiones herramientas asombrosas y aquellos que te visitan más de una vez son casi siempre importantes.

Seregil vigiló subrepticamente a Nysander mientras Alec relataba los detalles de la pesadilla; conocía demasiado bien al viejo mago como para no ver una chispa de verdadero interés detrás de la fachada de atención reflexiva que ostentaba su rostro.

—Y así es como siempre acaba. Es la peor parte —terminó Alec.

Aunque la luz de la mañana inundaba la habitación a través de la cúpula de cristal, se había agitado, incómodo, mientras describía la última escena.

Magyana suspiró lentamente.

—Los acontecimientos violentos pueden invocar recuerdos dolorosos. Aunque tu padre murió a causa de una enfermedad debilitante y no de forma violenta, debió de ser una época de terrible dolor y miedo para ti.

Alec se limitó a asentir, pero Seregil reconoció el dolor que se escondía tras su expresión estoica.

—Sí. Y mezclado con la sorpresa terrible de descubrir tu verdadero linaje, podría haber creado tales imágenes en tu mente —asintió Nysander, aunque la mirada que intercambió con Seregil demostraba que tenía ideas diferentes sobre el asunto—. Yo no me preocuparía demasiado por ello, querido muchacho. Estoy seguro de que pasará con el tiempo.

—Eso espero —suspiró Alec—. Empiezo a odiar el momento de irme a dormir.

—Nysander, ¿todavía tienes ese libro de meditaciones de Reli á Noliene? —preguntó Seregil—. Su filosofía podría serle de utilidad a Alec en este momento. Creo recordar que lo he visto en las estanterías del salón.

—Es posible que sí —contestó Nysander—. Ven conmigo y ayúdame a buscarlo, ¿quieres?

El mago no dijo nada mientras bajaban las escaleras. Sin embargo, tan pronto como la puerta del salón estuvo bien cerrada detrás de ellos, se volvió hacia Seregil con una mirada expectante en el rostro.

—Supongo que hay algún asunto que quieres discutir en privado.

—¿Tan evidente resulta?

—La verdad es que sí. ¿Reli á Noliene? —se acomodó en su acostumbrado asiento junto al hogar y miró a Seregil con ironía—. Creo recordar que en numerosas ocasiones has definido sus escritos como verdaderas bobadas.

Seregil se encogió de hombros al tiempo que pasaba un dedo por la franja pintada del mural que protegía la habitación.

—Es la primera cosa que se me ocurrió. ¿Qué opinas de ese sueño de Alec y del

astil de flecha sin punta? Tengo la extraña sensación de que está relacionado... — vaciló al reparar en la mirada de advertencia de Nysander— con ese asunto particular del que no me está permitido hablar.

—Parece una relación bastante obvia. Supongo que estás pensando en las palabras del Oráculo. El Guardián, la Vanguardia y el *Astil*.

—Ciertamente es posible que exista una conexión, aunque ignoro por qué debería emerger precisamente ahora. Por otra parte, podría no ser más que lo que parece. Alec es un arquero. ¿Qué imagen podría ser más apropiada en su caso para representar la indefensión que una flecha inútil?

—Yo también he tratado de convencerme de ello. Ambos sabemos lo que es ese Devorador de la Muerte; yo he sido tocado dos veces por su oscuro poder y ambas veces he sido terriblemente afortunado de salir con vida y con la cordura intacta. Así que quiero creer que Alec no está siendo arrastrado a esta misma locura, pero lo cierto es que creo que sí, que eso es exactamente lo que el sueño significa. Tú también lo crees, ¿verdad?

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó Nysander con un rastro de amargura en la voz—. Si de verdad es una profecía, entonces ocurrirá lo que deba ocurrir, lo queramos nosotros o no.

—Una profecía, ¿eh? Te refieres al destino. —Seregil frunció el ceño—. Y entonces, ¿por qué el sueño? ¿De qué sirve que te avisen de algo que no puedes evitar?

—Evitar las cosas no suele ser el mejor modo de resolverlas.

—¡Ni tampoco lo es quedarse sentado de brazos cruzados esperando a que el cielo se desplome sobre ti!

—Tampoco, pero el que está avisado puede prepararse, ¿no?

—¿Prepararse para qué? —preguntó Seregil, cuya irritación iba en aumento, mientras una mirada de cautela que empezaba a resultar demasiado familiar se aposentaba sobre el semblante del mago—. Muy bien, sigues guardando algún terrible secreto, pero tengo la impresión de que los dioses nos están dando pistas. Si *tú* eres el Guardián, cosa que ya has admitido, y *si* Alec, nuestro arquero, es el Astil, ¿soy yo la Vanguardia entonces? —se detuvo y trató de probarse el título. Pero la profunda sensación de certeza que lo había asaltado en el caso de Alec lo eludía ahora—. Vanguardia, aquellos que marchan antes a la batalla, el que va primero... No, por alguna razón no me parece apropiado para mí. Además, el Oráculo no me hubiera dicho que me protegiera a mí mismo. Entonces, ¿por qué demonios iba a decirme nada? A menos que...

—Seregil, por favor...

—¡A menos que existiera una cuarta figura en la profecía! —exclamó Seregil. Caminaba a largas zancadas entre el hogar y la puerta mientras una miríada de

posibilidades empezaba a tomar forma en sus pensamientos—. Por supuesto. Cuatro es el número de los Inmortales que se alzan frente al Devorador de la Muerte, de modo que... —la certeza interior estaba allí. No importaba la respuesta que Nysander le diera, ahora sabía instintivamente que seguía la pista adecuada—. ¡Por la Luz de Illior, Nysander! El Oráculo no me hubiera hablado como lo hizo si no hubiera habido una razón, si yo no tuviera un papel que desempeñar.

Nysander se miró las manos cruzadas un instante, mientras parlamentaba con una voz interior. Respiró profundamente y dijo:

—Tú eres el Guía, Aquel que Está Oculto. No te lo dije antes por dos razones.

—¿Qué son?

—La primera, que todavía esperaba, continuó esperando, de hecho, que no importaría. Y la segunda, que no sabía más que eso. Ninguno de los Guardianes ha sabido nada más.

—¿Y qué hay de la Vanguardia?

—Micum, probablemente, puesto que también él es parte de estos acontecimientos... Por el amor de Illior, Seregil, deja de caminar y siéntate de una vez.

Seregil se detuvo junto a las estanterías.

—¿Qué quieres decir con que esperas que no importe?

Nysander cerró los ojos y se masajeó el puente de la nariz con el pulgar y el índice.

—Al igual que han existido otros Guardianes, ha habido otros Astiles y otras Vanguardias. Es como si hubiesen existido eternamente, de generación en generación, preparados para el caso de que...

—¿Para el caso de que qué?

—No lo sé. Confieso que todavía me aferro a la esperanza de que este terrible mal pueda ser prevenido. Por ahora, debo seguir guardando mis secretos como siempre he hecho. Lo que sí puedo decirte ahora que has averiguado tanto por ti mismo, es que las cuatro figuras de la profecía han sido siempre conocidas por los Guardianes, aunque sus funciones nunca nos han sido reveladas. Pero si tú eres el Guía, Seregil, si Alec es el Astil y Micum la Vanguardia, entonces no hay nada que nadie, sea amigo o enemigo, pueda hacer para cambiarlo.

Seregil dejó escapar un gruñido de exasperación.

—En otras palabras, que todo lo que podemos hacer es esperar a que ese terrible Algo ocurra, o *no* ocurra, en cuyo caso pasaremos el resto de nuestras vidas esperando porque tampoco sabremos que no va a ocurrir.

—Esa es, sin la menor duda, una de las razones por las que los Guardianes no comparten tal conocimiento con los otros. No les serviría de nada saberlo y su vida resultaría mucho más difícil. Por otro lado —se detuvo y miró a Seregil con una

mezcla de preocupación y piedad—, sospecho que mi esperanza de transmitir mi carga a un nuevo Guardián resultará vana. Mardus tenía los discos de madera; otros plenimaranos llegaron a las montañas Ashek siguiéndote los talones en busca de la corona. Existen otros objetos, objetos mágicos. Algunos de ellos están en Plenimar, otros, afortunadamente, desperdigados por los cuatro rincones del mundo. Fue sólo una cuestión de azar que el palimpsesto que te condujo hasta la corona acabara en manos de mi maestro Arkoniel. Es evidente que los plenimaranos están haciendo grandes esfuerzos por recuperar esos objetos. Todo esto no presagia nada bueno, querido muchacho, nada bueno. Y por lo que se refiere a tu dilema. —Nysander esbozó una sonrisa irónica—, debo recordarte que si no fueras un entrometido absolutamente intolerable, no existiría.

—¿Y qué hay de los demás?

Nysander extendió las manos.

—No te prohibo que les cuentes lo que sabes, pero piensa un momento en lo que acabas de decir. Incluso sabiéndolo, no hay nada que pueda hacerse; nuestro destino está en manos de los Inmortales.

—Y ese es un lugar realmente incómodo —refunfuñó Seregil.

—Estoy de acuerdo. Y ahora, además, quién sabe si peligroso. Todos debemos vivir de forma cautelosa durante algún tiempo.

—Puedo vigilar a Alec, si eso es lo que quieres, pero ¿qué me dices de Micum?

—Conjuré algunos hechizos de protección alrededor de los tres en cuanto regresasteis del norte. Desde entonces, alguien ha tratado de atravesar los que os rodean a Alec y a ti, pero...

—¿Qué? —un miedo gélido atravesó el corazón de Seregil—. Nunca me habías...

—Tales intentos no fueron una sorpresa para mí —le dijo Nysander con calma—. Y, naturalmente, han fallado. Los hechizos que os rodean siguen intactos y hacen imposible que alguien pueda utilizar la magia para espiaros. Hasta el momento no ha habido perturbación alguna en los hechizos que protegen a Micum y a su familia.

—¡Por los Testículos de Bilairy! ¿Sabes quién es el responsable?

—Desgraciadamente, quienes os buscan están igualmente bien protegidos. Su magia es muy poderosa y saben cómo utilizarla para esconderse.

—Esto no me gusta. No me gusta nada —musitó Seregil—. La magia no es el único camino para encontrar a alguien. Demonios, Rhal lo consiguió, ¿no es cierto? ¿Quién dice que Mardus y sus sabuesos no lo han conseguido? El pobre Alec no sabía cómo ocultar nuestras huellas.

—Ocurra lo que ocurra, no debes culpar al muchacho —lo amonestó Nysander.

—¿Quién está hablando de culpas? —Seregil se pasó una mano por los cabellos, frustrado—. Hizo un trabajo espléndido, dadas las circunstancias. Me salvó la vida.

Ahora me toca a mí protegerlo. Y a Micum; sabiendo lo que sé, el honor me obliga a avisarlo.

Se preparó para una nueva discusión, pero para su sorpresa, Nysander suspiró y asintió.

—Muy bien, pero sólo debes decirle cuanto sea absolutamente necesario.

—Es justo. Maldita sea, a estas alturas deben de estarse preguntando dónde estamos. —Seregil se levantó para marcharse pero Nysander permaneció sentado.

—¿Seregil?

Se volvió. El mago lo observaba con una mirada de tristeza.

—Espero, querido muchacho, que al margen de lo que nos traigan los días que se avecinan, no creas que sabía que esto llegaría en nuestra época o que su advenimiento os pondría en peligro a cualquiera de vosotros.

Seregil sonrió de mala gana.

—Sabes, he pasado la mayor parte de mi vida escuchando o contando leyendas. Por una vez resultaría interesante formar parte de ellas. Sólo espero que el bardo que cuente la nuestra dentro de muchos años termine diciendo: «Y la Banda de los Cuatro vivió con honor durante muchos años».

—También yo, querido muchacho. También yo. Excúsame ante los demás, ¿quieres? Me gustaría sentarme aquí un rato.

El silencio envolvió a Nysander cuando Seregil se hubo marchado. Con las manos apoyadas sobre las rodillas, se relajó y prestó atención al sonido de su respiración y los latidos de su corazón hasta que no fue consciente de nada más. Entonces, lentamente, se abrió a las corrientes de la precognición, utilizando los semblantes de sus tres camaradas para convocar las energías que buscaba.

Imágenes grises se agitaron con pereza frente al ojo de su mente, el flujo conexo del *Será/Podría Ser/Sería e Imagina*. Cómo recoger las migajas de un futuro que todavía no se ha desenvuelto...

...las manos de Tikárie Megaresh, el icono de sus sueños y sus visiones, se abrieron delante de él. Las tinieblas se poblaron de voces que gritaban, bramaban, lloraban. Podía oír el estruendo de las armas, los aullidos de los hombres...

Y entonces, violenta como un golpe, llegó la visión de un disco negro rodeado por un delgado nimbo de fuego. Y parecía mirarlo fijamente y con ferocidad, como un ojo acusador.

Un perfume familiar se arrastró hasta Seregil mientras se aproximaba al laboratorio. Abrió la puerta y se encontró con Ylinestra, sentada junto a Magyana. Una mirada rápida reveló un interesante cuadro reunido en torno a la mesa del desayuno. Como de costumbre, Ylinestra estaba deslumbrante mientras conversaba con Magyana, con el negro y lustroso cabello sobre uno de los hombros de su vestido suelto. Por su

parte, Magyana parecía estar disfrutando de la conversación, pero Seregil creyó detectar unas tenues líneas de desagrado alrededor de sus ojos.

Feeya no era tan sutil. Se había trasladado al otro extremo de la mesa y observaba a Ylinestra con evidente antipatía.

Thero parecía desgarrado entre el azoramiento y la lujuria. Alec permanecía a lo que parecía ser una distancia segura de la mujer que lo había seducido y trataba de mantener una conversación formal con Hwerlu.

Todos los ojos se volvieron hacia Seregil cuando entró.

—Ah, aquí están —dijo Magyana—. Pero ¿dónde está Nysander?

—Oh, algo lo ha distraído en su estudio —respondió Seregil.

—Qué lástima —suspiró Ylinestra—. Esperaba poder convencerlo para que me acompañara al jardín un rato.

—Ya sabes cómo es. Probablemente tardará un rato en regresar.

—Le diré que lo estabas buscando —se ofreció Thero, un poco rígido—. Mientras tanto, quizá yo...

—Oh, bueno, otra vez será —dijo Ylinestra despreocupadamente.

Cuando se hubo marchado, Feeya le dijo algo a Hwerlu, que se echó a reír.

—Dice que el olor de esa mujer hace que le duela el vientre —tradujo para ellos.

—A mí también —asintió Magyana con una sonrisa traviesa—. Aunque me atrevo a decir que la mayoría de los hombres lo encuentra muy tentador. Debe de estar echando de menos a Nysander. Ya es la tercera vez que viene a buscarlo esta semana. ¿No es cierto, Thero?

—No llevo la cuenta —replicó el joven mago mientras se encogía de hombros—. Si me perdonáis, tengo trabajo que hacer y será mejor que empiece con él.

Alec soltó una risilla mientras Seregil y él volvían a El Gallito.

—Te apuesto un sestercio a que espera a que todo el mundo se haya marchado y luego sale corriendo detrás de ella.

—Esa es una apuesta de perdedor —dijo Seregil con una sonrisa ladeada—. Nunca falla; cuando alguien como Thero se enamora por fin, se convierte en un completo necio.

—¿Sabes?, creo que eres demasiado duro con él.

—¿De veras?

Alec se encogió de hombros.

—Al principio a mí tampoco me caía demasiado bien, pero ahora no me parece tan malo. Ayudó a salvar nuestras vidas durante la incursión en el castillo de Kassarie y también fue muy útil en todo el asunto de Rythel. Desde entonces ha sido casi... amistoso. Es posible que Nysander tenga razón sobre él, después de todo. Por muy arrogante y frío que pueda parecer, no creo que sea tan malo por dentro.

Seregil lo miró con una sonrisa escéptica en los labios.

—Eres de naturaleza caritativa. Pero ahora mismo tenemos cosas más importantes de que ocuparnos. Te lo explicaré cuando llegemos a casa.

Cabalgaban con las capuchas puestas, pero Alec adivinaba sin necesidad de ver el rostro de su amigo que algo importante había ocurrido durante la conversación privada que habían mantenido Nysander y él.

—¿Qué ocurre? —preguntó, incapaz de decidir por el tono cauteloso de Seregil si se trataba de un trabajo o un problema.

Seregil sacudió la cabeza.

—Aquí no.

Apenas hablaron durante el resto del camino, pero Alec advirtió que la ruta que seguían para llegar a casa era un poco más enrevesada de lo habitual.

Thrys los saludó mientras pasaban junto a la puerta de la cocina.

—No os oí salir —dijo. Estaba afilando cuchillos junto al fuego—. Rhiri trajo un mensaje para vos la semana pasada, pero no era para el Gato de Rhíminee. Está en la repisa, junto a la caja de la sal.

Seregil lo encontró, un vulgar trozo de papel atado con bramante grasiento y sellado con la cera de una vela.

—¿Algo más? —preguntó, al tiempo que se inclinaba para hacer unas cosquillas a Luthas, que estaba sentado a los pies de su bisabuela y jugaba con una cuchara de madera.

—No, nada.

—¿Cuántos clientes hay hoy en la posada?

—Creo que este viento se los ha llevado a todos —gruñó la anciana mientras probaba el filo de un cuchillo grande contra su pulgar—. Había seis carreteros en la habitación grande, pero se marcharon a primera hora de la mañana. Ahora mismo no queda más que un mercader de caballos y su hijo en la habitación de delante y un mercader de paños que ha venido para la feria de primavera. Nunca habíamos estado tan flojos en esta época del año. He enviado a Cilla y a Diomis para ver cómo andan las cosas en el mercado.

Repentinamente, Luthas los sobresaltó a todos con un berrido enfadado.

—Por la Llama, lleva toda la mañana inquieto —suspiró Thrys—. Seguro que le está saliendo otro diente.

—Yo lo cogeré. —Alec levantó en vilo al niño y lo acunó suavemente en sus brazos, pero no dejó de llorar.

—Quieres a tu mamá, ¿verdad, cariño? —Thrys sonrió al tiempo que le ofrecía la cuchara. Pero Luthas la apartó de un manotazo, lloró con más fuerza todavía y se retorció como una anguila.

—Búscame su trapo —gritó Alec a Seregil por encima del escándalo.

Seregil revolvió la cuna y, después de encontrar un pañuelo de vivos colores con

un nudo en el centro, lo sostuvo al alcance del niño.

Luthas lo agarró, se metió el nudo en la boca y lo masticó con un aire decididamente descontento. Al cabo de un momento, se relajó y quedó medio dormido sobre el hombro de Alec.

—Últimamente estás haciendo mucho de niñera —susurró Seregil.

—Oh, estos dos son grandes amigos —dijo Thrys con cariño.

Alec estaba intentando dejar el bebé en su cuna cuando Rhiri entró como una estampida y cerró dando un portazo. Luthas despertó al instante y empezó a llorar furiosamente.

El mozo de cuadra se disculpó con Alec con un gesto de la cabeza y luego sacó un pequeño estuche de pergaminos de su chaleco y se lo tendió a Seregil.

—¡Vamos! —gimió Seregil mientras indicaba a Alec con un ademán que lo siguiera.

Una vez en sus desordenados aposentos, se dejó caer sobre el sillón y abrió el estuche. Contenía un vistoso anillo y la habitual solicitud de los servicios del Gato. Los dejó a un lado con un mohín de impaciencia, cortó el bramante del papel plegado y lo abrió sobre sus rodillas.

—Vaya, por fin algo de buenas noticias —exclamó con alegría—. Escucha esto: «En el Puerto de Rhíminee, esperando el placer de veros. Preguntad por Welken en El Grifo». Lo firma «Maese Rhal, capitán de *La Dama Verde*», y tiene fecha de ayer.

—¿Ayer? Será mejor que vayamos.

—Otra hora no supondrá diferencia —su sonrisa se desvaneció mientras, con un gesto, invitaba a Alec a sentarse en una silla cercana—. Primero tenemos que ocuparnos de otra cosa.

Alec se sentó y estudió el rostro de Seregil con cierto malestar; no parecía contento.

—Primero tienes que prometerme, por tu honor como Centinela, que guardarás silencio sobre lo que voy a contarte —comenzó a decir con una gravedad que no era propia de él.

La emoción de lo desconocido recorrió a Alec mientras asentía.

—Lo prometo. ¿Qué ocurre?

—Tus sueños, los del astil de flecha sin punta, tienen sentido para Nysander. Y también para mí, en realidad, desde que me hablaste sobre ello, la pasada noche, sólo que tenía que hablar con Nysander para estar seguro.

—¿Sobre qué? —preguntó Alec, incómodo.

—Hay tanto que contar... es difícil saber por dónde empezar —estudió sus manos cerradas durante un instante—. La primera noche que vinimos aquí, volví a salir más tarde.

—Fuiste al Templo de Illior.

—Cierto, pero nunca te conté el porqué, ¿verdad?

—No, nunca.

—Fui con la esperanza de que el Oráculo de Illior me revelara algo sobre el disco de madera que habíamos encontrado en Herbaleda —se llevó una mano al pecho, donde se encontraba la cicatriz oculta.

Alec lo miró con incredulidad.

—¿Lo sabe Nysander?

—Ahora sí, pero eso no es lo importante. El Oráculo no me reveló nada específico sobre el disco pero, en cambio, me dijo algo que, ahora lo sé, era parte de una profecía. Me habló del Devorador de la Muerte...

—Igual que en el diario que encontramos y en la ceremonia de la Noche del Luto.

—Exacto. Y entonces me dijo que debía proteger a tres personas a las que llamó el Guardián, el Astil y la Vanguardia. Y hay un cuarto, el Guía, también llamado Aquel que Está Oculto. Ese soy yo, por lo que parece. Y Nysander es el Guardián. Después de escuchar tu sueño, pensamos que tú puedes ser...

—El Astil —dijo Alec en voz baja mientras recordaba la flecha sin punta y la sensación de impotencia que experimentaba siempre que la veía en sus sueños.

—Aparentemente, Nysander tiene el presentimiento de que Micum es la Vanguardia.

—Pero el Devorador de la Muerte es Seriamaius —vio que Seregil se encogía al escuchar el nombre maldito pronunciado en voz alta—. Todo eso del Astil y el Guardián está relacionado de alguna manera... Oh, espera un momento. —Alec sintió que se le hacía un nudo en el estómago—. Ese disco, el condenado disco de madera que te hizo enfermar y enloquecer. Fuiste al Oráculo a preguntar por él, de modo que debe de estar relacionado con la profecía.

—Así es —dijo Seregil—. Pero no sé cómo. Nysander se niega a hablar de ello. Tan solo me ha revelado que el disco es parte de algo más grande, algo por lo que los plenimaranos estarían dispuestos a hacer cualquier cosa. Cuando me marché, poco antes de la Fiesta de Sakor, fue para conseguir otro objeto antes de que lo hicieran ellos, una especie de corona. Estaba envuelta en la misma magia maligna que el disco, sólo que mucho peor —su rostro se ensombreció mientras emergían algunos recuerdos—. Mucho peor y mucho más peligrosa. Pero conseguí traerla.

—Había otros discos idénticos al que robamos —recordó Alec. Su mente volaba a toda velocidad—. Puede que tengan que estar todos juntos para tener todo su poder.

—Es cierto. Lo que significa que si hubiéramos sido codiciosos y nos los hubiéramos llevado todos, probablemente no hubiésemos llegado ni a Boersby. Quería contarte todo esto antes pero Nysander me hizo jurar que guardaría silencio. Y no te lo estaría contando ahora de no ser porque tú también parece formar parte de ello.

—Pero ¿qué quiere decir? —preguntó Alec, exasperado—. ¿Qué es lo que hace el Astil? Si Nysander tiene el disco y la corona, entonces los plenimaranos no los conseguirán y lo que quiera que sea aquello de lo que forman parte no podrá terminarse, ¿no es así?

—Supongo que tienes razón pero, si es así de sencillo, ¿por qué estás teniendo esos sueños ahora, eh?

—¿Crees que Mardus podría seguir todavía detrás de nosotros? Por los Testículos de Bilairy, Seregil, si Rhal fue capaz de encontrarnos, ¿por qué no él?

Seregil se encogió de hombros.

—No es del todo imposible. No parece de esos que abandonan con facilidad. Pero en tal caso, ¿por qué no se ha mostrado todavía? Han pasado varios meses desde entonces, y si supiera que tenemos también la corona, él o alguien como él se mostraría más tarde o más temprano. Y hay algo más. ¿Recuerdas la descripción que nos hizo Micum del sacrificio ritual que había encontrado en las Marismas?

—Todos aquellos cuerpos abiertos en canal —dijo Alec con un ligero estremecimiento.

—Encontré algo muy parecido en el lugar donde se escondía la corona. Allí todos los cuerpos eran muy antiguos, pero las mutilaciones eran idénticas, los omóplatos destrozados, las costillas abiertas como si fueran alas. Ahora Nysander asegura que todo ello puede no significar nada, que siempre ha habido Guardianes, Astiles y demás, elegidos sólo por si eran necesarios. Pero sus palabras no resultaban del todo convincentes. Por eso te estoy diciendo todo esto y por eso tenemos que advertir a Micum. Quiero que mañana mismo vayas a verlo y le cuentes cuanto te acabo de contar.

—¿Y tú que harás?

Seregil esbozó una sonrisa siniestra.

—Hay algunos viejos amigos de Tym con los que me gustaría charlar un rato. Si están llegando plenimaranos a Rhíminee, alguien tiene que saberlo.

—Pero lograron esconder sus huellas muy bien en el asunto de las alcantarillas —le recordó Alec.

—Excepto por Rythel. En casi todo plan hay un Rythel. Cuando estés en Watermead, sólo debes contarle al propio Micum lo que acabas de oír. Haz lo que sea necesario para hablar a solas con él, pero trata de no levantar sospechas. Normalmente, cuando algo ocurre, Kari lo sabe. Y pregúntale sobre sus sueños mientras estés allí, aunque supongo que se burlará. Ya sé que es difícil de comprender. Como ya te he dicho, Nysander asegura que todo ello podría no significar nada, pero sospecho que no lo cree de verdad. Y sé que yo no lo creo.

Imágenes a medio formar, demasiado caóticas para ser comprendidas, se arremolinaron en la mente de Alec. Y, sin embargo, algunos fragmentos y jirones

parecían permanecer en pie en medio de la confusión general, como ramas de árbol en un remolino.

—De modo que Nysander posee al menos dos partes de lo que quiera que sea esa cosa: el disco y la corona. Pero debe de haber algo más, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, si él ha sido el Guardián durante todos estos años, ¿qué es lo que esta guardando?

Los ojos de Seregil se abrieron por la sorpresa.

—Esa es una buena pregunta. Pero, por alguna razón, dudo que llegemos a saberlo alguna vez.

Después de volver a asumir sus respectivas identidades como Lord Seregil y Sir Alec para lo que quedaba de día, salieron de la calle de la Rueda a mediodía y se dirigieron a la ciudad baja con el propósito de inspeccionar cierto velero corsario que había anclado un poco más allá de los muelles. Encontraron al hombre de Rhal en El Grifo. A pesar de haber pasado un día y una noche en una posada, estaba lo suficientemente sobrio como para llevarlos en lancha hasta el barco.

—Ese es —dijo orgullosamente, asintiendo por encima de su hombro, mientras remaba hacia una esbelta embarcación de dos mástiles. *La Dama Verde* contaba con sendas plataformas de batalla a proa y a popa. Incluso para el ojo lego de Alec no podía haber duda sobre su propósito principal.

—Por los Testículos de Bilairy, ¿qué se supone que es eso? —preguntó Seregil mientras cruzaban por debajo de la proa. Bajo el bauprés podía verse la figura pintada de una mujer.

—El mascarón de proa —le contestó Welken—. Muchos barcos nuevos lo tienen. Dicen que trae suerte. El capitán Rhal consiguió al mejor escultor para tallar a la dama; incluso luce en el dedo un anillo dorado de verdad, con una gema roja engarzada. El capitán dice que su vientre redondo nos traerá una bodega llena.

El cabello negro de la mujer caía sobre sus hombros y las faldas talladas de su vestido verde esmeralda descendían desde un vientre redondeado de preñez. Una mano extendida apuntaba al frente; la otra descansaba modestamente sobre el corazón. Alec esbozó una amplia sonrisa mientras observaba con los ojos entornados el rostro de madera; no era un trabajo de mucha calidad, pero su parecido con Seregil era evidente para cualquiera que hubiera estado a bordo del *Veloz* y lo hubiera visto interpretar a una dama micenia.

Sin dejar de mirar hacia lo alto, Seregil farfulló acres juramentos en voz baja. Alec sofocó una risotada y preguntó inocentemente:

—¿Y tiene un nombre la dama?

—Oh, sí. El capitán la llama Lady Gwethelyn.

—Le va bien —señaló Alec al tiempo que pugnaba por mantener un rostro

sereno.

—Encantadora —musitó Seregil.

Treparon por una escalerilla de cuerda y encontraron a Rhal, que los esperaba en cubierta. Después de una breve visita, los condujo a su camarote situado a proa. Aunque no era en modo alguno lujoso, estaba muy lejos del destartado aposento en el que los había entretenido mientras se encontraban a bordo del *Orca*.

—Espero que ese mascarón de proa vuestro os traiga suerte —comentó Seregil secamente mientras tomaba asiento en una silla.

—Sí. Y sin duda la vamos a necesitar muy pronto —dijo Rhal. Sirvió vino para todos—. Este año el tiempo está mejorando muy temprano. Ahora que el viejo Señor Supremo ha muerto, no hay nada que retenga a los plenimaranos. Naturalmente, su hijo Estmar no es todavía Señor Supremo. Según la costumbre de Plenimar, ha de transcurrir un mes de luto oficial antes de que pueda ser coronado. Eso debería darnos algunas semanas más.

Seregil sacudió la cabeza y frunció el ceño.

—Yo no contaría con ello. Se han escuchado rumores sobre exploradores plenimaranos a la altura del río Folcwine.

Aquello eran malas noticias, pensó Alec. Las veloces unidades de la Guardia de la Reina patrullaban también por aquella zona, pero no habían sabido nada de Beka desde hacía semanas.

—Bueno, ocurra lo que ocurra, *La Dama Verde* y su tripulación estarán listas —les aseguró Rhal con firmeza—. Navega con la suavidad de un cisne venido de Macar y, como podéis ver, hemos dispuesto los garfios, las catapultas y las barquillas de fuego. Cuando partamos, tendré veinte arqueros en mi tripulación y otros treinta contratados para la ocasión.

—Impresionante. ¿Y cuándo partís?

Rhal se mesó la negra barba.

—En cuanto tengamos la Licencia Real.

—Lo único que distingue a los piratas de los corsarios —le interrumpió Seregil en beneficio de Alec.

—Eso, y el porcentaje del botín del que se apropia la tesorería real —añadió Rhal—. Supongo que nos dedicaremos al comercio costero hasta que la guerra comience formalmente; transporte de mercancías y soldados y esa clase de cosas. La tripulación necesita acostumbrarse a navegar en alta mar. Se rumorea que hay trabajo de sobra en torno al Mar Interior y al Estrecho. Muchos barcos mercantes de Plenimar están llevando suministros y oro a Nanta. Y, por supuesto, pretendo hacer honor a nuestro acuerdo, aunque no sé cómo pretendéis encontrarme si llega a presentarse la necesidad.

—Hemos pensado en eso —dijo Alec mientras sacaba un medallón de plata—.

Está encantado. Colgadlo en alguna parte y un mago amigo nuestro podrá saber donde os encontráis.

Rhal estudió el emblema de Illior grabado sobre la cara del disco.

—Algo me dice que esto también puede darnos suerte. Bien. Necesitaremos toda la que podamos encontrar.

—Entonces os deseo lo mejor —dijo Seregil al tiempo que se ponía en pie para marcharse—. Espero que vuestras bodegas estén pronto tan llenas como él vientre de vuestro mascarón de proa.

Rhal se rascó la barba con aire avergonzado.

—Oh, ya os habéis percatado, ¿verdad? Era una dama digna de verse, la tal Gwethelyn. Cuando pienso en la noche en la que os desenmascaré, no sé si me sentí más enfadado o decepcionado. Pero al final yo diría que el haberme encontrado con vos fue una suerte, de modo que ahí está. *La Dama Verde* es un magnífico barco y hará que todos nos sintamos orgullosos.

Dado que ya estaban vestidos de forma apropiada, Alec y Seregil aparecieron en la calle de la Rueda para comer y esperaron a que anocheciera para volver a El Gallito. Una vez allí, Seregil se dirigió directamente a sus aposentos y empezó a revolver sus harapos de mendigo.

—¿Vas a salir esta noche? —preguntó Alec, apoyado contra el marco de la puerta mientras su amigo se cambiaba de ropa.

—Hay algunos ladrones y maleantes con los que quiero hablar. Es poco probable que los encuentre a la luz del día. No creo que regrese antes de que te marches, así que descansa y parte temprano. Sin embargo, antes de marcharme, quiero oír lo que vas a contarle a Micum. Las cosas se han sucedido muy deprisa hoy. Quiero estar seguro de que lo has comprendido todo.

Alec recitó lo mejor que pudo cuanto Seregil le había contado sobre la profecía y los sueños. Su amigo lo corrigió en una o dos ocasiones y luego asintió, complacido.

—Muy bien. No sé lo que Micum pensará de todo esto, pero al menos estará al corriente de lo que está ocurriendo —se cubrió la cabeza con su viejo sombrero de fieltro, pasó junto a Alec y empezó a mancharse con cenizas de la chimenea.

—Regresaré en cuanto haya hablado con él —dijo Alec—. Podría estar de vuelta a la caída de la noche.

—No hay necesidad. Pasa la noche allí y regresa por la mañana.

Alec abrió la boca para protestar pero Seregil lo hizo callar alzando una mano.

—Hablo en serio, Alec. Si estamos en peligro, cuanto más cuidadosos seamos mejor. No quiero que estés en lugares solitarios después de que anochezca.

Alec se demoró todavía unos segundos en el umbral, con la mirada perdida en las botas. La verdad era que, de pronto, a él tampoco le gustaba la idea de dejar solo a Seregil, aunque no era tan necio como para decirlo.

Pero Seregil pareció haberle leído el pensamiento. Después de colocarse un parche grasiento sobre el ojo, se acercó a él y lo sujetó por los hombros.

—Estaré bien. Y no pienso dejarte al margen de nada.

A pesar del parche, del pelo enmarañado y del ridículo sombrero viejo que ocultaba en parte las facciones de su amigo, Alec pudo percibir la seriedad cálida que había en su voz.

—Lo sé —suspiró—. Te has dejado un poco —alargó el brazo y extendió un poco de ceniza sobre la mejilla derecha de Seregil, que seguía un poco limpia. El único ojo visible de su compañero se ensanchó de forma evidente. Las extrañas sensaciones volvieron a agitarse y Alec sintió que se ruborizaba.

Seregil sostuvo su mirada un momento y entonces se aclaró la garganta bruscamente.

—Gracias. No conviene que ningún signo visible de limpieza me traicione, ¿verdad? Me revolcaré en algún montón de excrementos del establo antes de salir para asegurarme de que huelo de la manera apropiada. Cuídate.

—Y tú. —Alec sintió una nueva punzada de malestar mientras Seregil se dirigía hacia la puerta—. La suerte de los ladrones, Seregil —le dijo.

Su amigo miró atrás con una sonrisa ladeada.

—También para ti.

A solas, Alec empezó a hacer el equipaje para el viaje del día siguiente. Pero no tardó en advertir que estaba guardando una vez tras otra las mismas cosas mientras sus pensamientos vagaban entre los insólitos acontecimientos del día y el extraño malestar que le había provocado la marcha de Seregil.

Aquella noche la pesadilla de Alec regresó, pero esta vez lo esperaba algo más.

Al final, cuando se volvió para mirar a su perseguidor, bloques enteros de piedra se deslizaron de sus cavidades en las paredes y cayeron al suelo con un estrépito sordo. Sujetando con fuerza la flecha sin punta, se obligó a acercarse a las aberturas que las piedras habían dejado y a asomarse por ellas. No podía ver más que oscuridad que había al otro lado pero podía escuchar un nuevo sonido, uno que era tan ordinario y al mismo tiempo tan inexplicablemente aterrador como la visión del simple astil de una flecha.

Era el atronador rumor de un mar que azotaba una costa rocosa.

Alec abrió los ojos mucho antes de que amaneciera. Demasiado ansioso para dormir, se vistió rápidamente y bajó al establo para ensillar a Parche.

Una niebla húmeda y gris, presagio de un día desapacible, pendía sobre la ciudad, pero en el Mercado de la Cosecha los comerciantes y vendedores más madrugadores se preparaban ya para un día de trabajo. Alec se detuvo para comprar algo que desayunar y luego se encaminó hacia las puertas. Para su sorpresa, unos piqueros de la Guarida lo detuvieron al llegar allí.

—Di tu nombre y tus intenciones —dijo uno de ellos al tiempo que ahogaba un bostezo.

—¿Qué es esto?

—Órdenes de la Reina. Cualquiera que entre o salga de la ciudad debe ser registrado. Di tu nombre y tus intenciones.

Sólo soy un espía que va a advertir a un viejo amigo de que los Inmortales podrían tener planes para su futuro, pensó Alec, irónico.

—Wilim í Micum de Rhíminee —dijo en voz alta—. Me dirijo a la aldea de Tovus para comprar un caballo.

Un guardia sentado a una tosca mesa registró esta información en un libro de entradas y salidas.

—¿Cuándo piensas regresar? —preguntó el primer guardia.

—Con suerte, esta misma noche a última hora —mientras lo decía, Alec reparó en que en algún momento situado entre la última noche y un segundo atrás había decidido que regresaría aquel mismo día, a despecho de lo que dijera Seregil. No había razón para no hacer el viaje en un solo día si el tiempo lo permitía.

Mientras se dirigía hacia el norte por el camino real, observó cómo trepaba lentamente por el horizonte un amanecer apagado. En las zanjas brotaban las primeras flores de azafrán y campanilla, pero la pálida luz parecía arrebatárselas, lo mismo a ellas que al espíritu de Alec, todo colorido.

Sus sueños lo habían dejado inquieto y un poco amargado. Y cuanto más se alejaba de Rhíminee, más sentía el peso de un pavor sin nombre sobre el corazón.

A media mañana cruzó el puente y comenzó a ascender por la colina que precedía a Watermead. Los sabuesos de Micum vinieron corriendo a saludarlo, pero esa fue toda su bienvenida.

Mientras se preguntaba dónde estaría Illia, entró en el patio y se encontró con un bracero de la granja, que parecía esperarlo.

—Buenos días, Sir Alec. Si estáis buscando al señor, no está aquí. Toda la familia se marchó antes de ayer a casa de Lord Warnik í Thorgol, en el otro valle. Se está

reuniendo gente de todo el distrito para hablar sobre las defensas en caso de que estalle la guerra.

Exasperado, Alec se azotó la palma de la mano con los guantes.

—¿Cuándo se le espera de vuelta?

—No hasta mañana. Y puede que más tarde.

—¿Es ese Sir Alec? —gritó desde la puerta la anciana criada de Kari, Ama—. Entra, cariño. Esta casa siempre está abierta para ti. Puedes quedarte hasta que regresen. ¿Está Maese Seregil en el camino?

—No, vengo solo —sin desmontar, Alec consideró la oferta—. ¿Cuánto tardaría en llegar hasta la propiedad de Warnik?

Ama reflexionó un momento.

—Bueno, tendrías que volver al camino y luego dirigirte en dirección norte hasta llegar al siguiente valle. ¿Tú que dices, Ranil? Podría estar allí en dos horas, más o menos, ¿no?

—Dos horas, ¿eh? —dos horas para ir, dos horas para volver y otras dos para llegar a la ciudad, más el tiempo que necesitase para explicarle las cosas a Micum. Alec frunció el ceño para sus adentros. Con aquel tiempo, tendría que cabalgar de noche si quería regresar a la ciudad aquel mismo día.

—Oh, sí —dijo Ranil—. Aunque necesitará un caballo fresco para que el Viejo Parche pueda tomarse un descanso aquí. Naturalmente, si tenéis mucha prisa, podríais coger la vieja senda de las colinas.

—No creo que quiera cabalgar por las colinas en un día como hoy —se burló Ama mientras se cubría los flacos hombros con el chal—. Con toda esta lluvia y el deshielo, ese camino no será más que una pista de lodo.

—¿Cuánto se tarda por ese camino? —insistió Alec. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para impedir que su impaciencia se mostrase.

—No lo sé. —Ranil se rascó la cabeza mientras consideraba la pregunta—. Quizá no más de una hora si cabalgáis deprisa y no os perdéis. Myn es el que mejor lo conoce. Viene a menudo desde ese valle.

—Desde el valle de Warnik, nada menos —dijo Arna, como si estuviese hablando de alguna tierra exótica y distante—. Myn es el que mejor puede decírtelo, Alec. Quizá él podría guiarte.

—¿Y donde está Myn? —preguntó Alec.

—¿Myn? Veamos, Ranil, ¿dónde está Myn hoy?

—Se ha marchado a Greywall a ver al juez —replicó Ranil—. Está a casi ocho kilómetros de aquí.

Un nuevo y costoso desvío.

—Ranil, ¿ese camino tuyo está lejos de aquí?

—No. No tiene pérdida, señor. Dirigíos al arroyo que hay al pie de la colina y os

cruzaréis con él. Discurre a vuestra derecha a lo largo de la ribera más cercana.

—¿Te refieres al camino que lleva hasta el estanque de las nutrias? —exclamó, aliviado. Lo había recorrido a caballo en compañía de Beka.

—Sí señor, ese mismo —dijo Arna—. Pero es un camino bastante duro, o eso es lo que he oído.

—Estoy acostumbrado —dijo Alec mientras desmontaba—. Sin embargo, sí que voy a cambiar de caballo. Y también voy a dejar mi equipaje aquí. Regresaré a buscar a Parche antes de que anochezca.

Estaba bajo el agua. Si levantaba la mirada, podía ver la resplandeciente superficie justo sobre él, un espejo de plata cambiante que no reflejaba nada. Y más allá de la superficie se movía algo oscuro, como la figura de un hombre erguido contra el cielo...

Seregil se agitó con un gruñido de sorpresa mientras algo lo golpeaba con fuerza entre los omóplatos.

—¡Os dije que estaba vivo! —escuchó decir a una mujer.

Dos casacas azules, montados a lomos de sendos caballos, lo miraban fijamente. La luz de la mañana resplandecía en sus yelmos. Un tercero, una mujer para ser exactos, estaba frente a él, de pie, sosteniendo una porra con ambas manos.

—Vamos, tú, en pie —dijo la de la porra. Parecía la clase de persona que le daría un golpe a un mendigo por si acaso.

—Que la misericordia y las bendiciones del Hacedor sean con vosotros —gimió Seregil.

—Guárdate tus bendiciones, galopín dálnico.

Seregil se envolvió en sus sucios harapos y se puso trabajosamente en pie mientras se preguntaba cómo demonios había podido quedarse dormido entre los mendigos de la zona del este.

Había estado vigilando una taberna cercana, con la esperanza de encontrar a cierto informador que solía ir a beber allí. Ahora el sucio establecimiento estaba cerrado y su hombre se había marchado hacía mucho tiempo.

El casaca azul sujetó a Seregil por el brazo y lo arrastró más allá de los caballos hasta un carromato de paredes elevadas.

—Sube ahí y deprisa.

Seregil subió trabajosamente a la puerta trasera y se encontró con media docena de malhumorados mendigos y prostitutas amontonados en su interior.

Enfadado consigo mismo, se dejó caer sobre el banco mientras el carromato se ponía en marcha. Algo lo aguijoneaba en el fondo de su mente, un sueño que estaba teniendo cuando los casacas azules lo habían despertado, pero se le había escapado. Ahora tenía que ocuparse del atolladero en el que se había metido.

—Yo no he hecho na' —protestó con voz quejumbrosa. Apoyó la barbilla sobre el pecho—. No he hecho na' en asoluto. ¿Pero a qué se dedican estos? ¿A trincar pobres desgraciaos como yo?

—¿Es que no lo sabes? —le preguntó una muchacha harapienta deshecha en lágrimas—. Dicen que ha estallado la guerra. ¡Y para nosotros eso quiere decir la Ley de Mendigos!

Seregil la contempló sin decir palabra mientras la ironía de la situación recaía sobre él. Antigua y consagrada por el uso, la Ley de Mendigos estipulaba que en tiempo de guerra todos los vagos, mendigos y criminales serían obligados a alistarse en el ejército o expulsados de las ciudades para que se valieran por sí mismos. En caso de asedio, no se desperdiciarían las preciosas reservas para alimentar a los parásitos sociales.

Seregil lanzó una mirada en derredor y, mirando a sus desgraciados compañeros —la prostituta llorosa, un par de ladronzuelos que le resultaban vagamente familiares, un gigante manco que apestaba a vómito y un muchacho medio muerto de hambre— tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír al pensar en el error que había cometido al elegir su disfraz.

Sigue así y acabarás frente a una carga de caballería plenimarana armado tan solo con una pica, pensó con pesimismo. Para lo que he hecho, más me hubiera valido hacer una agradable visita a Watermead en compañía de Alec.

Alec no vio a las nutrias mientras pasaba junto a su estanque, aunque había suficientes huellas y señales como para asegurar que seguían viviendo allí.

Más allá del estanque, el camino se hacía más empinado y ascendía colina arriba serpenteando en torno a imponentes abetos y rocas aún más grandes que el caballo prestado que montaba Alec.

Entre las raíces y bajo los salientes rocosos todavía perduraba una delgada corteza de nieve, pero en el aire reinaban los dulces aromas de las vidas tiernas y en crecimiento y de la tierra húmeda. A pesar de que comenzaba a caer una lluvia entre las ramas, resultaba agradable encontrarse en el bosque. Después de pasar la práctica totalidad del invierno en las intrincadas calles de Rhíminee, la sencilla tarea de seguir una vereda casi abandonada entre los árboles traía consigo una reconfortante familiaridad.

Las aguas del deshielo y las agujas de los abetos habían ocultado largos trechos del camino. En otros lugares, discurría casi invisible por grandes extensiones de salientes rocosos, señalado tan solo por unas pequeñas piedras.

El bosque se fue haciendo más denso a medida que avanzaba. Los abetos y las cicutas enlazaban sus ramas en las alturas para impedir el paso de la poca luz que el día podía ofrecer. Las tormentas invernales habían derribado muchos árboles sobre el

camino, y Alec tuvo que desmontar más de una vez para conseguir que su caballo los rodeara o pasara por encima de ellos.

Después de una hora de trabajoso avance, seguía sin ver señal alguna que le indicase que había alcanzado el paso del que Ranil le había hablado. De pronto se levantó el viento y empezó a caer una tormenta de agua helada entre los árboles. Maldiciendo, se envolvió en su capa y la cerró por debajo de los muslos para mantenerse tan seco como le fuera posible.

Finalmente llegó a la cima del paso. A partir de allí el camino parecía abrirse un poco, pero antes de que hubiese podido recuperar siquiera un poco del tiempo que había perdido, dobló un recodo y se encontró frente al peor obstáculo que había visto hasta el momento.

El camino era realmente escarpado y rodeaba por la derecha un pequeño acantilado. Un grueso árbol de cicuta había caído sobre la pared de roca y sus grandes ramas formaban una empalizada más alta que el propio Alec.

Podría haberse escabullido entre ellas, pero el caballo era otra cosa. Después de maldecir de nuevo a Ranil y a sí mismo por escucharlo, desmontó para buscar una forma de rodearlo.

El viento gemía entre los árboles mientras Alec conducía a su caballo más allá de camino, siguiendo el tronco hasta su base. Una enmarañada red de raíces de más de siete metros de largo yacía expuesta allí, arrancada de cuajo por alguna tormenta pasada.

Su caballo se resistía a avanzar, asustado quizá por los nudosos puños de las raíces o por el estruendo de la tormenta. Alec sujetó las riendas con una mano, obligó al animal a agachar la cabeza y se la cubrió con su capa. Cuando por fin consiguieron atravesar el terraplén y regresar al camino, estaba calado hasta los huesos y cubierto de barro.

Había puesto un pie en el estribo para montar de nuevo cuando el animal volvió a asustarse. Alec se tambaleó con torpeza y volvió a apoyar el pie en el suelo por si el animal se encabritaba.

Probablemente, este movimiento le salvó la vida. Acababa de poner ambos pies en tierra cuando advirtió un destello de movimiento con el rabillo del ojo e instintivamente se encogió.

Antes de que pudiera volverse, algo lo golpeó en el hombro izquierdo con la suficiente fuerza como para derribarlo. Retrocedió arrastrándose, desenvainó la espada y se levantó justo a tiempo para hacer que su atacante se detuviera.

El harapiento bandido sostenía un garrote con las dos manos y sonreía con aire voraz mientras daba vueltas a su alrededor esperando la oportunidad para golpearlo de nuevo. Alec sospechaba que había más de uno, pero a juzgar por el modo en que el hombre observaba su espada, sin atreverse a continuar su ataque, parecía que lo había

sorprendido.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz imperiosa una vez que el susto inicial del ataque hubo pasado.

El bandido le obsequió una sonrisa desagradable. Le faltaban varios dientes.

—¿Y tú qué crees? —sonrió de forma despectiva mientras señalaba el camino con el pulgar—. Ya tenemos tu caballo.

Alec miró un segundo en aquella dirección y vio que una mujer de rostro ajado se llevaba su caballo.

—Tengo oro —le dijo Alec, ignorando el dolor sordo que recorría su brazo izquierdo. Soltó la bolsa del cinturón y la sacudió para que hacer que tintineasen las monedas que contenía—. Podéis quedároslo, pero necesito ese caballo.

—¿Has oído la oferta del señorito, cariño? —exclamó el bandido con regocijo—. ¡Quiere comprarnos su caballo!

La mujer se encogió de hombros como si la cosa no fuera con ella y no dijo nada.

—Danos la bolsa, entonces, y cerramos el trato —le ofreció el bandido al tiempo que se acercaba un poco más.

Alec bajó la espada y le ofreció la bolsa, como si las palabras del bandido lo hubieran convencido. Como había esperado, éste arremetió de inmediato contra él. Retrocedió de un salto, paró su ataque y lanzó un tajo que cortó el chaleco del hombre y mordió la piel que había debajo.

—¡Por las Tripas de Bilairy, el pequeño bastardo me ha cortado! —gruñó el bandido, sorprendido—. Tienes buenos dientes, ¿eh, cachorro? ¡Yo te los limaré! —sujetó el garrote con ambas manos, se abalanzó sobre Alec y lanzó un nuevo golpe dirigido a su cabeza.

El bandido era fuerte; Alec tuvo que sujetar la espada con las dos manos para parar su ataque, y al hacerlo sintió un fuerte dolor en ambos brazos. Lo empujó hacia atrás y retrocedió de un salto, dejando que lo empujara hacia el precipicio. La lluvia caía sobre sus ojos mientras paraba un golpe tras otro, con la esperanza de hacer que su atacante le creyera un espadachín novato.

De ponto, sintió el contacto de las puntas de las ramas contra la nuca. Era el momento de arriesgarse con su gambito.

Bajó la espada e hizo ademán de volverse, como si pretendiera escapar corriendo. Como había esperado, su oponente trató de golpearlo, pero su golpe fue detenido por las elásticas ramas de la cicuta. Desequilibrado por su propia fuerza, trastabilló.

Entonces Alec se revolvió como una exhalación y le propinó un golpe salvaje en el hombro. La hoja rebotó contra el hueso y desolló el músculo desde el hombro hasta el codo en un gran tajo sangriento.

Había esperado que el golpe detendría al bandido, pero no fue así.

Con un aullido de dolor, dejó caer el garrote y se agarró a él con ambas manos. Su

brazo sano se cerró alrededor del cuello de Alec y lo arrojó al suelo mientras trataba de estrangularlo.

La carne cortada y palpitante le azotaba la cara y la sangre caliente que se derramaba de la herida empezó a manar sobre su boca y sus ojos. A tan corta distancia, su espada resultaba inútil. La dejó caer y trató de apartar el brazo, pero el hombre continuó apretando mientras lo mantenía inmovilizado en el suelo y le agarraba la traquea con la mano.

Sólo la pérdida de sangre debería estar debilitándolo, pensó Alec mientras su visión empezaba a oscurecerse. A través de una neblina roja pudo ver la salvaje determinación que ardía en la cara blanca y ojerosa que tenía encima y la sintió en la mano que estaba aplastando su garganta; el hombre viviría lo suficiente para llevárselo al otro mundo.

Alec soltó su brazo y empezó a buscar a tientas la fina daga de empuñadura negra que escondía en la bota. Sus dedos encontraron el redondeado pomo y se cerraron a su alrededor. La sacó y, con las escasas fuerzas que le quedaban, la hundió en el cuello del bandido.

Brotó más sangre, sangre humeante y cálida contra su rostro, mientras el mundo se volvía pálido y difuso a su alrededor.

El sonido de unos cascos que se alejaban le hizo despertar unos segundos más tarde. La mujer debía de haber decidido que el caballo era botín suficiente y se había marchado en cuanto vio que su hombre caía. Alec apartó el cadáver y se incorporó, pero era demasiado tarde. Ella ya no se encontraba a la vista.

Empapado, magullado y más sucio que nunca, Alec se puso en pie, pero al instante descubrió que sus piernas no estaban todavía preparadas para sostenerlo. Se apartó del cuerpo tambaleándose, se apoyó en un árbol y esperó a que el mundo dejase de dar vueltas a su alrededor. La boca le sabía a sangre. Escupió varias veces tratando de librarse de aquel repulsivo sabor metálico.

Supuso que tenía que estarle agradecido a la cobardía de la mujer. Se había llevado su caballo, pero le había dejado la bolsa, las armas y la vida. Y había tenido oportunidades más que de sobra para acuchillarlo.

Confiando en haber cubierto ya más de la mitad del camino hasta el valle de Warnik, prosiguió a pie.

La senda no era mejor a este lado del paso, pero resultaba más fácil de seguir porque ahora caminaba cuesta abajo. Llegó a un arroyo, en que se lavó parte de la suciedad. Sus ropas estaban completamente estropeadas, pero fue un alivio poder limpiarse casi toda la sangre.

Todavía podía sentirla en el fondo del paladar y, al recordar cómo había chorreado sobre su rostro, sintió un ataque de náuseas.

Sin embargo, más preocupante e inmediata era la posibilidad de que la mujer del

bandido decidiera volver a intentarlo, atraída por un tardío deseo de venganza o por la codicia. Alec salió del arroyo y escudriñó el bosque con renovada cautela. La maleza era espesa a ambos lados del camino, y el potencial para una emboscada casi ilimitado. Y, entretanto, mientras la niebla se levantaba bajo la espesa bóveda formada por las copas de los árboles, la tormenta continuaba, y tras su estela llegaba a toda prisa la oscuridad de la noche.

Seregil se vio obligado a demorar su fuga. Poco después de que lo detuviera, la Guardia se dirigió al Anillo Este para llevar a cabo una redada en las chabolas. Incluso si lograba escapar ahora, no había ningún sitio hacia el que correr.

Había más casacas azules en el lugar. Derribaban las chabolas y apilaban la madera en carretas. Se limpiaba el Anillo para que sirviera a su propósito original: interponerse entre la muralla interior y la exterior para dificultar el asalto de los atacantes. Todos los mercados y plazas de los alrededores de la ciudad serían arrasados por razones similares. A pesar de su tamaño y grandeza, Rhíminee había sido concebida, primero y por encima de todo, como una ciudadela capaz de resistir cualquier asedio.

La mayoría de los habitantes de las chozas ya se había marchado, advertida de la inminencia de los problemas por ese sexto sentido que poseen todos los desarrapados. Aquellos que se habían quedado fueron reunidos y contados. A los tullidos y a las madres con hijos pequeños se les permitía quedarse en la ciudad, así como a cualquier persona capaz y dispuesta a trabajar o combatir. Los inútiles o los poco patrióticos tendrían que valerse por sí mismos en el campo.

A mediodía el carromato ya estaba lleno, y la patrulla regresó por el barrio este. Seregil permaneció en la parte trasera, envuelto en un aire de malhumorada perplejidad, hasta que vio una esquina que conocía.

Tomando por sorpresa a los tres casacas azules montados que marchaban detrás del carromato, se arrojó a un lado, esquivó sus caballos y se precipitó hacia la calle más cercana. Detrás de él, sus camaradas prisioneros lo vitorearon con rechiflas y silbidos de alegría.

Dos de los guardias se lanzaron en su persecución, pero Seregil había sabido elegir el momento apropiado. Llegó a la calle y dobló la esquina.

Era más un callejón que una calle. Carecía de salidas laterales y al fondo estaba bloqueado por una barrera de madera alta. Sin detenerse, se arrojó contra ella, se asió con manos y pies a las tablas y se encaramó a lo alto al mismo tiempo que los furiosos guardias irrumpían al galope en él.

Al otro lado, un segundo callejón desembocaba en una calle más grande. Los casacas azules conocían esta parte de la ciudad casi tan bien como él; podía escuchar el estruendo de los cascos aproximándose por delante de sí mientras corría. Se internó

en una calle lateral antes de que pudieran verlo, se deslizó por el estrecho espacio existente entre dos casas destartadas y apareció en un diminuto patio cubierto de maleza.

Subió por una desvencijada escalera exterior y llegó a un ático abandonado. El fardo con ropa limpia y varios cuchillos que había escondido allí unos meses atrás seguía bajo los tablones del suelo.

Aparte de algunos escarabajos y un poco de excremento de ratón, estaba intacto. Silbando entre dientes con suavidad mientras lo limpiaba, se cambió de ropa y se acomodó junto a una de las ventanas de la buhardilla, decidido a superar en paciencia a sus perseguidores.

Sólo habían perdido a un mendigo asqueroso. No perderían mucho tiempo buscándolo.

Hambriento, empapado y con los pies doloridos, Alec alcanzó por fin el lindero del bosque a última hora de la tarde. Más allá de los árboles se extendía un valle ondulado.

Había una pequeña casa de troncos junto al camino, con un establo bajo y un redil de cabras en la parte trasera. Demasiado cansado para preocuparse del aspecto que tenía, se dirigió hacia allí, con la esperanza de poder mendigar un poco de comida y algunas indicaciones.

Mientras se acercaba al lugar, un perrazo salió del establo y se precipitó aullando hacia él.

—*Soora thasáli* —dijo Alec rápidamente al tiempo que con la mano izquierda hacía la señal que Seregil le había enseñado. Funcionó hasta cierto punto; el perro se detuvo a unos metros de distancia, pero permaneció en guardia y gruñó cada vez que hizo ademán de moverse.

—¿Quién es? —exclamó una profunda voz de hombre. Un instante después, su propietario salió del establo, empuñando un hacha con ambas manos.

—Sir Alec de Ivywell —replicó Alec mientras levantaba las manos—. Tuve un contratiempo en el camino. Unos bandidos me han robado el caballo. ¿Podríaís...?

—¿De veras? —el hombre se aproximó un paso y lo examinó con la mirada entornada.

Alec había conseguido limpiarse la mayor parte de la sangre, pero sus desgarradas ropas y su espada parecían inspirar poca confianza.

—Los bandidos abundan en estos tiempos —continuó el hombre, aún cauteloso—. Me robaron dos cabras lecheras el otro día. Podrías ser uno de ellos que ha vuelto para robarme otra vez. ¡Flecha!

El perro se acurrucó y enseñó los colmillos.

—¡No, por favor! *Soora thasáli*. —Alec retrocedió un paso mientras volvía a

hacer el signo —. Escuche, sólo quiero llegar a...

—Eh, ¿qué le estás haciendo a mi perro? —inquirió el hombre—. ¡Flecha, a él!

—No... *Soora Thasáli*... le ruego que me escuche.

—¡Maldita sea, Flecha! ¡A él!

—*Soora th...* ¡Mierda! —Alec puso pies en polvorosa seguido muy de cerca por Flecha.

El perro lo persiguió hasta que estuvieron muy lejos de la casita y entonces se detuvo en mitad del camino. Cada vez que Alec miraba atrás, empezaba a gruñir.

Exhausto y enojado, corrió hasta que estuvo seguro que el perro había abandonado la persecución y entonces se dejó caer sobre una roca para recuperar el aliento. Evidentemente, la magia de Seregil funcionaba mejor cuando el dueño del perro no estaba presente para disiparla.

Unos quinientos metros más allá se topó con el camino principal, y al cabo de poco tiempo se encontró con una procesión de pesados carros de bueyes que se encaminaba hacia la hacienda de Warnik. En cuanto vieron el oro de Alec, el carretero y su mujer accedieron a dejarlo montar con ellos.

Alec subió al carromato y se estiró dando gracias entre los fardos y las canastas.

—¡Por el Amor del Hacedor, muchacho! Has tenido un viaje difícil, ¿eh? —preguntó la mujer mientras se volvía hacia él.

—Tuve algunos problemas viniendo por el sendero de la colina —le dio Alec.

—El sendero de la colina —bufó el carretero—. ¿Y qué te ha hecho venir por allí, si el camino de Rhíminee es más rápido?

—¿Más rápido? —gimió Alec—. Pensé que el de la colina era un atajo.

—¿Y qué borrico te ha dicho eso? Me gano la vida recorriendo estos caminos, así que sé una o dos cosas sobre el tema. No se tardan ni dos horas en carreta desde este valle al siguiente y menos aún a caballo. ¿El camino de la colina a estas alturas del año? Por Dalna, tienes suerte de haber llegado.

La luz del crepúsculo empezaba a desaparecer cuando llegaron a la mansión fortificada de Lord Warnik. Una puerta en la muralla esperaba abierta a los carros. Se detuvieron en el patio de armas.

—Aquí hay alguien que busca a uno de los invitados del señor —dijo el carretero al alguacil que vino a hacerse cargo del cargamento.

—Estoy buscando a Micum Cavish, de Watermead —le explicó Alec—. Tengo que hablar con él de inmediato.

El alguacil examinó a Alec de arriba abajo y entonces llamó con un gesto a un mozo de establo que merodeaba por allí.

—Portus, ve a buscar a Sir Micum. Dile que hay un mensajero que espera a su excelencia en el patio.

Alec reprimió una sonrisa y luego se despidió del carretero y su mujer. Se había

dispuesto un gran brasero en el patio y, arrastrando los pies, se reunió con el puñado de guardias y sirvientes que se había congregado a su alrededor. Tras el trayecto en carreta con la ropa empapada, estaba helado hasta la médula. Se aproximó pues al fuego e ignoró las miradas curiosas que atraían su espada y sus ropas manchadas.

Unos minutos más tarde vio aparecer a Micum en el patio. Vestía una elegante casaca y unas pieles y parecía bastante azorado.

—¿Alguien pregunta por mí? —dijo en voz alta.

—Yo, señor —dijo Alec mientras abandonaba a regañadientes el brasero.

—¿Y qué ocurre? —preguntó Micum con impaciencia. Pero al aproximarse, reconoció a Alec y se detuvo—. ¡Por la Llama...!

—Saludos, Sir Micum —dijo Alec mientras escondía un discreto gesto de aviso con una reverencia—. ¿Hay algún lugar en el que podamos hablar en privado?

Micum cogió a Alec del bazo y lo llevó hasta el establo. Tomó una toalla de caballo de una casilla cercana y se la tendió al muchacho.

—¿Qué te ha pasado? —susurró—. ¿Y qué demonios estás haciendo aquí?

Alec se envolvió agradecido en la toalla, tomó asiento en un cubo vuelto y apoyó la cabeza en un poste.

—Es una larga historia —suspiró—. Me topé con unos bandidos en el camino de la colina...

—¡El camino de la colina! ¿Qué te ha hecho venir por allí en esta época del año?

Alec le interrumpió con un gesto abatido.

—Créeme, no volveré a hacerlo.

—Y fuiste atacado por bandidos. ¿Ibas a pie?

—Ya que lo mencionas, no. Había cambiado de caballo en Watermead. Los bandidos se lo llevaron. O sea, ella, la mujer del bandido. Porque al hombre lo maté... Sea como sea, te pagaré el caballo y voy a necesitar otro para volver a casa desde aquí. Pero no he venido para hablar de esto. Seregil y Nysander piensan que los cuatro, ellos y nosotros dos, podemos estar mezclados en una especie de profecía que tiene que ver con el Devorador de la Muerte y esa moneda de madera que encontramos en Herbaleda.

Micum no pareció tan sorprendido como Alec había esperado.

—Después de lo que vi en las Marismas, eso tiene algún sentido. Pero ¿qué se supone que tenemos que hacer?

Alec le contó lo que Nysander le había revelado a Seregil, sus propios sueños y la posible relación entre el disco de madera y los plenimaranos.

Micum lo escuchó en silencio. Cuando Alec hubo terminado, sacudió la cabeza lentamente.

—Esos seguidores de Illior y sus sueños. ¿Pretendes decirme que te ha enviado aquí, solo y con este tiempo, para decirme que algo malo podría ocurrir y que ni

siquiera está seguro de lo que es?

—Bueno, sí. Pero Seregil dice que cree que Nysander no nos ha contado todavía todo lo que sabe, y que parece genuinamente preocupado.

—Si Nysander está preocupado, todos nosotros haremos bien en tenerlo en cuenta. Pero ahora tenemos que conseguirte algo de ropa seca. Apostaría a que tampoco has comido nada en todo el día. Ven conmigo.

—Será mejor que no —dijo Alec—. Seregil no quería que Kari o cualquier otro me viera hablando contigo.

—Muy bien. Entonces espera aquí y te traeré algunas cosas. No te muevas.

Micum no tardó en regresar con ropa limpia, un plato de humeante sopa y una rebanada de pan blanco apoyada sobre éste.

—Quítate esas ropas mojadas —le ordenó.

Alec se arrancó la camisa y la casaca, ansioso por vestirse con ropa seca. Mientras se disponía a ponerse la larga camisa que Micum le había traído, el hombre dejó escapar un bajo silbido y posó un dedo sobre el alargado cardenal que empezaba a aparecer a lo largo del hombro de Alec.

—Te han dado un buen golpe, ¿eh?

—Tuve suerte; apuntaba a mi cabeza. Pero el brazo está bien —después de ponerse la camisa y los pantalones, tomó el caliente plato con las manos y dio un sorbo al espeso y humeante caldo—. ¡Por el Amor del Hacedor, qué bueno! ¿Qué me dices del caballo? Pensaba regresar esta misma noche.

Las cejas rojizas de Micum se alzaron al unísono en un gesto ominoso.

—Mira Alec, estás herido, cansado y helado, y comienza a oscurecer. Quédate aquí esta noche y sales mañana temprano.

—Sé que debería, pero no puedo. Seregil está tratando de dar con unos espías de Plenimar y podría necesitar mi ayuda —*lo sepa o no*, añadió mentalmente. No le estaba mintiendo a Micum. No exactamente.

Por un momento pareció que Micum se disponía a discutir, pero finalmente se limitó a sacudir la cabeza y dijo, un poco seco:

—Como quieras. No puedo obligarte. Tengo un caballo que puedes llevarte si me prometes que no te apartarás del camino. ¡Y nada de paseítos por el bosque en plena noche!

Alec sonrió mientras estrechaba la mano de su amigo.

—Tienes mi palabra.

Ensilló rápidamente el caballo Aurénfaie de Micum. No quería darle tiempo a reconsiderarlo.

—Estaré en casa antes de medianoche —dijo mientras montaba y aseguraba la espada contra el muslo, bajo la capa que su amigo le había prestado.

—Es posible —dijo Micum. Pero todavía no parecía del todo seguro—. No vayas

a caerte en una zanja por ganar una hora, ¿me oyes?

—Sí.

Micum alargó el brazo y volvió a estrechar la mano de Alec con fuerza. Mientras lo miraba, una sombra de preocupación atravesó su rostro.

—Te deseo un viaje tranquilo, Alec. Y la suerte de los ladrones.

Alec le devolvió el apretón y luego se dirigió hacia la puerta. Estaba a punto de azuzar al caballo cuando se dio cuenta de que había olvidado algo; se volvió y trotó de vuelta hasta la puerta del establo, donde Micum lo observaba.

—Por cierto, Seregil me ha pedido que te preguntase si has tenido sueños extraños últimamente.

Micum se encogió de hombros y sonrió.

—Ni uno solo. Dile que dejo esa clase de cosas para ti. Yo peleo mejor cuando estoy despierto.

30

VISITANTES NOCTURNOS

Aquella noche, mientras cenaban, Thrys y los demás estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina en completo silencio. El anuncio de la guerra había llegado a media mañana y las noticias referentes al ataque que Plenimar había lanzado sobre Micenia el día anterior habían sumido la ciudad en un tumulto.

Había patrullas de casacas azules por todas partes. Detenían a los mendigos y mantenían la paz. En el puerto, los barcos de guerra, que habían languidecido anclados como patos durante el invierno, desplegaban sus colores y se hacían a la mar atravesando los espigones para reunirse con otros que llegaban desde todos los puertos de la costa. En el Mercado de la Cosecha se estaban trasladando los puestos de los vendedores para hacer sitio a las balistas y las catapultas.

Diomis había pasado toda la tarde en las calles, tratando de encontrar algún sentido al flujo y reflujo de rumores que corrían con toda libertad por la ciudad: la flota de Plenimar había sido avistada más allá de la punta meridional de Eskalia; la lucha se centraba alrededor de la Isla de Kouros; se trataba de un ataque terrestre y el enemigo, después de cruzar el río Folcwine, marchaba hacia Eskalia en dirección oeste; los marineros plenimaranos habían ocupado el Canal de Cirna...

Al menos había aparecido un heraldo de la Reina en el mercado con noticias fidedignas: los plenimaranos habían lanzado un ataque por sorpresa contra las tropas de Eskalia en algún lugar de Micenia.

—En estos momentos, mis dedos ansían el contacto de un arco —comentó Thrys, nostálgica, mientras la familia y Rhiri se reunían en la cocina al caer la noche—. Todavía recuerdo la batalla que tuvo lugar cerca de Ero. Una mañana clara de verano, sin viento y un centenar de nosotros alineados detrás de la infantería con nuestros arcos largos. Cuando disparamos, los plenimaranos cayeron como ringleras de trigo bajo la guadaña.

—Si la guerra empieza tan pronto, lucharán con barro y lluvia. Me pregunto cómo se estará comportando la chica de Micum Cavish... —Diomis se detuvo, sorprendido, al ver que una lágrima recorría la mejilla de su hija—. Pero, Cilla, si estás llorando. ¿Qué te pasa, cariño?

La chica se secó la mejilla y atrajo al bebé hacia sí, pero no dijo nada.

—El padre de Luthas es un soldado, ¿no es cierto, querida? —preguntó su abuela con voz amable mientras le daba unas palmaditas sobre el hombro.

Cilla asintió en silencio y entonces subió corriendo por las escaleras traseras con el niño en brazos. Diomis se levantó para seguirla, pero Thrys lo detuvo.

—Déjala, hijo. Nunca ha hablado del hombre; supongo que no dirá nada hasta que esté preparada.

—¿Qué sabes tú sobre eso? —preguntó él al tiempo que se rascaba por debajo de la barba, confuso—. ¿No crees que si se preocupara tanto por ese como se llame como para estar llorando por él nos habría contado algo sobre él? ¿Por qué supones que se guarda el maldito secreto?

—¿Quién sabe? Siempre he creído que es posible que él no cumpliera alguna promesa, pero si fuera así no debería llorar por él. Ah, bueno, Cilla siempre ha tenido su manera de hacer las cosas.

Permanecieron en silencio un instante, escuchando tan solo el crepitar del fuego. Entonces Rhiri dio un golpecito sobre la mesa con su cuchara e hizo un signo con la mano.

—No, no he sabido nada de ellos desde ayer —le dijo Thrys—. Parche, el caballo de Alec, ya no estaba esta mañana, pero los dos de Seregil siguen en el establo, ¿no es así?

Rhiri asintió.

—Yo no me preocuparía por esos dos —dijo Diomis—. Madre, vete a la cama. Rhiri y yo lo recogeremos todo.

—Aseguraos de que las puertas están cerradas con llave —le recordó ella mientras la ayudaba a ponerse en pie—. Rhiri, no te olvides de ponerles aceite a las linternas de la entrada. Con toda esta excitación que reina hoy, a alguien podría ocurrírsele la idea de hacer alguna tropelía. Quiero que el patio esté bien iluminado.

—Sí, Madre, así lo haremos —suspiró Diomis—. ¿Acaso no llevamos haciéndolo veinte años? Rhiri, ve a cerrar el establo. Yo me ocuparé del salón principal.

Rhiri asintió rápidamente y salió por la puerta de la despensa hacia el patio trasero.

Una vez en el salón principal. Diomis comprobó la tranca de la puerta y apagó la lámpara. El fuego del hogar se había consumido; con sólo dos clientes en la posada, no se había molestado en mantenerlo encendido después de que se retiraran a primera hora.

Estaba comprobando los ganchos de los postigos cuando escuchó el familiar golpeteo del picaporte de la puerta principal.

Escudriñó el patio por una grieta del postigo, pero no vio caballos.

—¿Quién es? —dijo en voz alta.

No hubo más respuesta que un golpe seco en la puerta.

Aquella noche Diomis no estaba de humor para juegos.

—Hemos cerrado. Probad en El Serbal, dos calles más abajo.

El visitante volvió a llamar, con más insistencia esta vez.

—Mire... —empezó a decir Diomis, pero se vio interrumpido por el estrépito de la puerta de la cocina al abrirse violentamente.

31

EL PRIMER GOLPE

Al coronar la cima de la colina situada al norte de Watermead, Alec divisó, sorprendido, una larga línea de antorchas que brillaban en la distancia. A medida que se aproximaban, pudo ver que se trataba de una columna de caballería con el estandarte rojo y dorado del Regimiento de la Serpiente Roja. Tiró de las riendas y saludó al primero de los jinetes que apareció frente a él.

—¿Qué ocurre? —dijo en voz alta.

El soldado frenó su caballo.

—La guerra, hijo. Es la guerra, al fin. Díselo a todos los que veas.

—¿A estas alturas del año? —exclamó Alec.

—Parece que esos bastardos tenían ganas de pelea —replicó el hombre con aire sombrío—. Se dice que algunos soldados de caballería han sido emboscados por una incursión plenimarana en las colinas de Micenia. Nos dirigimos al norte para reunimos con la Guardia Montada de la Reina. Al parecer, ellos están llevando el peso de la lucha, como de costumbre.

—¿La Guardia de la Reina? Conozco a alguien en ese regimiento. ¿Podrías llevar un mensaje por mí?

—No hay tiempo, hijo —dijo el hombre. Y al ver que la columna los alcanzaba, espoleó a su caballo.

El centenar o más de jinetes que la formaba llevaba guerrera roja sobre la cota de malla, y sus enormes caballos negros galopaban con arneses y corazas. Como si fueran una aparición del crepúsculo, desaparecieron tras la cima de la colina.

—¡Por el Amor del Hacedor, al fin has llegado! —exclamó Ama al tiempo que atravesaba corriendo el patio para reunirse con él—. ¿Tuviste algún problema en el camino?

Alec tenía demasiada prisa como para responder a esto de la manera que merecía.

—Sólo dile a Ranil que no vuelva a enviar a nadie por ese camino —dijo, mientras llevaba el negro caballo de Micum al establo—. He escuchado noticias en la carretera. Ha estallado la guerra.

Arna se llevó las manos a las arrugadas mejillas.

—¡Oh, mi pobre Beka! Ella ya está en la frontera. ¿Crees que estará luchando?

Alec no tuvo estómago para mentirle. Se volvió y tomó a la anciana sirvienta por los hombros.

—El soldado que me dio la noticia me dijo que la Guardia Montada ya está luchando, sí. Micum no sabía nada de esto; la noticia no había llegado todavía a las

tierras de Warnik. Imagino que no tardarán mucho en saberlo pero en el caso de que no sea así, díselo a Micum primero y luego deja que él se lo cuente a Kari, ¿de acuerdo?

—Así lo haré, cariño, así lo haré. —Ama suspiró mientras se secaba los ojos con una esquina de su delantal—. Qué desgracia, qué desgracia. No deseaba otra cosa más que alistarse y ha tenido que encontrarse en medio de todo. Y ni siquiera ha cumplido los veinte todavía.

—Bueno, es una excelente soldado —dijo Alec, tanto para confortarla a ella como a sí mismo—. Ha sido instruida por Seregil y Micum todos estos años, y después por Myrhini... es el mejor entrenamiento que uno podría recibir.

Ella le apretó ligeramente el brazo.

—Que el Hacedor te escuche. Espero que tengas razón. Te sacaré algo para que puedas comer mientras cabalgas. No te vayas sin ello, ¿me oyes?

Todavía tardó un rato en terminar de colocar la silla prestada sobre Parche y, para entonces, ella ya había regresado con algo de comida envuelta en una servilleta y varias antorchas. Después de montar, encendió una de ellas en la linterna del patio y partió en dirección a Rhíminee bajo un cielo encapotado y sin luna. Se cruzó con nuevas columnas de jinetes y soldados por el camino pero no se detuvo para pedirles noticias.

Divisó la ciudad poco antes de medianoche. La vía discurría a lo largo de los acantilados y desde allí podía ver el puerto, en el que las líneas de hogueras de vigilancia iluminaban los contornos de los espigones, haciéndolos resplandecer sobre la oscura extensión de agua. En las islas que flanqueaban la entrada del puerto ardían otras señales y, además, se habían situado innumerables antorchas en lo alto de las murallas.

La puerta del norte estaba abierta y fuertemente custodiada para permitir el paso de las tropas. En el interior, a juzgar por el aspecto del Mercado de la Cosecha, se hubiera dicho que la guerra ya se había combatido en él. De los puestos y barracas junto a los que había pasado aquella mañana no parecía quedar más que los montones de maderas viejas y los jirones enredados de lonas de colores que se veían por todas partes. A pesar de lo tarde que era, las calles parecían llenas de soldados atareados, bien preparando balistas, bien limpiando la basura. De ahora en adelante, por lo que parecía, los mercaderes tendrían que trabajar a cielo abierto o en la parte trasera de sus carromatos.

Alec guió a Parche lo mejor que pudo entre el caos que reinaba en la plaza del mercado y se internó en el laberinto de callejuelas que había más allá en dirección a la calle del Pez Azul. Todavía se veía luz en torno a los postigos de la fachada, aunque, en su excitación, Rhiri había dejado que la lámpara de la puerta delantera de El Gallito se apagara.

Thrys le dará una buena por eso, pensó Alec mientras dirigía al caballo hacia el patio trasero.

Se detuvo en el establo el tiempo necesario para desensillar a Parche y pasar un trapo sobre su espalda empapada de sudor.

Después de ponerle agua y comida, entró por la puerta de la despensa y se encaminó rápidamente hacia la escalera trasera. Con el caos que reinaba en la ciudad, quizá Seregil pasara por alto el hecho de que Alec hubiera ignorado la orden de pasar la noche en Watermead.

Conocía las escaleras lo suficientemente bien como para no tener que molestarse en coger una vela. Al llegar al segundo piso lanzó una mirada superficial al corredor y luego subió por la escalera secreta que conducía a sus aposentos. A estas alturas, las contraseñas para los glifos se habían convertido en un hábito para él y las pronunció con apresuramiento ausente mientras subía. Ansioso como estaba por encontrarse con Seregil, no reparó en que los símbolos de protección no hacían su breve y acostumbrada aparición mientras pasaba a su lado.

Ningún sueño o visión lo preparó para aquello.

Nysander dormitaba sobre un compendio astrológico junto a la chimenea de su dormitorio cuando el aviso mágico lo despertó de una sacudida: las defensas de la Casa Oréska habían sido atravesadas. Y a la alarma siguió una tormenta de esferas de mensajes, que recorrían los pasillos como un enjambre de abejas mientras todos los magos que habitaban en el lugar gritaban pidiendo información.

O gritaban de miedo.

¡Invasores en el atrio! La voz de Golaria se alzó en un destello rojizo. El agónico grito del joven aprendiz de Ermintal atravesó la mente de Nysander como si fuera un fragmento de cristal, seguido por el del propio Ermintal, —*¡los subterráneos!*— y, de pronto, por un estallido de oscuridad.

Por encima de la embestida atronadora de las voces, Nysander llamó a Thero. No obtuvo respuesta.

El mago se preparó para la batalla que había esperado no tener que dar jamás. Conjuró un hechizo de translocación y, atravesando de un paso la apertura, entró en el corredor del más profundo de los subterráneos, un poco más allá de la cámara secreta. Allí lo esperaban varias figuras sombrías. Dio un paso hacia ellas y trastabilló. Bajó la mirada y vio lo que quedaba de Ermintal y su aprendiz. Pudo reconocerlos gracias a los restos desgarrados de sus túnicas. Otros cuerpos yacían amontonados detrás de ellos.

—Bienvenido, anciano —era la voz de las visiones de Nysander.

Crepitó la magia y apenas tuvo tiempo de erigir una defensa antes de que lo golpeará con un estallido de llamas. Los cuerpos ardieron y humearon mientras

pasaba.

Después de recuperar el equilibrio, Nysander respondió con relámpagos, pero el invasor de menor estatura se limitó a levantar una mano y los hizo estallar contra la pared. A la luz de los destellos, Nysander pudo ver que se trataba de un dyrmagnos. A su lado se erguía otra figura, envuelta en un velo de sombras tan denso que Nysander no pudo saber al principio si era un ser humano o una criatura sobrenatural.

—Saludos, anciano —siseó el dyrmagnos—. Cuan fatigado debes de estar después de tu larga vigilia.

No era Tikárie Megaresh sino una mujer, pensó Nysander mientras daba un paso hacia ella. Era la diminuta y marchita cáscara de una criatura, ennegrecida por los años, desecada por el mal que ardía en su interior y le daba vida. El más alto logro al que podía aspirar un nigromante, la encarnación de la vida más allá de la muerte engalanada con los suntuosos atavíos de una reina.

Alzó las dos nudosas manos y Nysander vio que sostenía sendos corazones humanos. Los exprimió hasta que la sangre empezó a brotar en densos coágulos y salpicó todo el suelo alrededor de sus pies.

—El festín ha empezado, Guardián —dijo la figura que había junto a ella. Y Nysander volvió a reconocer la voz del demonio de piel dorada que poblaba sus visiones. Pero era una ilusión. A través de los velos de oscuridad vio a un hombre, Mardus, por cuya boca hablaba el Devorador de la Muerte.

Detrás de ellos, más figuras envueltas en túnicas se dejaron ver.

Nysander podía oler el hedor de la nigromancia y, con él, un aroma descorazonadoramente familiar: la inconfundible dulzura del perfume de Ylinestra.

—¿Es que después de todos estos años de espera no tienes respuesta? —se burló la dyrmagnos.

—Nunca ha habido respuesta alguna para ti, salvo ésta —alzando los brazos, Nysander arrojó los orbes de poder que ardían en las palmas de sus manos.

La luna ya había superado su cénit cuando Seregil regresó a la calle del Pez Azul. Había sido un día completamente infructuoso.

Ahora que la Ley de los Mendigos había entrado en vigor, la mayoría de sus contactos más valiosos había huido o estaba entre rejas. Y aquellos a los que había logrado encontrar no tenían información fresca sobre los movimientos de los plenimaranos en Rhíminee. Si el enemigo se encontraba en la ciudad, estaba siendo muy discreto.

Sin embargo, a pesar de lo cansado que estaba, le escamó ver las linternas apagadas en la entrada de la posada. Tuvo un presentimiento y se le erizó el vello de la nuca y los brazos. Se guareció rápidamente en un portal envuelto en sombras del otro lado de la calle, escudriñó el patio un instante y entonces sacó la espada y avanzó cautelosamente hacia la puerta delantera.

Estaba ligeramente entreabierta.

No la tocó y se arrastró hasta la puerta trasera. También estaba abierta. Introdujo la punta de la espada por la rendija, la abrió un poco más y se preparó para recibir un ataque pero no hubo sonido alguno en el interior.

Un olor funesto inundó su nariz mientras entraba en la cocina; el aroma pasado y muerto de una chimenea fría y unas velas consumidas por completo. Sacó una piedra de luz. Nada estaba fuera de lugar, excepto el jergón de Rhiri, que no se encontraba junto al fuego como debiera.

En el segundo piso las señales resultaban todavía más ominosas.

Thrys y su familia no estaban en sus habitaciones y la única cama que parecía haber sido utilizada era la de Cilla; las sábanas habían sido apartadas apresuradamente y la colcha estaba tirada en un lado. Junto a la cama, entre los fragmentos de una jofaina, yacía una silla volcada.

Un nudo sombrío se formó en las profundidades del estómago de Seregil mientras se aproximaba a las habitaciones de huéspedes de la parte delantera de la posada. Sólo una de ellas estaba ocupada. El desgraciado carretero y su hijo yacían muertos en sus camas, ahogados con los almohadones.

El panel secreto que conducía a las escaleras de sus aposentos parecía intacto desde el exterior pero al abrirlo descubrió que el glifo de protección de la base de las escaleras había sido activado. Había manchas de sangre en los primeros escalones y algunas de ellas habían sido extendidas por los pies de más de una persona antes de que se hubieran secado. Los glifos situados más arriba habían desaparecido sin más. Seregil empuñó la espada con la mano derecha, extrajo el puñal con la izquierda y subió las escaleras.

La puerta que había al final estaba abierta. Más allá, sólo se veía oscuridad. Si había alguien esperándolo en la abandonada despensa, era mejor descubrirlo ahora que todavía tenía alguna posibilidad de retirada. Sacó una de las piedras de luz que llevaba en una bolsa del cinturón y la arrojó al interior de la habitación. La piedra rebotó ruidosamente contra el suelo e iluminó las pocas cajas y cajones que había en su interior. Nadie avanzó para atacarlo, pero las huellas que descubrió en el suelo le revelaron una historia. No necesitó a Micum Cavish para interpretarla: un gran número de personas había entrado y salido de aquella habitación. Algunos de ellos eran arrastrados contra su voluntad y otros estaban sangrando.

El último de los glifos de protección, el de la puerta de sus aposentos, también había desaparecido. Seregil respiró profundamente, se pegó todo lo que pudo a la pared, junto al marco de la puerta y giró lentamente el picaporte.

Una franja de luz espeluznante y trémula se derramó a sus pies sobre el suelo y con ella vino un horrendo hedor de matadero. Con las armas preparadas, penetró en la habitación de un salto. Y a pesar de todas las señales de advertencia que había encontrado, lo que lo esperaba en el interior lo golpeó como un puñetazo.

Habían dejado varias lámparas encendidas y en el hogar bailaban unas llamas pálidas y antinaturales. Alguien había vuelto el sillón hacia la puerta y en él se sentaban cuatro cuerpos decapitados como si esperaran su regreso. Sabía quiénes eran incluso antes de que mirara más allá de ellos y viera las cabezas alineadas sobre la repisa.

La extraña luz trocaba sus rasgos en relieves torturados: Thrys, Diomis, Cilla y Rhiri parecían mirar con apagada perplejidad a sus propios cuerpos, que una astucia monstruosa había dispuesto en posturas lánguidas, como si estuviesen descansando. Diomis se apoyaba en su madre, cuyos sanguinolentos hombros rodeaba con uno de sus brazos. Cilla estaba sentada junto a él, caída sobre los restos de Rhiri.

Había sangre por todas partes. Pendía de la repisa en cintas coaguladas y se había encharcado en el suelo, sobre las piedras del hogar. Se había secado formando una escabrosa corteza sobre los lastimosos cadáveres. Había grandes manchas pegajosas y huellas de manos sobre las paredes. Se había producido una lucha. La mesa alargada se había volcado y un haz de pergaminos se había derramado sobre la alfombra empapada de sangre. El escritorio estaba tirado en medio de un montón de plumas y pergaminos, y las estanterías de su izquierda también habían sido arrancadas de las paredes. Mientras se inclinaba para examinar más de cerca la confusión, algo que había entre las sombras, bajo la mesa de trabajo, llamó su atención. Al ver lo que era se le heló el aliento en la garganta.

La espada de Alec.

La recogió y la examinó cuidadosamente. Las manchas de su filo mostraban que había plantado cara a los atacantes antes de perderla. Mientras la sujetaba por la

empuñadura, Seregil se vio sorprendido por un brusco e irracional ataque de cólera.

¡Le dije que se quedara en Watermead!

La puerta de su dormitorio estaba cerrada, pero unas pisadas sangrientas se dirigían hacia ella. Tomó un jarro lleno de piedras de luz de una estantería cercana, abrió la puerta de una patada y lo arrojó al interior.

Un aullido sobrenatural se alzó en las sombras y Seregil, alarmado, alzó la espada. El sonido resonó una segunda vez, pero en esta ocasión terminó en un gruñido arrastrado. Siguió el sonido hasta encontrar a Ruetha, acurrucada en lo alto de un armario. Sus ojos brillaban como un fuego de los pantanos. Siseó al verlo y entonces saltó y se escabulló por la puerta delantera.

Allí no parecían haber tocado nada, a excepción de las cortinas de seda verde de su cama. Nunca las había utilizado, pero ahora alguien las había corrido por completo. El mismo que había dejado las manchas de sangre en la alfombra.

Su propia respiración resonaba con fuerza en sus oídos mientras se obligaba a dar los pasos que le separaban de ella, a pesar de que sabía perfectamente qué cuerpo encontraría al descorrer los cortinajes.

—No —dijo con voz ronca, sin darse cuenta de que estaba hablando en voz alta—. *No, no... no... no por favor no...*

Pero en la cama no había nada más que una daga... alrededor de cuya cruz se había atado un mechón de cabellos rubios. Seregil la levantó con manos temblorosas y reconoció al instante la empuñadura de cuerno con incrustaciones de plata; era el cuchillo que le había regalado a Alec en Herbaleda.

Por un instante cegador, creyó sentir de nuevo el pulgar de Alec en su rostro, extendiendo la ceniza sobre su mejilla.

—¿Dónde está? —siseó Seregil. Recogió la espada e irrumpió de nuevo en el salón—. ¡Bastardos! ¿Qué habéis hecho con él?

Una risotada maléfica se levantó a sus espaldas y Seregil se quedó helado. Registró la habitación con la mirada. La risa volvió a alzarse y el vello de la nuca se le erizó. Conocía esa voz.

Era la voz de la aparición que lo había atormentado mientras recorrían la campiña micenia; la del ser con el que, presa de las fiebres, había peleado la noche en que Alec le había arrancado el disco de madera del cuello.

Pero esta vez no había ningún espectro negro y deforme. La voz brotaba de los marchitos labios de la cabeza cortada de Cilla.

—¡Seregil de Rhíminee y Auréren! —los ojos vidriosos giraron en sus órbitas y lo buscaron por toda la habitación—. Al fin te hemos encontrado, ladrón.

Las mandíbulas de Diomis se abrieron y se cerraron, animadas por la misma voz terrible:

—¿Acaso pensaste que te permitiríamos escapar? Has profanado el santuario de

Seriamaius y has saqueado sus reliquias.

—El Ojo y la Corona —ahora era Rhiri, que no había pronunciado una sola palabra en toda su vida.

—¡Ladrón! ¡Saqueador! —escupió Thrys antes de que sus labios muertos esbozaran una sonrisa de desprecio lascivo.

—¡Ladrón! ¡Saqueador! —gritaron al unísono las demás cabezas con gemidos tristes en vez de voces.

—*Aura Elustri málrei* —jadeó Seregil mientras observaba la grotesca representación con una mezcla de furia y repulsión —. ¿Qué habéis hecho con Alec? ¿Dónde está?

No le respondieron, pero la cabeza de Rhiri cayó al suelo y rodó hacia él mientras, seguida por las otras, lanzaba dentelladas y se reía.

—Perdonadme —sintiéndose como si se encontrase en la peor de sus pesadillas, Seregil alzó la espada y tajó las cabezas hasta que sólo quedó de ellas una masa indistinta de pelos y cerebro. En medio de ella encontró cuatro pequeños talismanes, falanges humanas carbonizadas y envueltas en hojas de belladona.

Entonces lo abrumó un terrible ataque de náuseas. Una vez que hubo pasado, contempló con recelo los cuerpos, que seguían amontonados sobre el sillón.

—Os merecíais algo mejor que esto —susurró con un hilo de voz—. De alguna manera... de alguna manera lograré arreglarlo.

Volvió a su dormitorio, recogió su vieja mochila de piel y guardó en su interior algunas cosas imprescindibles. Luego, envolvió cuidadosamente la daga de Alec en un gran pañuelo y lo guardó a buen recaudo en el interior de su camisa.

En el salón, recogió el arco y el carcaj de Alec del gancho del que pendían. Ni siquiera se atrevió a preguntarse si volvería a necesitarlos alguna vez. La espada del muchacho la guardó en su propia vaina; no tenía intención de envainar la suya hasta que estuviera bien lejos de allí.

Esquivó la masa sanguinolenta que había junto al fuego, recogió el pequeño cofre de las joyas que había sobre la repisa y lo volcó sobre su bolsa. Los despojos de años enteros de raterías ocasionales cayeron brillando bajo la antinatural luz del fuego. Recientemente, Alec las había ordenado durante una lección sobre evaluación de gemas.

Una capa de resplandecientes rubíes se deslizó al interior de la mochila y relleno los espacios existentes entre tapas y bolsas, seguida por las esmeraldas, los ópalos, las amatistas, y un puñado de botones de oro y diamantes que solían utilizar para contar los puntos en sus partidas de cartas.

Sus manos empezaban a temblar. El rescate de un aristócrata cayó fuera de la bolsa, pero él no se molestó en recogerlo. Cerró la cuerda de la mochila, caminó hasta la puerta y entonces se volvió para mirar por última vez el lugar en el que había

vivido durante casi treinta años. Había sido feliz allí, quizá más feliz que en cualquier otro sitio. Y ahora todo ello, los libros, las armas, los tapices y las estatuas, las estanterías atestadas de rarezas y reliquias, no eran más que el decorado para la escena cómica que interpretaban los cuerpos mutilados reunidos alrededor de su chimenea.

Tomó una gran lámpara de una de las mesas, susurró una rápida plegaria y vació el aceite sobre los cuerpos. Entonces reunió todas las demás lámparas que pudo encontrar, las arrojó contra las paredes y esparció un jarro entero de piedras de fuego sobre el aceite vertido.

Las llamas se transformaron de inmediato en lenguas de fuego hambriento y purificador.

Después de cargarse al hombro las armas y el equipaje, Seregil bajó corriendo las escaleras sin molestarse en cerrar las puertas.

Sin embargo, mientras pasaba junto al cuarto de Cilla de camino a la cocina, un grito ahogado lo obligó a pararse en seco. Dejándolo todo en el suelo salvo su espada, entró en la habitación y apartó la silla. Allí, envuelto por competo en gruesas mantas para que nadie pudiera oírlo, yacía Luthas en su pequeña cuna, berreando.

Cilla había escuchado a sus atacantes mientras se acercaban. En el poco tiempo que debió de tener, había escondido al niño, había volcado la silla y había arrancado las mantas de la cama para cubrirlo con ellas e impedir que lo descubrieran.

Debía de estar dormido antes, cuando estuve aquí, pensó Seregil mientras recogía al furioso muchacho. Y si no hubiera llorado ahora...

Mientras se volvía para marcharse, se vio reflejado en el espejo de Cilla. Aquella imagen de semblante pálido que lo miraba con ojos negros de cólera bien podría haber sido la de un fantasma vengativo.

Empezaba a brotar humo del tejado mientras recogía las armas y la mochila y, llevando a Luthas consigo, se dirigía escaleras abajo.

Bajo la primera y tenue luz del amanecer, aquel patio trasero que tan bien conocía estaba sumido en un aire irreal, como un lugar familiar visto en un sueño justo antes de transformarse en algo siniestro. El peso de la mochila, la espada y el bebé tiraban de él y le arrebatában las fuerzas.

—¡Gracias al Portador de la Luz, estáis aquí! —exclamó una voz familiar.

Seregil se volvió, confuso, y se encontró al sirviente de Nysander, Wethis, que se acercaba a la posada desde una esquina a lomos de un alazán.

—Vi el humo desde la calle —le dijo Wethis mientras tiraba de las riendas. Su ropa estaba desgarrada y llevaba un vendaje alrededor del brazo, advirtió Seregil con una punzada de pánico—. Al ver que nadie me abría la puerta...

—Todos están muertos —le dijo Seregil con un hilo de voz—. ¿Qué te ha pasado? ¿Qué estás haciendo aquí?

—La Oréska ha sido atacada esta noche —respondió Wethis con la voz temblorosa de emoción—. Fue terrible. Nysander... lo encontraron en la cámara más profunda...

—¿Está muerto? —exclamó Seregil.

Wethis se encogió.

—No lo sé. Valerius y Hwerlu estaban con él cuando me marché. Me enviaron a buscaros. ¡Tenéis que ir inmediatamente!

Seregil dejó caer su carga y le entregó a Luthas al criado.

—Llévatelo. Y encárgate de que el resto sea llevado a la Oréska. Y de sacar a los caballos del establo antes de que todo el maldito edificio se venga abajo.

Dejando al muchacho para que se las arreglara lo mejor que pudiera, Seregil se precipitó al establo y puso la brida a Cynril.

Desde la casilla contigua, Parche pifió al verlo aparecer. La pasada noche, Alec se había parado a alimentarlo y taparlo antes de subir, sin sospechar lo que le esperaba en la posada.

Montando a pelo, Seregil pasó a galope junto a Wethis y se alejó del edificio en llamas sin mirar atrás.

El mundo parecía sumido en un silencio extraño mientras galopaba hacia la Oréska. Las calles, el pálido cielo de la mañana, el sonido de los cascos de Cynril... todo tenía un aire difuso, apagado, como si en realidad estuviese observando la escena desde una gran distancia a través de una de las lentes de aumento de Nysander. Pero en algún lugar, detrás de la barrera protectora de la conmoción, la angustia empezaba a acumularse.

Aún no. Aún no. Todavía hay mucho que hacer.

Corrió rápido como el rayo por las calles, por la puerta de la Oréska y a través de los jardines perfumados sin darle cuartel a su caballo hasta llegar a la misma Casa. Tiró de las riendas, desmontó de un salto y empezó a subir las escaleras de dos en dos.

El atrio olía a humo y a magia. El mosaico del suelo estaba quemado y agrietado y la figura del dragón resultaba casi imposible de reconocer. Donde se habían encontrado las puertas en arco que conducían al museo, no había ahora más que un agujero parcialmente bloqueado por escombros.

Más adelante, Seregil no podría recordar cómo había subido las escaleras o quién le había dejado entrar en la torre, pero cuando finalmente dejó de correr se encontraba en el dormitorio de Nysander y Valerius se interponía en su camino.

—¿Está vivo? —jadeó. Creía que el corazón le iba a estallar en el pecho.

El drisiano asintió con el ceño fruncido.

—Sí, al menos por el momento.

—Entonces déjame pasar. ¡Tengo que hablar con él! —trató de abrirse paso, pero

Valerius lo sujetó por los brazos y lo empujó hacia atrás con notable insistencia.

—Calma, Seregil. Con cuidado —le advirtió—. Según toda la medicina que yo conozco, no debería haber sobrevivido a un ataque como ese. Muchos otros no han sido tan afortunados. Pero es igual, no dejaré que ninguno de nosotros alivie su dolor como debiéramos hasta que haya hablado contigo. Date prisa y no mines sus fuerzas. No está sobrado de ellas.

Entonces se hizo a un lado, abrió la puerta y siguió a Seregil al interior de la habitación.

Nysander yacía tendido de costado bajo una sábana blanca. Tenía los ojos cerrados y el rostro lacio. Hwerlu estaba arrodillado a los pies de la cama y de sus extraños ojos de caballo brotaban lágrimas mientras entonaba un canto curativo. Dos drisianos que le eran desconocidos, mujer y niño, permanecían muy cerca y lo acompañaban con suaves voces. Valerius intercambió unas rápidas palabras con ellos y se marcharon.

Seregil se acercó a la cama y se arrodilló junto a Nysander. La respiración del mago era tan débil que apenas podía oírla.

—¿Qué ha ocurrido? —susurró, mientras tocaba suavemente la mejilla del anciano. Estaba fría y húmeda como la arcilla.

—Hubo un gran ruido en mitad de la noche, como el relámpago y la batalla —le dijo Hwerlu, sin dejar de tocar mientras hablaba—. Nos despertó, allá en la arboleda. Mientras corría hacia la Casa, vi una forma oscura que se alzaba sobre ella, muy grande. Desapareció en la oscuridad del cielo. Corrí y en el interior encontré una escena de tal salvajismo... —los dedos del centauro titubearon un instante sobre las cuerdas del arpa—. Entre los intrusos había hombres de armas, así como magos. ¡Tantos muertos!

—Pero ¿cómo? —preguntó Seregil sin dar crédito a sus oídos—. ¿Cómo pudo entrar tanta gente? ¡Por las Manos de Illior, ésta es la Casa Oréska!

—Por la puerta principal y a través de las alcantarillas, por lo que parece —dijo Valerius detrás de él.

—¿Las alcantarillas? Pero creía que se habían ocupado de eso después de lo que Alec y yo averiguamos sobre Rythel.

—Parece ser que las autoridades se concentraron tan solo en aquellas rutas que podían conducir a Palacio. También es posible que alguien fuera sobornado para no mirar aquí y allá. Sea como fuere, poco después de que corriera la alarma, otro grupo, formado en su mayor parte por hombres de armas, irrumpió desde el jardín. Cómo pudieron entrar sin ser detectados es otro misterio, pero el ataque principal parece haber venido de los subterráneos.

Seregil enterró la cabeza entre las manos.

—Todos esos merodeadores de las puertas muertas este invierno... ¡Por la

Tétrada, si hubiera cogido antes a Rythel, todo esto podría haberse impedido!

Los párpados de Nysander temblaron levemente.

—Mardus —susurró con voz apenas audible—. Fue Mardus, pude verlo... un dymagnos, más...

Le falló la voz pero sus labios continuaron moviéndose. Seregil se inclinó sobre él y colocó el oído muy cerca de sus labios para poder escuchar las débiles palabras.

—Devorador de la Muerte —apenas fue más que un suspiro, pero inconfundible. Nysander se estremeció y cerró los ojos mientras combatía una oleada de dolor. Y, sin embargo, no cejó y forzó a las palabras a brotar aliento tras aliento—. ¿Dónde... Alec?

—Se lo han llevado. Dejaron esto para mí. —Seregil sacó la daga y la sostuvo en alto para que Nysander pudiera verla.

El mago miró el mechón de cabello y entonces apretó los párpados mientras otro espasmo de dolor recorría su cuerpo.

—No es culpa tuya —las palabras le sabían a ceniza. Sus defensas emocionales empezaban a derrumbarse, dejando al descubierto los primeros fragmentos dentados de rabia y pena que se escondían debajo de la superficie.

—Ha comenzado —dijo Nysander con voz entrecortada. Su agitación resultaba evidente. Necesitó hasta el último jirón de voluntad que le quedaba para conseguir darle forma a las palabras—. Un lugar y un tiempo... en Plenimar, bajo el pilar del cielo... El templo... templo...

—Un templo en Plenimar. ¿Dónde, Nysander? ¡Maldita sea, tienes que decirme dónde!

—Sinodal... —murmuró Nysander con pesar mientras la negrura volvía a cernirse sobre él.

—¿Qué? Nysander; ¿qué significa todo eso? —Seregil se volvió hacia Valerius—. ¿No puedes hacer nada? ¡La vida de Alec podría depender de ello!

Valerius tomó a Seregil por los brazos y lo alejó de la cama.

—Dale un poco de tiempo. Debe descansar o nunca se recuperará. Y a ti tampoco te haría ningún mal. Voy a llamar a Darbia.

—No necesito nada —siseó Seregil entre dientes. Mientras el hombretón lo empujaba hacia la puerta, se asomó por encima de su hombro—. ¡Tengo que saber lo que quería decir! ¡Puede que ya sea demasiado tarde!

—Si no descansa ahora, nunca podrá volver a decirte nada. Unas pocas horas, quizá menos. No abandones la torre. Iré a verte tan pronto como haya acabado aquí. ¡Y ahora, fuera! —con un último empujón en absoluto amable, Valerius devolvió a Seregil al pasillo y cerró la puerta en sus narices.

Seregil se quedó allí, a solas en el corredor, aferrando la daga de Alec con una mano. Y entonces, mientras acariciaba el mechón de cabello con los dedos, pronunció

a media voz las palabras que se había tragado frente a la cama de su amigo:
—Dime, Nysander, ¿puede tu magia protegerlo ahora?

33

DESPUÉS DE LA BATALLA

Micum sintió la redondez del vientre de Kari mientras la abrazaba.

La esfera de mensaje de Magyana flotaba cerca, brillando con una luz verde en la esquina del aposento de invitados que ocupaban en el castillo de Lord Warnik.

—Lo siento, amor mío, pero ha ocurrido algo y Magyana está esperando — suavemente, limpió una lágrima de su mejilla. ¿Cuántas veces había habido alguien esperándolo, llamándolo para apartarlo de su lado? ¿Cuántas veces lo había dejado ella ir con aquella sonrisa pequeña y tensa?

—Ve entonces —dijo bruscamente mientras cruzaba los brazos—. Y que Sakor te traiga sano y salvo de vuelta.

Después de cargarse al hombro el equipaje, Micum se volvió hacia la esfera.

—Estoy preparado.

Un gran óvalo de oscuridad se abrió lentamente en el lugar en el que había estado la esfera. Con un ademán de despedida, Micum entró.

Un instante después se encontró de pie en la sala de hechizos de Nysander. Apenas a unos metros de distancia se encontraba la maga, sentada sobre un banco con aspecto exhausto. Su túnica de brocado estaba sucia y manchada de sangre y su pelo largo y plateado caía en desorden sobre sus hombros.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Micum, alarmado. Cayó sobre una rodilla frente a ella y tomó sus manos entre las suyas. Estaban frías como el hielo.

—La Casa Oréska fue atacada la pasada noche —dijo ella con la voz temblorosa—. Nysander ha sido herido de gravedad y muchos otros han muerto. Te hubiera traído antes, pero primero tenía que descansar un poco. Oh, Micum ha sido algo terrible, terrible.

—Entonces estaban en lo cierto, después de todo —gimió él mientras la abrazaba—. ¿Han sido los plenimaranos?

—Dirigidos por el Duque Mardus en persona. Y con él venían varios nigromantes y un dyrmagnos.

—¿Dónde está Seregil? ¿Y Alec?

Magyana sacudió la cabeza.

—Enviamos a Wethis a buscarlos. Puede que ya hayan llegado. Ven. Debo estar con Nysander.

Escaleras abajo se encontraron con una drisiana que salía de la cámara de Nysander con una jofaina y unos trapos sucios.

—¿Cómo está? —preguntó Magyana.

—No ha empeorado —contestó la mujer con suavidad.

Cuando entraron, Valerius estaba aplicando compresas limpias sobre el costado y el pecho del mago. Volvió a cubrirlo con la sábana mientras Micum se aproximaba, pero no antes de que hubiera podido ver las terribles quemaduras que recorrían su cuerpo.

—Tiene la constitución de un verdadero dragón —dijo Valerius tranquilamente mientras se atusaba la barba con aire reflexivo y contemplaba a Nysander—. ¡Cómo lucha! Se curará si logro contener la infección. ¿Ya has visto a Seregil?

—No. Acabo de llegar. ¿Pero están aquí? ¿Están todos bien?

El drisiano posó una mano sobre su brazo y Micum sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Seregil irrumpió aquí hace cosa de media hora. No ha hablado con nadie salvo con Nysander, pero Alec no está con él. Wethis dice que le ha prendido fuego a El Gallito. Hasta donde yo sé, sólo el bebé...

—¡Maldita sea! —Micum se precipitó hacia la puerta—. ¿Dónde está?

—En la sala de estar. Si...

Micum no esperó a escuchar más. Recorrió el corto trecho de pasillo y encontró la puerta abierta. Seregil estaba de pie, apoyado sobre la repisa, vestido con lo que parecían ser unos pantalones y una camisa prestados. Alrededor de uno de los sillones descansaba un gran número de mapas y pergaminos, como si hubiese estado sentado allí, examinándolos, unos momentos antes. En el suelo, a su lado, había una copa de vino, pero cuando su amigo levantó la mirada, Micum supo que no estaba borracho. Su pálido rostro era una máscara inexpresiva a excepción de los ojos. Lo que Micum vio en ellos hizo que un negro puñal de miedo le atravesara el corazón.

—¿Te lo contó Alec? —preguntó Seregil, demasiado calmado para gusto de Micum.

—¿La profecía? Sí. —Micum se aproximó lentamente, con la misma cautela que hubiera utilizado con un caballo enloquecido—. ¿Dónde está? ¿Qué ha ocurrido en El Gallito?

Seregil le mostró algo que había estado sosteniendo todo el tiempo, una daga con un largo mechón de cabello rubio atado en la empuñadura.

—¿Está...?

—No lo sé.

Micum se sentó en una silla con un gemido de dolor.

—Estaba tan ansioso por regresar... Creo que estaba preocupado por ti, pero debería habérselo impedido.

—Quizá yo pueda ayudaros —dijo Valerius desde el umbral. Se acercó a Seregil, tomó la daga entre sus manos, la llevó hasta su frente y entonó entre susurros una plegaria o un hechizo—. Está vivo —dijo, mientras se la devolvía—. Eso es todo cuanto puedo decir con esto, pero al menos sigue vivo.

—Pero durante cuánto tiempo ¿eh? —las finas líneas de tensión que rodeaban los ojos y la boca de Seregil se agitaron oscuramente a la luz del fuego mientras recuperaba la daga y la apretaba contra su pecho—. Todos sabemos de lo que son capaces esos bastardos. *Fue* Mardus, después de todo. Nysander lo vio durante el ataque. Y creo que podemos asumir sin temor a equivocarnos que quienes visitaron El Gallito eran también hombres suyos.

—Te encontraron.

Los labios de Seregil esbozaron una parodia de su vieja sonrisa ladeada. Micum sintió que el corazón se le encogía.

—Por decirlo así —dijo con voz vacía y la mirada perdida en las llamas de la chimenea—. Alec cayó en una emboscada. Yo no llegué hasta que todo hubo terminado —sus manos temblaban visiblemente sobre la repisa.

Valerius ofreció a Micum un asentimiento compasivo y se marchó en silencio.

—Los mataron... los mataron a todos —murmuró Seregil—. En mis aposentos. Excepto a Luthas. Ahora está con Wethis. Y todo el lugar está ardiendo. Todo.

Micum sacudió la cabeza mientras el horror de todo ello se abría paso.

—Pero... ¿Y Cilla? ¿Thrys?

—Todos ellos.

El semblante de Seregil pareció marchitarse y desmoronarse como un pergamino arrojado al fuego.

—Es culpa mía, Micum —dijo con voz entrecortada al tiempo que se aferraba la cabeza con ambas manos—. Yo les hice esto. Yo conduje a los bastardos hasta ellos. Eran...

Micum no dijo nada. Simplemente envolvió a su amigo con los brazos y lo apretó con fuerza mientras se agitaba indefenso y prorrumpía en sollozos furiosos y estrangulados. Desde que Micum lo conocía, pocas veces lo había visto llorar, y jamás de una forma tan violenta como ahora. Fuera lo que fuese lo que había visto en la posada, fuera lo que fuese lo que habían hecho allí, le había arrancado un pedazo de su misma alma.

—No podías saberlo —dijo al fin.

—¡Por supuesto que sí! —gritó Seregil. Se apartó de Micum y lo miró con ojos salvajes, desolados—. Cuántos años me protegieron, guardaron mis secretos... ¡Sacrificados! ¡*Sacrificados* como animales, Micum! Y entonces esos malditos gusanos carroñeros comedores de mierda... les cortaron...

Cayó de rodillas y enterró el rostro entre las manos mientras el llanto volvía a sacudirlo.

Micum se arrodilló a su lado, apoyó una mano sobre su hombro y escuchó con horror y cólera crecientes mientras su amigo le contaba los detalles de lo que había encontrado, de lo que le habían hecho a los cuerpos de aquellas buenas personas.

Cuando hubo terminado, Micum volvió a abrazarlo, esta vez sin encontrar resistencia, y lo sostuvo mientras lloraba hasta la última de sus lágrimas. Permaneció así, apoyado contra Micum, un instante más y entonces se sentó sobre sus talones y se secó el rostro en la camisa. Sus ojos estaban enrojecidos pero parecía más calmado.

A Micum le dolían las rodillas. Se sentó entre los documentos y extendió una pierna y luego la otra.

—Dime lo que sepas de Alec.

Seregil levantó la daga negra y plateada, que no había soltado un solo momento.

—Esto es suyo. Lo dejaron para que supiera que estaba en sus manos. A juzgar por lo que vi en la habitación, mataron a todos los demás y luego esperaron algún tiempo con la esperanza de que yo apareciera. Encontré su espada debajo de la mesa. Debí de plantarles cara antes de que lo derribaran. Había sangre en la hoja —respiró profundamente mientras luchaba por controlarse—. Se lo mostré a Nysander cuando llegué aquí esta mañana. Creo que sabe a dónde se dirigen. Estaba tratando de decírmelo cuando perdió el conocimiento, pero es posible que lo haya averiguado por mi cuenta.

Recogió uno de los mapas del montón que había junto a la silla. Mientras lo extendía delante de él, Micum reconoció el contorno de la península de Plenimar. Sin embargo, la escritura intrincada y fina que la cubría resultaba ininteligible para él.

—¿Qué es todo esto? No puedo leerlo.

—Es el sistema de escritura de Nysander —le explicó Seregil—. Lo aprendí cuando era su pupilo. Antes de desvanecerse, Nysander habló de un templo en Plenimar, diciendo que se encontraba «bajo el pilar del cielo». Al principio pensé que debía de tratarse de alguna clase de monumento y no albergaba demasiadas esperanzas de encontrarlo. Pero mira aquí —señaló un punto situado en la costa noroeste, justo por encima del istmo—. ¿Ves esta pequeña cruz? Marca la posición del Monte Kythes, sólo que aquí se lo nombra como «Yóthgash-horagh».

Seregil alzó la vista hacia Micum. Su viejo fuego interior volvía a inflamarse por momentos.

—En la lengua arcaica de Plenimar, eso significa, la Montaña del Pilar del Cielo.

—Bajo el pilar del cielo. —Micum volvió a mirar el mapa—. Naturalmente, te das cuenta de que este lugar está mucho más allá de las líneas enemigas.

—Sí, pero si he comprendido bien lo que Nysander pretendía decirme, es imperativo que los cuatro estemos allí en un momento determinado. «Un lugar, un tiempo», dijo. Y luego, «sinodal».

—¿Y eso qué significa?

Seregil sacudió la cabeza con el ceño fruncido.

—No lo sé todavía, pero es importante.

—Todo esto tiene que ver con esa maldita profecía tuya, ¿no es así? —Micum lo

miró ceñudo—. ¿Pero para qué demonios han atacado los plenimaranos la Oréska?

—Buscaban aquella moneda de madera que le robé a Mardus en Herbaleda. Nysander la tenía y, por lo menos, otro objeto de gran importancia para ellos. Los había escondido en el subterráneo más profundo. Fue allí donde se enfrentaron los magos.

Seregil se puso en pie, se alisó las desarregladas ropas y se encaminó hacia la puerta.

—Vamos, quiero ver si Nysander ha recuperado la consciencia ya. Más tarde tendré que echar un vistazo a los daños sufridos por el subterráneo.

Micum lo siguió. Pensaba en Mardus y en el hecho de que se hubiera llevado a Alec consigo en lugar de matarlo. Aquello tenía que ver con lo que había descubierto en las Marismas, lo sabía, pero era mejor no darle demasiadas vueltas por el momento.

Valerius se encontró con ellos en la puerta del dormitorio.

—Bueno, indudablemente tienes mejor aspecto —observó mientras examinaba a Seregil con brusca aprobación—. Ojos enrojecidos y mejillas encarnadas. Unas buenas lágrimas eran justo lo que te hacía falta. Es una maldita lástima lo de la posada. Por cierto, ese niño es un encanto. Por el momento, lo he enviado al templo. Supongo que me contarás lo ocurrido con los demás cuando te sientas preparado.

Seregil asintió.

—¿Puedo ver a Nysander ya?

—Sigue durmiendo. Magyana y Darbia lo velan. Nos llamarán en cuanto haya cualquier cambio.

—¿Cuánto crees que tardará en despertar? —preguntó Micum.

—Es difícil de decir. Esos viejos magos son criaturas extrañas; tienen su propia manera de luchar por la vida. —Valerius enarcó una ceja en dirección a Seregil—. Presumo que no has oído lo de Thero.

—¿Qué pasa con Thero? —preguntó Seregil abruptamente.

—Ha desaparecido —bufó el drisiano—. Lo han buscado por todas partes. No está entre los muertos, ni tampoco en la Casa o en la ciudad. Mi suposición es que se encuentra con quienquiera que nos atacó la pasada noche.

—¡Bastardo traicionero! —gruñó Seregil—. Conocía las costumbres y hábitos de Nysander, por no mencionar las defensas de la Oréska. Las cámaras inferiores no están protegidas tan sólo por rejas de hierro. ¡Los dejó entrar! ¡Por las Tripas de Bilairy, los dejó *entrar*!

—Eso no lo sabemos con seguridad —objetó Micum, pero Seregil ya no escuchaba.

—¡Sabía cuándo estaba yo por aquí y sabía dónde vivo! —blanco de cólera, Seregil dio un puñetazo a la pared—. *Agrai methíri dos prakra*, nos ha traicionado a

todos. Le haré comerse sus propios testículos cuando lo encuentre. *¡Lasot arma kriúnti...!*

Micum recibió las noticias con más calma.

—Si él estaba implicado, también lo estaría Ylinestra. Supongo que también ella ha desaparecido, ¿verdad?

Valerius sacudió la cabeza.

—Su cuerpo estaba en los subterráneos, entre los muertos del enemigo.

Seregil disparó una nueva salva de imprecaciones en Aurénfaie.

—¿Cuántos habitantes de la Oréska han muerto?

—Ocho magos, diecisiete aprendices y veintitrés guardias y servidores. Eso es lo último que he oído. Y hay muchos más que no sobrevivirán a sus heridas.

—¿Y el enemigo?

—Veintisiete muertos.

Seregil lanzó al drisiano una mirada interrogante.

—¿Y los demás? ¿Heridos? ¿Prisioneros?

—Ni uno solo —contestó Valerius, sombrío—. Esa dyrmagnos se encargó de ello personalmente. Según cuentan quienes presenciaron la lucha, tan pronto como Mardus y ella hubieron desaparecido de los subterráneos, y cuando digo «desaparecieron» me refiero en un sentido taumatúrgico, todos los soldados plenimaranos supervivientes que había allí y en el atrio cayeron muertos en el acto. He visto los cuerpos; ninguno de ellos tenía heridas mortales.

—Quisiera verlos.

—Ya lo suponía. Los han reunido en los jardines del oeste.

—Bien. Pero antes que nada quiero echar un vistazo a los subterráneos.

Las tejas y los escombros crujían bajo las botas de Seregil y Micum mientras cruzaban el patio en dirección al museo. La magia que había arrancado la puerta de sus goznes había destrozado también la mitad de los arcones de madera. El que contenía las manos del nigromante se contaba entre estos; yacían entre los fragmentos y astillas, con las palmas hacia arriba, como enormes insectos marrones.

Los subterráneos estaban llenos de gente. Mientras descendían un piso tras otro, se cruzaron con sirvientes y aprendices que transportaban artefactos rescatados y magos que lloraban o vagaban sumidos en un silencio estupefacto.

El vigilante de la última de las puertas les franqueó el paso sin hacer preguntas. El laberinto de pasadizos de ladrillo estaba iluminado con antorchas y luces mágicas. Gracias a ellas, Seregil pudo seguir los rastros de la batalla: una daga ensangrentada abandonada junto al recodo de un vestíbulo, manchas oscuras sobre las pálidas paredes de piedra, los fragmentos de un cetro de marfil, los restos chamuscados de una túnica de mago.

Micum apartó una espada rota con el pie y luego extendió los brazos. Casi podía

tocar ambas paredes a un tiempo.

—Por la Llama de Sakor, debe de haber sido una carnicería.

El sonido de voces los guió hasta el escondrijo de Nysander, escondido durante mucho tiempo tras una sección completamente vulgar de pasillo en uno de los corredores más secretos. Apenas treinta centímetros sobre el suelo había un agujero que se abría a la oscuridad. Junto a él se encontraba una joven ayudante a la que Seregil creyó reconocer vagamente, en compañía de varios sirvientes.

—Sois el amigo de Nysander, ¿verdad? —dijo—. Magyana me avisó de que tal vez vinierais.

—¿Este es el lugar? —preguntó él mientras se asomaba al agujero.

—Sí, es una sala de contención. Una verdadera obra maestra. No creo que nadie aparte del propio Nysander haya sabido que se encontraba aquí en todos estos años.

—Es evidente que alguien lo sospechaba —replicó Seregil bruscamente—. ¿De dónde vino el ataque?

Indignada, la muchacha se ruborizó visiblemente mientras señalaba en dirección opuesta.

—Al fondo de este pasillo hay una brecha en el muro, en un punto en el que las alcantarillas discurren a unos pocos metros. Tal como habéis dicho, parecían saber dónde debían buscar.

Dicho lo cual se apartó con los demás y dejó solos a Seregil y Micum con su investigación.

—Thero podría haberlo sabido —admitió Micum mientras observaba cómo Seregil sacaba su rollo de herramientas y elegía una varita de luz—. Podría haberlo supuesto. O quizá Nysander se lo contó.

—No. No lo hizo. —Seregil se detuvo e inspeccionó la irregular apertura—. Por los Dedos de Illior, la piedra tiene un metro de grosor en esta zona, pero no hay escombros. Aunque veo algo brillante en el borde interior.

La apertura era lo suficientemente ancha para que Seregil se introdujera por ella. Alargó el brazo y pasó cautelosamente las yemas de los dedos por lo que parecían ser nódulos metálicos que rodeaban una sección de piedra rota.

—Parece... claro, es plata. Y algo la ha fundido. Fluyó como si fuera cera antes de enfriarse. Voy a entrar a echar un vistazo.

Micum frunció el ceño mientras escudriñaba con aire dubitativo la oscura y estrecha abertura.

—¿Tú crees que es seguro? Nysander debió de proteger con muchas barreras mágicas lo que quiera que escondiera aquí.

—Todas las protecciones mágicas que existían han debido de ser destruidas —dijo la joven maga mientras apoyaba ambas manos sobre la piedra por encima del agujero—. Sólo siento un residuo de la magia.

Con la piedra de luz en una mano, Seregil se introdujo en el agujero. Era muy estrecho. Mientras se arrastraba hasta la pequeña cámara que había al otro lado, se arañó las manos y el vientre con algunas piedras protuberantes.

—Estoy dentro —llamó a los otros—. Es una especie de habitación, pero demasiado pequeña para estar de pie.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Micum mientras se asomaba y miraba en su dirección.

—Nada. Está vacía. Pero toda la superficie, desde el suelo hasta el techo, es negra y está cubierta por símbolos mágicos.

Seregil llevó la palma de su mano a la pared que tenía delante y reconoció de inmediato la textura suave, casi sedosa. Frotó una pequeña sección con la manga y descubrió el brillo del metal detrás del polvo.

—Es plata; toda la habitación está forrada de ella —no estaba sorprendido; considerándolo todo, sabía que no era más que una versión mayor de la caja forrada de plata que Nysander le había entregado para guardar la corona de cristal—. Y aquí, en la pared del fondo, hay una estantería.

La examinó. Había en ella tres áreas en las que podía verse el metal, como si lo que quiera que hubiese reposado allí hubiera impedido que se deslustrara. La marca central era más o menos circular y aproximadamente del tamaño de su mano. A la izquierda había otra, también circular pero más perfecta y de menor tamaño. A la derecha podía verse un cuadrado de plata, más grande pero no tan brillante como las otras dos marcas. Seregil reconoció los dos últimos contornos: correspondían a los recipientes que habían contenido la moneda y la corona, respectivamente. Pero ¿y la marca central? A juzgar por el deslustre relativo de la plata, era el objeto que más tiempo había pasado allí, lo que confirmaba la teoría de Alec de que Nysander había estado guardando algo antes de que le trajeran el disco.

Se inclinó sobre la marca sosteniendo en alto la luz. Tocó el contorno, lo recorrió con el dedo...

... y su visión se disolvió en una fugaz cortina de chispas crepitantes y luego en la oscuridad.

Una simple nota clara y atenuada rompió el silencio que lo envolvía y mientras duró no supo nada más. Lo atravesaba, llovía sobre él, danzaba a su alrededor en el umbral que divide el placer del dolor. Gradualmente, otras notas se unieron a esa primera. Tenían formas, formas alargadas y pesadas que se envolvían lentamente las unas en las otras como las hebras de una gran cuerda.

Y él era una de esas hebras, retorcida, tensada y extendida junto con las otras hacia algún destino. No era miedo lo que lo invadió ahora, sino un deleite horrorizado.

Gradualmente, otros sonidos se filtraron desde más allá del ombligo. Y éstos eran

diferentes.

Apartados.

Ajenos del flujo.

Incontables gargantas de plumas negras elevaron un aullido ensordecedor que aumentó hasta convertirse en un rugido de enfermizo regocijo, y entonces se disolvió en la nada mientras el flujo pasaba a su lado.

Gritos humanos, voces que gritaban en todas las lenguas del mundo.

El estrépito de la batalla.

Explosiones imposibles.

Se sumergió aún más en la envoltura umbilical, pero los sonidos intrusos lo persiguieron y se alzaron en un espantoso crescendo antes de desaparecer tan rápidamente como habían venido.

Silencio, grávido con una sensación de inmediatez.

Al fin otro sonido reptó entre las hebras; Seregil lo conocía e, inexplicablemente, lo llenó con un miedo aún mayor que el resto.

Era el rumor sordo del oleaje del mar...

—¿Seregil?

El sonido de la preocupada voz de Micum se abrió paso entre sus visiones y lo arrastró de vuelta a la estrecha cámara.

—¿Estás bien? —volvió a llamarlo Micum.

—Sí, sí, claro —replicó Seregil de inmediato aunque, de repente, no se sentía bien. Era como si estuviese completamente borracho.

Se incorporó con lentitud, volvió tambaleándose a la entrada y se arrastró fuera de la cámara. Micum lo ayudó a mantenerse en pie, pero sus piernas no parecían querer sostenerlo por el momento. Se dejó caer con la espalda sobre la pared y apoyó los codos en las rodillas.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —preguntó Micum mientras lo estudiaba con aparente preocupación—. No tienes buen aspecto.

—No lo sé —había percibido algo, un destello huidizo de... ¿el qué?

Se había ido, nada.

Seregil se pasó los dedos por el cabello para aclararse las ideas.

—Debe de haber sido algún efecto residual de la magia de Nysander. O quizá una bolsa de aire viciado. Sólo he perdido un poco la cabeza, pero ahora me siento mejor.

—Estabas diciendo algo sobre una estantería ahí dentro —dijo Micum—. ¿Has encontrado algo?

—Sólo las marcas. Las de la corona, la moneda y el cuenco.

—¿Qué cuenco?

Seregil observó a su amigo, pestañeando.

—No lo sé. Sólo... lo sé.

Por primera vez desde que oyera hablar de la profecía de Nysander, Seregil sintió el tenue y gélido contacto del miedo, sólo que atemperado por el estallido brusco de una impaciencia y un deseo sombríos.

UN RELÁMPAGO EN UN CIELO DESPEJADO

El resonar de los cuernos de batalla arrancó a Beka del sueño poco antes del alba. Empuñó la espada y salió corriendo de la tienda.

—¡A las armas! ¡A las armas! —gritaba un mensajero mientras recorría el campamento a lomos de un caballo—. ¡Un ataque desde las colinas orientales! ¡A las armas!

Beka se protegió los ojos con una mano y miró más allá de la pequeña llanura que separaba el campamento y las colinas, kilómetro y medio hacia el este. Incluso con el sol en los ojos, pudo distinguir oscuras filas de infantes y caballeros en la distancia. Acaso un regimiento. La Guardia Montada contaba sólo con la mitad de sus fuerzas. El Escuadrón del Lobo estaba patrullando la línea de suministros que se dirigía a la costa de Micenia, treinta kilómetros hacia el sur.

El sargento Braknil apareció completamente armado y con la rubia barba erizada.

—¿Qué ocurre, teniente?

—Mira allí —dijo Beka, señalando.

—¡Maldita sea! Los exploradores de la tropa del Águila dijeron que esas colinas estaban vacías ayer mismo —la frontera de Plenimar se encontraba a más de treinta kilómetros en dirección este.

El resto de la turma salió arrastrándose de las tiendas en diversos grados de preparación.

—Armaduras completas —gritó Beka mientras volvía a su tienda para terminar de vestirse. En el exterior, podía oír a Portus, Braknil y Mercalle vociferando órdenes a sus jinetes.

—¡Lanzas y espadas! ¡Vamos, vamos, esto va a empezar!

Minutos más tarde, los treinta jinetes estaban montados y preparados. Sus cotas de malla y la insignia de la espada que lucían en el pecho de las guerreras verdes brillaban con bravura bajo la luz del alba. Beka los revisó superficialmente y, satisfecha, los condujo hasta donde la capitana Myrhini y el portaestandarte de la tropa esperaban. La Segunda Turma del teniente Koris galopaba también para unirse a ellos.

Myrhini vio el caballo blanco de Beka y le gritó sus órdenes con una voz que se elevaba por encima del escándalo general que reinaba en el campamento.

—La comandante Klia quiere que nuestra tropa defienda el ala derecha de la línea de batalla. El escuadrón del comandante Perris estará a nuestra izquierda. Teniente Beka, quiero a su turma en nuestra derecha. Koris, tú estarás en la izquierda. Enseñaremos a esos bastardos sigilosos que tendrán que levantarse todavía más temprano si quieren coger desprevenida a la Guardia Montada de la Reina. ¡Formen!

Beka se volvió hacia sus jinetes.

—Sargento Mercalle, tú estarás en el centro de la sección. Sargento Braknil, a la derecha; Portus, la izquierda.

Las tres decuriae formaron. Las lanzas se agitaban como las púas de un erizo de mar. Al observar sus rostros, Beka distinguió en ellos una mezcla de fiereza y regocijo.

Y miedo.

Eran jóvenes, quizá los más jóvenes del regimiento y, a pesar de la dura instrucción que habían soportado, no habían visto nada peor que la escaramuza con los bandidos semanas atrás. Esto era tan inesperado como lo había sido aquello, pero un centenar de veces más peligroso. Treinta y tres rostros se volvieron hacia Beka mientras se ponía el yelmo de blanca cresta. Sabía mientras les devolvía sus miradas que, al margen de lo valientes que fueran o lo fieramente que lucharan, algunos de ellos no vivirían para ver la puesta de sol.

—Vamos a enseñarles una lección, ¿eh, teniente? —gritó el cabo Kallas mientras esbozaba una sonrisa a un tiempo nerviosa y arrogante.

Ella le devolvió la sonrisa.

—¡Puedes jurarlo! Primera Turma, honor, fuerza y misericordia.

Agitando lanzas y arcos, la turma repitió estas palabras con un grito.

La señal de trompeta que indicaba «avance a medio galope» corrió entre las filas. Beka desenvainó la espada, la blandió por encima de su cabeza y gritó:

—¡Sangre y Acero, Primera Turma!

—¡Sangre y Acero! —le respondieron bramando mientras alzaban las lanzas.

El retumbar de los cascos y los arneses se elevó en el aire de la mañana mientras la línea avanzaba para encontrarse con la caballería enemiga. Las trompetas volvieron a sonar y la línea se lanzó al galope por la llanura. La primavera se insinuaba lentamente en Micenia y sus caballos pisoteaban terrones de barro medio congelado mientras corrían.

Mientras las dos fuerzas cargaban y la distancia que las separaba se reducía en cuestión de segundos, Beka señaló con la espada a uno de los oficiales plenimaranos. Sentía tan sólo una quietud de muerte.

Entonces, mientras sus jinetes y los plenimaranos chocaban y se fundían para convertirse en una sola cosa, ambos bandos lanzaron un grito de batalla capaz de helar la sangre. Pero apenas duró un instante, suspendido en el aire, y entonces fue apagado por los aullidos de caballos y soldados.

La tropa de Myrhini estuvo en lo más reñido de la batalla desde el principio. A media mañana habían logrado abrirse paso luchando hasta el flanco del enemigo. Se reagrupó y viró para atacar la retaguardia, la caballería plenimarana se dispersó como el aire frente a su avance, dejando en su estela una línea de piqueros y arqueros para

enfrentarse a la carga de los eskalianos.

Cubiertos de sangre hasta los codos, Beka y sus jinetes supervivientes escucharon a las trompetas tocar a avance una vez más y se abalanzaron sobre la línea enemiga en medio de un diluvio de flechas. Mientras cabalgaba, Beka vislumbraba por todos lados soldados que caían y caballos sin jinete que corrían desbocados por el campo de batalla. El sargento Portus cayó bajo los cascos de su propio caballo, pero no había tiempo para salvarlo.

La turma de Beka se incrustó entre las filas de la infantería y empezó a avanzar, dando tajos a diestra y siniestra, tratando de hacer valer su ventaja.

Mientras se abría paso entre el caos, divisó uno de los estandartes del regimiento al otro lado de la refriega.

—¡Mirad allí! —gritó a los demás—. La Segunda Turma está con nosotros. ¡Reunámonos con ellos!

Estaba haciendo girar a su caballo para lanzar una nueva carga cuando un soldado enemigo la atacó con una jabalina y la acertó con un golpe oblicuo en la parte baja del muslo, un poco más allá del borde de su camisa de malla.

El soldado volvió a atacar. Esta vez buscaba su garganta. Beka reculó en la silla, sujetó la jabalina por el mango y utilizó el propio impulso del hombre para desequilibrarlo. Mientras retrocedía tambaleándose, lo golpeó en la cabeza con la espada. Cayó de espaldas y desapareció entre las botas de los guerreros que aparecían por todas partes.

Beka levantó la mirada y vio, en la distancia, cómo se tambaleaba el estandarte de la Segunda Turma un segundo antes de desaparecer.

Maldiciendo, dio nuevas órdenes y se lanzó en ayuda del cabo Nikides, que estaba a punto de ser atravesado por detrás.

La batalla se prolongó hasta primeras horas de la tarde. Ambas fuerzas cargaron y se enfrentaron una vez tras otra, hasta la extenuación. No había cuartel para recoger a los muertos o salvar a los moribundos; aquellos que no eran sacados a rastras del campo de batalla eran pisoteados sobre el frío y hediondo barro. Los combatientes de ambos bandos estaban tan sucios que resultaba difícil diferenciar a los amigos de los enemigos.

Aunque eran superados en número, los eskalianos se negaban a ceder y, finalmente, los plenimaranos se retiraron y desaparecieron en las colinas tan rápida y misteriosamente como habían llegado.

Beka apretó los dientes y trató de concentrarse en otra cosa mientras el cirujano de la tropa daba las últimas puntadas y cerraba la herida de su pierna.

La tienda hospital rebosaba de heridos. En el aire flotaba la peste de los lesos. Por todas partes se escuchaban gemidos y gritos mientras quienes habían sufrido heridas

de mayor gravedad suplicaban pidiendo ayuda, agua o una muerte rápida. Apenas a un metro de distancia, un hombre aullaba mientras le era arrancada una flecha del pecho. La sangre brotó negra y ominosa de la herida.

Cuando volvió a gritar, más débilmente esta vez, silbó el aire al escapar por el agujero de su pulmón perforado.

La herida del muslo de Beka era profunda y, aunque durante la batalla apenas había sido consciente de ella, ahora le dolía como el infierno. Nadie se había sorprendido más que ella cuando, terminada la lucha, se había desvanecido sobre la testuz de su caballo.

—Bueno, esto se curará perfectamente si no se infecta antes —le aseguró Tholes mientras dejaba la aguja a un lado y vertía un poco de vino agrio sobre la herida—. Vinia te la vendará para que puedas cabalgar.

Hubo una cierta conmoción alrededor de la entrada de la tienda mientras aparecía la comandante Klia, flanqueada por sus tres capitanes supervivientes, Myrhini, Perris y Ustes. Los tres oficiales estaban cubiertos de la suciedad de la batalla y Beka advirtió que la capitana Myrhini cojeaba y tenía un pie vendado. El capitán Ustes, un aristócrata de barba negra, llevaba el brazo de la espada en cabestrillo y un vendaje manchado cubría la frente de Perris. Klia parecía ser la única que había salido indemne, aunque se rumoreaba que había estado en primera línea todo el tiempo.

¿*Magia*, se preguntó Beka, o sólo *habilidad y suerte*? Klia era una estratega erudita y de talento, de eso no cabía duda, pero era su tendencia a dirigir en persona la lucha en primera línea la que le había granjeado la popularidad de la que disfrutaba en las filas del escuadrón. Después de intercambiar unas palabras con uno de los cirujanos, paseó entre los heridos, alabándolos y alentándolos mientras les preguntaba detalles sobre la batalla tal como ellos la habían vivido.

Myrhini vio a Beka y se dirigió cojeando hacia ella.

—La Primera Turma ha vuelto a distinguirse hoy. Te vi atravesar sus líneas. ¿Qué tal está tu pierna?

Beka hizo una mueca mientras la ayudante de Tholes terminaba de vendar la herida. Se levantó los desgarrados pantalones y flexionó la pierna.

—No está mal, capitana. Puedo montar.

—Bien. Klia quiere enviar patrullas de reconocimiento antes de mañana por la mañana. ¿En qué estado se encuentra tu turma?

—Lo último que he sabido con seguridad es que habíamos sufrido cuatro bajas, incluyendo al sargento Portus, y otros trece desaparecidos. En cuanto salga, pasaré revista y os haré saber el resultado —la verdad era que temía ese recuento definitivo. Tendida allí, había sido incapaz de impedir que la asaltara el recuerdo del cuerpo del joven Rethus, destrozado y pisoteado sobre el barro. Él había sido el primero en unirse a ella durante su enfrentamiento con los bandidos.

Myrhini sacudió la cabeza con gesto sombrío.

—Bueno, habéis salido mejor parados que muchos. El capitán Ormonus cayó en la primera carga, junto a gran parte de su segunda turma. Contándolo todo, hemos perdido casi la tercera parte del escuadrón.

Klia apareció a su lado y se sentó en cuclillas junto a Myrhini. Beka saludó lo mejor que pudo desde donde se encontraba. Aquel día la princesa parecía tener más de veinticinco años. Arrugas de fatiga habían aparecido alrededor de sus ojos y su boca, y plegaban la suavidad de su frente.

—Una fuerza de ese tamaño... —gruñó en voz baja mientras se tiraba con aire ausente de la larga coleta castaña—. ¡Un regimiento completo de caballería e infantería plenimarana en unas colinas que llevamos una semana patrullando!

Paralizó a Beka con una mirada inquisitiva.

—¿Cómo supone que lo han logrado, teniente?

La mirada de Beka abandonó la tienda y se perdió en las distantes colinas que podían verse a lo lejos.

—Hay centenares de diminutos valles allí. Cualquiera que conociese la zona podría introducir sigilosamente pequeños grupos en ellos. Luego se mantendrían en silencio, sin encender fogatas y, cuando llegara el momento, se enviarían jinetes con las órdenes para concentrarse en algún punto central.

Klia asintió.

—Esa parece ser la opinión generalizada. Myrhini me ha dicho que eres buena rastreadora. Si lo aprendiste de tu padre y de Seregil, entonces debes ser mejor que la mayoría. Quiero que mañana conduzcas a tu turma hasta las colinas y veas lo que puedes descubrir.

—¡Sí, comandante! —Beka se incorporó y volvió a saludar.

—Bien. Puedo darte algunos jinetes más si los necesitas.

Beka consideró la oferta y sacudió la cabeza.

—No, podremos movernos más deprisa y más silenciosamente si no somos muchos.

Klia le dio una palmada en el hombro.

—Muy bien, entonces. Es como encontrar una aguja en un pajar, ya lo sé. Descubre lo que puedas y envíame un mensajero. No trabes combate a menos que estés acorralada. ¿A quién más vas a enviar, Myrhini?

—El teniente Koris se llevará una decuria al norte y se adentrará en las montañas. El resto de su turma vendrá conmigo al paso central.

—He enviado un mensajero a Phoria pidiendo refuerzos —les dijo Klia mientras se levantaba para marcharse—. Con suerte, el resto del regimiento llegará aquí dentro de un día, más o menos. Buena suerte a las dos.

—Cuídate, comandante —sonrió Myrhini mientras golpeaba la punta de la bota

de Klia con el puño—. No te dejes matar de forma galante mientras yo no estoy.

—Esperaré hasta que hayas regresado —replicó Klia con tono sarcástico—. No me gustaría que te lo perdieras.

—¡Elegida de Sakor! —murmuró Myrhini mientras observaba cómo abandonaba su amiga la tienda a grandes zancadas—. Buena suerte, Beka. Y ten cuidado.

—Gracias. Lo tendré —dijo ella.

Cuando Myrhini se hubo marchado, se levantó y empezó a buscar rostros familiares entre los heridos. No tardó en encontrar algunos. Demasiados, de hecho. Ariani, una de las jinetes de la decuria de Braknil, la llamó con señas desde una esquina de la tienda. Estaba herida pero parecía capaz de montar. Algunos de sus compañeros no habían sido tan afortunados. A Mikal le habían atravesado el estómago de un lanzazo y Thela tenía una pierna rota. Junto a ella se sentaba Steb, apoyado contra su amigo Mirn, con una mano apretada sobre un vendaje sanguinolento que le cubría el ojo izquierdo.

Y eso no era lo peor.

El pequeño grupo estaba reunido alrededor del cuerpo de otro camarada. Era Aulos, el hermano gemelo de Kallas. Un infante plenimarano lo había desmontado justo antes de la retirada y le había abierto el vientre en canal de un tajo. Su hermano lo había sacado del campo de batalla y ahora estaba sentado a su lado con su cabeza acunada en el regazo.

Beka sintió que se le revolvió el estómago. El cirujano había abierto lo que quedaba del uniforme y la cota de malla de Aulos y había descubierto que no quedaba abdomen suficiente para cerrar la herida. Pálido y jadeante, el joven soldado yacía mudo, con la mirada fija en su hermano. Sus rostros eran sendos espejos de una misma agonía. Siempre habían sido inseparables, recordó Beka acongojada, igualmente rápidos a la hora de cantar o de luchar.

—Le han dado un trago, pero todavía lo siente —dijo Kallas con suavidad mientras ella se arrodillaba a su lado. Sus mejillas estaban cubiertas de lágrimas, pero permanecía inmóvil, paciente como la roca—. Tholes dice que no se puede hacer nada por él salvo dejarlo ir. ¡Pero él no quiere hacerlo! Se aferra. —Kallas se detuvo y cerró los ojos—. Como su hermano, teniente, solicito permiso... para terminar con su agonía.

Beka contempló el rostro del moribundo y se preguntó si sería consciente de lo que estaba ocurriendo. Los ojos de Aulos se encontraron entonces con los suyos y asintió débilmente al tiempo que sus labios dibujaban un silencioso *por favor*.

—Busca a alguien, Mirn. ¡Rápido! —le ordenó Beka.

Mirn se marchó a toda prisa y regresó al cabo de un momento con un ordenanza que abrió rápidamente una arteria de la pierna de Aulos.

La laboriosa respiración del moribundo se hizo más lenta casi al instante. Con un

último suspiro, volvió el rostro hacia el pecho de su hermano y expiró.

—Que Astellus te lleve en sus brazos y Sakor ilumine tu camino a casa —dijo Beka. Era la breve plegaria que reservaban los soldados para sus muertos. Los demás repitieron sus palabras con voces entrecortadas.

—Aquellos que podáis montar, ayudad a Kallas a enterrarlo y luego buscad al resto de la turma. Los demás os quedaréis aquí y esperaréis hasta que os transporten a la costa. Habéis luchado valerosamente. Todos. La capitana Myrhini está orgullosa de vosotros. Y yo también.

Aceptó los agradecimientos murmurados por los jinetes y salió cojeando tan deprisa como su pierna le permitía. En la entrada de la tienda se encontró con docenas de cuerpos alineados sobre la tierra, como gavillas de trigo recién cosechado. Syrtas estaba allí, y también Ama y Lineus y el sargento Portus. Todos ellos yacían con la mirada vacía puesta en el cielo, como si fueran muñecas rotas y sucias abandonadas de una vez y para siempre.

—Que Astellus os lleve en sus brazos y Sakor...

Le traicionó la voz. ¿Cuántas veces más iba a tener que decir la plegaria de despedida en un mismo día? Se secó los ojos con una mano y susurró el resto.

—¿Teniente Beka? —era Zir, que la llamaba desde la siguiente tienda hospital. Parecía ileso, pero su rostro estaba terriblemente pálido—. Es la sargento Mercalle... está aquí.

Beka alzó los hombros y lo siguió al interior de la fétida oscuridad.

Los cirujanos debían de haberle dado a Mercalle algo para el dolor, porque sonrió con aire soñoliento al ver aparecer a Beka. Tenía los dos brazos entablillados, así como una de las piernas. El pecho y el abdomen estaban envueltos en fuertes vendajes y la sangre se había filtrado a través de ellos bajo su pecho derecho y su costado izquierdo.

Beka se arrodilló y posó una mano sobre el hombro de la sargento.

—Por la Llama, ¿qué te ha pasado?

—Condenado caballo... —dijo Mercalle con voz ronca mientras sacudía débilmente la cabeza—. En cuanto me recupere, me uno a la infantería.

—El caballo la derribó y la pisoteó —susurró Zir—. Corbin se la estaba llevando del campo cuando los arqueros los atacaron. Él murió. Conseguí subirla a mi caballo y la traje aquí. Tholes dice que cree que vivirá.

—Gracias al Hacedor. ¿Dónde están Kaylah y los demás?

—Ella ha salido a buscar a los desaparecidos, teniente. Visteis... —Zir señaló con un gesto de la cabeza a los cuerpos tendidos junto a la entrada y Beka vio que los ojos se le llenaban de lágrimas—. Nos abrimos paso y nos separamos del enemigo. Pensamos que contábamos con un momento para reorganizarnos. Pero los plenimaranos tenían también arqueros. ¡Por la Llama, teniente, nos hicieron pedazos!

Ama, Syrtas y los demás... marchaban a la cabeza y no tuvieron tiempo de dar la vuelta.

Beka apretó las manos.

—Vete. Busca a Kaylah y los demás. Enseguida me reuniré con vosotros.

—¿Teniente? —Mercalle tenía los ojos muy cansados, pero miró directamente a Beka—. Lo hiciste muy bien en el campo, teniente. Realmente bien. Y también lo estás haciendo muy bien fuera de él. Pero no puedes preocuparte demasiado por ellos, ¿sabes? Tienes que preocuparte por ellos, pero no demasiado. Es algo duro de aprender, pero no durarás si no lo haces.

—Lo sé. —Beka se sentó un rato con ella. De pronto era consciente de lo mucho que iba a añorar su presencia en la turma—. Cuando regreses a Eskalia... si necesitas algo... mi padre es Micum Cavish, de Watermead, cerca de Rhíminee.

Mercalle sonrió.

—Gracias, teniente, pero tengo un par de hijas en casa. De todas maneras, me encargaré de llevar un mensaje a tu familia.

No parecía haber mucho más que decir después de eso. Con un último agradecimiento, Beka dejó la tienda y caminó cojeando entre los muertos para reunirse con los vivos.

Los plenimaranos habían pasado por el campamento como un tifón, destruyendo tiendas, carromatos y cualquier otra cosa que encontrasen en su camino. Ahora había soldados atareados por todas partes, tratando de salvar lo que podían entre los restos.

Beka empezaba a preguntarse por dónde debía empezar a buscar, cuando oyó que alguien gritaba su nombre en voz alta y vio que el cabo Rhylin la saludaba desde lo alto de un carromato volcado.

—¡Gracias sean dadas a la Llama! —exclamó mientras bajaba de un salto. Era casi una cabeza más alto que ella, y cuando caminaba tenía un cierto aire torpe y desmañado que su destreza como jinete contradecía—. No sabíamos qué pensar cuando desaparecisteis al final —le dijo—. Ha habido toda clase de rumores. Algunos aseguraban que la capitana Myrhini había caído.

—Ella está bien, igual que yo —le aseguró Beka, aunque los puntos le dolían como si fueran garras ardientes—. ¿Dónde están todos?

—Allí. —Rhylin señaló con un ademán al otro lado de la línea de tiendas y añadió con abatimiento—. O lo que queda de nosotros, al menos. Será mejor que os llevéis mi caballo.

—Montaremos los dos. Quiero que estemos todos.

Rhylin montó y le ofreció la mano. Apretando los dientes mientras otra cuchillada de dolor recorría su muslo, Beka montó detrás de él y se agarró a su cinturón.

—¿Qué puedes contarme? —preguntó mientras se ponían en marcha.

—Hay casi una docena de hombres cuyas heridas no son demasiado graves. El

sargento Braknil los manda. Mercalle está gravemente herida y el sargento Portus...

—Lo vi caer —dijo Beka al oír la tensión de la voz del hombre. Rhylin había sido el cabo de Portus.

—Sea como sea, el sargento Braknil nos envió a algunos a buscaros. Los demás están tratando de conseguir comida y equipo —le dijo.

Al menos hay algo que agradecer a la Llama, pensó Beka mientras se imaginaba al robusto y franco sargento poniendo las cosas en orden en medio de los escombros.

—Eso está bien. Mirn, Kallas y Ariani regresarán más tarde. Con Steb y Aulos no podremos contar...

—¿Aulos? —preguntó Rhylin. Beka sintió que volvía a ponerse tenso. Había venido al regimiento con los dos gemelos. Eran del mismo pueblo.

—Está muerto —le dijo. No tenía sentido encubrirlo, pensó. Por primera vez en todo el día se sentía cansada. Como Mercalle le había dicho, la muerte era algo a lo que debía acostumbrarse. Y cuanto antes lo hiciera, mejor.

Como era de esperar, Braknil tenía las cosas bajo control. Habían conseguido comida, no se sabía muy bien dónde, habían levantado algunas tiendas y, lo que era mejor, habían reunido una docena o más de caballos, la mayoría de los cuales cargaba arreos plenimaranos.

Al verlos aparecer, se alzaron vítores entre sus compañeros.

—¿Qué es lo que se dice por ahí, teniente? —preguntó Braknil mientras todos se reunían ansiosamente a su alrededor. Tenía un trapo ensangrentado alrededor del antebrazo, pero no parecía molestarlo.

Beka contó un total de catorce, además del sargento.

—Se dice que nos han sorprendido con los calzones bajados —replicó, sarcástica—. La comandante Klia no está demasiado contenta, pero piensa que la Primera Turma puede ayudar a solucionar las cosas. ¿Qué me decís?

Más vítores se alzaron entre sus filas, mezclados con gritos de «¡Vamos a machacar a esos bastardos!», «¡Sangre y Acero!» y «¡Guíenos como hoy, teniente, la seguiremos!».

Beka desmontó, se subió a un cajón y les ordenó con un gesto que guardaran silencio.

—Parece que tendremos que arreglarnos con dos decurias por el momento. Rhylin, te nombro sargento de la Segunda Decuria. ¿Quién te queda?

Rhylin miró a su alrededor.

—Nikides, Syra, Kursin, Tealah, Jareel y Tare.

—Braknil, ¿qué me dices de la Primera Decuria?

El sargento señaló con un ademán a los jóvenes exhaustos que había a su lado.

—Hasta el momento sólo Arbelus y Gilly.

—Y nosotros —dijo Steb que acababa de llegar en compañía de Kallas, Ariani y

Mirn.

—¡Has perdido un ojo! —dijo Braknil con brusquedad.

—Todavía me queda el otro —replicó Steb, aunque era evidente que le dolía mucho—. Vamos, sargento. No somos tantos como para prescindir de mí. Puedo luchar.

—Muy bien, entonces —dijo el sargento mientras se encogía de hombros—. Cabo Kallas, ¿estás en condiciones de combatir?

Todavía conmocionado por la muerte de su hermano, Kallas asintió con aire sombrío.

—Eso suma siete en cada decuria hasta el momento —observó Beka mientras los contaba—. Aquellos de vosotros que pertenecierais a la decuria de la sargento Mercalle, dad un paso al frente. Tobin, Barius, vosotros vais con la decuria de Braknil. Merten, Kayla y Zir, vosotros con la de Rhylin. En cuanto nuestros caballos y equipos estén listos, tenemos órdenes de dirigirnos a esas colinas para explorar.

—Seguro que no lo hacemos peor que la tropa del Águila —musitó Kaylah. Y otros asintieron con gruñidos enfurecidos.

—Eso ya no importa. Los plenimaranos nos han jugado una mala pasada, es cierto. Debemos asegurarnos de que no vuelven. Vamos a meter la nariz en cada garganta y en cada guarida de serpiente que haya en esas colinas hasta que descubramos dónde se esconden. Ahora que sabemos que están allí, es imposible que tantos hombres y caballos pasen inadvertidos durante mucho tiempo. Sargentos, ocupaos de que todo el mundo tenga un caballo decente, equipo de patrulla y raciones para una semana de marcha. Y llevad también las guerreras. Quizá también nosotros podamos darles alguna sorpresa, ¿eh? Salimos al anochecer.

Permaneció sentada un momento mientras lo que quedaba de su unidad se dispersaba en todas las direcciones. La mayoría de ellos había sufrido por lo menos heridas menores. Posiblemente era un error llevarse a Steb pero, como él mismo había señalado, no podían permitirse el lujo de prescindir de nadie que todavía pudiera montar.

Doce jinetes y dos sargentos caídos el primer día de lucha, pensó, y la mitad de ellos ha muerto.

Era una suerte que tuvieran una misión en la que ocupar sus pensamientos aquella noche.

35

PREPARATIVOS

Se había erigido un pabellón de lino blanco para los muertos de la Oréska. Mientras Seregil y Micum pasaban a su lado a la mañana siguiente, escuchaban los suaves cantos y el llanto de quienes estaban preparando los cuerpos para la pira o la tumba.

Un poco más allá, los cuerpos enemigos yacían bajo el sol. A juzgar por sus ropas, podrían haber sido obreros o ladrones, pero la mayoría de ellos tenía el porte y las cicatrices propias de soldados.

Una carreta de los Basureros esperaba cerca. Nadie se cuidaría de ellos y nadie los lloraría. Serían arrastrados lejos de allí y quemados sin ceremonias.

—Valerius ha dicho que después de que el ataque hubiera terminado, todos los hombres de Mardus que no habían muerto cayeron fulminados de pronto —meditaba Micum mientras Seregil y él caminaban entre los cuerpos en busca de cualquiera de los rostros que habían visto junto al Duque en Herbaleda, muchos meses atrás—. ¿Crees que fue cosa de esa *dyrmagnos*?

—Probablemente —dijo Seregil. Todavía llevaba las gastadas ropas que le habían prestado y tenía el aspecto de alguien que no hubiera dormido en una semana. Micum sabía que había velado a Nysander durante toda la noche. Ambos lo habían hecho—. Pero dudo que matase a todos los suyos —prosiguió Seregil mientras se acercaba para examinar un mendigo harapiento y manco—. ¿Te has dado cuenta de que nadie recuerda haber visto cómo se marchaban Mardus y los nigromantes? Excepto Hwerlu, quizá. Dijo algo sobre una enorme forma sombría que se erguía sobre la casa mientras él corría hacia ella. No llegó hasta que hubo desaparecido, así que quizá esa era la salida de Mardus. Un *dyrmagnos* podría tener tal poder.

Micum sintió que un escalofrío funesto recorría su espalda.

—En ese caso, esperemos no tener que acercarnos a esa cosa. No quiero enfrentarme a algo que pueda abatir a Nysander y luego salir volando como un murciélago.

El cadáver de un hombre moreno con una cicatriz en el labio inferior llamó su atención.

—Lo conozco. Es uno de los hombres del capitán Tildus —dijo Micum mientras se lo indicaba a Seregil—. Bebí más de una vez con él en el Pony, en Herbaleda. Es uno de los que anduvo molestando a Alec.

—Yo también veo a un viejo amigo. —Seregil se había detenido y contemplaba a un hombre larguirucho y huesudo vestido con un manchado chaleco de cuero—. Farin el Pez, un merodeador de las puertas que desapareció hace cosa de un mes. Tym lo mencionó poco antes de morir. No reconozco a ninguno de los otros. Posiblemente son soldados plenimaranos y espías contratados para la ocasión —se frotó la barbilla

con un dedo mientras observaba al muerto con mirada ceñuda—. ¿Recuerdas que te conté que me encontré con un Titiritero en los calabozos de Asengai, la noche en que Alec y yo nos conocimos?

—¿Te refieres al gremio de asesinos de Plenimar?

—Sí. —Seregil sacudió el pulgar en dirección a los cadáveres—. ¿Qué te apuestas a que uno o dos de estos hombres llevan su marca?

Micum hizo una mueca de repugnancia.

—Supongo que sólo hay una manera de averiguarlo. ¿Cómo es esa marca?

—Un tatuaje con tres pequeños puntos azules que forman un triángulo. Normalmente están en la axila —le dijo Seregil. Y, con una sonrisa irónica, añadió—. Al menos esto es mejor que ir a los depósitos de cadáveres.

Sin embargo, ni siquiera en medio del frescor perfumado de la Oréska resultó un trabajo agradable.

Micum no encontró ningún tatuaje debajo de los brazos fríos y rígidos, pero sí, en cambio, sospechosas cicatrices en dos de los hombres, aproximadamente del tamaño de una moneda de un sestercio. El tejido todavía era de color rosado y parecía reciente.

—Creo que esto podría ser importante —dijo.

Seregil se acercó, examinó las cicatrices y asintió.

—Hay otros tres iguales allí. Estas cicatrices no son de quemaduras o cortes casuales; la piel ha sido rebanada a propósito. Si no era una marca de los Titiriteros lo que han borrado, apostarí a que era algo muy similar.

—Ese Mardus es un bastardo muy astuto —dijo Micum, admirado a su pesar—. No quiere correr el menor riesgo. Ahora no podemos probar nada.

Seregil examinó la cicatriz.

—Sabes, he oído que estos tatuajes son bastante profundos. ¿Qué te parece?

Micum asintió.

—Creo que vale la pena probar, siempre que no nos sorprenda ningún drisiano.

Seregil extrajo de la costura de su cinturón una diminuta hoja semejante a una navaja. Estiró con los dedos la piel a ambos lados de la cicatriz y sajó su superficie. Cuando levantó la película de piel no encontró más que la carne lívida.

—¿Ves algo? —preguntó Micum.

—No, a este deben de haberlo cortado profundamente. Probemos con otro.

El segundo intento tuvo más éxito. Seregil cortó la piel con mucho cuidado y descubrió la marca apenas visible de la cofradía de los Titiriteros sobre la carne.

Apoyado sobre los tobillos, se balanceó hacia atrás, lleno de sombría satisfacción.

—Esta es prueba suficiente para mí.

—¡Por el Amor del Hacedor! ¿Qué estáis haciendo? —era Derbia, la drisiana morena que los había ayudado a cuidar a Nysander. Indignada, se acercó dando

grandes zancadas e hizo un rápido gesto de bendición sobre el cuerpo.

—Enemigo o no, no puedo aprobar un comportamiento tan bárbaro como este —les espetó.

—No se trata de una profanación —le aseguró Micum mientras se ponía en pie—. Este hombre y algunos otros llevan la marca de los espías de Plenimar. La Reina debe ser informada antes de que se lleven los cuerpos.

La drisiana cruzó los brazos sin dejar de fruncir el ceño.

—Muy bien, yo me ocuparé.

—¿Te ha enviado Valerius a buscarnos? —preguntó Seregil.

—Sí, Nysander empieza a despertar.

Sin esperar a escuchar nada más, Micum y Seregil salieron corriendo hacia la torre.

Magyana seguía sentada en el mismo sillón en el que había pasado la noche, junto a la cama de Nysander y con una mano sobre su frente.

Al verla de aquella manera, Micum casi pudo sentir cómo le infundía su propia energía a su viejo amor, tratando de curarlo y sostenerlo con su fuerza vital.

Pero a él le parecía que el mago tenía peor aspecto que nunca.

Su rostro era una máscara apagada, de un color gris ceniciento, y sus ojos estaban profundamente hundidos en las cuencas bajo las tupidas cejas blancas. Su respiración apenas levantaba la sábana que lo cubría, pero Micum podía oírla, áspera y tenue como el roce de las hojas secas sobre la roca.

La visión del mago debía de haber conmocionado igualmente a Seregil. Vio cómo un esbozo de desesperación recorría el rostro de su amigo y supo que nacía del conflicto entre el gran amor que sentía por Nysander y la imperiosa necesidad por descubrir lo que pudiera para salvar a Alec. Seregil se detuvo para lavarse las manos en la jofaina, se arrodilló junto a la cama y tomó la mano de Nysander entre las suyas. Micum se colocó detrás de Magyana y vio cómo se abrían lentamente los ojos del mago.

—He encontrado tu mapa —le dijo Seregil sin perder ni un precioso instante.

—Sí —dijo Nysander, su voz apenas un suspiro, mientras asentía débilmente sobre la almohada—. Bien.

—El Pilar del Cielo, Yóthgrash-horagh. Es el Monte Kythes, ¿verdad?

De nuevo, un leve asentimiento.

—Ese templo del que hablaste, ¿se encuentra en la montaña?

—No —le dijo Nysander.

—¿Bajo ella, enterrado?

No hubo respuesta.

Seregil contempló el rostro del anciano en busca de algún movimiento. Entonces, con tanta calma como pudo reunir, preguntó:

—¿A sus pies?

La garganta de Nysander subía y bajaba dolorosamente mientras hacía esfuerzos por hablar. Seregil se inclinó hasta encontrarse muy cerca de él pero, después de unos pocos intentos desesperados, el mago cerró los ojos.

Seregil apoyó la frente sobre los puños un momento. Micum no podía ver el rostro de Magyana desde donde se encontraba, pero su mano estaba temblando mientras se posaba sobre el hombro de Seregil.

—Ha vuelto a sumergirse dentro de sí mismo. Sé cuan desesperado estás por hablar con él, pero está demasiado débil.

—¿Te dicen algo sus últimas palabras? —preguntó Micum, que se negaba a abandonar toda esperanza.

Todavía arrodillado junto a la cama, lleno de dudas, Seregil sacudió la cabeza.

—Estaba tratando de decirme algo. Sonaba como «léelos» o «lentos», pero su voz era tan débil que es imposible estar seguro.

Magyana se inclinó hacia delante y sujetó su hombro con más fuerza mientras le obligaba a volverse hacia ella.

—¿Leiteus? ¿Es posible que fuera el nombre Leiteus?

Seregil la miró sorprendido.

—¡Sí! Sí, es posible. Y yo he oído ese nombre en otra parte.

Magyana cruzó las manos por encima del corazón.

—¡Leiteus í Marineus es un astrólogo, un amigo de Nysander! Llevan casi un año consultándose el uno al otro sobre un cometa.

Seregil se puso en pie de un salto y empezó a registrar el suelo en torno a la chimenea de Nysander. Finalmente se inclinó y sacó un libro de debajo de un sillón.

—Ayer me encontré este libro abierto junto a su asiento —dijo mientras se lo tendía a ella.

Magyana lo abrió y Micum pudo ver que estaba lleno de tablas y símbolos extraños.

—Sí —dijo ella—. Es uno de los libros de Leiteus.

—¿Alguna vez has escuchado la palabra «sinodal»? —preguntó Seregil, cuya excitación iba en aumento.

—Creo que hace referencia al movimiento de las estrellas y los planetas.

Micum la miró, sorprendido.

—¿Quieres decir que Nysander estaba tratando de decirnos que habláramos con su amigo astrólogo?

—Eso parece.

—«Un lugar, un tiempo». Eso es lo que dijo ayer —les recordó Seregil—. Un acontecimiento sinodal, como la llegada de ese cometa. Debe de estar relacionado con lo que quiera que Mardus pretenda.

Se inclinó y tocó la pálida mejilla de Nysander con una mano.

—No sé si puedes oírme —dijo en voz baja—. Pero si puedes, escúchame: voy a hablar con Leiteus. ¿Comprendes, Nysander? Voy a hablar con Leiteus.

Nysander no dio señal alguna de estar consciente. Seregil apartó un mechón de cabello gris y ensortijado de la frente del anciano.

—Muy bien. Yo soy el Guía. Deja que me ocupe de todo.

Extramuros de la Oréska había empezado a soplar una brisa primaveral, que se había llevado todas las nubes y había limpiado los rincones de los restos de suciedad y hojas secas del invierno.

Galoparon en dirección norte desde la Puerta del Mercado y, después de recorrer durante algún trecho la vía regia, se adentraron en un camino menor que discurría a lo largo de los acantilados.

La modesta villa amurallada del astrólogo descansaba en lo alto de un promontorio, tendida sobre el mar. Por encima de ella, las gaviotas planeaban con elegancia frente al cielo de la mañana.

La puerta exterior estaba cerrada a cal y canto, pero un sirviente no tardó en responder a las insistentes llamadas de Micum.

—Mi señor no está acostumbrado a recibir visitas a estas horas de la mañana —les informó el hombre con rigidez mientras examinaba la desaliñada apariencia de Seregil y su enorme casaca sin molestarse en ocultar su escepticismo.

—Estamos aquí por un asunto de la máxima importancia para tu señor —replicó Seregil adoptando el tono más arrogante de que era capaz—. Dile que Lord Seregil í Koril Solun Meringil Bókthersa y Sir Micum de Cavish, caballero de Watermead, requieren su presencia inmediata por un asunto relacionado con su amigo Nysander, Alto Taumaturgo de la Casa Oréska.

Intimidado por tal diluvio de títulos, el hombre los escoltó hasta una pequeña sala de estar con vistas al océano y se marchó a avisar a su señor.

—Profecías y astrólogos —gruñó Micum mientras recorría de un lado a otro la diminuta habitación—. Alec está en manos de unos carniceros dementes y nosotros aquí, ¡haciendo el tonto!

—La cosa es seria. Puedo sentirlo. —Seregil tomó asiento en un banco bajo la ventana y apoyó un codo en el alféizar mientras miraba al exterior.

El tener una pista que seguir, incluso una tan tenue como ésta, parecía haber reestablecido la calma interior que necesitaba para seguir adelante. Sin embargo, después de los horrores vividos el pasado día, Micum se preguntaba si no se encontraba demasiado calmado.

¿Y si el astrólogo no tiene todas las respuestas?

—¿Cómo se ha tomado Kari el que te marcharas de esta manera?

Micum se encogió de hombros.

—Apenas le quedan cuatro meses para dar a luz, Beka está en la guerra y yo vuelvo a marcharme contigo. Le he jurado que estaría a su lado cuando llegase el momento.

Sin apartar la vista de la ventana, Seregil dijo con tranquilidad:

—No es necesario que vengas ¿sabes? Con profecía o sin ella, la decisión es tuya.

—Deja de decir tonterías. Por supuesto que voy —replicó Micum, brusco—. He tomado una decisión y me atenderé a ella —continuó mientras se sentaba junto a su amigo—. Aunque admito que no me gusta. Nysander ha hablado de un grupo de cuatro y aquí estamos, sentados y reducidos a dos antes siquiera de empezar.

—Seguimos siendo cuatro, Micum.

Micum miró fijamente el mosaico del suelo un momento y entonces puso una mano sobre los delgados hombros de Seregil.

—Ya sé lo que Valerius dijo ayer. Yo también quiero creerlo, pero...

—¡No! —Seregil le lanzó una mirada feroz—. Hasta que tenga su cuerpo muerto entre mis brazos, Alec sigue vivo, ¿me oyes?

Micum comprendía demasiado bien la angustia que escondía la cólera de Seregil. Si Alec seguía con vida, combatiría al fuego y a la misma muerte para salvarlo. Y si estaba muerto, haría lo mismo para encontrar a sus asesinos. Fuera cual fuera la senda que el destino le deparaba, se culpaba a sí mismo.

—Sabes que quiero a ese muchacho tanto como tú —le dijo con suavidad—, pero no le haremos ningún favor si dejamos que se nos nuble el entendimiento. Si vamos a urdir algún plan, al menos hemos de tener en cuenta la posibilidad de que haya muerto. Si ese «Astil» vuestro tiene que ser un arquero, quizá deberíamos...

La mirada de Seregil se perdió en la lejanía. Su boca era una línea tensa de testarudez.

—No.

La llegada de un hombrecillo grueso vestido con una enorme túnica los interrumpió.

—Os ruego que me perdonéis, caballeros —se disculpó en medio de un bostezo mientras los conducía hasta una espaciosa sala—. Como sin duda habréis supuesto, la naturaleza de mis estudios me obliga a trabajar durante la noche. Raramente estoy despierto a esta hora. He pedido que me preparen un té fuerte, así que quizá podríamos...

—Disculpadme, pero sospecho que no estáis al corriente del ataque sufrido por la Casa Oréska la pasada noche —le interrumpió Seregil—. O del hecho de que Nysander í Azusthra ha sido herido de gravedad.

—¡Nysander! —exclamó Leiteus con voz entrecortada—. Por la Luz, ¿quién querría hacer daño a un anciano tan decente y bondadoso?

—No lo sabemos —respondió Seregil. Su comportamiento no traicionaba las

emociones demostradas apenas unos momentos antes—. Nos envió a buscaros, aunque estaba demasiado débil para decirnos el porqué. Magyana dice que os ha consultado recientemente con respecto a algún asunto de naturaleza astrológica. Podría estar relacionado con el ataque.

—¿De veras lo creéis? —Leiteus fue a buscar un montón de cartas de una estantería cercana y las hojeó rápidamente—. Si me hubiera permitido realizar ese ritual de adivinación para él... Se mostró muy amable al respecto, pero... ¡Ah, aquí está!

Extendió una gran carta astrológica sobre una mesa barnizada y la examinó.

—Estaba interesado en los movimientos de la Lanza de Rendel, como podéis ver.

—¿Un cometa? —preguntó Seregil.

—Así es —el astrólogo señaló una serie de diminutos símbolos que formaban un arco a lo largo de la carta—. Tiene un ciclo sinodal de cincuenta y siete años. Este es el año de su regreso. Nysander me ayudó a calcular la fecha de su aparición.

Seregil se inclinó hacia delante. Parecía ansioso.

—¿Y la tenéis?

El astrólogo volvió a examinar sus pergaminos.

—Dejadme ver... A juzgar por las observaciones de las Ephemeris de Yrindai, así como nuestros propios cálculos, creo que la Lanza de Rendel debería de ser visible en la decimoquinta noche de Lithion.

—Entonces tenemos dos semanas —murmuró Micum.

—Naturalmente, permanecerá en el cielo cerca de una semana —añadió Leiteus—. Es uno de los cometas más grandes, un espectáculo verdaderamente grandioso. Sin embargo, de especial interés para Nysander y para mí era el hecho de que en esta ocasión su llegada coincide con un eclipse solar.

Seregil intercambió con Micum una rápida y significativa mirada y entonces preguntó:

—¿Y eso podría ser considerado un acontecimiento sinodal?

—Ciertamente. Y de la variedad más rara —contestó el astrólogo—. Supongo que esa es la razón del interés de Nysander.

—Los eclipses son acontecimientos funestos —señaló Micum—. Una vez vi un hombre que se había quedado ciego después de mirar uno.

—Pues este será un año doblemente funesto con la llegada del cometa —añadió Seregil, aunque a Micum le pareció más complacido que alarmado—. «Estrellas del infortunio» he oído que llaman a esos cometas, portadores de mala fortuna, guerras, enfermedades...

—Es cierto, Lord Seregil —asintió Leiteus—. El Colegio de Adivinos ya ha advertido a la Reina para que suspenda todo el comercio durante ese día. La gente debería quedarse en casa hasta que esa mala influencia haya pasado. Una conjunción

como ésta no se ha producido desde hace siglos.

—¿Y habéis descubierto la fecha exacta? —preguntó Seregil.

—El vigésimo día.

—¿Había alguna otra cuestión por la que Nysander se mostrara interesado?

El astrólogo se acarició la barbilla.

—Bueno, me pidió que calculara si una conjunción como ésta se había producido alguna vez.

—¿Y lo hicisteis?

Leiteus sonrió.

—En realidad no tuve que hacerlo. Como todo astrólogo eskaliano sabe, fue la misma conjunción que precedió al comienzo de la Gran Guerra, hace seiscientos ochenta y cuatro años. De modo que ya lo veis, Lord Seregil, cuando habéis hablado de funestas «estrellas del infortunio», teníais parte de razón.

Se marcharon de la casa del astrólogo después de asegurarle que lo mantendrían informado sobre el estado de Nysander, y se encaminaron de vuelta a la ciudad.

—Lo admito, tiene algún sentido si aceptas que Nysander está en lo cierto y Mardus tiene esa conjunción en mente —dijo Micum mientras cabalgaban.

—Está en lo cierto, estoy seguro de ello. Piénsalo, Micum, no ha habido un solo incidente importante entre Eskalia y Plenimar desde hace veinte años y, de pronto, Plenimar decide embarcarse en una nueva guerra de agresión, como hizo antes de la Gran Guerra. Y el Señor Supremo, que se oponía a este conflicto, muere convenientemente para que su sanguinario hijo pueda subir al trono. Y se produce la misma conjunción. Y el ataque contra la Oréska. Si todo el asunto tiene que ver con alguna clase de rito o ceremonia relacionado con el Devorador de la Muerte, ¿qué momento más propicio podría haber que durante la conjunción?

—Pero ¿qué es todo ello? —gruñó Micum—. Esas baratijas que Nysander escondía, ¿para qué las quiere Mardus? Si los plenimaranos las necesitan desesperadamente y ahora, justo cuando la guerra vuelve a estallar...

—Y, sin embargo, es precisamente eso lo que ocurre. Nysander no ha sido el primer Guardián. Su mentor, Arkoniel, lo fue antes que él, y el mentor de éste antes que él. ¿Quién sabe cuántos magos de la Oréska han estado custodiando el mismo agujero en los subterráneos? Esas cosas podrían datar de la Gran Guerra. Ya conoces las leyendas sobre los nigromantes y los muertos vivientes de aquella época, y todo el mundo sabe que finalmente fueron los magos los que lograron la victoria.

—¿Quieres decir que los plenimaranos van a utilizar esas cosas para convocar el poder de su dios?

—Algo así.

Ambos guardaron silencio durante un rato.

—Bueno, pues entonces será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Micum

al fin—. Si Nysander y tú estáis en lo cierto, sólo tenemos dos semanas para encontrar ese misterioso templo, si es que existe, y hay un viaje muy largo hasta allí. Tendremos que contratar un barco.

—Hice que Magyana avisara a Rhal esta misma mañana. Podremos hacernos a la mar mañana o pasado mañana.

Espoleó a su caballo y se lanzó al galope hacia las puertas de la ciudad. Un instante después, Micum lo siguió con aire sombrío.

Al volver a la Oréska, se encontraron con Magyana y Valerius en el laboratorio de Nysander. En pocas palabras, Seregil les refirió lo que Leiteus les había contado.

—Así que, como veis —añadió—, es imperativo que todos estemos en ese lugar cuando llegue el momento.

—¿Subir a Nysander en un barco en plena primavera? ¿Es que estáis todos locos? —estalló Valerius mientras los miraba feroz—. Es absolutamente imposible. ¡Lo prohibo!

Con los puños apretados detrás de la espalda, Seregil trató de mantener el control mientras se volvía hacia Magyana en busca de apoyo.

—Debe de existir alguna manera para que podamos trasladarlo con mayor comodidad.

Pero Magyana sacudió la cabeza con firmeza.

—Lo siento, Seregil, pero Valerius tiene toda la razón. Nysander debe tener paz y tranquilidad si quiere curarse. En su estado actual, lo más probable es que un viaje como ese lo matara.

—Por no mencionar el hecho de que pretendéis meter la cabeza en mitad de una guerra —le espetó el drisiano—. Incluso si pudiese resistir que lo trasladaran, cosa que no puede, ¿qué pasaría si os abordaran o el barco se fuera a pique? ¡Por los Testículos de Bilairy, apenas puede mantenerse consciente unos minutos seguidos!

Seregil se pasó una mano por los cabellos, exasperado.

—Micum, habla tú con ellos.

—Calma —dijo Micum—. Si Valerius dice que Nysander no sobreviviría al viaje, entonces no hay más que hablar. Pero ¿qué me decís de una translocación?

Magyana volvió a sacudir la cabeza.

—Está demasiado débil. No sobreviviría. E incluso si lo hiciera, no sería posible. Después del ataque sólo han quedado tres magos, incluyéndome a mí, con la habilidad necesaria para conjurar ese hechizo, y pasará algún tiempo antes de que cualquiera de nosotros esté lo suficientemente recuperado como para intentarlo siquiera.

Seregil soltó un gruñido de frustración, pero Micum seguía pensando.

—Bueno, asumiendo que estos ilioranos estuvieran en lo cierto con lo de sus cometas y sus profecías y todo lo demás, entonces no tendríamos que moverlo hasta

casi dentro de...

—Dos semanas —exclamó Seregil—. ¡Alabada sea la Llama por ese espléndido sentido común que adorna a todos los seguidores de Sakor! Es posible que acabes de salvarnos a todos, Micum. ¿Qué dices a eso, Valerius? ¿Estaría lo suficientemente recuperado en dos semanas?

—Teniendo en cuenta su fuerza de voluntad, es posible —admitió el drisiano de mala gana—. Sin embargo, por lo que se refiere al estado de sus poderes, sólo él podría decirlo.

Seregil se volvió hacia Magyana con una mirada esperanzada.

—¿Magyana?

Ella contempló sus manos entrelazadas un largo momento y entonces dijo con voz suave:

—Para entonces, sí, yo podría ayudarlo con un hechizo de translocación de tal distancia. Pero la decisión debe tomarla él.

Micum dio una palmada sobre la mesa y se levantó.

—Entonces está decidido. Nos haremos a la mar sin él y podrá reunirse con nosotros cuando llegue el momento.

Seregil introdujo una mano en su bolsa y sacó un pequeño amuleto de plata, idéntico al que le había entregado a Rhal.

—Esto os guiará hasta nuestro barco, *La Dama Verde* —le dijo a Magyana mientras se lo entregaba—. No hay garantía de que para entonces sigamos a bordo, pero Rhal podrá indicaros a dónde nos hemos dirigido... Esperad, hay otra manera.

Tomó un trapo limpio de un montón que había sobre la mesa de trabajo. Se pinchó el pulgar con la daga, vertió unas gotas de sangre sobre la tela e hizo con ella un nudo muy tenso.

—Con esto será imposible que no me encontréis —dijo—. Micum también debería hacer uno, sólo para estar seguros. Y ahora, si me perdonáis, quisiera estar un momento a solas con Nysander.

Magyana contempló con azoramiento la tela manchada una vez que Seregil hubo desaparecido escaleras abajo.

—Aborrezco la magia de sangre —dijo—. Y también Nysander. Oh, Micum, ¿de veras crees que todo esto es lo que Nysander quería? Seregil ha sufrido mucho últimamente...

—No lo sé —dijo Micum con tranquilidad, mientras se pinchaba en el dedo y manchaba con su sangre un segundo trapo para ella—. Lo que sí sé es que la proximidad de la muerte no le impedirá hacer lo que debe. Si tiene razón, puede que exista alguna posibilidad de recuperar a Alec e incluso, quién sabe, de hacer fracasar los planes de los plenimaranos. Si se equivoca... —Micum se encogió de hombros—. No puedo dejar que se marche y lo haga solo, ¿verdad?

—¿Y qué hay de tu propia familia? —preguntó Valerius mientras el otro se levantaba para marcharse.

Por vez primera aquel día, Micum logró esbozar una sonrisa irónica.

—Kari no se moverá de Watermead a menos que tenga al enemigo a la vista. Warnik me ha dado su palabra de que los vigilará hasta mi regreso.

El drisiano sonrió detrás de su barba rebelde.

—Una mujer verdaderamente notable, tu esposa. La mayor, Beka, no es diferente.

—¡Por la Llama, Beka! —gimió Micum—. Le había prometido a Kari que le pediría a Nysander que averiguara cómo le iban las cosas.

—Descansa, Magyana —dijo Valerius mientras la maga hacía ademán de levantarse—. Dame tu mano, Micum, y piensa en tu hija mayor.

Tomó su bastón en una mano y la mano de Micum en la otra y cerró los ojos. Al cabo de varios minutos, anunció:

—Está bien. La veo cabalgando en buena compañía.

—¿Y Alec? —preguntó Micum sin soltar la mano del drisiano—. ¿Puedes verlo a él?

Valerius se concentró y frunció el ceño.

—Sólo que no está entre los muertos, nada más. Lo siento.

DÍAS OSCUROS PARA ALEC

Los dientes de Alec se pudrieron y se le cayeron de la boca. Sintió una bilis caliente en el fondo de la garganta, doblemente amarga a causa de las serpientes que se retorcían en su vientre. Deseaba hacerse un ovillo, lo deseaba desesperadamente, apartarse reptando de la interminable agonía, pero los clavos de hierro con los que le habían atravesado pies y manos lo mantenían inmóvil, con los brazos extendidos, como un águila a punto de levantar el vuelo. Ciego e indefenso, esperaba la liberación de los siniestros sueños en los que no había más que el aullido del viento y las aguas...

Ocasionalmente, sus sueños eran invadidos por rostros que emergían de la oscuridad el tiempo suficiente para burlarse de él con sus sonrisas y volvían a desaparecer antes de que hubiera podido ponerles nombre.

Unas fiebres se apoderaron de él y recorrieron su piel quemando todo recuerdo, hasta que no quedó nada más que el rumor lejano del mar...

Alec sintió el frío de una brisa salina sobre la piel, pero ningún dolor. Le pesaban los miembros, le pesaban tanto que le era imposible moverlos, pero se pasó la lengua sobre los dientes y los encontró intactos. ¿Cómo podía una pesadilla parecer tan real, se preguntó, o dejarlo tan cansado y confuso?

El frescor de la brisa le ayudó a aclarar sus pensamientos, pero el mundo seguía dando vueltas a su alrededor de una forma que le resultaba vagamente familiar. Abrió los ojos y pestañeó varias veces antes de distinguir la amplia vela cuadrada recortada contra el cielo del mediodía.

Y a dos marineros plenimaranos.

Se puso de rodillas con dificultades y alargó el brazo instintivamente hacia la daga, pero alguien le había quitado los pantalones y las botas y lo había dejado desarmado. Los marineros rieron y entonces los reconoció: eran dos de los que habían estado a punto de darle una paliza en Herbaleda.

—No te asustes, Alec.

Se puso lentamente en pie. Estaba demasiado aturdido hasta para hablar. A menos de tres metros de él, el duque Mardus se apoyaba de forma despreocupada contra la barandilla del barco. La única vez que Alec lo había visto estaba sentado. No había imaginado lo alto que era. Pero su bello rostro, su barba corta y bien recortada, la cicatriz que recorría su mejilla izquierda, todas esas cosas las recordaba perfectamente. Y también la sonrisa que nunca parecía alcanzar sus ojos.

—Confío en que hayas dormido bien —impecablemente vestido en cuero y seda, Mardus lo observó con la solicitud de un anfitrión atento.

¿Cómo he llegado aquí?, se preguntó Alec, todavía sin habla. Los detalles

acudieron lentamente a sus recuerdos: la accidentada marcha desde Watermead, el perro furioso, las linternas apagadas que, ansioso por encontrar a Seregil, había pasado por alto... Sin embargo, después de eso no había más que un vacío grisáceo teñido de temor.

—Tienes frío —señaló Mardus mientras soltaba el broche de oro que cerraba la capa alrededor de su cuello. Hizo un gesto a los guardias, que levantaron a Alec sin contemplaciones y lo sostuvieron en alto mientras Mardus le cubría los hombros con la gruesa tela.

Colocó entonces el pesado broche en su lugar con una mano enguantada y apretó el largo alfiler por uno de los agujeros hasta que su punta roma se apretó contra la tráquea de Alec.

Aterrorizado, Alec fijó la vista en los botones de la casaca de seda de Mardus y esperó. El alfiler le apretó la garganta con más fuerza, pero no tanta como para rasgar la piel.

—Mírame, Alec de Kerry. Vamos, no seas tímido.

La voz de Mardus era amable, casi encantadora. Sin desearlo, Alec se encontró mirando al interior de sus negros ojos.

—Eso está mejor —sin dejar de sonreír, Mardus cerró el broche—. No debes temerme. Estás bastante seguro bajo mi protección. De hecho, te protegería con la fiereza de un león.

Alec sintió que alguien llegaba por detrás.

—Quizá no comprende su situación lo suficientemente bien como para mostrar el agradecimiento debido —siseó cerca de su oído una voz con un marcado acento.

El que había hablado se colocó junto a Mardus y Alec lo reconoció como el silencioso «embajador» que había visto con Mardus en Herbaleda.

—Quizá no —asintió Mardus—. Debes saber, Alec, que Várgul Ashnazai estaba deseando destriparte como si fueras un pez desde el mismo momento en que te puso las manos encima. Una reacción no del todo injustificada, teniendo en cuenta los problemas que tu amigo y tú nos habéis causado durante los últimos meses. Fui yo el que impidió que lo hiciera. «Mira, si no es más que un muchacho impresionable», le dije muchas veces mientras os seguíamos por las calles de Rhíminee.

—Muchas veces, sí —dijo el nigromante con una sonrisa venenosa—. Algunas veces temo que la bondad del corazón de mi señor Mardus le cause algún perjuicio.

—¿Pero cómo querías que me sintiera al ver a un joven tan inteligente y emprendedor en manos de semejante sujeto? —Mardus sacudió la cabeza como si sintiera una gran tristeza—. Un Aurénfaie renegado y espía, exiliado por los suyos, celestino de la reina de un país decadente y de un mago al que incluso sus pares consideran un viejo loco. «No, Várgul Ashnazai», le dije. «Antes que nada debemos asegurarnos de que este joven sea salvado».

Mardus tomó a Alec por los hombros y lo acercó lentamente hacia sí, hasta que el muchacho pudo sentir su aliento sobre el rostro. Sus ojos parecieron oscurecerse un poco más, aunque tal cosa era imposible, mientras preguntaba:

—¿Tú qué dices, Alec? ¿Crees que es posible salvarte?

Atrapado en la intensidad de la mirada de Mardus, Alec guardó silencio. A pesar de la amenaza implícita que escondían sus melosas palabras, había algo peligrosamente imperioso en las maneras del hombre, una fuerza de personalidad que reducía a Alec a la impotencia.

—Es de naturaleza obstinada —musitó el llamado Várgul Ashnazai—. Me temo que te decepcionará.

—No nos apresuremos con nuestras opiniones —dijo Mardus—. Podría deberle lealtad a ese tal Seregil de Rhíminee. Después de todo, tú mismo dijiste que creías que el joven Alec tenía sangre Aurénfaie en las venas.

—Estoy seguro de ello, mi señor.

—Quizá ese sea el impedimento. Corrían demasiados rumores contradictorios por la ciudad. Dime, Alec, ¿es por ventura tu padre? ¿O tu medio hermano? La edad es difícil de evaluar con estos Aurénfaie, y por naturaleza son engañosos.

—No —logró decir Alec al fin. Pero su voz le sonó débil en los oídos, la voz de un niño.

Mardus alzó una ceja.

—¿No? Pero sin duda sois amigos. Puede que te llamara su aprendiz durante la desgraciada mascarada que todos presenciamos en Herbaleda, pero cuanto hemos visto en Rhíminee lo desmiente. Amigo, entonces. ¿Quizá incluso amante?

Alec sintió que su rostro se ruborizaba mientras los soldados se reían disimuladamente de él.

—Reconozco la lealtad cuando la veo —dijo Mardus—. Admito que estoy impresionado al encontrarla en alguien tan joven. Aunque se trate de lealtad ciega hacia un hombre que te abandonó.

—¡No lo hizo! —gruñó Alec.

Mardus hizo un ademán en torno a sí y señaló el barco y el mar que se extendía en todas direcciones.

—¿Ah, no? Bueno. Supongo que no tiene mucha importancia para mí lo que decidas creer. Sin embargo, podrías preguntarte por qué ese amigo tan querido decidió dejarte en manos de tu destino cuando podría haberte salvado.

—¡Mientes! —ahora Alec estaba temblando. Todavía no podía recordar nada de lo que había ocurrido después de que llegara a El Gallito.

—¿Tan seguro estás? —la sonrisa de Mardus parecía teñida de lástima—. Bueno, hablaremos de nuevo cuando no estés tan sobreexcitado. Várgul Ashnazai; ¿serías tan amable de asistir al joven Alec con algunas meditaciones tranquilizadoras?

—Por supuesto, mi señor.

Alec trató de apartarse, pero los guardias lo mantuvieron inmóvil mientras el otro hombre apretaba sus dedos fríos y secos contra su pómulo y su mandíbula. Por un instante lo abrumó un olor espeso a putrefacción, y entonces una terrible negrura lo engulló y lo arrastró a un pantano de enfermedad y dolor en el que no podía escapar al eco burlón de la advertencia de Seregil, olvidada mucho tiempo atrás: *Si te quedas atrás te abandonaré, te abandonaré, te abandonaré...*

Despertó confinado en un camarote diminuto. Todavía jadeaba de terror a causa del trance en el que lo había sumido el nigromante. Se sentó sobre la estrecha litera y trató de distinguir cuanto lo rodeaba.

No había lámpara, pero la débil luz que se filtraba a través de una grieta de la puerta bastaba para iluminar el perfil de la otra litera, que colgaba de la pared opuesta. Por encima del rumor de las aguas al azotar el casco, escuchó el sonido distante y apagado de un llanto.

Desde algún lugar cercano le llegaba el olor de un caldo y se dio cuenta de que, a pesar del efecto de la magia del nigromante, que parecía detener el funcionamiento de su organismo, estaba hambriento.

Se quitó la fina manta, se subió a la litera y entonces se quedó paralizado. Ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la tenue luz, había reparado en que había alguien en ella. Una figura yacía allí, bajo una manta, con el rostro oculto entre las sombras. Alec se aclaró la garganta y extendió el brazo para tocar el hombro de su acompañante.

—Hola. ¿Estás...?

Una mano apareció inesperadamente bajo la manta y lo sujetó por la muñeca con una presa feroz y fría como el hielo. Alec retrocedió, pero el otro hombre se aferró a él y se incorporó mientras él trataba de soltarse.

—Por la Luz —dijo con voz entrecortada—. ¡Thero! —El joven mago estaba tan desnudo como él, pero su cabeza estaba aprisionada por un artilugio metálico. Bandas de hierro que rodeaban la parte inferior de su rostro sostenían una mordaza de hierro en su boca mientras otras pasaban entre los ojos y rodeaban la parte superior del cráneo para unirse a las primeras en la nuca. Había una abertura para la nariz en la banda vertical, y todo el mecanismo se cerraba con una cadena por debajo de la barbilla. Cuando Thero trataba de hablar con la mordaza, sus palabras resultaban apenas inteligibles. La saliva resbalaba sobre las comisuras de sus labios y se acumulaba en su corta barba. Al contemplar sus ojos, Alec se preguntó si estaba loco o sencillamente aterrorizado.

—¿A'gek? —logró decir. Todavía sujetaba su muñeca con una mano, y alargó la otra para tocar el rostro del muchacho. Unos grilletes metálicos con intrincados símbolos grabados rodeaban sus muñecas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Alec sin dar crédito a sus ojos.

Thero farfulló algo incomprensible durante unos momentos. Era evidente que estaba desesperado. Entonces soltó a Alec y empezó a golpearse la cabeza con los puños hasta que el muchacho tuvo que sujetarlo.

—No, Thero. Quieto. ¡Quieto! —Alec lo sacudió por los hombros sin contemplaciones. El pálido y huesudo pecho de Thero subía y bajaba a causa de la excitación mientras meneaba la cabeza violentamente y trataba de apartarse de él—. Tienes que intentar calmarte y hablar conmigo —siseó Alec. El mismo se sentía atrapado entre la furia y el terror—. Estamos en un buen atolladero y vamos a necesitarnos mutuamente si queremos salir de él. Y ahora deja que intente quitarte este artilugio.

Pero las bandas metálicas estaban firmemente sujetas y carecía de herramientas para abrir la cadena. Registró el camarote con la esperanza de encontrar algo —un alfiler, quizá, o una astilla— que pudiera utilizar como improvisada ganzúa. No encontró nada, salvo un cuenco de caldo junto a la puerta. A pesar de que estaba hambriento, decidió no tocarlo por si estaba envenenado o drogado. *Quizá eso es lo que le ocurre a Thero*, pensó mientras su estómago se quejaba ruidosamente. La criatura babeante que se acurrucaba en la litera guardaba escaso parecido con el reservado ayudante de Nysander.

Cuando al fin decidió desistir de su búsqueda, se sentó junto a Thero en la hamaca.

—Aquí no hay nada. Tienes que contarme lo que sabes. Hazlo despacio para que pueda entenderte.

Con los ojos muy abiertos, Thero asintió y dijo, vocalizando lo mejor que pudo:

—‘y’adder e’da ‘ueddo.

—¿Qué? —preguntó Alec con voz entrecortada rezando por haber malinterpretado sus palabras.

—‘ysander muerto. ¡Muerto! —gimió Thero. Y empezó a balancearse adelante y atrás, con aire miserable—. ¡’or bi culba!

—¡Basta! —le ordenó Alec mientras lo sujetaba por los hombros—. ¿Qué le ha pasado a Nysander? ¿Viste cómo lo mataban o sólo te lo ha contado Mardus?

—‘e llevaron adajo... c’iatudas degas... ¡a t’avés de ‘udos y suedos...! —Thero se abrazó a sí mismo. Estaba temblando—. Atagagon Odéska... ‘sander ed e’ suedo, be hiciendon bidad. ‘or bi culba. ¡Bi culba!

—¿Por qué fue culpa tuya? —inquirió Alec al tiempo que volvía a sacudirlo—. Thero, ¿qué es lo que hiciste?

Con un gemido sordo, Thero se apartó de él y se acurrucó en la esquina. Largos arañazos curvos recorrían su espalda y sus costados, y había pequeños moratones en forma de lunas crecientes sobre sus hombros.

—Fue Ylinestra, ¿no es así? —preguntó Alec mientras un recuerdo vago y a medio formar se agitaba incómodamente en el fondo de sus pensamientos—. ¿Hizo algo o le contaste algo?

Pero Thero se limitó a asentir en silencio, sin atreverse a mirarlo.

Alec lo observó un momento más y entonces la rabia explotó como un sol llameante en su pecho. Sujetó la banda de hierro que corría por detrás de la cabeza de Thero, arrancó al joven mago de su rincón y lo sacudió como si fuera una rata.

—Escúchame, Thero y escúchame bien. Si resulta que nos has traicionado y Nysander ha muerto, entonces, por la Tétrada, te mataré yo mismo. ¡Te lo prometo! Pero todavía no estoy seguro de nada y no creo que tú tampoco lo estés. Le han hecho algo a tu mente y tienes que luchar contra ello. Lucha contra su magia y cuéntame lo que dijiste o hiciste. ¡Lo que ella hizo!

—Do' o sé —susurró Thero con aire desesperanzado. La saliva le goteaba por las comisuras de los labios—. Be duvo co' ella dudadte la doshe. Guaddo ellos llegadod, be adrabó cod su bagia. Eddo'es be dio las gdac'ias y se dio... ¡Se *dió*!

Alec lo soltó, repugnado y se apretó los ojos con los puños hasta que estallaron ardientes estrellas detrás de sus párpados.

—Thero, ¿qué es lo que te han hecho? ¿Por qué no puedes utilizar tu magia?

Thero levantó un brazo y le mostró los extraños grilletes de hierro.

—¿Eso impide que utilices tu magia? —Alec alargó el brazo y sintió la frialdad antinatural del metal bruñido. Pasó los dedos sobre él y no pudo encontrar rastro alguno de juntura, unión o bisagra.

—Cdeo qu'e... —Thero se agitó, incómodo y se limpió la barba con la mano—. Do segudo. ¡Condfuso, besadillas, voces! ¡Do lo hagas, A'ec, do lo hagas!

—¿Quieres decir que ni siquiera lo has intentado? —Alec sujetó a Thero por los hombros y lo atrajo hacia sí hasta tener las bandas frente a su cara—. Tienes que intentar algo, lo que sea. Por lo que sabemos, esto puede no ser más que un truco, algo que nubla tu mente.

Thero se encogió de nuevo y sacudió la cabeza desesperadamente.

—Tienes que hacerlo —insistió Alec mientras sentía cómo regresaba su propia desesperación—. Tenemos que alejarnos de Mardus. Hay muchas cosas que tú no sabes pero, créeme, Nysander hubiera querido que me ayudaras. ¡Si quieres hacer lo correcto, por lo menos tienes que intentarlo!

—¿'sander? —la cabeza de Thero subió y bajó mientras recorría distraídamente el camarote con la mirada, como si esperara ver aparecer al mago en cualquier momento—. ¿'sander?

Alec sintió una grieta en la locura que se había apoderado de Thero y asintió alentador.

—Sí, Thero, Nysander. Concéntrate en él, en su bondad, Thero, en todos los años

que pasaste con él en la torre del este. Aunque sólo sea por la fe que tenía en ti, al menos tienes que intentarlo, por favor.

Thero retorció el borde de la manta entre los dedos mientras de sus ojos enloquecidos empezaban a brotar lágrimas.

—Q'uízá —susurró débilmente—. Q'uízá...

—Sólo algo muy pequeñito —le urgió Alec—. Uno de esos hechizos pequeños. ¿Cómo los llamáis?

Thero asintió lentamente sin dejar de retorcer la manta.

—D'ducos.

—Eso es. ¡Trucos! Sólo uno sencillo, un truco pequeñito...

Temblando visiblemente, Thero cerró los ojos a medias y se preparó para el hechizo pero, repentinamente, volvió a abrirlos.

—Ha' dich'o gue ha'ía aggo gue yo no dabía —preguntó con un inesperado destello de su acostumbrada agudeza—. ¿Qu'e? Yo eda su ayudadte. ¿Pog qu'é do be lo codtó?

—No lo sé —confesó Alec sin esquivar la pregunta de Thero—. Nos contó... me contó tan poco que ni siquiera sé lo que significaba todo ello. Pero me hizo jurar que guardaría el secreto. Supongo que no debería haberte dicho nada. Quizá más tarde, cuando hayamos salido de todo esto... —Alec vaciló. De pronto se sentía inquieto. Thero lo miraba intensamente, atento a cada palabra que salía de sus labios—. Ya hablaremos de ello después, ¿de acuerdo? Ahora intenta el hechizo.

—¡Pdibedo díbelo! ¡Pod'día adudad! —insistió Thero. Y esta vez no había duda: una inteligencia salvaje se escondía detrás de sus ojos.

—No —dijo Alec. Se apartó lentamente de él, aunque no había sitio alguno a donde ir—. No puedo decírtelo.

Se preparó para un ataque pero, en vez de ello, Thero se desplomó de costado sobre la litera como un títere abandonado.

La puerta del camarote se abrió a sus espaldas y Alec sintió que una oleada de terrible frío penetraba en la habitación. Se revolvió alarmado y se encontró de frente a un horror viviente.

Tardó un momento en darse cuenta de que aquella cáscara marchita había sido alguna vez una mujer. Unos ojos taimados y azules lo observaban con malicia desde la máscara ruinososa que era su rostro.

—Es de lo más ingrato por tu parte, muchacho —dijo con voz áspera. Los restos agrietados de sus labios se arrugaron para mostrar unos dientes amarillos e irregulares —, pero creo que a *mí* sí me lo dirás.

37

TRAS LAS LÍNEAS

Tendidos de bruces tras la cresta de la colina, Beka y el sargento Braknil se protegían los ojos de la llovizna mientras reconocían el pequeño pueblo que había más abajo. Podían verse graneros y almacenes en él, algunos de los cuales despedían todavía el brillo pálido de la madera nueva. Junto a un corral de gran tamaño descansaban toda clase de carromatos vacíos. Todo ello, unido a la fuerza de caballería que acampaba en el exterior de la empalizada, sólo podía significar una cosa: un depósito de suministros.

—Parece que teníais razón, teniente —susurró Braknil mientras esbozaba una sonrisa lupina.

Satisfechos con su reconocimiento, regresaron cautelosamente al robledal en el que los esperaba el resto de la turma.

—¿Y bien? —preguntó Rhylin.

—Hemos encontrado las víboras de la comandante Klia —le dijo Braknil.

—Un buen nido de ellas —añadió Beka—. Pero sólo un nido, y hemos tardado cuatro días en dar con él. A juzgar por su aspecto, yo diría que sólo es un eslabón de una cadena de suministros.

—¿Pensáis que debemos adentrarnos un poco más antes de regresar? —preguntó el cabo Kallas. Todavía estaba de luto por su hermano y parecía ansioso por luchar.

Beka miró los rostros sucios y esperanzados que la rodeaban. El depósito era un hallazgo importante, lo bastante importante como para regresar, ahora que la comida empezaba a escasear y el tiempo había empeorado.

Un dolor sordo le recorrió la pierna mientras apoyaba el peso sobre ella. La herida se había infectado y la infección le había provocado unas fiebres. Y aunque llenaba sus noches de sueños confusos, parecía haber aguzado su astucia, como a veces hace la fiebre.

—Daremos un rodeo amplio y veremos si podemos descubrir de dónde vienen esos carromatos —dijo al fin.

Durante dos días siguieron la ruta de suministro en dirección sur mientras se dirigía serpenteando hacia las tierras altas que había frente a la entrada del istmo de Plenimar. Beka mantuvo a sus jinetes bien escondidos en las colinas y envió jinetes en vanguardia y retaguardia mientras los demás avanzaban. Divisaron dos caravanas de suministros que se dirigían al oeste, pero ambas estaban demasiado bien custodiadas como para atacarlas.

El séptimo día desde que abandonaran el campamento del regimiento amaneció frío y brumoso. Beka detuvo a su caballo a un lado de la empinada vereda y contempló el paso de los restos de su turma; la niebla impedía ver más allá de diez

metros de distancia en cualquier dirección, y no podían permitirse el lujo de perder a ningún rezagado. Lo incierto de la luz y la niebla prestaba a sus jinetes un aire fantasmal, casi insustancial.

Todos avanzaban con el estómago vacío. La comida casi se había agotado y la caza era escasa en aquella zona. Gracias a la lluvia y a los numerosos arroyos y fuentes de montaña no carecían de agua, pero el hambre no tardaba en robarles a los soldados las fuerzas. Probablemente, lo más sabio sería regresar aquel mismo día.

Sin embargo, justo cuando estaba a punto de ordenar un alto, Braknil se materializó entre la niebla y se le acercó a medio galope.

—Los exploradores han encontrado un puesto más adelante, teniente. Dicen que hay cuatro carromatos sin amarrar y sólo un puñado de guardias para protegerlos —informó a Beka con voz tranquila antes de añadir con un guiño de complicidad—. Una reunión bastante manejable, diría yo. Especialmente con este tiempo, si sabéis lo que quiero decir.

—Creo que sí, sargento.

Dejó a Rhylin al mando y siguió a Braknil hasta un afloramiento de roca, donde Mirn esperaba con varios caballos.

—Puede verse desde el siguiente recodo del camino —les dijo, su rostro ruborizado y ansioso bajo la mata de cabello pálido. A Beka, Mirn siempre le había recordado a Alec, aunque en una versión más alta y algo más musculosa.

Siguieron a pie y se encontraron con Steb, que montaba guardia.

—Ahora podréis verlos mejor —les dijo mientras señalaba en dirección a un claro—. Se está levantando una brisa que debería aclarar la zona en poco tiempo.

Desde donde se encontraba, Beka podía ver una carretera que se internaba por la estrecha hendidura de un paso. Había, en efecto, un puesto en ella, un edificio viejo de madera que parecía a punto de desmoronarse, junto a un establo y un gran corral que, por el contrario, parecían sólidos y de construcción reciente. A ambos lados del camino se elevaban sendas y abruptas paredes rocosas, por lo que el paso era la única ruta accesible de ataque o fuga.

—He estado vigilando el lugar —les dijo Steb—. Yo diría que no hay más de dos docenas de soldados y algunos carreteros allí. Nadie ha llegado ni se ha marchado desde que encontramos el lugar hace una hora.

A juzgar por la actividad que reinaba en el patio, Beka supuso que los carreteros se estaban preparando para marcharse, aunque ni ellos ni los soldados que formaban su escolta parecían tener demasiada prisa. Muchos seguían holgazaneando alrededor de la puerta del puesto con tajaderos y jarras en las manos. La brisa arrastraba hasta ellos los tentadores aromas de las fogatas en las que se estaba cocinando el desayuno.

Beka estudió la niebla que todavía envolvía el camino que conducía al puesto.

—Si nos movemos deprisa, podríamos estar a doscientos metros del enemigo

antes de que nos vieran.

—Y si rodeamos el lugar y nos acercamos desde el este, es posible que nos tomen por fuerzas amigas —susurró Braknil.

—Buena idea. Las columnas de caballería plenimaranas marchan en fila de a cuatro, a medio galope. Nos dispondremos en la misma formación. Coloca a todos los que estén montando caballos plenimaranos al frente por si reconocen el tintineo de las sillas.

El sargento Braknil enarcó una ceja. Parecía impresionado.

—¿Quién os enseñó a pensar de forma tan taimada, teniente?

Beka le guiñó un ojo.

—Un amigo de la familia.

Su estratagema dio resultado. Los plenimaranos apenas levantaron la vista de los platos mientras la turma aparecía a medio galope entre la niebla y se dirigía hacia ellos. Cuando por fin desenvainaron las espadas y se lanzaron al galope, ya era demasiado tarde.

Irrumpieron en el puesto como un trueno, dando alaridos y gritando con todas sus fuerzas. Unos pocos soldados plenimaranos se prepararon para defender la posición. La mayoría corrió a ocultarse en el puesto y los edificios contiguos.

Galopando a toda velocidad, los eskalianos cayeron sobre sus enemigos. Los plenimaranos ofrecieron una breve y determinada resistencia, pero no eran rivales para las destellantes espadas y los cascos de hierro que tenían enfrente. Una vez que la única línea de defensa del puesto hubo sido destruida, Beka ordenó con un grito a sus hombres que se separaran en decuriae.

Braknil vio a varios hombres que trataban de ganar el establo y los eligió como objetivo. Sus hombres y él viraron hacia el edificio de techo bajo, empujaron a los enemigos a su interior y luego arrojaron las propias lámparas de los plenimaranos sobre la paja apilada junto a la puerta trasera. En cuestión de segundos, los caballos del interior, presas del pánico, empezaron a pifiar y aullar. Tosiendo y soltando imprecaciones, quienes se habían refugiado dentro salieron tambaleándose y fueron conducidos a punta de espada hasta el corral.

Rhylin y su decuria atacaron el edificio del puesto. El desgarrado sargento se precipitó hacia él, saltó de su caballo, se arrojó contra la puerta y la abrió al mismo tiempo que dos hombres trataban de atrancarla desde el interior. Su ataque había tenido éxito, pero estaba a punto de costarle caro cuando el resto de su decuria, conducida por Kallas y Ariani, acudió en su socorro. Los soldados y carreteros del interior se rindieron de inmediato.

Beka y un puñado de jinetes salieron en persecución de los plenimaranos que habían huido al primer signo de ataque. La mayoría de los que marchaban a pie fueron rápidamente alcanzados, pero otros que habían conseguido montar en sus

caballos escaparon por el camino del este. Beka y su grupo salieron detrás de ellos, pero su presa tenía la ventaja de contar con caballos frescos y conocía a la perfección el terreno. Maldiciendo entre dientes, dio la orden de regresar.

Entretanto, los plenimaranos capturados habían sido reunidos en el edificio del puesto.

—Me he encargado de contarlos, teniente —le informó Braknil mientras desmontaba—. Diecinueve enemigos muertos y quince capturados, contando a los carreteros y al hombre que se encarga del puesto. El sargento Rhylin ha puesto a los prisioneros bajo vigilancia.

Beka examinó los cuerpos que yacían tendidos entre los edificios y el camino.

—¿Alguna baja en nuestras filas?

—Ni un rasguño —respondió el sargento, exultante—. ¡Vuestro pequeño truco funcionó!

—Bien. —Beka confiaba en que su alivio no resultara demasiado evidente—. No queremos cometer el mismo error que nuestros amigos, así que sitúa algunos centinelas en el camino. ¡Cabo Nikides!

—Aquí estoy, teniente —el joven galopó hasta ella.

—Que alguien te ayude a registrar los carromatos. Esperemos que no nos hayamos tomado tantas molestias por un cargamento de herraduras y cubos.

—¡Sí, teniente! —sonrió, saludó con un rápido ademán y se marchó al trote.

En el interior del puesto, los plenimaranos se habían sentado en grupo al otro extremo de la estrecha sala, bajo la mirada vigilante de los guardias de Rhylin. Seis de los cautivos eran carreteros; el resto vestía guerreras negras adornadas con el emblema de un castillo blanco.

Rhylin saludó a Beka con rapidez mientras entraba.

—Hemos registrado a los prisioneros y los edificios, teniente. No hemos encontrado nada de interés. Parece una caravana de suministros rutinaria.

—Muy bien, sargento.

La trenza rojiza de Beka cayó sobre su hombro al quitarse el yelmo. Al verlo, los prisioneros intercambiaron miradas y cuchicheos. Algunos la miraron fija y orgullosamente y uno de ellos escupió al suelo.

Gilly se adelantó para vengar el insulto, pero Beka lo detuvo con una mirada.

—¿Quién es el oficial de mayor graduación aquí? —preguntó sin molestarse en envainar la espada. Los prisioneros se limitaron a devolverle su mirada, silenciosos e insolentes.

—¿Alguno de vosotros habla eskaliano?

De nuevo el silencio. El desdén que sentían los plenimaranos hacia las mujeres soldado era legendario, pero aquella era la primera vez que Beka se veía expuesta a ello. Un reguero de sudor recorrió su espalda mientras todas las miradas se volvían

hacia ella.

El jinete Tare, el joven y pelirrojo hijo de un escudero, con la figura robusta de un luchador, dio un paso al frente y saludó respetuosamente.

—Con vuestro permiso, mi teniente, yo hablo un poco de plenimarano.

—Adelante, entonces.

Tare se volvió y se dirigió a los prisioneros con voz vacilante. Algunos de ellos se rieron disimuladamente. Ninguno contestó.

Bueno, ya tengo al tejón cogido por la pata trasera, como reza el dicho. Ahora, ¿qué hago con él?, pensó Beka mientras se devanaba los sesos. El recuerdo de la sonrisa astuta y ladeada de Seregil le proporcionó inspiración.

Se encogió de hombros como si tal cosa y dijo en voz alta:

—Bueno, han tenido su oportunidad. Sargento Rhylin, asegúrese de que están bien atados. Sargento Braknil, que su decuria incendie el lugar.

Algunos de sus hombres intercambiaron miradas de consternación, pero los dos sargentos obedecieron sin titubear.

Uno de los carreteros, evidentemente agitado, susurró algo al soldado que tenía a su lado. El hombre se puso colorado y entonces respondió con un siseo. El carretero se alzó sobre una rodilla y saludó a Beka con una torpe reverencia.

—Un momento, teniente. Yo hablo vuestra lengua —dijo en un eskaliano aceptable—. El capitán Teratos dice que parlamentará con vuestro oficial superior en cuanto llegue.

Beka obsequió al capitán plenimarano con una mirada glacial.

—Carretero, en primer lugar dile a este hombre que yo soy el oficial superior aquí hasta que llegue el resto de nuestra tropa. Y cuando mi *capitana* llegue, tendrá todavía menos paciencia con él que yo. Luego infórmale de que los oficiales eskalianos no parlamentan con los enemigos derrotados. Yo le haré preguntas. Él las responderá.

El carretero tradujo rápidamente las palabras de Beka al capitán. Éste la observó un momento y entonces escupió entre sus pies. Esta vez, Beka no hizo nada por detener a Gilly mientras golpeaba la cabeza del hombre con la parte plana de la espada.

—Mis hombres no aprueban la descortesía, carretero —prosiguió Beka con calma—. Dile que estamos hambrientos y que la carne asada de nuestro enemigo es más succulenta que el cerdo. Sargento Braknil, vamos a buscar las antorchas —dicho lo cual, giró sobre sus talones y abandonó el edificio.

Braknil la siguió.

—No pretendéis quemar de verdad a esos hombres, ¿verdad?

—Claro que no, pero no queremos que ellos lo sepan, ¿eh? Démosles algunos minutos para considerar su situación.

En aquel precisó momento, Syra apareció corriendo con una tajada de pescado salado en una mano y una jarra de cerveza en la otra.

—Teniente, el cabo Nikides os envía el desayuno con sus saludos —dijo, mientras se los tendía a Beka—. También hay harina de cebada, pero dice que le dijisteis que no había que desperdiciar nada.

Beka tomó un trago de cerveza caliente.

—Esto sí que es un alivio. Haz correr la voz: que cada jinete lleve consigo tanto pescado y harina como pueda. Tendremos que dejar la cerveza. Cuando hayáis terminado de cargar, quemad el resto. Sargento Braknil, ocupaos de que los jinetes de Rhylin sean relevados en cuanto hayáis cargado los suministros...

El sonido de un caballo que se acercaba desde el oeste la interrumpió. Era Mirn, uno de los vigías que habían apostado.

—¡Vienen jinetes enemigos por esta dirección! —le gritó—. Una columna de caballería. Dos docenas de jinetes por lo menos.

—¡Maldita sea! —ordenó con un gesto a los demás que guardaran silencio y escuchó durante unos pocos segundos; todavía no podía oírse el ruido de los cascos. La niebla aún envolvía el lugar, pero el olor del establo ardiendo llegaría a más de un kilómetro de distancia.

—Haz correr la voz, Mirn. Que todo el mundo se haga con un caballo de más y toda la comida posible y se dirija al este. Si alguien se separa del grupo, que de la vuelta y regrese con el regimiento para informar de lo que hemos encontrado. ¡Vete!

Rhylin acudió corriendo desde el puesto con sus hombres.

—¿Qué hacemos con los prisioneros?

—Dejadlos. ¡Vámonos de aquí! —el retumbar sordo de la columna que se acercaba empezaba a escucharse en la distancia.

Beka montó de un saltó, galopó hasta el carronato y tiró del primer saco que encontró su mano. Una flecha silbó sobre su cabeza mientras colocaba el saco sobre el arzón delantero de la silla. Una segunda flecha se clavó en la carreta mientras hacía girar a su montura y se lanzaba a galope tendido por la carretera del este, al mismo tiempo que el primero de los jinetes plenimaranos surgía de la niebla.

Confiado en que el incendio del puesto detuviese al menos a parte de la fuerza enemiga, Beka condujo a sus hombres hacia el interior del territorio de Plenimar.

38
LA DAMA VERDE

Bajo el agua reinaban el silencio y la oscuridad. Mientras se debatía, Seregil podía ver la superficie brillante y plateada, oscilando sobre su cabeza, pero algo que se ocultaba en las profundidades lo había sujetado por el tobillo y le impedía alcanzarla.

Una figura alta y siniestra se cernió sobre él, distorsionada por los reflejos de la superficie. Vio a Seregil, que flotaba impotente debajo de ella, y lo llamó con señas.

Con una última y frenética patada, logró sacar la cabeza por encima del agua el tiempo suficiente para llenar de aire sus pulmones.

Mientras lo hacía, pudo ver el rostro del hombre que se encontraba sobre él. Los labios se movieron mientras le decía a Seregil lo que debía hacer. No pudo comprender las palabras, pero lo colmaron con un horror tal que aulló y el agua entró a raudales por su boca mientras la invisible fuerza volvía a arrastrarlo hacia las profundidades...

—¡Seregil! Seregil, despierta, maldita sea.

Seregil despertó sobresaltado. Le costaba respirar. Entonces vio el rostro pecoso y ajado de Micum frente a sí y recordó el barco, el mar abierto que los rodeaba.

El barco. El mar abierto.

—Oh, mierda. Otra vez no —gimió mientras se apretaba las sienes con los dedos. Por encima de los anchos hombros de su amigo vio algunos marineros que se habían reunido a su alrededor. Parecían nerviosos y estiraban el cuello para poder verlo siquiera un momento.

—¿Es que he...?

Micum asintió.

—Esta vez te han oído hasta en la popa. Es la tercera vez.

—La cuarta —en la semana que llevaban a bordo, el sueño, aquel sueño del que apenas podía recordar nada, lo había visitado cada vez con mayor frecuencia. Y, lo que era peor, en más de una ocasión lo había tenido después de quedarse dormido a horas insólitas. Como ahora, a plena luz del día, a los pies de la plataforma de proa.

—Cualquier hombre que tenga tiempo libre puede informarme de ello y yo le buscaré algo que hacer —dijo el capitán Rhal con voz imperiosa.

Su aparición en la cubierta dispersó al grupo de curiosos. Se reunió con Micum y Seregil, y su voz se convirtió en un leve gruñido:

—Dijisteis que os quedaríais en vuestro camarote después de la última vez. Los hombres están empezando a murmurar. ¿Qué se supone que debo decirles?

—Lo que se os ocurra —replicó Micum mientras ayudaba a Seregil a ponerse en pie.

—Esos dos que estaban con vos en el *Orca*, ¿se puede confiar en ellos? —

preguntó Seregil.

—Les he dicho que mantengan la boca cerrada y lo harán. —Rhal hizo una pausa. Todavía fruncía el ceño—. Pero Skywake empieza a decir que sois un gafe, un pájaro de mal agüero. No es tan tonto como para decirlo en voz alta, pero los demás comienzan a prestarle atención.

Seregil asintió con resignación.

—No me dejaré ver.

Micum lo siguió hacia la escalera de cámara.

—Por la Llama, conseguirás que nos arrojen por la borda si no tienes cuidado —murmuró—. Estos marineros son todavía peores que los soldados cuando se trata de presagios.

Seregil se pasó una mano por la lacia cabellera.

—¿Qué he dicho esta vez?

—Lo mismo que antes. Sólo «No, no puedo» una y otra vez hasta que te he despertado. Supongo que no debería haberte dejado solo cuando vi que empezabas a cabecear —entraron en el camarote y Micum se desplomó sobre su litera—. ¿Recuerdas algo?

—No más que antes —suspiró Seregil mientras se estiraba sobre su litera con una jarra de cerveza en la mano—. Me estoy ahogando y veo a alguien que me mira a través del agua. Eso es todo lo que puedo recordar, pero me asusta terriblemente. Cuanto más nos acercamos a Plenimar, peor se vuelve.

—Ya me he dado cuenta. Y no estoy lo que se dice contento —dijo Micum con una sonrisa irónica.

Desde que doblaran el cabo sur de Eskalia, dos días antes, habían divisado media docena de navíos enemigos en la lejanía y habían tenido que dejar atrás a dos de ellos. Aquel era otro punto de desacuerdo con la tripulación; no habría botín que dividir si no abordaban a nadie.

—¿No será que Nysander está tratando de llegar hasta ti de alguna manera? —preguntó Micum sin demasiadas esperanzas.

—Ojalá fuera así, pero creo que si ese fuera el caso yo lo notaría —tomó un sorbo de cerveza y contempló desconsolado el techo del camarote—. Por la Luz de Illior, Micum, lo que noto es que hay algo *malo* en el hecho de que él no esté aquí. Y lo mismo me ocurre con Alec.

Seregil introdujo la mano en el interior de la guerrera, tocó la empuñadura de la daga y el suave mechón de cabello. Si ya era demasiado tarde, si Alec había muerto ya...

—Nunca le dijiste nada, ¿verdad? —pregunto Micum—. Sobre tus sentimientos hacia él, me refiero.

—No. Nunca lo hice.

Su amigo sacudió lentamente la cabeza.

—Es una lástima.

Aura Elustri málrei, suplicó Seregil en silencio mientras apretaba la empuñadura de la daga hasta hacer que los nudillos le dolieran.

Que Aura Elustri lo vigile y lo proteja hasta que pueda hundir este mismo cuchillo en los corazones de sus enemigos.

A la mañana siguiente, el ruido de muchos pies sobre sus cabezas los despertó poco antes del alba.

—¡Barco enemigo a babor! —gritó el vigía.

Seregil y Micum recogieron sus espadas y salieron a la cubierta.

De pie frente al timón, Rhal señalaba hacia el horizonte, en dirección nordeste, donde una vela de franjas blancas y negras acababa de hacerse visible.

—Los bastardos debieron de vernos la pasada noche y nos han seguido.

—¿Podemos dejarlos atrás? —preguntó Micum mientras se protegía los ojos del sol. A esa distancia ya podía distinguir el propio navío, que cabalgaba rápido y bajo sobre las olas.

—A juzgar por su velamen, yo diría que no. Parece que esta vez tendremos que luchar —replicó Rhal con cierta satisfacción sombría—. Ya sé lo que vais a decirme, Seregil, pero esta vez será mejor que atacemos.

Seregil no dijo nada durante un minuto. Parecía estar examinando el navío que se les acercaba.

—Sus velas no son demasiado diferentes a las nuestras, ¿verdad? —preguntó.

—No, están aparejadas más o menos igual.

—Entonces, ¿podríamos navegar con ellas?

Rhal sonrió al comprender lo que pretendía.

—En la marina regular llaman a eso un truco deshonroso.

—Razón por la cual prefiero a los corsarios —replicó Seregil mientras le devolvía la sonrisa—. Cuanto más nos acercásemos a Plenimar, menos atención atraeríamos, al menos a una cierta distancia.

—Por el Viejo Marinero, Lord Seregil, que tenéis madera de pirata. El problema es que si queréis esas velas no podremos usar el fuego.

—Guardadlo como último recurso y utilizad todo lo demás que tengáis.

—Todo el mundo, preparados para el combate —gritó el capitán y la llamada recorrió toda la cubierta.

La tripulación de *La Dama* se puso en acción como un solo hombre. El piloto viró hacia el navío plenimarano, se quitaron las escotillas, las catapultas se ajustaron en sus abrazaderas a lo largo de toda la cubierta y se subieron de la bodega las plataformas de batalla de proa y de popa, las canastas de piedras, las cadenas y las bolas de plomo. Los arqueros de Rhal ocuparon sus posiciones y el filo de cada

espada y sable que había a bordo fue probado con una última caricia del pulgar.

—Están izando la bandera de batalla, capitán —gritó el vigía mientras se aproximaban al navío enemigo.

—¡No serán los únicos! —respondió Rhal.

En medio de la confusión general, Micum perdió de vista a Seregil, pero su amigo reapareció unos segundos más tarde con el arco de Alec.

—Toma —dijo, al tiempo que, sin mirarlo a los ojos, se lo tendía—. Tú eres mejor con esto que yo.

Antes de que Micum pudiera pensar en una respuesta, Seregil se alejó corriendo para unirse a la dotación de una catapulta.

El barco plenimarano se deslizaba por encima de las olas como un pigargo, devorando la distancia que mediaba entre ambos.

—Un barco de guerra, capitán. ¡Y tienen catapultas de fuego! —exclamó el vigía.

—¿Cómo están dispuestas? —vociferó Rhal.

—¡Dos catapultas a cada lado, a proa y a popa! La barquilla de fuego está en la proa.

—¡Timonel, mantente a su proa!

Los barcos ya estaban a unos cientos de metros de distancia y los arqueros de ambos bandos apuntaron. De pie junto a los hombres de Rhal, a babor, Micum escuchó la canción de la cuerda del Negro de Radly mientras lanzaba una flecha tras otra contra el enemigo. Pero la canción tuvo pronta respuesta. Las flechas plenimaranas zumbaron mientras cruzaban el agua hacia él como furiosas libélulas. Wilken, el fiel vigía, se desplomó sobre la cubierta con una flecha clavada en el pecho. Nettles fue herido en una pierna pero siguió disparando. Otros cayeron mientras los gritos y los aullidos de ambos bandos resonaban sobre las aguas que separaban a los dos navíos.

No os faltan las flechas, pensó Micum mientras arrancaba proyectiles enemigos por toda la cubierta y los enviaba de vuelta por donde habían venido.

El crujido sordo y pesado de las catapultas sonó a proa y a popa en ambos barcos mientras dejaban volar sus proyectiles. Bolas llameantes de una brea que se conocía como Fuego de Sakor volaron sobre la cubierta de *La Dama* y estuvieron a punto de acertar la vela mayor. *La Dama* respondió con una doble andanada de cadenas que desgarró los aparejos enemigos. Una de las velas mayores se desplomó como un ala desgarrada. Estallaron gritos de pánico entre la marinería enemiga mientras su barco empezaba a frenarse.

—¡Deprisa! ¡Démosle otra! —ordenó Rhal. Skywake giró el timón a babor con todas sus fuerzas y *La Dama* se escoró peligrosamente sobre las olas mientras viraba para explotar su ventaja. Una andanada de las catapultas de proa destrozó el mástil de la mayor del navío plenimarano, que se bamboleó sobre el oleaje.

Como un dragón herido de muerte, el barco de Plenimar lanzó una nueva andanada de Fuego de Sakor mientras *La Dama* pasaba a su lado. Y esta vez logró acertarla en plena plataforma de babor. Una oleosa lámina de llamas engulló la catapulta y su dotación. Los hombres cayeron retorciéndose sobre la cubierta o saltaron por la borda mientras otros marineros descubrían los barriles de arena atados a las barandillas y apagaban las llamas antes de que pudieran extenderse.

Tosiendo y envuelto en un olor a carne quemada, Seregil soltó la carga de cadenas que llevaba en las manos y corrió al otro lado de la plataforma para ayudar a apartar a los heridos de las llamas.

—¿Y ahora qué? —gritó, al ver a Rhal debajo, en la cubierta.

—Sin detenerse un instante, arriar velas y al abordaje —respondió el otro—. Makewell, Corys, decid a vuestros grupos que preparen los garfios.

Una última andanada de piedras de una catapulta plenimarana destrozó el mástil de la mayor de *La Dama* mientras ésta se precipitaba sobre el barco enemigo. Esquivando las vergas caídas, los marineros arrojaron los garfios y, de un fuerte tirón, arrimaron ambos barcos antes de que el enemigo pudiera cortar las cuerdas. En cuanto las bordas estuvieron lo suficientemente próximas como para saltar, los guerreros de Rhal saltaron al otro barco y arremetieron contra los marineros de uniformes negros que se habían reunido para repelerlos.

Desde la posición ventajosa que ocupaba sobre la plataforma, Seregil recorrió la refriega con la mirada en busca de la melena rojiza de Micum. Como esperaba, su amigo se había lanzado ya a lo más reñido de la batalla. *Los dioses hicieron bien al elegirte como Vanguardia*, pensó, mientras bajaba de la escalerilla y se abría paso a codazos hasta la baranda. Al llegar a ella, se preparó para saltar al tiempo que trataba de ignorar el abismo espumeante que se abría y se cerraba bajo sus pies mientras los dos barcos se bamboleaban sobre el oleaje. Saltó, desenvainó su espada y fue atacado inmediatamente por un marinero plenimarano que empuñaba un sable.

Pronto, la batalla se extendió a los dos barcos. De algún modo, en medio de la confusión, Seregil y Micum se encontraron luchando juntos hombro con hombro, espalda contra espalda, mientras la equilibrada batalla proseguía cada vez con mayor fiereza.

Por un momento pareció que continuaría indefinidamente pero entonces, en medio de la refriega, uno de los marineros de Rhal acabó con el capitán plenimarano. Casi al mismo tiempo, Micum abatió al comandante de la dotación de soldados. La confusión se extendió entre los enemigos supervivientes, que finalmente se rindieron.

La tripulación de *La Dama* estalló en gritos de triunfo mientras los enemigos arrojaban las armas en gesto de amarga sumisión.

Vociferando y gritando, los hombres de Rhal se precipitaron sobre el navío enemigo para saquearlo. Exhaustos, Seregil y Micum se dieron la vuelta y regresaron

a *La Dama*.

—Por la Llama, eso sí que ha sido una pelea —dijo Micum con voz entrecortada mientras apartaba de una patada una cabeza cortada y se dejaba caer sobre un mamparo.

Seregil examinó a Micum y descubrió que su amigo había salido ileso, salvo por un pequeño corte sobre un ojo. Él mismo sólo tenía una herida superficial en un hombro. Se quitó la guerrera y la camisa, la examinó y apretó un jirón de tela contra ella para cortar la hemorragia.

—Demasiado cuerpo a cuerpo para mi gusto —dijo, mientras se dejaba caer sobre la cubierta con la espalda apoyada en el mamparo.

Rhal apareció en medio de la confusión reinante y se acercó a ellos.

—Bueno, hemos capturado su barco para vos, pero quedan más de veinte de sus tripulantes con vida —informó a Seregil—. Sé que los prisioneros serían una carga y que el tiempo no nos sobra, pero os diré sin rodeo que no pienso participar en una ejecución de enemigos vencidos.

—Ni yo —le dijo Seregil, abatido—. Saquemos del barco enemigo todo lo que necesitemos, quitémosles las velas y dejémoslos a bordo con comida y agua. ¿Cuánto tiempo tardaremos en reparar *La Dama*?

Rhal se frotó la mandíbula mientras miraba a su alrededor y evaluaba los daños.

—Tendremos que colocar un nuevo mástil y preparar las nuevas velas. No saldremos antes del amanecer de mañana.

—¿Cuántos días hasta Plenimar?

Rhal observó el cielo.

—Si no tenemos mal tiempo, yo diría que tres días. Quizá cuatro. Es posible que las velas plenimaranas nos ahorren un combate o dos.

Seregil miró a Micum, pero el hombretón se limitó a encogerse de hombros.

—Manos a la obra, entonces —dijo al capitán—. Y poned a trabajar también a los plenimaranos.

Manos. Manos sobre él, tocándolo, buscándolo, atormentándolo.

Alec cerró los brazos alrededor de las rodillas y se hizo un ovillo en la oscuridad del diminuto camarote mientras trataba de olvidar el tacto de aquellas manos. Ojalá Thero siguiera con él. No había vuelto a ver al joven mago desde la primera noche que había pasado a bordo del *Kormados*.

Mardus y sus hombres utilizaban métodos sutiles; en todo el terrible tiempo transcurrido desde su captura, no lo habían herido ni una sola vez ni habían derramado una sola gota de su sangre. Pero por dentro dolía.

Oh, sí. Dolía mucho.

La dyrmagnos Irtuk Beshar, aquella pesadilla viviente, lo había envuelto con sus brazos marchitos, sus dedos desconchados lo habían acariciado en una grotesca parodia de lujuria mientras ella se abría paso hasta su mente y le arrebatava violentamente sus recuerdos. Después lo había besado. Su lengua, una tira desgarrada de mohoso cuero se había deslizado sobre sus dientes apretados.

El nigromante, Várgul Ashnazai, la asistía en estos interrogatorios y Alec no tardó en sentir hacia él un terror más profundo que el que le inspiraban la dyrmagnos o Mardus.

Aquella ejecutaba sus torturas alucinógenas con celo pero, tan pronto como terminaba, era como si Alec dejara de existir para ella.

Mardus parecía más difícil de entender. Era él el que dirigía las torturas y el que formulaba las preguntas, con la mirada vacía, carente de alma y con una voz tan amable como la de un padre mientras ordenaba que se realizara la siguiente obscenidad. Pero por lo demás trataba a Alec con una mezcla de respeto y solicitud que bordeaba la cortesía. En los peores momentos de su tortura, inexplicablemente, Alec se volvía hacia Mardus en busca de ayuda.

Ashnazai era diferente. En presencia de los demás, el nigromante mantenía un comportamiento impasible. Pero cuando estaba a solas con Alec, escupía un odio tan desgarrador y ardiente como el ácido.

—Tu maldito compañero y tú me costasteis gran parte de mi reputación aquella noche en Herbaleda —siseó al oído de Alec mientras el muchacho yacía temblando en la oscuridad después de una de las visitas de la dyrmagnos—. Al principio sólo pensaba en mataros, pero ahora, ya lo ves, el Hermoso te ha entregado a mí para que pueda saborear mi venganza.

Y ciertamente la saboreaba. Tanto, que Alec terminó por temer su mera aparición más que a cualquiera de los otros dos. Los ataques de Ashnazai no dejaban señales en su cuerpo, no derramaban sangre.

En vez de eso, aderezaba sus hechizos con las descripciones de los asesinatos que había ayudado a cometer en El Gallito.

—Es una lástima que no llegaras antes aquella noche —le dijo a Alec—. La anciana no dijo una sola palabra, pero si hubieras visto cómo suplicó el idiota de su hijo... ¡Y la chica! Permaneció en silencio, orgullosa, hasta que le cortaron la cabeza a la vieja puta. Entonces gritó, vaya si gritó, agitando esas enormes tetas. Los hombres querían tomarla allí mismo, sobre el suelo lleno de sangre...

Inmovilizado y mudo por la magia, Alec no podía más que estremecerse mientras Ashnazai pasaba una mano fría y pegajosa sobre su pecho y luego trazaba una línea por su esternón hacia abajo.

—¿Alguna vez la tomaste sobre ese suelo, muchacho? ¿No? Ah, bueno, supongo que allí ocurrían otras cosas, ¿eh? Pero entonces, *snik, snik, snik*, y ya teníamos las cabezas para decorar la repisa. Debo decir que tu reacción no nos decepcionó en absoluto. Estuve a punto de añadir tu cabeza a la colección, pero entonces se me ocurrió una venganza más... ¿cómo lo dirías?

El nigromante volvió a recorrer con el dedo el pecho de Alec mientras a su rostro afloraba una expresión de placer casi onírico.

—Una venganza más *satisfactoria*. Pagarás por todas las dificultades que nos has causado y serás de gran utilidad.

Las implicaciones de sus palabras estaban suficientemente claras. Al pensar en los cuerpos que Seregil y Micum habían visto, abiertos en canal, con las costillas separadas del torso como si fueran alas, Alec deseó que lo hubieran matado aquella noche.

Las torturas continuaron durante varios días y, cuando hubieron terminado, Alec comprendió por qué Seregil y Nysander le habían contado tan poco. Le arrancaron todo cuanto sabía, aunque no era más que el fragmento de una profecía.

—Bien hecho, Alec —dijo Mardus, sonriendo, una vez que la *dyrmagnos* hubo terminado—. Pero tu Guardián ha muerto y el misterioso grupo de cuatro del que te habló está disperso y roto. Pobre Seregil. Aunque al final te abandonó, debe de sentirse un poco culpable por haber desencadenado tal destrucción sobre tantos de sus amigos.

Incapaz ya de sentir esperanza, privado de todo orgullo por lo que le habían hecho, Alec no pudo más que apartar el rostro y sollozar.

Una vez que las torturas terminaron, los soldados se convirtieron en la fuente principal de miseria diaria para Alec. Entre ellos se encontraban el capitán de Mardus, Tildus y los hombres de armas que habían estado a punto de darle una paliza en Herbaleda. Con el entrenamiento de Seregil para guiarlo, buscó un punto débil entre ellos, un hombre al que aún le quedase un jirón de simpatía o misericordia. Pero Mardus había elegido su guardia personal con sumo cuidado.

Brutales y crueles, se reunían junto a la rejilla de la bodega para espiar mientras era torturado. Y ahora eran ellos los que lo arrastraban a cubierta para los paseos diarios al aire libre en los que Mardus insistía tanto. Lo acompañaban durante las comidas y se burlaban de él cuando suplicaba que le dejaran un balde para aliviarse. Muy pocos hablaban algo de eskaliano, pero todos se las arreglaban para que sus vulgares bromas e insultos resultaran perfectamente comprensibles.

Incluso algunos de ellos lo toqueteaban y se reían de él cuando trataba de sacudírselos de encima.

El peor de todos era un salvaje peludo y musculoso llamado Gossol. Durante la breve pelea que había tenido lugar en El Gallito la noche que lo habían capturado, Alec lo había golpeado en la boca con el pomo de la espada y le había partido varios de los dientes delanteros. Gossol le guardaba rencor por ello y aprovechaba cualquier oportunidad para atormentarlo.

En la mañana del sexto día que pasaba a bordo, Gossol apareció solo para escoltarlo a la cubierta. Una mera mirada bastó para que Alec se preparara para algo malo.

—Ven, hombre niño —le ordenó Gossol en su tosco eskaliano. Enseñó lo que quedaba de sus dientes con una sonrisa lasciva mientras sostenía en alto una capa, la única prenda que se permitía llevar a Alec, aparte de un tosco sayo.

Alec comprendió. Tenía que ir a cogerla.

—Ven deprisa. No hacer esperar *seshka* Mardus —lo reprendió Gossol.

—Tíramela —dijo Alec mientras extendía la mano.

La sonrisa de Gossol se ensanchó peligrosamente. Apoyado contra el marco de la puerta, sacudió la capa como si quisiera tentarlos.

—No. Tú ven, hombre niño. Ahora.

Alec se puso en pie y alargó el brazo cautelosamente hacia la capa. Gossol la apartó y estalló en carcajadas al ver que el muchacho retrocedía de un salto.

—¿Qué? ¿Miedo de Gossol, pequeño hombre niño? —volvió a ofrecerle la capa y de nuevo se la arrebató con una sonrisa despectiva. Entonces dio unos pasos hacia él—. Tú miedo. Bien. Tú rompes boca de Gossol. ¿Crees que gusta a putas? ¿Eh? Tú conoces putas, seguro —hizo un ademán lascivo—. Putas no gustan bocas rotas. Quizá tú sí, ¿eh?

Empujó a Alec contra la pared con tanta fuerza que le arrebató el aliento de los pulmones, lo inmovilizó con el peso de su cuerpo y le besó salvajemente en la boca. Alec se debatió con furia, pero Gossol lo inmovilizó con una mano mientras con la otra recorría su vientre y su pecho hasta llegar al pezón, retorciéndolo con fuerza.

Con un gruñido, Alec dejó de intentar quitarse de encima al hombretón y le dio un fuerte mordisco en el labio.

Gossol se apartó y levantó el puño, pero Alec fue más rápido. En cuanto sus

brazos estuvieron libres, le propinó un puñetazo en pleno rostro y sintió el satisfactorio crujido de los huesos de su nariz.

Enloquecido, el guardia volvió a sujetar a Alec, lo arrojó de bruces sobre la dura litera y le agarró la tráquea con una mano. Mientras Alec pugnaba por respirar, escuchó que alguien irrumpía en la habitación y estallaba en imprecaciones plenimaranas.

Tildus le arrancó de encima al enfurecido soldado y lo golpeó con fuerza en la mandíbula antes de arrojarlo a los brazos de los otros soldados que esperaban en la puerta.

—¡Maldito bastardo! —gritó Tildus al ver sangre en el rostro y el pecho de Alec. Vociferó una orden a otro soldado que se encontraba en la escalera y se volvió de nuevo hacia Alec—. Si es tuya, muerto como Gossol. No sirves herido. ¡Mardus te abre el vientre como anguila y se come tu *rezhari* para cenar!

Alguien fue a buscar un cubo de agua y un trapo y Tildus empezó a limpiar la sangre del cuerpo de Alec y a buscar heridas en él.

Mientras los guardias lo zarandeaban de un lado a otro, reflexionó sobre lo que el capitán acababa de decirle; Mardus lo quería de una pieza e intacto. Eso explicaba por qué lo había torturado como lo había hecho, pero no para qué le era necesario.

Cuando Tildus hubo terminado, empujó a Alec de vuelta a la litera y le arrojó la capa.

—Bastardo mucha suerte hoy. Sin cortes.

—Mucha suerte, efectivamente.

Alec miró detrás de Tildus y los guardias y vio a Mardus, de pie en el umbral en compañía de Várgul Ashnazai.

—Parece ser que ha habido algún contratiempo —continuó el Duque mientras lanzaba a Tildus una mirada ominosa.

El capitán balbució una concisa explicación en su propia lengua. Mardus replicó con tono cortante en el mismo idioma e hizo un gesto al nigromante. Con una sonrisa suave en los labios, Várgul Ashnazai realizó su propio examen de Alec.

—El muchacho sigue inmaculado, mi señor.

—Me alegro de oírlo. Habría sido realmente lamentable traerlo hasta aquí para echarlo todo a perder estando tan cerca de nuestro destino. Ven Alec, camina conmigo. Quiero enseñarte algo que creo que te gustará.

Alec lo dudaba, pero no tenía más remedio que obedecer. Custodiado por varios soldados, siguió a Mardus al exterior.

Era un día dolorosamente hermoso. El cielo cubría la inmensidad del mar como un profundo tazón azul. El navío cortaba las olas coronadas por el blanco de la espuma, llenas las velas con un viento dulce que cantaba entre las vergas y parecía llevarse de su piel parte del hedor del cautiverio.

Un gran lienzo blanco con forma cuadrada había sido clavado en la cubierta, justo detrás de la plataforma de proa. Irtuk Beshar estaba arrodillada en el centro del mismo en actitud meditabunda, con las horripilantes manos cerradas sobre las rodillas.

Por primera vez, Alec vio que la mayoría de los marineros y soldados la evitaba. Aquellos que tenían que pasar cerca de ella guardaban las distancias y apartaban los ojos.

Era también la primera vez que tenía la oportunidad de observarla con algún detenimiento. Como de costumbre, vestía una túnica rica y elaborada que contrastaba poderosamente con las manos y la cabeza escabrosas. Todavía conservaba algunos mechones de su negro y largo pelo y se cubría el rostro con una especie de velo hecho con diminutos eslabones de oro y abalorios. Arrodillada allí, bajo el brillante sol, parecía tan frágil como el caparazón seco de una langosta, pero Alec no era tan necio como para dejarse engañar.

En la Oréska había visto las manos de otro dyrmagnos, uno cuyo cuerpo había sido hecho pedazos que a su vez se habían desperdigado por todo el mundo. Después de un siglo, aquellas manos todavía se movían. Alec se estremeció mientras contemplaba la pequeña figura sumida en la meditación frente a él y se preguntaba cuál sería el verdadero alcance de su poder.

El capitán Tildus gritó algo en plenimarano y un contingente de soldados se alineó formando dos filas a ambos lados del lienzo. Unos pocos marineros se apartaron, pero no demasiados. Mardus hizo un gesto a los guardianes de Alec y lo situaron frente a los soldados de la izquierda.

Várgul Ashnazai volvió abajo por otra escalerilla. Mientras estaba fuera, más guardias trajeron a un nuevo prisionero y lo colocaron frente a Alec.

Era Thero.

Sin embargo, el alivio sentido por el muchacho al verlo duró poco.

El rostro del joven mago estaba tan vacío como antes tras las bandas metálicas, y en sus ojos anchos e inmóviles resplandecía un brillo de locura. A su lado había otro hombre, vestido con una túnica sin adorno alguno; otro nigromante, supuso Alec.

Ashnazai regresó acompañado por dos soldados que transportaban un gran cofre sobre unos postes. Tanto el cofre como los postes estaban cubiertos por oro y unos símbolos que no le resultaban familiares. Todo ello fue depositado delante de la dyrmagnos. Mientras los demás empezaban a cantar, Ashnazai abrió el cofre y levantó una diadema de cristal que relució bajo la luz del sol.

—Contemplad la Corona —dijo el nigromante con tono reverente mientras la depositaba sobre el lienzo, delante de Irtuk Beshar.

A Alec se le encogió el corazón al verla. Seregil había arriesgado la vida para llevarle a Nysander aquel misterioso objeto.

A continuación, Ashnazai sacó un cuenco hecho de barro toscamente cocido y lo colocó dentro de la diadema.

—¡Contemplad la Copa!

Y por fin extrajo del cofre una serie de discos de madera ensartados en una cadena de oro.

—¡Contemplad los Ojos de Seriamaius!

Un jadeo involuntario se escapó de la garganta de Alec mientras la *dyrmagnos* empezaba a situarlos, uno por uno, en el interior del cuenco. Mardus se volvió hacia Alec.

—Sin duda los reconoces. Piensa en esto: si no lo hubierais robado, ni el pobre Thero ni tú os encontraríais ahora mismo aquí. Todas esas vidas perdidas, toda esa destrucción, Alec, a causa de un solo acto impetuoso. Ah, pero me estoy olvidando de que fue *Seregil* el que cometió el robo. Eso es lo que le contaste a Irtuk Beshar, que tú sólo le habías ayudado. Al final todo nos lleva a lo mismo, ¿no es verdad? Tú estás aquí, conmigo mientras él sigue en Rhíminee a salvo, considerándose sin duda muy afortunado. ¿Sigues siendo fiel a un amigo que tan poco digno ha demostrado ser?

—Sí. —Alec miró a Mardus a los ojos, tratando de aparentar una tranquilidad que no sentía. Más allá de Mardus, más allá de la barandilla del barco, sobre el ancho mar, distinguió en el horizonte el diminuto punto de una isla, demasiado lejana para servirle de nada.

Como *Seregil*.

Una oleada de nostalgia se apoderó de él y sus ojos se llenaron de lágrimas. Todos los días que había pasado con *Seregil* y que no había apreciado como debía... los recuerdos le provocaron un gran dolor mientras permanecía allí, de pie y encadenado entre sus enemigos.

La *dyrmagnos* posó sus marchitas manos sobre la corona y entonces dijo algo con voz alta y áspera en su propia lengua. Se escuchó un sonido de lucha proveniente de la bodega, seguido por un aullido de furia. Un momento después, Gossol fue arrastrado hasta la cubierta por varios soldados. Le habían quitado las botas, estaba desnudo hasta la cintura y miraba con ojos salvajes a quienes se encontraban delante de él. Sin embargo, cuando reparó en la *dyrmagnos* empalideció, mientras su fuerte pecho comenzaba a subir y bajar agitado por un terror mudo.

—Estábamos discutiendo sobre la elección de la víctima, pero nos has ahorrado tan desagradable inconveniente —informó Mardus a Alec. Parecía complacido—. Éste es sólo un sacrificio preliminar, por supuesto. La sangre de este necio no tiene ni el poder ni la pureza de, digamos, un muchacho medio Aurénfaie o un mago de la Oréska, pero hoy bastará para nuestros propósitos.

—¿Por eso sigo vivo? —preguntó Alec, su voz poco más que un graznido seco.

—Ciertamente —respondió Mardus como si le estuviese prometiendo alguna case

de regalo—. Thero y tú estáis siendo reservados para el momento supremo. ¡No conoces el poder de tu sangre, Alec! Cuántos años se han sacrificado... Las vuestras serán unas muertes de lo más honorables. Te recomiendo que prestes toda tu atención a esta ceremonia. La tuya será muy semejante.

Gossol fue arrojado de espaldas al suelo e inmovilizado por cuatro soldados, a quienes diferenciaban de sus camaradas sendas cintas de color blanco que llevaban sobre la cabeza. Un quinto hombre se arrodilló y colocó una mordaza alrededor de la boca del condenado.

En medio de su miedo, Gossol miró repentinamente a Alec y le lanzó una mirada de odio puro. Su intensidad hizo que se le formase un nudo en la garganta y rápidamente apartó la mirada, asqueado por los remordimientos que sentía.

Mientras proseguía el incomprensible cántico, se volvió hacia Thero y trató de averiguar lo que estaría pasando por la mente confusa del mago. Permanecía inmóvil y mudo, prisionero de cualesquiera magias los nigromantes hubiesen desencadenado sobre él. Sólo el movimiento espasmódico de sus dedos al retorcer el borde de la capa sugería que estaba comprendiendo algo de lo que ocurría a su alrededor.

Irtuk volvió a hablar y el segundo nigromante levantó algo. Mientras se lo entregaba a Ashnazai, Alec pudo ver que se trataba de alguna clase de arma muy parecida a un hacha. La cabeza, pesada y curva, estaba forjada en negra obsidiana y se unía a un mango de hierro. A pesar de su evidente peso, Várgul Ashnazai la levantó con facilidad por encima de su cabeza. Y sin más preámbulos que el aullido sofocado de Gossol, golpeó. La negra hoja abrió el omóplato del condenado con la misma suavidad con la que un hacha bien afilada partiría en dos una vara de roble.

Alec volvió la cabeza de inmediato y apretó los párpados con fuerza hasta que la cabeza empezó a dolerle. Pero no pudo escapar de los sonidos que siguieron. Los gritos de Gossol se tornaron un agudo chillido antes de convertirse en un gorgoteo. Luego vino el crujido seco de unos huesos al partirse y el húmedo chapoteo provocado por una carcasa que era abierta a la fuerza. Con los ojos todavía cerrados, Alec recordó el tacto frío del dedo de Várgul Ashnazai al recorrer de arriba abajo su pecho desnudo.

Repentinamente se sintió muy liviano. Abrió los ojos y vio que las planchas de madera de la cubierta se alzaban para encontrarse con él.

Los exploradores de Beka encontraron un convoy de carretas tiradas por caballos y lo siguieron en dirección sur a través de las colinas que bordeaban la costa. No eran más que diez, informó Gilly, y contaban tan solo con una decuria de caballería para protegerse, hecho que confirmaba las sospechas de Beka de que se habían internado profundamente en el territorio meridional de Plenimar.

El terreno por el que avanzaban era abrupto y boscoso. Beka ordenó a los exploradores que siguieran a las carretas y las mantuvieran vigiladas hasta que se detuvieran llegada la noche.

Poco antes de la puesta de sol, los carreteros acamparon en un pequeño claro del bosque, junto a un arroyo. Beka dejó al grupo principal de jinetes en el camino, a casi medio kilómetro de distancia, y se llevó consigo a los más rápidos, Zir, Tobin y Jareel. Rhylin tenía órdenes de irrumpir en el campamento enemigo en cuanto le dieran la señal.

Se hizo de noche y los carreteros encendieron fuegos para preparar la cena. Su escolta apostó algunos centinelas en el camino, en ambas direcciones.

Beka y sus jinetes se dirigieron protegidos por la oscuridad hacia las carretas de suministros. Cada uno de ellos llevaba consigo un par de piedras de fuego que habían conseguido unos días antes en una incursión similar. Cuando llegaron junto a ellas, Beka miró por debajo de la más cercana y vio que los desprevenidos carreteros preparaban su cena a menos de siete metros de distancia.

Mientras Zir vigilaba, Beka y los demás rompieron sus piedras de fuego y desperdigaron los pedazos sobre las cajas y fardos que contenían las carretas. Rápidamente empezaron a elevarse columnas de humo, pero el viento parecía estar a su favor y las alejó del campamento.

Ésta era la señal que Rhylin había estado esperando. El grupo de Beka apenas acababa de terminar su trabajo cuando los caballos plenimaranos, que estaban atados muy cerca, empezaron a pifiar de manera frenética.

Gritando y agitando las antorchas, Rhylin y su decuria empujaron a los animales de carga contra el campamento. Los asustados soldados y carreteros se dispersaron en todas direcciones. Y para aumentar aún más la confusión, empezaron a aparecer llamas en las carretas.

Antes de que los centinelas plenimaranos tuvieran tiempo de actuar, la decuria de Braknil cargó con los arcos preparados y lanzó una andanada de flechas para cubrir la retirada de los demás.

Mientras tanto, Beka y los suyos abandonaron sigilosamente el campamento y se encontraron con Telah, que los esperaba con los caballos junto al camino.

Una flecha enemiga acertó a Zir en el hombro mientras se encaramaba de un salto a su silla. Tobin recibió otra en pleno corazón antes de haber tenido tiempo de alcanzar su caballo.

Beka los vio caer, pero no había nada que pudiera hacer salvo preocuparse por los vivos.

—¡Retirada! Vamos, antes de que recuperen sus caballos —gritó.

Un soldado plenimarano que blandía una espada se lanzó sobre ella y cayó casi al instante con una flecha eskaliana en la espalda.

Dejando el campamento incendiado detrás de sí, sus jinetes desaparecieron galopando por el camino, envueltos en un escándalo de vítores y gritos triunfales. Beka fue una de las últimas en retirarse y pudo escuchar con satisfacción el alboroto furioso que reinaba en el campamento plenimarano.

—¿Sabéis lo que nos han llamado? —le gritó Tare con una risotada salvaje mientras se alejaban a todo galope—. ¡*Urgazhi!* Demonios lobo.

Un espeluznante coro de aullidos y alaridos lupinos se alzó entre las filas de sus hombres.

—¡Bien hecho, Turma *Urgazhi!* —exclamó Beka, tan complacida como los demás.

—Yo diría que nos hemos ganado ese honor —añadió el sargento Braknil.

Ahora se comportaban como lobos: viajaban de noche, empleaban el sigilo y la velocidad para atacar a cualquier presa lo suficientemente débil y entonces se desvanecían en la oscuridad antes de que el enemigo hubiera tenido tiempo de saber cuántos eran en realidad.

A lo largo de las dos últimas semanas habían llevado a cabo nueve ataques: habían hostigado pequeños convoyes, quemado graneros y puestos y envenenado pozos mientras seguían su marcha por las colinas en dirección sur, hacia el mar.

Su plan consistía en alcanzar la costa y luego volver a dirigirse al norte con la esperanza de encontrarse con alguna fuerza amiga.

Pero Beka ignoraba cuán al sur les había conducido su incursión o dónde se encontraban en aquel momento las líneas eskalianas.

Fuera cual fuese el caso, tendrían que luchar como verdaderos *urgazhi* si querían regresar.

—¡Soy yo, teniente!

Beka abrió los ojos y se encontró la cara alargada y sencilla de Rhylin a escaso centímetros de la suya.

—Casi ha anochecido. Dijiste que os despertáramos —le dijo el sargento mientras se agachaba a su lado.

Beka se incorporó y se pasó una mano por la cara.

—Gracias. De todas maneras, no estaba durmiendo demasiado bien.

Rhylin le tendió un pellejo de agua y entonces se pasó una mano por la incipiente barba que cubría sus mandíbulas.

—¿Son las fiebres otra vez?

—No, la pierna está bien —tomó un trago y se lo devolvió.

Habían acampado en un hayedo. Los brotes nuevos comenzaban a abrirse en las ramas que había sobre sus cabezas, y más allá de ellos pudieron ver los primeros rayos del amanecer.

—Pero seguís teniendo sueños, ¿no es cierto? —preguntó. Beka lo miró con severidad y él se encogió de hombros—. Habéis estado agitándoos y murmurando mientras dormíais.

—Bueno, me gustaría que me contaras lo que estaba diciendo —contestó Beka. Confiaba en que no hubiera luz suficiente para traicionar el rubor que había ascendido a sus mejillas—. Cuando despierto no recuerdo nada. ¿Se sabe ya algo de Mirn y Gilly?

—Eso es lo que venía a deciros. Kallas y Ariani acaban de regresar de la búsqueda. Parece que han sido capturados.

—Maldita sea —a juzgar por lo que había visto hasta el momento, los plenimaranos no conservaban a los prisioneros con vida durante demasiado tiempo, y sus *urgazhi* ya habían tenido suficientes bajas.

Se puso en pie y miró a su alrededor. De la decuria de Braknil, sólo Kallas, Ariani, Arbelus y el tuerto Steb seguían con vida; Rhylin contaba con Nikides, Syra, Telah, Jareel, Tare, Marten, Kaylah, y Zir.

De ellos, Telah había sufrido una herida de espada durante la tercera incursión y no podía utilizar el brazo izquierdo. Zir y Jareel tenían heridas que se habían infectado y Steb, que todavía se estaba recuperando de la pérdida de un ojo, no estaba en las mejores condiciones para hacer de explorador.

Y ahora habían perdido a Mirn y Gilly.

—¿Quién está fuera en este momento? —preguntó.

—Syra está de vigilancia. Arbelus y Steb salieron a explorar hace cosa de una hora.

—Despierta a los demás y diles que coman deprisa. Salimos en cuanto haya oscurecido por completo.

Rhylin saludó y comenzó a recorrer el campamento. Beka dejó escapar un suspiro lento y exasperado. Tenía la esperanza de que los demás no hubieran advertido lo mal que lo pasaba durante el sueño.

Al menos había sido Rhylin quien se lo había mencionado. A pesar de su apariencia desgarbada, había demostrado ser una buena elección como sargento. Estaba dotado de una sensatez tranquila que parecía incrementarse en la adversidad.

Y, sin embargo, la última cosa que cualquiera de ellos necesitaba en aquel

momento era un oficial que tenía pesadillas estando detrás de las líneas enemigas. Gritar en medio del sueño era una idea excelente si uno quería atraer al enemigo a su guarida. Volvió a frotarse los ojos y trató de recordar lo que había soñado, pero lo único que acudió a su mente fue una vaga sensación de ansiedad.

Por fin, decidió dedicar sus pensamientos a cuestiones más prácticas. Alargó el brazo hacia las alforjas, sacó un puñado de harina mojada y la engulló rápidamente. Basta y llena de tierra, la harina de cebada que habían capturado en la última incursión resultaba difícil de tragar y de digerir. La mayoría de las veces no podían arriesgarse a encender un fuego para cocerla, así que la metían en una bolsa de cuero junto con un poco de agua y algunos trozos de pescado seco hasta que se convertía en una especie de engrudo al que Nikides había bautizado acertadamente como «pudín de dientes rotos».

Estaban preparándose para la marcha de aquella noche cuando Steb regresó al galope.

—¡Hemos encontrado a Mirn y Gilly, teniente! —informó a Beka.

—¡Alabado sea Sakor! ¿Dónde? —le interrogó ella mientras los demás se reunían a su alrededor sumidos en un silencio intranquilo.

—Hay una columna plenimariana delante de nosotros, a unos tres kilómetros de distancia. Acaban de detenerse para pernoctar. Es grande, teniente. Por lo menos cincuenta soldados. Y quizá el doble de prisioneros, a pie y encadenados.

—¿Prisioneros? —Rhylin alzó una ceja—. Es la primera vez que oímos hablar de eso ¿Estás seguro de haber visto a Gilly y Mirn?

Steb asintió. Su ojo sano resplandecía de furia y dolor.

—Esos condenados bastardos los han entablado.

Braknil maldijo y escupió enfadado por encima de su hombro.

—¿Qué quieres decir con que los han entablado? —inquirió Beka.

—Es un viejo truco de los soldados plenimaranos, teniente —gruñó el sargento—. Coges a un hombre, le atas una tabla en los hombros y luego le clavas las dos manos a ella.

Beka permaneció en silencio un segundo mientras sentía cómo se abría un vacío negro en su corazón. Hasta el momento habían tenido suerte; sólo se habían enfrentado a una decuria o dos de soldados y algunos carreteros asustados. Y hasta el momento, no habían tenido que dejar atrás más que a sus muertos. Esto era diferente.

Cogió la espada por la empuñadura y gruñó:

—Vamos a echar un vistazo.

Llevándose a Braknil y Kallas consigo, siguió a Steb. *¿Cómo será esto para él?*, se preguntó mientras miraba de soslayo el rostro macilento de Steb; un lazo muy fuerte lo unía a Mirn. Siempre estaban juntos, ya fuera alrededor del fuego durante la noche o luchando codo con codo como sendas furias vengadoras. Normalmente salían

juntos a explorar. ¿Qué había ocurrido hoy?

El joven jinete permaneció silencioso y taciturno mientras los guiaba hasta una pequeña hondonada situada sobre una ladera, donde Arbelus montaba guardia. A casi un kilómetro de distancia podían verse, titilando en la oscuridad, las desperdigadas fogatas del campamento de la columna plenimarana. Más allá del campamento, la negra inmensidad del Mar Interior resplandecía con la luz de las primeras estrellas. El viento venía de mar adentro aquella noche, y Beka percibió en él un sonido perturbador y apenas audible. Al cabo de un momento cayó en la cuenta de que se trataba tan sólo del distante oleaje que gruñía como un sabueso en su sueño al romper contra los acantilados rocosos.

—Hay un viejo camino que discurre a lo largo de la costa —le dijo Arbelus—. Han acampado a un lado, en dirección a tierra firme.

—¿Estás seguro de que nuestros hombres siguen vivos? —preguntó Beka mientras escudriñaba el patrón que formaban las luces de las fogatas.

—Al menos lo estaban al llegar la puesta de sol. Vi cómo los guardias los reunían a codazos para pasar la noche.

Beka se mordisqueó el labio sin apartar la vista del campamento enemigo. Finalmente se volvió hacia Braknil.

—Es la primera fuerza de verdad que hemos encontrado hasta el momento. ¿Qué te parece? ¿Hay alguna posibilidad de rescatarlos esta misma noche?

Braknil se rascó la barbilla un momento mientras observaba el campamento.

—Yo diría que no demasiadas, teniente. Tienen el perímetro más cerrado que el corpiño de una virgen. Aunque lográramos entrar sin ser vistos, nunca conseguiríamos abrirnos paso luchando si nos descubrieran.

Un suspiro exasperado escapó de la garganta de Beka.

—Por el Puño de Sakor. Primero no cogen prisioneros y luego reúnen a dos centenares de ellos. ¿Y de donde demonios los han sacado estando dentro de sus propias fronteras?

Braknil se encogió de hombros.

—Esa es una buena pregunta.

Arbelus levantó la mirada. Parecía sorprendido.

—Nunca lo había pensado. Pero os diré algo todavía más extraño.

—¿Y bien?

—Antes de que pararan para acampar, se dirigían hacia el norte.

—¡El norte! —exclamó Beka con voz suave—. La frontera micenia no puede estar a más de setenta y cinco kilómetros de aquí y no hay ni una sola ciudad entre medias. Si se toman todas esas molestias en reunir tantos prisioneros, ¿por qué demonios no se los llevan al sur, donde podrían utilizarlos?

Apoyó una mano sobre los rígidos hombros de Steb.

—Y, sin embargo, eso nos facilita las cosas. De toda maneras, habíamos planeado seguir a lo largo de la costa en dirección norte. Los seguiremos, los acecharemos y, por los dioses, esperaremos a que se nos presente la oportunidad para rescatar a Mirn y Gilly.

UNA HOSPITALIDAD PECULIAR

Después del sacrificio de Gossol, los guardias empezaron a tratar a Alec con un cuidado supersticioso, pero era evidente que lo culpaban del sacrificio de su «hermano soldado».

Ashnazai también lo visitaba con menos frecuencia, aunque todavía aparecía de tanto en cuanto en mitad de la noche. Al despertar de alguna pesadilla, Alec olía de pronto el aroma sucio del hombre en la oscuridad y sentía el toque de sus dedos fríos sobre la piel mientras Ashnazai volvía a sumergirlo en una dolorosa miasma de tormento.

Encerrado como estaba en su diminuto camarote, el abatimiento de Alec iba en aumento. En vano había tratado de encontrar algún medio de fuga, aunque significara arrojarse por la borda y ahogarse. No había ninguno.

Apenas tenía nada que hacer y dormía mucho, pero sus sueños estaban llenos de violencia y malos presagios. De hecho, el sueño de la flecha sin punta lo asaltaba ahora más a menudo, hasta dos veces cada día. En tales condiciones, empezó a esperar con impaciencia los paseos que diariamente daba por cubierta en compañía de Mardus. A pesar de la aterradora revelación de la ceremonia, Mardus continuaba tratándolo con una especie de deferencia extraña, como si disfrutase de su compañía.

Cada día, a media mañana, le entregaban a Alec una capa y lo acompañaban a la cubierta, fuertemente vigilado. Hiciera buen o mal tiempo, Mardus lo esperaba, dispuesto a charlar sobre lo que quiera que se le hubiese ocurrido aquel día. Para sorpresa de Alec, Mardus poseía una inteligencia notable y era un hombre locuaz y erudito, cuyos intereses eran tan amplios y variados como los del propio Seregil: estaba tan dispuesto a embarcarse en una discusión sobre tácticas militares plenimaranas como en una detallada comparación entre las convenciones musicales de Eskalia y Plenimar, aunque sus disertaciones adoptaban de ordinario un giro siniestro.

—La tortura es una forma de arte devaluada —señaló mientras paseaban arriba y abajo del puente en compañía de Várgul Ashnazai—. La mayoría de la gente asume que si uno causa el dolor suficiente, logrará su objetivo. Y aunque esto puede ser cierto en algunos casos, siempre he pensado que la brutalidad innecesaria suele resultar contraproducente. Considera tu propia experiencia, Alec. Sin necesidad de verter una sola gota de tu sangre hemos sido capaces de extraer hasta la más insignificante información de tu mente.

—La nigromancia es un arte sutil —intervino Ashnazai con suficiencia.

—Puede serlo —le enmendó Mardus secamente—. Aunque «sutileza» no es la palabra que yo utilizaría para describir muchos de los procedimientos nigrománticos

que he presenciado. Pero volviendo al tema que nos ocupa, puedo asegurarte que de no haber tenido las manos atadas por la prohibición de verter tu sangre, podría haber logrado el mismo resultado sin recurrir a tan extraordinario desperdicio de magia.

Ashnazai observó a Alec con una sonrisa venenosa en los labios y preguntó:

—Siento curiosidad, mi señor, por esos métodos de los que estáis hablando.

Mardus juntó las manos a la espalda y reflexionó con la misma frialdad que si Ashnazai le hubiera preguntado cuál iba a ser el precio del trigo aquel año.

—A menudo comienzo con los genitales. Aunque la pérdida de sangre es insignificante, el dolor y la angustia infligidos son exquisitos. Una vez que se establece el nivel adecuado de dolor, el prisionero suele resultar bastante fácil de manipular. En el caso de Alec, podría conseguir que siguiera resultando apto para los mercados de esclavos. Sólo un necio destruiría una criatura tan bella sin necesidad.

Atrapado en medio del mar en tal compañía, Alec estuvo a punto de sucumbir a la desesperación. Durante el día era el juguete de sus ejecutores. Durante la noche, los aullidos apagados que a veces se arrastraban hasta él desde la bodega alimentaban su sensación de impotencia. Las escasas ocasiones en las que soñaba con los días más felices pasados en compañía de Seregil o de su padre sólo servían para empeorar las cosas cuando despertaba. Tendido en la oscuridad, creía poder recordar el olor de sus aposentos en El Gallito o el color de los ojos de Beka. Pero pensaba por encima de todo en Seregil, y maldecía a Mardus por la semilla de duda que había plantado en su corazón.

—No me abandonó. ¡No lo hizo! —susurró en la oscuridad una noche. A punto de derrumbarse, se forzó a recordar la sonrisa esbozada por su amigo cada vez que él había logrado dominar una nueva habilidad, el regocijo que le proporcionaba atormentar a Thero, la fuerza de su mano cuando lo había levantado del borde del acantilado después de la emboscada en Cirna.

Y el modo en que lo había mirado aquella noche en la calle de las Luces. Repentinamente, Alec recordó el placer culpable que había sentido en aquel momento y, más tarde, cada vez que su mano se posara casualmente sobre su hombro o en su nuca...

Las mejillas le ardieron al recordar esos momentos. Era demasiado doloroso pensar en ello, ahora que sabía que nunca volverían...

—¡Basta! —siseó en voz alta—. Podría venir. ¡Podría estar en marcha ahora mismo!

Pero ni siquiera Micum podría seguir el rastro de un barco por mar.

Hundido en su propia miseria, Alec se cubrió con la manta y trató de recordar fragmentos de alguna de las conversaciones que Seregil y él habían mantenido, sólo para poder imaginar una voz amiga. Aquella noche soñó con él y, aunque al despertar no pudo recordar ningún detalle, se dio cuenta de que algo había regresado a él.

Sentado en su litera aquella mañana mientras masticaba su desayuno, comenzó a darle vueltas a ciertas enseñanzas que Seregil le había ofrecido en los largos meses de su asociación.

Todos cuantos estaban a bordo lo consideraban indefenso, un prisionero sin más importancia que el destino que Mardus le hubiese reservado. Había llegado el momento de rechazar el miedo y empezar a prestar atención, verdadera atención, a cuanto estaba sucediendo a su alrededor, y de empezar a hacer preguntas —preguntas pequeñas, insignificantes, al principio— mientras comprobaba la profundidad de las aguas, por decirlo de alguna manera. Al menos no moriría antes por intentarlo.

Aprende y vive, susurró la voz de Seregil, satisfecha, en lo más hondo de sus pensamientos.

La cautela con la que los soldados habían empezado a tratarlo hizo que le resultara un poco más fácil hablar con ellos, pero Alec no tardó en descubrir que lo único que les importaba era su inquebrantable lealtad hacia Mardus. A partir de entonces, decidió que no tenía sentido seguir intentándolo con ellos. Pero al menos descubrió que se dirigían hacia algún punto situado en la costa noroeste de Plenimar.

Aquella misma mañana, algo más tarde, mientras daba su paseo matutino en compañía de Mardus, se dejó arrastrar a una conversación sobre el uso del arco. Al día siguiente hablaron de vinos y venenos. Mardus parecía agradablemente sorprendido por el cambio y comenzó a hacerlo subir con más frecuencia.

Al quinto día después del sacrificio de Gossol, Tildus vino a buscarlo al ponerse el sol. El barbudo capitán no dijo nada, pero a Alec no le gustó nada la sonrisa presuntuosa y secreta con que Tildus lo observó mientras lo acompañaba arriba.

Al llegar a la cubierta, vio que el ritual había sido preparado de nuevo. Sendas filas de soldados portaban antorchas para iluminar el cuadrado de lienzo sobre el que, inclinada ya encima del cuenco y la corona, descansaba Irtuk Beshar. A su lado se encontraba Várgul Ashnazai, con el hacha dispuesta.

Thero se encontraba también allí, de pie junto a Mardus, tan ajeno a cuanto lo rodeaba como de costumbre. Todos los ojos parecieron volverse hacia Alec cuando apareció.

—Oh, Illior —susurró con voz ronca. Las piernas le fallaron. Mardus había cambiado de idea o su dios le había dado nuevas instrucciones, o él mismo había cometido algún error fatal con sus preguntas...

Tildus le apretó el brazo con más fuerza y murmuró:

—Calma, hombre niño. ¡Tu hora todavía no!

—¡Buenas noches, Alec! —dijo Mardus, sonriente, mientras hacía un ademán en dirección al este—. Mira allí, ¿puedes ver la costa?

—Sí —replicó Alec. La visión provocó en su interior una fría punzada de

aprensión.

—Aquello es Plenimar, nuestro destino. Seriamaius ha sido bondadoso al guiarnos hasta aquí sin problemas. Y ahora ha llegado el momento de llevar a cabo el segundo de los preparativos.

Mientras Alec observaba sumido en un horror creciente, diez hombres y mujeres fueron arrastrados hasta la cubierta por los marineros de librea negra. Ellos debían de ser la fuente de los sollozos que escuchaba durante las noches. Todo había sido planeado con antelación, y las víctimas para el sacrificio habían sido cargadas en la bodega tan cuidadosamente como el vino, el aceite o la harina.

No eran soldados, sino pobres desgraciados delgados y ordinarios que lloraban y pestañeaban mientras los reunían como si fueran ganado cerca de la barandilla. La mayoría de ellos vestía andrajos o ropas de trabajador. No eran más que víctimas inocentes, supuso Alec, arrancados de cualesquiera puertos en los que hubiesen recalado antes de llegar a Rhíminee.

—Oh, Illior —murmuró Alec, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta. Mardus se situó a su lado—. No, por favor. Esto no.

El Duque pasó un brazo alrededor de los hombros de Alec y cerró la mano en su nuca. Lo sacudió de forma amistosa y dijo con voz melosa, casi un arrullo:

—Pero debes saborearlo. ¿Todavía no comprendes la importancia del papel que has desempeñado en todo esto?

Mareado por la repulsión, Alec cometió el error de mirar a los ojos de Mardus. Y por vez primera vio los abismos de crueldad desnuda que escondían. En aquel momento supo, con tanta certeza como jamás tuviera sobre cosa alguna, que Mardus le había permitido ver a través de su máscara, que estaba disfrutando de su miedo y su confusión, saboreándolos de la manera en que otro hombre saborearía las caricias de una amante deseada durante mucho tiempo. Pero todavía peor era la convicción de que, a pesar de todo, Mardus no estaba loco.

Alguno de los prisioneros estaban mirando a Alec. Lo habían tomado por uno de sus asesinos.

No podía volver a presenciarlo. Tildus se había apartado al ver llegar a su señor y el resto de los soldados estaba presenciando la ceremonia. Se sacudió el brazo de Mardus y se abalanzó sobre la barandilla que había a su espalda, con la idea instintiva de arrojarse por la borda, alejarse tanto como pudiera para ganar la costa, a nado si era necesario...

Apenas había avanzado dos pasos cuando un frío mortal lo envolvió, inmovilizó sus articulaciones y lo forzó dolorosamente a arrodillarse. Una garra invisible obligó a su cabeza a volverse en dirección a Várgul Ashnazai, que sostenía en una mano un pequeño frasco, atado a una cadena que pendía de su delgado cuello.

—Espléndido, Várgul Ashnazai —dijo Mardus—. Acércalo un poco para que

pueda ver mejor.

Incapaz de volver la cabeza o siquiera de pestañear, Alec no tuvo más remedio que observar cómo eran arrastradas sobre la cubierta las diez víctimas hasta los pies de Ashnazai. Diez veces la hoja se alzó y cayó con mortal eficacia y diez veces arrancó la dyrmagnos un corazón palpitante antes de exprimirlo sobre el hediondo cuenco.

Thero permanecía en pie detrás de ella y, a través de sus propias lágrimas de rabia e impotencia, Alec vio también que sus mejillas estaban empapadas. Era una visión espeluznante, como ver llorar a una estatua, pero en medio de la pesadilla que se estaba desarrollando delante de sus ojos, le dio un inesperado acceso de esperanza.

Cuando por fin el nigromante hubo terminado, el lienzo blanco estaba teñido de escarlata. La dyrmagnos y él estaban manchados hasta los codos, las ropas empapadas, el cabello mojado. La sangre había resbalado por la cubierta hasta Alec y había ensuciado sus rodillas desnudas.

Después de ordenar a los soldados que arrojasen los cadáveres por la borda, Mardus volvió a llevar a Thero abajo. Várgul Ashnazai caminó hasta Alec y deshizo el hechizo posando una ensangrentada mano sobre su cabeza.

Alec se dobló y vomitó. Con un gruñido de repugnancia, el nigromante apartó el borde de su túnica empapada de sangre y luego dio a Alec un empujón con el pie que lo hizo rodar por cubierta, envuelto en vómito y sangre medio coagulada.

—Estoy impaciente por abrirte en canal —dijo con una sonrisa lasciva.

Alec se incorporó trabajosamente sobre las manos y las rodillas y lo miró desafiante. El nigromante retrocedió un paso involuntario y alzó las manos. Alec se preparó para alguna nueva agonía, pero Ashnazai se dio la vuelta, se marchó y murmuró algo al capitán Tildus al pasar a su lado.

El miedo volvió a apoderarse de él mientras un par de soldados lo desnudaban y lo lavaban con cubos de agua de mar muy fría. Y una vez que estuvo limpio, lo obligaron a vestirse una suave túnica y lo devolvieron al capitán Tildus, que lo llevó hasta un espacioso camarote situado a popa.

Para su asombro, allí se encontraban Mardus, Ashnazai, Thero, Irtuk Beshar y el silencioso nigromante de barba gris, Harid, reclinados sobre cojines en torno a una mesa baja. Un joven sirviente colocó otra copa en la mesa e indicó a Alec con un gesto que podía sentarse.

—Vamos, Alec, únete a nosotros —dijo Mardus, mientras colocaba un cojín entre la dyrmagnos y él. Todos ellos se habían cambiado de ropa, y cualquier rastro de los asesinatos a los que acababan de asistir había desaparecido.

Como si nada hubiese ocurrido, pensó, entumecido y demasiado asombrado como para protestar mientras Tildus lo llevaba hasta su lugar y lo obligaba a sentarse.

Thero estaba sentado a la izquierda de Irtuk Beshar. En respuesta a un gesto de

ella, se llevó la copa a los labios de forma mecánica.

Mientras bebía, el vino se derramaba por las comisuras de sus labios, los ojos fijos en algún punto distante.

La visión llenó a Alec de una culpa extraña, como si acabara de espiar algo indecoroso. Apartó la mirada y fue a posarla sobre su copa mientras el criado se la llenaba con un vino de color amarillo pálido.

—Vamos, querido muchacho, no seas tan tímido —dijo Mardus. La máscara de caballerosidad volvía a estar en su lugar—. Es un vino excelente. Es posible que le devuelva algo de color a esas mejillas tan pálidas.

—Las emociones fuertes le hurtan la belleza a los rostros de los jóvenes —añadió Irtuk Beshar, con un tono de coquetería que casaba tan mal con su rostro agrietado y ennegrecido como su túnica y su velo.

La situación entera estaba envuelta en tal atmósfera de irrealidad que Alec, casi sin darse cuenta de que lo hacía, replicó:

—No me apetece en este momento, gracias —como si fuera Sir Alec de Ivywell y se encontrase en algún banquete elegante en compañía de Seregil.

—Unos modales espléndidos, además —señaló Ashnazai—. Comienzo a darme cuenta de lo que todos ven en vos, señor mío. Será una lástima matarlo. Sería un ornamento magnífico para la mansión de cualquier caballero.

La sensación que Alec experimentaba de encontrarse en una especie de sueño aumentó a medida que la horripilante conversación continuaba a su alrededor con el aire elegante propio de un salón nobiliario. Si aquello era la antesala de la locura, entonces le daba la bienvenida como un regalo de Illior. En todo caso, sintió de pronto que una ligereza vertiginosa lo invadía. Había experimentado cosas parecidas anteriormente, pero nunca con tanta intensidad. Cuando la muerte era lo único que te quedaba, te hacía sentir muy libre.

—Mi señor —empezó a decir—. ¿Qué es todo esto? Los discos de madera, la corona... Sé que vais a matarme como parte de ello, de modo que por lo menos me gustaría comprender.

Mardus esbozó una sonrisa expansiva.

—No esperarías menos de una persona de tu inteligencia. Como ya he dicho, tanto tú como todos tus equivocados amigos habéis sido instrumentales en una grandiosa y sagrada búsqueda. Al principio ni siquiera yo percibí todo su significado, pero Seriamaius me ha revelado que todos habéis sido simplemente instrumentos de su divina voluntad.

Alzó entonces la copa hacia él en una parodia de saludo.

—No puedes ni imaginarte la cantidad de problemas que nos habéis evitado al reunir tantas partes del Yelmo de modo que pudiéramos recuperarlas de un solo golpe. Por no mencionar el daño infligido a la Oréska en el proceso. Gracias a

vosotros logramos en una sola noche lo que de otro modo hubiese costado meses, o tal vez años. Y ahora no tenemos años. De hecho, ni siquiera tenemos semanas.

—¿Un yelmo? —preguntó Alec al tiempo que trataba de evaluar aquella nueva información.

Mardus se volvió hacia sus acompañantes y sacudió la cabeza.

—¡Imaginaos! El tal Nysander, mago grande y compasivo como era, y envía a sus amigos más próximos a robar para él sin ni siquiera ofrecerles una pista sobre lo que está ocurriendo. Vaya, ¿pero no quería a Seregil, al pobre y joven Alec y a Thero como a sus propios hijos? Sí, Alec, el Yelmo. El Gran Yelmo de Seriamaius. La moneda, como tú la llamas, la copa y la corona son elementos de un diseño mayor. Cuando se junten con los otros fragmentos en el momento propicio, se reunirán para formar el Yelmo entregado a nuestros ancestros por Seriamaius hace más de seis siglos.

—Es el artefacto definitivo de poder nigromántico —le dijo Irtuk Beshar—. Aquel que lo lleve consigo se convertirá en el *Vatharna*, la encarnación viviente de Seriamaius.

—Las leyendas de la Gran Guerra. Ejércitos de muertos vivientes —dijo Alec en voz baja, recordando el diario que Seregil y él habían descubierto por azar en la biblioteca de la Oréska.

—Quizá hayamos subestimado a este niño —observó la *dymagnos* mientras ladeaba la cabeza y examinaba a Alec más de cerca—. Puede haber en su interior profundidades que todavía no hemos sondeado.

La avaricia de su examen hizo que Alec se estremeciera involuntariamente.

—¿Así que esos cuentos tuyos no dicen nada sobre el Yelmo? —continuó Mardus—. No me sorprende. Al final de la guerra fuimos traicionados. Ayudados por los aduladores y mentirosos hechiceros Aurénfaie y por una banda de harapientos drisianos, los magos de la Segunda Oréska lograron dismantelar el Yelmo antes de que todo su poder hubiese podido ser invocado. Afortunadamente, no consiguieron destruir las piezas. Nuestros nigromantes lograron recuperar alguna de ellas; el resto fueron llevadas lejos y escondidas. Durante siglos, mis predecesores las han buscado y, una por una, las han recuperado.

—Eso es lo que estabais haciendo en Herbaleda —dijo Alec lentamente—. Habíais estado en las Marismas, en esa aldea que Mi...

—¿Micum Cavish? —Ashnazai sonrió mientras Alec se interrumpía bruscamente—. No te preocupes. Gritaste su nombre, como todo lo demás, hace mucho tiempo.

Mardus se detuvo mientras el criado traía una bandeja con palomas asadas y verduras.

—Intenta comer algo —le dijo a Alec mientras le servía personalmente.

Sorprendido por el hambre que sentía, Alec se lo agradeció.

—¿Dónde estaba? —preguntó entonces el Duque mientras pinchaba una paloma y la llevaba a su plato—. Ah, sí. Los tres fragmentos que guardaba Nysander eran los últimos y, de ellos, el cuenco fue el hallazgo más gratificante. Ya sabíamos que los otros estaban en su poder, claro. Ambos nos habían sido robados delante de nuestras mismas narices por tu amigo Seregil. Pero todo rastro del cuenco se había perdido hasta que, al robar el Ojo, vosotros dos nos condujisteis a él. Y, además, justo a tiempo. Pues, tal como están las cosas, tenemos el tiempo justo para completar los preparativos del ritual.

—¿Os... os referís a los sacrificios? —preguntó Alec.

—Sí. —Mardus se inclinó hacia él mientras el criado traía un plato de cerdo asado—. Cada alma tomada, cada libación de la sangre de un corazón nos acerca un poco más a Seriamaius, a su gran poder. Ningún hombre podría contener un poder como el suyo, pero por medio del Yelmo podemos participar de una pequeña parte de él. Y ya debes suponer que, al decir, «pequeña parte», estoy hablando en términos relativos. Una vez haya sido reconstruido, el Yelmo incrementará su poder conforme más y más vidas le sean sacrificadas, hasta que un simple pensamiento de su portador baste para arrasar ciudades enteras y controlar a millares de almas. Y a vosotros, Alec, a Thero y a ti, os reservo para el sacrificio final de la ceremonia de reconstrucción. Un centenar de personas habrán perecido antes que vosotros, y tendréis el privilegio de contemplar cada una de sus muertes hasta que llegue el turno de los dos últimos y perfectos sacrificios, vuestro turno. En gran medida, la sangre no es más que un símbolo que representa la fuerza vital entregada al dios. Cuanto más joven es la víctima, cuantos más años se le arrebatan, más poder cobra el sacrificio.

Irtuk Beshar dio unas palmaditas en los hombros a Thero y Alec.

—Un joven mago de la Oréska y un muchacho medio faie... ¡Los más jóvenes de nuestros mayores enemigos! ¿Qué podría ser más placentero para nuestro dios que esto?

Alec los observó un momento, sumido en un silencio perplejo, mientras trataba de comprenderlo todo.

No, pensó aturdido. No formaré parte de eso.

—Gracias —dijo al fin—. Creo que comienzo a comprender.

Ahora no había guardias en la habitación. Ningún hechizo o cadena lo inmovilizaba. Repentinamente, sin que ningún movimiento previo hubiera podido traicionar sus intenciones, extendió la mano como una exhalación y cogió el cuchillo curvo que descansaba junto a la bandeja de las palomas. Lo aferró con ambas manos y lo hundió entre sus costillas mientras rezaba pidiendo una muerte rápida.

Sin embargo, para su horror y su asombro, en el último momento se revolvió y clavó la hoja en el pecho del sirviente. El muchacho exhaló un grito de asombro y se desplomó.

—Vaya, Alec, no sé qué les pasa a tus modales esta noche —exclamó Mardus con pesar—. Lo tenía desde que era un niño.

Alec contempló el cuerpo, horrorizado ante lo que acababa de hacer.

—¿Acaso nos crees tan faltos de imaginación como para no haber previsto una acción tan noble por tu parte? —lo reprendió Irtuk—. Olvidas lo íntimamente que te conozco, Alec. Uno de los primeros hechizos que tejí sobre ti fue el que te protege contra heroicidades ridículas como esa. Cada vez que intentes herirte, acabarás hiriendo a cualquier otro, como este pobre inocente.

—¡Oh, Illior! —gimió Alec mientras se cubría el rostro con ambas manos.

—Quizá yo tenga parte de culpa —suspiró Mardus—. Mis explicaciones pueden haber dado al muchacho la impresión de que Thero y él son necesarios para la puesta en práctica de nuestros planes.

Las manos de Mardus se cerraron sobre las de Alec y las apretaron dolorosamente mientras el Duque lo paralizaba con una mirada de sardónico placer.

—Comprende bien esto: la presencia o ausencia de cualquiera de vosotros no supondrá la menor diferencia para el dios. Simplemente, me complace, y estoy seguro de que a Várgul Ashnazai también, el que vosotros dos vayáis a ser las últimas víctimas. Trata de imaginarlo, querido Alec... observarás cómo mueren todos los demás y serás incapaz de salvarlos. Y entonces, mientras tu pecho sea abierto por la mitad y el corazón palpitante te sea arrancado del pecho, tu último pensamiento será que después de todas tus intromisiones, todos tus extraordinarios esfuerzos, habrá sido precisamente tu vida la que devuelva la existencia al Yelmo. Sólo lamento que tu amigo no se encuentre entonces allí para compartir tu recompensa. Y ahora, trata de comer algo más. Vuelves a estar bastante pálido.

Seregil despertó empapado de sudor, presa todavía del abrazo de la pesadilla. Apretó los ojos con todas sus fuerzas, tratando de aferrarse a las imágenes del sueño, pero, como de costumbre, no pudo recordar más que la imagen vaga de una figura alta que se cernía sobre él y la terrible sensación de que se estaba ahogando.

Micum ya había subido a cubierta. Seregil permaneció tendido un rato más, dormitando a medias mientras la primera y tenue luz de la mañana iluminaba la única ventana del camarote. ¿Estaba Alec despierto? ¿Veía la misma luz que él veía? Cada mañana desde que el viaje empezara se hacía las mismas preguntas. ¿Seguía Alec vivo? ¿Seguiría estándolo cuando el sol se pusiera?

Se frotó los párpados y sintió la humedad que se filtraba entre sus pestañas. Cada mañana era un poco peor que la anterior. Durante el día podía mantenerse ocupado, enterraba su miedo en la actividad. De noche simplemente cerraba los ojos y se entregaba a los sueños y las pesadillas.

Pero aquí, en el medio mundo del alba, no tenía defensas ni podía engañarse. La nostalgia que sentía de la presencia de Alec, la culpa y los remordimientos por haberlo arrastrado hasta allí, el arrepentimiento por no haberle dicho jamás lo mucho que le importaba... todo ello era como una herida abierta que se negara a curarse.

Y no había nada que pudiera hacer, salvo continuar hasta el fin.

Abandonó la litera, se puso una guerrera sobre la camisa y salió al exterior sin molestarse en abrocharla.

En la cubierta se volvió de cara al viento y abrió los brazos. La brisa fría y salada hizo que sus cabellos revolotearan desde la nuca, le abrió la guerrera, la hizo ondear y batió la camisa contra sus costillas.

Echó la cabeza atrás e inhaló profundamente, tratando de limpiarse la sensación de opresión que se había apoderado de él. Y mientras lo hacía, percibió un nuevo aroma en el aire, el olor de la tierra.

Se acercó a la barandilla de estribor y pudo ver desde allí una línea oscura e irregular de montañas que se manifestaban amenazantes entre la niebla como una promesa imposible de alcanzar. La estratagema del cambio de las velas había funcionado. Habían navegado hasta divisar la ribera noroeste de Plenimar sin tener un solo enfrentamiento.

Desde algún lugar situado a popa, Rhal gritó algo y Skywake dio una orden. Seregil miró en derredor en busca de Micum y lo encontró sentado sobre el mamparo delantero. Tenía un pequeño espejo apoyado sobre una rodilla y se estaba afeitando la barbilla con la ayuda de un cuchillo y una copa de agua.

Mientras se aproximaba, su amigo levantó la mirada y frunció el ceño al reparar

en su rostro.

—Otra mala noche, ¿eh?

—Peor aún. —Seregil se pasó los dedos por los cabellos que el viento le había despeinado—. Es como si alguien estuviese intentando decirme la cosa más importante del mundo en una lengua que no comprendo.

—Quizá Nysander pueda ayudarte cuando llegue.

—Si es que llega —replicó Seregil con indiferencia. Se sentía como si llevase años y no semanas a bordo del barco; Rhíminee, Nysander, Alec, las muertes que había dejado detrás... quizá todo formaba parte del mismo mal sueño.

Micum señaló con el cuchillo un pico solitario que había al norte.

—Rhal dice que ese es el Monte Kythes. Cree que podremos desembarcar esta noche. Hay un... ¡Por los Testículos de Bilairy, estás sangrando!

Dejó el cuchillo y la copa a un lado, se levantó y tiró de los cordeles sueltos de la camisa de Seregil.

—Maldición, es esa cicatriz. Ha vuelto a abrirse —susurró, mientras tocaba con un dedo el pecho de Seregil y le mostraba la sangre.

Utilizando el espejo de Micum, Seregil inspeccionó el pequeño chorrito de sangre que rezumaba de la superficie hinchada de la cicatriz. Podía incluso distinguir las débiles marcas dejadas por el disco y el pequeño agujero cuadrado del centro. Y también entrevió el reflejo de su rostro, macilento y ojeroso bajo la luz de la mañana. Se cerró la guerrera y abrochó los botones.

—¿Qué significa? —preguntó Micum.

—¿No recuerdas qué día es hoy? —replicó Seregil, taciturno.

Micum lo miró boquiabierto.

—Por la Llama, después de pasar tanto tiempo a bordo había perdido la cuenta.

—El decimoquinto día de Lithin —dijo Seregil mientras asentía—. Si Nysander y Leiteus acertaron en sus cálculos, la Lanza de Rendel debería aparecer hoy en el cielo.

Seregil vio cómo se mezclaban la preocupación y un temor reverencial en los ojos de su amigo mientras miraba por última vez la sangre de sus dedos y se los limpiaba.

—Tú sabías que, por encima de todo, accedí a venir a este viaje para protegerte, ¿verdad? —dijo Micum con tranquilidad.

—Sí.

—Bueno, sólo quería que supieras que empiezo a creer. Lo que quiera que te dejase aquella marca está empezando a hacer sentir su influencia sobre nosotros. Sólo espero que Nysander tenga razón e Illior sea el inmortal que nos guía.

Seregil tomó a su amigo por los hombros.

—Después de todos estos años, puede que por fin consiga hacer de ti un creyente de Illior.

—No si eso significa despertarme con la misma mirada que tienes esta mañana —contestó Micum.

—¿Todavía no has tenido sueños? —preguntó Seregil, intrigado por el hecho de que, de los cuatro, Micum fuera el único que parecía no haber experimentado premoniciones de ninguna clase.

Micum se encogió de hombros.

—Ni uno. Como siempre te he dicho, peleo mejor cuando estoy despierto.

La montaña se hacía más y más grande y más y más amenazadora conforme avanzaban hacia ella a lo largo de la costa. Desde aquella distancia parecía que se alzaba directamente desde el mar, y su cima estaba oculta detrás de un manto de nubes.

—El Pilar del Cielo, ¿eh? —comentó Rhal, de pie junto a Seregil y Micum aquella tarde—. Bueno, no puede negarse que le pusieron un nombre apropiado. ¿Cómo demonios pretendéis encontrar ese templo en un lugar tan grande?

—Está cerca de la costa —replicó Seregil en voz baja mientras se frotaba de forma ausente la pechera de la casaca; Micum había cubierto el círculo de carne viva con una tira de lino acolchada.

Extrañamente, la herida apenas le dolía.

—Bueno, hará falta cierta destreza para desembarcar. —Rhal se escudó los ojos del sol y escudriñó la ribera. Habían tenido tiempo despejado durante todo el día, pero un viento empezaba a soplar desde el oeste para encabritar las olas y azotar la espuma de sus crestas blancas—. Hay rompientes por todas las rocas. La mayor parte de la costa está formada por acantilados y salientes rocosos. Tendréis que navegar siguiendo la costa hasta que veáis un lugar apropiado para desembarcar.

—¿Está preparado el bote?

Rhal asintió sin apartar la mirada de la distante costa.

—Agua, comida y todo lo que pedisteis. Yo mismo me he encargado de ello. Podéis partir en cuanto hayáis recogido vuestro equipaje.

—Entonces será mejor hacerlo cuanto antes —dijo Micum—. Ha pasado algún tiempo desde la última vez que navegamos. No quiero aventurarme en este mar sin tener algunas horas de luz por delante.

Cuando el último saco y el último barril hubieron sido embarcados a bordo del bote de estribor de *La Dama*, Seregil y Micum se despidieron de Rhal.

—Buena suerte —les deseó el capitán mientras les estrechaba las manos—. Sea lo que sea lo que vayáis a hacer allí, enviad a algunos de esos bastados plenimaranos al infierno por mí.

—Nada me haría más feliz —le aseguró Micum.

—Permaneced alejado de la costa tanto tiempo como os sea posible —le dijo

Seregil—. Si no hemos regresado al cabo de cuatro o cinco días, o si os descubren, poned rumbo al norte y dirigíos al primer puerto amigo que encontréis.

Rhal sostuvo la mano de Seregil un momento más.

—Por el Viejo Marinero, que cuando todo esto termine me gustará escuchar la historia de vuestros labios. Cuidaos y encontrad a ese muchacho vuestro.

—Así lo haremos —le prometió Seregil mientras subía al bote. Se acurrucó junto a Micum y aferró con ambas manos uno de los cabos que aseguraban el pequeño mástil del bote.

—¡Sujetaos fuerte! —gritó Rhal mientras sus hombres empezaban a bajarlo—. Esperad hasta que estemos bien lejos para largar la vela. ¡Buena suerte, amigos!

La pequeña embarcación se balanceó peligrosamente mientras descendía por el costado del navío, que no dejaba de cabecear. Las olas la azotaron mientras se acercaba a la superficie del agua y luego empezaron a entrar por el costado. Sujetos lo mejor posible, Seregil y Micum esperaron hasta que se hubieron separado de *La Dama* y entonces desplegaron la vela triangular.

El pequeño bote se escoró abruptamente mientras cogía otra ola de costado. Micum se colocó en la caña del timón y lo volvió de cara al viento mientras Seregil cazaba el cabo de la vela. En cuanto estuvieron convenientemente encaminados sobre las olas, enrolló el cabo en un fiador y empezó a achicar agua.

—Tú eres el Guía —dijo Micum mientras se encogía de hombros y se colocaba más confortablemente junto a la caña—. ¿Qué hacemos ahora?

Seregil escudriñó la distante costa.

—Como Rhal ha dicho, aproximarnos y cabotar hasta que encontremos un lugar para desembarcar.

—La costa es muy larga, Seregil. Podríamos acabar a kilómetros de distancia del templo.

Seregil volvió a achicar agua.

—Si de verdad soy el Guía de la profecía de Nysander, es posible que reconozca el lugar cuando lo vea.

Sus palabras sonaron débiles y poco convincentes, incluso para él mismo, pero no sabía qué otra cosa podía decir. Ciertamente, aquel no parecía el momento más apropiado para confesar que, a excepción de algunos sueños fragmentados y la cicatriz sangrante de su pecho, no había visto nada que se pareciera ni remotamente a una guía divina.

Como Rhal había señalado, gran parte de la costa estaba formada por acantilados y salientes rocosos. El estruendo del oleaje corría sobre la mar hasta ellos, y podían ver la espuma levantada por el choque contra los rompientes. Grandes bloques de granito rojizo se alternaban en desorden con estratos de basalto negro entre las aguas y los árboles que había más allá.

Hasta donde alcanzaba su vista, la tierra parecía desolada y desierta. Las colinas estaban cubiertas por bosques oscuros. Más arriba, el severo y rocoso pico de la montaña se erguía con inhóspita majestad contra el cielo del atardecer. A su espalda, el sol poniente proyectaba sobre la escena una luz espesa y dorada que pareció realzar por un momento los colores del agua, el cielo y la piedra.

Grandes bandadas de patos y gansos marinos flotaban sobre las olas, más allá del alcance de los rompientes. Y por encima de ellas, las gaviotas proferían sus silbantes llamadas mientras daban vueltas y planeaban.

—Nunca pensé que pondría el pie en suelo plenimarano —observó Micum mientras se aproximaban—. Tengo que admitirlo, es un país hermoso.

El sol se hundió un poco más tras el horizonte. De cuclillas sobre la proa, Seregil escudriñaba con intensidad casi frenética la severa costa.

—Es posible que pasemos la noche aquí —dijo Micum mientras esquivaba una roca.

—Es posible que tengas... ¡Espera!

El bosque era muy denso allí, pero divisó el parpadeo amarillo de una hoguera entre las sombras que cubrían una ensenada.

—¿Has visto eso?

—Podría ser una fogata. ¿Tú qué dices?

—Vamos a echar un vistazo.

Micum guió la embarcación hasta la cala y descubrieron que en su interior se escondía una diminuta y resguardada playa. Más allá de la línea de la marea, ardía un fuego acogedor que iluminaba la densa maraña de árboles situados tras la playa.

—Parece más bien una hoguera de señales —susurró Micum mientras viraba en la misma playa—. Podría tratarse de piratas o pescadores.

—Sólo hay una manera de averiguarlo. Tú quédate en el bote.

Después de echarse al agua, que le llegaba hasta las caderas, desenvainó la espada y se dirigió a tierra.

La playa se encontraba en la entrada de una profunda hendidura en el saliente rocoso, por lo que una aproximación oblicua resultaba imposible y, además, la luz sesgada de la tarde la iluminaba como si fuera un escenario. La propia playa estaba formada por pequeñas y suaves piedrecillas que crujían y traqueteaban bajo sus botas mientras caminaba hacia el fuego.

Igual daría que llevase un cascabel en el cuello, pensó, incómodo, mientras en su mente imaginaba arqueros que lo observaban desde los salientes y soldados ocultos en la espesura.

Pero la cala estaba desierta. Se detuvo y escuchó cuidadosamente. Por encima del suspiro del viento percibió la lúgubre música de las palomas y las currucas entre los árboles, y el graznido de una urraca que acechaba en los cercanos bajíos. Nadie los

estaba perturbando.

Alentado pero cauteloso, continuó caminando sobre los guijarros en dirección al fuego. No había señales de quienesquiera que lo hubiese encendido, ningún equipaje, ningún resto. Mientras se aproximaba un poco más, advirtió con un sobresalto que el fuego no emitía calor alguno. Era una ilusión.

Una rama se partió en el bosque y él se agachó, preparado para una emboscada. Una figura alta y delgada apareció entre los árboles.

—Por fin has llegado, querido muchacho —lo saludó en eskaliano una voz familiar.

—¿Nysander? —todavía inquieto, Seregil permaneció donde se encontraba mientras el mago se bajaba la capucha. Nysander vestía una vieja casaca y unos pantalones sueltos, y se cerraba la gastada capa alrededor del cuello con el viejo broche que siempre había usado.

Cuando apareció a la luz del fuego, Seregil exhaló un jadeo sobresaltado. Tenía un aspecto fantasmal. Su rostro era del color del hueso y sus arrugas eran más profundas que nunca. Y lo que era peor, parecía encogido sobre sí mismo, empequeñecido, como la nudosa caricatura de un anciano tallada en puro marfil. Sólo parecía haber conservado intactos los brillantes ojos y la familiar calidez de la voz.

Sin embargo, la sorpresa de aquel inesperado encuentro había alimentado la cautela de Seregil. Sofocó el impulso de abrazar a su viejo amigo, mantuvo la distancia y preguntó:

—¿Cómo nos has encontrado?

El rostro de Nysander pareció agriarse.

—Por la sangre que dejaste a Magyana, claro. Hizo falta algún preparativo y un poco de magia, pero aquí estoy.

Seregil envainó la espada y dio al anciano un alegre apretón.

—Sabía que lo lograrías. Pero ¡por la Luz, tienes un aspecto espantoso!

—Y tú también, querido muchacho —rió el anciano.

Micum arrastró el bote hasta la playa y corrió para reunirse con ellos.

—¿Quieres decir que estabas aquí, esperando a que llegáramos? —dijo, mientras miraba a Nysander de arriba abajo, asombrado—. ¿Cómo lo sabías? ¿Y por qué no nos has enviado un mensaje con magia?

—Cada cosa a su tiempo —suspiró el viejo mago mientras se dejaba caer sobre un madero que la corriente había arrastrado a la playa y hacía desaparecer con un gesto la ilusoria hoguera—. Debo admitir que yo estoy igualmente aliviado de veros. Empezaba a temer que me hubiera equivocado.

—¿Sabes algo de Alec? —preguntó Seregil, esperanzado, mientras se sentaba a su lado.

—No, pero no debes desesperar —dijo Nysander. Le dio unas palmaditas en el

hombro—. Si estuviera muerto, yo lo sabría. La fuerza de la profecía nos une un poco más a cada día que pasa.

Micum reunió algunas ramas que yacían diseminadas por toda la playa y sacó un guijarro de fuego de una bolsa de su cinturón.

—Bueno, yo no he tenido sueños ni visiones, pero cuanto más veo de este asunto, más dispuesto estoy a creer en todo ello. Por la Llama, Nysander, mírate. ¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí?

—Mírame, sí —replicó Nysander. Parecía bastante triste—. Uno no regresa de un viaje como el que yo he hecho por cortesía de la *dyrmagnos* sin parecer un poco fatigado. Pero ha habido algo bueno en todo ello. Mientras mi cuerpo se curaba, mi mente vagaba libre entre sueños y visiones. Creo que sé cómo encontrar el templo que estamos buscando. Una gran piedra blanca rodeada por varias negras marca el lugar. Y está cerca del mar.

La decepción se asentó en el estómago de Seregil como una mala cena.

—¿Eso es todo? ¿Me estás diciendo que en los centenares de kilómetros cuadrados que rodean a la montaña tenemos que encontrar *una* roca?

—No es mucho para empezar —señaló Micum con el mismo escepticismo.

Y, sin embargo, Nysander parecía completamente tranquilo.

—La encontraremos —les aseguró—. Eso no garantiza que tengamos éxito, pero la encontraremos.

—Yo también he estado teniendo sueños —le dijo Seregil.

—Más que eso —gruñó Micum—. Muéstrale tu pecho.

Seregil se quitó la venda y le enseñó a Nysander la costra amarillenta que se había formado alrededor de la cicatriz.

—Debe de ser alguna clase de señal. Leiteus aseguraba que el cometa aparecería esta noche.

—Indudablemente lo es —asintió Nysander—. Que sea un buen augurio o no, está todavía por ver. Cuéntame tu sueño.

Seregil recogió una piedra con forma de chuchillo y la frotó entre sus manos.

—Nunca puedo recordar demasiado, sólo la imagen de una figura con una cabeza deformada que me mira a través del agua mientras estoy sumergido. ¿Puedes hacer alguna cosa para que recuerde algo más?

Nysander sacudió la cabeza.

—Debo conservar mis fuerzas y mi magia. Me ha costado mucho recobrar lo poco que tengo y será necesario para lo que nos espera. Incluso la hoguera que utilicé para llamaros fue obra de la magia de Magyana. Por lo que se refiere al sueño, debe de ser alguna clase de preparativo para la tarea que nos espera.

Micum se pasó una mano por su tupido pelo rojizo y suspiró.

—¿Podrías ser un poco más específico?

Nysander asintió.

—Antes del ataque contra la Oréska, esperaba no tener que contaros esto nunca. Después, no me fue posible. Como Seregil te ha dicho, existe una profecía que nombra a cuatro individuos, el Guardián, el Astil, la Vanguardia y el Guía. Yo soy el Guardián y lo he sido desde los tiempos de mi aprendizaje con Arkoniel. Lo que guardábamos bajo la Casa Oréska era un fragmento de un objeto nigromántico llamado el Yelmo de Seriamaius.

—El cuenco —le interrumpió Seregil.

Nysander lo miró, sorprendido.

—¿Cómo demonios sabes eso?

—Más visiones —le dijo Micum mientras arrojaba más madera al fuego. El sol estaba desapareciendo bajo el mar y las estrellas se desplegaban como un velo de diamantes sobre ellos.

—Sí, era un cuenco —prosiguió Nysander—. Y luego Alec y Seregil me trajeron el disco de madera. Poco antes de la Fiesta de Sakor, envié a Seregil a buscar un tercer objeto, una corona que estaba escondida en lo más profundo de las montañas Ashek. Supo de inmediato, tanto por la condición de los cuerpos sacrificados que encontró allí como por la magia malvada que la rodeaba, que estaba relacionada con el disco. Sin embargo, yo no le dije nada y le hice jurar que guardaría el secreto. Ni siquiera Alec lo supo.

—Sigo sin comprender dónde encaja un yelmo en todo esto —dijo Micum.

—La apariencia de los objetos esconde su verdadera forma. Los nigromantes que los crearon los protegieron con poderosos hechizos. ¿Quién podría suponer, aun teniendo todas las piezas en su mano, que un tosco cuenco de arcilla, una corona de cristal y un puñado de discos de madera podrían pertenecer a un mismo todo?

—¿Y qué es lo que hacen cuando son reunidos?

—El objeto fue creado con el propósito de canalizar el poder del dios oscuro. Nadie sabe cuánto tiempo se tardó en crear los diferentes elementos o qué clase de magia se utilizó para ello. Apareció por vez primera hacia el final de la Gran Guerra, cuando se entregó a un hombre al que llamaban el *Vatharna*, o elegido. Afortunadamente, los magos de Eskalia y Auréren pudieron derrotarlo antes de que manifestase la totalidad del poder del Yelmo.

—¿Quieres decir que ese *Vatharna* acabaría con el tiempo teniendo todos los poderes de su dios muerto? —preguntó Micum.

—Nadie conoce cuál podría haber llegado a ser el verdadero alcance de sus capacidades, pero existen evidencias de que incluso, en el corto tiempo que existió, el Yelmo concedió a su portador terribles poderes nigrománticos. Si no hubiera sido desmantelado entonces, dudo que nadie hubiera podido derrotar al *Vatharna*.

Seregil sacudió la cabeza con lentitud.

—Entonces, ¿esos viejos cuentos sobre ejércitos de muertos vivientes decían la verdad?

—Es probable al menos que hubiera algo de cierto en ellos.

—Has dicho desmantelado, no destruido —señaló Micum.

—Así fue, por desgracia para las posteriores generaciones. Los magos lograron reducirlo a sus elementos componentes, pero antes de que hubieran conseguido averiguar como destruirlos, las fuerzas plenimaranas contraatacaron tratando de recuperarlos. Cuando fue evidente que la posición eskaliana acabaría por ceder, seis magos fueron elegidos para huir con las piezas y esconderlas. Sólo uno de ellos volvió a ser visto con vida.

—El que se llevó el cuenco —dijo Seregil.

—Reynes í Maril Syrmanis Dormon Alen Wyvernus. Fue él el que, al cabo de mucho tiempo, crearía la cámara del último subterráneo de la Oréska, y también fue él el que transmitió los deberes del Guardián a su sucesor, Hyradin, quien a su vez los transmitió a Arkoniel, quien por fin me los transmitió a mí. Ni la Reina ni el Concilio de la Oréska supieron jamás de la presencia del cuenco en la Casa. Y todos los que trataron de averiguar su secreto fueron asesinados.

—¿Los Guardianes ni siquiera confiaban en los otros magos? —preguntó Micum.

—¿A quién podría confiarse tal conocimiento? El Dios Muerto comprende mejor que nadie los rincones oscuros del alma humana. El miedo, la lástima, el remordimiento, la codicia, el ansia de poder... estas son las armas más poderosas del Devorador de la Muerte.

—¿Thero lo sabía? —preguntó Seregil.

—No, no estaba preparado para saberlo. —Nysander apoyó una mano sobre el hombro de Seregil—. Parte de mi pena al perderte como aprendiz se debía al hecho de saber que hubieras sido un sucesor tan valioso. Desde el primer día que te vi, supe en lo más profundo de mi corazón que estabas capacitado para asumir la carga. Cuando descubrimos que no podías aprender magia, mi decepción fue terrible. Pero ahora veo que no me había equivocado sobre tu valor, sólo sobre el papel que estabas destinado a desempeñar. Todo cuanto aprendiste después de dejarme, la vida que seguiste, todo ello te ha preparado para convertirte en el Guía.

Seregil frunció el ceño.

—¿Crees que los dioses me convirtieron en un ladrón y un espía sólo para que pudiera robar el disco a Mardus? ¿Es que mi vida entera no ha significado más que esa sencilla tarea? ¡Me niego a creer eso!

—No, no del todo —dijo Nysander—. ¿Recuerdas que te dije que siempre había existido un Guía en alguna parte, al igual que los demás personajes de la profecía? Quizá tu vida no hubiera sido diferente de no haber existido el Yelmo, pero siendo lo que eres, tú eres el Guía. Había especulado sobre ello muchas veces a lo largo de mi

vida, pero sólo después de que me trajeras el disco empecé a creerlo. Y cuando les arrebataste la corona a los plenimaranos, recé para que hubiera sido sólo buena suerte y confié en que, manteniéndome vigilante, podría mantener alejadas todas las piezas de las manos de Mardus e impedir su reunión.

—¿Entonces ya habías oído hablar de Mardus?

—Sólo sabía que era un hijo bastardo del Señor Supremo, un noble de tremenda habilidad y ambición y uno de los espías más formidables de Plenimar. Pero ahora sospecho que pretende convertirse en el *Vatharna*.

—Parece el hombre apropiado para ello —dijo Micum, con el ceño fruncido—. Pero todavía no nos has contado de dónde proviene la profecía o lo que dice.

—Nadie salvo los Guardianes ha sabido jamás de su existencia o ha conocido su significado —replicó Nysander solemne—. Cuando todavía era joven, el segundo Guardián tuvo una visión durante su sueño. Desde entonces se ha transmitido de un Guardián al siguiente como nuestra mayor fuente de esperanza. «El Sueño de Hyradin» es éste: «Y así vino el Hermoso, el Devorador de la Muerte, para desnudar la osamenta del mundo. Ataviado con la carne del Hombre, vino coronado con un yelmo de oscura noche y nadie podía resistir a este Uno salvo una compañía del sagrado número. El primero será el Guardián, un vehículo de la luz en medio de la oscuridad. Entonces vendrán el Astil y la Vanguardia, que fracasarán y, sin embargo, no fracasarán, si el Guía, Aquel que Está Oculto, sigue adelante». Esta misma profecía nombra el Pilar del Cielo y habla del templo que hay en él.

—Todo eso no es de mucha más ayuda que tu sueño —gruñó Micum.

Pero Seregil sintió que un estremecimiento helado lo recorría por dentro al recordar las visiones que había experimentado mientras estuvo en contacto con esas piezas: las escenas de muerte y los coros de agonía.

—Entonces, todo lo que Mardus ha hecho desde que Alec y yo nos topamos con él en Herbaleda, el disco, Rythel, y la estratagema de las alcantarillas, el ataque contra ti, ¿ha tenido el mismo propósito, volver a reunir las piezas del Yelmo?

—Por supuesto. Y hacerlo en el momento y el lugar apropiados. Ese momento llegará durante el eclipse solar, dentro de cinco días.

—Ya lo habíamos supuesto después de hablar con tu amigo el astrólogo —dijo Seregil.

—Bien hecho. Ahora que los tres volvemos a estar juntos, debemos encontrar el templo. Los dioses decidirán dónde nos conducen desde allí. Esta vez el Yelmo *debe* ser destruido, y para ello debemos permitir que sea forjado de nuevo...

—¿Qué? —balbució Seregil.

—Es la única manera de asegurarse de que no falta ninguno de los fragmentos —continuó Nysander—. Arkoniel pensaba que ese era el único curso de acción posible, y yo creo que tenía razón. Si el conocimiento transmitido por Reynes í Maril es

correcto, entonces hace falta un cierto tiempo para que el poder del Yelmo se reúna, y aún más para que se incremente hasta alcanzar su totalidad. Por tanto, una vez que el Yelmo haya sido forjado de nuevo, tendremos una oportunidad de actuar. Como Guardián, os conmino a jurar por vuestra vida y vuestro honor que haréis lo que sea necesario para destruir el poder del Yelmo. ¿Lo juráis?

—Tienes mi palabra. —Micum extendió la mano. Nysander la tomó y ambos se volvieron hacia Seregil.

Titubeó, jugueteando con la piedra, mientras una incomprensible sensación de recelo se apoderaba de él.

—¿Seregil? —Nysander enarcó una ceja.

Seregil se sacudió de encima la aprensión, arrojó la piedra a un lado y unió su mano a las suyas.

—Tienes mi palabra...

Pero en cuanto sus manos se tocaron, un agudo dolor estalló en su pecho, como si acabase de ser atravesado por una flecha. Jadeando, se llevó una mano a la cicatriz.

Micum le apartó la mano, abrió la casaca y apartó cuidadosamente el vendaje.

—Estás sangrando otra vez —dijo, mientras mostraba a Nysander y al propio Seregil la tira de lino manchada de sangre.

—No es nada —dijo Seregil con voz ronca—. Debe de haberse abierto cuando me he movido.

—¡Mirad allí! —exclamó Nysander al tiempo que señalaba hacia el cielo. Hacia el este, una distante veta rojiza había aparecido contra el blanco manto de estrellas.

—¡La Lanza de Rendel! —exclamó Micum.

Contemplaron el cometa un momento, sumidos en un completo silencio, y entonces Nysander dijo en voz baja:

—Los nigromantes lo conocen por un nombre diferente.

—¿Cuál es?

—*Met'ar Seriami* —contestó el mago—. El Brazo de Seriamaius.

43

HACIA EL NORTE

—*¡Met'ar Seriami!*

Recortado contra la luz del crepúsculo mientras se erguía sobre la plataforma de combate de proa, Mardus alzó una mano hacia el centelleante haz que acaba de hacerse visible en el este, sobre el horizonte. Sus hombres prorrumpieron en gritos de victoria.

La muchedumbre reunida en la cercana costa coreó su grito mientras agitaba antorchas y disparaba flechas llameantes sobre la ensenada. La oscuridad se llenó con el rumor de los tambores.

Incluso antes de que lo sacaran a la cubierta, Alec había empezado a notar los cambios que se producían en la rutina del barco.

Primero, aquella mañana no lo habían llevado a la cubierta para que diera su paseo diario con Mardus. Luego, los guardias le habían traído una larga túnica, la primera prenda que tenía desde que lo capturaran.

Mientras el interminable día se extendía, sintió que el barco variaba su rumbo y supuso que se estaban aproximando a la costa de Plenimar.

Al llegar la tarde descubrió que estaba en lo cierto. Cuando finalmente Thero y él fueron llevados a cubierta, el *Kormados* estaba echando el ancla frente a una costa desolada. Desolada, pero no inhabitada.

Había un campamento en ella y podía ver una masa de hombres vestidos con uniformes negros que saludaban excitados al barco.

A bordo, Alec sentía un aire de expectación. Todo el mundo parecía estar mirando hacia el este, hacia el horizonte, mientras el sol se ponía. Y finalmente, mientras aparecía el cometa entre las estrellas, un punto de luz roja claramente visible bajo la luna creciente, estalló en la cubierta un gran grito de triunfo.

Erguido allí, entre los centinelas, Alec se inclinó hacia Thero y dijo:

—Mira allí. ¡Una estrella del infortunio! ¿La ves?

—Estrella del infortunio para ti, quizá —se burló el capitán Tildus con tono desdeñoso—. Gran señal para nosotros. Lord Mardus y *voron* dijeron hoy hay gran señal.

—¿Qué acaba de decir Mardus...? ¿Mederseri?

—*Met'ar Seriami*. —Tildus buscó las palabras en eskaliano para explicárselo—. Es «El Brazo de Seriami». Una gran señal, ya he dicho.

—¿Seriami? ¿Al que nosotros llamamos Seriamaius? —una vaga sensación de miedo se apoderó de Alec mientras Tildus asentía—. *Aura Elustri mal...*

—Cierra boca —gruñó Tildus al tiempo que lo sacudía violentamente por el brazo—. Tu dios de locura no es aquí. Seriami come corazón de dioses falsos.

No había ningún otro prisionero. Les habían dado a Alec y a Thero ropas limpias antes de subirlos a cubierta y tenían las manos fuertemente atadas a la espalda.

Thero actuaba como un sonámbulo. Obedecía órdenes sencillas y se movía cuando se le ordenaba. Por lo demás, permanecía inmóvil y su expresión no revelaba nada sobre los pensamientos, si es que los había, que atravesaban su mente. Los grilletes de hierro de sus muñecas brillaban con suavidad bajo la luz de las antorchas mientras se movía, y los ilegibles caracteres grabados sobre sus bruñidas superficies parecían fundirse con las mismas sombras.

Ese es el secreto, pensó Alec, convencido de que éstos, y no el artilugio de la cabeza, eran la fuente de su control sobre Thero. Si pudiese quitárselos de alguna manera...

Sobre la cubierta reinaba una actividad considerable. Mardus e Irtuk Beshar permanecían juntos, en la base de la plataforma, charlando tranquilamente y en voz baja mientras sus equipajes eran traídos desde los camarotes y apilados junto a la barandilla.

El capitán Tildus y unos pocos de sus hombres desembarcaron en un bote y regresaron con noticias. Aunque Alec no comprendía lo que estaban diciendo, saltaba a la vista que Mardus estaba complacido con el informe de Tildus. Cuando hubieron terminado, el capitán empezó a dar órdenes a gritos y los marineros se apresuraron a preparar el resto de los botes para partir.

Mardus cruzó la cubierta hasta el lugar donde permanecían Thero y Alec con sus guardias.

—A partir de aquí continuaremos nuestro viaje por tierra —le dijo a Alec—. Thero está adecuadamente controlado y no espero que me cause dificultades. Pero tu caso es diferente —se detuvo y la cicatriz que había bajo su ojo izquierdo se ensanchó mientras sonreía—. Ya has demostrado ser un huésped bastante escurridizo y no me cabe la menor duda de que, una vez que estemos en tierra firme, intentarás escapar. Te prevengo, será un intento fútil y de consecuencias extremadamente desagradables, pero no fatales.

—¿Más desagradables que el que me abran el pecho con un hacha? —musitó Alec al tiempo que levantaba los ojos y lo miraba feroz.

—Infinitamente —los ojos de Mardus eran tan profundos como el cielo de la noche y no menos enigmáticos. Giró sobre sus talones y se alejó por donde había venido para supervisar a sus hombres.

Tiritando a pesar de la ropa que llevaba, Alec se volvió para mirar al cometa que brillaba sobre el extremo del mundo. Puede que esta no fuera la noche de la ceremonia, pero no podía estar demasiado lejos.

Fueran cuales fuesen los planes de Mardus, era indudable que el cometa tenía alguna significación.

En algún lugar de aquella sombría costa se encontraba su destino. Y su muerte.

Sólo una corta distancia lo separaba de la barandilla, pensó. Si se movía con rapidez podría esquivar a los guardias, tomarlos por sorpresa y saltar.

¿Y luego qué? Alec casi podía ver a Seregil, mirándolo ceñudo e impaciente desde las sombras. Asumiendo que pudieras nadar con las manos atadas a la espalda, sólo hay unos doscientos soldados allí, por no mencionar a los nigromantes. ¿O es que estabas planeando coger aire y sumergirte hacia la negrura? Y, por cierto, ¿qué pasaría en ese caso con Thero?

Alec apretó los puños mientras la desesperación amenazaba con apoderarse de nuevo de él. No estaba preparado para morir y sabía que no podía abandonar a Thero. Ni siquiera sabía qué parte de culpa tenía el joven mago de todo ello, si es que tenía alguna; la confusa confesión que le había ofrecido el joven mago estaba demasiado contaminada por las manipulaciones de Irtuk como para que Alec le diera crédito, aunque las dudas que reinaban en su mente eran bien reales. No obstante, fuera culpable o no, no lo abandonaría.

—Ahora tú —ordenó uno de los guardias mientras lo empujaba hacia el último bote. Era demasiado tarde para hacer otra cosa que no fuera obedecer.

Illior y Dalna, dioses de mis padres, suplico vuestra ayuda, rezó en silencio mientras empezaba a avanzar. Pero, cuando se acercaba a la barandilla, descubrió en su camino, medio escondido bajo la sombra de un mamparo, algo que ya había desesperado de encontrar.

Un clavo.

De cinco centímetros de longitud, cuadrado y ligeramente doblado por el uso, se encontraba a menos de metro y medio de él.

Durante un momento terrible, Alec estuvo seguro de que los guardias también lo habían visto, de que alguien se lo llevaría si se atrevía siquiera a volver a mirarlo. Quizá el propio Mardus lo había dejado allí como una última prueba cruel.

Sólo había una manera de averiguarlo.

El guardia volvió a empujarlo, con menos contemplaciones esta vez. Alec fingió que tropezaba y cayó de bruces al suelo.

La caída había sido dura, pero cuando abrió los ojos, el clavo se encontraba a dos centímetros de su cara. Se movió como si estuviera intentando ponerse en pie, giró rápidamente sobre el clavo y lo cogió entre los labios y los dientes. Cuando por fin los guardias se inclinaron para ponerlo en pie, lo tenía bien guardado en la boca.

Había sido así de sencillo.

—¿Qué es todo ese jaleo de allí abajo? —preguntó Beka mientras se reunía con los exploradores que vigilaban el campamento plenimarano desde la cresta de la colina.

La columna plenimarana se había dirigido sin pausa hacia el norte desde que

Beka y sus jinetes empezaran a seguirla. Después de tres días se habían detenido en aquella franja solitaria de terreno frente al Mar Interior. Beka y sus hombres guardaban las distancias y utilizaban los caballos plenimaranos cuando tenían que aproximarse más, para no dejar huellas que pudiesen traicionar su presencia.

Durante los dos últimos días, el enemigo había permanecido inmóvil sin propósito aparente. Sin embargo, poco antes de la puesta del sol, había aparecido un navío de guerra plenimaranos desde el oeste y había echado el ancla cerca del campamento.

—Parece que alguien está desembarcando —dijo Rhylin. Al día le quedaba poca luz y tenía que entornar la mirada para poder distinguir algo—. Pero ¿a qué viene toda esa algarabía? Están gritando y agitando las antorchas de un lado a otro.

—Puede que sea por eso —dijo Kallas de pronto. Estaba señalando al cielo.

Al levantar la mirada, sus compañeros pudieron ver el llameante haz de luz que avanzaba lentamente por el cielo desde el este.

—¡Por el Amor del Hacedor, una estrella del infortunio! —musitó Jareel al tiempo que hacía un gesto de protección.

—Si alguna vez he visto un presagio, yo diría que es éste —dijo Rhylin antes de imitarlo—. Y si es lo que les hace estar tan contentos, no me gusta nada.

Beka nunca había visto un cometa y, sin embargo, la visión de éste trajo consigo una extraña sensación de familiaridad, muy similar a la que había experimentado la primera vez que oyera el ruido de las olas, unas noches antes. Sin embargo, esta vez era más intensa, más inquietante. Y había también una sensación extraña, nueva... la sensación de que las cosas estaban sucediendo como debían.

—¿Teniente?

Beka se volvió. Los demás la observaban con aire solemne bajo la menguante luz.

—¿Podéis distinguir alguna insignia en el barco? —preguntó.

—Navega sin bandera —respondió Rhylin—. Tampoco hemos visto que desembarcaran ningún cargamento, sólo gente. ¿Qué hacemos ahora?

—Podríamos acercarnos para echar un vistazo cuando haya oscurecido —sugirió Steb, esperanzado.

—Al estilo *Urgazhi*, entrar rápido, salir rápido —añadió Rhylin, poniéndose de su parte.

Beka consideró con cuidado sus limitadas opciones antes de responder. Compartía su frustración, sabía lo desesperados que estaban por hacer algo. Desde que seguían a la columna de prisioneros, más de una vez había distinguido fugazmente a Gilly y Mirn entre ellos, tambaleándose bajo el peso de los tablones que les habían clavado a las manos. Al final, sin embargo, seguía pesando más el hecho de que eran sólo catorce contra un centenar o más.

Sacudió la cabeza lentamente.

—Todavía no. Si mañana no se han puesto en marcha, volveré a considerarlo, pero no puedo permitirme el lujo de perder a uno solo de vosotros. Por ahora esperaremos y, si mañana se ponen en marcha hacia el norte, los seguiremos.

Steb se volvió y se marchó, furioso, y algunos de los otros gimieron.

—¡Al menos sabemos que nadie va a marcharse por mar! —exclamó Rhylin mientras volvía a señalar con ademanes hacia el mar.

El barco estaba ardiendo. Mientras lo observaban boquiabiertos, los aparejos se incendiaron y el fuego se extendió a las velas.

—¡Por los Testículos de Bilairy, lo están echando a pique! —dijo Jareel con voz entrecortada—. Un incendio no se habría extendido a esa velocidad a menos que fuera intencionado. ¿Pero qué demonios pretenden?

Beka se sentó con las piernas cruzadas sobre la hierba mientras observaba el reflejo de las llamas danzando sobre las aguas.

—Supongo que tendremos que seguir como hasta ahora hasta que lo averigüemos.

Al día siguiente, los guardias de Alec lo despertaron antes del amanecer y lo llevaron hasta una jaula de hierro montada en la parte trasera de una pequeña carreta, como las que utilizaban los domadores para transportar a sus animales. Un grueso colchón cubría el suelo y había un lienzo sobre la parte superior. Todavía conservaba un rastro tenue del olor de sus últimos ocupantes.

Thero ya se encontraba dentro, sentado en la esquina más alejada con las piernas cruzadas. Le habían desatado las manos, al igual que a Alec, y le habían permitido conservar la túnica y la capa.

—Bonita pareja de osos roñosos —se burló Ashnazai, que acababa de aparecer detrás de Alec, al otro lado de los barrotes.

Alec se apartó de él, aunque no había ningún sitio a donde ir; la jaula apenas tenía tres metros de lado.

—Lord Mardus estará muy atareado ahora que hemos desembarcado, así que a partir de ahora seré yo el que se ocupe de ti.

Pasó las manos alrededor de los barrotes y Alec vio que del hierro empezaban a brotar chispas azuladas, como si la jaula hubiese sido golpeada por un relámpago. Dio un respingo, alarmado y Ashnazai esbozó su fina y desagradable sonrisa. Bajo la clara luz de la mañana, su piel adquiría una apariencia húmeda y malsana, como si fuera la carne de un hongo venenoso.

—No temas, querido Alec. Mi magia no te hará daño. No, a menos que intentes escapar. Y, por supuesto, eres demasiado inteligente como para hacer algo tan estúpido.

Se marchó sin dejar de sonreír. Con aquella túnica marrón y polvorienta agitada

por la brisa marina, parecía un espantapájaros.

El odio hervía en las venas de Alec. Nunca había sentido tales deseos de matar a alguien. Cuando Ashnazai desapareció tras una fila de tiendas de campaña, volvió su atención al campamento que lo rodeaba.

La parte trasera de la carreta ofrecía una buena vista. Desde allí podía ver las filas de pequeñas tienda blancas pertenecientes a los soldados, así como a los caballos, atados detrás de ellas. La columna que se había unido a ellos después de que desembarcaran estaba formada al menos por cincuenta jinetes y una multitud de personas que no vestían de uniforme. Parecían prisioneros, aunque estaba demasiado alejado de ellos como para estar seguro. Dormían al raso, vigilados por soldados y arqueros.

Por su parte, Mardus había traído consigo al menos una docena de hombres. En conjunto formaban una fuerza formidable, ataviados todos ellos con el uniforme negro de los soldados de marina. Desde el otro lado de la jaula podían divisarse los restos humeantes del *Kormados*, abandonados en los bajíos como el esqueleto de un leviatán.

¿Qué ha sido de la tripulación?, se preguntó. Habían quemado hasta los botes.

No reconoció a los dos soldados que le trajeron el desayuno poco tiempo después. Habló con ellos con la esperanza de que supieran un poco de eskaliano. Si era así, no lo demostraron. Después de mirarlo de forma despectiva, intercambiaron algunas palabras, escupieron al suelo y se apartaron unos pasos para reunirse con el resto de la guardia a la que se le había encomendado su custodia.

La verdad es que Alec no había esperado otra cosa. Sentado junto a Thero, puso un poco de pan en la mano del joven mago. Al ver que éste no hacía nada, le ordenó:

—Come.

Thero se llevó el pan a la boca y le dio un mordisco. Las migas le cayeron en la barba mientras masticaba y tragaba lentamente. Alec se las limpió y le dio una copa de agua.

—Bebe —ordenó con voz abatida.

La columna formó a mediodía y se puso en marcha en dirección norte a lo largo de la costa. El Plenimar noroeste era una tierra salvaje y desigual. El camino que estaban siguiendo discurría dando vueltas y vueltas a través de pantanos, prados y bosques de pinos y robles, siempre bajo la sombra de las montañas que se elevaban a su derecha y frente a la inmensidad del mar que se extendía a su izquierda. Cuanto más al norte se encontraban, más inhóspita se volvía la costa. Las playas de guijarros dieron paso a salientes rocosos y acantilados de granito rojo. Un viento frío e insistente soplaba entre los árboles, agitando las ramas de los pinos y llevando hasta Alec la dulce fragancia de los bosques. Hacía más frío allí que en Eskalia, pero suponía que debían de encontrarse a mediados de Lithion.

El clavo era su talismán, su único secreto y el único símbolo de esperanza que le quedaba. Era demasiado grande como para mantenerlo en la boca sin llamar la atención, pero no se atrevía a separarse de él, ni siquiera para esconderlo dentro del colchón.

Recordando lo ocurrido en el barco, se cuidaba mucho de mostrárselo a Thero, por si los nigromantes o la *dyrmagnos* decidían volver a utilizar su magia para espíarlo.

De modo que, mientras lo mantenía escondido lo mejor que le era posible, Alec esperaba a que se presentara su oportunidad. Los guardias rodeaban la carreta de día y de noche, pero incluso sin su presencia, no se hubiera atrevido a intentar forzar la cerradura; la pequeña demostración realizada por Ashnazai con los barrotes demostraba que tal intento sería fútil y posiblemente peligroso. Era una situación frustrante. Había reconocido el tipo de cerradura de la puerta y sabía que el clavo sería más que adecuado para abrirla.

Resultaba evidente desde el principio que Várgul Ashnazai estaba disfrutando de sus nuevas obligaciones. Carecía por completo de la engañosa suavidad de Mardus y se contentaba con acompañar montado a la carreta como un adusto espectro.

Alec hacía cuanto podía por ignorarlo mientras la carreta avanzaba dando tumbos hacia el norte, a lo largo del sinuoso camino de la costa. Sin embargo, a menudo era consciente de la mirada casi lasciva del nigromante sobre él.

La primera noche en el camino, la columna acampó en un antiguo pinar. En la distancia resonaba el oleaje con fuerza. Si miraba hacia el oeste, más allá de los enormes y erguidos troncos, Alec podía ver la espuma levantada por las olas al romper con todas sus fuerzas contra los salientes. Le recordaba al sonido que había escuchado en sus sueños, pero no era exactamente el mismo.

Cuando se hizo la oscuridad por completo, se alzaron nuevos vítores y supuso que el cometa debía de haber aparecido otra vez, aunque las copas de los árboles le impedían verlo. Mucho más tarde, escuchó gritos agónicos provenientes de la oscuridad y supo que los sacrificios rituales volvían a realizarse en algún lugar próximo. Incluso los guardias que rodeaban la carreta se agitaron, incómodos, e hicieron signos de protección.

Esta vez los aullidos se prolongaron por más tiempo. Helado y enfermo, Alec se acercó un poco más al dormido cuerpo de Thero y se cubrió la cabeza con su capa.

Menos de un año antes, un Alec más joven y más inocente yacía despierto durante toda la noche en los calabozos de Asengai, temblando y sollozando con cada nuevo grito que se alzaba desde la sala de los torturadores.

Semanas de muerte y tortura en compañía de Mardus casi lo habían privado de tales emociones. Se apretó las manos contra los oídos y se sumió en un sueño intranquilo mientras entonaba la plegaria de alivio de los supervivientes: *al menos*

esta vez no he sido yo.

Esta vez, en su pesadilla no había perseguidor invisible, sólo los aullidos de los caballos que lo apremiaban, más deprisa, más deprisa.

Lágrimas de frustración resbalaban por sus mejillas. Sujetó el inútil astil y corrió hasta que le dolió el pecho. Dobló un recodo y se detuvo en seco. Una sección de muro derrumbada bloqueaba su camino.

Una leve esperanza se encendió en él al ver los rayos del sol incidiendo a través de una grieta situada en lo alto de la pared. Desde el exterior le llegaba el familiar rumor sordo del oleaje. Se encaramó sobre los montones de piedras rotas, se asomó por el agujero...

... y se encontró de pie y solo sobre un saliente de granito, rodeado por una densa niebla que lo ocultaba todo en todas direcciones. En lo alto, el tenue disco del sol de mediodía ardía a través de la niebla.

El sonido de las olas era ahora más claro, más fuerte, tan fuerte que ni siquiera podía asegurar de qué dirección venía. Si se alejaba demasiado en la dirección equivocada, sin duda se despeñaría por el saliente. Se agachó y empezó a avanzar a cuatro patas hasta que sus manos tocaron el agua. Repentinamente, las olas se elevaron a su alrededor, le dieron la vuelta y lo arrojaron contra las rocas. Cuando las aguas enfurecidas se retiraron, los salientes estaban cubiertos, hasta donde alcanzaba su vista, con cadáveres de hombres y mujeres ahogados, cuya piel azulada brillaba bajo aquella luz sin sombras.

El sonido del mar era más tenue ahora, y por encima de él Alec pudo escuchar gruñidos ásperos y sonidos pesados y húmedos, como si algo vivo fuera desgarrado, algo que se acercaba a él en la niebla.

Aterrorizado, desnudo, desarmado, se acurrucó entre los cadáveres.

Incluso la flecha sin punta había desaparecido, arrastrada por el mar.

De pronto, empezó a distinguir las deformes y gibosas criaturas que se acercaban a él arrastrándose entre los muertos. Sus gruñidos y los sonidos que hacían al olisquear el aire estaban cada vez más cerca, más cerca.

Repentinamente, algo lo sujetó desde atrás con una presa gélida y lo obligó a ponerse en pie. Alec no podía volver la cabeza lo suficiente como para ver lo que era, pero el pútrido hedor que emanaba de ello le provocó náuseas.

—Únete al banquete, muchacho —susurró junto a su oído una voz untuosa y siseante.

Alec se sacudió de su espeluznante abrazo y se volvió para ver a la criatura, pero allí no había nada.

—Únete al banquete —volvió a decir la misma voz, todavía a su espalda, por muy rápido que se moviera.

Tropezó al moverse hacia atrás y cayó sobre un montón de cadáveres hinchados. Y por mucho que lo intentó, no pudo levantarse; cada movimiento lo enredaba un poco más en una maraña de miembros flácidos.

—*¡Aura Elustri máltre!* —gritó al tiempo que agitaba salvajemente los brazos.

—Únete al banquete —aulló triunfante la voz.

Y entonces el sol se hizo negro.

Alec despertó sobresaltado. Todavía olía el terrible hedor a muerte de su sueño. Un grueso tajo de luna, visible entre las ramas de los árboles, le dijo que todavía faltaba mucho hasta el amanecer. Se agarró las rodillas miserable y respiró profundamente, pero el aire olía peor a cada instante.

—Oh, Alec. ¡Estoy tan asustada!

Alec levantó la mirada, perplejo y vio a Cilla, acurrucada apenas a un metro de distancia. Iluminada por alguna especie de luz interior fantasmal, lo miraba implorante. Pero, fantasma o no, Alec estaba demasiado aliviado de volver a verla entera como para sentirse asustado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó en voz baja al tiempo que rezaba para que no desapareciera tan repentinamente como había venido.

—No lo sé —una lágrima resbaló por su mejilla—. ¡He estado tanto tiempo perdida! No puedo encontrar a Padre o a la abuela por ninguna parte. ¿Qué ha ocurrido, Alec? ¿Dónde estamos?

Parecía tan real que él se quitó la capa y la cubrió con ella. Agradecida, la mujer se acurrucó alrededor de la prenda y se apoyó sobre él. Parecía sólida y real. Por un momento, simplemente permaneció arrodillado a su lado, tratando por todos los medios de no cuestionarse su presencia. Sin embargo, al fin se apartó un poco de ella y miró su cabeza, que seguía apoyada contra su pecho.

—¿Por qué has venido? —preguntó de nuevo.

—Tenía que... —susurró ella con tristeza—. Tenía que decirte...

—¿Qué tenías que decirme?

—Lo mucho que te odio.

Su voz había sido tan suave, tan delicada, que Alec tardó un momento en comprender el significado de sus palabras.

Y entonces, mientras el corazón se le convertía en plomo, ella dijo:

—Te odio, Alec. Fue culpa tuya. Más aún que de Seregil. Ellos te vieron, te siguieron. Tú los llevaste hasta nosotros. Me alegro de que vayas a morir.

—¡No! ¡Oh, no, no, no, *no!* —se apartó de ella arrastrándose y se refugió en la esquina más lejana de la jaula—. ¡No es verdad! —gritó—. ¡No puede ser verdad!

Cilla levantó la cabeza lentamente. Sus ojos eran dos negras cavidades bajo la tenue luz de la luna. Sonrió, y el fétido hedor que emanaba de su boca volvió a arrastrarse por toda la jaula. Su sonrisa se tornó una mueca, un gruñido, un grito

silencioso, y entonces brotó de su boca un brazo negro y se estiró hacia Alec. Unas garras oscuras se cerraron alrededor de su brazo y lo arrastraron de nuevo hacia ella por encima del cuerpo inerte de Thero. Durante un momento, su rostro permaneció suspendido a centímetros del de ella, y aquellos ojos salvajes escudriñaron el interior de los suyos, mientras la boca se estiraba de forma obscena alrededor del brazo que sobresalía por ella.

Y entonces su cuerpo entero se fundió y se convirtió en una cosa negra que tenía la forma de un cuerpo de hombre.

—¿Estás seguro? —preguntó la cosa con la misma voz de la pesadilla de Alec—. ¿Estás completamente seguro?

Lo soltó, se despidió con un ademán y fluyó a través de los barrotes como si fuera de humo.

—¡Maldito seas! —gritó Alec, sabiendo que Várgul Ashnazai estaba muy cerca y lo observaba—. ¡Maldito seas, hijo de puta bebedor de sangre! ¡Mientes! ¡Mientes!

ROCA BLANCA Y PIEDRAS NEGRAS

El viento arremolinó la capa de Seregil alrededor de sus rodillas y tiró del carcaj que había atado a su vieja mochila mientras se detenía para esperar a Nysander y a Micum. Miró hacia atrás y los distinguió a duras penas entre los salientes montañosos. Nysander, apoyado a la vez en Micum y en su sólido bastón, avanzaba penosamente a través de una llanura cubierta de derrubios. Por encima de ellos se erguía amenazante el Monte Kythes, cuya dentada cima sobresalía por encima de la línea de los árboles como el codo de una gastada manga verde.

Seregil sacudió la cabeza, asombrado. A pesar de la frágil apariencia de Nysander, el mago había conseguido seguir su ritmo durante los dos últimos días. Seregil y Micum se turnaban para ayudarlo mientras el otro se adelantaba para explorar. Habían llegado ya al pie de la gran montaña y ahora se dirigían trabajosamente hacia el sur, a lo largo del lindero de un bosque que se prolongaba por la ribera hasta donde alcanzaba su vista. El área era quebrada y estaba deshabitada, pero había un camino apenas visible que se internaba en los bosques de la ribera.

Miró hacia delante, se protegió los ojos contra el sol de la tarde y exploró el bosque y los salientes. ¿Cómo, en el nombre de Illior, iban a encontrar una piedra concreta, blanca o del color que fuera, en aquel lugar desolado? Por lo que sabían, podían haberla dejado atrás en algún momento del día anterior. Y, sin embargo, Nysander insistía en seguir adelante y la luz de la esperanza resplandecía con fuerza en sus ojos mientras continuaban avanzando hacia el sur. Micum apenas hablaba, pero Seregil sospechaba que la naturaleza de su búsqueda lo desalentaba.

¿Y si Nysander estaba equivocado?

Cada día, Seregil tenía que luchar una batalla contra esa pregunta y contra otras. ¿Y si al ser derrotado en la Oréska, Nysander había perdido su condición de Guardián? ¿Y si las heridas sufridas en aquel combate lo habían confundido y los estaba guiando sin orden ni concierto mientras Alec era llevado a otra parte de Plenimar?

Pero, sin embargo, cada noche el cometa volvía a aparecer en el cielo, un poco más próximo y la marca de su pecho se hacía un poco más clara, de modo que no podía ponerle voz a sus dudas. Racional o no, en el fondo de su corazón creía que Nysander estaba en lo cierto.

Y aferrado a esta creencia con uñas y dientes, seguía adelante cada día, escudriñando la ribera y el lindero del bosque con la vista hasta que los ojos le ardían y la cabeza le dolía, sintiendo que el corazón le daba un vuelco cada vez que un rayo de luz o el reflejo de un charco dejado por la marea le jugaba una mala pasada.

Nysander y Micum casi lo habían alcanzado. Sentado sobre un bloque de granito

rojo, Seregil observaba cómo se mecía una bandada de patos marinos sobre las olas, más allá de los rompientes. Poco a poco, su mirada vagó hasta la alfombra de algas verdes y marrones que cubrían las rocas húmedas que había más abajo. El límite máximo de las mareas estaba marcado por montones de ellas, diseminadas aquí y allá. Más allá, casi en el límite de la marea baja, las rocas formaban un lecho espeso y resbaladizo. Había advertido la diferencia el día anterior y el detalle llevaba revoloteando en el fondo de su mente desde entonces, aunque no estaba muy seguro del porqué.

Micum y Nysander treparon lentamente hasta el lugar en el que se encontraba. El mago se dejó caer sobre un afloramiento de roca mientras se secaba la barba con la manga.

—Illior sea alabado —dijo con voz entrecortada—. Creo que debo sentarme un rato.

Seregil descorchó el pellejo de agua y se lo tendió.

—Sólo quedan unas pocas horas de luz —dijo. De pronto, se sentía inquieto—. Voy a adelantarme. Si no he regresado al anocheecer, encended una hoguera y la utilizaré para regresar.

Micum frunció el ceño y alzó una mano.

—Un momento. No me gusta la idea de que volvamos a separarnos.

—No os preocupéis —le aseguró Nysander—. Sólo necesito un pequeño descanso y podremos seguir. Estoy de acuerdo con Seregil; no hay tiempo que perder.

—Hecho, entonces —dijo Seregil. Antes de que Micum pudiera protestar, volvió a ponerse en marcha.

Casi medio kilómetro más adelante, una amplia ensenada se adentraba en la línea de la costa como un mordisco en una rebanada de pan. Un saliente de algunos centenares de metros de anchura ascendía con suavidad hasta la base de unos desgastados bloques de granito que abrazaban la ensenada, como las almenas de un castillo en ruinas. Las gaviotas paseaban en busca de comida entre los charcos dejados por la marea y las algas. Era un bonito lugar, pensó Seregil, mientras trepaba a las rocas para no alejarse demasiado del lindero del bosque.

Mirando entre los árboles, advirtió que la vereda abandonada torcía y se dirigía hacia los salientes. Empezaba a preguntarse si debía seguirla cuando con el rabillo del ojo vio un destello blanco entre la maleza, a la entrada de la ensenada.

Trepó sobre rocas y árboles caídos, preparado para una nueva decepción; aquella mañana, un destello igualmente prometedor había resultado ser el omóplato de un ciervo. Y otro, la luz del sol reflejada contra un estanque alimentado por un manantial. Sin embargo, mientras se acercaba, vio que se trataba de un bloque de piedra, blanco como la leche y de más de un metro de alto.

Dejó caer la mochila y se abrió camino a través de los matojos, la maleza y los

helechos secos que lo ocultaban en parte.

Era real: un gran bloque de cuarzo blanco, completamente insólito en aquella clase de terreno. Lo rodeó en busca de marcas o inscripciones y entonces metió el brazo entre los helechos secos, hasta que sus dedos encontraron una piedra pequeña y suave. La sacó y vio que se trataba de un pequeño pedazo de basalto negro y pulido del tamaño y forma de un huevo de ganso. Buscó un poco más y encontró más piedras negras como esa, así como una diminuta figura de arcilla con forma de mujer y un adorno hecho con un trozo de caparazón grabado.

Aferrado a sus hallazgos, Seregil regresó corriendo por donde había llegado hasta que vio a Nysander y a Micum, que avanzaban en su dirección.

—¡Lo encontré! —gritó—. He encontrado tu roca blanca, Nysander. ¡Es de verdad!

Micum dejó escapar un grito de alegría y Seregil respondió con otro.

—¿Qué me dices ahora del misticismo illiorano, Micum? —preguntó Seregil, casi sin aliento, al llegar junto a ellos.

Micum sacudió la cabeza y sonrió.

—Nunca lo entenderé, os lo aseguro, pero sin duda nos ha guiado bien hasta ahora.

—Había piedras negras alrededor de su base y también he encontrado esto —dijo Seregil a Nysander con voz excitada mientras le mostraba la figura de arcilla y el fragmento de caparazón grabado.

—¡Por la luz de Illior! —murmuró el mago al tiempo que los examinaba—. Vamos —los apremió—. Cargadme sobre vuestras espaldas si es necesario, pero llevadme a esa piedra antes de que anochezca.

Pero no tuvieron que cargarlo. Balanceando su bastón delante de sí, Nysander atravesó a grandes zancadas las rocas con gran parte de su vieja energía. Era como si sus noticias hubieran revitalizado al mago, pensó Seregil. Quizá Nysander había necesitado una prueba sólida de la veracidad de sus visiones tanto como el descanso.

—Oh, sí, es ésta —dijo Nysander al llegar junto a la piedra. Apoyó ambas manos sobre ella y cerró los ojos—. Es vieja, muy vieja —dijo casi reverentemente—. Fue colocada aquí antes de que el primero de los Hierofantes desembarcara en suelo plenimarano, pero los ecos de una adoración ancestral todavía resuenan con fuerza en su interior.

—¿Quieres decir que es alguna especie de arcaico lugar sagrado? —preguntó Micum mientras la examinaba más de cerca.

—Algo parecido. Los objetos que Seregil ha encontrado han estado aquí durante casi mil años. Debes volver a colocarlos en su sitio.

Seregil volvió a dejar la figurilla y el trozo de caparazón donde los había encontrado.

—He examinado la piedra grande, pero no he encontrado ninguna marca. No obstante, si como dices era un lugar sagrado, tal vez sea el templo del que hablaba la profecía.

Nysander sacudió la cabeza.

—No, esto no es más que una señal. De eso estoy seguro. Antes de que apareciera el bosque debía de ser visible desde el mar. Y también desde el camino, si es que existía cuando la piedra fue colocada aquí.

—Entonces el templo debe de estar en alguna parte de ese bosque —dijo Micum—. Descansa aquí, Nysander. Seregil y yo iremos a echar un vitazo.

Micum advirtió con cierto alivio que el bosque parecía virgen y muy antiguo. Había mucho espacio entre los enormes pinos y la maleza era muy escasa. Sin embargo, a pesar de la buena visibilidad, al cabo de una hora de búsqueda no habían encontrado nada que se pareciera ni remotamente a un templo o cualquier otra estructura.

Volvieron a la costa. Nysander esperaba en las rocas. Para entonces la tarde tocaba a su fin y la marea se estaba acercando a su punto más bajo.

—Nada, ¿eh? Es muy extraño —apoyado en su bastón, el mago contemplaba el mar con el ceño fruncido—. Ahora bien, si no encontramos lo que buscamos, tal vez sea porque no estamos buscando lo que debemos.

Micum se dejó caer sobre una roca mientras exhalaba un gemido de desaliento.

—¿Y qué es lo que deberíamos estar buscando, entonces? Sólo faltan tres días para ese eclipse vuestro.

Pensativo, Seregil exploró la ensenada con la mirada y entonces empezó a caminar hacia la ribera.

—Creo que no se trata de un edificio.

—Conozco esa mirada —dijo Micum mientras veía cómo caminaba entre las rocas como un sabueso buscando un rastro.

El mago asintió, confuso.

—También yo.

—¿Qué estás buscando? —le preguntó Micum en voz alta.

—Aún no lo sé —replicó Seregil con aire ausente al tiempo que hurgaba entre las algas que flotaban en uno de los charcos más grandes.

—¿Ves cómo la disposición de las rocas forma un anfiteatro natural? —señaló Nysander—. Busca en esa zona elevada. Yo me ocuparé de la derecha.

Micum se puso en pie diligente y empezó a buscar entre las rocas, pero no encontró nada, salvo caparazones blanqueados por el sol y excrementos de pájaro. Empezaba a preguntarse si Nysander podría utilizar un poco de su magia cuando, debajo de él, Seregil exhaló un graznido triunfante.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

Seregil yacía tendido sobre el vientre, con los brazos sumergidos casi hasta los

hombros en una de las largas y estrechas fisuras que recorrían los salientes de roca hasta llegar al mar.

—Venid a verlo por vosotros mismos.

Micum y Nysander bajaron hasta donde se encontraba, se arrodillaron y se asomaron a la grieta de la piedra.

—Mirad aquí —dijo Seregil al tiempo que arrancaba un puñado de maleza de las rocas. Debajo de ella, vieron seis filas de símbolos bastamente grabados sobre la roca, unos quince centímetros bajo el borde superior de la grieta.

Arrastrándose sobre brazos y rodillas, descubrieron que los símbolos formaban una banda continua situada a ambos lados de la fisura y que discurría hasta llegar al mar. Una segunda grieta situada al otro lado de la ensenada estaba llena con la misma clase de símbolos.

—¿Pero qué son? —preguntó Micum.

El pálido rostro de Nysander se iluminó de excitación mientras estudiaba las espiras, círculos y símbolos rayados que formaban los patrones.

—Esta clase de inscripciones se han encontrado en todas las tierras que circundan al Mar Interior, pero nadie ha sido capaz de descifrarlas. Como aquella piedra de allí, datan de antes de nuestra llegada.

—Otro lugar sagrado —dijo Seregil mientras se incorporaba y se sentaba—. Encontré la corona en una caverna que los dravnianos llamaban una cámara espiritual. Después de conseguir la corona, sentí la presencia del espíritu. Micum, ¿recuerdas la cámara subterránea que encontrare en las Marismas?

—Naturalmente —una mueca se dibujó en el rostro de Micum mientras recordaba la escena del sanguinario sacrificio.

—Dijiste que había allí una especie de altar de piedra —intervino Nysander mientras intercambiaba una mirada de excitación con Seregil—. Esa cámara también podría haber sido un lugar sagrado antes de que los discos de madera se escondieran en ella —señaló con un ademán los grabados que acababan de encontrar—. Y ahora este lugar, en el que antaño hubo un templo. Todo parece sugerir que los nigromantes utilizan el poder de tales lugares para reforzar su propia magia. Asumiendo que ese es el caso, debe de haber alguna razón para que Mardus haya elegido un lugar tan extraño como éste.

—Yo estaba pensando exactamente lo mismo —dijo Seregil mientras observaba la fisura situada a su derecha. El suave ir y venir de las olas inundaba la grieta y le arrancaba blanca espuma a las aguas mientras llevaba de un lado a otro las algas. Después de un momento, empezó a quitarse las botas.

—Ve a buscar una cuerda, ¿quieres, Micum? —le dijo a su amigo mientras se quitaba también la casaca y la camisa.

—¿Qué vas a hacer?

—Sólo quiero echar un vistazo a esas grietas en la roca.

Después de atarse la cuerda alrededor de la cintura y tenderle el resto a Micum, Seregil empezó a sumergirse en las heladas aguas.

El agua le llegaba ya hasta la entepierna cuando la corriente le hizo perder pie. Micum tensó la cuerda, pero Seregil volvió a emerger y le indicó con un gesto que volviera a soltarla. Luchando contra las olas, se alejó nadando y se sumergió bajo la superficie.

—¿Qué pretende? —murmuró Micum nerviosamente mientras le daba un poco más de cuerda.

—No lo sé —contestó Nysander agitando la cabeza.

Seregil se sumergió otras dos veces antes de indicar a Micum que tirara de él.

Pálido y con los labios azules a causa del frío, Seregil caminó tambaleándose hasta la roca y se tendió sobre la superficie calentada por el sol. Nysander se desabrochó la capa y lo cubrió con ella.

Micum se puso de cuclillas a su lado.

—¿Has encontrado algo?

—Nada. Había pensado que quizá, ahora que se acerca la gran marea... —se detuvo. Se incorporó y se dio una palmada en la frente—. ¡Por los Dedos de Illior, lo he tenido delante desde el principio!

—¡Ah, creo que ya lo veo! —por vez primera desde hacía días, un poco de color acudió a las pálidas mejilla de Nysander—. ¿Cómo he podido pasar por alto un factor tan evidente?

—¿Una gran marea? —preguntó Micum. No estaba seguro de haber oído bien.

Los dientes de Seregil castañetearon como piedras de bakshi en un vaso de cuero mientras exclamaba.

—Es la última pieza del rompecabezas. Ahora todo lo demás tiene sentido.

—¿Pero qué demonios estáis...?

—Dos veces al mes, la luna hace que la marea suba y baje hasta extremos inusuales —le explicó Nysander—. Los pescadores lo llaman una gran marea. Y el día del eclipse habrá una de ellas.

—Fueron las algas —prosiguió Seregil como si con eso se explicara todo—. Siempre hay más en torno al límite de la marea baja. La pasada noche me fijé en que la marea baja dejaba varada una cantidad inusual.

—Pero acabas de decir que no había nada allí —dijo Micum.

—Exacto. —Seregil se puso en pie de un salto y se dirigió hacia lo alto de los salientes—. Y es posible que acabe de ahorrarme un buen baño. Leiteus dijo que el eclipse ocurriría a mediodía, ¡que es cuando la marea estará inusualmente *alta*! ¡Y esta es la otra mitad del ciclo! —el agua goteaba por la punta de su nariz mientras volvía a examinar la fisura y la seguía con la mirada hasta tierra firme.

Repentinamente, se inclinó sobre una serie de piedras que formaban un montón cerca de una de las fisuras paralelas y empezó a arrojarlas a un lado.

—Mirad, un agujero —dijo. Y, en efecto, cavado en la misma roca había un agujero redondo, tan ancho como una mano. Cayó de rodillas, empezó a buscar a su alrededor y no tardó en encontrar otro, y luego un tercero.

Con la ayuda de los demás, descubrió un total de catorce agujeros, dispuestos a intervalos regulares para formar un medio círculo alrededor de una amplia depresión superficial en la piedra, un poco más arriba de la línea de la marea alta. Era un lugar de aspecto completamente normal, lleno de maderos arrastrados por la marea, conchas, algas secas y otros restos, pero las dos misteriosas fisuras de la roca lo atravesaban.

—Aquí tienes tu templo —anunció Seregil.

—Creo que tienes razón —dijo Nysander, mientras miraba a su alrededor, asombrado.

—Ahora está por encima de la línea de la marea pero, a juzgar por el aspecto de los restos, la gran marea debe de llegar hasta aquí. Es una especie de cuenca natural.

—Debe de haber sido utilizada por el mismo pueblo que grabó las inscripciones que hemos encontrado —reflexionó Nysander—. Me pregunto lo que representan los agujeros.

—De modo que el eclipse y la gran marea que llena esta hondonada ocurrirán al mismo tiempo —señaló Micum mientras ayudaba a Seregil a cubrir los agujeros para dejarlos tal como los habían encontrado.

—El punto más alto de la marea se producirá unos minutos después de que el eclipse sea completo —dijo el mago—. De modo que Mardus sólo tendrá unos pocos momentos para completar su ritual antes de que el sol vuelva a aparecer. Generalmente se cree que, cuanto más rara es la conjunción, más poderoso es el efecto. Con el factor añadido de la aparición del cometa, yo diría que esta conjunción será extraordinariamente potente y peligrosa. Y el que esté concentrada en un lugar específico la reforzará aún más.

—Por la Llama —musitó Micum—. ¿Y se supone que nosotros tres debemos enfrentarnos a eso, en medio de quién sabe cuántos plenimaranos?

—Cuatro —le corrigió Seregil con aire siniestro mientras intercambiaba con Nysander una mirada intencionada—. Cuando llegue el momento, se supone que tendremos que ser *cuatro*.

El tiempo pasaba como una lenta pesadilla para Alec. Durante el día, la carreta avanzaba traqueteando por la accidentada vereda costera que la columna estaba siguiendo. Los jinetes que lo custodiaban solían ignorarlo y se limitaban a hablar entre ellos en su propia lengua. Con la única compañía de Thero, Alec pasaba las horas del día dormitando y viendo pasar delante de sí el montañoso paisaje.

Y temiendo la caída de la noche.

De noche, la carreta se detenía a una cierta distancia del campamento. Alec aprendió rápidamente a temer el momento en el que sus guardias desaparecían entre las sombras; esa era la señal para el comienzo del festival de pesadillas de Várgul Ashnazai.

Después, cuando el horror había terminado y Alec estaba sumido en una furia aterrorizada, sus guardias reaparecían y lo que quedaba de la noche pasaba en una relativa calma.

La segunda noche, Diomis y su madre se materializaron dentro de la jaula con las cabezas bajo el brazo para llenarlo de insultos y acusaciones. Alec sabía que no eran más que ilusiones, pero sus palabras eran el eco de muchas de sus propias dudas y le dolían en el fondo del corazón. Les volvió la espalda y se tapó los oídos con las manos. Trató de ignorar los golpes y bofetadas de sus manos frías y fantasmales. No tenía sentido devolvérselos. No poseían más sustancia que el aire. Se acurrucó un poco más en su propia miseria y esperó a que Ashnazai se cansara el juego.

Cuando hubo terminado, Alec yació prestando atención a los sonidos de la noche: el ululato de una lechuza, el lejano pifiar de los caballos, el murmullo de los guardias, que habían regresado en cuanto Ashnazai se hubo marchado.

¿Dónde iban?, se preguntó. Dejó vagar sus pensamientos libremente. Y una pregunta mejor: ¿Por qué se iban?

Sus ojos se abrieron mientras escudriñaban el cielo nocturno.

Cada vez que Ashnazai lo había atormentado, tanto en el barco como ahora, lo había hecho sin testigos. Eso parecía confirmar algo que Alec ya sospechaba. Que Várgul Ashnazai no quería que nadie, y en especial Mardus, supiera lo que estaba haciendo.

La siguiente noche, Ashnazai no dio señales de vida. Acurrucado cerca de la forma dormida de Thero, Alec contemplaba la oscuridad y se preparaba para la llegada de los horrores que todavía le esperaban.

La luna se elevó. Las estrellas giraron lentamente por encima de las ramas de los árboles, pero nada perturbó la quietud reinante. Sopló una dulce brisa de primavera entre las ramas y arrastró hasta él los aromas de la resina, del moho húmedo y de las

hierbas nuevas y tiernas que brotaban en la marga del bosque. Cerró los ojos y se imaginó que caminaba por aquellas colinas boscosas con su arco, igual que había hecho antaño con su padre. Y a pesar de su miedo, lo venció el cansancio y soñó con cazar y con la vereda de un bosque y con la libertad.

Lo despertó alguien que susurraba su nombre.

Una figura oscura se erguía junto al carromato y lo llamaba con señas. Alec se agazapó cautelosamente.

—¿Qué quieres?

—Alec, soy yo —replicó el hombre en voz baja. Se quitó la capucha y la luz de la luna iluminó su semblante.

—¡Seregil! —susurró Alec casi sin voz. Se arrastró y extendió la mano hacia su amigo. Seregil la tomó y se la llevó a los labios. Era real, sólido, cálido, Alec se aferró a él, ajeno a las lágrimas que resbalaban por sus propias mejillas.

—Nunca creí... ¿Cómo nos has encontrado?

Seregil metió ambos brazos entre los barrotes y rodeó el rostro de Alec con las dos manos.

—No hay tiempo para explicaciones, *talí*. Tengo que sacarte de esa jaula.

Lo soltó de mala gana y se acercó a la puerta para examinar la cerradura.

—Ten cuidado. Várgul Ashnazai ha puesto alguna magia en ella.

Seregil levantó la mirada.

—¿Quién?

—El nigromante que acompañaba a Mardus en Herbaleda. Y no es el único que hay por aquí. Una *dyrmagnos* está con ellos.

—¡Por los Testículos de Bilairy! Pero tiene que haber alguna manera. ¡No pienso dejarte aquí!

El corazón de Alec martillaba en su pecho mientras observaba cómo inspeccionaba Seregil la cerradura. Era una tortura estar tan cerca, pero todavía separados.

—Ah, aquí tenemos algo... —comenzó a decir Seregil, pero en aquel preciso instante, una antorcha se encendió a su espalda.

—¡Seregil, cuidado!

Se volvieron al unísono. Várgul Ashnazai se encontraba allí, sonriendo despectivamente, en compañía de media docena de hombres armados.

—Nos has encontrado. Qué inteligente —el nigromante parecía saborear cada palabra—. Te estoy muy agradecido por tu esfuerzo. Y el muchacho ha interpretado su papel de forma muy convincente, ¿verdad?

Seregil lanzó a Alec una mirada de perplejidad.

Aquel era el peor golpe de todos, esa mirada acusadora. Paralizó la garganta de Alec, que sólo pudo sacudir la cabeza, suplicando.

Seregil desenvainó la espada y se apartó de un salto del carromato y de los hombres de Ashnazai, pero más soldados lo esperaban entre las sombras.

Pegado contra los barrotes, Alec observó con horror cómo luchaba Seregil por su vida. Atravesó a un guardia y cortó la garganta de un segundo antes de que los otros cayeran sobre él por detrás, lo arrojaron al suelo y lo inmovilizaran.

El nigromante vociferó una orden y lo levantaron en vilo. Su rostro estaba lleno de sangre, pero mantenía la cabeza alta. Escupió al nigromante, cuyos ojos resplandecían de odio.

Ashnazai dio otra orden. Esta vez, Seregil fue arrastrado hasta el carromato y atado de pies y manos a los barrotes, frente a Alec.

—No le he ayudado, te lo juro —susurró Alec con voz ronca—. Oh, Seregil, yo...

—Eso no importa mucho... ya —gruñó Seregil mientras apartaba el rostro.

—Nada en absoluto —asintió Ashnazai mientras subía al carromato y se colocaba detrás de Seregil con su espada en la mano—. Es una lástima que hayas sido herido. De todos modos, no creo que me arriesgase a poneros juntos otra vez —agarró a Seregil del pelo y tiró de su cabeza hacia atrás—. Quién sabe qué travesuras podríais cometer, ¿eh?

Dio un paso atrás, colocó la punta de la espada sobre la espalda de Seregil y empezó a empujar lentamente mientras, daba vueltas a la hoja.

Seregil exhaló un grito ahogado y se agarró a los barrotes. Alec extendió los brazos y trató de coger la espada, pero uno de los hombres de Ashnazai lo apartó y lo mantuvo inmovilizado mientras el nigromante atravesaba con la hoja el vientre de Seregil y luego la sacaba.

Seregil dejó escapar un aullido violento y cayó de rodillas. Alec se sacudió al soldado de encima y lo sujetó, tratando de sostenerlo entre los barrotes. Sintió sangre caliente en las manos. Y más todavía resbalaba por las comisuras de los labios de su amigo.

Quería hablar, pero ni una sola palabra acudió a sus labios. Seregil lo miró, sus grandes ojos azules llenos de tristeza y recriminaciones.

Ashnazai volvió a echar atrás la cabeza del moribundo y cortó la garganta de un lado a otro. La sangre brotó de las arterias cortadas y empapó el rostro y el pecho de Alec.

Seregil se debatió débilmente un instante, mientras su último aliento gorgoteaba horriblemente por la herida. Con un espasmo final, su cuerpo quedó inmóvil, flácido, con los ojos abierto y vacíos.

Sollozando, Alec se aferró al cuerpo de su amigo hasta que los soldados cortaron sus ligaduras y se lo arrebataron.

Ashnazai lo miró con desdén.

—Ha sido de lo más divertido. Tu hora se acerca. Aunque tu muerte no será tan

misericordiosa. Claro que eso ya lo sabes, creo.

Todo había sido una ilusión, uno de los trucos de Ashnazai. Alec se lo repetía una y otra vez mientras el carromato seguía hacia el norte al día siguiente.

Pero la sangre seca de sus manos y su ropa era completamente real. Así como las manchas de la tela del colchón y de la madera de la parte trasera del carromato, donde Seregil había caído.

Seregil está muerto.

Ha sido una ilusión.

Seregil está muerto.

Ha sido...

Su pena era demasiado profunda hasta para llorar. Era tan vasta que borraba todo lo demás. No podía comer o dormir o fijarse en cuanto lo rodeaba. Acurrucado en una esquina de la jaula, pasó ambos brazos alrededor de sus rodillas y apoyó la cabeza sobre ellas.

Olvidó el mundo.

Seregil está muerto.

Mientras el triste y vacío día seguía su curso, Alec sintió a menudo la mirada burlona de Ashnazai sobre él, saboreando a sorbos su angustia como si fuera vino. Mantenía los ojos apartados, incapaz de soportar aquella sonrisa engreída y satisfecha. Pero el nigromante esperaba a que llegara su momento y mantuvo las distancias hasta la llegada la tarde.

—Los guardias dicen que no has comido ni bebido nada en todo el día —dijo, mientras se acercaba y cabalgaba a su lado.

Alec lo ignoró.

—Si no comes no tendrás fuerzas —continuó Ashnazai con aire liviano—. Quizá una diversión mejore tu estado de ánimo. Los exploradores han encontrado una cueva donde podremos acampar. Después de tantos días en esa jaula... tan descubierta, con tantos ojos observándote... una pequeña cueva te encantará, ¿eh? Será de lo más, ¿cómo lo dirías...? —se detuvo—. De lo más acogedor.

Se despidió con una carcajada que evidenciaba que alguna idea perversa había anidado en sus pensamientos. Alec se estremeció, en parte a causa del miedo, en parte a causa de una repentina oleada de excitación. Aquella podía ser su última oportunidad de escapar.

Miró hacia el océano y trató de imaginar cuántos kilómetros lo separaban de Rhíminee.

Nysander estaba muerto.

Seregil estaba muerto.

Cilla. Diomis. Thrys. Rhiri.

Los nombres le pesaban como losas en el corazón. Si no podía escapar aquella noche, al menos moriría intentándolo.

Algunas veces la desesperación era el mejor sustituto de la esperanza.

La columna se detuvo para pasar la noche en la base de un pequeño acantilado rodeado por un bosque. Al otro lado del camino, la tierra descendía abruptamente hasta llegar a los salientes rocosos que bañaban las aguas.

A esas alturas, Alec había pasado revista a sus limitadas opciones. Hacia el norte, no sabía a cuánta distancia, se encontraba la frontera micenia. Si lograba escapar aquella noche, era la única dirección hacia la que merecería la pena dirigirse. Si seguía la costa, sus posibilidades de encontrarse con fuerzas amigas aumentarían.

Eso significaba que tendría que escapar llevando a Thero a rastras y con Mardus pegado a sus talones, pero si lograba eludirlo, permanecer escondido y poner algo de tierra de por medio, puede que tuviera alguna posibilidad. Y si no, por lo menos les presentaría batalla.

Cuando la columna dio muestras de ir a detenerse para pasar la noche, trasladó el precioso clavo de la costura de su casaca a la boca y esperó junto a las barras, observando. El carretero apartó ligeramente la carreta del campamento, como de costumbre, y se detuvo junto a los salientes rocosos, en el lado del camino más cercano al mar. Su posición, advirtió Alec con creciente esperanza, tenía la ventaja de encontrarse al norte del campamento principal, lo que significaba menos obstáculos entre ellos y la libertad.

Ashnazai no quería correr riesgos. Media docena de guardias armados vinieron para escoltar a los prisioneros a sus nuevos aposentos. La caverna era una fisura profunda e irregular situada bajo un saliente de roca que se asomaba al mar. Era muy húmeda, pero tenía la altura suficiente como para que un hombre pudiese permanecer de pie en su interior. En la pared del fondo había una grieta en la que se había encajado un grueso corchete de metal del que pendían dos pesadas cadenas.

Uno de los guardias preguntó algo en plenimarano. El nigromante se extendió con la respuesta y los hombres se echaron a reír. A continuación enrollaron el extremo de una de las cadenas alrededor del cuello de Alec y la aseguraron con un candado.

—Me ha preguntado si quería que te encadenaran también de la pierna —le dijo Ashnazai—. Le he respondido: «un animal se arrancaría un miembro a mordiscos para escapar de una trampa, pero no creo que ni siquiera nuestro joven y astuto ladrón sea capaz de arrancar su propia cabeza».

Sin dejar de celebrar con siniestras risotadas la pequeña broma del *voron*, los guardias encadenaron a Thero de la misma manera mientras Várgul Ashnazai observaba con evidente satisfacción.

—Esto debería bastar para manteneros inmóviles —dijo, al tiempo que apoyaba

una mano sobre el corchete—. Te sugiero que no pierdas el tiempo tratando de liberarte de estas cadenas. Aunque lo consiguieras, descubrirías que tu camino está bloqueado por cosas peores que las cadenas y los guardias. Descansa mientras puedas —después de obsequiar a Alec con otra sonrisa malvada y repulsiva, añadió—. No pasaremos mucho más tiempo juntos. Confío en que ésta sea una noche memorable para los dos.

El odio se acumulaba en la garganta de Alec con el sabor de la bilis. Ashnazai estaba tan solo a unos pasos de distancia, la cadena no le impediría alcanzarlo... Alec apretó los puños y murmuró:

—Nunca olvidaré, así pasen mil años.

Ashnazai siguió a los guardias al exterior a través de la estrecha entrada, se volvió y trazó una serie de símbolos en el aire, delante de ella. Entonces se marchó.

Alec podía ver al menos dos guardias al otro lado de la entrada. Hablaban ente sí con voces bajas y chistosas, y sus sombras pasaban junto a la entrada mientras encendían una fogata y se sentaban para dejar pasar la noche.

Con un ojo puesto en la entrada, Alec escupió el clavo en su mano y se puso a trabajar. Primero examinó el candado que habían utilizado para la cadena de Thero. Era grande y sólido, pero el diseño era de complejidad moderada.

Si contara con las herramientas apropiadas, se enmendó mentalmente. El clavo no era un instrumento especialmente delicado para esa tarea, pero al menos cabía en el ojo de la cerradura. Cerró los ojos y tanteó delicadamente las guardas hasta que sintió que empezaban a ceder. Eran cuatro en total; tardó varios minutos tensos en forzarlas todas, pero al final el candado cayó abierto en su mano.

Dejó el eslabón circular que sujetaba la cadena de Thero en su lugar.

Cualquiera que entrase para echar un rápido vistazo no se daría cuenta de que estaba libre, a menos que mirase a su espalda. Repitió la operación con su cadena y entonces volvió toda su atención hacia los otros grilletes de Thero.

El candado que aseguraba el artilugio de su cabeza era demasiado pequeño para su tosca ganzúa. Volvió a Thero hacia la débil luz que venía desde la fogata e inspeccionó los grilletes de sus muñecas.

No tenían juntas. Posiblemente hubieran sido forjados con magia. Aunque eran demasiado estrechos como para pasar sobre las manos de Thero, en cambio se deslizaban con facilidad por sus huesudos antebrazos. Alec podía introducir sin dificultades un dedo en el espacio existente entre el brazo y el grillete.

Quizá, sonrió amargamente para sus adentros, los grilletes habían estado más ajustados antes de que dos semanas de abusos y escasez de comida se hubiesen cobrado su precio en el cuerpo del joven mago. Aparentemente nadie, ni siquiera Mardus, había tenido esto en cuenta.

Levantó los ojos. Thero lo estaba mirando. El corazón se le puso en un puño.

Irtuk Beshar ya había convertido al mago en un títere parlante. ¿Quién era el que lo miraba ahora tras aquellos ojos nebulosos?

—Thero —susurró, mientras tomaba una de las frías manos del hombre entre las suyas—. ¿Sabes quién soy? ¿Comprendes lo que digo?

Thero no dio muestras de haberlo comprendido, pero su mirada no se apartó de él.

Alec sacudió la cabeza y endureció su determinación. No tenían nada que perder y sí mucho que ganar. Si la dyrmagnos lo estaba espiando a través de los ojos de Thero y alertaba a Mardus, entonces vertería un poco de su propia sangre y los obligaría a actuar aquella misma noche.

—Ya es suficiente, Thero. Ya estoy harto de continuar como una oveja al matadero —continuó con suavidad mientras arrancaba un jirón de su casaca y la colocaba alrededor de la placa que se introducía en la boca de Thero. El mago no ofreció resistencia mientras Alec emplazaba la tosca mordaza.

—Necesito que guardes silencio pase lo que pase a continuación, ¿de acuerdo? ¿Me oyes? Pase lo que pase, no hagas ruido.

Alec se puso en pie y agarró con fuerza los dos pulgares de Thero. Apoyó un pie contra el pecho del mago, respiró profundamente y tiró con todas sus fuerzas de los pulgares al mismo tiempo que los retorció. Había visto a Seregil hacer ese truco, pero nunca había tenido la oportunidad de intentarlo en persona.

Para su asombro y su alivio, las dos articulaciones se dislocaron con limpieza al primer intento. Las delgadas manos de Thero se doblaban sobre sí mismas con repulsiva facilidad y Alec podía sacarle los grilletes; afortunadamente, la magia que lo mantenía adormilado perduró hasta que le hubo quitado el segundo de los grilletes. Mientras su mano se deslizaba por ella, exhaló un suave y ahogado gemido, se inclinó sobre las rodillas de Alec y se llevó ambas manos al pecho.

Volver a colocar las articulaciones resultó menos fácil. Alec podía sentir los huesos resbalando bajo la piel mientras estiraba y empujaba, tratando de colocarlos en las glenas. Podía oír la trabajosa respiración de Thero, silbando en torno a la mordaza mientras trataba de no gritar.

Cuando por fin terminó, ambos estaban empapados en sudor.

—¡Maldición! —se quejó Thero, sin dejar de morder la placa de la boca.

—Más bajo —suplicó Alec mientras apoyaba la cabeza del mago contra su pecho para amortiguar cualquier sonido. Su propio estómago se estaba retorciendo lentamente—. Lo siento. Era la única manera. ¿Ya estás libre de ello?

Thero asintió.

—‘o he vihdo dodo. Do bodía ‘oedde. ‘o he vhdo...

—Yo también —le dijo Alec al tiempo que apoyaba una mano sobre su hombro—. Ahora tenemos que intentar olvidarlo, mientras tratamos de dar con la manera de escapar de aquí. ¿Y qué hay de eso? —señaló los grilletes, sin atreverse a tocarlos—.

¿Crees que los nigromantes notarán que no los llevas?

Thero se incorporó.

—Do ‘o dé. Obda de da dydmag’ os.

—¿Y qué hay de tu magia?

Antes de que Thero pudiera responder, escucharon ruidos en el exterior. El corazón de Alec se encogió mientras escuchaba cómo se alejaban los pasos de los guardias.

Thero escondió los grilletes detrás de sí. Alec se apartó unos metros de la luz.

Este es el momento, pensó fríamente mientras se ponía en pie. *Pase lo que pase, este es el momento.*

Un instante después, Ashnazai entró en la caverna llevando una pequeña lámpara en la mano. La repentina luz cegó a Alec, que apartó la mirada. Pero mientras lo hacía advirtió que Thero permanecía sentado, vuelto a medias hacia la pared, con los grilletes escondidos en el regazo.

Ignorando al joven mago, Várgul Ashnazai se aproximó a Alec.

—Confío en que estés preparado para nuestro entretenimiento nocturno.

Había una codicia posesiva y demente en sus ademanes; ni siquiera el miedo a Mardus iba a interponerse en las obscenas gratificaciones que había decidido concederse aquella noche. El odio desnudo del hombre podía palpase en los estrechos confines de la caverna. Atrapado bajo la mirada de aquellos ojos negros y ávidos, Alec sintió de pronto que sus planes de fuga se convertían en polvo entre sus manos.

—¿Y qué hay de los guardias? —logró decir con un susurro ahogado por voz. Pero se estaba agarrando a un clavo ardiendo y ambos lo sabían.

Ashnazai dejó la lámpara en el suelo, junto a sí, y se quitó los guantes.

—No deben preocuparte. Ningún sonido se escuchará más allá de esta caverna hasta que yo lo decida. E incluso si no fuera así, ¿quién acudiría en tu socorro? ¿El Duque Mardus, quizá? ¡Cuánto cariño te tiene! Casi tanto como yo, sólo que en este momento lo distraen preocupaciones de índole práctica. Afortunadamente, yo no tengo en este momento más tarea que tú... Ah, he sido paciente —dijo en voz baja y melosa mientras alzaba una pálida mano para trazar el patrón de un hechizo en el aire—. Cuánto he esperado este momento...

—¡No menos que yo, nigromante!

Alec apenas tuvo tiempo de darse cuenta de que aquella voz áspera y rota era la de Thero antes de que lo cegase una brillante explosión de luz. Se escuchó entonces un chillido de rabia o dolor, pero Alec no pudo decir de cuál de los dos provenía.

Pestañeó varias veces hasta que los puntos negros que bailaban en sus ojos empezaron a desvanecerse. Entonces, vio que los restos doblados del artilugio que había aprisionado la cabeza de Thero yacían a sus pies. Y también vio, alarmado, que

el hechizo conjurado por el joven mago sólo había herido a Ashnazai. Sangrando pero todavía de pie, el nigromante se volvió hacia Thero con las manos alzadas, preparado para lanzar un ataque.

Alec abrió el candado y se quitó la cadena del cuello. La sujetó con ambas manos, se abalanzó sobre Ashnazai, pasó la cadena alrededor del cuello del nigromante y tiró con todas sus fuerzas.

Várgul Ashnazai se retorció como una enorme serpiente y trató de arrancarse la cadena. Alec apretó con más fuerza y lo arrojó al suelo.

Nunca había estrangulado a nadie, pero la furia resultaba un maestro más que gustoso. En aquel momento no existía nada para él salvo la sensación del poder que recorría su cuerpo mientras apoyaba una rodilla contra la espalda del nigromante y tiraba con más fuerza de la cadena hasta conseguir que se clavase en la carne de sus manos y su garganta.

—¡Esto es por Seregil, hijo de perra! —gruñó—. Por lo que le hiciste a Cilla y a Thrys y a Rhiri y a Diomis y a Luthas y a Thero. ¡Y a mí!

Sacudió la cabeza de un lado a otro y, de pronto, escuchó que los huesos se rompían. El cuerpo de Ashnazai quedó inmóvil, lacio, y la cabeza cayó a un lado.

Alec lo giró hasta colocarlo de espaldas y contempló su odiado rostro. La lengua sobresalía de los labios manchados de espumarajos. Sus saltones ojos estaban llenos de agonía y sorpresa.

Satisfecho, Alec arrancó el frasco de marfil del cuello del nigromante y se lo colgó del suyo. Fuera lo que fuese, nadie iba a volver a utilizarlo contra él.

—Tenemos que salir de aquí ahora mismo —le advirtió Thero, todavía débil y sin aliento—. Ese hechizo, el ataque... ¡tenemos que marcharnos antes de que los guardias regresen!

—¿Y qué hay de los hechizos de guardia que conjuró en la entrada? —preguntó Alec mientras lo ayudaba a ponerse en pie.

El mago respondió con seguridad, aunque con voz temblorosa:

—Fueron disipados cuando lo mataste.

—Bien —ahora, Várgul Ashnazai no era para él más que una carroña olvidada. Volvió la espalda al cadáver, apagó la linterna y se arrastró hasta la entrada de la caverna.

Las guardias seguían ocupados en sus propios asuntos y habían dejado a su señor entregado a sus pasatiempos, pero la hoguera que habían encendido daba mucha luz. En cuanto Thero y él salieran de la cueva, cualquiera que se encontrase cerca podría verlos.

—¿Puedes translocarnos a alguna parte o algo parecido? —susurró Alec mientras examinaba el lugar.

—¡Ya lo habría hecho si pudiera! —replicó Thero con una muestra de su habitual

brusquedad que Alec agradeció—. Sin embargo, si me sacas de aquí es posible que pueda hacer algo.

—Entonces será mejor que empieces a rezar por la suerte de Illior. —Alec señaló en dirección norte—. Vamos a dirigirnos hacia allí, ¿de acuerdo? Tendremos que ser muy silenciosos y caminar por las rocas hasta que estemos lejos del campamento.

Pero no dijo que podría haber cualquier número de guardias a menos de quince metros de ellos, y no lo sabrían hasta que fuera demasiado tarde; estaba esforzándose al máximo por no pensar en ello. Con Thero a su lado, elevó en silencio una última plegaria y pasó rápidamente junto al fuego hacia la oscuridad que había más allá.

No parecía haber nadie cerca, pero más allá de los salientes rocosos, a menos de treinta metros de distancia, distinguieron un grupo de hombres acurrucados alrededor de una fogata.

Sus pies descalzos no hicieron ruido alguno mientras atravesaban sigilosamente la costa rocosa hacia el lindero del bosque situado al norte del campamento. La tierra desnuda que había entre los árboles achaparrados estaba peligrosamente erizada de raíces. Alec agarró a Thero por los hombros y lo arrastró consigo mientras tropezaba.

No tardaron en divisar a varios hombres de guardia delante de ellos. Sin embargo, parecían vigilar el interior del campamento por si se producían problemas en él, y Alec pudo rodear sus posiciones sin dificultad. Utilizando la luna para orientarse, se encaminó hacia el norte.

Ni siquiera habían andado media hora cuando, repentinamente, Thero hizo detenerse a Alec en una pequeña hondonada bañada por la luz de la luna.

—Mira, yo también estoy cansado, pero no podemos permitirnos el lujo de parar... —le conminó Alec.

—No es eso —susurró Thero—. Han descubierto nuestra fuga. Acabo de sentir algo, una búsqueda. Irtuk Beshar no tardará mucho en encontrarnos.

—¡Oh, dioses! —dijo Alec con voz entrecortada mientras lanzaba una mirada hacia el camino por el que habían venido—. No pueden cogernos, Thero. ¡Te sacrificarán, y ahora que yo ya he sangrado, nada impedirá que Mardus...!

—Calla —lo interrumpió Thero al tiempo que lo sacudía sin contemplaciones—. Arrodíllate.

—¡Has recuperado tu poder! —jadeó Alec, aliviado—. ¿Puedes translocarnos ahora?

—No, no tengo tanto poder —el rostro flaco y barbudo de Thero estaba sumido en las sombras mientras posaba sus frías manos sobre los hombros de Alec—. Vacía tu mente y relájate. Este hechizo sólo durará hasta la salida del sol; trata de recordarlo si puedes. La salida del sol. Tendrás que correr rápido y alejarte todo lo lejos que puedas antes de que...

Ambos se quedaron paralizados mientras un extraño y sobrenatural aullido se

elevaba desde la dirección del campamento.

Se alzó hasta convertirse en un cacareo demente, casi un sollozo, cayó y se desvaneció; enseguida volvió a elevarse, sólo que más próximo.

—¡Demasiado tarde! —siseó Alec, y entonces se encogió mientras Thero lo sujetaba por los dos brazos y lo obligaba a ponerse de rodillas.

—¡No, no lo es! —lo sujetó y le habló con premura—. Vacía tu mente, Alec. Relájate. Sólo llevará un momento.

Otro gimiente aullido desgarró la noche y flotó hasta ellos. Alec agachó la cabeza mientras se preguntaba qué era lo que Thero pretendía, y por qué todo ello le resultaba de pronto tan familiar.

—Eso está bien, muy bien —susurró el mago—. Alec í Amasa Kerry, *untir maligista*...

Fue el sonido inaudito de su nombre completo lo que despertó el recuerdo. Abrió la boca para protestar, pero la magia ya se había apoderado de él.

—*Untir maligista kewat*, Alec í Amasa Kerry —continuó Thero.

Apoyó las manos sobre los hombros de Alec y recurrió a todo el poder que le quedaba. El horror que Irtuk Beshar había desatado para perseguirlos se les echaba encima, destrozando los árboles, vociferando su lunático grito de caza.

Echando la cabeza hacia atrás, Thero exclamó:

—¡Que tu símbolo interior sea revelado!

El cambio fue casi instantáneo. Un momento Alec estaba arrodillado delante de él, y al siguiente un joven ciervo se sacudía los restos de su casaca de la cornamenta. Con el hocico temblando, se apartó de Thero de un salto y entonces, confundido, miró hacia atrás.

Un residuo fantasmal de la magia brillaba todavía donde Alec estuviera un momento antes, pero no tardaría en desvanecerse.

Thero dio un paso hacia él, aunque sabía que, probablemente, Alec era ahora incapaz de comprender el habla humana.

—No traicioné intencionadamente a la Oréska —le dijo—. Que ésta sea la expiación por mi ceguera. Vete. ¡Corre!

El ciervo agachó la cabeza y agitó los cuernos de un lado a otro, como si se negara a abandonarlo.

—No, Alec. Vete.

Un gruñido hambriento proveniente de las sombras decidió por ellos; el ciervo se volvió y huyó a la carrera.

La última cosa que Thero vio fue el destello blanco de su cola.

CRUCE DE CAMINOS

Ya habían descubierto la organización del campamento plenimarano. A cuatrocientos metros de distancia se situaba un perímetro de centinelas seguido por una segunda línea más próxima.

Era una red muy tupida pero, como cualquier red, estaba llena de agujeros.

Silenciosos y mortales como verdaderos *urgazhi*, Beka y sus jinetes mataron rápidamente a cuatro centinelas, les quitaron las guerreras y las armas y se dirigieron hacia la masa de prisioneros dormidos.

La claridad de la noche operaba en su contra. La luna estaba casi llena y su luz les permitía distinguir los detalles de los rostros de los demás mientras se reunían para la incursión. Gracias a esa misma luz traicionera pudieron ver que, una vez más, Gilly y Mirn habían logrado permanecer lo más cerca posible del borde exterior del grupo.

Desnudos hasta la cintura, permanecían tendidos de espaldas con las cabezas apoyadas sobre las tablas.

En aquel preciso instante, estallaron gritos furiosos al otro lado del campamento. Fuera lo que fuese lo que ocurría, estaba atrayendo la atención de todo el mundo. Algunos de los centinelas que vigilaban a los prisioneros se movieron en la dirección de la que venía el ruido. En algún lugar más cercano se alzaron los bramidos y bufidos de un toro.

—¡Por Sakor, nunca tendremos una oportunidad mejor que esta! —susurró Beka.

Su plan era simple y directo y, por eso mismo, coqueteaba con el desastre total. Los demás lo comprendían, pero se habían mostrado unánimemente a favor del rescate.

Con los arcos preparados, Beka y los demás esperaron desde los árboles mientras Steb, Rhylin, Nikides y Kallas se ponían las guerreras de los enemigos muertos y caminaban con aire despreocupado en dirección a los prisioneros.

Todavía distraídos por el alboroto, ninguno de los centinelas molestó a los cuatro jinetes mientras hacían levantarse a los dos prisioneros entablados y los llevaban a toda prisa hacia los árboles.

Todo ello se realizó en cuestión de segundos.

El grupo regresó por donde había venido con el sigilo de una banda de fantasmas hasta encontrarse con Jareel y Ariani, que se habían quedado para cuidar de los caballos a buena distancia del perímetro plenimarano.

—Sabía que vendríaís —dijo Gilly con voz débil mientras, con suavidad, Kallas y Nikides lo tendían boca arriba junto a Mirn.

Sus manos estaban hinchadas y púrpuras allí donde los largos clavos las atravesaban. Tenían los hombros en carne viva por el roce continuado contra las

ásperas tablas. Al observarlos más de cerca, Beka reparó en numerosas magulladuras y abrasiones más pequeñas que tenían por todo el cuerpo; debían de haber tropezado a menudo a causa de la carga que arrastraban.

—Tranquilos, jinetes. Descansad ahora —dijo, mientras se arrodillaba junto a ellos. A su señal, varios de los demás sostuvieron sus piernas y sus hombros. Nikides se inclinó para cortar las cuerdas que unían los brazos a la madera, pero el sargento Braknil lo detuvo.

—Será mejor dejarlos atados hasta que hayamos terminado —le previno.

Después de coger un par de tenazas de herrador, apoyó el pie sobre la madera y arrancó el primero de los clavos de Gilly.

Fue un proceso atroz. La carne se había hinchado e infectado alrededor de los clavos y Braknil tuvo que escarbar bajo la piel para poder agarrar el clavo con fuerza.

Al salir el clavo, Gilly perdió el conocimiento. Mirn mordisqueó salvajemente el cinturón que tenía entre los dientes mientras lágrimas de dolor se derramaban sobre sus oídos.

—Ya está, ya está —murmuró Beka mientras trataba de impedir que la furia y la repulsión que sentía se mostraran en su voz. Apoyó las dos manos sobre sus hombros—. Terminará enseguida.

Cuando todo hubo acabado, Braknil lavó sus heridas con agua de mar y las vendó con jirones de lino y lana manchados de sudor que cada jinete se había arrancado del uniforme.

—Ninguno de ellos está en condiciones de montar —dijo Beka—. Rhylin, Kallas y tú sois los jinetes más fuertes, así que cada uno de vosotros llevará a uno. Nikides, llévate las planchas y los clavos. No quiero dejar a esos bastardos nada que nos podamos llevar.

Mientras el resto de la turma montaba para retirarse, un nuevo grito se alzó desde el campamento. Un grito que le puso la piel de gallina a cada uno de ellos.

El aullido demente y antinatural se alzó y cayó y volvió a estallar, temblando como si una garganta monstruosa estuviera a punto de arder por el esfuerzo de proferirlo. Los caballos agitaron la cabeza y empezaron a olisquear nerviosos el viento.

—¡Por los Testículos de Bilairy! ¿Qué ha sido eso, teniente? —dijo Telah con voz entrecortada.

—Confiemos en no descubrirlo —murmuró Beka. El espeluznante aullido volvió a levantarse—. No, se está apartando de nosotros. Vayámonos antes de que cambie de idea.

—¿En qué dirección? —preguntó Rhylin al tiempo que sujetaba a Mirn, que finalmente se había desvanecido.

—Tierra adentro, lejos de su camino —contestó Beka mientras un nuevo aullido,

más débil, flotaba hasta ellos desde los árboles.

—Y de lo que quiera que sea eso —murmuró alguien antes de que picaran espuelas y se alejaran.

¿Alec?

Nysander arrugó la frente y escudriñó la oscuridad. Primero había sentido la esencia de Thero; ahora sólo estaba la de Alec, resplandeciendo en su mente como un faro distante.

No tenía que utilizar su poder para sentirla... su energía era clara, acaso debido a la poderosa magia que se había fundido con ella.

Nysander reconoció el aura familiar del hechizo.

¡Bien hecho, Thero! Pero ¿por qué había desaparecido tan rápidamente la esencia del joven mago?

Volvió a sentir el temor fugaz de Alec y enfocó hacia él una diminuta cantidad de magia, mientras sus labios decían en silencio: *Ven a nosotros, Alec. Te necesitamos.*

Se habían refugiado bajo un viejo pino en el bosque que había junto al lugar sagrado. Las puntiagudas hojas de las ramas más bajas casi tocaban el suelo, formando en su interior un espacio resguardado muy semejante a una tienda.

Tendido sobre un fragante jergón de agujas caídas, Micum roncaba suavemente. A su lado, Seregil se agitaba inquieto, mientras musitaba en Aurénfaie.

El mago había sentido pocos deseos de dormir desde su llegada a Plenimar. Las tranquilas horas de la noche eran demasiado preciosas como para desperdiciarlas. Las utilizaba pues para vigilar y meditar, y para alimentar sus crecientes fuerzas. Sólo esperaba que fueran suficientes cuando llegase la hora.

Seregil volvió a moverse y profirió un gemido bajo. Nysander consideró la posibilidad de despertarlo y compartir con él aquel primer signo de esperanza, pero era demasiado pronto. Si Seregil creía que Alec estaba cerca, entonces saldría en su busca. Y Alec seguía estando demasiado lejos.

Apoyado contra el nudoso tronco del pino, reanudó su solitaria vigilia.

La Tétrada volvía a estar completa; se encontrarían los unos a los otros.

Los jinetes de Beka marcharon en dirección este hasta que la luna se puso. Al amanecer se encontraban en unas colinas rocosas desde las que se divisaba en la distancia el mar, azul y cubierto de niebla.

Las manos de Gilly y Mirn parecían guantes hinchados de vivos colores, púrpura, rojo y azul. Después de que Braknil hubiera terminado de colocarles los nuevos vendajes, Beka se lo llevó aparte.

—Tú ya has visto esto antes. ¿Qué piensas? —preguntó en voz baja.

—Daría el botín de un año por un drisiano —el sargento se mantenía cuidadosamente de espaldas a los demás—. Incluso entonces, no sé si salvarían las

manos. Tal como están las cosas, esos vendajes son todo lo que puedo hacer por ellos y, además, no tenemos más medicina que la salmuera. Puede que baste para contener el pus, pero si la sangre se les envenena... —se encogió de hombros con un gesto expresivo—. Bueno, sería más misericordioso acelerar las cosas.

Beka volvió la vista a los demás. Tare estaba obligando a los heridos a beber.

—Salimos treinta y cuatro de Rhíminee, un teniente inexperto al mando de un grupo de soldados inexpertos, salvo tú —dijo Beka con tono sombrío—. Y ahora míranos.

—Fue el ataque de aquel regimiento lo que nos diezmó —le recordó Braknil—. Allí nos dirigisteis bien. Lo que ocurrió no fue culpa vuestra. Cada uno de los nuestros que cayó allí lo hizo honorablemente. Desde entonces hemos hecho mucho más de lo que hubiera podido pedirse a cualquiera, y eso sí que es obra vuestra. Todo lo que importa ahora es regresar tras nuestras líneas con lo que hemos aprendido.

Beka lo miró y esbozó una media sonrisa fatigada.

—No dejes de recordármelo. Y ahora veamos si Mirn y Gilly tienen algo que añadir.

—Algunos de los prisioneros hablaban algo de eskaliano —les dijo Mirn débilmente, con la cabeza apoyada en la pierna de Steb—. Uno de ellos nos dijo que el nombre del general es Mardus, un noble de cierta importancia. Y también que hay nigromantes con él.

—Nigromantes —bufó Gilly mientras se miraba las hinchadas manos—. Uno de ellos parecía más un demonio que un mago. ¡Negro como algo recién sacado del fuego, pero vivo como vosotros o como yo! Nadie sabía hacia dónde nos dirigíamos, pero todos eran conscientes de lo que ocurría durante las noches. ¡Y era obra de esa criatura!

—Era alguna clase de sacrificio —le explicó Mirn—. Los guardias venían cada noche, al ponerse el sol y todo el mundo trataba de esconderse lo mejor que podía, esperando que no los eligieran. La mayoría de las noches estábamos al otro lado del campamento, pero podíamos oír perfectamente cómo cortaban vivos a los pobres miserables —se detuvo, estremecido—. Al acabar, el otro mago, el hombre, invocaba a una sombra negra para que se llevara los cuerpos. Al día siguiente pasábamos sobre el lugar donde todo había ocurrido y os juro que no había una sola gota de sangre por ninguna parte.

—¿Una sombra negra? —murmuraron varios soldados, intranquilos.

—¡Por la Llama! ¿Creéis que era lo que escuchamos aullando en el bosque la pasada noche? —preguntó Tare.

—Continúa —le urgió Beka sin prestar atención a los demás.

—Lo que no sé es por qué no nos lo hicieron a nosotros —gimió Gilly. De pronto le temblaba la voz—. Por la Llama, teniente, éramos cautivos enemigos. Nos

clavaron a las tablas, es cierto, pero no nos hicieron nada más. Los demás eran gente corriente: marineros raptados por agitadores, eskalianos, micenios. Y mujeres y niños. Pero la mayoría de ellos eran plenimaranos. ¡Su propia gente!

Ambos hombres callaron y entonces Mirn suspiró.

—Lo siento, teniente, no hay nada más que contar.

Beka sacudió la cabeza.

—No te disculpes. Ahora debes descansar —suspiró—. No creo que haya más de cuatro o cinco días hasta Micenia. Si tenemos suerte, los nuestros habrán avanzado algo hacia el sur. Ariani, te voy a enviar de vuelta al regimiento con un mensaje verbal. Llévate los dos mejores caballos, corre tanto como puedas y cuéntale a la comandante Klia todo lo que hemos hecho.

Ariani saludó orgullosamente.

—Así lo haré, teniente.

—Cabo Nikides, te dejo al cargo de los heridos. Vamos a preparar unas literas para Mirn y Gilly. Steb, irás con ellos. El resto seguiremos a la columna durante unos pocos días más.

Steb miró a Mirn. Evidentemente, estaba desgarrado entre dos lealtades diferentes.

—Con el debido respeto, teniente, sólo sois doce. Puedo disparar y luchar con un solo ojo tan bien como lo hacía con los dos.

—Por eso te necesito para proteger a los heridos —le dijo, y vio cómo se dibujaba en su rostro una mirada de alivio—. Y lo mismo te digo, Nikides —añadió, al ver que el cabo estaba a punto de objetar algo—. Dirigíos al norte tan deprisa como podáis. Sois mis correos de reserva para el caso de que Ariani no lo consiga. Los demás nos quedamos para espiar, no para luchar.

Dejó a Braknil al mando, se alejó del campamento, dio un amplio rodeo y se detuvo al fin en un afloramiento de roca encarado al oeste, situado sobre los demás. Desde allí podía escuchar cómo refunfuñaban. Los que se marchaban no estaban contentos con dejar atrás a sus compañeros. Los que se quedaban se preguntaban qué más había por descubrir.

Beka suspiró pesadamente. Ya había tenido problemas a la hora de tomar la decisión de dividir todavía más lo que quedaba de la turma. Si decidía regresar ahora, ningún superior podría reprochárselo.

Pero ¿qué le dirían en cambio sobre sus razones para quedarse?

Mientras sus ojos vagaban siguiendo la costa hacia el norte volvió a sentir la misma sensación de familiaridad, de estar haciendo lo que debía, que había experimentado la primera noche que viera el cometa.

Fuera quién fuese ese tal Lord Mardus, pretendiera lo que pretendiese con sus nigromantes y su absurda marcha hacia ninguna parte, un instinto hasta entonces

desconocido le decía a Beka que la revelación estaba demasiado próxima como para abandonar ahora.

SÓLO UN CIERVO EN LA OSCURIDAD

Estallaron gritos a su espalda mientras huía del pequeño claro. La voz del Hombre y la voz de lo Otro se mezclaron un momento, y luego sólo hubo silencio. Un informe sentimiento de confusión volvió a agitarse en sus entrañas, pero su consciencia animal lo empujó hacia el interior del bosque, lejos de aquel hedor a carroña. Olió otros Hombres entre los árboles, pero no le fue difícil esquivarlos.

La primera vez que Nysander conjurara sobre él el hechizo de la naturaleza intrínseca, la identidad consciente de Alec había sido abrumada de forma tan completa por la de su forma animal que el mago había vuelto a transformarlo antes de que pudiese herirse a sí mismo o a otros en la confusión resultante.

Esta vez había ocurrido lo mismo y, sin duda, había sido el abrumador instinto de huida del animal el que le había salvado la vida.

El viento estaba inundado de aromas mientras avanzaba a toda prisa por la oscuridad. Guiado por su olfato, eludió a los centinelas plenimaranos, corrió entre la maleza y saltó por encima de barrancos y hondonadas con facilidad instintiva. Pero mientras huía, su mente se recobraba poco a poco de la conmoción del cambio y se apartaba de la consciencia del ciervo para sumirse en un estado de percepción iluminada que no era del todo humana ni del todo animal.

Emergió de los árboles a un acantilado rocoso sobre el mar, se detuvo un momento, el hocico manchado de saliva. Debajo de él, las olas azotaban las rocas, levantando grandes abanicos de espuma.

El ardiente cometa desgarraba los cielos. Al verlo, fue presa del pánico. Cada uno de los músculos de su cuerpo tembló y se agitó, cada uno de sus instintos le gritó que huyera. Pero permaneció inmóvil, las largas y sensibles orejas inclinadas hacia delante, tensas, la nariz arrugada. Mientras su extraña sangre se enfriaba con lentitud, algo nuevo atrajo su atención. Golpeó la toca con uno de sus partidos cascos, profirió un bramido quejumbroso y entonces se quedó inmóvil y escuchó.

La respuesta no fue sino el más tenue de los susurros en el silencio de la mente. No hubo voz, olor o imagen, sólo la llamada del instinto.

Norte, hacia el norte. Sigue y confía.

Como un pájaro que de pronto recuerda la ruta hacia el sur tras la primera helada, Alec, la mente todavía demasiado nublada por la del ciervo, se entregó a la tentación de ese débil destello.

Después de proferir un nuevo bramido desde el fondo de la garganta, puso la cara al viento y se lanzó hacia delante.

Los patrones que la luz de la luna dibujaba al atravesar las copas de los árboles se deslizaban sobre su lomo mientras corría y su mente humana comenzaba

gradualmente a maravillarse ante las sensaciones que le procuraba aquel cuerpo nuevo y asombroso.

Podía sentir la tensión de los músculos mientras saltaba, los latidos del poderoso corazón, el peso de la gruesa cornamenta que llevaba sin prestarle más atención de la que nunca le hubiera merecido un sombrero.

Los aromas familiares del bosque y el mar habían adquirido una riqueza nueva que estaba más allá de la percepción humana. Al detenerse para beber en un manantial, no pudo resistir el aroma de las jóvenes malvas que crecían a su alrededor. Su sabor verde y húmedo llenó su boca como si fuera miel. Mientras volvía a ponerse en marcha, un pequeño búho gris se cruzó aleteando en su camino con un suave rumor de plumas.

El paisaje se volvía más desolado a medida que avanzaba hacia el norte, y en la distancia pudo ver un pico solitario recortado contra las estrellas. Aquí los salientes de roca eran más amplios y pronunciados. Se extendían hasta el mar y estaban cuarteados por grietas y estratos de roca más oscura. Más allá, donde la roca se encontraba con los pastizales, las matas de zarzamora y los líquenes lo obsequiaron con sus dulces aromas mientras pasaba junto a ellos como una exhalación.

Lentamente, el mar se retiraba de las rocas, dejando tras de sí resplandecientes estanques que brillaban como ojos negros en la oscuridad. La luna se sumergió en el mar y las estrellas marcharon bailando a su hogar. Mientras el viento empezaba a cambiar y las fragancias de la noche comenzaban a desvanecerse, olió a caballos y a hombres. Se refugió en una hondonada y permaneció inmóvil, olfateando la brisa, hasta que hubieron pasado y desaparecieron hacia el norte.

Sintió la llegada del alba mucho antes de que el primer rayo se insinuara sobre el horizonte. La diáfana claridad del falso amanecer brotó tras las montañas y despertó a las bandadas de patos y gaviotas que se mecían sobre las olas más allá de la línea de los rompientes.

Algo en sus recuerdos respondió a este cambio de la luz pero, consumido por la irresistible inminencia de los instintos y la llamada, no pudo recordar lo que era.

El primer rayo del verdadero amanecer se posó sobre él mientras saltaba por encima de una espumeante grieta de las rocas. A mitad del salto, la forma de ciervo se desvaneció y dejó en su lugar a un joven delgado y desnudo.

El impulso llevó a Alec al otro lado. Cayó torpemente y se arañó las rodillas y los codos. Todavía confuso a causa de la transformación, se tumbó sobre la espalda y miró con los ojos entornados hacia el cielo, un cielo veteado y del color del oro, mientras se preguntaba de forma casi inconsciente quién era y cómo había llegado hasta allí.

Una ola brotó de la grieta que acababa de saltar y roció su piel desnuda de gotitas blancas y centelleantes. Mientras se ponía trabajosamente de rodillas, advirtió que

seguía llevando el frasco de marfil que le había quitado del cuello a Várgul Ashnazai. Lo abrió y vació su contenido sobre su palma: unas pocas y oscuras astillas.

Un destello cegador de recuerdo lo sacudió: Ashnazai jugando con aquél frasco mientras lo torturaba a bordo del *Kormados*, la mirada de satisfacción de su rostro cuando cortó la garganta de Seregil, el último y desesperado grito de Thero mezclándose contra el aullido de lo que quiera que hubieran enviado tras ellos después de su fuga. Con un sollozo ahogado, arrojó los pedacitos de madera al mar y gritó su pena detrás de ellos.

Pero incluso en medio de su congoja y su lamento, la llamada seguía allí, más tenue pero todavía clara.

Hacia el norte.

Los primeros exploradores plenimaranos llegaron al lugar del templo poco después del alba. Micum estaba de guardia y escuchó sus caballos justo a tiempo para esconderse tras la maleza que crecía junto al camino. Esperó hasta que pasaron en dirección a la piedra blanca y entonces volvió corriendo al pino junto al que se refugiaban los otros.

—Se están acercando —susurró mientras se acurrucaba bajo las ramas—. Dos exploradores plenimaranos acaban de pasar por el camino en dirección al norte.

—Es una suerte que vengan por el camino —murmuró Nysander al tiempo que se frotaba la barbilla con aire ausente.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Seregil.

El mago suspiró profundamente y entonces miró a sus dos compañeros.

—Alec se dirige hacia nosotros. Viene por la ribera, así que es una suerte que los plenimaranos sigan el camino.

—¿Que se dirige hacia nosotros? —jadeó Micum, incrédulo—. ¿Cómo lo sabes? ¿Cuándo lo has sabido?

Seregil no dijo nada, pero Micum vio la repentina tensión que se apoderaba de él y reparó en el color que asomaba de pronto a sus hundidas mejillas.

—Lo sentí ayer, poco después de la medianoche —replicó Nysander.

—¿Sabías que venía y no nos dijiste anda? —siseó Seregil—. Por la Luz de Illior, Nysander, ¿por qué?

—Porque sólo hubiera conseguido que corrieras a ciegas a la oscuridad sin apenas esperanzas de conseguir nada, salvo hacerte daño. Estaba demasiado lejos como para haberlo alcanzado a pie. Thero parece haber tenido algo que ver con su fuga...

—¿Ese bastardo traidor? —Seregil entornó la mirada peligrosamente.

—¡Basta, Seregil! —le ordenó Nysander, dando rienda suelta por fin a su propia cólera. Atravesó su semblante, rápida y furiosa como un relámpago sobre un cielo despejado—. Al margen de las acciones que pueda haber tomado en el pasado, parece

que utilizó su magia para ayudar a escapar a Alec. Y posiblemente a expensas de su propia vida. Alec está cerca. La espera y la prudencia nos lo han traído más cerca de lo que la pérdida de cualquiera de vosotros dos hubiera podido conseguir jamás. Si los exploradores de Mardus han llegado ya, él mismo no puede andar muy lejos.

Seregil abrió la boca para protestar, pero Micum se le adelantó.

—A mí tampoco me gusta, pero tiene razón y ambos lo sabemos —le dijo de mala gana.

—Bueno, ¿y entonces qué hacemos ahora? —preguntó Seregil, todavía encolerizado—. ¡No podemos sentarnos a esperar que nos encuentre por pura suerte! ¡Por los Testículos de Bilairy, Nysander, si tan seguro estás de dónde se encuentra, tráelo aquí con tu magia!

—Ya sabes que ahora no puedo desperdiciar ningún poder. Sin embargo, anoche pude enviar una llamada y conjurar algunas protecciones a su alrededor. Mardus no lo encontrará con magia.

Seregil alargó el brazo hacia sus botas y el cinto de la espada.

—Pero ayer supiste que venía —dijo Micum con el ceño fruncido—. ¿Cómo es posible, si no fue con magia?

—Yo no hice nada. Lo supe sin más.

—Entonces, ¿por qué no lo sentimos también Micum y yo? —inquirió Seregil.

—¿Quién sabe? Ahora ve. Ayúdalo. Viene desde el sur.

—Ah, ese es uno de mis títulos, ¿no? El Guía —gruñó Seregil mientras recogía un pellejo de agua y se abría paso entre las ramas. Micum hizo ademán de seguirlo, pero Nysander posó una mano sobre su brazo.

—Déjalo ir.

La furia de Seregil no tardó en dar paso a un regocijo cauto mientras corría a largas zancadas sobre las rocas. Durante los largos días pasados a bordo de *La Dama*, la esperanza se había convertido en una especie de obstinada negación a aceptar lo peor. Ahora parecía que la fe de Nysander en la profecía había estado fundada.

Contra toda esperanza, los cuatro volvían a reunirse de nuevo en medio de una tierra hostil.

La marea acababa de alcanzar su punto más bajo y había dejado pequeños charcos y peligrosas masas de algas que resplandecían bajo el sol de la mañana. Grandes olas verdes entraban a raudales desde mar abierto y se estrellaban contra las rocas, formando grandes geiseres de reluciente espuma. Una refrescante brisa del mar arrastraba a tierra las diminutas gotas. Seregil volvió el rostro hacia ella mientras seguía su camino y probaba la sal en los labios.

Todo lo demás no importaba. Alec estaba vivo.

Mientras caminaba, no dejaba de vigilar los árboles. Una patrulla había aparecido ya; habría otras. Al cabo de una hora divisó el destello de un rayo de sol contra el

metal.

Se resguardó en una hondonada rocosa y escuchó mientras un grupo de jinetes pasaba a su lado a galope tendido. A juzgar por el ruido de los cascos, había por lo menos una docena de ellos. Esperó hasta que el sonido se hubo apagado en dirección norte y siguió su camino.

Pasó otra hora y empezó a preocuparse por la posibilidad de que se hubieran cruzado sin verse. Era posible que Alec se hubiese refugiado, como él mismo había hecho, entre las rocas o los árboles.

O podría haber tenido un accidente o haber sido capturado. Seregil refrenó estos pensamientos siniestros y se sentó sobre un húmedo bloque de piedra para recuperar el aliento.

Su aparición desalojó a una pequeña comunidad de bígamos, que se alejaron apresuradamente y se dejaron caer sobre el charco más cercano como una cascada de canicas. Al otro lado, una gaviota descendió en círculos para beber.

—Lo encontraré —dijo Seregil con un suspiro mientras apoyaba la cabeza sobre las manos—. Está aquí y lo encontraré.

La gaviota lo miró, escéptica, con sus ojos amarillos y entonces alzó el vuelo y se alejó con un graznido burlón. Seregil volvió la cabeza para mirarla y se quedó helado y boquiabierto. Un pálido y magullado espectro de hombre lo observaba desde una repisa de roca a no más de siete metros de distancia.

—¡Alec!

Delgado, magullado y desnudo, Alec se encogió visiblemente mientras el viento lo azotaba. Sin embargo, a pesar de su evidente fatiga, parecía preparado para huir.

—Alec, soy yo —dijo Seregil con más suavidad al ver cómo se enfrentaban la esperanza y el miedo en el interior de aquellos ojos negros y entornados. ¿Qué podía haber plantado aquella desconfianza allí?—. ¿Qué te ocurre, *talí*?

—¿Qué estás haciendo aquí? —graznó Alec. Y la desconfianza que había en su voz atravesó a Seregil como si fuera un cuchillo.

—Te estoy buscando. Nysander también está aquí. Y Micum. Están por allí.

—Nysander está muerto —dijo Alec. Retrocedió un paso.

—No, estuvo a punto de morir pero sobrevivió, te lo prometo. Sabemos lo que pretende Mardus. Teníamos razón, Alec. Somos los Cuatro: Nysander, Micum, tú y yo. Todos estamos aquí para detenerlo.

Alec se estremeció miserable mientras el viento sacudía sus cabellos sobre su pálido rostro.

—¿Cómo sé que eres tú? —murmuró débilmente.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Seregil, cada vez más confuso—. ¿Qué te han hecho, *talí*? Voy a acercarme, ¿de acuerdo? No tengas miedo.

Para su sorpresa, Alec se volvió y huyó.

Saltando entre las rocas, Seregil se precipitó tras él, lo sujetó por los brazos y lo mantuvo inmóvil mientras el muchacho se debatía furiosamente.

—¡Quieto, basta! ¿Qué te ocurre? —podía sentir el corazón de Alec martillando entre sus costillas.

Con la respiración entrecortada, Alec se revolvió y puso una mano sobre un lado del rostro de Seregil. Éste refrenó el miedo que repentinamente había empezado a sentir y lo soltó.

Lenta, muy lentamente, Alec tocó su pelo, sus hombros, sus brazos, con una expresión casi salvaje en su intensidad y desconfianza. Sin embargo, al cabo de un momento desapareció, sustituida por la mirada de alivio más asombrosa que Seregil hubiera visto jamás.

—Oh, Illior, eres tú. Estás vivo —jadeó, con los ojos cubiertos de lágrimas—. ¡Ese bastardo! Debiera haberlo sospechado, pero la sangre, tu voz, todo... ¡Pero estás vivo! —temblando, dio a su amigo un abrazo salvaje.

—Al menos lo estaba la última vez que me miré en el espejo —dijo Seregil con voz ronca. Se le había hecho un nudo en la garganta mientras Alec lo abrazaba, y ahora el muchacho temblaba terriblemente. Lo soltó el tiempo necesario para quitarse la capa y pasarla alrededor de sus hombros. Luego lo ayudó a sentarse al abrigo de una gran roca y lo sostuvo contra sí mientras el muchacho temblaba y lloraba.

—Pensé que estabas muerto —exclamó Alec con voz entrecortada. Seguía aferrado a Seregil, como si temiese que en cualquier momento fuera a desaparecer—. Fue Várgul Ashnazai. Me hizo creer que habías venido a rescatarme y entonces te asesinó... —exhaló un sonido áspero que no era ni un sollozo ni una risa—. ¡Pero maté a ese hijo de puta!

Le refirió entonces, casi a borbotones, una historia atropellada y confusa, pero Seregil comprendió lo suficiente como para darse de cuenta de la clase de tortura a la que Alec había sido sometido.

Lágrimas de furia impotente afloraron a sus ojos mientras acariciaba el cabello del muchacho y susurraba suavemente en Aurénfaie para tranquilizarlo.

Al llegar al final de su relato, Alec apoyó la cabeza sobre el hombro de Seregil mientras dejaba escapar un nuevo suspiro entrecortado.

—Lo peor de todo... cuando Ashnazai te mató, me hizo creer que había... dijo cosas... —Alec cerró los ojos con fuerza—. Pensé que morías creyendo que yo te había traicionado.

Seregil apartó un mechón de cabello de la frente de Alec y lo besó allí.

—Está bien, *talí*. Si de verdad hubiera sido yo, no le habría creído. Te conozco demasiado bien.

—Y yo nunca le dije... —el rostro de Alec enrojeció furiosamente—. No lo comprendo, pero...

Titubeó y Seregil lo acercó a sí.

—Lo sé, *talí*. Lo sé.

Fue Alec el que llevó sus labios hasta los de su amigo.

La primera reacción de Seregil fue de incredulidad. Pero Alec insistió, torpe pero resueltamente. Duró un instante, una eternidad, aquel beso desmañado que expresó una insondable y perpleja honestidad.

El momento que siguió fue demasiado frágil para las palabras.

Está exhausto, confuso. Ha sido torturado hasta más allá de la resistencia humana, se dijo Seregil. Pero, por una vez, las dudas se negaron a germinar.

Padre, hermano, amigo.

Amante.

Cerró los ojos y supo que cualquier cosa que naciese entre los dos a partir de entonces sería suficiente.

Alec fue el primero en romper el silencio. Después de secarse la cara en el borde de su capa, dijo:

—Deberíamos marcharnos cuanto antes. Si me duermo ahora no creo que puedas despertarme. Mardus está en camino.

—Será mejor que te pongas algo de ropa —se puso en pie para quitarse la casaca y sintió el peso de la daga negra que llevaba en su interior.

—Casi lo olvido. Había estado guardando esto para ti.

Sacó el cuchillo y desató el pañuelo que había enrollado a su alrededor. Lo sostuvo un momento, símbolo tanto de su derrota como de su esperanza a lo largo de los días que habían pasado separados.

Por fin, soltó de un tirón el mechón de la empuñadura y dejó que el viento le arrebatase las doradas hebras de los dedos y los desperdigase entre las rocas y el mar.

EL CÍRCULO SE CIERRA

Irtuk Beshar espoleó a su caballo y se situó junto a Mardus. El capitán Denarii, comandante de la unidad que se había reunido con ellos al desembarcar, se apartó con un estremecimiento apenas disimulado.

Mardus la recibió con un elegante gesto de la cabeza.

—Buenos días, Alabada.

—Buenos días, Lord Mardus. ¿Han regresado los exploradores?

—Sí. No han informado de incidencia alguna. Acamparemos a últimas horas de la tarde y tendremos tiempo más que de sobra para preparar la ceremonia de mañana.

—La voluntad de Seriamaius está contigo como de costumbre, mi señor. —Irtuk estudió el hermoso perfil del hombre—. Debo decir que pareces bastante optimista, teniendo en cuenta la muerte de Várgul Ashnazai y la fuga de la pasada noche.

Mardus se encogió de hombros de forma elocuente.

—Ashnazai atrajo la muerte sobre sí, a despecho de todas mis advertencias. Sin embargo, la pérdida de Alec sí que resulta lamentable. Es un joven de lo más notable.

—Pero ¿y los prisioneros?

—Mis rastreadores aseguran que el grupo de eskalianos no llega a la docena y que han huido hacia el este. No, el Yelmo será reconstruido y yo serviré a Seriamaius como *Vatharna* —su fría sonrisa se ensanchó perceptiblemente—. No es un logro del todo desdeñable para el hijo bastardo de un Señor Supremo, ¿verdad?

—He esperado este día desde que os tenía sobre mis rodillas siendo un niño —dijo la *dyrmagnos* con orgullo—. Ni siquiera ahora el joven Señor Supremo sospecha nada. Cuando llegue el momento, se verá forzado a cederos su puesto a vos, su medio hermano. Con el Yelmo en vuestra frente y la mano de Seriamaius sobre vos, nadie podrá oponerse a que reclaméis el trono.

—¿Y cómo está el joven Thero esta mañana?

Irtuk Beshar soltó una risotada seca y silbante.

—Dominado. Completamente dominado.

La segunda patrulla de exploradores era más numerosa. Micum contó una docena de jinetes plenimaranos que avanzaban por el camino en dirección al lugar sagrado.

Regresó subrepticamente al pino y encontró a Nysander escuchando con calma a los exploradores mientras éstos se llamaban unos a otros y se desperdigaban entre los árboles que había detrás del lugar.

—¿Qué dicen? —preguntó Micum.

—A juzgar por el sonido de sus voces, yo diría que están buscando un lugar para

acampar.

Al cabo de poco tiempo, los plenimaranos retrocedieron hasta un prado ondulado situado casi cuatrocientos metros antes. Micum y el mago los siguieron cautelosamente.

—Parece que van a acampar —dijo Micum mientras observaba cómo empezaban varios soldados a talar árboles en los linderos del claro—. Y justo en el camino de Seregil. Desde allí pueden verse las rocas.

—Debe de haberlos visto antes —contestó Nysander mientras regresaba a su escondrijo del pino.

—Esperemos que sí —musitó Micum—. No me ha gustado la manera en que ha salido de aquí. Como ahora mismo no hay nada que hacer por aquí, podría salir a buscarlo. ¿Crees que correrás peligro?

Nysander sonrió.

—¿Por culpa de esa banda? Oh, no. Vete.

Escondido tras la maleza que flanqueaba el camino, Micum logró escabullirse más allá del campamento plenimaranos sin ser visto.

Escondido tras un árbol caído, contó un total de diez soldados en el claro. Lo que dejaba otros dos.

Una vez que estuvo bastante lejos del campamento, se dirigió hacia las rocas y escudriñó los alrededores en busca de alguna señal de movimiento. Nysander no les había dicho lo lejos que Alec se encontraba. Observó el sol y calculó que Seregil se habría marchado hacía poco más de una hora.

La marea creciente azotaba las rocas mientras él proseguía hacia el sur. Pasó otra hora antes de que finalmente divisara dos figuras en la distancia moviéndose hacia él. Aunque todavía estaban demasiado lejos como para distinguir muchos detalles, pudo ver que Alec se apoyaba sobre Seregil mientras marchaban con dificultades sobre una franja rocosa de la costa.

Seregil desenvainó la espada al verlo y entonces, al reconocer a Micum, volvió a guardarla.

—¡Por la Llama, te hemos encontrado, después de todo! —exclamó Micum con regocijo mientras llegaba junto a ellos. Pasó un brazo alrededor de Alec, le dio un abrazo de bienvenida y lo ayudó a sentarse sobre un tronco. El muchacho tenía el rostro hundido a causa del cansancio y vestía la casaca, las botas y la capa de Seregil—. ¿Estás bien? ¿Y Thero?

—Muerto o capturado —le dijo Alec, y a Micum no se le escapó la tensión que había en su voz.

Rápidamente, Seregil le lanzó una mirada de advertencia.

—Thero lo ayudó a escapar. Lo ha pasado muy mal estas últimas semanas. Todavía nos queda bastante camino, Alec. ¿Quieres que descansemos antes de

continuar?

—No, sigamos —contestó Alec—. ¿Dónde está Nysander?

—No te preocupes por él. Está a salvo. ¡Y, por la Llama, también lo estas tú! —le dijo Micum con voz cálida, al mismo tiempo que le daba unas palmadas en el hombro—. Por los Testículos de Bilairy, Alec, temía que te hubiéramos perdido.

—¿Ha llegado ya el segundo grupo de exploradores? —preguntó Seregil.

—Hace unas dos horas, diría yo. Se pusieron a preparar un campamento al lado del lugar sagrado. No quería que os toparais con ellos por accidente, así que salí a buscaros.

—Gracias. Necesitaré que me ayudes a llevarlo el resto del camino. —Seregil miró a Alec con preocupación—. Casi no le quedan fuerzas. Me sorprende que hayamos llegado tan lejos.

—Estoy bien —insistió Alec mientras se ponía en pie trabajosamente.

—Será mejor que sigamos por el bosque —dijo Micum. Pasó un brazo alrededor del de Alec—. Aquí estamos demasiado expuestos y no sé dónde han apostado a los centinelas. ¿A qué distancia dirías que se encuentra Mardus?

—Anoche perdí la cuenta de las distancias —confesó Alec—. Si los exploradores han llegado ya, no puede estar mucho más de medio día atrás.

—¿Con cuantas fuerzas cuenta?

—No estoy seguro, pero yo diría que por lo menos cuarenta soldados, mas un grupo de prisioneros... puede que un centenar. Y también hay un nigromante y una dymagnos.

Micum abrió los ojos, alarmado.

—¡Maldición! ¿Una de esas cosas lo acompaña? ¿Y prisioneros?

—Supongo que hace falta mucha sangre para forjar ese Yelmo suyo —dijo Seregil con amargura—. Alec asegura que se produjeron sacrificios rituales en el barco mientras se dirigían hacia aquí, y más después de que desembarcaran y se reunieran con otro grupo. De allí es de donde salieron todos esos prisioneros.

—¿Y se supone que nosotros cuatro vamos a detenerlos? —Micum sacudió la cabeza mientras se internaban en el bosque y se ponían en marcha.

Con la ayuda de Micum y Seregil, Alec logró regresar hasta el pino en el que tenían su escondrijo.

—¡Por fin has llegado, querido muchacho! —susurró Nysander. Abrazó a Alec mientras el muchacho se derrumbaba sobre la alfombra de hojas secas—. Sabía que volveríamos a verte entre nosotros. Y justo a tiempo.

—Seregil me ha hablado del eclipse de mañana —dijo Alec mientras apoyaba la espalda sobre el tronco y bostezaba.

—Sé lo cansado que debes de estar, pero tienes que contarme todo lo que has descubierto. Entonces te prometo que podrás descansar. ¡Y, además, debes comer!

Seregil le dio algo de bizcocho, queso y un pellejo de agua fresca. Alec tomó un largo trago antes de comenzar a comer.

—Teníais razón, los dos —dijo mientras miraba a Seregil y a Micum con aire de arrepentimiento—. Debería haberme quedado en Watermead aquella noche, pero estaba preocupado por Seregil. Cuando volví a El Gallito...

Se detuvo. Sus ojos se habían llenado de lágrimas.

—Ya lo saben —le dijo Seregil. Se acercó a él—. Estuve allí al amanecer y lo vi todo. ¿Qué ocurrió?

—Ashnazai y sus hombres cayeron sobre mí en cuanto entré en la casa. Logré herir a dos de ellos antes de que me capturaran.

—¿Várgul Ashnazai? —preguntó Nysander—. Ah, sí. He oído hablar de él.

Alec esbozó una sonrisa amarga.

—Ya no volverás a oír nada sobre él. Maté a ese bastardo la pasada noche. Así fue como Thero y yo logramos escapar. O al menos yo.

Miró a los demás. Estaba muy serio.

—Me salvó la vida. Al margen de las otras cosas que hiciera, me salvó la vida y probablemente ahora está muerto a causa de ello. Utilizó su magia para que pudiéramos escapar y luego me transformó en un ciervo como tú habías hecho, Nysander —la barbilla de Alec tembló pero no dejó de hablar—. Yo... yo huí. Me perseguían y huí. Todavía puedo oír...

El mago apretó las manos de Alec entre las suyas.

—No te diré que no lo lamentes, querido muchacho, pero no debes culparte. Por favor, continúa con tu historia. Estabas hablando de la posada.

Alec se limpió la nariz con un antebrazo lleno de polvo.

—Apenas recuerdo lo que ocurrió después hasta que desperté a bordo del barco. Mardus estaba allí, y Ashnazai y otro nigromante al que apenas pude ver, y una *dyrmagnos* llamada Irtuk Beshar —apretó los dientes y les relató cuanto había ocurrido a bordo del *Kormados*.

Nysander escuchó en silencio hasta que llegó a la cena de pesadilla en compañía de Mardus.

—¿El propio Mardus te dijo que se le deben entregar vidas al Yelmo para construir su poder? ¿Estás seguro de eso?

Alec asintió con aire sombrío.

—Me dijo que cuanto más joven fuera la víctima, más poder daba su muerte. Fue idea de Mardus sacrificarnos a Thero y a mí en último lugar.

Al escuchar esto, Seregil levantó la mirada.

—¡Esa es la clave! Si atacamos rápidamente, antes de que complete los sacrificios, puede que tengamos alguna posibilidad contra esa cosa.

—Quizá, pero no debemos subestimar sus capacidades iniciales —le advirtió

Nysander—. Podría tener algún grado de poder desde el momento mismo de su creación. Muy bien. Continúa, Alec.

Demasiado cansado como para no ser prosaico respecto a los horrores con los que Ashnazai lo había atormentado durante las noches, Alec relató rápidamente los detalles de su viaje por tierra.

Seregil palideció mientras les contaba la visita de Cilla y las invectivas que ella le había arrojado.

—Fantasmas, nada más que ilusiones conjuradas por ese hombre terrible —le aseguró Nysander—. Tales hechizos vuelven contra uno sus propios temores y sospechas.

—Pero ¿y qué hay de Seregil? —preguntó Alec—. Aquello fue real. Lo toqué, sentí su sangre sobre mí. Y había sangre en mis manos a la mañana siguiente.

—Más ilusiones —dijo el mago—. Creó la imagen de Seregil sobre alguna pobre víctima para que su muerte resultara convincente. Sin duda, alguien murió delante de ti aquella noche. Supongo que Ashnazai pretendía quebrantar tu espíritu de una vez y para siempre.

Alec miró a Micum con aire culpable.

—Disfruté matándolo. Sé que está mal, pero fue así.

—No te atormentes —le dijo Micum con una sonrisa sombría—. En tu lugar yo hubiera sentido lo mismo. No es deshonoroso matar a un demente como ese.

Seregil rió malévolo.

—Tengo la intención de disfrutar inmensamente cuando mate a Mardus.

—La venganza no es nuestro propósito —le recordó Nysander con firmeza—. No olvidéis nunca que su dios puede utilizar nuestras propias debilidades y emociones contra nosotros. Y ahora, dejemos que Alec termine su relato para que pueda descansar.

—No hay mucho más que contar. Después de que escapáramos del campamento, utilizó el mismo hechizo que tú me habías mostrado el día que nos convertiste en animales. No supe lo que estaba haciendo hasta que fue demasiado tarde para detenerlo. Y cuando me convirtió en ciervo, corrí... si me hubiera dado la oportunidad puede que hubiera podido ayudarlo, pero a mi mente le ocurrió algo, igual que la última vez.

—No hay nada que tú pudieras haber hecho contra cualquier cosa invocada por Irtuk Beshar —le dijo Nysander—. La decisión de Thero fue sabia y honorable.

—Tal como yo lo veo, la verdadera cuestión es cómo llegar hasta el Yelmo —intervino Micum—. Alec dice que Mardus tiene al menos dos docenas de soldados. No creo que se queden de brazos cruzados mientras nosotros entramos en escena.

—Tendremos que ver cómo se distribuyen en el templo mañana —dijo Seregil mientras se acercaba a su mochila—. Asumiendo que Mardus no estaba mintiendo a

Alec, entonces los prisioneros tendrán que estar a mano durante la ceremonia. Si pudiéramos liberarlos crearíamos una diversión —se volvió y entregó a Alec su arco y su espada.

—¡Lo has traído! —exclamó Alec mientras sacaba las piezas del Radly del estuche y lo montaba.

—Hay muchos lugares elevados desde los que se domina el lugar de la ceremonia —señaló Micum—. Alec podría acabar con algunos de los guardias que rodean a los prisioneros. Estallaría el pánico. Si a los cautivos les queda todavía algo de sangre en las venas, lucharán o correrán. En cualquier caso, eso nos daría al resto una posibilidad de actuar en medio de la confusión.

—Sólo hay una docena de flechas aquí —dijo Alec mientras abría el carcaj para comprobar el estado de los penachos—. Aunque lograra acertar con todas, seguirían quedando muchos hombres. Y estamos hablando de soldados plenimaranos.

—Son muchos más que nosotros, es cierto, pero dudo que tengamos que enfrentarnos a todos al mismo tiempo —dijo Micum—. Supongo que Mardus apostará centinelas y dejará algunos más para guardar el campamento. Es esa dyrmagnos la que me preocupa más. Háblame de ella.

—Es pura maldad —respondió Alec con amargura—. Lo que nos hizo a Thero y a mí... ni siquiera sé cómo contároslo. Para cuando hubo terminado conmigo, le había contado hasta la última cosa que deseaba saber. Nysander hizo bien en no decirnos mucho. Cuando entraba en mi interior, no podía hacer nada para detenerla.

—Eso es lo que me temía —murmuró el mago.

—Cuando finalmente logramos escapar, envió algo detrás de nosotros. No lo vi, pero sus meros aullidos bastaban para helar la sangre.

—Y, a pesar de todo, son excelentes noticias —exclamó Nysander mientras se frotaba las manos, satisfecho—. Los sacrificios, los hechizos que utilizó en Alec y Thero, la criatura... Por lo que parece, no ha podido contar con mucho descanso desde que me atacó en la casa Oréska. Nadie, ni siquiera un dyrmagnos, puede utilizar tanto poder en tan corto período de tiempo sin pagar un precio. Una vez que haya terminado con el Yelmo, debería estar debilitada. Si la atacamos entonces, quizá logremos incapacitarla el tiempo suficiente como para llevar a cabo nuestra misión. Pero por ahora, Alec, deberías dormir todo lo que puedas. La mayor de todas las pruebas todavía espera delante de nosotros.

—Sin duda —murmuró Micum—. Cuatro contra cuarenta. Voy a volver al camino a esperar la llegada de Mardus.

Pero mientras se estiraba bajo la capa de Seregil, Alec no sentía ningún miedo. Pasase lo que pasase, no podía ser peor que lo que ya había afrontado.

Micum encontró un afloramiento de roca desde el que se dominaba el camino de la costa y se dispuso a esperar.

El tiempo seguía siendo bueno; el sol le calentaba la espalda mientras permanecía tendido en su escondrijo, escuchando los sonidos de los pájaros a su alrededor. Cuando miraba más allá de los árboles situados a la derecha del camino, podía ver las verdes olas avanzando por el Mar Interior y las bandadas de patos que se balanceaban sobre ellas.

Lo poco que había visto de Plenimar no se diferenciaba demasiado de Eskalia. De hecho, en conjunto parecía ser un lugar bastante agradable... salvo por los plenimaranos.

Ya había pasado la media tarde cuando escuchó el sonido de los primeros caballos que se aproximaban. Una vanguardia de jinetes pasó al galope. Poco después, vio más jinetes que se aproximaban al trote a la cabeza de una columna de soldados de infantería.

Micum había visto a Mardus varias veces allá en Herbaleda el pasado otoño, y ahora lo reconoció. Venía a la cabeza de sus hombres. Vestía de uniforme y, por la manera en que montaba, Micum supo que era un hombre acostumbrado al mando.

A su lado cabalgaba una mujer ataviada con ricas vestiduras. Su presencia intrigó a Micum hasta que pudo entrever su rostro.

Entonces supo quién era.

Se agazapó un poco más, sin apenas atreverse a respirar, hasta que la *dyrmagnos* hubo pasado.

Detrás de ellos venían más jinetes y soldados. Micum distinguió algunos rostros familiares entre ellos: el capitán Tildus y algunos de los hombres que habían estado con él en Herbaleda. La calma desapasionada que lo había mantenido vivo durante tantas y tantas batallas volvió a apoderarse de él mientras elegía a algunos hombres para la muerte.

Una línea de carromatos venía detrás, incluyendo la carreta de osos que Alec les había descrito. Mientras pasaba a la altura del escondrijo de Micum, vio un hombre delgado y medio desnudo tendido de bruces en el fondo. No pudo ver su rostro, pero supuso por su constitución que se trataba de Thero. Otro carromato estaba cargado con pequeñas cajas de madera, y un toro negro venía atado a éste.

Después pasó una larga procesión de prisioneros cargados de cadenas que avanzaban a duras penas. Hombres, mujeres y niños, algunos de ellos no mucho mayores que Illia, marchaban sumidos en un silencio desesperanzado bajo la mirada vigilante de sus guardias montados. Y por fin, detrás de ellos, más carromatos, sirvientes y ganado.

Micum sintió que el corazón se le encogía mientras pasaban los últimos integrantes de la columna. Alec había errado en su estimación; debía de haber cerca de un centenar de soldados.

Por la Llama, pensó. Esta vez sí que vamos a meternos en la boca del lobo.

Mientras Micum estaba fuera, Seregil pasó algún tiempo espiando el campamento plenimarano y luego regresó junto a Alec.

Seguía durmiendo, hecho un ovillo bajo la capa. Alguna preocupación arrugaba su frente y sus dedos se agitaban nerviosos mientras trataba de abrirse camino por cualesquiera pesadillas que siguieran atormentándolo. Seregil se sentó a su lado y acarició suavemente sus cabellos hasta que la sombra abandonó su semblante.

Nysander estaba sentado con varias flechas sobre el regazo. Había conseguido un poco de pintura en alguna parte y estaba pintando símbolos sobre uno de los astiles con un pincel muy fino.

Mientras observaba a Alec dormir, Seregil sacudió la cabeza con preocupación.

—¿De veras crees que estará preparado para luchar mañana?

—Es joven y no ha sido herido de gravedad —lo tranquilizó el mago sin apartar la mirada de su trabajo—. Todo lo que necesita es descanso.

Seregil se frotó el pecho de manera ausente. La costra se le estaba pelando y la herida le picaba. Mientras sus dedos rascaban la cicatriz, sintió el diminuto relieve de la marca del disco.

Parecía diferente.

Alargó el brazo hacia la mochila de Micum, sacó el espejo que utilizaba para afeitarse y lo sostuvo frente a la herida. La forma redonda del disco y el pequeño cuadrado dejado por el agujero de su centro seguían delineados en piel nueva y brillante, pero el relieve del dibujo había cambiado. Lo que originalmente había sido un críptico patrón de líneas y volutas se había transformado de alguna manera en un dibujo circular formado por cuchillos estilizados, ojos y runas nigrománticas.

—¡Nysander, mira esto! —se abrió el cuello de la camisa.

Las tupidas cejas blancas de Nysander se alzaron por la sorpresa.

—¿Recuerdas que te dije que el diseño del disco de madera escondía otro? Éste es uno de los símbolos del Dios Vacío.

Seregil volvió a inspeccionarlo.

—Puedo leerlas. Me refiero a las runas. Están correctamente orientadas en el espejo. No lo había pensado antes, pero dado que es una marca, todo el diseño debe leerse al revés.

Nysander se atusó la barba con aire pensativo.

—Si esta sigla es intrínsecamente mágica en vez de meramente simbólica, su reverso debería de tener un efecto significativo sobre su poder. Podría incluso haberte protegido de la influencia de la corona —sonrió con aire de arrepentimiento—. Supongo que debería haberme dado cuenta antes, pero hasta el momento había atribuido tu supervivencia a la disfunción mágica de la que eres víctima. Y, ahora que lo pienso, éste puede haber sido un factor muy importante.

Seregil se tendió junto a Alec para dormir un poco.

—A mí me parece la clásica suerte del zurdo, pero supongo que en estas circunstancias no debo hacerle ascos. Sólo espero que mañana funcione.

Nysander volvió a coger el pincel.

—Y yo, querido muchacho.

BAJO EL SOL NEGRO

Alec durmió durante toda la noche mientras Nysander y los demás escuchaban cómo preparaban los plenimaranos el lugar sagrado para la ceremonia. También oyeron los cantos y más tarde los gritos y gemidos que el viento arrastró hasta ellos desde el campamento. Micum quería ir a investigar, pero el mago lo prohibió.

—Sabemos muy bien lo que están haciendo. Un dyrmagnos es más peligroso que nunca durante tales ceremonias. De no ser por los hechizos de protección que he urdido a nuestro alrededor, ya nos habría detectado. Por ahora estamos a salvo, pero debemos esperar a mañana para actuar. Deberíais descansar mientras podáis. Temo que mañana tendremos pocas oportunidades de hacerlo.

Después de trazar un círculo alrededor de la base del pino, se sentó al otro lado del tronco y cerró los ojos.

A la mañana siguiente Alec despertó poco antes del alba y se sorprendió al comprobar lo descansado que se sentía. Durante la marcha del día anterior se había hecho varios arañazos y cortes, pero ahora apenas los notaba.

Seregil seguía durmiendo pegado a él, con un brazo alrededor de su cabeza y el otro extendido en su dirección. Su rostro estaba ajado por el viento y había agujas de pino enredadas entre sus cabellos pero todo eso sólo conseguía realzar su extraña belleza.

¡Lo besé!, pensó Alec mientras experimentaba una verdadera agonía de vergüenza. En mitad de todo el horror que había afrontado y de todo el que afrontaría hoy, había besado a Seregil. Su maestro. Su amigo. Su... ¿qué? Y lo que era todavía peor, si Nysander no hubiera estado sentado a unos pocos pasos de distancia, se hubiera sentido tentado de hacerlo de nuevo.

Ahora no debo pensar en eso, gruñó para sus adentros. Le ardían las mejillas. Y no era que se arrepintiese de haberlo hecho. Simplemente, no sabía aún lo que significaba, ni lo que él quería que significase.

Al incorporarse descubrió que Micum ya había salido. Nysander estaba sentado al otro lado del tronco y ni siquiera le dedicó una mirada cuando se acercó al montón de las mochilas. Sacó unos pantalones y unas botas de la de Seregil y entonces volvió su atención a su arco.

Después de montarlo y encordarlo, pasó cuidadosamente un dedo por la cuerda, en busca de deshilachados o puntos débiles. Al cabo de tantas semanas de desuso, necesitaba que lo enceraran.

Había una bolsa de hilvanes en su carcaj, pero no lo encontró entre las mochilas. Miró a su alrededor y descubrió el carcaj en el suelo, junto a Nysander. En su interior, las flechas de penachos rojos que solía utilizar estaban acompañadas por cuatro

flechas de blancos penachos hechos con plumas de cisne. Tomó el carcaj, tocó una de las delicadas plumas y sintió el agudo hormigueo de la magia contra su dedo. Apartó la mano bruscamente y luego sacó la flecha con sumo cuidado para examinarla con más detenimiento. El astil estaba cubierto de un lado a otro por símbolos diminutos e intrincados pintados con tinta azul.

—Ningún hechizo puede superar la habilidad de tu mano y tu ojo —murmuró Nysander. Seguía con los ojos cerrados—. Pero esas cuatro flechas contienen magia que puede atravesar la piel de la dyrmagnos. Una vez que el Yelmo esté completo, ella debe ser tu primer objetivo. No mires a nadie más, no apuntes a nadie más, hasta que una de ellas la haya golpeado. Ni siquiera mi magia puede matarla, pero al menos la debilitará mientras atacamos. Si eres capaz, clávasela en el corazón.

—Puedes contar con ello —replicó Alec, imperturbable. El niño cuya mano había temblado la primera vez que apuntara a un hombre estaba muy lejos. Tocó la punta de la flecha y la imaginó en la cuerda justo antes de que la dejara volar.

Ojalá vea su cara cuando se clave en ella.

Seregil se incorporó y se sacudió las agujas de pino del cabello.

—¿Han dado señales de vida nuestros vecinos?

—No desde hace algún tiempo —le dijo Nysander mientras abría los ojos y se estiraba—. Micum salió hace poco para vigilar el campamento.

Seregil escudriñó entre las ramas de los pinos.

—Creo que voy a echar otro vistazo a ese templo antes de que haya demasiada gente. ¿Qué me dices, Alec? ¿Te apetece un paseo antes de desayunar?

Se dirigieron hacia el lado norte de la ensenada con mucho sigilo por si se topaban con centinelas.

—Así que para eso eran los agujeros —musitó Seregil mientras observaba el lugar sagrado a través de la maleza.

En cada uno de los misteriosos agujeros que rodeaban la hondonada situada frente a los salientes rocosos se había colocado un grueso y sólido poste de madera. Algunos hombres seguían allí, limpiando el área de restos.

—Hay muchas posiciones ventajosas entre esas rocas, pero apuesto a que situarán centinelas en ellas —susurró Alec.

—Ya se nos ocurrirá algo. Lo más probable es que Beshar esté allí, detrás de esos postes. Busca la posición que te ofrezca la mejor línea de disparo.

—No te preocupes, acertaré a esa perra.

Seregil miró al muchacho con sorpresa y descubrió en su expresión una dureza que nunca antes había visto.

Pronto empezaron a llegar más hombres desde el campamento.

Seregil y Alec regresaron a toda prisa al pino y se encontraron con que Micum había vuelto antes que ellos. Mientras entraban en el refugio se llevó un dedo a los

labios y luego señaló a Nysander, que estaba arrodillado en el centro de un círculo de chispas blancas y danzantes.

Había quitado todas las agujas de pino del suelo y había trazado un complejo patrón de símbolos sobre la tierra apretada que había debajo.

Con los ojos medio cerrados, el mago trazaba brillantes figuras en el aire con calmados ademanes. Se había quitado los pantalones y se había cubierto los brazos, el pecho y el rostro de dibujos pintados con tinta azul. Una franja de pintura negra alrededor de sus ojos le prestaba una apariencia bárbara que no le era propia. Delante de él yacían el arco y el carcaj de Alec en medio de numerosos cuencos, varitas y pergaminos.

Alec y Seregil vacilaron al llegar al borde del círculo, pero el mago les indicó con un gesto que entraran. Una vez dentro, descubrieron el aroma de la magia mezclado con la fragancia del pino, como el tenue y rico olor que perdura en un armario en el que se han guardado especias durante mucho tiempo.

—El eclipse empezará pronto —dijo Nysander mientras tomaba un pincel y un cuenco de pintura negra—. Esta franja alrededor de los ojos impedirá que su luz os ciegue, incluso en su cénit. A menos que los plenimaranos hayan tomado precauciones similares, podría suponer una ventaja.

El mago pintó anchas franjas en sus rostros y luego dejó el cuenco a un lado.

—Ahora, dadme vuestras armas.

Utilizando diversos pigmentos, dibujó pequeños signos sobre cada una de las hojas. Sobre la de la espada de Seregil se demoró más tiempo y la cubrió de la punta a la empuñadura con una línea de figuras diminutas que parpadearon y desaparecieron en cuanto estuvieron terminadas.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Micum.

—Sólo un poco de magia necesaria. La dyrmagnos no es la única que cuenta con magia de protección. Arrodillaos a mi lado, todos juntos, y extended vuestras manos.

Después de reunir sus manos en un pequeño círculo, Nysander pintó sobre sus palmas círculos negros, rojos marrones y azules. Luego, les pidió que apretaran las alzadas palmas contra las que tuvieran a cada lado. Seregil estaba a la derecha del mago, Alec a la izquierda y Micum cerraba el círculo.

En cuanto el círculo de manos estuvo completo, se vieron envueltos en una repentina sensación de calor hormigueante que erizó el vello de sus brazos e hizo que les lloraran los ojos. Un estremecimiento colectivo los recorrió mientras la sensación menguaba y se desvanecía.

Nysander fue el primero en bajar las manos.

—Está hecho.

La pintura había desaparecido. Ahora, cada uno de ellos lucía un complejo patrón rojo y dorado en cada palma.

—El gran signo de Aura —murmuró Seregil mientras se tocaba la palma izquierda.

—¿Qué es, una especie de protección? —preguntó Alec.

—No evitará que seáis heridos, pero protegerá vuestras almas —les explicó Nysander—. Si cualquiera de nosotros cae hoy, el Devorador de la Muerte no se lo llevará. El dibujo se desvanecerá con el tiempo, pero la protección es permanente.

Seregil observó sus manos con una sonrisa ladeada y carente de todo humor.

—Bueno, esa es una cosa menos de la que preocuparse.

En aquel momento, a menos de tres kilómetros hacia el norte, Beka Cavish se estremeció inesperadamente. Un hormigueo agudo la había atravesado mientras ataba su caballo junto a los de los demás.

—¿Estáis bien, teniente? —le preguntó Rhylin, que había estado vigilando el campamento plenimarano con ella.

—Supongo que alguien ha debido de caminar sobre mi tumba —la extraña sensación había pasado tan deprisa como viniera, salvo por un ligero picor en las manos. Flexionó los dedos y se acercó a Braknil, que esperaba entre las sombras de una hondonada junto con los demás jinetes.

Había preparativos que hacer.

Una hora antes del mediodía, una diminuta franja curva desapareció del borde inferior del sol.

—Ahí esta —susurró Seregil mientras Micum y él yacían tendidos en unos matorrales, vigilando el lugar de la ceremonia.

Se habían limpiado todos los restos de la hondonada seca situada frente a la entrada de la ensenada, y la habían marcado con símbolos blancos que ni él ni Micum habían visto jamás. Más símbolos se habían dibujado entre cada uno de los catorce postes clavados en la roca y, por último, se había trazado un cuadrado de grandes dimensiones que englobaba todo el lugar.

Las víctimas del sacrificio se agolpaban, fuertemente custodiadas, sobre las rocas que había sobre la hondonada. Ligeramente apartado de los demás, se encontraba Thero, flanqueado por dos de los hombres de Tildus. Vestía su túnica de mago pero, bajo las mangas, Seregil divisó un destello metálico en sus muñecas.

—Bueno, sigue vivo pero vuelve a estar bajo su control.

—Mala cosa —murmuró Micum—. Confiaba en que pudiésemos contar con su ayuda antes de que todo terminase.

Delante de los cautivos había una veintena de soldados, formados en filas, cada uno de los cuales tenía un montón de antorchas apagadas a los pies. Muy cerca de ellos ardía un brasero que llenaba el aire con un humo fragante.

Mardus estaba sentado sobre la piedra blanca y estudiaba un pergamino. Vestía

para la ocasión espléndidas ropas ceremoniales; bajo su túnica negra brillaba su coraza de metal bruñido con grabados de oro.

Mientras Seregil y Micum observaban, la dyrmagnos salió de entre los árboles y la menguante luz brilló sobre las joyas que adornaban su velo y su vestido.

—Una pareja realmente hermosa. —Micum volvió a alzar la vista al sol—. Nysander dijo que el eclipse se completaría más o menos en una hora. Parece que tenías razón: va a coincidir con la marea. Ya está tan alta como ayer y todavía sigue subiendo.

—Vamos pues. Es hora de empezar.

Irtuk Beshar posó una de sus marchitas manos sobre la manga de Mardus.

—La conjunción ha comenzado, mi señor.

Mardus levantó la mirada del documento que estaba estudiando.

—Ah, sí. Tildus.

—¿Sí, mi señor? —cercano como siempre a su señor, el capitán dio un paso al frente.

—Corre la voz, Tildus; el eclipse ha comenzado. Recuerda a los hombres que no deben mirarlo, sobre todo cuando sea completo.

Tildus saludó y se alejó.

La marea reptaba lenta pero regularmente hacia la hondonada, en compañía de una cálida brisa que olía a maleza de las rocas y sal.

Muy pronto olería a sangre, pensó Mardus con satisfacción.

Cuando todos sus hombres estuvieron en posición, entró en el lugar sagrado, la negra capa de guerra ondeando detrás de sí. Las olas empezaban a lamer los bordes del cuenco natural y las líneas de espuma se alzaban hasta las dos estrechas fisuras que contenían las inscripciones. Lentamente, caminó alrededor del declive hasta situarse tras él, en dirección a tierra firme, y entonces alzó una mano. Sobre el borde de los salientes estalló una fanfarria de trompetas.

Irtuk Beshar salió de entre los árboles encabezando una pequeña procesión. Detrás de ella venía el silencioso Harid Yorun, transportando el grabado cofre que contenía las piezas del Yelmo. Detrás de él, varios soldados arrastraban cuatro immaculadas novillas blancas con el símbolo de Dalna pintado en la frente, y otros tantos toros negros con el símbolo de Sakor. Y a estos seguían las grandes cestas de mimbre que contenían cuatro gaviotas y cuatro lechuzas marrones, símbolos de Astellus e Illior.

Harid depositó reverente el cofre sobre el lado de la hendidura más cercano a tierra firme y los animales fueron divididos en grupos.

Uno de cada clase fue situado en cada una de las esquinas del gran cuadrado.

Irtuk Beshar caminó lentamente de un grupo al siguiente y fue posando sus manos sobre cada uno de los animales. Cayeron muertos al tocarlos ella, e inmediatamente

las tripas les fueron arrancadas y apiladas en montones hediondos.

Cuando todos estuvieron muertos, alzó los brazos hacia el cielo, echó la cabeza atrás y gritó en la antiquísima lengua de la nigromancia:

—*¡Agrosh marg venu Kuigri bara kon Seriami, Y'ka Vatharna prak'ot!*

Llamas resplandecientes y antinaturales estallaron en las pilas de carroña. Al verlo, los soldados prorrumpieron en gritos de júbilo.

El sol era ya una franjaza delgada y menguante recortada contra el púrpura intenso del cielo. Debajo de él pendía la alargada cola del cometa, como un ojo entornado y maléfico. Las sombras vacilaban y se desvanecían bajo la incierta luz, prestando una extraña vaciedad al paisaje. Los pájaros, que habían estado cantando ruidosamente desde el amanecer, se fueron sumiendo poco a poco en el silencio, sólo roto por el ulular ocasional de las palomas o el graznido áspero de algún cuervo solitario.

El agua inundó las fisuras y se derramó sobre el cuenco de piedra. Mardus hizo un gesto a los guardias que vigilaban a los prisioneros. Diez hombres aterrorizados fueron arrastrados, desnudados y maniatados a los postes. Mientras Irtuk Beshar cantaba con voz monótona detrás de él, Mardus sacó su daga y rebanó sus gargantas en rápida sucesión. Estos primeros murieron deprisa y su sangre fluyó para teñir de rojo las arremolinadas aguas del salino estanque.

Mientras el sol se convertía apenas en una finísima hoja, un tumulto escandaloso estalló por todas partes. Una bandada inmensa apareció en medio de las tinieblas circundantes. Graznando y chillando en medio de una nube de alas negras, innumerables cuervos se posaron sobre árboles, postes y salientes rocosos. Al mismo tiempo, un hervidero de cangrejos de todas las formas y tamaños imaginables surgió arrastrándose de las aguas. Se acercaron furtivamente por las rocas, se arremolinaron alrededor de los cadáveres de animales y hombres y empezaron a alimentarse de ellos con glotonería.

Los restantes prisioneros estallaron en gritos de terror. Tildus empezó a vociferar órdenes y los portadores de las antorchas las encendieron en el brasero. La fantasmal escena adquirió un relieve más agudo.

Nadie, ni siquiera la dyrmagnos, lo notó cuando tres guardias apostados en el promontorio del norte desaparecieron de improviso.

Cualquier sonido que pudieran haber hecho se perdió en medio del escándalo general que reinaba allá abajo.

Comedores de carroña, devoradores de los muertos, pensó Seregil mientras Micum, Alec y él arrastraban a los hombres a los que acababan de matar hasta la maleza que había detrás de ellos. Las franjas negras que recorrían sus caras les prestaban un aire letal, salvaje, mientras regresaban arrastrándose hasta el borde de la roca desde la que Nysander vigilaba.

La luna se apoderó de la última curva del sol y una corona brumosa apareció a su alrededor. El negro disco pendía de los cielos enmarcado en un nimbo de luz, como un ojo funesto y feroz. El ardiente arco de la estrella del infortunio, visible ahora en el cielo oscurecido, brillaba a sus pies.

Y entonces las olas avanzaron a tropel y el agua espumeante inundó la hondonada de piedra frente a los pies de Irtuk Beshar.

Los cadáveres fueron soltados de los postes y arrojados a la pila de ofrendas. Diez mujeres ocuparon su lugar y el cuchillo de Mardus volvió a resplandecer para acallar sus gritos.

Seregil se encogió. Era un suplicio estar allí, observando y sin poder actuar. A su lado, Alec apretaba el arco con todas sus fuerzas, embargado por el horror.

—¿Cómo podemos quedarnos aquí viendo cómo los matan? —siseó.

Nysander estaba al otro lado del muchacho y Seregil vio que posaba una mano sobre la de Alec.

—Piensa en los muchos que morirán si fallamos —le recordó el mago—. Sé fuerte, hijo mío. No dejes que nada te distraiga.

Irtuk Beshar alzó las manos hacia el cielo y empezó a canturrear de nuevo. Su voz chirriante y seca se alzaba por encima del rumor del oleaje. Nuevas víctimas fueron arrastradas hasta el borde del estanque y decapitadas por los soldados, que luego sostuvieron los cuerpos de manera que la sangre que manaba a chorros se derramase sobre el agua.

Mardus abrió el cofre y extrajo la corona de cristal de su interior. Beshar la tomó de sus manos, la sostuvo en alto unos momentos y entonces la arrojó a las tumultuosas aguas que llenaban la hondonada. Luego vino una argolla de simple hierro y después el cuenco de arcilla.

—Ya casi es la hora —susurró Nysander.

Seregil apretó el brazo de Alec.

—Apunta bien, *talí*.

Alec se llevó una flecha de penachos blancos a los labios.

—Así lo haré, *talí* —le respondió en un susurro mientras sus azules ojos brillaban con fiereza bajo la pintura negra.

Atesorando aquella imagen en el corazón, Seregil corrió en pos de sus compañeros.

Alec apretó la flecha en su puño y sintió el poder que había en ella. El sonido del mar era ahora el sonido de sus pesadillas, sólo que esta vez su flecha tenía punta.

Miró abajo. La *dyrmagnos* estaba arrojando los discos de madera al agua. Cuando el último de ellos hubo desaparecido de la vista, la superficie del estanque quedó inmóvil y se volvió vidriosa. La marea seguía avanzando y el oleaje empujaba contra sus bordes, pero la *dyrmagnos* impedía que más agua se derramase en él, que ahora

estaba lleno. Como un espejo oscuro, reflejaba el negro ojo del sol.

La dymagnos alzó los brazos por encima de su cabeza y empezó a entonar un nuevo canto. Un hombre fue arrastrado hasta ella y arrojado boca arriba a sus pies. Varios soldados lo agarraron por los brazos y las piernas mientras Harid Yorun se adelantaba con el hacha negra en las manos.

Alec quería desesperadamente apartar la mirada mientras al hombre le abrían el pecho de arriba abajo, pero sabía que no podía hacerlo ni siquiera un instante. Harid le arrancó el corazón y lo arrojó al agua. Ondas rápidas aparecieron y se desvanecieron en su superficie como si una bandada de golondrinas hubiera pasado volando muy bajo. Un nuevo corazón fue arrojado al estanque y las ondas reaparecieron, más numerosas esta vez.

Alec sintió que un temblor silencioso recorría la piedra sobre la que estaba tendido. Volvió a aparecer mientras el hacha se levantaba y caía una vez más y se fue convirtiendo en un ritmo pausado y regular, como el latido trabajoso de un corazón cansado.

El agua del estanque se volvió negra y brillante como el alquitrán. De su superficie empezaron a alzarse zarcillos de niebla, y con ellos vinieron unos gemidos que ninguna garganta profería y que resonaron suavemente por todos lados.

Seregil reconoció las fantasmales voces, se recordó a sí mismo de pie sobre la corona mientras su sangre se derramaba sobre el hielo y el cristal, rodeado por aquellos susurros. Agachado con los demás detrás de un árbol caído, cerca de la línea de las aguas, vio formas agitadas y a medio formar que empezaban a reunirse en las tinieblas que había más allá de las antorchas y se mezclaban con las vaporosas emanaciones del estanque. El agua negra empezó a agitarse como si fuera removida con la paleta de un tintorero.

Las voces espirituales se hicieron más intensas, gimieron y aullaron. Unos espectros los abofetearon, les tiraron de la ropa y de las armas, les retorcieron mechones de cabello. El aire se espesó perceptiblemente y la poca luz que quedaba se apagó. La mano de Nysander trazó un rápido signo en el aire y los espectros retrocedieron.

Nysander, Seregil y Micum se dirigieron hacia el bosque evitando a los centinelas y siguieron el camino que conducía a la entrada de la ensenada.

—Preparados —susurró el mago—. Casi es la hora.

Algo frío se deslizó por la espalda de Alec, por debajo de su camisa. Las extrañas perturbaciones en el aire eran peores ahora, tenues pero demasiado insistentes como para que uno las ignorara.

Formas espectrales, entrevistas por el rabillo del ojo, se apretaban, ligeras como telarañas, contra su rostro, pero se desvanecían de inmediato en cuanto trataba de

mirarlas directamente.

Las antorchas de los soldados brillaban con luz verde y escupían jirones de llama que correteaban como ratas sobre el agua antes de ser absorbidas por la columna de niebla fantasmal que se estaba formando sobre el estanque. Se alzaba, poco a poco, un pilar gris salpicado de lenguas de llama que se retorció y reptaba hacia el incendiado cielo. Se irguió sobre el estanque durante un prolongado momento, mientras unas formas espirituales lo recorrían de un lado a otro; y entonces, con un rugido apocalíptico, brotó de su interior un relámpago azul que se precipitó sobre el estanque con una explosión de vapor y fragmentos de roca.

Los soldados cayeron de rodillas y se cubrieron las caras de terror. Los cuervos se alzaron y formaron una chirriante nube, añadiendo sus graznidos al estrépito reinante. Desde el camino se alzaron los chillidos de terror de los caballos y el estruendo de los carromatos arrastrados mientras las bestias, presas del pánico, huían a la carrera. Lentamente, la niebla retrocedió y dejó ver un agujero destrozado y humeante donde antes había estado el estanque.

Con un grito triunfal, Irtuk Beshar se introdujo en él y tomó algo que había entre el agua y los escombros. Volvió a erguirse y, con un chillido alborozado, alzó con ambas manos un yelmo.

Era bombeado y estaba coronado por un pincho. Todo él parecía forjado en tosco hierro pero a la altura de la frente discurría un ancho anillo de oro. Esta banda estaba decorada con ocho piedras de un azul apagado y sobre ella había una corona erizada formada por ocho cuernos negros y doblados. Una cortina de malla negra pendía de su parte trasera y sendas manos esqueléticas de largas uñas hacían las veces de guardas de las mejillas.

La dyrmagnos salió el agujero y lo sostuvo frente a Mardus mientras comenzaba a pronunciar una especie de invocación. Aunque Alec no comprendía el lenguaje, reconoció dos palabras: «Seriamaius» y «Vatharna».

Estiró la cuerda del arco hasta su oreja.

Pero antes de que pudiera soltar la flecha, estallaron unos gritos en el bosque, al sur. Todos los ojos se volvieron para ver cómo estallaba sobre las copas de los árboles el brillante resplandor de un fuego en dirección al campamento.

Mardus desenvainó la espada, gritó una orden y la mitad de sus hombres se encaminaron hacia el lugar. Irtuk Beshar, todavía con el yelmo entre las manos, le hablaba atropelladamente. El tiempo se detuvo y se trocó una irrealidad onírica mientras Alec se ponía en pie y volvía a apuntar a la dyrmagnos. Unas formas fantasmales se interpusieron delante de su objetivo, se arremolinaron alrededor de él y lo abofetearon y pellizcaron, pero los ignoró mientras se concentraba tan solo en su flecha.

Apunta bien, talí.

—*Aura Elustri málrei* —susurró.

El arco negro se agitó como una cosa viva entre sus manos mientras lo tensaba y se encomendaba a cada brizna de poder que el Radley poseía. Cuando la cuerda estuvo a la altura de su oreja, la soltó. El penacho le rasgó la mejilla mientras salía volando y se llevó consigo una gota de su sangre.

La flecha voló, tan rápida y tan certera como ninguna otra que hubiera disparado en toda su vida, y produjo un sonido brusco, como el chasquido del trueno en una tormenta de verano, al hundirse en el pecho de Irtuk Beshar por debajo de la negra garganta. El impacto la sacudió como si fuera una muñeca rota. El Yelmo resbaló de sus manos, rebotó en el suelo de la hondonada y volvió a caer en el destrozado estanque.

—¡Y ahora tú, bastardo! —gritó Alec al tiempo que se volvía para apuntar al asombrado Mardus. Pero una flecha pasó zumbando junto a su cabeza y erró el tiro.

Una segunda voló a su lado y tuvo que arrojarse de bruces al suelo mientras debajo de él estallaba un caos. Sin soltar el arco, se arrastró hasta el borde de las rocas para ver lo que estaba ocurriendo.

Volaban flechas en todas direcciones, pero la mayoría de ellas encontraba sus objetivos entre los plenimaranos. Bajo la titilante luz de las caídas antorchas, Alec pudo distinguir un grupo de arqueros apostados entre las rocas que había al otro lado de la ensenada. Estaban disparando a los soldados desprotegidos que había debajo.

En medio de la confusión, vio a Micum y Seregil corriendo entre las rocas con las espadas desenfundadas y dirigiéndose hacia la dyrmagnos.

A Mardus no se le veía por ninguna parte, así que Alec volvió su atención a los soldados. Abatió a dos de ellos en rápida sucesión antes de que lo cegara momentáneamente un brillante destello de luz que había estallado entre los prisioneros.

Mientras su visión se aclaraba, vio a Thero, de pie entre los cuerpos humeantes de varios soldados muertos, pero aparentemente ajeno al hombre armado que se le acercaba por la espalda.

La herida de la dyrmagnos debía de haber debilitado su control sobre el mago, pensó Alec.

—Cuidado —susurró, mientras lanzaba una flecha de penachos rojos contra el soldado. El hombre se desplomó y Thero desapareció de la vista mientras los demás prisioneros corrían en todas direcciones para luchar o para huir.

—¡Le ha dado a la primera! —exclamó Seregil mientras observaba desde los salientes cómo Irtuk Beshar giraba repentinamente y se llevaba ambas manos al astil que sobresalía de su pecho. El Yelmo se le cayó de las manos y volvió al agujero del que había salido. Mardus se lanzó detrás de él.

Ignorando la tormenta de flechas que repentinamente había estallado a su

alrededor, Micum y él dejaron a Nysander a salvo en las rocas y cargaron hacia abajo. Los hechizos tejidos por Irtuk Beshar en el estanque empezaban a desenmarañarse. El agua volvía a derramarse en la hondonada, los cadáveres y las entrañas se deslizaban hacia el agujero y se llevaban el Yelmo consigo mientras Mardus se inclinaba tratando de recogerlo.

Rezando a Sakor para que Nysander tuviera razón y los poderes de la *dyrmagnos* estuvieran debilitados, Micum cargó contra ella. Ella lo vio y alzó una de sus nudosas manos. Micum asestó una estocada y cortó el brazo de cuajo. Volvió a golpear y su espada se clavó entre el hombro y el cuello. El marchito cuerpo se abrió bajo su espada como una calabaza seca. Vociferó imprecaciones mientras la cabeza y el brazo que le quedaba caían al suelo y se alejaban rebotando del torso.

A pesar de las advertencias de Seregil y Nysander, Micum vaciló un instante, transido por el horror, mientras las partes cortadas empezaban a raptar a sus pies. Entonces vio un destello de movimiento por el rabillo del ojo y se volvió a tiempo para desviar la espada de Tildus.

Sakor me sonrío esta noche, se dijo mientras se hacía a un lado para esquivar un nuevo golpe y acertaba al capitán plenimarano en pleno cuello.

Otros soldados se abalanzaron contra él para vengar la muerte de su capitán. Micum lisió a dos de ellos y mató a un tercero. Un cuarto lo atacó por el costado, pero cayó antes de que pudiera golpearlo, con una flecha clavada en la espalda. Micum apenas había tenido tiempo de advertir que el color de los penachos no era el de las flechas de Alec cuando más soldados se precipitaron contra él. Resistió su acometida, consciente del entrecocar de espadas que había a su espalda pero demasiado presionado para volverse.

Como habían esperado, la revuelta de los prisioneros, junto con el misterioso incendio que había estallado en el campamento, había distraído a muchos de los soldados. Micum se encargó de los pocos que quedaban.

Se estaba volviendo para buscar a Seregil cuando un desgarrador dardo de dolor atravesó su muslo derecho. Tambaleándose, se revolvió. Irtuk Beshar estaba aferrada a él, los ojos resplandecientes como los de un gato montés mientras desgarraba su pierna con uñas y dientes. Demasiado tarde, se dio cuenta de su error; ella volvía a estar completa.

La parte inferior de su vestido había caído y Micum pudo ver la línea lívida y quebrada por donde su espada la había cortado en dos y el extremo astillado de la flecha que sobresalía entre los marchitos pechos. Sacudía espasmódicamente las piernas, negras y consumidas como las de un cadáver incinerado, mientras se aferraba a él con inaudita fuerza e hincaba sus dientes en la carne. Un frío mortal empezó a extenderse rápidamente desde las heridas.

Micum empezó a tajar la criatura lo mejor que podía. Una marchita pierna voló y

luego logró partirla por la mitad a la altura de la cintura. Resuelto a no cometer el mismo error una segunda vez, agarró la parte inferior del torso por la pierna que quedaba y la arrojó con todas sus fuerzas al mar antes de enviar la otra pierna de una patada hacia las sombras que se alzaban más allá de las antorchas.

Pero Irtuk Beshar seguía horriblemente viva y se aferraba a él como una maldición. El frío de su mordisco empezaba a alcanzar sus órganos vitales, ensordecía sus oídos, oscurecía su vista, entumecía sus dedos. La espada cayó de su mano y se agarró torpemente a la *dyrmagnos*. Los secos huesos se hicieron añicos entre sus dedos, arrancó jirones de carne polvorienta como si fuera tela podrida pero Irtuk Beshar seguía aferrada a él, vertiendo su veneno en sus venas con las fuerzas que le quedaban.

La pierna de Micum falló y, mientras caía, sintió desde lejos que ella empezaba a trepar por su cuerpo. Podía escuchar a Seregil gritando muy cerca. Trató de pedir ayuda, pero su garganta enmudeció, ahogada por el odio vengativo de la *dyrmagnos*.

A Alec no le quedaban más que las tres flechas blancas cuando vio a Micum caído junto al estanque. Se le encogió el corazón al advertir lo que era la cosa monstruosa que se aferraba a él. Era imposible disparar desde allí. No podría acertar a la *dyrmagnos* sin matar a Micum al mismo tiempo. Agarró la flecha como si fuera una daga, y empezó a correr entre las rocas mientras rezaba para que no fuera demasiado tarde.

Beka miró por encima de su hombro y vio que la decuria de Braknil había conseguido incendiar el campamento plenimaranos. Era la señal. La decuria de Rhylin y ella empezaron a disparar sobre la masa de soldados plenimaranos que esperaba en el anfiteatro natural que tenían debajo. Desde su posición, en lo alto de las rocas, era como tirar a cerdos en una cochiguera.

Sin embargo, no fueron los primeros en disparar. Mientras lanzaba una flecha detrás de otra, Beka se preguntó cómo podía Braknil haber regresado tan deprisa y qué estaba haciendo su grupo al otro lado de la ensenada. Uno de ellos había logrado acertar a la hechicera antes de que ella diese la orden de disparar. Fuera cual fuera el caso, lo cierto es que los prisioneros empezaban a escapar, como había esperado.

—Han empezado a moverse —gruñó mientras se volvía a los demás—. Vamos, *urgazhi*, ahora es cosa suya.

—Esperad, teniente —susurró Rhylin—. ¡Me parece que no somos los únicos que estamos atacando!

Los frenéticos prisioneros estaban empujando a sus guardianes hacia los acantilados pero, al mismo tiempo, una pequeña lucha tenía lugar junto al borde del agua. A la luz de las antorchas brilló un destello de acero entre las sombras de la cuenca natural que abrazaban los dos salientes de roca. No se veía al general Mardus

por ninguna parte, pero la hechicera plenimarana seguía viva y luchaba cuerpo a cuerpo con un alto espadachín.

El corazón de Beka se detuvo un instante.

—¡No puede ser! —dijo con voz entrecortada. Entonces Alec apareció corriendo desde detrás de unas rocas. Corría lo más rápido que podía sobre las aguas de los bajíos en dirección a ellos, armado tan solo con una flecha.

Beka dejó caer el arco y empezó a descender trepando por la empinada pared de roca.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó Rhylin al tiempo que la sujetaba por la muñeca.

Beka se soltó tan violentamente que estuvo a punto de arrojar al asombrado jinete por encima de las rocas.

—¡Mi padre está allí! —le espetó mientras seguía adelante.

—Jinetes —vociferó Rhylin detrás de ella—. ¡Sigamos a la teniente! ¡Atacad!

Micum todavía se debatía débilmente bajo la *dyrmagnos* cuando Alec llegó junto a ellos. Agarró a Beshar por lo que quedaba de sus cabellos y le hundió la flecha en la garganta. La explosión resultante lo arrojó de espaldas, ensordecido. Irtuk Beshar soltó a Micum con un chillido salvaje, arrastró lo que quedaba de ella hacia Alec y sujetó su tobillo con una mano.

—Parece que voy a acabar contigo, después de todo —dijo con su voz chirriante mientras se arrastraba por su pierna como una especie de lagarto de pesadilla.

Alec vio su propia muerte en sus ojos. En su desesperación por ayudar a Micum, había olvidado dos de las flechas blancas junto al arco.

—¡*Aura Elustri!* —jadeó mientras pugnaba por sacar la espada de la vaina, que había quedado atrapada bajo su pierna. Pero antes de que pudiera moverla, otra hoja descendió como un rayo y envió la cabeza de la *dyrmagnos* dando vueltas hacia las olas.

Alec se quitó de encima aquellas manos semejantes a garras, se puso en pie y contempló incrédulo cómo Beka Cavish destrozaba con salvajes tajos los brazos y el tronco.

—Aléjate —le advirtió—. No puedes matarla.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó ella mientras se apartaba de los restos, que todavía se agitaban.

—No hay tiempo para contártelo. ¿Dónde está Micum? Ocúpate de él.

Beka encontró a Micum, tendido e inmóvil, en el mismo lugar en el que había caído. Tenía los ojos cerrados y le costaba respirar. El sudor formaba regueros en su rostro y abría caminos en la franja de pintura negra que tenía sobre los ojos.

—¡Padre, eres tú! —exclamó Beka mientras se arrodillaba para inspeccionar la terrible herida de la pierna. En su frenesí asesino, la *dyrmagnos* había desgarrado piel

y músculos y la carne empezaba a ennegrecer peligrosamente.

—¿Beka? —jadeó él. Abrió los ojos—. Esparce los trozos... esparce los trozos.
¡No puede morir!

—Alec ya se está ocupando de eso —le tranquilizó ella. Se quitó los guantes para tomar su mano y vio por vez primera los extraños dibujos que habían aparecido en la suya. Idénticos a los que podían verse en las de su padre.

—Primero te encuentro aquí y ahora esto —dijo, perpleja—. En el nombre de Sakor, ¿qué está ocurriendo?

Micum acercó su mano a la de ella.

—Así que también tú eres la Vanguardia. Las cosas se han ordenado de una manera extraña, Beka. No sabes ni la mitad de ello —cerró los ojos y exhaló un suspiro resollante.

Ella le abrió la camisa y apoyó una oreja sobre su pecho. Su corazón latía demasiado deprisa y la piel estaba demasiado fría. Se volvió en busca de ayuda y vio que Alec y Rhylin corrían hacia ella ayudando a otro hombre. Delgado, de pelo negro y ensortijado y barba de pocos días, le resultaba vagamente familiar. También él había sido herido; un lado de su cara estaba sangrando y tenía una herida de espada entre las costillas. Sin embargo, sus pálidos ojos verdes estaban despiertos y alerta mientras se arrodillaba junto a Micum.

—Ayúdalo, Thero. Debe de haber algo que puedas hacer —le rogó Alec—. ¡Tengo que encontrar a Seregil! ¿Alguien lo ha visto? ¿O a Nysander?

—Aquí estoy, querido muchacho —contestó una voz grave desde las rocas oscuras que había sobre ellos.

Mardus estaba agachado frente a Seregil al otro lado de la desigual cuenca. El oleaje corría con fuerza entre sus tobillos.

Chapotearon en las aguas heladas, dando vueltas y tratando de hacerse con el Yelmo que yacía medio sumergido entre ellos. Un resplandor acababa de despertar en el interior de las piedras azules y envolvía las aguas en una fosforescencia pálida. La explosión que lo había formado había convertido la cuenca en un ancho agujero que en algunas zonas era más profundo que los dos hombres que luchaban en él. Inundado de cadáveres, iluminado tan solo por el brillo muerto del eclipse que se prolongaba en el cielo, era como un lugar extraído de una pesadilla febril.

—Debería haber matado a ese cachorro tuyo cuando tuve la oportunidad —gruñó Mardus.

—Sí, deberías haberlo hecho —contestó Seregil entre dientes mientras evaluaba con la mirada a su oponente. Mardus no era demasiado fornido, pero contaba con la ventaja de la coraza—. También fallaste con Nysander, ¿sabes? Está vivo y la Tétrada sigue completa.

—Igualmente fracasaréis —dijo Mardus, saboreando cada palabra mientras la pronunciaba. Señaló el Yelmo con la daga que empuñaba en la mano izquierda—. Yo soy el *Vatharna*, el Elegido de Seriamaius. ¿De veras crees que puedes oponerte a mí?

—Yo también he sido elegido, hijo de mil madres —se abrió el cuello de la camisa con una mano para mostrarle el símbolo invertido que latía en su carne—. Pero te mataré por mi gente de El Gallito y por lo que le hiciste a Alec. Por los ladrones y merodeadores a los que utilizaste e hiciste asesinar. Por los inocentes que murieron por orden tuya. Demonios, te voy a matar por placer. Vamos, señor Devorador de la Mierda. Acabemos con esto.

Se abalanzó sobre Mardus y las espadas se encontraron con un choque estrepitoso que hizo que sus brazos se estremecieran. Seregil se agachó bajo la guardia de Mardus y trató de apuñalarlo por debajo de la coraza. Resbaló y la punta de su arma chocó contra el metal, pero la hoja hirió el brazo izquierdo del hombre y su fresca sangre se vertió sobre las rojizas aguas que llenaban el agujero; ninguno de los combatientes tuvo tiempo de advertir que la débil luz del Yelmo se hacía más intensa por momentos mientras daba vueltas y vueltas arrastrado por el oleaje.

Mientras trataba de afirmarse sobre el suelo lleno de rocas que tenía bajo los pies, Seregil advirtió que estaba en desventaja. En un suelo más firme y regular su velocidad hubiera igualado las cosas, pero atrapado aquí, en este agujero medio cubierto de agua, sólo podía permanecer firme y parar los poderosos golpes de su

adversario. Mardus echó atrás la espada y se cobró un leve corte en el hombro de Seregil. Éste alzó la guardia, se hizo a un lado y le correspondió con un tajo en el antebrazo.

Por vez primera, se le ocurrió que quizá ya había desempeñado el papel que le correspondía en la profecía, que quizá ya no era indispensable. Que podía perder.

Sintiendo sus dudas, Mardus reanudó su ataque e infligió una herida profunda en el muslo de Seregil. Más sangre se vertió en el agua y el Yelmo, su brillo renovado con ésta y con cada muerte que se producía en la batalla, resplandeció todavía un poco más.

Por fin fue Mardus el que advirtió la luz y reconoció su significado.

Redobló su ataque y acorraló a Seregil contra las rocas. Atrapado y desequilibrado en una posición imposible de defender, éste se decidió a intentar una maniobra desesperada. Se escabulló junto a Mardus y se arrojó hacia el Yelmo. Pero no había dado ni dos pasos cuando su pie se hundió en una grieta y tropezó dolorosamente.

Mardus lanzó una estocada hacia su espalda y lo cortó a la altura de las costillas. Sin embargo, mientras lanzaba la espada hacia atrás para asestar el golpe final, una enorme ola apareció sobre el saliente, se los llevó a ambos y los arrojó contra la pared de roca en medio de una cegadora explosión de espuma.

Mardus fue el primero en recuperarse después de que la ola se retirase. Todavía con la espada en la mano, se volvió y encontró a Seregil, tendido sobre las rocas cubiertas de algas, aturdido y desarmado. La sangre resbalaba sobre sus ojos desde un corte que tenía en la frente.

Una mirada de siniestro triunfo recorrió el semblante de Mardus mientras caminaba hacia él, hundido hasta las rodillas en el agua. Muchos años de experiencia le habían enseñado dónde debía golpear para provocar una muerte lenta y dolorosa.

Pero el brillo de los Ojos lo distrajo. Mientras el espumeante oleaje se apartaba un instante, Mardus vio el Yelmo, a sus pies, brillando a través del agua.

—Parece que después de todo tendré el placer de ofrecerte al Hermoso —dijo, saboreando cada una de las palabras—. Herido o no, todavía supondrás un admirable sacrificio.

Tomó el Yelmo por uno de los negros y retorcidos cuernos y lo alzó por encima de su cabeza.

—*Adrat Vatharna, thomuth...*

Seregil eligió su momento. Abrió los ojos, introdujo un brazo bajo el agua, extrajo el puñal de la bota y se lo arrojó.

Mardus se detuvo, con el Yelmo todavía alzado sobre su cabeza, y entonces, asombrado, bajó la vista hacia el cuchillo que sobresalía entre sus costillas, allí donde

el borde de la coraza dejaba su costado expuesto.

—Deberías haberme matado cuando tuviste la oportunidad —gruñó Seregil. Avanzó desarmado hacia su enemigo dejando tras de sí un reguero de sangre—. Has jugado una brillante partida hasta ahora, pero siempre debes acabar con tu enemigo antes de pararte a recoger los despojos de tu victoria. Arrogancia, mi señor. Es un vicio mortal. Te hace predecible.

La parodia de una sonrisa se dibujó en los labios de Mardus.

—Trucos, siempre tus trucos —susurró. Con el Yelmo en una mano y la espada en la otra, se volvió y caminó tambaleándose hacia el borde del agujero.

Seregil lo siguió y se interpuso en su camino. Mardus se moría, pero seguía mirando a Seregil con completo desdén.

—El Devorador de la Muerte... —empezó a decir. Goterones de sangre resbalaban hasta su barbilla por las comisuras de sus labios.

—... hoy devorará *tu* corazón, no el mío —terminó Seregil mirando a su enemigo directamente a los ojos.

Agarró la empuñadura del puñal y la retorció, desgarrando músculos y tendones hasta que la larga hoja se clavó profundamente en el hueso. La sangre, caliente y brillante, resbaló por su puño cerrado.

Mardus soltó el Yelmo y cayó al agua. Un surtidor de rojas burbujas brotó de su nariz y su boca y luego se detuvo. Sus ojos, turbios ya por la muerte, reflejaron diminutas franjas de sol mientras su brillante borde escapaba del dominio de la luna.

Seregil escupió en el agua. Una ola más pequeña saltó sobre el extremo del estanque y escondió por un momento a Mardus bajo una agitada sábana de espuma. Cuando se retiró, el largo reflejo de otro hombre se había interpuesto sobre la superficie del agua, delante de él. Seregil levantó la mirada. Nysander se encontraba allí, erguido sobre el borde del estanque, mientras detrás de él todavía se escuchaba el ruido de la lucha.

—Bien hecho —dijo el mago con gravedad—. Ahora el Yelmo debe ser destruido de una vez y para siempre. Dámelo y busca tu espada.

Seregil extendió los brazos y tomó el resplandeciente Yelmo por dos de los negros cuernos de igual manera que había tomado la corona de cristal unos meses antes. Y, al igual que entonces, voces invisibles y espíritus insustanciales se agolparon a su alrededor mientras lo tocaba, tratando de contener su mano.

Las piedras azules de la banda habían adquirido ahora un aspecto carnosos, como si fueran ojos, ojos verdaderos, y giraron acusadores en sus órbitas sin párpado mientras lo levantaba y se lo entregaba a Nysander.

El mago enrolló un pliegue de su capa alrededor del Yelmo para apartarlo de la vista.

—Tu espada —volvió a decir, con voz amable pero firme—. Debes ayudarme en

esto, Seregil. Eres el único que puede hacerlo.

Seregil apenas sentía las heridas mientras chapoteaba entre las aguas en busca de su espada.

—Aquí está —dijo en voz alta—. Pero ¿qué hay de...?

Las palabras murieron en su garganta. Mientras la espuma de las aguas del mar se ensortijaba alrededor de sus piernas, levantó la mirada hacia la figura alta que, surgida de sus sueños, se cernía sobre él. Pero esta vez conocía el semblante que lo miraba bajo la celada del deforme Yelmo.

Era el semblante de Nysander.

Las manos esqueléticas que formaban la guarda de las mejillas se apretaron hacia dentro para tocar el rostro del mago y hundieron sus uñas en las mejillas hasta que la carne empezó a rasgarse. Los ojos antinaturales resplandecían, despidiendo rayos de luz. Nysander permanecía inmóvil, esperando.

—¿Por qué, Nysander? —dijo Seregil con voz áspera de dolor. La piel alrededor de la marca de su pecho se arrugó y trepidó, mientras un hormigueo empezaba a arrastrarse por todo su brazo derecho.

Destellos de luz chisporrotearon sobre la cruz de su espada y a lo largo de la brillante hoja. Pero Seregil no era consciente de nada, salvo de la afligida determinación que leía en los ojos de Nysander.

Nysander... su amigo más antiguo, el más sabio de los maestros, un segundo padre.

Una parte de su mente le gritó que arrojara la espada al mar, pero no podía moverse ni apartar la mirada.

—¡Nysander, no puedo! —suplicó con palabras que había pronunciado un centenar de veces en sus sueños.

—Debes hacerlo —la voz de Nysander ya era débil y temblorosa—. He aceptado esta carga libremente. «El primero será el Guardián, un vehículo de la luz en medio de la oscuridad. Entonces vendrán el Astil y la Vanguardia, que fracasarán y, sin embargo, no fracasarán, si el Guía, Aquel que Está Oculto, sigue adelante. Y el último será de nuevo el Guardián, cuya parte es la más amarga, tan amarga como la hiel». Debes golpear ahora, querido muchacho. Se ha derramado demasiada sangre y no podré contener su poder demasiado tiempo. Si no lo haces, me convertiré en el *Vatharna*, anatema de la obra de toda mi vida. Golpea ahora, te lo suplico. No hay otro modo. Nunca lo ha habido.

Seregil sintió como si el cuerpo no le pesara mientras trepaba por la roca destrozada con la espada desnuda en la mano.

Aparta de ti la pena, susurró una voz en lo más profundo de su corazón. *Aparta de ti el horror y el miedo y la cólera y la compasión...*

Lo comprendo. ¡Oh, sí!

Los Ojos del Yelmo se volvieron hacia él mientras tomaba su lugar frente a Nysander; tal golpe no podía asestarse por detrás.

Espeluznantes gemidos rasgaron el aire en torno a ellos y se mezclaron con los gritos de las gargantas mortales que morían por todas partes mientras alzaba el brazo para golpear. Una parte de él reconoció la voz de Alec entre aquellas, pero no se volvió.

Nysander se tambaleó, cayó de rodillas, estiró ambos brazos hacia los lados. Orbes de luz ardían en cada una de sus palmas, iluminando los símbolos que todavía resplandecían en su piel.

... para proteger tu alma...

Los orbes parpadearon y empezaron a desvanecerse mientras el brillo del Yelmo se hacía más intenso. E incluso entonces, Seregil hubiera vacilado pero Nysander alzó el rostro y lo miró con ojos que brillaban con la misma luz horrible del Yelmo. Y algo se quebró en el interior de Seregil ante la visión de aquellos ojos extraños, ajenos, que lo miraban desde el interior de un semblante familiar y amado.

Alzó la espada con las dos manos y la hizo caer con todas sus fuerzas.

Los símbolos que Nysander había dibujado sobre la hoja centellaron como relámpagos mientras atravesaba hierro, cuerno y oro. Y el gran Yelmo de Seriamaius se hizo un millar de añicos dentados que se disolvieron en fragmentos de sombra antes de desvanecerse bajo la luz lechosa del renacido sol.

Un viento repentino, empapado de un millar de voces torturadas, se alzó desde ninguna parte y arrastró el oleaje contra las rocas.

Seregil arrojó la espada retorcida y ennegrecida a un lado, cayó de rodillas y tomó el cuerpo muerto de Nysander entre los brazos. Otra ola chocó contra los salientes y se arrastró entre sus rodillas y tiró de las piernas del hombre muerto.

Lo sabías, pensó Seregil mientras contemplaba el rostro de Nysander, de nuevo apacible y bondadoso en la muerte.

Lo sabías.

Siempre lo supiste.

Losabíaslosabíaslosabíaslosabías...

—¡Lo sabías! —le gritó al viento enfurecido, ciego a los amigos que se habían reunido, horrorizados, a su alrededor.

Inclinado sobre el cuerpo inmóvil de Nysander, Seregil esperaba, esperaba a que la siguiente ola se los llevase de las rocas y los arrastrase más allá, hacia las insondables profundidades del mar.

Seregil observaba el humo de la pira funeraria de Nysander mientras se alzaba contra el brillante rojo y dorado de la puesta de sol.

Se preguntaba por qué no podía llorar.

A su lado, Alec sollozaba suavemente y también Micum, con una de sus anchas manos sobre los ojos, sostenido por su hija, Beka.

Thero se encontraba un poco más allá, sus pálidas mejillas cubiertas de lágrimas mientras las llamas consumían la yesca y los maderos de la playa que habían apilado cuidadosamente. Pero no podía unirse a ellos. Su dolor era una piedra seca y de afilados bordes alojada en el fondo de su pecho; apenas podía respirar teniéndola allí.

Los marineros de Rhal y los soldados de Beka permanecían, sumidos en un silencio respetuoso, al otro lado de la pira. Mientras patrullaba a lo largo de la costa, Rhal había divisado el incendio del campamento y lo había tomado como señal. Desafiando al embravecido oleaje, había desembarcado con una veintena de sus hombres y había llegado justo a tiempo para ayudar a los jinetes de Beka a acabar con los plenimaranos. Aunque lo cierto era que, al saber de la muerte de Mardus, la mayoría de ellos simplemente había huido a las colinas.

Posteriormente, Beka y Rhal habían reunido a sus hombres, retirado los cadáveres y limpiado todo rastro de la ceremonia. Una vez que el lugar estuvo limpio, prepararon una pira funeraria sobre los salientes rocosos que había bajo la hendidura y luego se apartaron mientras Seregil y Thero depositaban a Nysander sobre el lecho de ramas empapadas en aceite y hierbas fragantes.

Erguido allí, mientras observaba sin pestañear cómo las llamas ennegrecían la piel y la ropa de Nysander, Seregil se obligó recordar al viejo mago, arrodillado a su lado, en calma, rodeado de sus pinturas y símbolos, pronunciando palabras de aliento.

Pero las lágrimas seguían sin acudir.

Las estrellas volvieron a aparecer en el oscuro cielo y con ellas el cometa, privado ahora de su funesto significado. La pira empezó a desplomarse y el cadáver de Nysander desapareció de su vista en medio de una arremolinada nube de chispas. Algunos de los hombres de Rhal se adelantaron, añadieron más madera y aceite y atizaron las llamas hasta que el calor obligó a los espectadores a retroceder hacia las sombras circundantes.

Ahora que la solemnidad del círculo funerario se había roto, algunos de ellos empezaron a marcharse. El fuego continuaría ardiendo durante toda la noche hasta reducir piel, hueso y madera a una montaña de finas cenizas que la marea y los vientos se llevarían.

Seregil se volvió y caminó lentamente hasta la piedra blanca. Se sentó en ella y

esperó la llegada de la absolución.

Pero esperó en vano; la vaciedad que se había apoderado de él desde el momento en que aceptara el deber final de Nysander seguía rodeándolo, lo aislaba y clamaba en su interior. Podía ver a Alec y a los demás, reunidos alrededor de Micum, ofreciéndose consuelo los unos a los otros frente a la noche que se avecinaba.

Debería estar con ellos, lo sabía, pero por alguna razón no podía moverse. Enterró la cabeza entre las manos y permaneció inmóvil, sólo entre las sombras, en el mismo lugar en que, apenas unas horas antes, se irguiera Nysander esperando su destino.

Algún tiempo después, escuchó que alguien subía por las rocas hacia él. Levantó la mirada y, para su sorpresa, allí estaba Thero.

Ajado y magullado, vestido con ropas prestadas, apenas se parecía al joven y mago con el que Seregil se había enfrentado durante tantos años. Thero contempló la pira durante unos momentos antes de hablar.

—He desperdiciado demasiados años teniendo celos de ti —dijo por fin, todavía sin mirar a Seregil—. Eso le dolía. Ojalá pudiera cambiar las cosas.

Seregil asintió lentamente. Sentía que había más cosas que decir entre ellos pero no sabía cómo comenzar. Así que solamente dijo:

—¿Micum está bien?

—Creo que he podido detener casi todo el veneno —replicó el mago. Parecía aliviado por poder hablar de cosas prácticas—. Sin embargo, aunque no pierda la pierna, dudo que le sirva de mucho de ahora en adelante.

—Tiene suerte de seguir con vida. ¿Y la dyrmagnos?

—No queda nada de ella. Alec se ha encargado.

—Bien.

Sobrevino otra pausa incómoda y Thero se volvió para marcharse.

—Gracias —logró decir Seregil con voz débil y tensa—. Por ayudar a Alec y todo lo demás.

Thero asintió una sola vez, secamente, y luego desapareció entre las sombras que envolvían el camino.

Micum lo vio marchar.

—Sube con él —graznó mientras miraba a Alec con ojos brillantes de fiebre.

—Tiene razón —dijo Beka mientras llevaba una copa de vino con hierbas narcóticas a la boca de su padre—. No es bueno que ahora esté a solas.

—Lo sé. He estado pensando en eso toda la tarde —susurró Alec miserable—. Pero no sé lo que puedo hacer por él, o lo que puedo decirle. Todos queríamos a Nysander, pero no como él. Y precisamente ha tenido que ser él el que...

Micum posó una mano caliente y seca sobre la de Alec.

—Su corazón está roto. Sigue tú al tuyo.

Alec dejó escapar un fuerte suspiro y asintió. Trepó por las rocas y caminó hasta donde se encontraba Seregil, sentado sobre la piedra y con la mirada todavía perdida entre las sombras.

—Empieza a hacer frío. Pensé que podías necesitar esto —le dijo mientras se quitaba la capa y la colocaba sobre los hombros de su amigo. Seregil musitó un gracias, pero no se movió.

Con una desesperada sensación de torpeza, Alec apoyó una mano sobre el hombro de Seregil y luego deslizó un brazo a su alrededor. Casi había esperado que él se lo quitaría de encima o que finalmente lloraría, pero no la oleada de vaciedad que sintió mientras se inclinaba sobre él. En el interior de Seregil, algo había huido o muerto; era como tocar a una estatua, un espantapájaros.

Unas lágrimas cayeron por sus mejillas, pero no se movió. Se quedó donde estaba, esperando que Seregil pudiera encontrar algún consuelo en su cercanía. Sentía la lengua como una cosa muerta en la boca. Las palabras eran hojas marchitas amontonadas en su garganta. Pues, ¿qué más quedaba por decir?

Se alzó una brisa. Suspiró entre los árboles, detrás de ellos, y su sonido se mezcló con el rítmico ir y venir de las olas. Un buho pasó tan cerca que Alec pudo escuchar sus alas mientras cortaban el aire. Su llamada se arrastró hasta ellos desde las sombras.

Permanecieron así algún tiempo antes de que Seregil hablara con un hilo de voz.

—Lo siento, Alec. Lo siento por todo.

—Nadie te culpa. Hiciste lo que tenías que hacer, como el resto de nosotros.

La carcajada seca y colérica de Seregil resultó estremecedora después de aquel silencio.

—¿Y qué otra elección tenía?

Partieron a la mañana siguiente y se dirigieron hacia el norte a lo largo de la costa.

Todavía aparejada con el velamen enemigo, *La Dama Verde* volvió a recorrer sin dificultades las aguas rivales, aunque provocó un cierto revuelo en Nanta antes de que Rhal mostrara los documentos que lo acreditaban como corsario.

Permanecieron un par de días en el puerto mientras reparaban las velas y se aprovisionaban. Beka encontró a un drisiano para que se ocupara de las heridas de Micum y Seregil, y luego se dedicó a organizar los preparativos de su propia marcha. Ella y su turma debían partir para encontrarse con su regimiento al cabo de dos días. Braknil y Rhylin habían reunido caballos y provisiones suficientes y ya sabían que su regimiento estaba estacionado a unos pocos días de marcha en dirección norte.

Rhal había cedido su camarote a los supervivientes de la Tétrada de Nysander. Micum yacía sobre la litera con la pierna envuelta en vendajes de lino. Sentada a su lado, Beka se puso la larga trenza sobre el hombro.

—En la ciudad se rumorea que, por el momento, los plenimaranos han sido repelidos hasta sus propias fronteras —le dijo—. Nos dirigiremos hacia el norte hasta encontrar tropas eskalianas y, a partir de allí, empezaremos a preguntar.

Micum le apretó la mano.

—Cuídate mucho, hija mía. Esta guerra esta todavía muy lejos de terminar.

Beka asintió con un nudo en la garganta.

—Por la Llama, Padre. No me gusta dejarte así, pero tengo que regresar. Envié a algunos de mis hombres por delante antes de encontrarme con vosotros y debo averiguar si lograron regresar.

Micum le restó importancia a su preocupación con un ademán.

—He estado hablando con tu sargento Braknil y algunos de los otros. A juzgar por lo que dicen, eres una buena oficial y una valiente guerrera. Estoy orgulloso de ti.

Beka lo abrazó con fuerza y sintió la aspereza familiar de la mejilla de su padre contra la suya.

—He tenido los mejores maestros, ¿no es cierto? Sólo me gustaría...

—Di.

Beka se reclinó en su silla y se secó los ojos con una mano.

—Siempre pensé que, una vez que hubiera tenido algo de experiencia, tal vez Nysander podría... ya sabes, encomendarme alguna misión, como hizo con Seregil y contigo.

—No te preocupes por eso. Siempre habrá problemas suficientes en el mundo como para mantenernos a todos ocupados. Eso no ha muerto con Nysander. Sin embargo, ahora lo que más me preocupa es el propio Seregil.

Beka asintió.

—Y también Alec. Ver a Seregil todo el día silencioso y triste lo está desgarrando por dentro. ¿Qué les ha pasado?

Micum se apoyó sobre el cabezal de la cama con un suspiro.

—Pobre Alec. Se preocupa tanto por Seregil que no sabe lo que hacer. Y ahora esto. Seregil está tan dolido por dentro que no sé si alguno de nosotros puede ayudarlo.

—Quizá sea él mismo el que tenga que hacerlo. —Beka se puso en pie de mala gana—. Prométeme que irás a que Valerius te vea esa pierna cuando regreses. Y dale un beso de mi parte a Madre y a las niñas. Mándame noticias sobre mi nuevo hermano cuando nazca.

—Y tú preocúpate de mantenerte entera, ¿me oyes?

Beka lo besó una última vez y entonces se marchó corriendo.

Seregil estaba solo, de pie junto a la barandilla. Mientras se estrechaban la mano, él volvió las palmas de ella hacia arriba y examinó las débiles trazas de los símbolos que todavía perduraban en ellas.

—Tienes el corazón de tu padre, además de su pelo —dijo con un atisbo de su vieja sonrisa—. Siempre confío en que uno de los dos aparecerá cuando menos se lo espera y más se lo necesita. La suerte de los ladrones, Beka. Y la de los soldados.

—Suerte también para ti, Seregil. Y el consuelo del Hacedor —contestó ella con calidez, aliviada al ver que su tristeza cedía, al menos en parte. Apenas había hablado desde que se hicieran a la mar—. Lleva a Padre a casa sano y salvo.

Alec la esperaba junto al bote. Beka pasó un brazo alrededor de él, lo abrazó con fuerza y sintió que su abrazo le era devuelto.

—Llévalos a Watermead, a los dos —susurró contra su mejilla—. Y quedaos allí tanto tiempo como sea necesario. Pobre Nysander. No puedo creer que siempre quisiera que las cosas terminaran de esta manera.

—Ni yo —dijo Alec, sin soltar su armadura mientras ella retrocedía un paso.

Parece mucho mayor, pensó Beka al ver la profundidad de la tristeza que había en sus ojos.

Cuando Nanta hubo desaparecido tras el horizonte, Alec bajó al camarote. Seregil estaba sentado al borde de la litera de Micum.

—Encontré algo para ti en Nanta antes de que partiéramos —le dijo. Le tendió un paquete envuelto con una tela. Dentro había una pequeña arpa, como la que había utilizado en Herbaleda—. No es ni remotamente tan buena como la tuya, lo sé —prosiguió rápidamente mientras Seregil apartaba la tela y tocaba las cuerdas—. Pero pensé que podrías... Bueno, Micum todavía sufre muchos dolores y pensé que si tocabas para él quizá lo aliviara un poco.

Una mentirijilla, quizá, pero funcionó. Micum guiñó un ojo a Alec con complicidad mientras Seregil colocaba el instrumento sobre su rodilla y le arrancaba algunas notas.

—Es un instrumento excelente, gracias —dijo Seregil sin levantar la mirada. Pulsó alguna de las cuerdas y entonces, con más brío, empezó a tocar un glissando de lastimeros tonos.

Thero vino a ocuparse de la herida de Micum y se quedó un rato a escuchar. Seregil no cantó, pero tocó una melodía detrás de otra, a cuál más lúgubre y melancólica.

Micum se sumió en un sueño apacible. Alec se sentó en una esquina en silencio y contempló el rostro de Seregil mientras tocaba durante toda la tarde. Su expresión no revelaba nada. El manto de silencio seguía cubriéndolo.

El ánimo de Seregil pareció elevarse un poco durante el viaje de regreso a Rhíminee. Hablaba más a menudo, aunque no de Nysander o del Yelmo. Jamás de eso. Paseaba por cubierta en compañía de Alec y Thero, comía con moderación, sin mostrar entusiasmo ni desgana, y tocaba el arpa durante largas horas, como si al aliviar el

dolor de Micum pudiese esconder un poco el propio.

Aquellos pequeños cambios animaron a Micum y Thero, pero Alec, que compartía un jergón con Seregil en el suelo del camarote de Rhal, sabía cómo temblaba y gemía cada noche mientras dormía.

Una intuición terriblemente parecida a aquella que lo arrastrara hasta El Gallito la fatídica noche lo mantenía junto a Seregil siempre que le era posible.

El hombre al que conocía desde hacía tanto había desaparecido, y en su lugar sólo quedaba un extraño cuyos ojos no escondían sino desapego.

La tarde del quinto día desde que salieran de Nanta, Alec estaba sentado a solas con Micum. El hombretón dormitaba y su rostro estaba pálido y ojeroso. El arpa yacía a sus pies, donde Seregil la había dejado después de tocar. Los continuos cuidados de Thero habían impedido que la infección se extendiera por la pierna de Micum, pero a pesar de ello en el pequeño camarote reinaba el aroma denso de la carne malsana.

Moviéndose tranquilamente para no molestar a Micum, Alec abrió la escotilla y colocó una mochila a los pies de la puerta para que permaneciera abierta. Sin embargo, mientras se disponía a salir sigilosamente del camarote, el otro abrió los ojos.

—Qué cara más larga tienes hoy —dijo con voz ronca mientras le indicaba con un gesto que tomara asiento—. Suéltalo. ¿Qué ocurre?

Alec se encogió de hombros con aire infeliz.

—Es Seregil. Parece una sombra. No habla ni sonríe. Es como si en realidad no estuviera aquí; no sé lo que puedo hacer.

—Creo que por ahora estás haciendo lo que debes: estar a su lado, como cuando el disco de madera lo volvió loco. Eso fue lo que lo salvó entonces. Él mismo me lo contó.

—Aquello era magia y él también la estaba combatiendo. Pero la muerte de Nysander... —Alec jugueteó con el borde de la manta mientras trataba de encontrar las palabras—. Es como si hubiera matado a parte de él.

—Y así fue. Tenemos que darle tiempo para que se organice con lo que le ha quedado.

—Es posible —pero en el fondo de su corazón, Alec temía que cuanto más esperase a que Seregil regresara, más se alejaría de él.

Magyana los esperaba en el muelle el día que arribaron al puerto de Rhíminee. Estaba sola y llevaba un velo negro sobre sus plateados cabellos.

Seregil le entregó un pequeño fardo que contenía las pocas pertenencias de Nysander. Cuando trató de hablar, le falló la voz.

—Lo sé, querido mío —murmuró ella mientras lo abrazaba—. Nysander y yo nos despedimos el día que lo envié en tu busca. Él sospechaba que no regresaría y me

pidió que os dijera que no os lamentarais por él, y que tratarais de perdonarlo.

—¿Perdonarlo? —dijo Thero con voz entrecortada, erguido y rígido junto a la litera de Micum—. ¿Y qué habría que perdonar?

Magyana no respondió, pero su mirada se detuvo un momento sobre Seregil, que se había dado la vuelta. Los ojos de Alec se encontraron por un instante con los de ella y una mutua comprensión discurrió entre ambos.

—También era deseo de Nysander, Thero, que completases tu aprendizaje conmigo —continuó.

El color huyó de las mejillas del joven mago mientras caía de rodillas delante de ella.

—No puedo regresar a la Oréska, no después de lo que ocurrió aquella noche. El ataque, la llegada de los plenimaranos... todo ocurrió por mi culpa. Si no le hubiera hablado a Ylinestra de sus paseos nocturnos, de sus estudios... cuando ahora lo recuerdo, me doy cuenta del propósito de sus preguntas, pero en aquel momento... ¡No lo sabía! Pero el Concilio nunca me dejará regresar.

Magyana posó una mano sobre su cabeza.

—Olvidas que también yo soy miembro del Concilio Supremo, como también lo era el propio Nysander. Habló con ellos una última vez antes de marcharse. No hay impedimento alguno para tu regreso. Sus últimas palabras sobre el asunto fueron que esperaba que yo me encargara de que completases lo que tan bien había empezado él.

Puso una mano bajo su barbilla y alzó suavemente su angustiado rostro.

—Me sentiría honrada si me aceptaras como maestra, Thero. A decir verdad, sería para mí un gran consuelo tenerte a mi lado y ocuparme de completar la instrucción del último pupilo de mi amigo. Sería la mejor manera de honrar su memoria.

Thero se alzó e hizo una reverencia.

—Estoy a tus órdenes.

Magyana sonrió con suavidad.

—Descubrirás que, al igual que Nysander, yo raramente doy órdenes. Confío en que el resto de vosotros acepte mi hospitalidad esta noche.

—Te lo agradezco, Magyana, pero no creo que... —Seregil titubeó, incapaz de mirarla a los ojos.

—Lo comprendo —le tocó la mejilla—. Más tarde, entonces. Dime dónde vas a estar para que pueda enviar a Valerius a ver a Micum.

—Esta noche en la calle de la Rueda y luego en Watermead.

—Me encargaré de que vaya de inmediato. *Aura Elustri málrei, Seregil talí.*

Después de estrechar la mano de Seregil, se despidió de él. Entonces se inclinó sobre Micum.

—¿Quieres que envíe un mensajero a Kari?

Micum tomó su mano con una mirada intencionada y le dijo con suavidad:

—Quizá sea mejor que esperemos hasta que Valerius me haya podido examinar, ¿no te parece?

Magyana le apretó la mano.

—Muy bien. Que Dalna te traiga salud, Micum y paz a los corazones de los demás —acompañada por Thero, se alejó caminando entre la multitud que ocupaba los muelles hasta un carruaje que los esperaba.

—Si ya no necesitáis el barco, la tripulación está ansiosa por llevar anclas —dijo Rhal mientras se acercaba para despedirse—. Hemos hecho dos travesías con las bodegas vacías y hay muchos barcos enemigos que saquear.

—El barco es vuestro, capitán —le dijo Seregil—. Y que la suerte de Astellus os acompañe. Confío en que *La Dama Verde* será el azote de los dos.

Alec y Seregil montaron a Micum en una carreta que acababan de alquilar y partieron hacia la calle de la Rueda. La casa seguía como la habían dejado. Evidentemente, Mardus no había querido perder el tiempo con destrucciones innecesarias.

El viejo Runcer los recibió con su habitual aplomo, como si solo hubieran pasado un día fuera en vez de meses. Los sabuesos blancos de Seregil, Zir y Marag, mostraron idéntica ecuanimidad hacia su amo y se limitaron a precederlos con sus silenciosos andares mientras conducían a Micum al dormitorio de Seregil.

Valerius llegó poco después, de un humor agrio, como siempre, pero sumiso. Su mirada ceñuda se oscureció mientras examinaba la herida de Micum.

—Tienes suerte de estar aquí —exclamó mientras arrugaba la nariz—. ¿Quién se ha ocupado de ti?

—Thero, sobre todo —le dijo Alec—. Estaba allí cuando la *dyrmagnos* lo atacó y se ocupó de él durante todo el viaje de vuelta.

—Es posible que te haya salvado la pierna. Y ciertamente te ha salvado la vida. No obstante, aún hay mucho que hacer —se volvió hacia Alec y Seregil—. Runcer puede ayudarme. Sugiero que vosotros dos os vayáis durante un buen rato.

—No pienso marcharme —protestó Seregil con un destello de su viejo temperamento.

—Ya lo has oído, Seregil. Estorbarías. Largo —dijo Micum desde la cama. A pesar de su estado, logró parecer más o menos alegre—. Ven a verme mañana.

—Vámonos —dijo Alec mientras lo tomaba del brazo—. Después de todo este tiempo en el mar no me importaría dar un paseo.

Valerius cerró la puerta con fuerza detrás de ellos. Seregil la miró un momento, sombrío y con los labios apretados, y luego siguió a Alec escaleras abajo sin decir una palabra.

No había vuelto a empuñar una espada desde el día de la muerte de Nysander, pero Alec se ciñó la suya sin demora mientras salían a la fresca tarde de primavera.

Lithion había dejado paso a Nithyn mientras estaban fuera, y el aroma de los árboles en flor estaba por todas partes.

Ambos seguían llevando sus gastadas ropas de viaje y, sin una capa para ocultar la espada que daba tumbos contra su pierna, Alec temió que la Guardia los detuviera para preguntar por qué semejante pareja de desarrapados caminaba a tal velocidad por las calles del Barrio Noble.

Pero Seregil no tardó en ponerse en cabeza y se encaminó hacia plazas y callejuelas cada vez más pobres. Todavía cojeaba ligeramente pero no parecía sentirlo. Caminando a grandes zancadas pasaron junto al burdel de La Pluma Negra. La puerta estaba abierta.

Alec se asomó y vio que el barco tallado de la repisa estaba vuelto hacia el oeste, señal de que alguien había dejado un mensaje allí para el Gato de Rhíminee. Si Seregil lo había visto, lo ignoró y siguieron vagando como fantasmas entre las familiares sombras de su ciudad.

Una delgada luna se había encaramado muy alto sobre los tejados antes de que por fin Seregil rompiera el silencio. Se detuvo de repente en un patio lleno de maleza y se volvió hacia Alec como si se encontraran en mitad de una conversación.

—Cree que puede morir, ¿sabes? —dijo. Su rostro estaba envuelto a medias en las sombras. Y la parte que Alec podía ver era una máscara de miseria.

—¿Micum? No lo creo —replicó Alec, antes de añadir, sin demasiada convicción—: Valerius no nos hubiera echado de esa manera si lo creyera.

—No creo que pudiera soportar perderlo también a él —dijo. Sus palabras revelaban más emoción que todo cuanto había dicho en muchos días. Pero antes de que Alec pudiera replicar, volvió a ponerse en marcha en dirección al oeste.

Habían atravesado varias manzanas en silencio antes de que Alec se diera cuenta de adonde se dirigían.

Un gallito de latón quemado permanecía de guardia sobre el patio. Su alzada garra estaba vacía. Más allá del muro elevado no había más que los agujeros de unos cimientos, ocupados por maderos carbonizados. Todo se había quemado: la posada, los establos, la puerta de madera del patio trasero... Reinaba en el aire el fétido olor de las cenizas empapadas por la lluvia.

—¡Oh, Illior! —susurró Alec, incapaz de dar crédito a sus ojos—. Sabía que se había perdido, pero a pesar de ello...

Seregil no parecía menos abatido.

—Sólo había empezado a arder cuando me marché. Cilla sólo tenía dos años cuando lo compré.

Alec se estremeció. Por encima de todo, odiaba a Várgul Ashnazai por los recuerdos de ella y los demás que le había dejado.

—¿Crees que sus fantasmas estarán aquí?

Seregil dio una patada a una piedra.

—Si se habían quedado aquí, les devolviste la paz en el mismo momento en que estrangulaste a ese bastardo.

—¿Y qué ha sido de Luthas?

—Supongo que los drisianos del templo le buscarán una familia o harán un sacerdote de él...

Se detuvo. Una forma acababa de abandonar el agujero de la bodega y se acercaba dando saltos mientras exhalaba un gorjeo agudo y muy familiar. Ronroneando frenética, Ruetha caminó alternativamente de uno a otro, se frotó contra sus tobillos y se arqueó pidiendo que le rascaran las orejas.

Se quedaron un momento mirando al gato, boquiabiertos, y entonces Seregil lo levantó con manos temblorosas. Ella le acarició la barbilla con la cabeza.

—¡Por todos los dioses! Thrys solía quejarse porque desaparecía hasta que yo regresaba —enterró los dedos bajo el pelaje manchado de hollín del cuello y murmuró con voz ronca—. Bueno, muchacha, esta vez será mejor que vengas con nosotros. No vamos a regresar.

—Nunca. —Alec apoyó una mano en el hombro de Seregil mientras alargaba la otra para acariciar a Ruetha—. Nunca.

Cuando regresaron a la calle de la Rueda unas horas más tarde, se encontraron con Valerius, que estaba terminando con una cena fría en el comedor.

—Arriba ese ánimo. Micum se pondrá bien —les dijo el drisiano mientras se limpiaba las migas de la barba.

—¿Y qué hay de su pierna? —dijo Seregil.

—Ve a verlo por ti mismo.

Elsbet estaba junto a su padre y sostenía su mano mientras él dormía. La preocupación hacía que pareciera mayor que sus quince años; con el suave cabello negro recogido en una gruesa trenza sobre uno de los hombros de su sencillo vestido azul, era el vivo retrato de Kari cuando Seregil la conociera.

—Se va a poner bien —susurró. La habitación olía a hierbas curativas y aire limpio. Seregil se inclinó sobre su amigo y vio con alivio el tenue rubor de saludable color que teñía sus mejillas. Los vendajes que envolvían su herida estaban empapados de sangre reciente, pero la pierna estaba intacta.

—Valerius dice que con el tiempo podrá volver a montar —le dijo ella—. Ya me he encargado de alquilar un carruaje para llevarlo mañana a casa. ¡Madre está tan preocupada!

—Iremos con vosotros —contestó Seregil mientras se preguntaba qué clase de recepción le depararía ella.

ÚLTIMAS PALABRAS

—¡Madre, Madre! Viene un carruaje. Y jinetes —gritó Illia desde la puerta delantera—. ¡Debe de ser Padre, que vuelve a casa!

Kari se reunió con su hija en la puerta mientras se protegía los ojos contra el sol del crepúsculo y contempló el carruaje cubierto que ascendía lentamente por la colina hacia ellos. Reconoció a los jinetes: eran Alec y Seregil. Micum no estaba con ellos.

Casi sin darse cuenta se llevó una mano al vientre y empezó a caminar por la vereda hacia ellos. Al ver a su madre, Illia comprendió que algo ocurría y se apresuró a seguirla con aire solemne.

Seregil se adelantó al trote para salir a su encuentro y el miedo que sentía Kari se hizo más intenso mientras él se aproximaba. Nunca lo había visto tan pálido y abatido. Había algo en su rostro, una especie de sombra.

—¿Dónde está Padre, tío Seregil?

—En el carruaje —respondió él antes de detenerse frente de ellas y desmontar—. Fue herido pero está bien. Elsbet viene con él y también Alec.

—¡Gracias al Hacedor! —exclamó Kari mientras lo abrazaba—. Oh, Seregil, sé lo de El Gallito. Lo siento mucho. Esas pobres gentes...

Seregil le devolvió el abrazo con cierta rigidez y ella retrocedió un paso para volver a mirarlo.

—¿Qué ocurre? Hay algo más, ¿verdad?

—¿No te han llegado noticias?

—Magyana nos avisó anoche de que habíais regresado, eso es todo.

Seregil apartó la mirada. Mientras contemplaba la hierba nueva de la pradera, su rostro estaba tan privado de emoción que resultaba perturbador.

—Nysander ha muerto.

Kari se llevó una mano a la boca, demasiado aturdida para hablar.

—¿Ese anciano que me enseñó trucos de magia el Día de Sakor? —preguntó Illia. Daba vueltas a su alrededor y parecía a punto de llorar—. ¿Por qué está muerto? ¿Es que lo ha matado algún hombre malo?

Seregil tragó saliva. Su rostro seguía sombrío.

—Hizo algo muy valiente. Muy difícil y muy valiente. Y murió.

Los otros llegaron y Seregil se enderezó sin que su semblante revelara nada más que una compostura tensa.

Demasiada compostura, pensó Kari mientras se precipitaba hacia la puerta del carruaje. Pero entonces todos sus pensamientos se volvieron a Micum.

A pesar de lo ojeroso que estaba, la saludó con una sonrisa un poco libertina mientras ella se arrojaba en sus brazos.

—Puede que esta vez me quede para siempre, amor mío —dijo con aire arrepentido. Y entonces se dio unas palmadas en la pierna herida, que descansaba sobre el asiento del carruaje.

—¡No me hagas promesas vacías, pedazo de sinvergüenza! —dijo Kari mientras se limpiaba del rostro unas lágrimas de alivio—. ¿Dónde está Alec?

Se asomó por la ventana y tomó su mano cuando el muchacho llegó a su lado.

—¿Estás bien, cariño?

—¿Yo? No tengo ni un rasguño —le aseguró Alec, aunque parecía tan abatido y preocupado como los demás. Kari sostuvo su mano un momento y vio lo mismo que Beka; ya no era el niño que había sido la primera vez que viniera a Watermead. Fuera lo que fuese lo que le había sucedido durante las últimas semanas, le había arrancado la inocencia del alma... ¿y quién sabía qué más?

Los sabuesos de la casa empezaron a dar vueltas alrededor del carruaje y los caballos cuando entraron en el patio. Un agudo siseo se levantó desde algún lugar cercano a los pies de Kari. Bajó la mirada y se encontró frente a un par de ojos verdes que la examinaban desde una grieta en un cesto de mimbre.

—¿Pero qué...?

—El gato de Seregil —le explicó Micum—. Apuesto a que más de un perro tendrá el hocico arañado antes de que se marche. Pobre criatura, es la única superviviente de la posada.

Kari sonrió para sus adentros, pero guardó silencio hasta que Alec y Seregil hubieron ayudado a llevar a Micum al salón. Una vez que estuvo confortablemente instalado frente al fuego, se llevó a Elsbet a un lado y le susurró algo a Illia. La pequeña desapareció en dirección a la cocina y regresó un momento después con un rollizo bebé de pelo rizado en los brazos.

—Padre, mira lo que nos ha traído Valerius. ¿A que es bonito?

Alec fue el primero en reaccionar. Se puso en pie de un salto, tomó al niño de los brazos inseguros de Illia, los sostuvo en alto y lo observó con una mezcla de maravilla y regocijo.

—¿El niño de Cilla? —preguntó Micum.

Kari tomó su mano.

—Valerius lo trajo unos pocos días después de que te marcharas y me preguntó si podíamos acogerlo. Sé que Cilla hubiera preferido que estuviera aquí, y no entre extraños que no sabrían nada sobre su familia. Pensé que no te importaría.

—Por supuesto que no —replicó Micum. Mientras tanto, Luthas, regocijado al reconocer a Alec, se agarraba a sus cabellos—. Pero ahora que vamos a tener al nuevo, ¿crees que estás preparada?

—¿Para criar al niño huérfano de un amigo? ¡Yo diría que sí! —se burló Kari—. Ahora que las mayores se han marchado, me sobra el tiempo. Y además, Illia lo

adora.

Miró a Seregil, que permanecía de pie, a solas, junto al fuego.

—Cuando sea lo bastante mayor, le contaré que tú le salvaste la vida —añadió.

—Sería mejor que no lo hicieras —replicó Seregil mientras miraba cómo jugueteaban con el niño Alec e Illia.

—Dejaré que lo hagas tú, entonces —dijo Kari al ver en su interior otro destello de la desesperada tristeza que había sentido allá en el camino.

Aquella noche, tendida junto a Micum, escuchaba en silencio mientras él le relataba lentamente el sacrificio y la muerte de Nysander.

—No es de extrañar que Seregil esté tan perdido —susurró mientras acariciaba el fuerte y pecoso brazo de su marido—. ¿Cómo pudo Nysander pedirle tal cosa?

—Yo mismo no lo comprendo del todo —admitió Micum con tristeza—. Pero creo que Nysander tenía razón al creer que nadie salvo Seregil podría acabar con él cuando llegara el momento. Yo no lo hubiera hecho, y creo que Alec tampoco habría sido capaz.

—¡Algunas veces olvidamos lo crueles que pueden ser los dioses! —dijo Kari con amargura—. Trocar el amor en muerte de esa manera...

—Tendrías que haber estado allí —dijo Micum mientras miraba las sombras proyectadas por el fuego que ardía en la chimenea—. Si hubieras visto el rostro de Nysander... No fue un asesinato. Fue un acto de misericordia y de amor.

Durante las semanas que siguieron se fueron sucediendo rumores sobre la guerra; por el momento, parecía que el ejército plenimarano había sido contenido en Micenia oriental, pero sus negros navíos eran dueños y señores del mar y en sus incursiones por la costa este de Eskalia llegaban hasta Cirna, aunque todavía no habían conseguido el control del canal.

Salvo por la ausencia de los jóvenes que habían marchado a la guerra, la vida en Watermead continuaba su curso. Gorathin siguió a Nithyn y luego vino Shemin, que trajo consigo la exuberancia de inicios del verano. Las suaves lluvias matutinas refrescaban los campos y, en los prados, los fuertes corderos y potros de primavera corrían detrás de sus madres.

Kari florecía con la tierra y balanceaba orgullosa su gran vientre delante de sí mientras continuaba obstinadamente con sus tareas diarias y los nuevos y bienvenidos trabajos que traía consigo el verano. Pero seguía preocupada por Seregil, a pesar de que el único signo exterior de que algo anduviera mal era su desacostumbrada quietud. Sabía que Micum y Alec compartían su preocupación pero ninguno de ellos sabía cómo ayudarlo.

Si él se hubiera mostrado huraño o hubiera sentido lástima de sí mismo, ella

habría tratado de engatusarlo para que dejara de hacerlo, pero no era así. Cuando alguien se lo pedía, contaba un cuento o tocaba el arpa. Trabajaba con los caballos, ayudó a levantar un establo nuevo y en general pasaba las tardes diseñado ingeniosos artilugios para ayudar a Micum a habérselas con su pierna lisiada, incluyendo un estribo especial que le permitiría montar de nuevo. En los últimos tiempos podía de nuevo coger a Luthas entre sus brazos, pero si se le dejaba a solas volvía a sumirse en la inmovilidad y el silencio.

Alec, de todos ellos el que más abusos había sufrido, fue también el primero en recuperarse. Las labores de la granja le sentaban bien y no tardó demasiado en recobrar su natural alegría y su piel bronceada. Sin embargo, Kari veía que observaba a Seregil, tratando de desentrañar la congoja que yacía bajo los prologados silencios y los ojos distantes de su amigo.

De noche compartían la cama de la habitación de invitados, pero Kari estaba segura de que ninguno de los dos encontraba en ella el menor consuelo.

Una mañana de mediados de Shemin, Kari despertó justo antes del alba. Estaba demasiado incómoda como para dormir. Se tendiese como se tendiese, le dolía la espalda. Como no quería despertar a Micum, se puso un chal sobre los hombros, se aseguró de que Luthas, que dormía en una cuna situada junto a su cama, seguía bien, y fue a la cocina para preparar un té. Para su sorpresa, la tetera ya estaba en el fuego. Un momento después entró Alec, cargado con una cesta de peras del árbol del patio trasero.

—Te has levantado temprano —le dijo él mientras le ofrecía una fruta.

—Es este maldito niño —frunció el ceño de forma cómica al tiempo que se masajeaba la parte inferior de la espalda—. Se dedica a darle patadas a su madre y a poner los codos y los hombros donde no debe. ¿Por qué te has despertado tan temprano?

—Seregil estaba dando vueltas en la cama otra vez. Había pensado en salir a cazar.

—Siéntate un momento conmigo, ¿quieres? Esta hora del día es tan apacible... —Kari se sentó sobre el banco del hogar para calentarse la espalda mientras Alec preparaba el té—. Seregil no está mejorando, ¿verdad?

—Micum y tú también os estáis dando cuenta, ¿verdad? —dijo con voz abatida mientras colocaba un escabel delante de ella. Abrió una mano morena y llena de callos—. No me ha dicho ni una sola vez que me pusiera guantes. Lo hacía constantemente. Antes.

La miró y Kari pudo ver lo profundo de la tristeza en su joven rostro.

—Ahora sale durante la noche o se sienta a escribir. Apenas duerme.

—¿Y qué escribe?

Alec se encogió de hombros.

—No habla de ello. He llegado a pensar en echar un vistazo a sus papeles sin que se dé cuenta, pero los ha escondido en alguna parte. Es como si se estuviese desvaneciendo por dentro, Kari, como si nos dejase atrás sin marcharse. Y no dejo de pensar en una cosa que me dijo una vez, mientras me hablaba de su exilio de Auréren.

¿Te habló de eso?, pensó Kari. Ni siquiera Micum sabía casi nada sobre aquella parte de su vida.

—Otro muchacho fue expulsado con él, pero se arrojó por la borda y se ahogó —prosiguió Alec—. Seregil dice que la mayoría de los exiliados Aurénfaie terminan suicidándose porque, más tarde o más temprano, acaban desesperando de la vida entre los Tírfaie. Dijo que a él no le había ocurrido. Pero tal como están las cosas, puede que por fin sea así.

Kari advirtió que sus manos se tensaban alrededor de la jarra que sostenía. Algo más estaba ocurriendo tras aquellos ojos azules, algo demasiado doloroso como para compartirlo. Alargó una mano hasta su mejilla.

—Entonces vigílalo bien, Alec. Los dos sois de la misma sangre. Quizá él lo ha olvidado en su tristeza.

Alec suspiró pesadamente.

—Ha olvidado más que eso. El día que volvimos a encontrarnos en Plenimar ocurrió algo, pero ahora no...

De súbito, Kari se encogió visiblemente mientras un fuerte dolor estallaba en una de sus piernas.

—¿Qué pasa? —preguntó Alec, preocupado.

Ella jadeó con los dientes apretados y se agarró al brazo de Alec para incorporarse.

—Sólo son los dolores de los ocho meses. Un paseo por el prado los calmará y así podremos seguir charlando —el dolor pasó y ella le obsequió con una sonrisa tranquilizadora—. No pongas esa cara. Es sólo la manera que tiene el Hacedor de prepararme para el parto. Sabes, tengo un antojo de un poco de ese queso nuevo. Corre y tráeme un poco de la vaquería, ¿quieres?

—¿Estás segura? No me gusta dejarte sola.

—Por el Amor del Hacedor, Alec, yo ya traía hijos a este mundo antes siquiera de que tú pensaras en ello. Vamos, ve —con ambos puños apoyados en la parte trasera de la espalda, salió por la puerta de la cocina para no despertar a los criados que seguían durmiendo en el salón.

Alec se encontraba a mitad de camino de la vaquería cuando se dio cuenta de que se había olvidado de coger un plato para el requesón. Para cuando hubo encontrado uno, Kari ya había desaparecido tras la esquina de la casa. Sin embargo, al llegar al patio, vio que el postigo seguía cerrado.

Un profundo gemido se alzó a su espalda y se volvió; Kari se apoyaba sobre el abrevadero de piedra que había junto al establo. Tenía el rostro blanco y la parte delantera de su vestido estaba mojada hasta la bastilla.

—Oh, Dalna —dijo con voz entrecortada. Dejó caer el queso y corrió a su lado—. ¿Es el niño? ¿Viene ya?

—¡Demasiado pronto y demasiado deprisa! Debería haberme dado cuenta... —lo agarró del brazo y le hundió las uñas dolorosamente mientras un nuevo espasmo recorría su cuerpo.

Era una mujer alta, y junto con el niño pesaba demasiado como para que él la levantara en brazos. Pasó un brazo alrededor de su cintura y la sostuvo lo mejor que pudo mientras se dirigían hacia la puerta delantera. Seguía cerrada. Le dio una patada y gritó pidiendo ayuda.

La puerta se abrió al fin. Elsbet y varios criados lo ayudaron a llevarla dentro.

Detrás de ellos, Micum vino cojeando desde el dormitorio.

—¿Qué ocurre? —preguntó ansioso al ver a Kari en medio de la conmoción.

—Es el niño —le dijo Alec.

—Iré a buscar a una comadrona —se ofreció Seregil, a medio camino ya de la puerta.

—No hay tiempo —jadeó Kari—. Mis mujeres pueden ayudarme. Hemos tenido una familia entera entre todas. Quedaos con Micum, Alec y tú. ¡Quiero que os quedéis con él! ¡Elsbet, Illia, venid conmigo!

Arna y las otras mujeres ayudaron a su señora a entrar en su dormitorio y cerraron firmemente la puerta tras de sí. Los hombres quedaron abandonados en el salón.

—Ya no es tan joven —dijo Micum mientras se dejaba caer con aire afligido en una silla junto al fuego. Kari exhaló un grito de dolor en la habitación de al lado y él se puso pálido.

—No le pasará nada —le dijo Seregil a pesar de que también estaba un poco verde—. Y no es tan pronto para el parto. De todas maneras iba a salir de cuentas en pocas semanas.

Se sentaron frente al fuego e intercambiaron miradas inquietas mientras los gritos resonaban por toda la casa. Los criados entraban y salían, y escuchaban nerviosos. Hasta los perros se negaban a abandonar el salón y yacían a sus pies, gimiendo. Por fin, Seregil sacó el arpa y tocó para calmarlos a todos.

Poco antes de mediodía se elevó un último gemido agudo, seguido por un débil sollozo y numerosas exclamaciones de deleite de las mujeres. Micum se puso en pie mientras la vieja Ama emergía del cuarto del parto.

—¡Oh, señor Micum! —exclamó al tiempo que se secaba las manos en una toalla—. Es la cosa más dulce, pequeña y hermosa que hayáis visto. Y fuerte, además, para ser un niño prematuro. Ya está mamando que es una delicia verlo. Ha sido la

misericordia de Dalna la que ha querido que lo tuviera antes, porque si no lo hubiera pasado mucho peor, pobre mujer. Dadnos un momento para limpiar la cama y entonces entrad todos. ¡Ella pregunta por todos!

—¡Un hijo! —gritó Micum mientras pasaba los brazos alrededor de los hombros de sus amigos—. ¡Un hijo, por la Tétrada!

—¡Está todo arrugado y rojo y cubierto de porquería! —chilló Illia mientras iba a su lado y lo abrazaba—. Y tiene el pelo rojo como Beka y como tú. Venid a verlo. ¡Madre está más contenta...!

Kari yacía sobre la ancha cama, con un fardo diminuto apoyado contra el pecho. Para Alec, el menos experimentado en tales asuntos, tenía un aspecto horrible, como si hubiera estado enferma, pero la sonrisa serena con la que los recibió desmentía esa impresión.

Micum la besó y luego cogió al niño en brazos.

—Es tan hermoso y tan fuerte como los demás —susurró con voz ronca mientras contemplaba la pequeña y arrugada carita que había bajo una mata húmeda de pelo cobrizo—. Venid a saludar a mi hijo.

—Me alegro de que estuvieras allí esta mañana, Alec. —Kari tendió una mano hacia la suya y rió—. Pero deberíais haber visto su cara.

Seregil se asomó por encima del hombro de Micum para poder ver mejor al niño y Alec vio que, por primera vez desde hacía meses, una sonrisa de genuino placer suavizaba las macilentas facciones de su amigo.

—¿Cómo lo vais a llamar? —preguntó Seregil.

—Habíamos pensado en ponerle Bornil, por mi padre —contestó Kari—. Pero ahora que lo veo, me parece que no es para él. ¿Tú qué piensas, Micum?

Él rió y sacudió la cabeza.

—Estoy demasiado aturdido para pensar.

Kari miró entonces a Seregil que seguía observando al niño.

—Entonces quizá tú puedas ayudarnos, como hiciste con Illia. Como el más antiguo y querido amigo de la familia, ayúdanos a nombrar a nuestro hijo.

Micum le tendió al niño. Lo miró reflexivamente durante un instante y entonces dijo:

—Gherin, creo, si no os importa tener otro nombre Aurénfaie en la familia.

—¿Gherin? —Kari lo repitió—. Me gusta. ¿Qué significa?

—«Bendición temprana» —replicó Seregil con voz suave.

Gracias al Hacedor, pensó Alec al ver a Seregil con el niño. No lo había visto tan tranquilo desde que regresamos. Puede que su espíritu esté curándose al fin, después de todo.

Una cálida brisa nocturna susurraba al entrar por la ventana. El sonido que provocaba

parecía el eco de la soledad interior de Seregil.

Verdaderamente era irónico. La primera vez que Alec y él habían dormido en aquella habitación, el muchacho había permanecido rígido y apartado en su lado de la cama; durante estas últimas semanas, Seregil despertaba a menudo para encontrárselo acurrucado a su lado, como estaba ahora. Había pasado un brazo sobre su pecho y sentía la suavidad de su respiración contra su hombro desnudo.

¿Por qué no siento nada?

Tendido allí, bajo la luz de la luna, Seregil acarició el cabello rubio de Alec y convocó el recuerdo del beso que habían compartido aquel día en Plenimar.

Incluso eso se le aparecía ahora pálido y vacío. Desde la muerte de Nysander, todas sus emociones parecían haber huido a mucha distancia y apenas era capaz de sentirlas, como si se interpusiera entre ambos un grueso cristal.

Ahora ya era demasiado tarde, demasiado tarde para todo, estaba vacío por completo. Cubrió la mano de Alec con la suya y contempló el lento discurrir de las estrellas hacia la mañana mientras pensaba en Gherin.

Durante estas últimas semanas su mente había volado muy lejos y había dado vueltas y más vueltas sobre sí mientras trataba de tomar una decisión que le supusiera verdadera paz. Aquel día, al mirar el rostro diminuto del hijo de Micum, había sentido repentinamente que aquella era la señal que había estado esperando. Ahora que la última hebra del pasado había sido atada, podía marcharse.

Una hora antes del alba, salió de la cama y se vistió. Se cargó la vieja mochila sobre un hombro, sacó el pequeño legajo del escondite situado tras el armario y cerró las contraventanas para impedir que entrara la luz de la mañana. Alec no debía despertar hasta que él se encontrase muy lejos de allí.

Se movió con el sigilo que en él era natural entre los sirvientes que dormían en el salón y se dirigió a la habitación de Micum. Había una lámpara encendida en su interior y su luz le permitió ver a su viejo compañero, completamente en paz, dormido entre los brazos de su mujer. Micum estaba en casa.

Dejó un rollo de pergamino a los pies de su cama junto con un pequeño paquete de joyas para cada uno de sus hijos. Mientras salía, se detuvo un instante junto a la cuna de Gherin. El bebé yacía de espaldas, con los brazos sobre la cabeza. Seregil pasó delicadamente la yema de un dedo sobre uno de los diminutos puños, asombrado por la fragilidad de la sedosa piel. Gherin se agitó, sorbió y siguió durmiendo satisfecho.

Dentro de veinte años tendrás la edad que tenía tu padre cuando lo conocí, pensó Seregil en silencio mientras tocaba su pelo rojizo y rizado. ¿Cómo sería verte entonces?

Apartó el pensamiento de su mente y se marchó rápida y sigilosamente. No volvería. Ni en veinte años ni nunca. Les debía por lo menos eso.

Dejar a Alec había sido más difícil de lo que había esperado. Contra todo lo que le dictaba el sentido común, fue hasta la puerta del cuarto que tan castamente habían compartido, sabiendo que si Alec abría aunque sólo fuera un ojo, estaba perdido.

El muchacho yacía tendido de lado, con el rubio cabello desparramado sobre la almohada. A Seregil se le encogió el corazón con un dolor sordo; todas las noches que se había dormido arrullado por aquella respiración suave, todo cuanto podría haber llegado a ocurrir, todo ello pareció reunirse en un instante para formar un grueso nudo en la base de su garganta.

Si Nysander no hubiera...

Depositó un grueso rollo de pergaminos en el umbral: la carta, breve por dolorosa; los documentos que convertían a Alec de Ivywell en el legítimo heredero de todos los bienes que Lord Seregil poseía en la ciudad; las listas de nombres y secretos y prestamistas. Todo estaba allí, cuidadosamente registrado. Una vez que Alec los hubiera clasificado, descubriría que, incluso descontando cuanto Seregil había legado a Micum y a otros pocos, era uno de los hombres más ricos de toda Eskalia.

Adiós, talí.

Las estrellas morían mientras él conducía a Cynril por la senda que se alejaba de Watermead. Cuando juzgó que se encontraba lo suficientemente lejos como para cabalgar sin despertar a nadie, subió a la silla y picó espuelas hasta que el caballo marchó a un suave trote.

Resultaba un poco más sencillo cabalgar bajo la primera luz del día cuando uno estaba envuelto en un aire cálido y empapado del aroma de las rosas salvajes que florecían en el prado.

Una bandada de gansos salvajes levantó el vuelo desde el río. Casi podía ver a Alec allí, tratando de conseguir que Parche saliera del agua con un pedazo de cuero. En aquel momento, el muchacho había sido todo inocencia y buenas intenciones; ¿por qué se había esforzado tanto en cambiarlo?

Cabalgó hasta el puente y detuvo a Cynril. Una niebla brotaba en la superficie del arroyo y se elevaba formando volutas hasta convertirse en oro con la primera caricia del alba. Era, pensó Seregil, como un portal mágico que conducía a reinos inexplorados. Sacó el puñal de su bota, probó la bien afilada hoja con el pulgar y volvió a mirar el brillante arroyo. Era una dirección tan buena como cualquier otra.

Algo rozó la mano de Alec y el muchacho abrió el ojo, seguro de encontrarse con Illia o uno de los perros.

Nysander estaba junto a su cama.

—Ve tras él —susurró el mago, su voz tenue como si llegase hasta él desde una gran distancia.

Alec despertó dando un respingo y con el corazón en un puño.

Nysander había desaparecido como si nunca hubiese estado allí. Y, lo que era peor, Seregil se había marchado. Alec deslizó la mano sobre las sábanas entre las que había dormido su amigo. Estaban frías.

Fuera sueño o visión, la urgencia del aviso de Nysander se hacía más fuerte a cada segundo que pasaba.

Igual que aquella otra noche, mientras regresaba a la posada...

Alec salió de la cama, se puso unos pantalones y una camisa y se dirigió a toda prisa hacia la puerta. Su pie tropezó con algo mientras cruzaba el umbral. Era un grueso haz de pergaminos atados con una sencilla cuerda. La desató y examinó rápidamente el primero de los pergaminos, cubierto por la familiar y fluida escritura.

Alec, talí espero que me recuerdes con cariño y...

—¡Maldita sea! —las páginas volaron en todas direcciones mientras Alec salía corriendo hacia los establos.

Era demasiado pedir que se hubiera marchado a pie. Cynril no estaba en su casilla. Montado a pelo sobre Parche, Alec buscó las huellas de la yegua de Seregil y no tardó en encontrarlas. La característica huella del casco trasero derecho, ligeramente abierta, se distinguía con toda claridad en el polvo del camino más allá de la puerta del patio.

Lanzó a Parche a galope tendido, bajó la colina, cruzó el puente y se detuvo en la intersección entre los dos caminos para ver por dónde se había marchado Seregil.

Pero no había huellas de Cynril allí. Mientras maldecía para sus adentros, desmontó y buscó con más detenimiento. Entonces, regresó caminando al puente y escudriñó la ladera, en busca de algún signo indicador en el prado cubierto de rocío. Pero tampoco encontró nada allí ni en la senda de la colina. Estaba a punto de regresar para buscar a Micum cuando un poco de gravilla recién removida en el fondo del arroyo, bajo el puente, llamó su atención.

Has ido por el arroyo, bastardo sigiloso, pensó Alec, admirado a su pesar. El puente era demasiado bajo como para pasar por debajo y no había más señales río abajo. Río arriba se encontraba el estanque de las nutrias de Beka y el fatídico paso que Alec había cruzado para llegar al valle de Warnik.

Y, más allá, todo el maldito mundo.

Volvió a montar y cabalgó vereda arriba. El lecho del arroyo se iba haciendo más empinado y no tardó en llegar al lugar en el que Seregil se había visto obligado a volver a la senda. A juzgar por sus huellas, a partir de allí había empezado a cabalgar más deprisa.

Ignorando las ramas que azotaban su rostro y sus hombros, Alec espoleó a Parche y volvió a lanzarse a galope tendido. Cuando el claro en el que se encontraba el estanque apareció frente a sus ojos, descubrió, sorprendido y aliviado a un tiempo, que Seregil se encontraba allí, sentado e inmóvil sobre su silla como si estuviese

admirando la mañana.

La primera reacción de Alec frente a la carta de Seregil había sido un deseo desesperado de encontrarlo. Ahora se daba cuenta de que había también una generosa dosis de furia mezclada con ello. Cuando Seregil alzó la vista y lo miró con una expresión de perpleja cautela en el rostro, la furia se desató. Aquella era la mirada con la que uno recibiría a un enemigo.

O a un extraño.

—¡Espera...! —exclamó Seregil, pero Alec lo ignoró. Picó espuelas, cargó y cayó sobre él antes de que pudiese apartar a su propio caballo del camino. Los animales chocaron y Cynril retrocedió y arrojó a Seregil a las aguas. Alec saltó y se sumergió tras él. Lo agarró de la camisa, lo obligó a incorporarse hasta que estuvo de rodillas y agitó la arrugada nota delante de su cara.

—¿Qué se supone que es *esto*? —vociferó—. ¿«Todo cuanto tengo en Rhíminee es ahora tuyo»? ¿Qué es esto?

Seregil se levantó trabajosamente y se liberó, pero no se atrevió a mirar a Alec a los ojos.

—Después de todo lo que ha ocurrido... —se detuvo, respiró profundamente—. Después de todo ello, decidí que sería mejor para todos que me marchara.

—¿Decidiste? ¿*Tú* decidiste? —furioso, Alec sujetó a Seregil con ambas manos y lo zarandeó. El arrugado pergamino planeó hasta el estanque, permaneció un momento apoyado contra una piedra y luego empezó a descender arrastrado por la corriente, dando vueltas y olvidado por todos—. ¡Te seguí por medio mundo por la sencilla razón de que tú me lo pediste! Te salvé tu maldita vida dos veces, antes de que llegáramos allí y no sé cuántas más desde entonces. Estuve a tu lado frente a Mardus y todo lo demás. Pero ahora, después de pasar todo el verano deprimido, ¿*tú* decides que estarías mejor sin mí?

El descarnado rostro de Seregil enrojeció.

—Nunca pensé que te lo tomarías así. Por los Testículos de Bilairy, Alec, ya viste lo que ocurrió en El Gallito. Fue culpa mía. ¡Mía! Y sólo gracias a la perversa vanidad de Ashnazai no acabaste como ellos. ¿Tienes idea de la cantidad de veces que han estado a punto de matarme? Y Nysander... ¡no olvidemos lo que le hice a él!

—¡Nysander me *envió*!

Seregil palideció.

—¿Qué has dicho?

—Nysander me envió a buscarte —le dijo Alec—. No sé si era un sueño, un fantasma o qué, pero me despertó y me dijo que fuera a buscarte. Por las Manos de Illior, Seregil, ¿cuándo vas a perdonarte por hacer lo que él te pidió que hicieras? —se detuvo mientras caía en la cuenta de algo—. ¿Cuándo vas a perdonar a Nysander?

Seregil lo miró durante un instante, mudo y entonces apartó sus manos. Se

arrastró hasta la orilla y se dejó caer sobre un tronco que había frente al estanque. Alec lo siguió y se sentó en una roca, a su lado.

Seregil hundió la cabeza entre las manos y exhaló un suspiro entrecortado. Al cabo de un momento, dijo:

—Él lo sabía. Debería habérmelo dicho.

—Hubieras tratado de detenerlo.

—¡Por supuesto que lo hubiera hecho! —montó en cólera y apretó los puños sobre sus rodillas. Unas lágrimas de furia resbalaron por sus mejillas, las primeras que Alec le había visto derramar.

—Y si lo hubieras hecho, habríamos fracasado —dijo Alec al tiempo que tomaba asiento junto a él en el tronco—. Todo aquello por lo que Nysander trabajó se habría perdido. El Yelmo se hubiera apoderado de él y ahora sería su *Vatharna* —por un breve instante, Alec creyó que volvía a sentir el contacto del mago sobre su mano—. Creo que debe de estarte muy agradecido.

Seregil se cubrió el rostro y, por fin, cedió a unos sollozos silenciosos. Alec lo rodeó con un brazo y lo apretó con fuerza.

—Eras el único que lo amaba tanto como para no vacilar cuando llegase el momento. Él lo sabía. Al final lo salvaste de la única manera que podías. ¿Por qué no quieres comprenderlo?

—Todas estas semanas... —Seregil se encogió de hombros con aire de impotencia—. Tienes razón, tienes razón en todo. ¿Pero por qué no puedo sentirlo? ¡Ya no puedo sentir *nada*! Vago por una niebla negra. Os miro a los demás, veo cómo os curáis, cómo seguís adelante... Yo quiero hacerlo, ¡pero no puedo!

—¿Como yo no podía saltar aquella vez, en el castillo de Kassarie?

Seregil soltó una risilla ahogada.

—Supongo que sí.

—Entonces deja que te ayude del mismo modo que tú me ayudaste entonces —insistió Alec.

Seregil se limpió la nariz en la empapada manga.

—Si no recuerdo mal, te arrojé a un barranco.

—Si eso es lo que hace falta para que te des cuenta de que no voy a dejar que te marches como un perro viejo y apaleado, estupendo.

La mirada culpable que cruzó por el rostro de su amigo confirmó a Alec que sus peores temores habían sido fundados.

—No te dejaré ir —dijo de nuevo, mientras se aferraba a la manga de Seregil para dar mayor realce a sus palabras.

Seregil sacudió la cabeza miserablemente.

—No puedo quedarme aquí.

—Muy bien, pero no me dejes.

—Pensé que serías feliz en Watermead.

—Los quiero a todos como si fueran mi propia familia, pero no... —se interrumpió al sentir que su rostro se ruborizaba.

—¿Pero no qué? —Seregil se volvió, apartó un mechón de cabello húmedo del rostro del Alec y estudió su expresión.

Alec se obligó a enfrentarse directamente a la inquisitiva mirada del otro.

—Pero no tanto como te quiero a ti.

Seregil lo miró un momento, los grises ojos llenos todavía de tristeza.

—Yo también te quiero. Más de lo que he querido a nadie desde hace mucho tiempo. Pero eres tan joven... —abrió las manos y suspiró—. No me parece bien.

—No soy *tan* joven —replicó Alec con tono irónico al tiempo que pensaba en todo cuanto habían pasado juntos—. Pero soy medio faie, así que me esperan muchos años por delante. Además, apenas he empezado a comprender el Aurénfaie, sigo sin saber diferenciar un tipo de tenedor de otro y todavía no puedo forzar una cerradura de tres palancas. ¿Quién sino tú va a enseñarme todo eso?

La mirada de Seregil volvió a posarse sobre el estanque.

—Padre, hermano, amigo y amante.

—¿Qué? —un frío mortal recorrió el corazón de Alec; Mardus había dicho casi las mismas palabras al hablar de su relación con él.

—Algo que el Oráculo de Illior me dijo la noche en que le pregunté sobre ti —respondió Seregil mientras observaba cómo se arrojaba una nutria en el estanque—. Pensaba que lo tenía todo controlado, pero no es cierto. He sido los tres primeros para ti y me juré a mí mismo que con eso bastaba, pero si te quedas conmigo...

—Lo sé.

Aprovechando que no lo esperaba, Alec se inclinó sobre él y depositó un beso en sus labios con misma mezcla de torpeza y determinación que la primera vez. Pero cuando sintió que los brazos de Seregil lo rodeaban en un abrazo acogedor, la confusión que lo había perseguido durante todo el invierno se desvaneció como una niebla tras el cambio de la brisa. *Toma lo que los dioses te den*, le había dicho Seregil más de una vez.

Lo haría, y con agradecimiento.

Seregil se apartó ligeramente. Había en su rostro algo parecido al asombro mientras tocaba la mejilla del muchacho.

—Cualquier cosa que hagamos, *talí*, debemos hacerla con honor. Soy tu amigo y siempre lo seré, aunque tomes un centenar de esposas o de amantes de ahora en adelante.

Alec hizo ademán de protestar, pero Seregil apoyó un dedo contra sus labios.

—Mientras tenga un lugar en tu corazón, me daré por satisfecho.

—Siempre tienes que decir la última palabra, ¿no es cierto? —gruñó Alec antes

de volver a besarlo. De pronto, la sensación del cuerpo delgado de Seregil apretándose contra el suyo le parecía tan natural como la unión de dos arroyos. Lo único que todavía le preocupaba era que sabía muy poco sobre cómo debía proceder a partir de aquí.

El ruido de unos cascos que venían a galope por la vereda aplazó la cuestión, al menos por el momento.

—Creo que puedo adivinar quién es —gimió Seregil. Se puso en pie.

Micum irrumpió en el claro.

—¡Así que estás aquí! —exclamó, mientras lanzaba una mirada feroz a Seregil—. ¡Por la Llama, toda la casa está alborotada por culpa tuya!

Extrajo una carta enrollada de su casaca y la sostuvo delante de él, enfurecido.

—Nos has dado un buen susto con esto, idiota. ¡No sé si besarte o arrastrarte a patadas desde aquí hasta Cirna!

Por primera vez desde hacía meses, Seregil esbozó una sonrisa sardónica y ladeada.

—No hace falta que te lastimes la pierna por mi culpa. Alec ya ha hecho las dos cosas.

Micum volvió a mirarlos una segunda vez y le devolvió la sonrisa con aire de complicidad.

—¡Bueno, ya iba siendo hora!

Dos días más tarde, Micum y su familia se reunieron en el patio para brindar a Alec y Seregil una despedida adecuada.

—¿Pensáis dirigiros a Micenia desde aquí? —preguntó Micum mientras comprobaban por última vez sus monturas y equipajes—. Supongo que la Reina podrá encontrar alguna utilidad a un par de espías de confianza.

Seregil se encogió de hombros, indeciso.

—El invierno no está tan lejos. Se supone que Idrilain debe de encontrarse en algún lugar cercano a Keston a estas alturas. Una vez que empiecen las nevadas no habrá demasiado que hacer. Puede que en primavera.

Kari cambió a Gherin de posición y luego abrazó a Seregil y a Alec. Las lágrimas la hicieron pestañear mientras susurraba:

—Tened mucho cuidado. Los dos.

Micum apoyó una mano sobre el hombro de Seregil y lo miró como si no esperara volver a verlo.

—Por la Llama, será duro no volver a cabalgar contigo. Me gustaría que te llevaras mi espada.

Seregil sacudió la cabeza.

—Esa espada te pertenece. Ya encontraré una si creo que vuelvo a necesitarla.

Mientras tanto, Alec se cuidará de mí.

—Hazlo, Alec, o responderás ante nosotros —dijo Micum con un afecto ronco en la voz, al mismo tiempo que intercambiaba una rápida mirada con Kari. Ambos habían advertido la nueva luz que brillaba en los ojos de Seregil cada vez que miraba a Alec. Y también que aquel calor era correspondido.

Después de que se hubieran dicho todas las despedidas, Seregil y Alec montaron en sus caballos Aurénfaie y salieron por la puerta.

—¿Y si la Reina no nos quiere como espías en primavera? —preguntó Alec mientras trotaban en dirección al puente.

Seregil volvió a encogerse de hombros.

—Bueno, si ocurre eso seguimos siendo dos de los mejores ladrones que conozco. Por aquí nunca falta el trabajo.

Espolearon a sus monturas, bajaron la colina a galope tendido, viraron hacia el norte y se perdieron por el camino que se abría más allá.



LYNN FLEWELLING. Nacida Lynn Elizabeth Beaulieu el 20 de octubre de 1958 en la Isla de Presque, Maine, es una escritora de literatura fantástica conocida por dos de sus sagas de fantasía de fama internacional: los libros de El Mensajero de la Oscuridad y la Tríada Tamír.

Flewelling creció en el norte de Maine, Estados Unidos, y desde entonces ha vivido en ambas costas de Estados Unidos y ha viajado por todo el mundo, experiencias ambas que se reflejan en sus escritos. Ha trabajado como profesora, pintora de casas, como técnico en necropsias y como editora y reportera freelance. Se casó con Douglas Flewelling en 1981 y ha tenido dos hijos. Actualmente vive en Redlands, California, donde continúa escribiendo e impartiendo talleres de literatura y escritura creativa en la Universidad de Redlands.

Notas

[1] «Juro lealtad por el poder de Illior portador de la luz» (Aurënfaie) <<

[2] «Aura Portador de la Luz, protégeme del mal» (Aurënfaie). Las terminaciones alternativas incluyen málrei («protégeme»), málreil («protégenos»), málreon («protégelos») <<

[3] «Bendiciones y gracias en tu nombre, Aura Portador de la Luz» (Aurënfaie). <<

[4] *Silverleaf* puede traducirse como *hoja plateada* u *hoja de plata* (N. del T.) <<

[5] «Te saludo en la Luz» (Aurënfaie, saludo formal). <<

[6] «Saludos amigo mío» (Aurënfaie, saludo informal). <<

[7] «Adiós» (Aurënfaie). <<

[8] Juego de palabras intraducible entre *part*, «parte» y *fart*, «pedo» (N. del T.) <<